

LA ENUNCIACION

Colección EDICIONAL UNIVERSIDAD
dirigida por Elvira Arnoux

LENGUA-LINGÜÍSTICA-COMUNICACION

Catherine Fuchs y Pierre Le Goffic

Introducción a la problemática de las corrientes lingüísticas contemporáneas.

Ana María Barrenechea, Mabel M. de Rosetti, María Luisa Freyre, Elena Jiménez, Teresa Orecchia y Clara Wolf.

Estudios lingüísticos y dialectológicos. Temas hispánicos.

Joseph Courtés

Introducción a la semiótica narrativa y discursiva.

Nicolás Bratosevich

Métodos de análisis literario (aplicados a textos hispánicos).

Dominique Maingueneau

Introducción a los métodos de análisis del discurso.

Problemas y perspectivas.

Ana María Borzone de Manrique

Manual de fonética acústica.

Jean Le Galliot

Psicoanálisis y lenguajes literarios. Teoría y práctica.

Daniel Delas y Jacques Fillolet

Lingüística y poética.

François Récanati

La transparencia y la enunciación. Introducción a la pragmática.

Iber H. Verdugo

Hacia el conocimiento del poema.

Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo

Literatura/Sociedad.

- Pierre Legendre, Ricardo Entelman, Enrique Kozicki, Tomás Abraham, Enrique E. Marí, Etienne Le Roy y Hugo Vezzetti
El discurso jurídico. Perspectiva psicoanalítica y otros abordajes epistemológicos.
- Juan A. Magariños de Morentin
El signo. Las fuentes teóricas de la semiología. Saussure, Peirce y Morris.
- Catherine Kerbrat-Orecchioni
La connotación.
- Beatriz Lavandera
Variación y significado.
- Oswald Ducrot
El decir y lo dicho.
- Juan A. Magariños de Morentin
El mensaje publicitario.
- Oscar Traversa
Cine: el significante negado.
- Graciela Latella
Metodología y Teoría semiótica. Análisis de "Emma Zunz" de J. L. Borges.
- Carlos Sini
Semiótica y Filosofía. Signo y lenguaje en Peirce-Nietzsche-Heidegger-Ricoeur-Lévi-Strauss y Foucault.
- Francine Masiello
Lenguaje e ideología. Las escuelas de vanguardia.
- Catherine Kerbrat-Orecchioni
La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje.
- George Vignaux
La argumentación. Ensayo de lógica discursiva.
- Ofelia Kovacci
Estudios de gramática española.
- María Beatriz Fontanella de Weinberg
El español bonaerense. Cuatro siglos de evolución lingüística. 1580-1980.

Michel Meyer

Lógica, lenguaje y argumentación.

Ana María Zubieta

El discurso narrativo arltiano.

Nicolás Bratosevich

Métodos de análisis literario (aplicados a textos hispánicos) Vol. II

Laura Bertone

En torno de Babel. Estrategias de la interpretación simultánea.

Guana Reisz de Rivarola

Teoría y análisis del texto literario.

Jean-Jacques Thomas, Daniel Delas:

Poética Generativa.

María Luisa Bastos

Relecturas. Estudios de textos hispanoamericanos.

Nora Múgica, Zulema Solana.

La gramática modular.

Phillippe Hamon

Introducción al análisis de lo descriptivo.

Próxima aparición:

Juliette Garmadi

Sociolingüística.

CIENCIA-POLITICA-SOCIEDAD

Aldo Neri

Salud y Política Social.

Enrique E. Marí

La problemática del castigo. El discurso de Jeremy Bentham y Michel Foucault.

Jorge E. Dotti

Dialéctica y Derecho. El proyecto ético-político hegeliano.

Pierre-François Moreau

La utopía. Derecho natural y novela del Estado.

Eliseo Verón, Leonor Arfuch, María Magdalena Chirico, Emilio De Ipola, Noemí Goldman, María Inés Bombal, Oscar Landi.

El discurso político. Lenguajes y acontecimientos.

Enrique Marí, Hans Kelsen, Enrique Kozicki, Pierre Legendre.

Derecho y Psicoanálisis. Teoría de las ficciones y función dogmática.

Jorge A. Mera

Política de Salud en la Argentina.

Noemí Goldman, Régine Robin, Jacques Guilhaumou

El discurso como objeto de la historia. El discurso político de Mariano Moreno.

José E. García Mayoraz

Entropía/Lenguajes.

Raymond Boudon y François Bourricaud

Diccionario crítico de Sociología.

CATHERINE KERBRAT - ORECCHIONI

**LA ENUNCIACION
DE LA SUBJETIVIDAD
EN EL LENGUAJE**

EDICIAL

Versión castellana de Gladys Anfora y Emma Gregores.

Título del original francés:

L'ÉNONCIATION

De la subjectivité dans le langage

Librairie Armand Colin, París, Francia

© EDICIAI S.A.

Rivadavia 739 - Buenos Aires

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN 950-506-009-2

TERCERA EDICIÓN

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

PROLOGO

Pierre Kuentz señalaba en sus notas preliminares al N° 7 de *Langue française*:

“El problema que el análisis de los textos plantea a la investigación lingüística es el de la construcción de una nueva lingüística [. . .]. No se trata de superar a la lingüística, sino de llevarla a superarse, es decir, a considerar la posibilidad de extensión de su dominio conservando al mismo tiempo la exigencia de control riguroso de las operaciones que se efectúen [. . .]. Los signos de una mutación, en este dominio, son cada vez más claros. Se trata ahora de forjar los instrumentos que permitan, sin perder nada del rigor de la empresa, ampliar los poderes de la lingüística” (P. Kuentz, 1970, pp. 12-13).

¿Por qué esta “mutación”, cuyos signos efectivamente son cada vez más claros y en la que el concepto, quizá demasiado acogedor, de “enunciación” hace las veces de símbolo y de catalizador al mismo tiempo? Lo que ocurre es que estas investigaciones sobre las leyes estructurales muy abstractas que organizan los códigos fonológicos, sintácticos y léxicos, que caracterizaban la empresa lingüística hasta los diez o veinte últimos años, cualesquiera que hayan sido en su tiempo y que sean todavía su relevancia y su necesidad, han significado al mismo tiempo, para algunos, como árboles que esconden el bosque de las realidades de la lengua en su funcionamiento y sus disfunciones. En efecto, por razones a la vez internas —examen crítico de los conceptos de base tales como “signo”, “lengua”, “habla”, etc.— y externas —aplicación más o menos incontrolada de la lingüística a los discursos históricos y políticos, lo que ha puesto en evidencia la necesidad de un mayor refinamiento teórico aplicado al problema de las relaciones entre código y mensaje, lo lingüístico y lo extralingüístico; deseo de tener en cuenta el aporte de reflexiones como las de Foucault, del marxismo y de la teoría freudiana, que cuestionan a su manera la noción de “sujeto”—: por todas estas razones muy heterogéneas, pues, se ha creído que en esta fase histórica de su desarrollo la lingüística se vería amenazada de asfixia si se obstinaba en excluir de su campo de investigación ciertos aspectos del lenguaje demasiado pronto tachados de “pertenecientes a la *performance*”. En cierta forma, una lingüística bloqueada.

Podemos decir, a *grosso modo*, que la lingüística descansaba hasta estos últimos años, sobre los siguientes postulados:

(1) Es una lingüística del *código*, al que deben remitirse todos los hechos de habla.

(2) Desde esta perspectiva, la unidad superior a la que alcanza el análisis es la *oración*: "Se ha hecho así coincidir los límites de la oración con las fronteras de la lingüística" (S. Fisher y E. Verón, 1973, p. 160).

(3) El mecanismo de producción del sentido es relativamente simple; se le reconoce un doble apoyo:

– el *significante léxico*, que transmite en contexto, aparte de algunos casos considerados más o menos patológicos (ambigüedad, tropo, juego de palabras), un único significado;

– algunas construcciones sintácticas, semánticamente pertinentes, que señalan las relaciones semánticas entre significados léxicos (cf. Fries, según Lyons, 1970, p. 334: "El sentido lingüístico total de todo enunciado resulta del sentido léxico de las palabras individuales, al cual viene a agregarse el sentido estructural.").

(4) Cuando se aborda el problema del "habla", es decir del código en funcionamiento, se lo hace en el marco del famoso esquema de la comunicación (Jakobson), en el cual ésta aparece como una conversación ideal entre dos individuos libres y concientes, y que poseen el mismo código; comunicación, en consecuencia, siempre transparente, siempre lograda.

(5) Finalmente el postulado de la *inmanencia*, que afirma la posibilidad y la necesidad metodológica de estudiar "la lengua en sí misma y por ella misma", descartando radicalmente lo extralingüístico.

Frente a estas cinco certezas, cinco cuestionamientos:

(1) La crítica a la noción de código se da en dos frentes:

– Tanto en Saussure, quien concibe la lengua como un "tesoro" externo a los individuos, quienes se la apropian por memorización, como en Chomsky, quien la concibe de entrada como un objeto interiorizado por el sujeto hablante bajo la forma de "competencia", pero que define a ese sujeto como "ideal", abstracto, trivializado, como el perfecto representante de una comunidad lingüística perfectamente homogénea¹ (y a fin de cuentas es bien poca la diferencia que hay entre la idea de una lengua colectiva que cada uno se apropia y la de una competencia individual, pero de un individuo que encarna idealmente la colectividad), en ambos casos la hipótesis es de un código único y monolítico.

1. 1971, p. 12: "El objeto primario de la teoría lingüística es un hablante oyente ideal, que pertenece a una comunidad lingüística del todo homogénea, que sabe su lengua perfectamente y que, cuando aplica en una realización efectiva su conocimiento de la lengua, no se ve afectado por condicionamientos no pertinentes gramaticalmente como son las limitaciones de la memoria, las distracciones, los desplazamientos de atención o de interés, los errores . . .".

Ahora bien, un objeto tal no tiene ninguna realidad empírica. La "lengua" no es sino un mosaico de dialectos, sociolectos e idiolectos,² y la lingüística debe dar cuenta de esos diferentes "lectos", sin perjuicio de integrarlos, pero sólo en un segundo tiempo, en un objeto abstracto al que a veces se lo llama "diasistema".³

— Por otra parte, se trata de repensar la antinomia lengua/habla en términos más dialécticos, pues en la presentación saussuriana la relación entre la actividad libre del sujeto y las leyes inmutables de la lengua es tan misteriosa como lo es en la doctrina calvinista la relación entre las "obras" del creyente y la "salvación divina". Para Kuentz, a quien citamos aquí (1972; p. 22), el concepto de "habla" no es sino un concepto residual cuya función es más ideológica que científica: esta noción serviría de hecho de soporte "a una operación de salvaguardia de la autonomía del sujeto hablante así como la de diacronía debía garantizar la concepción evolucionista y empirista de la historia". Lo que es cierto en todo caso es que subsiste el misterio sobre la manera en que la "lengua" se realiza en "habla" durante un acto comunicativo individual, y que ya es tiempo de preguntarse sobre los mecanismos de esta conversión del código en discurso y sobre las propiedades de un "modelo de actualización" (en sus dos vertientes: modelo de producción y modelo de interpretación) que tendría como objetivo dar cuenta de ellos.

(2) La existencia de leyes de organización estructural del enunciado (provisoriamente entenderemos este término como conjunto de oraciones ligadas por algunos principios de coherencia —a determinar—, que hacen que se los perciba inmediatamente como constituyendo un todo autónomo).

Cuando Jakobson escribe (1963, p. 47):

"En la combinación de las oraciones en enunciados, se detiene la acción de las reglas restrictivas de la sintaxis y la libertad de todo hablante particular se acrecienta substancialmente, por más que no haya que subestimar el número de enunciados estereotipados",

enuncia una contra-verdad manifiesta: un "texto" no es una yuxtaposición aleatoria de oraciones. Existen reglas de combinatoria transoracional (el funcionamiento de la anáfora, la coherencia cronológica y lógica, el establecimien-

2. **Idiolecto:** competencia lingüística de un sujeto individual, y más específicamente, conjunto de rasgos idiosincráticos que la caracterizan. **Sociolecto (dialecto):** competencia de un subconjunto, definido por criterios sociológicos (geográficos), de la comunidad lingüística considerada y más específicamente: conjunto de rasgos que la caracterizan.

3. Tal es, a grandes rasgos, el proyecto descriptivo de las gramáticas llamadas "polilectales".

No hay, en efecto, sino dos maneras de dar un sentido a la palabra "lengua":

— sea que se entienda por ella un "lecto" particular: la norma (que a veces puede reconocerse fácilmente en el concepto chomskiano de "gramaticalidad");

— sea que se proceda al trabajo de reconstrucción del diasistema: la lengua será entonces este "artefacto", este objeto abstracto obtenido por integración de todos los lectos.

to de isotopías semánticas, estilísticas, presuposicionales, etc.) cuyo dominio de aplicación está bien lejos de restringirse al caso de los "enunciados estereotipados".⁴ Los problemas planteados por el reconocimiento de esta unidad ("rango", "nivel") lingüística suplementaria son considerables. Por lo tanto es totalmente inadmisibile negar su pertinencia.

(3) Las modalidades de emergencia del sentido son infinitamente más complejas de lo que deja suponer la teoría del signo.

Se debe en gran parte al concepto de "connotación"⁵ el mérito de haber puesto en evidencia lo siguiente:

— que el sentido puede llegar a investir y a "informar" cualquier tipo de unidad constitutiva de la substancia lingüística: pueden así funcionar como soportes significantes el material fónico o gráfico, una estructura rítmica, una estructura sintáctica tradicionalmente considerada como no pertinente semánticamente, el signo global, el referente mismo, el texto en su totalidad, etcétera, quedando bien claro que los significantes léxicos y estructurales mantienen siempre los primeros papeles en esta representación *significante*;

— que las unidades de contenido también están extremadamente diversificadas en cuanto a su naturaleza y su estatuto (denotativo/connotativo, explícito/implícito, literal/derivado, proposicional/pragmático, en lengua/situacional, etc.), y que con una misma secuencia *significante* se relacionan, muy a menudo, numerosos niveles, jerarquizados o no, de significados heterogéneos.

(4) Crítica del esquema de la comunicación.

Con toda seguridad, hablar no es cambiar libremente informaciones que "fluyen" armoniosamente, indiferentes a las condiciones concretas de la situación de habla y a las propiedades específicas de los miembros del intercambio verbal. Muy pronto elevaremos objeciones precisas a esta concepción eufórica del "diálogo ideal". Digamos simplemente que, por oposición a la concepción del intercambio verbal, proveniente de la informática, que para algunos presupone esta representación de la comunicación, la tendencia actual de la lingüística (cf. la "pragmática" o teoría de las fuerzas ilocucionarias, la "praxemática" de Robert Lafont, el "semánálisis" de Julia Kristeva, etc.) sería más bien enfatizar el hecho de que "decir" es al mismo tiempo "hacer",⁶ y, cualquiera sea la ambigüedad de esos términos, asimilar el lenguaje a una "práctica", una

4. Es interesante observar que Jakobson reproduce, un escalón más arriba, el error de Saussure de excluir de la lengua las estructuras sintácticas constitutivas de la oración, a excepción de los "sintagmas" petrificados.

5. En todo caso, ésa es la tesis que sostenemos en *La Connotation*, P.U.L., Lyon, 1977, [versión castellana: *La Connotación*, Hachette, Bs. As. 1983] donde intentamos hacer el inventario de los diferentes tipos de connotaciones y de contenidos connotados.

6. Alusión por supuesto al célebre título de Austin: *Quand dire, c'est faire* ["Cuando decir es hacer"] que traduce el inglés *How to do things with words* ["Cómo hacer cosas con palabras"].

“praxis”, una “producción”, un “trabajo” . . .

(5) Posibilidad y necesidad de reintegrar lo extralingüístico.

Pronto veremos, a partir del ejemplo de los defécticos, que en ciertos casos es imposible describir adecuadamente los comportamientos verbales sin tomar en cuenta su contexto no verbal. Dicho más generalmente, no se puede estudiar el sentido sin considerar su correlato, el referente; no se puede analizar la competencia lingüística dejando de lado la competencia ideológica sobre la que se articula; no se puede describir un mensaje sin tener en cuenta el contexto en el que se inserta y los efectos que pretende obtener. La perspectiva inmanente, ese horizonte metodológico hacia el cual la lingüística se ha esforzado por acercarse asintóticamente, parece hoy más reductora que productiva. Hoy en día la actitud más rentable en lingüística no es el ascetismo heroico sino una audaz apertura a las disciplinas emparentadas.

Para cerrar este panorama de las nuevas orientaciones de la lingüística, citemos algunos autores que se proponen como tarea uno y/u otro de los puntos que acabamos de definir:

Z. Harris (1969, p. 9):

“Se puede enfocar el análisis del discurso a partir de dos tipos de problemas que de hecho están ligados. El primero concierne a la prolongación de la lingüística descriptiva más allá de los límites de una sola oración a la vez. El segundo concierne a las relaciones entre la ‘cultura’ y la lengua (es decir entre el comportamiento no verbal y el comportamiento verbal)”.

Harris considera, pues, aquí los puntos (2) y (5).

P. F. Strawson (1970, p. 32):

“No podemos esperar comprender el lenguaje [. . .] si no comprendemos el discurso. No podemos esperar comprender el discurso si no tenemos en cuenta el objetivo de la comunicación y si no intentamos saber ‘cómo el contexto de un enunciado afecta lo que se dice’.”

D. D. Malldier, C. Normand y R. Robin (1972, p. 118, por último, enuncian en estos términos las ambiciones de la nueva lingüística:

“Originada en distintos horizontes esta lingüística del discurso intenta ir más allá de los límites que se ha impuesto una lingüística de la lengua, encerrada en el estudio del sistema. Superación de los límites de la oración, considerada como el nivel último de análisis en la combinatoria estructuralista; esfuerzo por escapar a la doble reducción del lenguaje a la lengua, objeto ideológicamente neutro, y al código, con función puramente informativa; tentativa de volver a introducir al sujeto y la situación de comunicación excluidos en virtud del postulado de la in-

manencia, es decir, de enfrentarse con lo extralingüístico.”

No todos reconocen aún la legitimidad de las ambiciones de la lingüística del discurso, de la cual este texto es una especie de proclama.⁷ Más aún los sostenedores de esta lingüística están lejos de ponerse de acuerdo sobre el camino a tomar para llevar a buen término su construcción. No nos ocuparemos aquí de pasar revista a los diferentes procedimientos descriptivos, más o menos ambiciosos, más o menos formalizados, propuestos por uno u otro autor. Nos limitaremos a señalar que a menudo se tiene la impresión inquietante de que se nos propone una elección entre modelos rigurosos pero poco fructíferos, y entre análisis atractivos pero basados en procedimientos tan imprecisos que son difícilmente reproducibles, y que de todas formas no se perfila aún sobre la escena lingüística ninguna “teoría global” satisfactoria, ningún “modelo integrador” de este componente “enunciativo”, “pragmático” o “retórico” (según las terminologías y las perspectivas descriptivas).

A veces se considera que dos gestos “fundadores” han marcado la historia de la lingüística moderna: el de Saussure (para quien la lingüística es fundamentalmente una lingüística de la palabra) y el de Chomsky (quien la extiende y la limita a la unidad-oración). Pierre Bourdieu (1975, p. 23) denuncia en éstos términos la actitud teórica de Chomsky:

“Al excluir toda relación entre las funciones de las expresiones lingüísticas y sus propiedades estructurales, al privilegiar las propiedades formales de la gramática en detrimento de las restricciones funcionales, la estructura respecto del uso, la coherencia interna del discurso (considerado como aceptable en tanto que no sea absurdo, es decir, en esta lógica puramente *formalista* ‘no gramatical’) en detrimento de la adaptación a la situación, que, cuando falta, puede hacer caer en el absurdo los discursos más coherentes, Chomsky sucumbe a la ilusión eterna del gramático que olvida que la lengua está hecha para ser hablada, que no existe el discurso si no para alguien y en una situación: no conoce y no reconoce (al menos implícitamente) más que el discurso sin fin y para todos los fines y la competencia inagotable que basta para hacerlo posible, discurso que es bueno para todas las situaciones porque realmente no se adapta a ninguna . . .”

7. Recordemos que Katz y Fodor, cuando se preguntan sobre los límites superiores de una teoría semántica (al menos de la suya), responden negativamente al doble interrogante ¿esa teoría debe pretender dar cuenta:

- de las relaciones semánticas que sobrepasan la oración y son constitutivas del enunciado.
- de la manera en que el contexto extralingüístico de la oración interviene en la determinación de su significado?

Señalemos también esta declaración de J. Cl. Milner, mencionada por B. Cerquiglini en *La Quinzaine littéraire*, N° 279, 15-31, mayo 1978, p. 17: “Si se admite, como yo lo hago, que para las oraciones existe un conjunto coherente de propiedades independientes de sus condiciones de enunciación, es legítimo tomar ese conjunto como objeto. Nadie niega que con ello se descuidan propiedades importantes del lenguaje. Pero ¿quién ha demostrado que sea posible otra cosa?”

Parecería, en efecto, que la posición inmanentista de un Chomsky ya no sería hoy sostenible. Y que si bien la lingüística no ha encontrado aún a su "tercer fundador", las declaraciones precedentes (y hubiéramos podido fácilmente alargar la lista) que tienen tanto de deseo piadoso como de enunciado programático, constituyen, con toda seguridad, otros tantos "signos de una mutación".⁸

Nosotros no consideraremos aquí todas las facetas de esta mutación. En esa abundancia de perspectivas, nuestro campo de investigación se limitará a la problemática de la enunciación, tratando de circunscribir el dominio de aplicación y de examinar algunos de los instrumentos de análisis. Al final de esta reflexión podremos medir mejor la amplitud del giro que está por iniciar la lingüística y ver cómo se tambalean y reformulan actualmente algunos de los dogmas (principios de la inmanencia y del "modelo neutro") sobre los cuales está edificada.

8. De manera semejante, Roland Barthes (1978 a, p. 9) habla de "la necesidad de una tercera lingüística cuyo campo no sea más el mensaje o el contexto, sino la enunciación, en el sentido más activo del término".

I

LA PROBLEMATICA DE LA ENUNCIACION

1. LA COMUNICACION LINGUISTICA¹

1.1. EL ESQUEMA DE JAKOBSON

“Los diferentes factores inalienables de la comunicación verbal pueden representarse esquemáticamente de la siguiente manera:

	CONTEXTO	
DESTINADOR	MENSAJE	DESTINATARIO
	CONTACTO	
	CODIGO	

Cada uno de estos seis factores da origen a una función lingüística diferente . . .”.

Se ha hecho tradicional comenzar cualquier reflexión sobre el problema de la comunicación verbal recordando cómo Jakobson (1963, p. 214) encara su funcionamiento a partir de la enumeración de sus diferentes elementos constitutivos. Es igualmente frecuente proseguir —el precio de su notoriedad— con una crítica más o menos radical y fundamentada del esquema que acabamos de mencionar, al que Kuentz tacha un poco ligeramente de “regresivo”². Es así que se ha podido cuestionar a Jakobson con motivo de la extensión que le da al término “código”, el cual, aplicado a las lenguas naturales, no denota evidentemente, como lo hace en cibernética, un conjunto de reglas de correspondencias

1. La expresión debe entenderse aquí en un sentido relativamente amplio —más amplio en todo caso que en Lyons (1978, p. 33), que la define como una “transmisión *intencional* de informaciones, con la ayuda de un sistema de señales *preestablecido*”— y que puede desbordar el cuadro estrecho de lo que Mounin llama la “semiología de la comunicación” (frente a la “semiología de la significación”).

2. Cf. 1972, p. 25: “También el esquema elaborado por Jakobson y ampliamente difundido hoy como un resultado seguro de la lingüística aparece cada vez más como un modelo regresivo” —pero ¿en relación a qué?

No entraremos aquí en los detalles de una explicación de la génesis de este esquema (que adapta a la comunicación verbal algunos elementos de la teoría de la información), ni de una comparación con otros esquemas anteriormente propuestos (Bühler, Shannon y Weaver): sobre esto puede consultarse Eco, 1972, pp. 39-54.

estables y biunívocas entre significantes y significados. Siguiendo a Mounin, Ducrot ataca también, pero por otro camino, el término de "código" (1972 a pp. 2-3 y 4-5):

"Sucede a menudo que se restringe el sentido de la palabra 'comunicación' forzándola a designar un tipo particular de relación intersubjetiva: la transmisión de la información. Comunicar sería ante todo hacer saber, poner al interlocutor en posesión de conocimientos de los que no disponía antes."

Ahora bien, para Ducrot tal concepción es demasiado reductora, como lo demuestran los "filósofos de Oxford", quienes "estudian los actos de lenguaje como prometer, ordenar, interrogar, aconsejar, elogiar, etc. [...], considerándolos tan intrínsecamente lingüísticos como el acto de hacer saber". Conclusión:

"Se dejará, pues, de definir a la lengua, a la manera de Saussure, como un código, es decir, como un instrumento de comunicación. Se la considerará, en cambio, como un juego o, más exactamente, como dando las reglas de un juego, y de un juego que se confunde en gran parte con la existencia cotidiana."

No hay duda de que la idea es justa. Pero nos podemos preguntar por qué razón, si no es por un decreto terminológico arbitrario, Ducrot restringe de esa manera el sentido de "código" (puesto que las reglas que rigen el "juego" lingüístico también están "codificadas", y el de "comunicación": estas consideraciones, sin cuestionar en forma fundamental el modelo comunicacional, invitan simplemente a integrar en la competencia lingüística un componente pragmático y a admitir entre las significaciones susceptibles de inscribirse en el mensaje a los valores ilocutorios. En todo caso, nada hace pensar que para Jakobson (y el hecho mismo de que él admita al lado de la función referencial otras cinco funciones, y especialmente la función conativa, probaría más bien lo contrario) sean solamente *informaciones* las que se intercambian en el curso del acto comunicativo. Tampoco se dice explícitamente, si bien de una cierta manera está presupuesto (y sobre este punto volveremos dentro de poco) por su concepción del código, que para él los dos actantes de la enunciación "intercambian informaciones correctamente codificadas y unívocas a propósito de un objeto de referencia" (Kuentz, 1975, p. 25), informaciones que debido a ello "pasan" en su totalidad; y M. Halle tiene razón en protestar contra la actitud de aquellos que a la fórmula "una lengua es un instrumento de comunicación" le dan la interpretación extrapolada de "una lengua es un instrumento *perfecto* de comunicación", y al comprobar que no lo es expresan exactamente lo contrario en una fórmula más discutida aún:

"La lengua no es un medio de comunicación. Existen demasiadas ambigüedades, redundancias y rasgos específicos para ser un buen medio de comunicación'. Pero ¿quién pretende que sea un *buen* medio? ¿Cuál es ese paralogsimo que comprobando las "imperfecciones" evidentes de un hecho humano que tiene una historia y privilegiando, por las ne-

cesidades de su causa, las ambigüedades, de las que la comunicación puede hacer uso intencionalmente pero que puede también evitar, rechaza el hecho empírico que es el uso cotidiano de la lengua, y ello en nombre del ideal mítico del que ella hace mal en alejarse" (*Le Monde*, 7 de julio de 1973).

Por último, sucede a veces que a esta concepción del intercambio verbal se le reprocha ser ideológicamente sospechosa e influida por una cierta visión sobre la circulación de bienes semejantes a la que funciona en economía de mercado. Pero además de que nunca se dijo claramente si esta crítica se dirige a la comunicación lingüística misma y a su funcionamiento en un sistema económico determinado, o al modelo que intenta explicarla —y esta confusión de los niveles lingüísticos y metalingüísticos es frecuente entre aquéllos que pretenden desmitificar los modelos lingüísticos—, ella supone demasiado fácilmente que entre la infraestructura económica y la superestructura simbólica existen relaciones de analogía y de determinación inmediatas, concepción simplista que Stalin mismo denunció en 1950: fingir creer que, según el tipo de sociedad en que se inserta, habría comunicaciones de trueque, comunicaciones librecambistas, comunicaciones colectivas (?), etc., es recaer en las peores simplezas del "marrismo". El único problema es saber si esta concepción del intercambio verbal, que constituye efectivamente un "modelo de realidad" desfasado respecto del objeto empírico que pretende explicar (y fundamentalmente *inadecuado* a ese objeto) da de él, no obstante, una "esquematación" relativamente satisfactoria.

Por nuestra parte, creemos que la constatación que hacía Roland Barthes hablando de su propio status enunciativo en el "seminario", "Lo quiera o no, estoy colocado en un circuito de intercambio", vale también, si bien en menor grado, para la actividad escrituraria; y que todos los elementos que Jakobson considera como "factores inalienables de la comunicación verbal" lo son efectivamente, y en particular el emisor y el receptor, que si bien no son siempre identificables, participan siempre virtualmente del acto enunciativo: "La doble actividad de producción/reconocimiento instala las dos funciones de emisor y de receptor, complicadas por el hecho de que todo emisor es simultáneamente su propio receptor y todo receptor un emisor en potencia; es por esto que A. Culioli prefiere designarlos como enunciadores: '[. . .] los dos sujetos enunciativos son los términos primitivos sin los cuales no hay enunciación'" (C. Fuchs y P. Le Goffic, 1979, p. 132); la actividad del habla implica la comunicación y *la comunicación implica que algo pasa entre dos individuos*³ (que no obstante

3. En el caso del soliloquio, el emisor y el receptor están substancialmente confundidos, pero permanecen funcionalmente distintos. Además, "con respecto a esto, es notable que las sociedades repriman por la burla el soliloquio [. . .] Aquel que quiera expresarse sin temor a ser censurado deberá encontrar un público delante del cual representará la comedia del intercambio lingüístico (Martinet, citado por Flahault (1978, p. 24): emitir un mensaje sin destinatario es un comportamiento que se considera patológico (y el habla verbal se opone en este aspecto al canto, que puede muy "normalmente" ser una actividad solitaria).

nosotros preferimos diferenciar terminológicamente: emisor frente a receptor, hablante frente a oyente, locutor frente a alocutario, enunciador frente a enunciatario. . .)

1.2. CRITICA DE ESTE ESQUEMA

Dicho esto, podemos sin embargo reprochar a Jakobson no haber considerado suficientes elementos y no haber intentado hacer un esquema algo más complejo con el fin de que "el mapa" dé mejor cuenta del "territorio"⁴.

1.2.1. El código.

Dentro de este esquema, el "código" aparece formulado en singular y suspendido en el aire entre el emisor y el receptor. Lo cual plantea dos problemas y sugiere dos críticas:

(a) Problema de la homogeneidad del código

Es inexacto, ya lo hemos dicho, que los dos participantes de la comunicación, aún si pertenecen a la misma "comunidad lingüística", hablen exactamente la misma "lengua", y que su competencia se identifique con "el archiespañol" de un "archilocutor-alocutorio". ¿Qué amplitud pueden tener las divergencias existentes entre los dos (o más) idiolectos presentes? Respecto de este punto se dan dos actitudes rigurosamente antagónicas: por un lado, la de Jakobson, quien afirma (1963, p. 33):

"Cuando se habla a un interlocutor nuevo, siempre se trata, deliberada o involuntariamente, de descubrir un vocabulario común, sea para agrandar, sea simplemente para hacerse comprender, sea, en fin, para desbarbararse de él, se emplean los términos del destinatario. En el dominio del lenguaje, la propiedad privada no existe: todo está socializado [. . .]; al fin de cuentas, el idiolecto no es más que una ficción un tanto perversa"⁵:

Incluso en las prácticas glosolálicas, el hablante (que declara no comprenderse a sí mismo) postula en general la existencia de un destinatario divino (susceptible, él sí, de descifrar las producciones discursivas del glosolálico).

4. Alusión a este adagio que repite incansablemente Korzybski y que vale para todo tipo de producción discursiva: "El mapa no es el territorio."

5. El subrayado es nuestro. Observemos que en 1961, Jakobson (citado por Revzin, 1969, n. 17, p. 29) consideraba que "las tentativas de construir un modelo del lenguaje sin tomar en cuenta al hablante o al oyente" amenazan transformar el lenguaje en una "ficción escolástica": en diez años la ficción cambió completamente de campo . . . Palinodia notable y reveladora de esa "mutación" de la que hablábamos en el prólogo.

Semejante optimismo (el código común sería así el del destinatario, del cual se apropiaría el emisor miméticamente) deja de lado con demasiada facilidad las ambigüedades, las dudas y los fracasos de la comunicación. Otros, por el contrario, demasiado atentos a esos fracasos proponen un solipsismo radical, como lo hace Lewis Carroll cuando declara en el apéndice a la *Lógica simbólica*:

“Yo sostengo que es absolutamente el derecho de todo escritor atribuir el sentido que quiera a toda palabra o toda expresión que desee emplear. Si encuentro un autor que al comienzo de su libro declara: ‘Quede bien entendido que con la palabra ‘negro’ querré siempre decir ‘blanco’, y que con la palabra ‘blanco’ interpretaré siempre ‘negro’, aceptaré humildemente esa regla, aún cuando la juzgara, por cierto, carente de buen sentido.”⁶

Regla explícita y simple (de sustitución por antónimo), cuya aplicación permite sin demasiadas dificultades compensar lo arbitrario del decreto semántico. Pero nada de eso se da en Humpty Dumpty, cuyo idiolecto se propone ser irreducible:

“Cuando empleo una palabra [...], ésta significa lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos”⁷.

Actitud provocativa, tiránica, jocosa y desesperada a la vez en la que se basa una conciencia aguda de los equívocos que Alicia sufre en el país de las maravillas. Nunca llegamos a hacernos comprender por los otros: que podamos, al menos, hacernos comprender por nosotros mismos.

Mounin condena en 1951, como reaccionaria y burguesa, esa actitud solipsista:

“Esos simples camaradas parisienses [...] sabían por instinto que, entre las propiedades de la lengua, se contaba, por una parte, su gran *estabilidad* y, por otra, su *unidad*, ambas necesarias para que la lengua siga siendo un medio de comunicación entre los hombres. En tanto que todas las manipulaciones formalistas que la burguesía decadente inflige a su lengua hacen de ella, según sus mismos teóricos —los Paulhan, los Blanchot, los Sartre⁸— un medio de soledad entre los hombres.”

Bourdieu (1975) estima, por el contrario, que el empleo de ese artificio teó-

6. Citado por Jean Gattégno en su introducción a *Logique sans peine* [“Lógica sin esfuerzo”] de Lewis Carroll, Hermann, 1966, p. 32.

7. *De l'autre côté du miroir* [“Del otro lado del espejo”], Marabout, 1963, p. 245.

8. Curiosamente, en esta declaración de Mounin (citada por D. Baggioni, 1977, p. 106), no acude Michel Leiris al llamado, no obstante ser quien da en el prefacio del *Glosario* la fórmula más radical de la tesis solipsista: “Una monstruosa aberración hace creer a los hombres que el lenguaje nació para facilitar sus relaciones mutuas. Es con esa meta de utilidad que redactan los diccionarios, donde las palabras se catalogan dotadas de un sentido bien definido (creen ellos), basado sobre la costumbre y la etimología. Ahora bien, la etimología es una ciencia completamente vana que no informa nada sobre el sentido *verdadero* de una palabra, es decir la *significación particular, personal, que cada uno debe asignarle, según complazca más a su espíritu.*”

rico que es la noción de “lengua común” desempeña un papel ideológico bien preciso: sirve para enmascarar bajo la apariencia euforizante de una armonía imaginaria la existencia de tensiones, enfrentamientos y opresiones muy reales; negar la existencia de esas tensiones y mecerse en “la ilusión del comunismo lingüístico”, significa de hecho un intento de conjurar, por el desvío del lenguaje, las diferencias sociales.

Vemos, pues, que las opiniones difieren, tanto respecto del fenómeno mismo como de su interpretación ideológica. Nos guardaremos muy bien de tomar posición sobre el segundo punto. En cuanto al primero, diremos prudentemente que la verdad está en el medio. Por un lado, para tomar el caso del componente léxico en el que se reúnen más masivamente las divergencias idiolectales, es, sin embargo, innegable que se establece un *cierto* consenso sobre las significaciones que hace posible una intercomprensión al menos *parcial* (y la formulación de los artículos de diccionario); y que las palabras tienen, en la lengua, un sentido, o más bien sentidos relativamente estables e intersubjetivos: “si ubicamos mil personas delante de mil sillas”, declara un poco imprudentemente B. Pottier (puesto que nosotros mismos hemos constatado algunas desviaciones denominativas respecto de esto, que son todavía más espectaculares cuando se trata de otros tipos de campos semánticos), “podemos obtener un millón de veces el término ‘silla’. En lingüística, esta coincidencia de subjetividad es lo que se llama objetividad.” Esta observación, en todo caso, señala el hecho de que los signos son “necesarios” al mismo tiempo que arbitrarios:⁹ aunque no haya ninguna razón “natural” para llamar a un gato “un gato”, los usuarios de la lengua española aceptan jugar el juego de las denominaciones, y la historia no nos depara ningún ejemplo de Humpty Dumpty (cuando Alicia, ante el enunciado de la “paradoja” antes citada, protesta, desconcertada, que “la cuestión es saber si *usted* puede hacer que las mismas palabras signifiquen tantas cosas diferentes”, Humpty Dumpty replica con soberbia: “La cuestión es saber quién es el amo, eso es todo”, fórmula que enuncia inmejorablemente el hecho de que en el intercambio verbal se juegan relaciones de poder y de que muy a menudo es el más fuerte quien impone al más débil su propio idiolecto. Sin embargo, esto no impide que nadie lleve nunca su dominio hasta pretender liberarse de la tiranía de las normas y de los usos y considerarse único deposti-

9. Defendiendo una tesis próxima a la de Humpty Dumpty, la *Lógica* de Port-Royal reconoce (p. 129) que la intercomunicación se funda sobre la “necesidad” de los signos: “A cada uno le es permitido servirse del sonido que le plazca para expresar sus ideas, con tal que lo haga saber. Pero como los hombres no son dueños más que de su lenguaje y no del de los otros, cada uno tiene derecho de hacer un diccionario para sí, pero no tiene derecho de hacerlo para otro, ni de explicar sus palabras por las significaciones que les habrán sido atribuidas. Es por eso que cuando no se tiene la intención de hacer conocer simplemente en qué sentido se toma una palabra, sino que se trata de explicar aquél en el cual es usada comúnmente, las definiciones que se dan no son de ninguna manera arbitrarias, sino que están ligadas y sujetas a representar, no la verdad de las cosas, sino la verdad del uso” (observemos que aquí “arbitrario” se opone a “necesario”, y no a “motivado” como en la tradición saussuriana).

tario legítimo del “buen” sentido). Es verdad, “toda palabra quiere decir lo que yo quiero que signifique”, pero al mismo tiempo “toda palabra quiere decir lo que quiere decir” (hay un intencio en la lengua). Hablar es precisamente procurar que coincidan esas dos intenciones significantes, esos dos “querer decir”.

Pero los dos enunciadores, aun si están dispuestos a conformarse al sentido-en-la-lengua, no tienen necesariamente de él la misma concepción. Por esta razón, después de haber admitido en primer lugar que la comunicación verbal autorizaba una *intercomprensión* parcial, a continuación debemos insistir sobre el hecho de que esa intercomprensión no puede ser sino *parcial*. Hay que tomar partido: la intercomunicación (los dialectólogos lo han mostrado hace mucho y lo que es verdad de las confrontaciones de dialectos lo es también, guardando las debidas proporciones, de las confrontaciones de idiolectos) es un fenómeno relativo y gradual. No hay ninguna razón para favorecer los casos de comunicación “lograda”¹⁰ y considerar como “rebabas” fenómenos tan frecuentes como los malentendidos, los contrasentidos,¹¹ los *quid pro quos*. Bien por el contrario, como lo afirman C. Fuchs y P. Le Goffic (1979, p. 133) siguiendo a Antoinette Culioli,

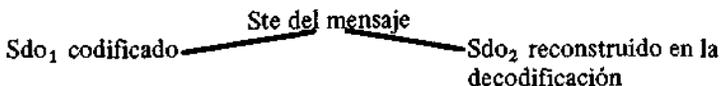
“la disimetría entre producción y reconocimiento, la falta de coincidencia entre los sistemas de los enunciadores obligan a colocar en el centro de la teoría lingüística fenómenos hasta ahora rechazados como ‘fallas’ de la comunicación”.

Desde un punto de vista metodológico ello quiere decir que esta “idealización teórica que implica el hecho de identificar la competencia del hablante con la del oyente” (postulado del “modelo neutro”) no es tan “legítima” como lo estima Lyons (1978, p. 71); y que, por el contrario, es preciso admitir que la comunicación (dual: no hablamos por el momento más que del caso más sencillo) se funda sobre la existencia, no de *un* código, sino de *dos* idiolectos; por consiguiente, el mensaje mismo se desdobra, al menos en lo que concierne a su significado. En efecto, si se define a la competencia como un conjunto de reglas que especifican “cómo los sentidos se aparean a los sonidos” (Chomsky) y si asumimos que esas reglas de correspondencia Ste-Sdo varían de un idiolecto a otro, y dado que el significante de un mensaje permanece invariable entre la

10. Estas expresiones connotan el ideal de una comunicación total y transparente (restitución integral en la decodificación de los significados). Pero, ¿por qué sería grave o lamentable que fuese de otra manera? Por el contrario, se puede aplicar a todos los lenguajes esta verdad que Barthes descubre durante una sesión del I.R.C.A.M. (cf. *Le Monde*, 2 de marzo 1978, p. 15): “Pensábamos tener que afrontar una dificultad, la de tener que aproximar lenguajes considerados diferentes, provenientes de competencias desiguales. Pero creo que lo que hemos afrontado es sólo nuestro miedo de sentirnos excluidos del lenguaje del otro: lo que hemos comprendido es que este miedo es en gran parte ilusorio: la separación de los lenguajes deja de ser fatal, a partir del momento en que no se le pide al habla que lleve a cabo toda la comunicación.”

11. Este concepto, así como el de “decodificación aberrante” (U. Eco) tiene, por supuesto, relación con el proyecto *significante* del emisor.

codificación y la decodificación, es preciso admitir que en el intervalo que separa ambas operaciones el sentido sufre muchos avatares:



No es verdad, pues, como parece decirlo Jakobson (siempre según Fuchs y Le Goffic) que el mensaje pase en su totalidad “de mano en mano sin sufrir alteraciones en la operación”.

(b) *Problema de la exterioridad del código*

Aun cuando la modalidad de existencia del código en la conciencia de los enunciadorez sigue siendo misteriosa, es seguro —y la presentación chomskyana mejora en este punto la de Saussure y la de Jakobson— que sólo funciona como “competencia implícita” de un sujeto (conjunto de aptitudes que éste ha internalizado).

Habiéndose así multiplicado por dos el constituyente “código” los generadores individuales que se obtienen deben insertarse uno en la esfera del emisor y el otro en la del receptor. Se podría incluso considerar que cada uno de los dos idiolectos incluye dos aspectos: competencia desde el punto de vista de la producción frente a competencia desde el punto de vista de la interpretación¹² (con la primera incluida en la segunda ya que nuestras aptitudes de codificación son más restringidas que nuestras aptitudes de decodificación¹³), pero es necesario especificar que la primera es la que figura en la esfera del emisor, en tanto que la segunda lo hace en la del receptor (el mismo sujeto hace funcionar una u otra de sus dos competencias según su papel enunciativo). Pero nosotros preferimos la siguiente presentación: llamaremos “competencia de un sujeto” a la suma de todas sus posibilidades lingüísticas, al espectro completo de lo que es susceptible de producir y de interpretar. Esta competencia, concebida muy extensivamente, se encuentra restringida en el caso en el cual el sujeto, cuando funciona la comunicación, se encuentra en posición de codificador, y también por la acción de diversos filtros.¹⁴

12. Que a veces se llaman “competencia activa” frente a “pasiva” —pero la expresión es bastante desafortunada, pues la operación de decodificación está lejos de reducirse al registro puro y simple de significaciones evidentes (éstas, por el contrario, son *reconstruidas* al término de un *trabajo* sobre el significante).

13. Así, “Koko el gorila” posee activamente 300 palabras; pero pasivamente 200 o 300 más.

14. Por ejemplo, supongamos el caso de un sujeto que maneje una lengua extranjera más fácilmente en el laboratorio que en la vida real. Llamaremos “competencia” lingüística de ese sujeto a su competencia de laboratorio y diremos que la situación de comunicación normal funciona como un filtro que limita sus aptitudes lingüísticas.

1.2.2. El universo del discurso

Es inexacto, en efecto, representarse al emisor como alguien que para confeccionar su mensaje elige libremente tal o cual ítem léxico, tal o cual estructura sintáctica, tomándolos del stock de sus aptitudes lingüísticas y abreva en este inmenso depósito sin otra restricción que "lo que tiene que decir". Aparecen limitaciones suplementarias que funcionan como otros tantos filtros que restringen las posibilidades de elección (y orientan simétricamente la actividad de decodificación); filtros que dependen de dos tipos de factores:

- (1) las condiciones concretas de la comunicación;
- (2) los caracteres temáticos y retóricos del discurso, es decir, *grosso modo*, las restricciones de "género".

Por ejemplo: para analizar el discurso de un profesor de lingüística hay que tener en cuenta:

- (1) la naturaleza particular del locutor (donde entran en juego numerosos parámetros); la naturaleza de los alocutarios (su número, su edad, su "nivel"; su comportamiento); la organización material, política y social del espacio en que se instala la relación didáctica, etc;
- (2) el hecho de que se trata de un discurso que obedece a las siguientes restricciones: discurso didáctico (restricción de género) que se refiere al lenguaje (restricción temática).

Del mismo modo, para analizar las producciones infantiles es necesario considerar:

- (1) si se trata de enunciados orales o escritos, monologados o dialogados, emitidos en situación escolar o no, etc.;
- (2) si se trata de enunciados narrativos, descriptivos, poéticos (naturaleza de la consigna estilístico-temática).

Llamaremos "universo del discurso" al siguiente conjunto:

- (1) (situación de comunicación); (2) (limitaciones estilístico-temáticas).

Finalmente proponemos, con respecto al modelo de Jakobson, las dos mejoras o, más modestamente, los dos principios siguientes de enriquecimiento:

1.2.3. Las competencias no lingüísticas

A las competencias estrictamente lingüísticas (y paralingüísticas), en las dos esferas del emisor y del receptor, agregamos:

— sus determinaciones psicológicas y psicoanalíticas, que desempeñan evidentemente un papel importante en las operaciones de codificación/decodificación, pero de las cuales hablaremos poco por falta de competencia en la materia (el funcionamiento de los deícticos nos dará sin embargo un ejemplo de la incidencia del factor "Psi"¹⁵ sobre las opciones lingüísticas);

15. Este morfema (obtenido por la intersección de sus significantes) funciona como un archilexema que neutraliza cómodamente (intersección correlativa de los significados) la oposición semántica existente entre psicológico/psicoanalítico/psiquiátrico . . .

— sus competencias culturales (o “enciclopédicas”, el conjunto de los conocimientos implícitos que poseen sobre el mundo) e ideológicas (el conjunto de los sistemas de interpretación y de evaluación del universo referencial) que mantienen con la competencia lingüística relaciones tan estrechas como oscuras y cuya especificidad contribuye todavía más a acentuar las divergencias idiolectales.

1.2.4. Los modelos de producción y de interpretación

Los modelos de competencia lingüística explicitan el conjunto de conocimientos sobre su lengua que tienen los sujetos; pero cuando esos conocimientos se movilizan con vistas a un acto enunciativo efectivo, los sujetos emisor y receptor hacen funcionar reglas generales que rigen los procesos de codificación y decodificación y cuyo conjunto, una vez explicitado (lo que todavía dista de ser el caso), constituiría los “modelos de producción y de interpretación”. Admitimos provisoriamente la hipótesis de que, a diferencia del modelo de competencia lingüística, esos modelos son comunes a todos los sujetos hablantes, vale decir que todos utilizan los mismos procedimientos cuando emiten/reciben los mensajes (procedimientos que incluso serían, según J. Pohl, universales y pancrónicos). Mencionemos además, entre esos dos tipos de modelos, las siguientes diferencias:

— En el modelo de competencia, el orden de las reglas no es en principio relevante;¹⁶ por el contrario, en los modelos de producción/interpretación ese orden desempeña un papel primordial, puesto que se trata de describir procesos genéticos efectivos y efectivamente ordenados en el tiempo.

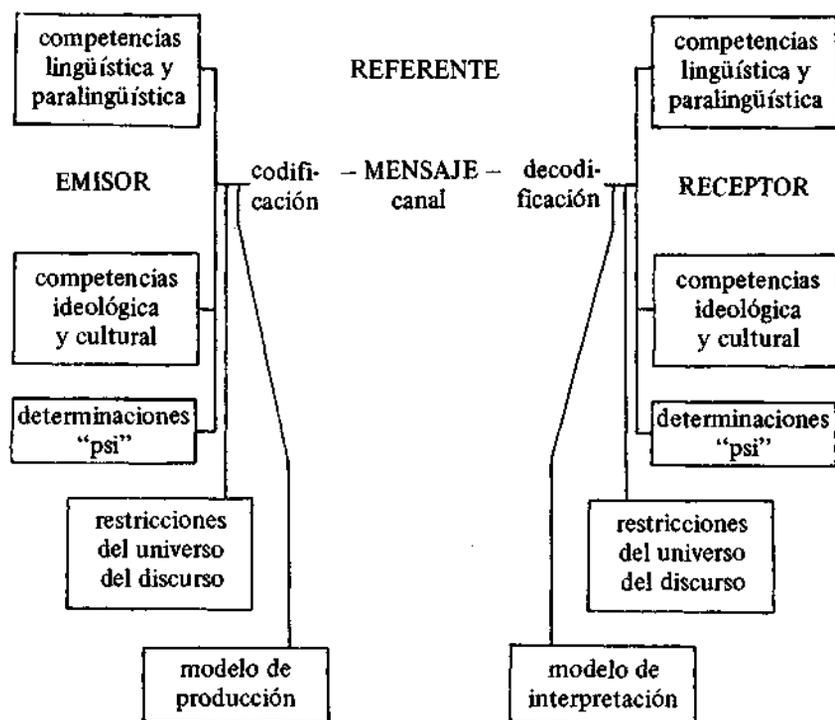
— Los modelos de producción/interpretación se apoyan sobre el modelo de competencia y su propósito es hacerlo funcionar. Pero todos los hechos que son pertinentes en la competencia no son recuperados de la misma manera por aquellos dos modelos. Por ejemplo, en tanto todos los sujetos poseen una “competencia sinonímica” y una “competencia polisémica” (conciencia de la existencia de esos fenómenos y conocimiento de los casos en los que aparecen), el problema de la sinonimia (opción en la búsqueda onomasiológica) es esencialmente de naturaleza “productiva”, en tanto que el problema de la polisemia (opción en la búsqueda semasiológica) es esencialmente de naturaleza interpretativa.

— A la inversa, otros factores, distintos de la competencia lingüística, entran en juego en la constitución de los modelos de producción/interpretación: competencia cultural e ideológica, datos situacionales, etc.

¹⁶ Se sabe que es sobre esto que Chomsky funda su argumentación tendiente a probar que la semántica generativa no es más que una “variante notacional” del modelo standard.

1.3. REFORMULACION DEL ESQUEMA DE LA COMUNICACION

Presentamos a continuación, tras estos comentarios anticipados, la reformulación del esquema de Jakobson que aquí proponemos:¹⁷



Observaciones:

(a) Nos parece imposible dissociar las competencias lingüística y paralingüística (mímica y gestos) en la medida en que, por lo menos oralmente, la comunicación es "multicanal": para transmitir las significaciones, los apoyos fonemáticos y paralingüísticos —que, por lo demás se intersectan a nivel de los hechos prosódicos— se prestan mutuamente su concurso. En un estudio que tiene el mérito de partir de la observación de hechos concretos (y en particular de perturbaciones patológicas), consagrado al funcionamiento del circuito de la comunicación, A. Borrell y J. L. Nespoulous comprueban que hablar es, en primer lugar,

17. Esta presentación incluye la "competencia ideológica" de Slakta y las diferentes "bases" (ideológica, lingüística, analítica, textual) de D. Mالدیدیر, C. Normand y R. Robin, 1972.

“proceder a la selección de las diversas categorías de apoyos formales de la comunicación (lengua, gesto, mímica . . .). Esta operación no se propone favorecer uno de los sistemas semióticos en detrimento de los otros; por el contrario, nos parecen posibles distintas disposiciones. Es por ello que observamos a veces la co-ocurrencia de los diferentes sistemas en el marco del discurso. Ej.: Mensaje lingüístico + Gesto + Mímica. En otros casos, esos elementos aparecerán alternativamente, tomando esta vez un gesto el lugar de una palabra o de un sintagma” (1975, p. 103).

La importancia de los comportamientos paraverbales se manifiesta, entre otros, en el hecho de que es la dirección de la mirada del hablante¹⁸ lo que define prioritariamente al oyente en la comunicación oral y aún de manera más decisiva que el empleo del “tú” lingüístico, pues los pronombres personales pueden dar lugar a usos “desfasados” (es el problema de los “tropos” particulares que consideraremos más adelante bajo el término de “enálages”). Cuando a una persona presente en la situación de comunicación se la denota mediante un pronombre de tercera persona, llegamos, en efecto, a la conclusión.

— de que esa persona está excluida de la relación de alocución, si la mirada del hablante no se dirige hacia ella;

— de que esa persona tiene efectivamente el papel de oyente, en el caso contrario (la tercera persona se explica entonces como un “tropo”, que aparece en los enunciados “hipocorísticos” del tipo “¡Qué elegante que está mi chiquita hoy! . . .”).

(b) Llamamos “universo del discurso” a algo extremadamente complejo y heterogéneo, que abarca:

— Los datos situacionales, y en particular la naturaleza escrita u oral del canal de transmisión, y la organización del espacio comunicacional, objeto de la reflexión “proxémica” (Hall, Moscovici). Conviene precisar que todos estos datos no son pertinentes más que bajo la forma de “imágenes”, de representaciones, que los sujetos enunciadores construyen a partir de ellos, y que es necesario en particular admitir en su competencia cultural las imágenes (I) que el emisor (A) y el receptor (B) se forman de ellos mismos y de su interlocutor, es decir, los cuatro elementos que Michel Pécheux (1969) simboliza de la siguiente manera:

I_A (A) (Imagen de A para A): “¿quién soy yo para hablarle así?”

I_A (B) (Imagen de B para A): “¿Quién es él para que yo le hable así?”

I_B (B): “¿quién soy yo para que él me hable así?”

I_B (A): “¿quién es él para que él me hable así?”

18. Sobre las reglas que rigen el “contacto ocular” (*eye-contact*), véanse los trabajos de Hall y de Schegloff.

— Las restricciones temático-retóricas que pesan sobre el mensaje que se va a producir.¹⁹

Estos diferentes factores, tal como lo muestra Philippe Hamon (1974, p. 119), tienen un carácter relativamente²⁰ restrictivo, carácter que, dice él,

“los niños [. . .] conciben muy pronto, cuando se dan cuenta de que su construcción de un mensaje está mediatizada (filtrada, predeterminada) por una serie de imágenes implícitas o explícitas que ellos se forman, retomando el esquema hexafuncional de Jakobson,

de ellos mismos;
de su discurso
del soporte de su discurso;
de la lengua que utilizan;
del destinatario;
de la realidad social y física.

Estas imágenes pueden estar además, más o menos desmultiplicadas: yo escribo en función de la imagen que mi público se hace de mí mismo —problema de la “imagen de marca” del escritor, que funciona igualmente como una *norma restrictiva* [. . .] A cada imagen corresponderá una *serie de restricciones o de servidumbres (de normas)* que orientarán el trabajo del emisor”.

1.4. (AUTO)CRITICAS

Nos parece que nuestro modelo de la comunicación verbal, al darle un lugar a las otras competencias a las cuales se incorpora la competencia lingüística, y a los diferentes factores que mediatizan la relación lengua/habla y permiten la conversión de una en otra, hace ciertos arreglos positivos al modelo de Jakobson. Pero aún no es más que un esquema —demasiado esquemático y demasiado estático.

1.4.1. Las propiedades de la comunicación verbal

Esta presentación no muestra ciertas propiedades características de la comu-

19. Es decir que este componente da cuenta a la vez de lo que Todorov (1973, p. 135) llama restricciones “enunciativas” y “discursivas”, por oposición a las restricciones estrictamente lingüísticas.

20. Relativamente, pues las restricciones situacionales permiten, sin embargo, en español un “juego” bastante fluido, a diferencia de la lengua Dyrbal hablada en North Queensland, de la cual Dixon (1971, p. 437) nos enseña que comprende dos variantes con vocabularios totalmente diferentes: el Guwal, habla cotidiana no marcada, y el Dyalnuy, lengua especial usada *obligatoriamente* en presencia de ciertos parientes “tabú”: “*The use of one language or the other was entirely determined by whether or not someone in proscribed relation to the speaker was present or nearby; there was never any choice involved.*” [“Lo que determinaba enteramente el uso de una lengua o la otra, era el hecho de que alguien, en relación prohibida con el hablante, estuviese o no presente o próximo; una elección no era posible nunca”].

nicación verbal (y que permiten oponerla a otros tipos de comunicaciones semióticas),²¹ a saber:

— la reflexividad: el emisor del mensaje es al mismo tiempo su primer receptor;²²

— la simetría: el mensaje verbal pide generalmente una respuesta, es decir que todo receptor funciona al mismo tiempo como un emisor en potencia (esta propiedad se aplica sobre todo a los mensajes orales, si bien algunos de ellos excluyen el derecho de respuesta: ciertos tipos de discurso profesoral,²³ el discurso teatral— el público puede por cierto “responder” mediante ciertos comportamientos verbales o mímico-gestuales, pero la simetría implica que la respuesta se efectúe *con la ayuda del mismo código*;²⁴ inversamente, la comunicación epistolar, aunque de naturaleza escrita, autoriza y solicita una respuesta diferida).

Observación: Nuestro esquema supone que cuando uno habla el otro escucha en silencio y viceversa, es decir que los dos enunciadores desempeñan alternativamente los papeles de emisor y de receptor. Esta simplificación abusiva (pues ocurre frecuentemente que los diversos participantes de una conversación “hablen todos a la vez”) es en rigor aceptable en lo que concierne a los comportamientos verbales propiamente dichos en los que tal situación suele ser la más normal.²⁵ Pero es en cambio inadmisible cuando se trata de comporta-

21. Por ejemplo, la comunicación entre abejas no es ni simétrica, ni transitiva, ni reflexiva (?); lo mismo ocurre con los mensajes que se leen en los carteles de señalización de las rutas: un cartel no se habla a sí mismo, y el receptor no responde al emisor mediante el mismo código.

22. Es incluso el más importante para A. Tomatis, quien repite y demuestra en *L'Oreille et le langage* ["El oído y el lenguaje"] que “hablar es ante todo escucharse hablar”.

23. Es interesante constatar que, aplicada a un alumno, la fórmula “contesta” arroja sobre él el descrédito y connota insolencia: ciertamente hay muchas maneras de “contestar”, pero la polisemia de la expresión atestigua el hecho de que, fundamentalmente, la comunicación didáctica se concibe como obligatoriamente asimétrica.

El hombre, en efecto está constituido de tal manera que está “por naturaleza” más dotado para la escucha muda que para ponerse a hablar. Zenón de Eleas nos lo demuestra de manera irrefutable: “La naturaleza nos ha dado una lengua y dos orejas para que escuchemos más y hablemos menos”.

24. Es, por cierto, el caso del *happening*, que corresponde precisamente a la preocupación por hacer simétrica la comunicación teatral.

25. Durante una emisión de *Apostrophes* ["Apóstrofes", ciclo de la T.V. francesa], consagrada al problema de la “modernidad” en literatura (8 de diciembre de 1978), como la confusión de las voces trababa el debate por su “ruido” excesivo, Bernard Pivot restableció el orden mediante esta oportuna ocurrencia (lo citamos en forma aproximada): “Escuchen, sé bien que en la literatura moderna hay a menudo varias voces mezcladas, no se sabe bien quién habla y eso, por otra parte, no tiene ninguna importancia, pero en la televisión estamos todavía en la edad clásica, hay uno que habla y los otros que escuchan . . .”

mientos paraverbales, pues los usos conversacionales requieren, por el contrario, que mientras que H habla, O reaccione en forma mímica y gestual (mímica de aprobación, mueca escéptica, etc.), reacciones cuya ausencia total y prolongada acaba por inhibir completamente el discurso de H. Para dar cuenta de ese funcionamiento, el esquema debería, pues, afinarse de la siguiente manera:

- del lado del emisor, entran en funcionamiento:
 - su competencia verbal de codificación;
 - su competencia paraverbal de codificación y decodificación (de los comportamientos "activos" del receptor);
- del lado del receptor:
 - su competencia verbal de decodificación ("pasiva")
 - su competencia paraverbal de decodificación y ciertos elementos de su competencia de codificación (unidades de función "fática");

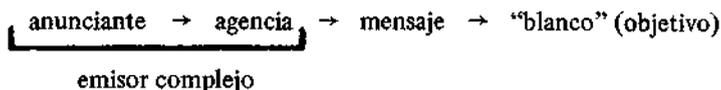
— la transitividad: consiste en que si un emisor x transmite a un receptor y una información i , y tiene la posibilidad de transmitir a su vez i a z , sin haber experimentado él mismo la validez de i . Esta propiedad fundamental permite al lenguaje humano (a diferencia, por ejemplo, del de las abejas) funcionar como el instrumento privilegiado de la transmisión del saber.

1.4.2. La complejidad de las instancias emisora y receptora

Por otra parte, esta presentación sólo da cuenta del caso más simple, y finalmente el más raro, de la comunicación: el de la comunicación dual ("cara a cara"). Ahora bien, sin hablar siquiera del caso espinoso del discurso literario, en el cual las instancias emisora y receptora se encuentran desdobladas (autor/narrador, por una parte; lector/narratorio, por otra), numerosos casos de comunicación "corriente" se desvían de este esquema canónico, y sería urgente establecer una tipología de las situaciones de alocución que tome en cuenta el número y el status de los miembros del intercambio verbal:

(a) En la fase de emisión, se pueden encontrar superpuestos muchos niveles de enunciación (problemas del discurso referido, de la transcodificación,²⁶ etc.), y Jakobson mismo es bien consciente de ello, al declarar a propósito de un "Fragmento de conversación" escuchado en el tren: "Hay una cadena de emisores y de receptores, tanto reales como ficticios, de los cuales la mayor parte tiene una simple función de relevo y se contenta con citar (en gran parte voluntariamente) un solo y único mensaje que (al menos para un cierto número de ellos) es conocido desde hace tiempo" (1973, p. 206). Así, cuando un anunciante encarga a una agencia una campaña publicitaria, el esquema de la comunicación se complejiza de la siguiente manera:

26. Sobre este problema ver J. Pohl (1968, p. 50), quien propone una clasificación de los diferentes tipos de "intermediarios humanos": mensajero, escribano público, secretario, telegrafista, intérprete, traductor, divulgador, etc.

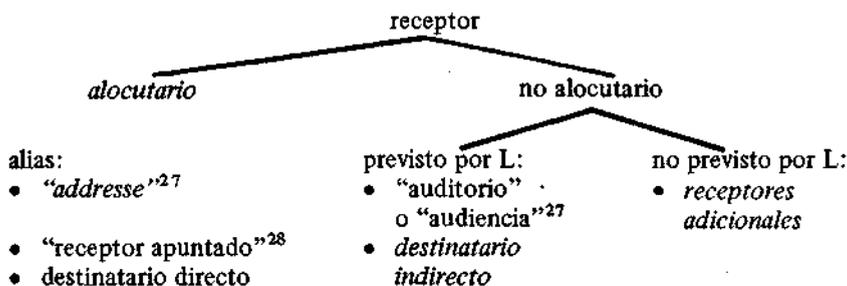


(la agencia misma comprende diferentes roles emisores: jefe de publicidad, redactor creativo, fotógrafo, diagramador . . .).

Otro ejemplo: también la comunicación teatral obliga a admitir la existencia de una *cadena de emisores*, en la que el emisor original (el autor) es *reemplazado* por una serie de emisores “interpretantes” (director, decorador, luminotécnico, actores . . .).

(b) En cuanto a la categoría del receptor conviene también afinarla, haciendo intervenir un cierto número de ejes distintivos.

(1) Introduciremos primero la siguiente distinción:



— El destinatario propiamente dicho, o *alocutario* (que puede ser singular o plural, nominal o anónimo, real o ficticio), se define por el hecho de que es explícitamente considerado por el emisor L (lo que atestigua el empleo del pronombre de segunda persona y/o la dirección de la mirada) como su compañero en la relación de alocución. Por lo tanto, las operaciones de codificación están parcialmente determinadas por la imagen de ellas que se construye L.

27. En Fillmore (“*Deixis I*”, p. 3) se encuentra esta oposición de “*adresse*” frente a “*audiencia*”, definiéndose esta última como “persona que puede considerarse parte del grupo conversacional pero que no es miembro del par. *Speaker/adresse*”.

28. Es la expresión que utiliza Lyons (1978, p. 34).

— El emisor puede preocuparse, además, por la presencia en el circuito de la comunicación de *destinatarios indirectos* que, sin estar integrados en la relación de alocución propiamente dicha, funcionan como “testigos” del intercambio verbal e influyen a veces en él de manera decisiva (ejemplos de chistes, discursos polémicos, defensas de tesis, etc.).

— Es necesario, finalmente, admitir para todo mensaje la existencia de receptores *adicionales* y aleatorios, cuya naturaleza el emisor no podrá prever ni tampoco, en consecuencia, la interpretación que darán al mensaje producido. Es así que una carta puede caer en otras manos que las de su destinatario intencional, o que un curso puede ser escuchado en el vano de una puerta por alguien que pasa; sobre ello el emisor no tiene posibilidades de actuar para controlar la manera en que “pasa” su mensaje.

(2) Para cada una de esas tres categorías de receptores, es extremadamente variable el número de elementos que pueden comprender y, en consecuencia, varían las propiedades internas del mensaje.

(3) Los destinatarios directos e indirectos pueden estar físicamente presentes en la situación de comunicación o bien estar ausentes²⁹ (estando por definición excluidos de esta situación los receptores adicionales).

(4) Pueden tener o no la posibilidad de responder (comunicación simétrica/unilateral), y este eje (que domina a otro: la respuesta puede ser inmediata o diferida, como en el intercambio epistolar) no se superpone con el precedente, de ahí la posibilidad de fundar sobre los ejes (3) y (4) cuatro clases de receptores:

- presente + “locuente”³⁰ (intercambio oral cotidiano);
- presente + no-locuente (conferencia magistral);
- ausente + locuente (comunicación telefónica);
- ausente + no-locuente (en la mayoría de las comunicaciones escritas).

(5) En ciertos casos complejos de comunicación, los destinatarios se clasifican en varios “estratos” de recepción que no tienen el mismo status enunciativo, es decir que este eje precisa e ilustra las distinciones introducidas en (1).

Véanse algunos ejemplos:

- En el transcurso de entrevistas radiofónicas a personalidades políticas o

29. Es por esto que es importante no confundir (1) *la situación de comunicación* con (2) *la relación de alocución*:

- el alocutario forma parte por definición de (2), pero no necesariamente de (1) (comunicación escrita o telefónica);
- inversamente, el no-interlocutor (*délocuté*) excluido de (2), puede ser incluido en (1).

30. Tomamos este término de M. Maillard, 1974.

científicas, se constata que los apelativos puntúan el discurso con una frecuencia inusitada. Es que, además de sus funciones conativa y fática corrientes, sirven para informar a los oyentes, cuyo conjunto no cesa de renovarse en el curso de la emisión, de la identidad del entrevistado. No se puede, pues, describir adecuadamente el funcionamiento de esos términos, que acumulan las funciones apelativa y designativa, si no se tiene en cuenta la superposición de dos niveles distintos y heterogéneos de alocución.

— En la comunicación teatral, el actor dialoga con otros actores, presentes en la escena y capaces de responder, y también, en otro nivel, con el público igualmente presente,³¹ pero en la sombra y en silencio; y puede, según los casos, privilegiar la relación intra-escénica, o la relación con la concurrencia.

Llamemos n_a y n_p respectivamente a los dos niveles de recepción. Si se acepta la oposición terminológica que propone P. Lavorel (1973- pp. 146-147), y se admite que el “monólogo” cómico y melodramático se efectúa, a espaldas del locutor, con la presencia en el escenario de un receptor indiscreto, mientras que en el “soliloquio” trágico el actor no tiene otro receptor más que el público, se puede describir así el funcionamiento enunciativo de esas dos categorías retóricas:

- existencia en los dos casos del nivel n_p ;
- en cuanto a n_a , se trata de un conjunto vacío en el caso del soliloquio y consistente en uno o muchos “receptor(es)adicional(es)” en el caso del monólogo.

Notemos que:

- Fuera de esos dos casos, toda tirada admite en n_a uno (o varios) destinatarios(s) directo(s), duplicado(s) eventualmente por destinatarios indirectos.
- El nivel n_p puede asimilarse a la categoría de los destinatarios indirectos (que se convierten en directos en el caso de dirigirse al público).
- Cuando en el teatro un actor habla con alguien que se supone está entre bastidores (existencia, pues, en n_a de un destinatario directo, pero ausente del espacio escénico), vale decir que habla sin que parezca dirigirse precisamente a nadie, nos encontramos ante la ausencia de destinatario directo, pero ante la presencia de destinatarios indirectos.

31. El discurso fílmico se opone desde este punto de vista a la comunicación teatral, y es por eso que las interpelaciones al espectador (que se encuentran, por ejemplo, en *Pierrot le Fou* [“Pierrot el loco”] de Godard) están ahí más claramente “marcadas”.

Observación anexa: en una secuencia de esta obra, Marianne y Ferdinand-Pierrot, sentados juntos en el asiento delantero de un auto, dialogan amorosamente:

- “ — Pongo la mano sobre tu rodilla.
- Yo también Marianne.
- Te beso todo . . .” (pero no hacen nada).

Y ese tropo de comportamiento produce un efecto más violento que el “un beso” convencional de la comunicación telefónica: la diferencia reside, con toda seguridad, en el status del destinatario (presente/ausente → posibilidad/imposibilidad de pasar al acto).

— Analizando en una revista femenina el dispositivo enunciativo en el que se inscribe el correo de lectoras, Chabrol observa (1971, p. 100), sin explicitar lamentablemente las modalidades de su inscripción en el enunciado, que en realidad Marcelle Ségál se dirige a la “lectora ideal” más que a una corresponsal particular:

“La lectora ‘ideal’ está inscrita en el discurso. Ese rasgo explica el carácter ‘sesgado’ de las respuestas de Ségál. No es a la corresponsal a quien le habla, sino a la lectora ideal. La corresponsal se convierte en la tercera persona de ese diálogo”.

— Último ejemplo de la pluralidad posible de los niveles de recepción: *La Couleur orange* [“El color naranja”], novela de Alain Gerber (Laffont, 1975) está dedicada a una cierta María José, a la que se interpela desde la primera frase (“Lo que yo amaba era, sabés, el color naranja”). Pero sin duda Gerber espera otros lectores fuera de ese interlocutor privilegiado: conviene, pues, también aquí, tener en cuenta, en la descripción del dispositivo alocutorio que encuadra este texto, dos niveles heterogéneos de receptores.

Observación: Sucede a veces (y esto es particularmente claro en el ejemplo de Marcelle Ségál, y es un recurso cómico sumamente explotado por Molière) que la jerarquía efectiva de los niveles de recepción se invierte en relación con la jerarquía esperada, es decir que aquél que se inscribe literalmente en el enunciado como su destinatario indirecto funciona de hecho como el verdadero alocutorio: en este caso se puede hablar de *tropo comunicacional*.

(6) El receptor puede también ser real, virtual o ficticio —se convierte en ficticio gracias al subterfugio que consiste en prestar al lector *virtual* las apariencias y los poderes exclusivos de un ser *real*, como el don de la palabra. Cuando Diderot supone objeciones, cansancio, incertidumbre, de parte del lector (“Yo lo entiendo a usted, ya tiene bastante, y su consejo sería el de reunirnos con nuestros dos viajeros”) le conserva su status real de ser virtual. Pero desde el momento en que toma la palabra (“Mientras que le contaba esta historia, que usted toma por un cuento . . . — ¿Y la del hombre de librea que tocaba el contrabajo? —Lector, yo te lo prometo”),³² el lector, accediendo a la existencia se encuentra al mismo tiempo arrojado a la ficción. Más allá de ciertos límites la inscripción del otro en el enunciado del “yo” cae en una irrealidad perfectamente asumida, por otra parte, por Diderot, según S. Lecoindre y J. Le Galliot.

(7) En la definición del receptor conviene, por fin, hacer intervenir la relación social y afectiva que mantiene con el locutor. Esta relación se define a partir de diferentes parámetros (según el grado de intimidad que exista entre los dos miembros del intercambio verbal, la naturaleza de las relaciones jerárquicas

32. Extractos de *Jacques Le Fataliste (Ouvres de Diderot, Gallimard, 1951, pp. 528 y 544)* citados por S. Lecoindre y J. Le Galliot, 1972.

que eventualmente los separen y la del contrato social que los una), pero se reducirá según Delphine Perret (1968) a un archi-eje gradual.

distancia/no distancia

que subsumiría a la vez el eje de la intimidad y el de la dominación social (y que interviene, por ejemplo, de manera determinante en la utilización de los pronombres "usted" frente a "tú" o "vos").

1.4.3. Las interacciones que se dan entre estos diversos componentes

Pero el inconveniente esencial de nuestro esquema es que no ubica, en sus respectivas casillas, más que *términos* (en los dos sentidos de esta palabra):

(a) No son más que palabras a las que se trata de dar un contenido referencial preciso. ¿Qué realidad abarcan exactamente esas etiquetas descriptivas? El único elemento que hasta el momento ha sido objeto de investigaciones detenidas es la competencia lingüística (concebida, por otra parte, en forma bien restrictiva). En cuanto a los otros componentes de la comunicación, siguen siendo tierras desconocidas o casi desconocidas.

(b) Son términos de relaciones: los diferentes elementos de este modelo están yuxtapuestos los unos a los otros y fijados en el lugar que se les ha destinado, como si entre ellos no existiera ningún problema de definición de límites ni ninguna clase de interacción. Algunos ejemplos mostrarán que la situación es otra:

(1) En este esquema el emisor y el receptor se enfrentan y sus "esferas" respectivas son como dos burbujas impermeables que se cuidan bien de intersectarse. Ya hemos introducido algunas correcciones a esta presentación diciendo que todo receptor es al mismo tiempo un emisor en potencia, y que en la competencia cultural de los dos miembros de la comunicación es necesario incorporar la imagen que se forman de ellos mismos, que se hacen del otro y la que se imaginan que el otro se hace de ellos: no se habla a un destinatario real, sino a aquello que se cree saber de él, mientras que el destinatario decodifica el mensaje en función de lo que él cree saber del emisor.

Pero estas reservas son aún demasiado débiles. Pues los dos interlocutores no se contentan con tomar por turno la palabra, teniendo en cuenta las imágenes que se han formado de una vez para siempre el uno del otro: hay una modificación recíproca de los protagonistas del discurso a medida que se desarrolla lo que ciertos teóricos como Watzlawick denominan justamente una "interacción". Por otra parte, aún cuando sus competencias no sean tan perfectamente idénticas como lo supone Jakobson, presentarlas como totalmente disyuntas es caer en el exceso inverso: se interseccionan tanto más cuanto que tienden a adaptarse una a la otra en el curso del intercambio verbal, cada una modelando, es cierto que en proporciones extremadamente variables, su propio código sobre el que, según presume, posee el otro. Por otra parte, algunos generativistas lo reconocen y tratan de ajustar la concepción standard del "hablante-oyente

ideal" postulando la existencia de una "competencia comunicacional" (Lakoff: conciencia de la existencia de ciertas variaciones "lectales"), o incluso de una "metacompetencia" (Wunderlich, 1972, p. 47):

"Forma igualmente parte de la competencia lingüística una especie de metacompetencia, es decir, la capacidad de reorganizar una gramática ya interiorizada, de modificar las reglas existentes de producción de oraciones y de percepción lingüística, de admitir nuevos elementos en el léxico, etc. Esto se produce cada vez que un oyente [convendría agregar: . . . ' y que un emisor?'] acepta la competencia lingüística diferente de uno de sus interlocutores en la comunicación y trata de asimilarla."

Cualquiera sea el lugar que uno le conceda en el modelo a este fenómeno (y el uso de los deícticos nos proporcionará el ejemplo) es de todos modos seguro que todo acto de habla exige un cierto gasto de energía para "colocarse en el lugar del otro" (gasto que en general, como nos lo demuestra también el funcionamiento de los deícticos, es considerablemente mayor para el receptor que para el emisor), y que

"la comunicación se basa en este ajuste más o menos logrado, más o menos anhelado, de los sistemas de referencia de los dos enunciadores"³³ (A. Culioli, 1973, p. 87).

(2) El problema de la competencia ideológica será retomado más adelante. Pero digamos desde ya que la ideología, aunque constituya un sistema de contenidos autónomo y susceptible de manifestarse en toda clase de comportamientos semiológicos, inviste en todas partes y en forma preferencial los contenidos lingüísticos, y que el límite entre las dos competencias, que hemos representado por una línea llena, es en realidad "porosa".

(3) El status del referente es igualmente complejo. Por una parte, es exterior al mensaje y envuelve a la comunicación. Pero al mismo tiempo se inserta allí en la medida en que una parte de ese referente está concretamente presente y es perceptible en el espacio comunicacional, y esto es en general lo que se entiende por situación de discurso. Se inserta también en la medida en que otra parte del referente, que puede coincidir parcialmente, en el "discurso de situación", con la precedente, se convierte en contenido del mensaje. Finalmente se refleja en la "competencia ideológica y cultural" de los sujetos, es decir,

33. La película de Jean Schmidt *Comme les anges déchus de la planète Saint-Michel* [Como los ángeles caídos del planeta San Miguel'] (documental sobre los "orilleros" y otros subproletarios urbanos) nos proporciona un ejemplo, en la persona del "educador" que, bajo pena de quedar incomprendido ("y la lucha que han realizado juntos, ¿no ha modificado la imagen que te hacías de los inmigrantes?" - "¿la que?, ¿la imagen?"), toca permanentemente sobre un dobie teclado y se cree obligado a traducir en el lenguaje del otro las fórmulas que le vienen espontáneamente a los labios (lo que, por ejemplo, produce: "El problema es que ustedes están completamente fuera de los circuitos de producción- bueno, que no laburan, eh").

en el conjunto de conocimientos que poseen y de representaciones que se han construido de él. Su lugar de inserción es pues múltiple.

(4) El canal es ante todo el soporte de los significantes, soportes éstos a su vez de las significaciones. Pero al mismo tiempo funciona como un filtro suplementario puesto que la naturaleza del canal no carece de incidencia sobre las elecciones lingüísticas. Es un hecho bien sabido que en publicidad la naturaleza del "mensaje" varía con la del "soporte".³⁴

(5) En cuanto al "universo del discurso", integra a la vez, ya lo hemos dicho, los datos situacionales y las restricciones de género. Ahora bien, sus límites internos son tan borrosos como sus límites externos, dado que:

— las restricciones retóricas están en parte determinadas por los datos situacionales;

— se puede considerar que el emisor y el receptor son parte integrante de la situación de comunicación:

— finalmente, la situación integra una parte del referente. Pero ¿cuál? ¿Lo que ven el hablante y el oyente? ¿Lo que pueden ver si modifican su campo visual sin desplazarse? ¿O desplazándose? Pero entonces, ¿dónde fijar el referente de la situación?

No podríamos responder a todas estas preguntas. Nuestro esquema (puesto que "modelo" sería una palabra demasiado importante, tratándose de un objeto tan débilmente estructurado) tiene al menos el mérito de plantearlas, de mostrar que los diferentes parámetros extralingüísticos no ocupan aquí de ningún modo un lugar marginal, y de permitir circunscribir las tareas que le esperan a la lingüística "de segunda generación", como dice Benveniste: investigar cómo se articulan entre ellas las diferentes competencias; cómo actúa, en la codificación y en la decodificación, ese filtro complejo que es el universo del discurso; cómo se efectúa, en una situación determinada, la puesta en referencia del mensaje verbal; tratar, en fin, de elaborar esos modelos de producción y de interpretación que permiten la conversión de la lengua en discurso.

2. LA ENUNCIACION

Ya es hora de circunscribir el campo de nuestro estudio, es decir, de dar una respuesta a la pregunta ¿qué es pues la enunciación? ¿cuál debe ser, cuál puede ser, el objeto de una "lingüística de la enunciación"? Es ahora cuando se manifiesta la distancia que separa ese "poder" de ese "deber", y la ambigüedad ligada al concepto de enunciación.

34. Es conocida la célebre fórmula de Mac Luhan: "El mensaje es el medio". Para un ejemplo (el de la "comunicación de masas") de la incidencia del canal sobre las propiedades internas del mensaje, véase Eco, 1972, p. 19.

2.1. CONSIDERACIONES SEMANTICAS SOBRE LA PALABRA "ENUNCIACION"

2.1.1. Sentido original

No obstante, todos los lingüistas están de acuerdo en el sentido "propio" que conviene atribuir a este término:

- Benveniste (1970, p. 12): "La enunciación es esa puesta en funcionamiento de la lengua por un acto individual de utilización".

- Anscombe y Ducrot (1976, p. 18): "La enunciación será para nosotros la actividad lingüística ejercida por el que habla en el momento en que habla" [pero también por el que escucha en el momento en que escucha].

Diremos, pues, que la enunciación es en principio el conjunto de los fenómenos observables cuando se pone en movimiento, durante un acto particular de comunicación, el conjunto de los elementos que hemos previamente esquematizado.

Pero Anscombe y Ducrot continúan de este modo: "[La enunciación] es, pues, por esencia histórica, es un acontecimiento y, como tal, jamás se repiten dos veces en forma idéntica." Si entre los lingüistas hay acuerdo acerca de su "verdadera" naturaleza, también hay unanimidad en reconocer la imposibilidad de hacer un objeto de estudio de la enunciación concebida en esa forma: es, en efecto "el arquetipo mismo de lo incognoscible", pues "nunca conoceremos más que enunciaciones enunciadas" (Todorov, 1970, p. 3).

2.1.2. Primer deslizamiento semántico

Es por ello que el término sufre corrientemente, a partir de su valor original, un primer deslizamiento semántico, de orden metonímico, deslizamiento que se explica a la vez por la imposibilidad metodológica de tratar la enunciación en sentido propio y por la motivación del significante (el sufijo *-ción* denota en castellano [como *-tion* en francés] polisémicamente el acto y el producto del acto): si bien en su origen la *enunciación* se opone al enunciado como un acto a su producto, un proceso dinámico a su resultado estático, el denotado del término se ha ido petrificando progresivamente. Así, un texto es tratado como "enunciación", a pesar de que el sentido primero se convierte en marcado respecto del derivado, o sea que está remotivado bajo la forma de "acto de enunciación".

Podemos entonces preguntarnos en qué medida la enunciación se opone todavía al final de tal evolución semántica, al enunciado. Antes de responder a esta pregunta, quisiéramos primero señalar rápidamente que el término "enunciado" es también polisémico. Podemos así distinguir los siguientes usos terminológicos:

- enunciado 1 = oración actualizada (Ruwet, 1967, p. 368; Lyons, 1976, pp. 42 y 102; Sperber, 1975, p. 389);
- enunciado 2 = unidad transoracional, secuencia estructurada de oraciones

(Kuentz, 1969, p. 86), la cual puede considerarse tanto en la lengua como en el habla;

enunciado 3 = secuencia de oraciones considerada en la lengua (frente a "discurso": Guespin, 1971, p. 10);

enunciado 4 = secuencia de oraciones actualizada (Dubois y Sumpf, 1969, p. 3).

En esta polisemia hay, pues, dos ejes involucrados:³⁵ el eje de la oposición lengua/habla, y el eje del "rango" (dimensión de la unidad considerada). Para aclarar la situación se podría sugerir oponer regularmente según el eje del rango los términos "oración" y "enunciado", y utilizarlos como archilexemas, neutralizando la oposición lengua/habla. Se dispondría así de un conjunto terminológico que comprendería seis elementos:

oración	oración	oración	frente a	enunciado	enunciado	enunciado ³⁶
	abstracta	actualizada			abstracto	actualizado

En este laberinto terminológico nos interesa menos tomar posición que intentar precisar dónde está el límite entre el enunciado y la enunciación a partir del momento en que la segunda deja de ser concebida como el acto de producción del primero, y en el que ambos por lo tanto se aproximan.

Diremos que de hecho se trata del *mismo* objeto y que la diferencia reside en la *perspectiva con que se mira ese objeto*:

"El enunciado concebido como objeto-evento, totalidad exterior al sujeto hablante que lo ha producido, es sustituido [en la perspectiva de una lingüística de la enunciación] por el enunciado objeto-fabricado, en que el sujeto hablante se inscribe permanentemente en el interior de su propio discurso, al mismo tiempo que inscribe allí al 'otro' por las marcas enunciativas" (G. Provost-Chauveau, 1971, p. 12).

Lucile Courdresses expresa en términos parecidos una idea similar: dice que, una vez que se ha renunciado a considerar la enunciación como el acto de producción del enunciado,

"el problema que se plantea es el de descubrir las leyes de la enunciación partiendo del enunciado realizado. ¿Existen estructuras específicas de la enunciación, elementos discretos analizables que permitan establecer claramente el proceso de enunciación en el interior del enunciado como un hilo de trama invisible pero presente en una tela?" (1971, p. 23).

35. Se trata, en efecto, de polisemia y no de homonimia:

e2/e3: relación de dominio (hiperónimo/hipónimo);

e2/e4: lo mismo;

e3/e4: relación de contraste;

e1/e4: relación de parte a todo entre los denotados correspondientes.

36. Ducrot, por su parte, adopta el siguiente sistema terminológico:

oración	/	enunciado	frente a	texto	/	discurso
(abstracta)		(realizado)		(abstracto)		(realizado)

Esa será también nuestra problemática: no pudiendo estudiar directamente el acto de producción, trataremos de identificar y de describir *las huellas del acto en el producto*, es decir, los lugares de inscripción en la trama enunciativa de los diferentes constituyentes del marco enunciativo (M.E.)

2.1.3. Segundo deslizamiento semántico

Entre estos diferentes constituyentes, hay uno que a menudo privilegian los teóricos de la enunciación, y la cita anterior de Anscombe y Ducrot lo ejemplifica claramente (“La enunciación será para nosotros la actividad lingüística ejercida por el que habla . . .”): es el emisor del mensaje; privilegio que connota e implica a la vez el término no muy afortunado de “enunciación”, pues aun cuando el uso lingüístico pretenda hacer de él un archilexema que neutralice la oposición codificación/decodificación, el uso común (“enunciar” es producir más bien que interpretar un mensaje) tiende obstinadamente a contaminarlo.³⁷ Es por esto que el término “enunciación”, además de la transferencia metonímica señalada, se ve frecuentemente afectada por otro tipo de deslizamiento semántico, que se debe a la “especialización” (reducción de la extensión): en lugar de englobar la totalidad del trayecto comunicacional, la enunciación se define entonces como el mecanismo de producción de un texto, el surgimiento en el enunciado del sujeto de la enunciación, la inserción del hablante en el seno de su habla.

2.2. LA ENUNCIACION “RESTRINGIDA” FRENTE A LA ENUNCIACION “AMPLIADA”

Según que la perspectiva adoptada admita o no esta restricción del concepto, se hablará de lingüística de la enunciación “restringida” o “ampliada”.

(a) Concebida en forma amplia, la lingüística de la enunciación tiene como meta describir las relaciones que se tejen entre el enunciado y los diferentes elementos constitutivos del marco enunciativo, a saber:

- los protagonistas del discurso (emisor y destinatario(s));
- la situación de comunicación
- circunstancias espacio-temporales
- condiciones generales de la producción/recepción del mensaje: naturaleza del canal, contexto socio-histórico, restricciones del universo del discurso, etc.

Llamaremos “hechos enunciativos” a las unidades lingüísticas, cualquiera sea su naturaleza, su rango, su dimensión, que funcionan como índices de la inscripción en el seno del enunciado de uno y/u otro de los parámetros que acabamos de enumerar, y que son por esa razón portadoras de un archi-rasgo semántico específico al que llamaremos “enunciatema”.

37. Del mismo modo como dice bien Culioli: “el enunciador” de un mensaje es, ante todo, tradicionalmente, su emisor.

A la lingüística de la enunciación le corresponde identificar, describir y estructurar el conjunto de esos hechos enunciativos, es decir:

— hacer el inventario de sus soportes significantes y de sus contenidos significados.

— elaborar una grilla que permita clasificarlos.

El principio más natural de clasificación parece ser el siguiente:

(1) enunciado referido al locutor;

(2) enunciado referido al alocutario;

(3) enunciado referido a la situación enunciativa.

Adoptaremos este principio, si bien no es enteramente satisfactorio:

— En efecto, se puede considerar que el locutor y el alocutario son partes integrantes de la situación de comunicación.

— Algunos hechos enunciativos, como los que reflejan la relación que el emisor mantiene, a través del enunciado, con el receptor, no se ubican en ninguna de estas tres rúbricas.

— Otros, en cambio, están imbricados en varios de ellos. Es así, por ejemplo, que el funcionamiento de los deícticos abarca: el locutor + el alocutario (secundariamente) + la situación espacio-temporal de L (y eventualmente de A). Pero lo que prevalece en su definición es que permiten al locutor apropiarse del aparato de la enunciación y organizar alrededor de sus propias coordenadas temporales y espaciales el conjunto del espacio discursivo. Los deícticos serán, pues, considerados en la perspectiva del hablante-escritor: es el valor *dominante* del fenómeno considerado lo que determinará su pertenencia a tal o cual rúbrica.³⁸

(b) Considerada en sentido restrictivo, la lingüística de la enunciación no se interesa más que por uno de los parámetros constitutivos del ME: el hablante-escritor. Esta es la actitud descriptiva que adoptaremos aquí, al menos en lo que concierne a la mayor parte de nuestro estudio. *Dentro de esta perspectiva restringida consideraremos como hechos enunciativos las huellas lingüísticas de la presencia del locutor en el seno de su enunciado, los lugares de inscripción y las modalidades de existencia de lo que con Benveniste llamaremos "la subjetividad en el lenguaje". Sólo nos interesaremos, pues, por las unidades "subjetivas" (caso particular de enunciadema).*

Esta subjetividad es omnipresente: todas sus elecciones implican al hablante pero en diversos grados. *Nuestra hipótesis de trabajo será la de que ciertos hechos lingüísticos son desde este punto de vista más pertinentes que otros; nuestra meta, la de localizar y circunscribir esos puntos de anclaje más visibles de la subjetividad lingüística.*

38. La actitud descriptiva que adoptamos aquí se basa, pues, en la hipótesis (admitimos que discutible) de que incluso si los diferentes constituyentes del ME coexisten necesaria y dialécticamente en todo acto comunicacional, no es completamente ilegítimo, desde un punto de vista *metodológico*, disociarlos (toda la empresa lingüística reposa, por otra parte, sobre tales operaciones de disociación —así los dos planos del contenido y de la expresión, que son, sin embargo, como todos saben, tan "indisociables" como el derecho y el reverso de una hoja de papel . . .).

2.3. RECAPITULACION

Acabamos de mostrar que, a partir de su valor original, el término "enunciación" sufrió dos tipos de deslizamiento semántico y, correlativamente, la problemática de la enunciación sufre dos tipos de desplazamiento, de los cuales uno nos parece ineluctable (estamos metodológicamente *restringidos* a la problemática de las *huellas*), mientras que el otro no es más que coyuntural y provisorio; por el momento adoptaremos, pues, esta reducción, pues ella permite, al limitar el campo de investigación, no perderse demasiado en él.

Al término de esa doble distorsión del concepto, podemos definir del siguiente modo la problemática de la enunciación (la nuestra): *es la búsqueda de los procedimientos lingüísticos (shifters, modalizadores, términos evaluativos, etc.) con los cuales el locutor imprime su marca al enunciado, se inscribe en el mensaje (implícita o explícitamente) y se sitúa en relación a él (problema de la "distancia enunciativa")*. Es un intento de localización y descripción de las unidades, cualesquiera sean su naturaleza y su nivel, que funcionan como índices de la inscripción en el enunciado del sujeto de la enunciación.

En un primer tiempo, lo que practicaremos será una *lexología restringida*: "lexología", pues tal es el neologismo (formado sobre el griego "lexis") por medio del cual Roland Barthes (1978a, p. 9) propone bautizar la lingüística de la enunciación; "restringida", pues de los diferentes parámetros que pueden considerarse relevantes en el cuadro de esta problemática, retendremos solamente el primero, y concentraremos nuestra reflexión en las huellas del hablante-escritor en el enunciado; restringida también porque nuestro estudio se limitará a las manifestaciones más triviales, en el discurso más "corriente", de la subjetividad lingüística, y porque las sofisticaciones del discurso literario, que ciertamente mencionaremos varias veces, no ocuparán jamás la escena principal de nuestra reflexión, que de esa manera podrá parecer un tanto burda.

Nuestra hipótesis y nuestro método de trabajo serán, sin embargo, los mismos que adoptan, aplicándolos a un texto literario (*Jacques le Falatiste*), Simone Lecoindre y Jean Le Galliot (1972, pp. 222-223):

"Es importante distinguir rigurosamente lo que se dice —*el enunciado*— y la presencia del hablante en el interior de su propio discurso —*la enunciación*. Si esta presencia se sustrae a un enfoque objetivo, la distinción que precede se revelará como poco operativa. Ahora bien, sucede que una serie cuyo repertorio [...] de formas lingüísticas está bien establecido traduce efectivamente esa apropiación de su propio discurso por parte del hablante. En estudios de este tipo, pues, nos vemos llevados a aislar los sistemas de índices entre los cuales se encuentran los pronombres personales, las formas verbales, los informantes espaciales y, en general, el conjunto de modalidades en las que se basan las relaciones entre los interlocutores y el enunciado".

De manera semejante, y tratándose sólo del locutor, *son esos lugares de anclaje (los más manifiestos de la subjetividad lingüística)* (Lecointre y Le Galliot hablan incluso de “puntos perceptibles”) *los que se tratará de inventariar.*

Después de haberla restringido tan severamente, elegiremos en un segundo tiempo la perspectiva descriptiva: reintegraremos los parámetros enunciativos previa e injustamente eliminados y mencionaremos un cierto número de trabajos que por diferentes vías contribuyen igualmente al desbroce del campo lexicológico.

II

LA SUBJETIVIDAD EN EL LENGUAJE: ALGUNOS LUGARES EN LOS QUE SE INSCRIBE

Antes de intentar hacer el inventario de las unidades "subjetivas" es necesario previamente ocuparnos del caso de las unidades lingüísticas cuya observación está en la raíz de la reflexión "lexológica", a las que llamamos "deícticos" o "shifters"¹. Definidos provisoriamente como "clase de palabras cuyo sentido varía con la situación",² los deícticos exigen, en efecto, para dar cuenta de la especificidad de su funcionamiento semántico-referencial, que se tomen en consideración algunos de los parámetros constitutivos de la situación de enunciación.

1. LOS DEICTICOS

1.1. PROBLEMAS DE DEFINICION

1.1.1. Planteo del problema: los tipos de mecanismos referenciales

Oswald Ducrot señalaba:

"Puesto que la comunicación lingüística tiene a menudo por objeto la realidad extralingüística, a los hablantes debe serles posible designar los objetos que la constituyen: ésta es la función referencial del lenguaje (el o los objetos designados por una expresión forman su referente). No obstante, esta realidad no es necesariamente 'la' realidad, 'el' mundo. Las lenguas naturales, en efecto, tienen el poder de construir el universo al que se refieren; pueden, pues, darse un imaginario universo del discurso. La isla del tesoro es un objeto de referencia tan posible como la es-

1. Este es el término que utiliza Jakobson, a veces traducido como "embragues", francés "*embrayeurs*", pero que se mantiene sin traducción tanto en el original francés como en esta versión española. Podemos señalar de paso los equivalentes terminológicos "índice" (Peirce) y "expresión indexical" o "indicial" (Bar-Hillel).

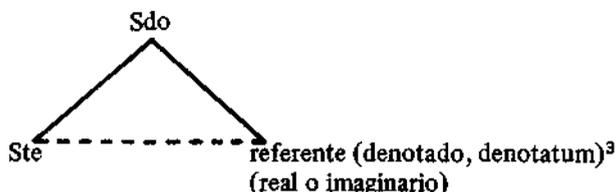
2. Cf. D. Jespersen, *Language*, Londres, 1922, pp. 123-124.

tación de Lyon.” (O. Ducrot, 1972c, p. 317; p. 287 de la ed. en español).

Con la misma perspectiva, llamaremos “referencia” al proceso de relacionar el enunciado con el referente, es decir al conjunto de los mecanismos que permiten que se correspondan ciertas unidades lingüísticas con ciertos elementos de la realidad extralingüística.

Ducrot sólo tiene en cuenta en su definición de la función referencial el punto de vista de la codificación (camino onomasiológico que parte de la identificación del referente para desembocar en su denominación lingüística), pero también es pertinente la perspectiva semasiológica.

De manera muy rudimentaria podemos oponer ambos mecanismos en la siguiente forma:



— Codificación: el triángulo semiótico debe orientarse en el sentido: referente → Sdo → Ste.

La percepción del denotado y la identificación dentro de él de ciertas propiedades lingüísticamente pertinentes (si se trata de un objeto-silla: su carácter de objeto material — hecho para sentarse — individual — con un respaldo — pero sin apoyabrazos . . .) permiten asociar a este objeto extralingüístico un concepto abstracto, que se convierte en significado cuando se le asocia un significante lingüístico mediante una operación que hace posible la competencia léxica del hablante, es decir, una de las reglas de correspondencia Ste/Sdo que éste ha interiorizado.

— Decodificación: la percepción acústica o visual del significante —más precisamente la extracción, a partir de la sustancia de la expresión, de los rasgos distintivos que lo constituyen— remite al receptor a un cierto significado que identifica gracias a su competencia léxica, presentándose ese significado como un conjunto de semas abstractos, sobre los cuales identifica a su vez el referente apropiado. Vemos, pues, que el plano semántico funciona como elemento mediador indispensable entre el plano de la expresión y el del referente extralingüístico: es el que hace posible el mecanismo referencial.

Tanto en la codificación como en la decodificación, el sujeto utiliza conjuntamente tres tipos de mecanismos referenciales, que llamaremos respectivamente

3. Por el momento admitimos a estos tres términos como sinónimos, si bien Lyons distingue el denotatum (en la lengua) del referente (en el discurso).

te: referencia absoluta/referencia relativa al contexto lingüístico*/referencia relativa a la situación de comunicación, o "deíctica".

Para ilustrar esta distinción veamos cuáles son las posibilidades de denominación de un objeto extralingüístico x en el caso particular en que x es una persona:

(1) "Una mujer rubia". . . : hay denominación "absoluta". La elección del rótulo significante es, por supuesto, arbitraria, vale decir relativa a un sistema lingüístico particular. Pero hablamos de referencia absoluta sólo en tanto baste, para nombrar a x , tomar en consideración ese objeto x , sin el aporte de ninguna otra información.

(2) "La hermana de Pedro": la elección, en el interior del paradigma de los términos de parentesco, del término "hermana" para designar a x implica que el hablante tiene en cuenta, además del mismo x , una persona, y , tomada como elemento de referencia. Lo mismo en la decodificación: no es posible dar un contenido referencial preciso a la palabra "hermana" si no se tiene en cuenta la relación xy . En otras palabras, el significante "hermana" no está vinculado de manera "absoluta" al objeto x , puesto que a este mismo objeto se lo puede nombrar alternativamente: hermana de Pedro, hija de Juan, prima de Roberto, etc. Su elección depende del elemento que se selecciona en cada caso —pero no depende, al menos directamente, de la situación de alocución.

(3) Por último, esa misma persona x puede representarse con uno u otro de los pronombres personales. La elección de la unidad significante apropiada y su interpretación referencial se hacen entonces tomando en cuenta los datos particulares de la situación de comunicación, o sea el papel que desempeña x (locutor, alocutario o no-interlocutor) en el proceso de alocución: si hacemos variar los roles, y x permanece invariable, su denominación lingüística variará correlativamente. En este caso, y sólo en este caso, hablaremos de referencia deíctica.

Otros ejemplos:

- (1) "Pedro vive en Lyon": referencia "absoluta".
- (2) "Pedro vive al sur de París": referencia "cotextual" (relativa a un elemento explicitado en el contexto verbal).
- (3) "Pedro vive aquí": referencia "deíctica".

- (1) "Pedro partirá el 24 de diciembre": referencia absoluta.
- (2) "Pedro partirá la víspera de Navidad": referencia cotextual.
- (3) "Pedro partirá mañana": referencia deíctica.

* O "cotexto". El contexto de una secuencia es, en efecto, su entorno verbal, o extraverbal. Cuando se trate únicamente del contexto verbal, hablaremos con regularidad de "cotexto".

1.1.2. Definición

Proponemos, pues, para los deícticos la siguiente definición: los deícticos son *las unidades lingüísticas cuyo funcionamiento semántico-referencial (selección en la codificación, interpretación en la decodificación) implica tomar en consideración algunos de los elementos constitutivos de la situación de comunicación, a saber:*

– *el papel que desempeñan los actantes del enunciado en el proceso de la enunciación,*

– *la situación espacio-temporal del locutor y, eventualmente, del alocutario.*

Es importante insistir sobre un punto que se presta a frecuentes malentendidos: *lo que “varía con la situación” es el referente de una unidad deíctica y no su sentido*, el cual permanece constante de un uso al otro; el pronombre “yo” brinda siempre la misma información: “la persona a la que remite el significante es el sujeto de la enunciación”. En este punto la definición de Jespersen propuesta más arriba es inaceptable, así como las siguientes formulaciones de Benveniste y de Ricoeur:

– Benveniste, 1966a, p. 4:

“Fuera del discurso efectivo, el pronombre es solamente una forma vacía, que no puede vincularse ni a un objeto ni a un concepto”:

a un objeto, sin duda; pero a un concepto, ciertamente no.

– Ricoeur, 1975, p. 98:

“Los pronombres personales son propiamente ‘asémicos’; la palabra ‘yo’ no tiene significación en sí misma . . . ‘Yo’ es quien, en una oración, puede aplicarse a sí mismo la palabra ‘yo’ por ser el que habla; así pues, el pronombre personal es esencialmente función del discurso y sólo adquiere un sentido cuando alguien habla y se designa a sí mismo diciendo ‘yo’.”

Pero Ricoeur confunde aquí sentido y referente. *Los pronombres personales están en realidad, antes que cualquier actualización discursiva, semantizados* (es por ello que pueden tener traducción en los diccionarios bilingües).

Es obvio que para todas las unidades lingüísticas el referente varía de una enunciación a otra. Pero, retomando la terminología de Lyons, las unidades no deícticas tienen un *denotatum* (clase de objetos que el elemento es susceptible virtualmente de denotar) relativamente estable. Las unidades deícticas, en cambio, si bien es cierto que reciben en el discurso un referente específico, carecen, en la lengua, de un *denotatum* especificable. O dicho todavía en otros términos: en el caso de la mayoría de las unidades léxicas la sinonimia puede definirse ya sea en términos de identidad de contenido semántico, ya sea en términos de identidad de extensión. Los dos fenómenos son correlativos; vale decir que dos palabras que tienen el mismo sentido poseen, en principio, la misma clase de denotados virtuales (el mismo *denotatum*) y viceversa. Pero en el caso de los deícticos,⁴ es preciso disociar la definición en comprensión de la

4. Veremos más adelante que todas las unidades “subjetivas” participan en cierta medida de esta propiedad.

definición en extensión: dos *shifters* pueden tener muy bien la misma extensión y no ser por ello sinónimos. Así, por ejemplo, los dos pronombres “yo” y “tú” tienen como extensión el conjunto virtual de todos los individuos que pueden funcionar como locutor y como alocutario respectivamente: son, en una palabra, los mismos. Asimismo, los dos verbos “ir” y “venir” describen exactamente los mismos procesos de desplazamiento; sin embargo, no nos dan exactamente la misma información: la descripción (objetiva) del proceso es la misma, pero el punto de vista (subjetivo) respecto de ese proceso no es el mismo.

1.1.3. Observación sobre las expresiones cotextuales

Es conveniente distinguir dos casos:

– Los términos relacionales.

En la expresión “la hija de Pedro” los dos sustantivos, “mujer” y “Pedro”, están en estrecha relación, pero no tienen el mismo contenido referencial. Diremos que “hija” es un término relacional: posee un sentido en sí mismo y un referente autónomo, pero que no puede determinarse si no es en relación a *y*.

Entran en esta categoría, por ejemplo:

- los términos de parentesco, que constituyen “funciones de dos posiciones”, igual que los sustantivos “amigo”, “costado”, “sujeto (gramatical)”;
- los adjetivos y adverbios de valor comparativo: “parecido”, “mismo”, “tanto”, “más”, . . . ;
- algunos verbos de movimiento: un mismo desplazamiento objetivo puede describirse como un proceso de “acercamiento” o bien, por el contrario, de “alejamiento”, según el término que se toma como referencia: los verbos correspondientes son, pues, intrínsecamente relacionales a diferencia, por ejemplo, de un verbo como “descender”.

Es verdad que en un enunciado particular el elemento *y* puede coincidir con el hablante. Pero es preciso disociar claramente, en el análisis de una expresión como “mi padre”, la unidad “padre”, término relacional, de “mi” = de mí, término deíctico.

Cuando el elemento *y* no está explícito en el cotexto inmediato del término relacional, se presentan dos posibilidades de elipsis:

- *y* sólo puede ser un elemento del cotexto amplio. Ej.: “Algunos días más tarde”; “el día siguiente”.

En ningún caso el término de referencia implícito es T_0 , o sea el momento de la enunciación;

● *y* representa, según los casos, un elemento del cotexto amplio o bien un elemento deíctico, cuando nada en el cotexto puede funcionar como término *y*. Ejs.:

“Encontró un amigo” (de él)/“es un amigo” (mío);

“Nos estamos acercando” (al lugar de que se trata)/“acercate” (aquí);

“El último día” (de la serie descrita)/“la última guerra” (la más próxima, en el pasado, de T_0).

Es posible, pues sobre esta base, establecer dos subclases de términos relacionales.

— Los representantes.

Son “términos o expresiones que reciben su significación de otros términos, expresiones o proposiciones contenidos en el mismo texto y a los que representan” (Haroche y Pécheux, 1972, p. 17).

En tanto que los relacionales tienen un sentido autónomo y un denotado distinto de *y*, los representantes o “anafóricos” toman de *y* —al que entonces llamamos el antecedente o “interpretante” de *x*— su contenido semántico y referencial. Ejs.:

“Me encontré con unos amigos” { • Me hablaron de vos”
que

“Su hermano. . .”: “hermano”: relacional;
“su”: de él: representante (comportando además una información deíctica negativa).

“Algunos días más tarde”: comparativo: unidad relacional + un representante elidido.

El término “anafórico” presenta el inconveniente de ser, como veremos, ligeramente ambiguo.

1.1.4. Precisiones terminológicas

— Anáfora: término polisémico que se domina a sí mismo.⁵ Algunos lo utilizan como sinónimo de “representación”, tal como acabamos de definirla; otros lo reservan para aquellos casos en los que el representante remite al contexto anterior, según el valor etimológico de anáfora, oponiendo:

representación por anáfora *frente a* representación por anticipación (o “catáfora”).

Volvemos a encontrar la misma ambivalencia en lo que se refiere al término “antecedente”.

— En cuanto a la referencia deíctica, conviene señalar algunos usos terminológicos que se desvían respecto del que aquí proponemos:

• Cuando Bally (1969, p. 191) habla de denominación “absoluta” se trata en realidad de la referencia deíctica. El mismo lenguaje aproximado aparece en el uso común de la expresión “tiempos absolutos” (opuestos a los “tiempos relativos”).

5. Sin hablar de la acepción retórica del término (anáfora ⇒ repetición de una misma palabra al comienzo de un período o estrofa) ni del uso idiolectal que hace de él J. Kristeva, quien llama “anáfora” al mecanismo de remisión al intertexto: a ese espacio translingüístico en que se basa el texto pero que le es extraño (cf. *Recherches pour une sémanalyse* [“Investigaciones para un semanálisis”], Seuil, París, 1969, p. 81).

● Lyons por su parte opone (1970, p. 230):

(1) "x está muy lejos del río", oración en la cual el punto de referencia es un "rasgo del entorno", que necesariamente debe estar explicitado en el contexto,

y (2) "x está muy lejos de aquí", que hace intervenir la situación de comunicación.

Y allí donde hablamos de:

(1) localización relativa al cotexto *frente a* (2) localización deíctica, Lyons utiliza para distinguir los dos casos las expresiones de:

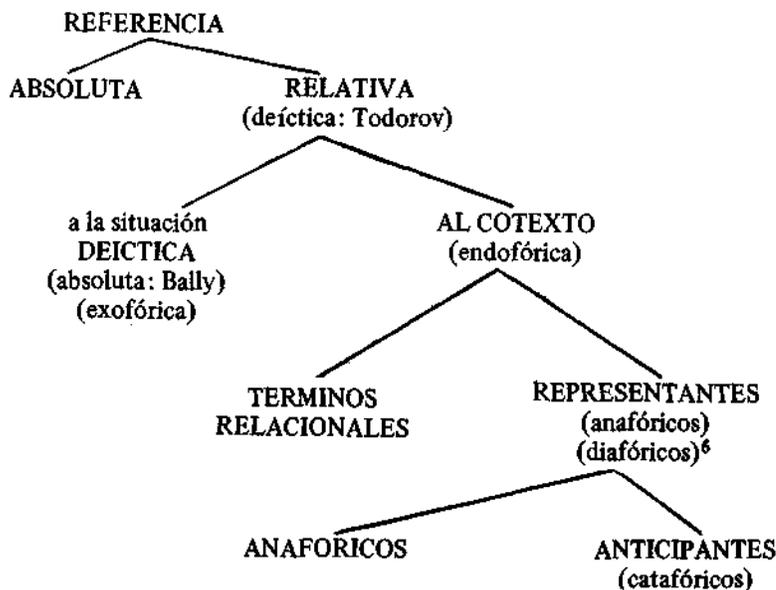
(1) referencia absoluta *frente a* (2) referencia relativa . . .

● Por último, algunos lingüistas amplían la noción de "deixis", incluso incorporándole el caso de referencia cotextual. Así Todorov cuando distingue (1970, p. 10 y 1972, p. 406), en virtud de una convención terminológica ni más ni menos arbitraria que la nuestra,

la deixis indicial *frente a* la deixis anafórica,
(situacional) (cotextual)

o los gramáticos que, de manera más discutible, hacen del deíctico una especie de equivalente "new look" del demostrativo . . .

Estos términos metalingüísticos conocen, pues, toda suerte de deslizamientos verticales en el árbol que representa la estructuración de su campo:



6. Este término, sugerido por Roland Barthes, es adoptado por M. Maillard, 1974.

N.B. Los términos que nos parecen más aceptables están escritos con mayúscula.

No han hecho fortuna las expresiones felices pero poco manuales de Damourette y Pichon: referencia "ninegocéntrica" (= deíctica) *frente a* "alocéntrica" (= cotextual).

1.2. ALGUNOS DEICTICOS

1.2.1. Los pronombres personales

Los pronombres personales* (y los posesivos, que amalgaman en la superficie un artículo definido + un pronombre personal en posición de complemento del nombre) son los más evidentes y mejor conocidos de los deícticos.

En efecto, para recibir un contenido referencial preciso los pronombres personales exigen del receptor que tome en cuenta la situación de comunicación, y ello de manera

- necesaria y suficiente en el caso de "yo" y de "tú"** (tú, vos/usted): son deícticos puros;

- necesaria pero no suficiente en el caso de "él, ellos" y "ella(s)", que son a la vez deícticos (negativamente: indican simplemente que el individuo que denota no funciona ni como locutor ni como alocutario) y representantes (exigen un antecedente lingüístico⁷).

El problema de los pronombres plurales:

- "Nosotros" no corresponde nunca, salvo en situaciones muy marginales, como el recitado o la redacción colectivos, a un "yo" plural.

Se puede definir su contenido de la siguiente forma:

nosotros = yo + no-yo $\left\{ \begin{array}{l} \text{yo + tú (singular o plural) "nosotros inclusivo"} \\ \text{yo + él (singular o plural) "nosotros exclusivo"} \\ \text{yo + tú + él} \end{array} \right.$

* En español, la gramaticalización de la categoría de persona que realizan las desinencias verbales hace innecesaria, en la mayoría de los casos, la presencia de un pronombre sujeto. (En francés, por el contrario es obligatoria).

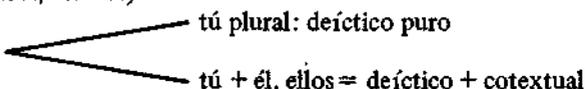
** En "tú" neutralizamos la alternancia dialectal entre *tú* y *vos*, y la oposición de ambas formas con *usted* (menor/mayor distancia social).

7. Que puede estar implícito en virtud de ciertos índices de ostensión (ver más adelante) o de ciertas determinaciones situacionales. Así, en la expresión "¡déjenlos vivir!" se admite convencionalmente que el pronombre remite a los "embriones" no verbalizados (porque su denominación es delicada y es precisamente lo que está en juego en el debate entre partidarios y adversarios del aborto) —de ahí el efecto cómico de la fórmula-sandwich pronunciada por una estudiante que creía citar así el nombre de un organismo involucrado en el debate: "¡Déjenlos elegir!"

nosotros = yo + tú y/o él.

El "nosotros" inclusivo es puramente deíctico. En cambio, cuando conlleva un elemento de tercera persona, debe acompañar al pronombre una sintagma nominal que funcione como antecedente del elemento "él" incluido en el "nosotros".⁸

● "Vosotros"* (vosotros/ustedes)

vosotros = tú + no-yo 

vosotros = tú + tú y/o él.⁹

Se puede dar mayor precisión y claridad a las descripciones mediante un diagrama como el siguiente:

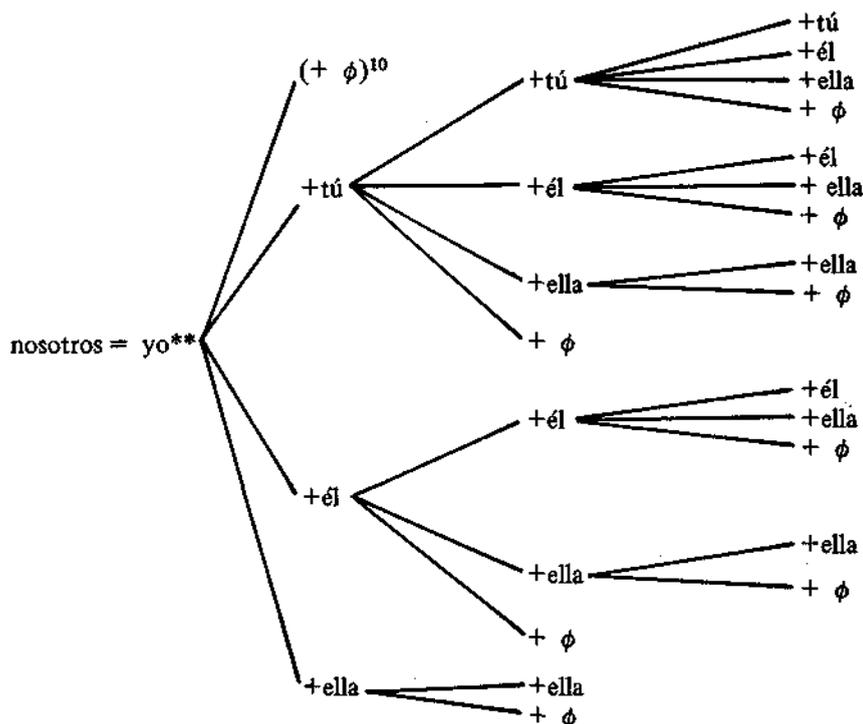
8. El antecedente en general es inútil cuando el "nosotros" recibe su extensión máxima. No obstante, en una emisión televisiva (el 30 de noviembre de 1975), Edgar Morin se vio obligado a precisar, en varias ocasiones, "nosotros los seres humanos", porque sus palabras se referían, esencialmente, a los seres vivientes, animales incluidos.

Por lo general, es el contexto anterior el que determina la referencia de un "nosotros" ambiguo. En el discurso de los socialistas presentes en el Congreso de Tours, J. B. Marcellesi se vio en la necesidad de distinguir (en *Langages*, Nº 23) cinco tipos de "nosotros":

- "nosotros₁" = yo (uso retórico);
- "nosotros₂" = yo + x + y: nosotros "recapitulativo";
- "nosotros₃" = yo + mis amigos políticos;
- "nosotros₄" = yo + los socialistas (o mejor: los socialistas, yo entre ellos);
- "nosotros₅" = yo + los socialistas + los no-socialistas.

* Para la oposición "vosotros"/"vosotras" y "nosotros"/"nosotras" ver nota 78, p. 90.

9. Cuando el antecedente de "él" incluido en el "vosotros" o "ustedes" y el "nosotros" no figura en el contexto anterior, conviene especificarlo inmediatamente mediante la fórmula: "Vinimos sólo nosotros, mi hermano y yo", "¿ustedes van a venir, vos y tu hermano?". Esta fórmula es de manipulación delicada y es, además, poco económica (repetición redundante del elemento de primera o de segunda persona). Posiblemente por ello son más comunes los giros que prescinden del "nosotros" o el "ustedes", tanto la construcción del tipo "Sólo vinimos mi hermano y yo", "¿vos y tu hermano van a venir?" como la del tipo "Vine yo con mi hermano", "¿vas a venir con tu hermano?", construcción esta última que presenta el inconveniente de jerarquizar a los actantes y de privilegiar abusivamente el ego: "me escribí durante mucho tiempo con González" (en lugar de "González y yo nos escribíamos"), "yo iba al cine con Juan todos los domingos" (en lugar de "Juan y yo íbamos al cine").



Pero, además de que este diagrama está condenado al inacabamiento perpetuo —ya que el conjunto de “ellos” y de “ellas” es ciertamente inagotable—, las diferenciaciones que pone en evidencia son de naturaleza referencial más bien que semántica.

Los pronombres personales constituyen en el español de Buenos Aires*, por ejemplo, el siguiente sistema:¹¹

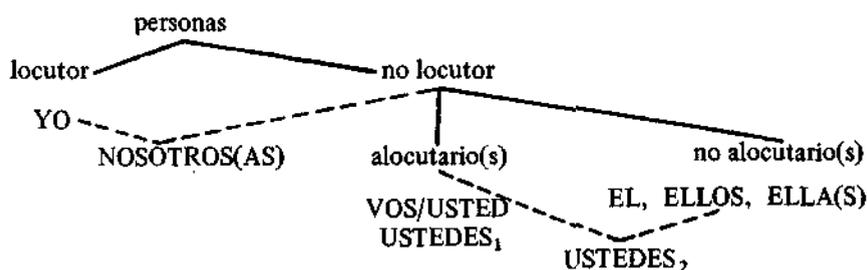
10. En el caso del “nosotros” retórico, contradictoriamente llamado “mayestático” o “de modestia”. Pero por el momento no tomamos en consideración el problema de todas estas enálages, sino, únicamente, el valor fundamental de la unidad pronominal.

11. Su funcionamiento es, por supuesto, muy diferente en lenguas como el melanesio que tienen un dual y un trial.

Para un análisis que muestra la necesidad, cuando se considera un sistema lingüístico fundamentalmente diferente, de elaborar ejes distintos de aquellos a los que estamos acostumbrados, véase, por ejemplo, Robert Austerlitz, “Semantic Components of the Gilyak Pronoun System”, [“Componentes semánticos del sistema pronominal del Gilyak”], en *Word*, vol. 15, 1959, pp.102-109.

* En otros dialectos del español:

alocutorio(s)
TU/USTED
VOSOTROS(AS)/USTEDES



Observaciones:

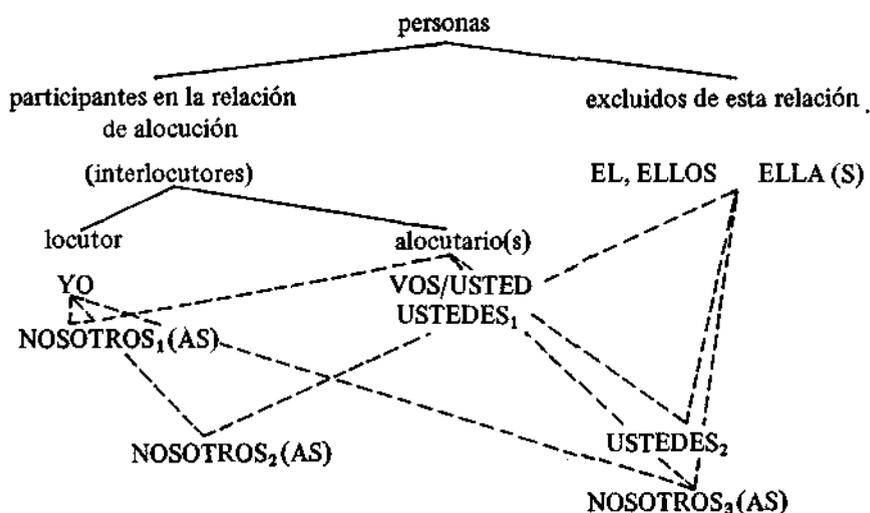
– El eje de las personas es, en realidad, ternario, y Pottier tiene razón cuando advierte la continuidad que existe entre las tres:

“En francés ** tenemos una jerarquía ordenada: *je (tu il)*”

je + x → nous

tu + x (excepto je) → vous” (1974, p. 189).

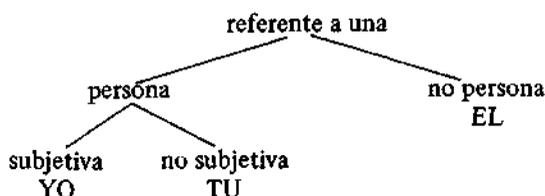
Apenas se desea llevar este eje ternario a dos dimensiones binarias, uno se enfrenta inevitablemente con un problema de clasificación cruzada. Es posible, en efecto, intentar la siguiente organización:



** Los pronombres personales españoles, en los aspectos que aquí se discuten, funcionan como sus equivalentes franceses.

Pero, como vemos, esta presentación obliga a dividir en varias unidades distintas no solamente el “vosotros” (lo que también ocurre en la presentación precedente), sino también el “nosotros” —no obstante que resulta evidente que lo que aquí tenemos son antes bien variantes referenciales que sememas distintos. Esta consideración formal, unida al hecho de que la oposición locutor/no-locutor nos parece más importante que la oposición interlocutor/no locutor —por el status increíblemente privilegiado que se otorga al “yo” en el funcionamiento del enunciado—, explica que hayamos preferido la primera estructuración.

— Nuestro procedimiento se aparta de los análisis de Benveniste, quien propone, como sabemos, la siguiente estructuración jerárquica de los pronombres personales:



En efecto, Benveniste se propone esencialmente —aun reconociendo, pero sin acordarle la importancia que merece, la “trascendencia” del “yo” sobre el “tú” (es efectivamente el “yo” el que constituye, unilateralmente, el “tú”)— subrayar la especificidad y heterogeneidad de la tercera persona con relación a las otras dos. Pero su razonamiento nos parece discutible por más de un motivo:

- No es justo decir que “únicamente la ‘tercera persona’ . . . admite un verdadero plural” (1966b, p. 236): algunos “vosotros” corresponden a un “tú”, no “generalizado” (como pretende Benveniste, p. 235), sino decididamente pluralizado.

- Más grave es la afirmación de que la función del pronombre “él” sería la de expresar la “no-persona” (p. 228), la cual nos parece directamente falsa —salvo en el caso de los giros impersonales*, cuya especificidad, por lo mismo, Benveniste se abstiene de describir. Es verdad que “‘él’ no designa específicamente por sí nada ni a nadie” (p. 230). Pero si “por sí” debemos interpretarlo como “fuera de la actualización” (y no se ve qué otra cosa podría significar esa expresión), entonces lo mismo vale para el “yo” y el “tú”. La única diferencia es que generalmente el pronombre “él”, para recibir un contenido referencial preciso, necesita determinaciones cotextuales de las cuales pueden prescindir el “yo” y el “tú”.

* Ni siquiera esta salvedad puede hacerse respecto del “él” español, que no está presente —a diferencia del *il* francés— en las frases impersonales: al francés *il pleut, il fait beau*, por ejemplo, corresponde el español “lueve, está lindo”, con la tercera persona expresada solamente por la desinencia verbal.

● Los pronombres personales, como todos los deícticos, tienen la propiedad de carecer de "autonomía referencial". Así lo afirma Benveniste respecto de "yo" (p. 252: "Las instancias en que se emplea "yo" no constituyen una clase de referencia, ya que no existe ningún 'objeto' definible como 'yo' al que puedan remitirse en forma idéntica todas esas instancias"), y lo mismo es válido para "tú" y "él": su clase denotativa no es determinable en la lengua. Pero podemos discutir la expresión "formas vacías" que emplea Benveniste respecto de esos pronombres (p. 254)¹²; lo son quizá referencialmente, pero no por cierto semánticamente: los deícticos tienen un sentido.¹³

● En el curso de su actualización discursiva los deícticos reciben, además, un referente: es impropio, pues, llamarlos "autorreferenciales". Sin embargo, Benveniste utiliza esta expresión¹⁴ a propósito de las formas temporales,¹⁵ y respecto de los pronombres personales declara: "¿Cuál es, pues, la realidad a la que se refiere 'yo' o 'tú'? Únicamente a una realidad del discurso" (p. 252). Nosotros creemos, por el contrario, que al igual que otras formas lingüísticas los pronombres personales remiten a objetos extralingüísticos y no a su propia enunciación (como lo sugiere el término "autorreferencial"); y que las dos formulaciones siguientes, de las cuales la primera es una abreviación inadecuada de la segunda, única que nos parece correcta, no son equivalentes:

- los deícticos remiten a su propia instancia discursiva;
- los deícticos remiten a objetos cuya naturaleza particular sólo se determina en el interior de la instancia particular del discurso que los contiene.

● Una vez dicho lo que antecede, hay que reconocerle a Benveniste el mérito de haber puesto claramente en evidencia la especificidad deíctica de los pronombres personales y de haber mostrado (1974, p. 201) que si bien la forma "yo" es semejante, sintácticamente, a los nombres propios, difiere en cambio, de ellos por lo siguiente: el nombre propio denota, en la lengua y en el discurso, a un *solo*¹⁶ y *el mismo* individuo; "yo", "nombre propio instantáneo de todo hablante", denota virtualmente a *todos* los individuos dotados del don de la palabra, pero su referente *cambia* en cada una de las instancias enunciativas.

12. Tampoco vemos por qué los deícticos "no pueden estar mal empleados, puesto que al no afirmar nada no están sometidos a la condición de verdad y escapan a toda impugnación" (p. 254); nos parece por el contrario, que palabras como "yo" o "ayer" no escapan a las reglas de la adecuación denominativa.

13. En otros términos, tienen para nosotros un contenido conceptual, a pesar de la célebre fórmula: "Los pronombres [...] no remiten ni a un concepto ni a un individuo (p. 261) —siendo tan insatisfactoria la segunda parte del enunciado como la primera: en la lengua (y de eso se trata), tampoco remite a un individuo una palabra como "niño", sino a una clase de individuos.

14. Que es apropiada, en cambio, cuando se trata del modo "autónimo".

15. Cf. p. 263: "El tiempo lingüístico es autorreferencial"

16. Salvo, se entiende, en caso de homonimia.

1.2.2. Los demostrativos

Los demostrativos, según los casos, son referenciales al cotexto (representantes) o referenciales a la situación de comunicación (deícticos). En el enunciado siguiente, extraído de una pieza de teatro:¹⁷

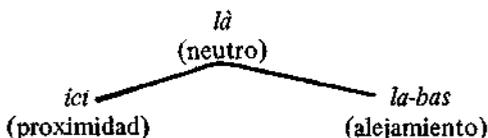
“... (mostrando a Diego) este marinero llega de Santos. ¿Si lo interrogásemos?”

el adjetivo demostrativo es cotextual si se trata de una lectura (antecedente: Diego) y deíctico si se trata de una representación.

En el uso deíctico conviene distinguir:*

— el caso de los demostrativos que contienen las partículas *-ci/-là*¹⁸ (como *celui-ci* “éste (que está aquí)”, *celle-là* “ésa (que está allí)”): su repartición es de naturaleza deíctica ya que se hace, en principio, siguiendo el eje proximidad/alejamiento del denotado respecto del hablante.

Podemos asimilar a estos demostrativos el caso de los adverbios de lugar, señalando de paso que la oposición no es ya binaria, como en inglés (*here* = proximidad, *there* = alejamiento), sino ternaria: *ici, là, la-bas*, con tres grados de aproximación.** En realidad, en el uso actual, “*là*” neutraliza la oposición “*ici*”/“*là-bas*”. Ejs.: “*Mets-toi là*” (colócate allí), “*Viens là*” (ven aquí);



17. Se trata de *Voyage* [“Viaje”] de G. Schehade. El caso de los enunciados teatrales es interesante porque permite observar comparativamente el funcionamiento de los deícticos en los códigos escrito y oral.

18. En su uso no deíctico, las formas en “*-ci*” y en “*-là*” se oponen teóricamente según uno u otro de los siguientes ejes:

- proximidad/alejamiento con respecto al antecedente [En español se emplea *este/ese* en el primer caso y *aquel* en el segundo];
- representación por anticipación/anáfora (Ej.: *Voici ce que je vais vous dire*”/ “*Voilà ce que j’avais à vous dire*” [“*Esto* es lo que les voy a decir”]/“*Eso* era lo que les tenía que decir”].

Pero actualmente estamos ante un retroceso de las formas en “*-ci*” en beneficio de las formas en “*-là*” y ante la proliferación de usos anárquicos. Ya en una célebre frase de Mallarmé — “*Qué decepción ante la perversidad de la lengua, que confiere a ‘día’ (‘jour’) y a ‘noche’ (‘nuit’), contradictoriamente, un timbre oscuro aquí (‘ici’), claro allá (‘là’) — encontramos un empleo de estos adverbios exactamente inverso con respecto a la norma.*

* Mantenemos en esta versión lo que dice el texto original respecto del sistema de los demostrativos franceses, por presentar éste complejidades que están ausentes del simple sistema del español: *este (a,o) - ese (a, o) - aquel (la, lo)* y sus plurales masculinos y femeninos.

** En español también es ternaria: *aquí/acá, ahí, allí/allá*. Estos locativos remiten, como los demostrativos, al “campo de referencia” del locutor, del alocutario y del no-interlocutor.

— el caso del demostrativo simple:

- Valor temporal: ver más abajo.
- Valor espacial: Un enunciado como “*Prenez cette chaise*” (tome esta/ esa silla) se acompaña obligatoriamente con un gesto “que designa al objeto al mismo tiempo que se pronuncia esa instancia del término” (Benveniste, 1970, p. 15), o, por lo menos, con una mirada dirigida ostensiblemente hacia el denotado. Sin ello, el enunciado sería agramatical.¹⁹ Ahora bien, ese gesto o mirada, y al mismo tiempo el sintagma nominal al que sirve de acompañamiento, no se puede interpretar correctamente si no es en la situación concreta de la comunicación: el demostrativo es, pues, indirectamente, deíctico. Hablamos en este caso de *deixis por ostensión*.²⁰

Los demostrativos complejos conllevan también una ostensión: son, pues, deícticos por partida doble.

1.2.3. La localización temporal

Expresar el tiempo significa localizar un acontecimiento sobre el eje antes/ después con respecto a un momento T tomado como referencia. Según los casos, este T puede corresponder a:

— una determinada fecha tomada como referencia en razón de su importancia histórica para una determinada civilización. El nacimiento de Cristo funciona, para nosotros, como base del calendario, al menos en lo que concierne a la numeración de los años (en cuanto a las diferentes unidades que recortan el espacio temporal, o bien reflejan con mayor o menor aproximación ciertos fenómenos cósmicos, o bien se establecen arbitrariamente con relación a los precedentes).

Este tipo de localización es el fundamento de nuestro sistema de fechas, pero no tiene ninguna relevancia cuando se trata de la conjugación verbal (sin embargo, no sería imposible concebir una lengua que opusiera dos “tiempos”²¹ se-

19. Se trata aquí de una agramaticalidad de un tipo muy especial: la que consiste en una inadecuación del comportamiento “paralingüístico” (mimo-gestualidad) respecto del comportamiento lingüístico propiamente dicho.

20. Cf. J. Pohl, 1968, t. I, p. 51: “En el caso de algunas palabras llamadas deícticas, el gesto —el gesto imitativo o alegórico— es un requisito *sine qua non*: ‘el pez que pesqué era de *este* tamaño (separación entre las manos); *éste* es el río, ustedes lo cruzarán por *aquí* (gesto del índice sobre un mapa)’. Notemos que *aquí*, que puede prescindir del gesto cuando designa el lugar en que se encuentran los interlocutores, es menos deíctico que *ahí*, deíctico espacial que puede designar una infinidad de puntos del horizonte.”

Este caso particular de funcionamiento deíctico, que Fillmore llama “gestural”, es el que ha inspirado la denominación del fenómeno global (“griego “*déiknumi*” (“mostrar”)). De ahí que algunos autores se inclinen a considerar a los demostrativos como los deícticos “por excelencia”.

21. El término es peligrosamente ambiguo, porque corresponde a una realidad de orden

gún que el proceso denotado se desarrollara antes o después del nacimiento de Cristo);

— T_1 , un momento inscrito en el contexto verbal: se trata entonces de referencia cotextual:

— T_0 , el momento de la instancia enunciativa: referencia deíctica.

En francés (y en español), la localización temporal se lleva a cabo esencialmente gracias al doble juego de las formas temporales de la conjugación verbal y de los adverbios y locuciones adverbiales. De estos dos procedimientos, el primero explota casi exclusivamente el sistema de localización deíctica, mientras que los adverbios temporales se reparten muy parejamente entre la clase de los deícticos y la de los relacionales.

(a) *Las desinencias verbales*: el problema del uso de los "tiempos".

● La elección de una forma de pasado/presente/futuro es de naturaleza evidentemente deíctica: la referencia es "ninegocéntrica". Los que a menudo se llaman "tiempos absolutos" son, en realidad, tiempos deícticos.

Ste: pasado/presente/futuro

Sdo: proceso anterior/concomitante/posterior a T_0 .²²

● Dentro de cada una de las esferas de pasado/presente/futuro, la elección se lleva a cabo a lo largo de diferentes ejes aspectuales que, sin pertenecer a la deixis en sentido estricto, puesto que esa elección no está determinada automáticamente por los datos concretos de la situación de enunciación, deben atribuirse a lo que en sentido más amplio llamamos subjetividad lingüística: hacen funcionar, en efecto, la manera (enteramente subjetiva) en que el hablante enfoca el proceso, al cual puede (sean cuales fueren sus propiedades objetivas)

—según los casos— morfológico o semántico. Ahora bien, los "tiempos" de la conjugación verbal no expresan sólo el "tiempo", sino también el aspecto. Y, a la inversa, la expresión del "tiempo" (semántico) puede investir a otros significantes aparte de las desinencias verbales.

22. Para nosotros el pretérito indefinido es tan deíctico como el pretérito perfecto, a pesar de lo que dice Benveniste (1966b, p. 244: "el punto de referencia temporal del perfecto es el momento del discurso, en tanto que el del aoristo es el momento del suceso") y Genouvrier (para quien el P. I. tendría por referencia un "entonces", una especie de origen de los tiempos enterrado en el pasado). Estos análisis confunden, de hecho, el valor de la forma misma y el sistema de referencia que lo determina. El P. I. trasmite, lo mismo que el P. P., la siguiente información: el proceso denotado se ha desarrollado en un momento anterior al momento de la enunciación. La diferencia está en que la referencia deíctica es en general explícita en el caso del P. P. e implícita en el del P. I., lo que tiene como resultado que las dos formas temporales pertenezcan a dos modalidades enunciativas muy diferentes (que Benveniste llama respectivamente "discurso" y "enunciación histórica").

Sobre la explotación literaria de las oposiciones aspectuales, ver Weinrich, 1973, y N. Kress-Rosen, 1973.

dilatar o puntualizar, considerar en su desarrollo o en su acabamiento, “sumergirlo en el pasado” o, por el contrario, vincularlo a la actividad presente.

Así, por ejemplo, las formas compuestas expresan el aspecto perfecto —lo que les permite expresar la anterioridad cuando aparecen en relación con la forma simple correspondiente mediante la ayuda de un subordinante “después que”. Pero este valor de anterioridad no es más que un efecto de sentido enteramente solidario con el cotexto: las formas compuestas no expresan intrínsecamente “tiempo relativo”.

Véase, en cambio, una oración como:

“Me dijo que vendría a verme”

Si llamamos T_0 al momento en que se enuncia la oración, T_1 al de realización del proceso de “decir” y T_2 al momento en que se cumple el proceso de “venir”, constatamos que la única información transmitida por la forma en “—ría” es la siguiente:

T_2 es posterior a T_1 ,

pero puede muy bien ser anterior, simultáneo o posterior a T_0 , que no tiene, pues, ninguna relevancia en el empleo de esa forma.

La narración en estilo indirecto constituye el único caso en el uso de los tiempos en que se trata indiscutiblemente de referencia cotextual y no deíctica.

(b) A diferencia de las formas de la conjugación verbal, *los adverbios y locuciones adverbiales* que especifican la localización temporal del proceso presentan un doble juego de formas, deícticas y cotextuales:

	Deícticos Referencia: T_0	Relativos al cotexto Referencia: y expresado en el cotexto
Simultaneidad	en este momento; ahora	en ese/aquel momento; entonces
Anterioridad	ayer; anteayer; el otro día; la semana pasada; hace un rato; recién, ²³ recientemente	la víspera; la semana anterior; un rato antes; un poco antes
Posterioridad	mañana; pasado mañana el año próximo; dentro de dos días; desde ahora; pronto (dentro de poco); en seguida ²³	al día siguiente; dos días después; al año siguiente; dos días más tarde; desde entonces; un poco después; a continuación

23. No obstante, estos adverbios pueden —mucho más raramente— ser relativos al contexto.

Neutros	hoy: el lunes (= "el lunes más próximo, antes o después, a T_0 "); esta mañana, este verano;	otro día
---------	--	----------

Observaciones:

● Llamamos "neutras" a las expresiones que son indiferentes a la oposición simultaneidad/anterioridad/posterioridad ("hoy me aburro/ me aburrí/ me voy a aburrir") o a la oposición anterioridad/posterioridad ("el lunes", "otro día"). Aparecen sobre todo en el uso deíctico, ya que en este caso la forma verbal suministra fácilmente la información complementaria. Así, por ejemplo, en francés, *tout à l'heure* [hace poco/dentro de poco] neutraliza la oposición que existe entre los relacionales *peu avant* [un poco antes] y *peu après* [un poco después] y "el lunes", la que existe entre "el lunes anterior" y "el lunes siguiente".

● Es posible emplear conjuntamente una forma temporal y una expresión adverbial que no forman parte del mismo sistema de referencia:²⁴

"Me dijo que vendría mañana"

"Yo vendré al día siguiente":

● Un cierto número de estas expresiones contienen demostrativos. En esos casos, la forma *este* (*a, os, as*) entra en la composición de las locuciones deícticas y las otras dos formas en la composición de las locuciones relacionales.

● A las expresiones deícticas así constituidas puede interpretárselas de la siguiente manera:

"esta mañana", esta tarde", "esta noche"/"esta primavera", "este verano", "este otoño" = la mañana/la primavera que transcurre, transcurrió o va a transcurrir durante el mismo día/año que incluye a T_0 . Por consiguiente, es posible oponer en forma relativamente sistemática "(vendré) este invierno" = el invierno de este mismo año que incluye a T_0 frente a "(vendré) el invierno próximo" = el invierno que, a pesar de ser (en el futuro) el más próximo a T_0 , no pertenece a la misma unidad anual.

Queda aún el problema de las épocas que están a caballo sobre dos unidades temporales: pareciera que se las puede designar de dos maneras (salvo en el caso de la simultaneidad, que por cierto no admite otra formulación que la de tipo (1)):

(1) "esta noche"/"este verano", o;

(2) "la noche pasada (próxima)"/"el verano pasado (próximo)", y que la elección entre (1) y (2) se efectúa según el grado de alejamiento con relación a

24. Y hasta se pueden combinar sintagmas nominales heterogéneos desde este punto de vista; cf. la expresión litótica "mañana no es la víspera" = no hay peligro de que mañana sea la víspera del día en que ocurrirá P.

T_0 del momento así designado: si se está en primavera, se hablará preferentemente del “verano pasado” y no de “este verano”, y de “este verano” más bien que de “el verano próximo”; podemos decir, pues, que “este verano” significa en general (cuando no se trata de simultaneidad) “el verano más próximo al momento en que yo hablo”. Pero el uso de estas diferentes expresiones sigue siendo relativamente fluido —aun cuando resulta claro que hay dos ejes concurrentemente implicados:

- (1) distancia de T a T_0 ;
- (2) (no) pertenencia de T a la misma unidad temporal (día o año) que T_0 .

Señalemos, por último, la existencia de preposiciones y de adjetivos temporales deícticos:

(c) *Preposiciones temporales:*

En este punto de la gramática, el francés presenta un caso muy interesante, que no tiene equivalente en español:

“*depuis y*” (desde *y*) implica que *y* es anterior a T_0 (cf. “*depuis hier*” [desde ayer], “*depuis aujourd'hui*” [desde hoy], pero no* “*depuis maintenant*” [desde ahora] ni* “*depuis demain*” [desde mañana]); “*a partir de y*” [a partir de *y*] implica que *y* es simultáneo o posterior a T_0 (cf. “*a partir de maintenant*” [a partir de ahora], “*a partir de demain*” [a partir de mañana], pero no* “*a partir d'hier*” [a partir de ayer]). Estas dos preposiciones, que están en distribución complementarias, son, pues, indirectamente deícticas.

[Los dos equivalentes españoles, la preposición “desde” y la frase preposicional “a partir de”, no tienen, en cambio (como se ve por la traducción de los ejemplos franceses) las mismas restricciones de figuración respecto de la dimensión temporal anterioridad/simultaneidad/posterioridad.]

(d) *Adjetivos temporales:*

“actual”, “moderno”, “antiguo”, “futuro”, “próximo”, etc. pueden considerarse, en algunos de sus usos, como adjetivos deícticos: si se hace variar T_0 , un “futuro alcalde” puede convertirse en “actual” o “antiguo”²⁵, y “clásica” puede volverse una obra “moderna”.

1.2.4. La localización espacial

(a) *aquí/ahí/allí; este/ese/aquel* (y francés *ici/là/là-bas: celui-ci/ceui-là*): ver más arriba.

(b) *cerca (de y)/lejos (de y)*: estas expresiones no son fundamentalmente deícticas. Y representa, simplemente, cuando no está expresado en el cotexto, el lugar en que se encuentra el hablante (Ej.: “¿está lejos todavía?”). Ocurre lo mismo con los adjetivos “cercano”, “lejano”, etc.

25. Cf. la calificación de d'Ornano que hacen Glucksmann y Hocquenghem (*Le Monde* del 7-2-1978, p. 17) como “ex-futuro alcalde de la capital”

(c) *delante de/detrás de*: "x está delante de/detrás de y"

• y es un objeto que no posee ni parte de adelante ni parte de atrás:

"la silla está delante de/detrás de la mesa" significa: "la silla está más cerca/más lejos de mí que la mesa".²⁶ Vale decir que, en este caso, el uso de las dos frases preposicionales es siempre de tipo deíctico (al mismo tiempo que relacional): la localización relativa de los dos objetos se efectúa teniendo en cuenta igualmente la posición en el espacio del observador-locutor L.²⁷

• y es un objeto orientado (no siendo pertinente, desde este punto de vista, la orientación de x): las frases preposicionales se prestan entonces a dos usos radicalmente diferentes y que no desembocan necesariamente en el mismo resultado:

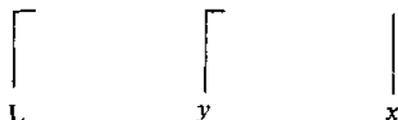
Ej. 1:



Podemos decir: o bien que x está *detrás de* y (x se encuentra, con respecto de y, en la dirección de su "parte de atrás": empleo no deíctico);

o bien que x está *delante de* y (si el hablante toma en cuenta su propia posición en el espacio: empleo deíctico de la frase preposicional).

Ej. 2:



26. Zuber (1972, pp. 3 y 49) hace intervenir, con razón, otros parámetros en el funcionamiento de estas frases preposicionales, a saber: la dimensión y la distancia relativas de los dos objetos x e y, la presencia o ausencia de otro objeto que se interponga entre ambos, etc. Por ejemplo, "la silla está detrás de la mesa" presupone que la silla no está muy alejada de la mesa y que no hay nada entre las dos. Y comenta: "Evidentemente, todas estas presuposiciones son muy vagas. No sabemos con exactitud cuál debe ser precisamente la distancia entre la silla y la mesa para que se pueda seguir diciendo que esta silla está detrás de la mesa y tampoco es preciso el límite hasta el cual podemos seguir diciéndolo. Del mismo modo, es muy difícil decir que nada se ha interpuesto entre la silla y la mesa (aire, agua). Sin embargo, cuando hay un ratón, por ejemplo, entre los dos objetos, se puede sostener que están siempre en la misma relación. La situación cambiaría si un elefante viniera a colocarse entre la silla y la mesa".

27. Hemos constatado que una situación como la siguiente:



se verbaliza a veces en estos términos: "el balde está *delante de* la pelota", lo que parece contradecir el análisis que aquí proponemos. Pero lo que pasa es que el hablante considera a y como un objeto orientado (es decir que le presta por analogía la misma orientación frontal que la suya propia) y que "delante de" significa en este caso "en dirección del 'frente' que en esta situación particular le atribuyo a la pelota (que sin embargo no lo posee intrínsecamente)".

Podemos decir: o bien que x está *delante de* y (x se encuentra, con respecto de y , en la dirección de su "parte de adelante": empleo no deíctico); o bien que x está *detrás de* y (empleo deíctico).

Es decir, las dos proposiciones son polisémicas:

(1) valor no deíctico: " x está delante de/detrás de y " = " x se encuentra en la dirección de la parte de atrás/parte de adelante de y " —careciendo entonces de toda relevancia la posición de L en la elección de la frase preposicional apropiada.

Este uso es el único posible en el caso particular en que y corresponde al hablante ("la mesa está delante de/detrás de mí");

(2) valor deíctico: " x está delante de/detrás de y " = " x está más cerca de/más lejos de mí que y ".²⁸⁻²⁹

Esta polisemia puede acarrear ambigüedades. Así, una orden tal como "estaciona delante de ese auto" podría interpretarse, en algunos casos, de dos maneras diferentes:



(d) a la derecha/a la izquierda

En tanto que el uso de las frases preposicionales precedentes ponía en juego (eventualmente) la orientación frontal de y y de L , en el caso de estas locuciones adverbiales es su orientación lateral la relevante.

● y : objeto no orientado lateralmente.

"Vaya a sentarse a la izquierda de ese árbol": "a la izquierda = del lado del árbol que está en la esfera de mi lado izquierdo". El empleo de la expresión es deíctico, o sea que está en función de la localización espacial y de la orientación lateral del hablante.

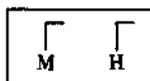
28. Puede ocurrir que los dos valores desemboquen en el mismo resultado. Así, por ejemplo, en las situaciones siguientes:



(x está, siempre, "delante de" y)

(x está "detrás de" y).

29. Habría que ver en qué medida los usos de estas frases preposicionales coinciden con los de "antes que" y "después que". Describiendo una fotografía publicitaria que representaba la siguiente situación.



hemos encontrado la fórmula "la mujer está antes que el hombre". En este caso, "antes que" equivalía a "delante de" (con relación a la cronología habitual del acto de leer).

- *y*: objeto orientado lateralmente.³⁰

“Colocate a la izquierda de Pedro” = “del lado de su brazo izquierdo”. Aquí la referencia no es deíctica sino que se hace únicamente con relación al elemento *y*.

(e) los verbos *ir/venir*

Más arriba ya hemos definido y opuesto entre sí tres tipos de mecanismos referenciales: encontramos representados a los tres en el campo semántico de los verbos de movimiento. En efecto:

(1) “Pedro sube/baja la escalera”: estos verbos denotan de manera “absoluta” un cierto tipo de movimiento direccional.

(2) “Pedro se acerca a/se aleja de París”: referencia cotextual (acercarse a París significa, quizá, alejarse de Lyon — en tanto que ninguna manipulación cotextual puede convertir en descenso un proceso de ascenso).

(3) “Pedro viene/va a París todas las semanas”: estas dos oraciones describen exactamente el mismo desplazamiento objetivo, no obstante lo cual no transmiten la misma información: la primera le señala a la segunda la idea (presupuesta) de que el sujeto de la enunciación se encuentra en París en el momento en que la enuncia. Los dos verbos se oponen, pues, deícticamente, puesto que describen un movimiento de aproximación/alejamiento de la esfera del hablante.

Pero esto no es más que una primera aproximación. Para refinar la descripción hace falta considerar cómo se comportan estos verbos en diversas situaciones, las que simbolizaremos con ayuda de las convenciones siguientes: un objeto *x* se desplaza hacia un lugar *y* al que llega en un tiempo *T* y ese desplazamiento es descrito por un locutor L_0 a un alocutario A_0 en un tiempo T_0 y en un lugar E_0 , lugar en que también, pero no necesariamente, puede encontrarse el alocutario.³¹

(1) $y = E_0$: *x* se desplaza hacia el lugar en que se encuentra L_0 en T_0 .

Si $T = T_0$, *x* necesariamente $\neq L_0$ (que no puede desplazarse hacia un lugar en el que ya se encuentra).

En cambio, si $T \neq T_0$, *x* puede representar al hablante (ej.: ya vine aquí antes; yo vengo (mañana)).

Pero sea cual fuere la naturaleza (pasada, presente o futura) de *T*, si $y = E_0$, “ir” queda excluido y sólo se admite “venir”.

30. Esta orientación lateral deriva generalmente de la orientación frontal. Se le puede atribuir así al objeto-casa una “derecha” y una “izquierda” en relación con la fachada y por analogía con el cuerpo humano. Por consiguiente la expresión “a la izquierda de la casa” puede emplearse tanto deíctica como no deícticamente.

31. Sobre el funcionamiento de los verbos del inglés “to go/to come” [“ir/venir”], muy similar al de los equivalentes franceses “aller/venir”; ver Fillmore, 1966, y M. L. Groussier, 1978.

{ Venga acá; venga hacia mí
* vaya acá; * vaya hacia mí

{ vas a venir acá; Pedro va a venir aquí mañana
* vas a ir acá mañana

{ viniste, Pedro vino aquí ayer
* fuiste aquí ayer.

(2) $y =$ lugar ($\neq E_0$) en que se encuentra A_0 en T_0 (caso de comunicación telefónica o epistolar, etc.)

Si $T = T_0, x \neq A_0$.

En este caso sólo es posible el verbo "ir":³²

{ Voy para tu casa
* vengo para tu casa

Otro ejemplo: si desde Buenos Aires lo telefono a Pablo, que vive en Rosario, para anunciarle la llegada de Pedro, sólo puedo decir:

Pedro va a Rosario mañana,
pero no puedo decir, en cambio

* Pedro viene a Rosario mañana.

Pero hay una situación en la que "ir" y "venir" son intercambiables (la situación (3)):

(3) $y =$ el lugar ($\neq E_0$) en que se encuentra L_0 en $T \neq T_0$.

$x \neq L_0$:

{ vas/va a venir a la exposición (donde yo estaré)
vas/va a ir a la exposición

{ viniste/vino a la exposición (donde yo estaba)
fuiste/fue a la exposición

(4) $y =$ un lugar distinto que los considerados hasta ahora. Si el desplazamiento se efectúa hacia un lugar en el que L_0 , ni en T_0 ni en T , está/estuvo/estará, entonces "venir" queda excluido y sólo "ir" es posible:

* vine a la exposición (en la que ni estoy ni estaba)
* viniste a la exposición (en la que ni estoy ni estuve)
* vino a la exposición (en la que ni estoy ni estaba)

32. En francés, en cambio, ambos verbos parecen ser posibles:

je/il vient vers toi ['yo/él viene hacia vos']

je/il va vers toi ['yo/él va hacia vos'],

contrariamente a lo que cree S. Gazal, quien afirma (1975, p. 22) que la oración "J'irai à Paris un de ces jours" ["iré a Paris uno de estos días"] presupone que ninguno de los dos interlocutores se encuentra allí.

Recapitulación:

El verbo "ir" se emplea en todas las situaciones, excepto cuando x se desplaza (en el pasado, el presente o el futuro) hacia el lugar en que se encuentra el locutor en el momento del proceso de enunciación.

El verbo "venir" se emplea en el caso en que x se desplaza hacia el lugar en que se encuentra el locutor en el momento de la enunciación o se encuentra/encontrará en el momento en que se realiza el proceso.

Estos hechos pueden describirse, como lo aconseja Fillmore, valiéndose de reglas de presuposición: podemos, en efecto, considerar que la oración "no vaya ahora a la exposición, venga más tarde" significa, sin decirlo explícitamente, "no vaya ahora a la exposición (cuando yo no estoy), venga más tarde (cuando yo estaré)".

Esas reglas son las siguientes:

- El empleo de "ir" presupone que el lugar en que termina el proceso no coincide con el lugar en que se encuentra el locutor en T_0 .
- El empleo de "venir" presupone que x se desplaza hacia un lugar

(i) en el que se encuentra L_0 en T_0 ($x \neq L_0$ si el verbo está en presente)

(ii) en el que se encuentra L_0 en T ($x \neq L_0$)

El presupuesto de "venir" puede, pues, ser ambiguo, ya que se nos presentan dos posibilidades teóricas:

"¿Vendrás a la exposición?":

(i) estoy allí

(ii) estaré allí.³³⁻³⁴

Por el contrario, una frase como "va para casa" no puede ser ambigua desde este punto de vista: presupone necesariamente que no me encuentro en casa en el momento en que hablo.

Observaciones:

- El pronombre "ellos" funciona, naturalmente, igual que "él", pero tam-

33. En ambos casos, es un presupuesto que A_0 no está presente allí. En efecto:

- Si A_0 se encuentra en T_0 en la exposición de que se habla, se utilizará necesariamente "volver";
- no se puede ir a un lugar en el que ya se está.

34. El siguiente diálogo ejemplifica el parcial fracaso de la comunicación debido precisamente a este tipo de ambigüedades:

L_1 - Seguramente va a venir mañana.

L_2 - ¿Aquí? (presuposición decodificada por L_2 : (i), aquí donde estamos).

L_1 - No, a la oficina. Creo que piensa ir (presuposición codificada por L_1 : (ii), allí donde estaremos en T).

(Observemos en este ejemplo que, por razones de economía y de variación estilística, la presuposición se abandona cuando se retoma "venir" bajo la forma de "ir").

blén “nosotros”, aun siendo exclusivo, y “vosotros” funcionan igual que “yo” y “tú” (prevaleciendo “yo” y “tú” sobre “él”).

— Cuando formulamos en la siguiente forma la presuposición: “el locutor no se encuentra en el lugar al cual llegará x en T”, en realidad lo que hay que entender es: “el hablante cree que . . .”. Pues se podría muy bien concebir un diálogo como el que sigue: “Voy a ir a Caballito esta tarde — ¡Pero ya estás ahí!”, en el que “pero” tiene por función —como lo ha señalado Ducrot respecto de su equivalente francés “mais”— rechazar vehementemente la presuposición equivocadamente admitida por el interlocutor.³⁵

— Al análisis que hemos hecho deberíamos darle mayor flexibilidad. Ya que, en rigor, puedo decir “vendrá mañana a la exposición” aun cuando sepa perfectamente que no me encontraré allí ese día (o que no me encuentro allí actualmente): o bien porque considero que esa exposición es la mía o bien porque tengo el hábito de encontrarme allí, pero en todo caso porque forma parte de mi “esfera”; lo mismo ocurre con la expresión “a casa” por su semantismo particular que autoriza frases como: “vino a casa, pero no me encontré”.

— Casos de intersección en el uso.

Los dos verbos a veces se excluyen:

vaya al cine/*venga al cine (donde no estoy ni estaré)

venga a hablar conmigo/* vaya a hablar conmigo (yo y usted estamos en el mismo lugar).

Pero pueden también conmutarse:

¿viniste }
¿fuiste } a la exposición (donde yo estaba)?

No debe creerse, sin embargo que en este caso las oraciones son equivalentes: quien dice conmutabilidad no dice necesariamente sinonimia. El verbo “venir” trasmite una presuposición cuya importancia es igual, en la decodificación, a la de las informaciones transmitidas. Ello no ocurre en el caso de “ir” (que nos dice simplemente que L_0 no se encuentra en el lugar en cuestión en el momento en que habla: podemos llamarlo, como llamamos al pronombre personal de tercera persona, “negativamente deíctico” y considerarlo como el elemento no marcado del par): que yo mismo haya frecuentado o no esa exposición es una consideración referencial sin ninguna relevancia lingüística.

El verbo “ir” es, pues, de mucha mayor extensión que el verbo “venir”,³⁶ cuyas restricciones de uso son mucho más rigurosas.

35. Por otra parte, la réplica rechaza al mismo tiempo la afirmación, es decir, el desplazamiento (inútil) del hablante.

36. Sin ser por ello su hiperónimo (existencia de un caso en que “ir” está excluido cuando “venir” está permitido).

— Otra asimetría de funciones: el verbo “venir” admite la construcción absoluta (¿venís?), en tanto que “ir” exige un complemento direccional (¿fuiste a Rosario),³⁷ lo que se explica fácilmente: al coincidir, en general, el término final con la localización del hablante, en el caso de “venir”, no resulta necesario especificarlo más. A la inversa, y por la misma razón, el complemento de procedencia es mucho más frecuente con “venir” que con “ir”, con el cual sólo se lo encuentra en estructuras del tipo “ir de Buenos Aires a Córdoba”.

— Empleados como auxiliares temporales, estos verbos conservan algún recuerdo de su valor cinético original: en lugar de localizar simplemente el proceso, es decir, de ubicarlo objetivamente en un determinado punto de la dimensión cronológica, lo vinculan dinámicamente a T_0 , ya sea como en el caso del *venir* francés, acercando el pasado al presente (*je viens d'arriver* “acabo de llegar”), ya sea anticipando el futuro (“va a salir”). Sigue reconociéndose, pues, si bien diluido y traspuesto del espacio al tiempo, el primitivo principio de la oposición (aproximación/alejamiento de la instancia enunciativa).

— Señalemos, para terminar, que estos rasgos deícticos de los verbos “ir” y “venir” desaparecen completamente del contenido semántico de los verbos derivados de ellos (“convenir”, “prevenir”, etc.) y de los iterativos correspondientes: “regresar”, “retornar”.³⁸

1.2.5. Los términos de parentesco

Los términos de parentesco son, como hemos visto, términos relacionales,³⁹ no deícticos. Pero es conveniente mencionarlos aquí por tres razones:

— El caso particular de “papá” y “mamá”: estos términos se prestan a dos tipos de uso designativo:⁴⁰

• mi/tu/su papá: “papá” funciona aquí como “padre”, del cual es una variante familiar; es el pronombre personal incorporado al posesivo lo deíctico, y no el término de parentesco;

37. La construcción absoluta (“Soy una fuerza que va”, traducción de un verso de V. Hugo) es, en rigor, posible, pero muy marcada estilísticamente, excepto en la respuesta “¡Voy!” a un llamado o en expresiones como “¿cómo va eso?” (por supuesto, la situación es diferente en el caso de “ir” + pronombre: “me voy”, “te vas”, etc.)

38. Y no “revenir” (ejemplo entre miles de lo arbitrario de las formaciones morfológicas).

39. Más precisamente, entre los diferentes semas que constituyen el semema de esas formas, el rasgo del sexo deriva de la denominación absoluta y los otros —generación, consanguinidad, lateralidad—, de la denominación relacional.

40. En función apelativa, todos los términos de parentesco tienen a L_0 como término de referencia implícito (“¡abuelo!” = el abuelo mío).

● cuando está usado sin el determinante, "papá" remite siempre al padre de L_0 .⁴¹ lo que origina el efecto cómico del chiste de Coluche:

H₁ — ¡Hola!, ¿el señor Director? Le telefono para avisarle que Toto no podrá ir a la escuela hoy; está enfermo.

H₂ (el director). — ¡Ah, bueno! ¿Y quién habla?

H₁ — ¡Es papá!

El término "papá", que necesariamente significa "mi papá" (de ahí la contradicción interna a propósito de Toto, cuyo desdichado lapsus delata la verdadera identidad: "el que le habla es el papá de mí —del que le habla"), puede considerarse, pues, como (incorporando) un deíctico.

— Los otros términos de parentesco: a menudo se los trata abusivamente como deícticos.

Cuando Lévi-Strauss (1958) afirma que en las lenguas indoeuropeas las terminologías de parentesco se organizan "según una 'perspectiva subjetiva', a diferencia del chino, que presenta un sistema completamente objetivo"; que en dichas lenguas "las relaciones de parentesco están concebidas en relación al sujeto", en la medida en que "los términos se vuelven tanto más vagos y más raros cuanto más alejados son los parientes a los que se aplican"; que así, pues, "los sistemas indoeuropeos son sistemas egocéntricos", los términos que utiliza —"sujeto", "ego", "subjetivo" — revelan claramente que el uso de los términos de parentesco se hace con referencia al sujeto de la enunciación. Esto, sin embargo, sólo es cierto en el caso particular en que éste funciona como término de referencia ($y \equiv L_0$). Tal confusión, frecuente entre los antropólogos, encuentra sin duda su explicación en la manera cómo se realizan las encuestas que tratan de establecer el funcionamiento de esos términos. En efecto, es más fácil responder a la pregunta: "¿Cómo llamas al hermano de tu padre?" que a la pregunta: "¿Cómo llamas al hermano del padre de Pedro?" (y en este caso es posible que se proceda por identificación: el hermano del padre de Pedro es el que yo llamaría "tío" si fuese Pedro). O sea que la formulación de la pregunta permite un uso apelativo del término de parentesco cuyo manejo es más espontáneo que el del designativo. El error consiste, a continuación, en erigir en caso general ese caso particular, en identificar y con "ego" y en concluir que los términos de parentesco son deícticos cuando en realidad son relacionales.

— Hay algunas lenguas que hacen, efectivamente, intervenir en las denominaciones de parentesco algunos rasgos deícticos, como el sexo del hablante, por ejemplo. Es así que, según parece, el burushaski (hablado en Paquistán) opone los dos términos *cho* y *yas*, cuya extensión global corresponde a la de las

41. Observemos que la elipsis del posesivo de primera persona no es realmente específica del funcionamiento de "papá" y "mamá": es igualmente posible, entre otros casos, para "padre" y "madre" en ciertos usos más o menos sofisticados; y también para "abuelo" y "abuela", "tío" y "tía", principalmente cuando están acompañados de la mención del nombre ("tío Pedro llega hoy"), en tanto que cuando no lo están el posesivo se sustituye normalmente por el artículo determinante ("el tío llega hoy").

palabras españolas "hermano" y "hermana", pero cuyo principio de repartición difiere sensiblemente del nuestro:

cho: es idéntico al sexo del designado y el del hablante;
yas: *x* y L_0 son de sexo opuesto

1.3. CONCLUSIONES

1.3.1. Importancia de los deícticos

Hablar es significar, pero es al mismo tiempo "referirse a": es dar información específica sobre objetos específicos del mundo extralingüístico, los cuales no se pueden identificar si no es con relación a ciertos "puntos de referencia" (Pohl, 1975), dentro de un cierto "sistema de localización (Culioli, 1973). El sistema de localización deíctico no es el único al que puedan recurrir las lenguas naturales, pero es sin duda el más importante —y seguramente el más original— ya que esa localización tiene la particularidad de efectuarse, no en relación a otras unidades internas del discurso, sino en relación a alguna cosa que le es exterior y heterogénea: los datos concretos de la situación de comunicación.

Las unidades deícticas están, pues, destinadas, aún perteneciendo a la lengua, a convertir a ésta en habla. Benveniste lo repite incansablemente: el "yo" del código pertenece a todo el mundo; pero hablar es apropiárselo, lo mismo que las formas de presente, es organizar el propio discurso sobre el mundo —y el mundo mismo, por consiguiente— en torno de los tres puntos de referencia del yo/aquí/ahora; todo acto de habla es egocéntrico. Al permitirle al "hablante" constituirse en sujeto (idéntico a sí mismo de un acto de habla a otro, puesto que siempre es designable por el mismo significante "yo") y estructurar el entorno espacio-temporal, los deícticos deben considerarse no sólo como unidades de la lengua y del discurso, con el mismo derecho que cualquier otra unidad lingüística, sino ante todo como los que hacen posible la actividad discursiva misma:

Benveniste 1966b, p. 262:

"Es en la instancia del discurso en la que *yo* designa al hablante cuando éste se enuncia como 'sujeto'. Es literalmente cierto, pues, que el fundamento de la subjetividad está en el ejercicio de la lengua. Si nos ponemos a reflexionar sobre ello, veremos que no hay ningún otro testimonio objetivo de la identidad del sujeto aparte del que él mismo da, en esa forma, sobre sí mismo."

Benveniste, 1970, p. 14:

"Considerada como realización individual, la enunciación puede definirse, en relación a la lengua, como un proceso de *apropiación*. El hablante se apropia del aparato formal de la lengua y enuncia su posición de hablante valiéndose de índices específicos [. . .]. De la enunciación proviene la instauración de la categoría de presente, y de la

categoría de presente nace la categoría de tiempo. El presente es, con propiedad, la fuente del tiempo. Solamente el acto de la enunciación hace posible esta presencia en el mundo, ya que, si reflexionamos sobre ello, vemos que el hombre no dispone de ningún otro medio de vivir el "ahora" y de actualizarlo si no es realizándolo mediante la inserción del discurso en el mundo."

Weinrich, 1973, p. 47:

"A través de su 'obstinada' reaparición a todo lo largo del texto, las formas personales tienen a *anclar* los contenidos comunicados en la situación de comunicación, y a renovar sin cesar su inscripción en ella."

Herramientas cómodas, económicas⁴² e irremplazables, las formas deícticas, diseminándose a través de la trama discursiva, son, de hecho, mucho más frecuentes en el discurso que numerosas en la lengua.⁴³

A esto conviene agregar todavía:

— que esa frecuencia varía considerablemente, según veremos, en relación con el tipo de discurso de que se trata (todos están anclados deícticamente, pero en diferentes grados);

— que los deícticos y, más generalmente, los "puntos de referencia" con mucha frecuencia están elididos,

• sea porque se deducen fácilmente del cotexto (referencia cotextual): "Las ideas de Lutero no eran del agrado del papa" —de la época en cuestión.

• sea porque coinciden con la instancia enunciativa (referencia deíctica): "El presidente Alfonsín tuvo una entrevista con el papa" —de ahora.

Lo mismo ocurre con la diferencia espacial: a falta de toda contraindicación cotextual, una frase como "Llueve" se interpretará por catálisis como "Llueve aquí donde me encuentro", "el presidente de la república" como "el presidente actual de este país" y, en un diario francés, "Fue abolida la pena de muerte" como "En Francia fue abolida la pena de muerte". Esta es la razón del efecto irónico que produce el siguiente título de *Libération* (Nº 1638, 19 de mayo de 1979):

Por fin

FUE ABOLIDA LA PENA DE MUERTE¹

1. En Luxemburgo.

Sin que por ello pueda considerárselos en sí mismos como deícticos, (o relacionales, según los casos) vemos, pues, que los sintagmas nominales incorporan

42. Va de suyo, por ejemplo, que una forma de pronombre personal es más económica que el sintagma nominal cuyo lugar ocupa.

43. Sin pretender la exhaustividad, el inventario precedente ha mencionado las más importantes de entre ellas.

ciertas determinaciones espacio-temporales también elididas⁴⁴ y pueden, a causa de esa elipsis, dar origen a

- algunas ambigüedades (ejemplo de Dahl: “En 1959, mi mujer” —¿la de entonces o la de ahora? — “vivía en Nueva York”);
- algunas contradicciones o tautologías aparentes (cf. el slogan del P.R. francés en las elecciones legislativas de marzo de 1978: “La mayoría [actual] tendrá la mayoría”).

1.3.2. Dificultades de uso y de análisis

Cómodos, pero al mismo tiempo de manejo delicado, los deícticos son herramientas de doble filo, cuyo empleo encuentra un cierto número de dificultades:

(a) *Problema del discurso referido*, es decir, el caso de un enunciado e_1 que, habiéndose desarrollado dentro de un marco enunciativo ME_1 , se encuentra incorporado a otro enunciado e_0 que se desarrolla dentro de un marco enunciativo ME_0 .

Para ello el español utiliza conjuntamente dos tipos de procedimientos:

- discurso “directo”: e_1 se mantiene tal cual, es decir que sus deícticos se interpretan en relación a ME_1 ;
- discurso “indirecto”: el sistema de localización se efectúa exclusivamente en relación a ME_0 y todos los deícticos de él deben ser *traspuestos* a este nuevo marco enunciativo:

“Pedro me había dicho: vendré mañana” → “Pedro me había dicho que vendría al día siguiente”.

“Pedro te había dicho: irás a la escuela mañana” → “Pedro te había dicho que irías a la escuela al día siguiente”.⁴⁵

Pero el problema se complica por el hecho de que entre los deícticos de e_1 algunos se convierten regularmente en relacionales (desinencias verbales)⁴⁶ y otros en deícticos respecto del ME_0 (pronombres personales), en tanto que los adverbios temporales y espaciales pueden funcionar según uno u otro de esos dos principios; compárense:

- (i) “Me dijo que vendría *al día siguiente*” (de T_1) y
- (ii) “Pedro me dijo que él vendría *mañana*” (el día siguiente de T_0).

44. Con respecto al francés —enteramente análogo al español en este punto— ya la *Logique* de Port-Royal contemplaba (p. 96) este tipo particular de “términos complejos”, en los cuales la determinación “no está expresada, sino solamente sobreentendida; como cuando decimos en Francia ‘el Rey’, se trata de un término de sentido complejo.

45. “Pedro te había dicho que fueras a la escuela al día siguiente”, si e_1 debe interpretarse como un enunciado yusivo y no constatativo.

46. Aunque en rigor se puede admitir: “Pedro me había dicho que *vendrá* mañana”.

Las dos oraciones no son equivalentes,⁴⁷ ya que —y es importante insistir en ello— en el discurso indirecto los deícticos funcionan únicamente en relación a ME_0 , no siendo ya relevante ME_1 desde este punto de vista.⁴⁸ El verbo “venir” parecería ser, sin embargo, una excepción a este principio, y para ilustrar la complejidad de este fenómeno de trasposición en el discurso indirecto analizaremos con más detalles una oración en apariencia tan simple como (ii), en la que trataremos de reconstruir la forma que tomaría e_1 en el discurso directo:

“Pedro me dijo que él vendría mañana”.

L_0 enuncia, pues, esta oración en dirección a A_0 , en una situación de alocución S_0 , es decir, en un tiempo T_0 y un lugar E_0 (supondremos, para simplificar, que el locutor y el alocutario se encuentran en el mismo lugar); dentro de esta oración, L_0 describe otra situación, S_1 , en la que L_1 ha enunciado a A_1 un cierto hecho, en un tiempo T_1 y un lugar E_1 ; y, por último, al proceso de “venir” se lo considera desarrollándose en T_2 y desembocando en un lugar E_2 .

La observación de los deícticos nos proporciona la siguiente información:

– Los actantes: el problema de los pronombres personales.

● “me”, forma flexional de “yo”, es un deíctico puro.

En S_0 , A_0 puede identificar de inmediato la referencia de esta forma lingüística: “me” = L_0 = A_1

● “él”: el pronombre de tercera persona comporta siempre un elemento negativamente deíctico, puesto que presupone que su denotado está excluido de la relación de alocución:

“él” \neq $L_0 \neq A_0$.

Pero esta información es insuficiente. Se la puede completar de dos maneras: sea acompañando con un gesto el enunciado del pronombre,⁴⁹ —en este caso, raro, el funcionamiento del pronombre de tercera persona es enteramente deíctico (por ostensión); sea, más frecuentemente, por la presencia en el contexto de un antecedente: en este caso el pronombre es a la vez deíctico y representante.

47: Significan lo mismo, por supuesto, si T_1 y T_0 se sitúan el mismo día.

48. Es por ello que la siguiente oración —en la cual la localización con respecto al ME_0 del discurso indirecto cede lugar bruscamente a una localización con respecto al ME_1 (discurso directo)— produce claramente el efecto de una desviación (ruptura de la isotopía enunciativa): “Un amigo del que Gerfaut no había tenido noticias desde hacía dos años escribió desde Australia que su vida conyugal se había vuelto insostenible y le preguntaba a Gerfaut si, según tu parecer, debería divorciarse” (J. P. Manchette, *Le Petit Bleu de la cote ouest* [“El vino ligero de la costa oeste”], Gallimard, “serie negra”, 1976, p. 32).

49. Lo que es posible si la tercera persona, aun permaneciendo excluida de la relación de alocución, está no obstante presente en la situación de comunicación.

Volviendo a la figuración de “él” en la oración dada, podemos observar las siguientes posibilidades:⁵⁰

Por una parte:

“él” es enteramente deíctico;

“él” es anafórico (y deíctico).

Por otra parte:

“él” tiene el mismo contenido referencial de L_1 (“él” es anafórico de “Pedro”, trasposición de un “yo” en el estilo directo);

“él” remite a un denotado distinto de L_1 (“él” representa entonces un “él” en el estilo directo).

Las únicas relaciones de las que estamos absolutamente seguros son las siguientes:

“él” \neq $L_0 \neq A_0$.

— Las indicaciones temporales: ¿cuáles son las relaciones entre T_0 , T_1 y T_2 ?

● “Pedro me dijo”: pretérito indefinido deíctico: T_1 es anterior a T_0

● “que él vendría”: tiempo relativo: T_2 es posterior a T_1 (tiempo subyacente en e_1 : futuro)

● “mañana”: T_2 es posterior a T_0 o, con mayor precisión, T_2 es un momento del día siguiente a aquél que incluye a T_0 (la forma subyacente a e_1 no se puede reconstruir, dado que el elemento de referencia T_0 todavía está indeterminado en el momento de la enunciación de e_1 ; en los casos particulares en que e_1 se haya desarrollado la víspera del día en que tiene lugar e_0 , o el mismo día, “mañana” corresponde a “pasado mañana”, o “mañana”).

— Las indicaciones espaciales: el problema del empleo de “venir”.

● Primera posibilidad: el verbo se justifica, como es normal en el discurso indirecto, en relación con el ME_0 , es decir, en la instancia de E_0 : “Pedro me dijo que él vendría aquí, donde yo estoy en T_0 ” (y donde estás tú también, ya que se ha supuesto, para simplificar, que L y A se encuentran en el mismo lugar): $E_2 = E_0$.

Si $E_0 \neq E_1$ (ambos lugares podrían muy bien coincidir), la oración, en estilo directo, correspondería a: iré (irá) a alguna parte en la que no estás en este momento ni estarás entonces (pero en la que habrás estado la víspera). En este

50. Si en la oración dada, por otra parte, sustituyéramos a “Pedro” por “él”, las posibilidades serían las siguientes:

él₁ y él₂ son ambos enteramente deícticos;

él₁ y él₂ son ambos anafóricos (y deícticos);

él₁ es un deíctico por ostensión y él₂ un anafórico (o viceversa); y, por otra parte, ambos tienen el mismo contenido referencial;

cada uno de ellos remite a un denotado distinto.

Todas estas posibilidades no ofrecen el mismo grado de verosimilitud. Así, en la hipótesis de que él₁ \neq él₂ y de que ambos sean enteramente deícticos, es necesario suponer dos gestos consecutivos y distintos puntuando esta breve oración: este comportamiento lingüístico es, por lo menos, infrecuente.

caso, sólo "ir" está permitido en estilo directo; únicamente la transposición al estilo indirecto, con la intervención del nuevo E_0 , permite la transformación $ir \rightarrow venir$. (La posibilidad interpretativa siguiente: me dijo que él vendría a ese lugar en que yo y él estábamos en ese momento, interpretación que encierra un "venir" de estilo directo, se toma en consideración más abajo, pero en realidad está a caballo de los dos casos que distinguimos aquí: la justificación de "venir" en relación con ME_0 frente a ME_1 .)

● Parece, en efecto, que, al contrario de lo que ocurre con los otros deícticos, el verbo "venir" puede conservarse tal cual en el curso de la trasposición al estilo indirecto, no obstante la modificación del sistema de localización que ésta entraña. Esto es, en todo caso, lo que confirma una frase como "Pedro le propuso a Juan venir mañana", que puede interpretarse, sin referencia a S_0 , como

- (i) Pedro le propuso a Juan que Juan viniese (a ver a Pedro)
- (ii) Pedro le propuso a Juan que Pedro viniese (a ver a Juan).

Ahora bien, si solamente S_0 fuera pertinente para el empleo de "venir", ni (i) ni (ii) serían posibles, ya que "venir", en el marco de S_0 , describe un desplazamiento hacia el lugar en que se encuentra una tercera persona (Pedro o Juan). En cambio, en el marco de S_1 (Pedro diciéndole a Juan: "vendrás a verme" o "vendré a verte"), el verbo "venir" es completamente normal para describir ese desplazamiento: en el curso de la trasposición al estilo indirecto se conserva tal cual y mantiene sus presupuestos originales a pesar de la modificación del dispositivo enunciativo. Nuestra oración admite, pues, las siguientes posibilidades:

"Pedro me dijo: (yo) vendré mañana (al lugar en que él estaba en ese momento)".

$$E_2 = E_1$$

"Pedro me dijo: (él) vendrá mañana (al lugar en que él estaba en ese momento)".

$$E_2 = E_1$$

"Pedro me dijo: (yo) iré mañana (al lugar en que yo estaré en ese momento)".

presup.: $A_1 (= L_0)$ estará en E_2 en T_2

"Pedro me dijo: (él) irá mañana (al lugar en que yo estaré en ese momento)".

presup.: A_1 estará en E_2 en T_2

"Pedro me dijo: (yo) vendré mañana (al lugar en que yo y Pedro estábamos en ese momento)".

presup.: $A_1 (= L_0)$ estaba en E_2 en T_1

"Pedro me dijo: (él) vendrá mañana (al lugar en que yo y Pedro estábamos en ese momento)".

presup.: A_1 estaba en E_2 en T_1 .

Por anodina que parezca, la frase "Pedro me dijo que él vendría mañana" comporta pues, un cierto número de ambigüedades y puede ser la trasposición al estilo indirecto de los siguientes enunciados distintos:

"Pedro me dijo { (yo) { vendré/á ?"
 { (él) { iré/á

(? = el día siguiente a aquél en el que el oyente relatará el hecho —pero pertenece naturalmente a S_1 , pues en ella S_0 es todavía imprevisible, el derecho de especificarlo en otros términos . . .)

(b) *El referente deíctico*

Por el hecho de estar directamente anclados en la situación de enunciación, si ésta falta los deícticos quedan a la deriva (sería absurdo arrojar al mar un mensaje que dijera: "Venga aquí mañana"). Para que se los pueda interpretar correctamente es, pues, necesario que su receptor esté en condiciones de identificar L_0 , T_0 y E_0 .

En primer lugar, recordemos la relativa imprecisión de las informaciones deícticas excepto en los casos de los pronombres personales "yo" y "tú". ¿Qué es exactamente, en efecto, "aquí" y "ahora"? La extensión del adverbio de lugar y la de las formas de presente tienen una notable elasticidad, puesto que permiten denotar desde un punto en el espacio/tiempo hasta, máximamente, el globo terrestre o la eternidad.⁵¹

Un problema más grave es el que presentan los deícticos en un cierto número de situaciones; en particular las siguientes:

- cuando se trata de localizar en el espacio un objeto que no está presente en la situación de comunicación (problema del "discurso desplazado", en inglés "displaced speech");
- cuando L y A no forman parte de la misma situación espacial (comunicación telefónica) y temporal (discurso escrito).

(c) *El problema del "discurso desplazado":*

Las frases preposicionales "delante de/detrás de" y las adverbiales "a la derecha/a la izquierda" se emplean en algunos casos, según vimos, deícticamente, es decir, con relación a la situación S_0 del hablante. Pero cuando el espacio que se describe no es aquél en que se mueve el sujeto de la enunciación sino un agente del enunciado, sucede muchas veces que la localización se hace con rela-

51. A diferencia del adverbio "ahora", que presupone siempre la existencia de un "en otro momento", las formas de presente pueden, en efecto, tener un valor "intemporal".

En cuanto a la elasticidad de "aquí", podemos ilustrarla con la siguiente oración, oída durante el transcurso de una transmisión televisiva: "Este libro lo he escrito con la Sra. M. . . ., quien se encuentra aquí, allá abajo [acompañado de un movimiento de cabeza]". La contradicción entre los dos adverbios no es más que aparente, ya que no delimitan el espacio de la misma manera: se puede estar a la vez en idéntico lugar (en este caso, el mismo estudio) y en sitios diferentes (en extremos opuestos de ese estudio).

ción a S_1 , o sea el lugar en que piensa que está ese actante. Para dar cuenta del valor de esas frases en las oraciones.

“Pedro se sentó { delante del árbol,
a la derecha del árbol”,

las paráfrasis propuestas más arriba pueden volver a utilizarse, a condición de reemplazar “locutor” por “agente involucrado en el proceso”.

Cuando ningún actante del enunciado está presente en el espacio por describir, es necesario construir artificialmente una situación imaginaria,⁵²⁻⁵³ y recurrir a fórmulas que no siempre se dejan manejar fácilmente, tales como “(a la derecha) si uno se encuentra en tal lugar y se dirige en tal otra dirección”, etc.

(d) En el caso de “situación no compartida” por los dos interlocutores, los elementos de esa situación que son pertinentes para la interpretación de los deícticos y a los cuales el alocutario no tiene acceso directo deben explicitarse verbalmente: en tal caso los deícticos funcionan al mismo tiempo como anafóricos.⁵⁴ Tales son, en el mensaje epistolar, las indicaciones en lo alto de la página (“Buenos Aires, día tanto del mes tanto”) y la firma, que constituyen los antecedentes de los shifters que contiene;⁵⁵ indicaciones necesarias para compensar el hecho que pone en evidencia la observación de los fenómenos deícticos: *la absoluta preeminencia del locutor sobre su compañero en el discurso*. Unidades como “aquí” y “ahora” significan, en efecto, “ahí donde yo estoy, yo escritor, en el momento en que escribo”: los deícticos se emplean general-

52. Es en esta forma como se determina convencionalmente la “orilla izquierda/derecha” de un río, refiriéndolo a un actante ficticio que “desciende” por el río.

53. Una situación así es la que imagina el alumno Dupont para justificar *a posteriori* su empleo equivocado de la frase “a la izquierda”, en un chiste publicado en el *Almanach Vermont*, 1976: “Un inspector llega a una clase de séptimo e interroga a los chicos: —Dígame, Durand, ¿dónde se encuentra el apéndice en el hombre? —A la derecha, Sr. Inspector. —Bien, muy bien. Y usted, Dupont, ¿puede decirme dónde tiene el apéndice una mujer? Dupont reflexiona rápidamente y piensa ‘seguramente no está en el mismo lado’ y responde: —A la izquierda, Sr. Inspector. Al ver la expresión del inspector, Dupont se da cuenta de que se ha equivocado. En seguida añade: —En fin, a la izquierda entrando, Sr. Inspector.”

La astucia del procedimiento consiste en que obliga al lector a imaginarse una situación que permita justificar el empleo adverbial y un agente comprometido en el proceso; y su eficacia (?) proviene de que la alusión (que explota dos de los temas favoritos del humor latino: el “niño terrible” y la obsesión sexual) permanece implícita.

54. En cuanto a los deícticos por ostensión, sólo pueden utilizarse en principio en los casos de situación compartida: para decodificarlos A debe poder identificar —y por lo tanto percibir— el comportamiento gestual que, por definición, acompaña al enunciado de un deíctico de esta clase (transgredir esta regla es producir una “figura”, bastante corriente por lo demás).

55. En el teléfono es la fórmula inicial: “Habla x” —indicación eventualmente reforzada, a veces reemplazada, por la voz del hablante— la que firma el mensaje.

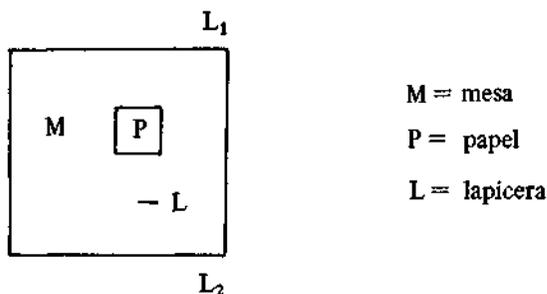
mente sólo en beneficio del codificador,⁵⁶ y si para él son, como hemos dicho, herramientas económicas, su decodificación es para el receptor, que no puede interpretarlos correctamente si no es “poniéndose en el lugar” del emisor, más laboriosa que la de las otras unidades significantes.

Sucede, sin embargo, que la localización deíctica se efectúa —retomando la terminología de Fillmore— con relación al “decoding time” (momento de la decodificación) y al “decoding space” (lugar de la decodificación). Así sucede en los siguientes ejemplos:

- “La izquierda recibe los laureles de una unión alcanzada con dificultad y después de largo tiempo. Sobre el conjunto de ciudades de más de 30.000 habitantes, en el momento en que escribimos recibía alrededor del 52 o/o de los votos . . .” (*Le Progrès* del 14 de marzo de 1977): el imperfecto, que se opone a los dos presentes anteriores (los que se refieren “normalmente” al “momento de codificación”) atestigua el hecho de que en algunos casos es, por el contrario, el escritor quien “se pone en el lugar” de su lector —lo que de paso le permite tomar distancia respecto de resultados todavía parciales.

Supongamos, asimismo, que le escribo una carta a A en un T_0 durante el cual A se encuentra de vacaciones, por lo cual la carta le llegará a su regreso, en un tiempo T_1 : en lugar de “espero que pases unas lindas vacaciones” escribiré “espero que *hayas pasado* unas lindas vacaciones”, vale decir que en este caso particular tomaré como término de referencia T_1 y no T_0 .

- En lo que concierne a la deixis espacial, el siguiente es un ejemplo tomado de la realidad:



56. Podemos verificar esto también cuando se trata de las frases preposicionales que permiten la localización espacial: “Andá a sentarte a la izquierda de ese árbol” no significa jamás “del lado del árbol que está sobre tu izquierda”. Cuando por el hecho de sus ubicaciones respectivas se corre el riesgo de que haya conflicto entre las interpretaciones de L y de A, por lo general el hablante toma la precaución de emplear un índice de ostensión o una fórmula más explícita como “a mi/tu izquierda” (ésta es también la opinión de Fillmore, cf. “Deixis I”, p. 6).

L₁: "¿Dónde fue a parar mi lapicera?"

L₂ (poniéndose en el lugar de *x*, ya que es a *x* a quien le importa el lugar en que se encuentra el objeto que hay que localizar): "Está detrás del papel."

● Cuando una madre, dirigiéndose a su hijo, llama "papá" al padre de la criatura, el procedimiento es análogo al descrito: la misma identificación, con valor pedagógico, de L y A ("papá" = el que vos llamás así).

● Todos estos ejemplos tienen en común ilustrar un uso relativamente excepcional de la forma deíctica involucrada. Tanto en francés como en inglés, a diferencia del español, el verbo que significa "venir" (fr. *venir*, ingl. *to come*), presenta también ese uso, pero no excepcionalmente, sino con frecuencia regular: fr. *venir*, ingl. *tu come* se refiere frecuentemente —y aún constantemente cuando está empleado en la primera persona— a la posición espacial del alocutario. Tanto es así que es posible incorporar ese rasgo deíctico en el contenido semántico del verbo.⁵⁷ Pero también es posible tratar a éste como otro ejemplo, entre los mencionados aquí, postulando que esos usos se fundan también sobre una identificación de L y A. Tal es la posición de M. Groussier (1978-1, p. 36), que explica en esos términos el uso de "come" en "¡I'm coming!" (¡voy!): "El enunciador, para disminuir los riesgos de malentendidos entre él y el interlocutor, se identifica con éste o, si se quiere, 'adopta su punto de vista', y por lo tanto localiza su desplazamiento en relación con su interlocutor en lugar de localizarlo con relación a sí mismo."

(e) Las enálages.

Las consideraciones precedentes desembocan sobre un fenómeno que concierne a todas las categorías de deícticos y que la retórica clásica describe como "enálages": la posibilidad de utilizar esas formas con un valor desplazado respecto de su valor más usual.

● Enálages temporales.

"El 14 de julio de 1789, los parisienses toman la Bastilla. Guillotinarán a su rey algunos meses más tarde."

"Georges Marchais no era comunista cuando, en diciembre de 1942, joven obrero, fue víctima de la deportación de los trabajadores [. . .]. Después de una primera tentativa de evasión, que fracasa en febrero de 1943, consigue retornar a Francia en mayo del mismo año. Encontrará, más tarde, el camino del P. C." (*Le Monde*, 15 de diciembre de 1972, p. 10): vemos en este ejemplo que el presente histórico funciona como una especie de transición entre las formas "normales" del pasado y el futuro histórico, de uso menos frecuente.

Estos usos se caracterizan por sustituir el T₀ real por un T₁ que coincide con el momento en que se desarrollan los sucesos narrados, sin que se pueda

57. Si bien en francés es un caso aislado, existen lenguas como el español, y como el latín (que opondría, por ejemplo, "hic/iste/illic"), en las cuales la segunda persona es más relevante deícticamente.

determinar si esta sustitución corresponde a una reactualización de los hechos pasados, trasportados ficticiamente al corazón de su propia actualidad, o si es, por el contrario, el narrador quien, remontando el curso del tiempo, se remite con la imaginación a la época que describe —lo que, por otra parte, es la misma cosa: a favor de un artificio retórico (que, por cierto, ni semántica ni psicológicamente es insignificante), el enunciador “hace como si” los hechos narrados fueran contemporáneos de la narración.

También pueden emplearse por enálage los adverbios de tiempo:

“Estamos *ahora* a 30 millones de años” (emisión de la televisión francesa, del 12 de noviembre de 1978, sobre los orígenes del hombre): la yuxtaposición de los dos localizadores temporales, que no funcionan con relación al mismo sistema de localización, produce un curioso efecto de entubamiento. Lo mismo ocurre (con la diferencia de que aquí son el verbo y el adverbio los que no son defectivamente isótopos) en esta oración “monstruosa”:

“*Mañana* el tren ya se *ha ido*”, que W. Kayser (1970, p. 508) analiza en la siguiente forma: “El narrador vive en dos sistemas cronológicos: el de sus personajes —y en él la partida del tren es un acontecimiento futuro— y, al mismo tiempo, con un gran adelanto, en su presente narrativo y, desde este punto de vista, todo pertenece al pasado”.

● Enálages espaciales.

“Era *aquí* que Francis siempre había soñado con vivir” (ejemplo citado por Fillmore, 1971, p. 372).

“Entonces, *viene* a la habitación de Pedro y le dice” (enunciado narrativo de un niño de 12 años):

S₀ se reemplaza por un S₁ inscrito en el enunciado (lugar en que se encuentran Francis y Pedro respectivamente).

● Enálages de persona.

Dejando a un lado las enálages de número (“ustedes”, generalizando a una clase de individuos —la de los jóvenes, por ejemplo,— el discurso dirigido a uno sólo de ellos; “nosotros”, tanto el “mayestático” como el de “modestia”, según los casos⁵⁸ . . .), queda todavía un cierto número de casos de empleo “aberrante” de los pronombres personales, como por ejemplo:

- “yo” = tú, vos (a un niño: ¿por qué interrumpo siempre las conversaciones?)
- “nosotros” = tú, vos/usted (“vamos, a acostarnos, que ya hemos visto bastante televisión”)⁵⁹

58. Según R. L. Wagner y J. Pinchon (*Grammaire française classique et moderne* [“Gramática francesa clásica y moderna”]. Hachette, París, 1962, pp. 167-168), este “nosotros” (= francés “*nous*”) connota, en efecto, majestuosidad “cuando representa a un alto dignatario” y modestia “en la pluma de un escritor, en la boca de un conferenciante”— luego, es por modestia que *nosotros* empleamos, en este texto, “nosotros”.

59. Ejemplo análogo en *Nana* (colección *Le livre de poche*, 1969, p. 365): “¡Bien, esa

- “nosotros” = él, ella (por ejemplo en el discurso de un abogado hablando de su cliente).
- “tú, vos/usted” = uno (se), incluso yo (muy frecuente en el discurso oral para asociar el oyente al relato: “entonces llegás a una especie de hall de estación, esperás todavía más de una hora. . .”)
- “él”⁶⁰ = tú, vos/usted (—hipocorístico:⁶¹ “¿así que estaba esperándome mi nenita?, así que ella no quería dormirse si yo no venía?” — ceremonioso: el señor va a cenar ahora?”⁶²)
 = yo (en la boca o en la pluma de César, de Cicerón, etc.) empleos que reflejan diversos mecanismos de identificación/distanciamiento.

Así, la lengua permite a los *shifters* llevar su ancla y arrojarla sobre “puntos de referencia” desplazados respecto de las coordenadas enunciativas reales. Todas las unidades deícticas, que normalmente se organizan en función del locutor y de su inscripción espacio-temporal, son susceptibles, en algunas condiciones, de llegar a gravitar en torno del alocutario o de una tercera persona actante del enunciado.

Pero todos esos procedimientos no son homogéneos y su función semántica varía según sea su grado de codificación retórica; no todos son “tropos” con el mismo derecho.

La primera condición para que se trate, en efecto, de un tropo, es que el uso de la secuencia en cuestión sea percibido como doblemente aberrante: que constituya una *denominación* aberrante del denotado (perspectiva onomasioló-

querida niña!, le dijo familiarmente a Muffat, a quien trataba como marido, ¡Diablo!, la hemos hecho conversar!” (“nosotros”, es decir, Muffat).

Esta enálage, que parece característica, entre otros, del discurso de los médicos, enfermeras, etc., está aprovechada humorísticamente por el personaje de *Testigo de cargo* (Billy Wilder) que interpreta Charles Laughton: exasperado por el uso sistemático e infantilizante de este tropo en la boca de su enfermera-niñera (“vamos a tomarnos la temperatura”, “vamos a hacer nonito”), replica a esta última simulando tomarla al pie de la letra:

—“¿Nosotros? ¡Qué deprimente perspectiva!”

60. O todo segmento que denote en principio una tercera persona, como “se” (¡Ajá!, ¿así que se portó mal el nenito malcriado?”).

61. El imperfecto así llamado, que a menudo acompaña a esta enálage de persona, constituye también una enálage (temporal).

62. Lamentablemente este uso se está perdiendo: “Recordemos que en las buenas casas los domésticos bien entrenados (¡todavía quedan!) emplean la tercera persona cuando se dirigen a sus patrones: ¿Llamó el señor? —‘La señora está servida.’ Pasa lo mismo con los vendedores y vendedoras de tiendas elegantes: ‘¿Deseaba algo la señora?’ — ‘¿El señor no necesita corbatas?’. Demás está decir que estas marcas de deferencia tienden a desaparecer: ‘Nuestras máquinas democráticas, observaba Renán ya en 1883, excluyen al hombre bien educado’ ” (Robert Le Bidois, *Les Mots trompeurs* [“Las palabras engañosas”]).

gica) y que se le asigne una *significación* aberrante en relación con el sentido considerado como más "propio" (perspectiva semasiológica): la idea de norma está en el núcleo del concepto de tropo, cuyo grado de desviación es proporcional al de la codificación de la norma.

Sobre esta base, pues, podemos formular la siguiente oposición:

(i) "Pedro está sentado *a la izquierda* del árbol" y

(ii) "Era *aquí* que Francis siempre había deseado vivir", "*ahora* era feliz",⁶³ y considerar que el empleo no deíctico de las frases "a la izquierda/a la derecha" no constituye un tropo (al incluir su significado dos sememas no jerarquizables de los cuales uno u otro se realiza en contexto), en tanto que los adverbios "aquí" y "ahora" son fundamentalmente deícticos aun cuando, en algunos casos, y con el mismo derecho que todas las otras unidades deícticas —mediante una especie de proceso metafórico que tiene como fundamento el mecanismo de identificaciones al que nos hemos referido—, puedan funcionar como elementos cotextuales. Pero no siempre está claro el límite entre las dos categorías y en algunos casos podemos vacilar entre los dos tipos de tratamiento semántico, como lo hicimos al tratar: fr. *venir*, ingl. *to come*.⁶⁴

Así pues, para que haya tropo es necesario que haya denominación/significación aberrantes. Pero a su vez esta condición presupone otra: para que se pueda medir el alejamiento, la separación que resulta del empleo de la secuencia significante, hace falta además que se esté en condiciones de identificar el objeto que pretende denotar y que, en cierta forma, se tenga acceso a los L_0 , T_0 y S_0 "verdaderos".

Por lo general, tal es el caso: el presente "histórico" está señalado con regularidad, como lo advierte Bally (1969, p. 202), por la inclusión en el contexto de una marca temporal "justa", y la concordancia en singular denuncia como "trucado" el uso de los "nosotros" y "ustedes" retóricos. En ausencia de señales tan obvias, la naturaleza misma de los contenidos narrados permite la identificación del tropo: así como Genette identifica como "seudo-" iterativos (referibles, pues, a una retórica de la enálage) a ciertos usos del imperfecto en Proust —en la medida en que la lógica más elemental nos impide aceptar como válido el valor de esos imperfectos y admitir que escenas tan minuciosamente detalla-

63. Se nos ha incluso señalado la siguiente oración tomada de la realidad: "Ahora las cobijas comenzarán a estorbarlo".

64. En la nota 23 mencionamos, respecto de "en seguida" (cf. el cuadro que opone los adverbios temporales deícticos a los no deícticos), que éste podría funcionar también como un relacional. Pero a pesar de que este uso es relativamente frecuente, nos parece no obstante "metafórico", ya que se lo encuentra casi siempre asociado con un presente o un futuro de narración (ej.: "... el libro de Tissot, que aparece en latín en 1735 y que en seguida se traduce al francés...").

Para resolver este género de problemas pueden proporcionarnos algunas indicaciones interesantes las estadísticas de Klum (1961) referentes a las correlaciones verbo-adverbiales.

das hayan podido reproducirse *de verdad* sin ninguna variación⁶⁵ —, así también la excesiva precisión de las informaciones predicativas que, por consiguiente, sólo pueden determinar un sujeto individual, acaba por traicionar, en la ausencia de toda marca de concordancia, la naturaleza singular de los “ustedes” y “nosotros” retóricos.

A pesar de ese “él” bajo el cual César disimula su status de escritor, todos los lectores —y son entonces las informaciones extralingüísticas las que permiten la identificación de este truco discursivo cuya “extraordinaria fuerza política” ha mostrado bien Butor⁶⁶— saben bien de quién se trata, así como bajo sus diferentes ropajes pronominales Barthes sigue siendo Barthes; éste, por otra parte, se preocupa escrupulosamente porque no se lo confunda con otro, cuando comenta en los siguientes términos el uso que hace en su *Roland Barthes por Roland Barthes* del “juego de las personas gramaticales”: “El ‘yo’ es el pronombre de lo imaginario; el ‘él’, que empleo muy a menudo, es el pronombre de la distancia. Puede tomársele de muchas maneras y allí el lector es el que manda. Sea como una especie de énfasis —como si me diese una importancia tal que dijese ‘él’ hablando de mí—, sea como una especie de mortificación: decir ‘él’ hablando de alguien es alejarlo, mortificarlo, hacer de él una cosa un poco muerta. Sea, también —pero ésta sería una hipótesis demasiado feliz; enunciémosla de todos modos—, como el ‘él’ de la distancia brechtiana, un ‘él’ épico con el que yo mismo me pongo en crítico. En cuanto al ‘usted’, también tenemos dos posibilidades de interpretación. Rara vez me digo ‘usted’ a mí mismo, pero lo hago en tres o cuatro ocasiones. ‘Usted’ puede considerarse el pronombre de la acusación, de la autoacusación, una especie de paranoia descompuesta, pero también una manera mucho más empírica, desenvuelta, como el ‘usted’ de Sade, el ‘usted’ que se dirige Sade a sí mismo en algunas notas. Es el ‘usted’ del operador de escritura que —lo que era tan moderno y genial en la época— se pone en la posición de desvincular al escritor del sujeto. ‘R.B.’ no es muy importante. *Aparece sobre todo en las oraciones en las que ‘él’ sería ambiguo.*”⁶⁷

Pero el problema se plantea en forma diferente en algunos tipos de discurso literario. Volveremos a hablar más adelante de la forma en que se complica en él el dispositivo enunciativo y de las relaciones entre autor y narrador. Pero que éste se identifique o no con aquél no es lo más importante: para que el texto sea “legible” basta con que sus determinaciones sean suficientemente coherentes para que pueda ser aprehendido como una “ficción unitaria”.⁶⁸ Ahora

65. Cf. Genette, 1971, p. 180.

66. En *Répertoire*, II, p. 69.

67. *Le Magazine littéraire*, Nº 97, febrero de 1975, p. 32 (el subrayado en nuestro).

68. La expresión (que aquí adaptamos para nuestros fines) es de Butor (1964, pp. 293-294): “Me he dado cuenta de que no se podía hablar de novela si no cuando los elementos ficticios de una obra se unificaban en una única ‘historia’, un único mundo paralelo al mundo real [. . .]. La novela es una ficción unitaria.”

bien, esto no es siempre así. Y lo que impide esa unificación tranquilizadora del relato es, muy a menudo, la inestabilidad de las referencias deícticas. Lo que importa al lector no es que el "yo" represente "honestamente" al autor, sino que en cada una de sus figuraciones (cuando se considera que representa a la instancia narrativa) se pueda correlacionar la forma lingüística con un referente coherente. "Si, a la inversa, la ubicación del texto impide que se coagule un conjunto determinativo coherente, 'yo' seguirá siendo un vacío incesante" (J. Ricardou, 1970, p. 441). Es lo que ocurre, por ejemplo, en Beckett: apenas se acaba de enunciar un "yo", surge otro que viene a contradecir la representación que uno se ha hecho a grandes penas del "yo" anterior; el "yo" es siempre algún otro, el "aquí", algún otro lugar, y el "ahora", algún otro lugar temporal: su existencia extra-discursiva no sobrevive a su enunciación. Paradójicamente, los textos de este tipo, cuanto más "anclados", más flotan.⁶⁹ Es entonces, y sólo entonces, que conviene hablar, más allá del anclaje ficticio, de "seudo-anclaje".⁷⁰

1.3.3. Consideraciones psicolingüísticas

Más arriba hemos procurado demostrar que los deícticos son, a la vez y por la misma razón (su solidaridad de principio con las circunstancias de la enunciación), cómodos y difíciles de manejar.

Podemos preguntarnos, por consiguiente, si el niño aprende los deícticos precoz o tardíamente, pero sobre este punto las ideas están divididas: para Piaget, por estar los deícticos vinculados a un uso egocéntrico del lenguaje, son más frecuentes en el discurso infantil.⁷¹ Desde una perspectiva filogenética, Bally afirma de manera parecida (1969, p. 203):

69. Lo observa también François Jost (1975, pp. 483-487) a propósito de Robbe-Grillet: "Estoy solo aquí, ahora, bien a cubierto". Este enunciado, que inicia *Dans le labyrinthe* ["En el laberinto"], está caracterizado, en primer lugar, por una inflación deíctica". Pero estos deícticos están allí sólo para engañar. Ya que sí, generalmente, "del hecho de que un personaje, unas doscientas páginas después de ese pasaje, utiliza la primera persona, deducimos con certeza una identidad, sin que ningún criterio lingüístico, sin embargo, permita afirmar que los dos narradores constituyen el mismo y único personaje [. . .]. Aunque la primera persona no remite más que a la presente instancia del discurso en que aparece; transformamos un instante puntual del texto en permanencia: lectura tranquilizadora" —que desgraciadamente desalienta el texto de Robbe Grillet: "A cualquier lado que uno se vuelva, no se encontrará nunca, pues, un narrador estable sobre el que se puede descansar para edificar construcciones tranquilizadoras." La misma inestabilidad de las referencias espacial y temporal muestra Gilles-Lapouge respecto de los *Souvenirs du triangle d'or* ["Recuerdos del triángulo de oro"] (cf. *La Quinzaine littéraire*, No 288, 16-31, octubre de 1978, p. 5).

70. Este pseudo-anclaje puede afectar también la localización relacional: es el caso de esas "inserciones" que puntúan, con la desenvoltura más provocativa, *El perro andaluz*: "ocho años más tarde . . .", "dieciséis años antes . . ."

71. Piaget cita también, en *La Formation du symbole chez l'enfant* [ed. en español: *La formación del símbolo en el niño*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964], (París-

“Está claro que, genéticamente, lo absoluto [es decir, en realidad, lo deíctico] ha debido preceder a lo relativo, y la historia de las lenguas indoeuropeas nos muestra que el segundo tipo ha salido del primero.”⁷²

Pero la posición de Jakobson es diferente: los deícticos, afirma (1963, p. 180),

“que la tradición de Humboldt concebía como pertenecientes al estrato más elemental y más primitivo del lenguaje, constituyen, por el contrario, una categoría compleja [...]. Es por ello que los pronombres se cuentan entre las adquisiciones más tardías del lenguaje infantil y entre las primeras pérdidas de la afasia”.

En todo caso, lo que hay de cierto es que, cualesquiera que sea el momento de su “ingreso en la competencia”, el empleo de los deícticos da lugar con frecuencia —como se lo puede comprobar observando la conversación espontánea, las degradaciones patológicas del comportamiento discursivo o su explotación con fines lúdicos— a diversos tipos de lapsus, confusiones o empleos erróneos:

- utilización defectuosa (lo que muestra bien que este tropo sólo es admisible en ciertas condiciones precisas) de una expresión deíctica a manera de anafórica:

“pero al mes próximo me había dicho que no fuera” (“próximo” = “siguiente”);
 “tenía que hacerlo en este momento” (confusión entre “en ese momento”, anafórico, y “en este momento”, deíctico);

- neutralización de ciertos ejes deícticos, y confusión de yo/tú,⁷³ antes/después, delante/detrás, último/próximo, etc. —“lapsus de inversión” que Pottier (1974, p. 87, ej.: “una obra que recientemente se va a publicar”) estima frecuentes en francés y que lo son también en español;

- comportamiento lingüístico que no se adapta a sus condiciones situacio-

Neuchâtel, 1945, p. 223) el caso de ese niño pequeño que, en lugar de “perro”, emplea el signifiante “guau”, al que le atribuye el sentido: “todo lo que se ve desde el balcón como el primer perro y que se le parece”: la denominación se efectúa en este caso mediante una “asimilación de cosas desde el punto de vista mismo del sujeto: situación espacial en la que se encuentra a título de observador y repercusión de los objetos sobre las acciones de éste”.

Notemos también que según P. Lecocq y L. Maryniak (1975, p. 96), los niños franceses adquieren antes el verbo “venir” que el verbo “ir” —pero ¿qué conclusión exactamente sacamos de ello?

72. Ejemplo de empleo no deíctico de un término originariamente deíctico: el adjetivo “moderno” cuando se emplea para designar un período determinado de expresión artística (el “estilo moderno”, la “literatura moderna” — frente a “contemporáneo” —, los “post-modernos” americanos —herederos de John Cage y Merce Cunningham): en este caso podemos hablar de “deíctico petrificado”. Este mecanismo de petrificación se encuentra también, en cierta medida, en las expresiones del tipo “el Oriente”, “el Occidente”, “los países del Este”, etc.

73. Lo que caracteriza, como sabemos, las emisiones de los niños autistas.

nales: violación de las presuposiciones,⁷⁴ uso abundante de la deixis por ostensión por parte de interlocutores que no tienen la posibilidad de verse o empleo de deícticos en un mensaje cuyo receptor no dispone de la información situacional indispensable (es así como puede verse desde hace meses en una pared del Gran Buenos Aires “mañana gran remate”);

● empleo de unidades deícticas como si se tratase de unidades referencialmente autónomas y como si su referencia no fuese movible sobre el eje temporal:

“Madelon. —Todo eso no son más que palabras en el aire y vos le prometiste el dinero para hoy.

Guignol. — ¡Perdón, mujer, perdón: le dije que le daría el dinero mañana!

Madelon. — ¡Claro, se lo dijiste ayer!

Guignol. — ¡Claro que sí!

Madelon. — ¿Entonces? Mañana es hoy.

Guignol. — ¿Cómo, mañana es hoy? Entonces ¿pasado mañana es anteayer?”

La triquiñuela es cómoda y bien conocida: como todos sabemos, hoy no se fía; mañana, sí.⁷⁵

Estudiar el funcionamiento de los deícticos es, pues, interesante por más de una razón. Es lógico suponer que los sujetos se comportan de manera diversa unos de otros con referencia al sistema de localización deíctica, que se mueven en él con facilidad variable y que recurren a él con constancia desigual. Si se estudiase comparativamente, en diferentes sujetos, la utilización del funcionamiento de los términos deícticos y/o no deícticos (delante de/detrás de, que se prestan a los dos usos; ir/venir, que a veces son conmutables sin ser por ello deícticos en el mismo grado), es posible que advertiríamos, en una determinada categoría de hablantes, una pronunciada tendencia a organizar el espacio discursivo en torno de sus coordenadas egocéntricas y, en otra, una predilección por las estructuraciones “objetivas” de un espacio del que prefieren dar cuenta sin proyectarse en él ni ponerse en escena.⁷⁶

74. Guignol no deja de acudir a ella:

Canezou. — “¡Guignol!”

Guignol. — ¡No estoy!

Canezou. — Bueno, no está. Cómo quieren que haga lo que tiene que hacer si no está nunca en su casa (va a irse). ¡Pero qué tonto soy!: me contestó, entonces está. ¡Siempre el mismo excéntrico!”

75. Cuando T_0 es inestable y se desplaza con el correr de los días: “mañana” → “jamás” y el proceso es eternamente diferido; “hoy” → “siempre”; así ocurre en esta inscripción y no fechada que figura desde hace dos años sin abandonar el campo sobre la puerta de un aula: “Sólo por hoy la clase se dará en el aula Allard.”

76. La organización del espacio por verbalizar depende también de sus propiedades objetivas y de su orientación natural. Como lo hace notar Michel Butor, es más fácil en Egipto que en otras partes, gracias a la presencia estructuradora del Nilo, prescindir de los deícticos espaciales: “. . . esta básica orientación del espacio, esta organización fundamental tan evidente que para indicarnos la ubicación de un lugar en particular, de un departamento en

Es probable, pues, que la frecuencia de los deícticos varíe de un hablante a otro. Pero varía también de un tipo de discurso a otro y, especialmente, según la naturaleza escrita u oral del canal transmisor, caracterizándose esencialmente el discurso oral por la importancia de su inserción en el sistema de yo-aquí-ahora. Así lo ilustra, como último ejemplo, el siguiente texto, grabado a un chofer de ómnibus:

“Ya ves, no voy a tener ningún accidente en cinco o seis meses y después, de buenas a primeras, voy a tener uno *hoy*, toda la semana voy a tener”.⁷⁷

La irrupción inesperada del deíctico “hoy” es indiscutiblemente “defectuosa”: en efecto, el locutor desarrolla al principio del texto una hipótesis, a la cual tiene el derecho de ubicar en el pasado (el enunciado equivalente sería entonces: “Pongamos que no haya tenido accidentes en los últimos cinco o seis meses y que ahora, de buenas a primeras, vaya a tener uno hoy”) o en el presente: es la solución adoptada por el hablante, que elige a T₀ como punto de partida ficticio (“Ya ves” = “admitamos que considere lo que corro el riesgo de que me pase a partir de ahora”), y calcula prospectivamente, mediante el uso de un futuro perifrástico normal, el desarrollo futuro de los acontecimientos; llegamos a cinco o seis meses más tarde: si L se mantuviera en la lógica de su sistema, debería utilizar una expresión temporal del tipo “en ese momento”, “entonces” (referencia cotextual), pero, en su lugar, aparece el deíctico “hoy”: el proceso teóricamente futuro (en la lógica de ese sistema ficticio) se encuentra brutalmente reinyectado en el presente enunciativo. Irrupción defectuosa, pues, pero reveladora de la tendencia, constante en el discurso oral, que lleva a afirmarse lo más posible en la situación de enunciación, con la cual el enunciado se vincula por una especie de cordón umbilical.

1.3.4. La categoría deíctica: problemas de extensión

“Lo que llama la atención en la serie de estudios publicados por Benveniste es que la ‘categoría’ de la deixis se extiende progresivamente. En el artículo citado más arriba, tal categoría no abarcaba, aparte los pronombres personales, más que la dimensión de la temporalidad [...]. Pero en el último artículo aparecido, sobre ‘El aparato formal de la enunciación’, se le vinculan también la interrogación, la intimación e, incluso, la afirmación.”

Es posible generalizar esta observación hecha por Kuentz (1972, pp. 27-28)

un inmueble, por ejemplo, no se toma como referencia nuestra posición en ese momento sino las constantes del paisaje idénticas a los puntos cardinales, esas localizaciones absolutas que no alcanzan a esconder ni siquiera las paredes de una habitación; y que, en consecuencia, no se nos dirá: tome la primera calle a la izquierda, gire después a la derecha, sino: tome la primera calle al este, gire después al norte, suba la escalera y se encontrará con la puerta sur; y que se hablará, incluso en la mesa, de una silla que está al oeste de la otra ...” (*Le Génie du lieu* [“El genio del lugar”], Grasset, París, 1958, pp. 131-132).

77. Texto citado (el original francés) por Peytard y Genouvrier en *Linguistique et enseignement du français* [“La lingüística y la enseñanza del francés”], Larousse, 1970, p. 25.

respecto de Benveniste: después de haber primeramente identificado, bajo el nombre de *deícticos*, los elementos lingüísticos más visibles que manifiestan la presencia del hablante en el interior del enunciado, los lingüistas se han enfrentado con el problema de la omnipresencia que tiene ese hablante en el mensaje. En una oración como "Eso es bonito", pronunciada fuera de contexto en una situación de intercambio oral, el demostrativo es, evidentemente, *deíctico*. Pero el mismo adjetivo "bonito" también implica al hablante: el empleo de este término valorativo es relativo a la naturaleza particular del sujeto de la enunciación, a sus tablas de valores, a sus cánones estéticos. Toda afirmación lleva la marca del que la enuncia. La denominación que hemos llamado "absoluta", que tomaba en consideración el denotado y solamente éste, es un límite ficticio: el objeto que se nombra no es un referente en bruto, sino que es un objeto percibido, interpretado, evaluado. La actividad del lenguaje, en su totalidad, es subjetiva.

Apoyándonos en esta comprobación, podemos sentirnos tentados de llamar "*deícticos*" a todos los hechos lingüísticos que son relativos al proceso de enunciación y de alargar la lista de los *shifters* incorporándole las marcas de subjetividad. Benveniste cede a esta tentación, lo mismo que Todorov, quien, en el inventario de los "elementos indiciales" que propone, menciona, a continuación de los pronombres personales y de las desinencias verbales, también las unidades lingüísticas con valor emotivo y de contenido evaluativo. Desde una perspectiva semejante, los límites de la categoría *deíctica* llegan a coincidir con los de los hechos enunciativos.

Por nuestra parte, preferimos restringir esta categoría a las unidades que responden positivamente a los siguientes criterios (que permiten, como podríamos demostrarlo, oponer, por ejemplo, la categoría de tiempo a la de aspecto o modo, y la elección en el seno del paradigma de los pronombres personales de una forma de 1^a/2^a/3^a persona a la elección de "tú", un "vos" o un "usted" para denotar a un alocutario singular):

(1) Su elección y su interpretación toman en consideración *ciertos elementos* bien específicos de la situación de comunicación. A saber:

- el papel que desempeñan los actantes del enunciado en la relación de alocución, es decir, su naturaleza de locutor/alocutario/no interlocutor;
- la situación espacio-temporal del locutor y, secundariamente, del alocutario.⁷⁸

78. Es posible que en otros sistemas lingüísticos la definición de la categoría *deíctica* deba hacer intervenir otros factores pertinentes —en la medida en que son datos simples y objetivos de la situación de comunicación— que intervienen de manera decisiva en la denominación e identificación de los denotados: el sexo y la edad del locutor, por ejemplo (cf. los usos mencionados más arriba en Burushaski; cf. también Zuber, 1972, p. 15: "En muchas otras lenguas se emplean diferentes partículas *deícticas* cuya presencia presupone la edad, el sexo del locutor, el lugar en que se halla. . ."). En español el sexo es pertinente en la oposición *nosotros/nosotras* y en *vosotros/vosotras*. Se utiliza "*nosotras*" cuando el locutor es de sexo femenino y el o los alocutarios (si es inclusivo) o los no-interlocutores (si es exclusivo) lo son también, y se emplea "*vosotras*" cuando el alocutario es de sexo femenino y los otros "tú" y/o los no-interlocutores a los que remite el plural lo son también.

(2) Esta referencia a los elementos expuestos en (1) es tan indispensable en la fase de codificación (para seleccionar la unidad lingüística apropiada) como en la de decodificación (para atribuirle un contenido referencial apropiado).

(3) Esta referencia es absolutamente obligatoria y las reglas de empleo de los deícticos son estables (sin dejar de tener en cuenta, no obstante, el "juego" que permiten las enálages).

Vale decir que consideramos a los deícticos como un *sub-conjunto* de las unidades "subjctivas", que constituyen a su vez un sub-conjunto de las unidades "enunciativas": a la par de Wunderlich, 1972 (quien después de haber descrito toda situación de enunciación como un "9-uplet" [una "nónupla"] re- tiene como deícticos sólo tres de esos nueve componentes), y a diferencia de Fillmore, 1973 (que considera, además, la "deixis social"), admitimos única- mente tres categorías —personal, temporal y espacial⁷⁹— de funcionamientos deícticos, en la medida en que las unidades que invistan tienen la triple propie- dad de suministrar informaciones indispensables (ya que todos los textos están, a su manera, "anclados" deícticamente), fundamentales (ya hemos dicho, tras Benveniste, que gracias a los deícticos se constituye el sujeto y se estructura el espacio en que éste se mueve) y rudimentarias a la vez (puesto que si bien todo tipo de informaciones de índole verbal o extra-verbal vienen a injertarse sobre esta indicación denotativa poco elaborada, los deícticos permiten solamente la *identificación* de algunos de los constituyentes del marco enunciativo).

Pero después de haberlos eliminado, por decreto terminológico, de la cate- goría deíctica, nos queda por considerar las otras maneras, más sutiles, en que se inscribe en el enunciado la subjetividad lingüística.

2. LOS SUBJETIVEMAS "AFECTIVO" Y "EVALUATIVO"; AXIOLOGIZACIÓN Y MODALIZACIÓN

Antes de proseguir con esta exploración se imponen algunas observaciones preliminares.

— Naturalmente que *toda unidad léxica es, en un cierto sentido, subjetiva*, dado que las "palabras" de la lengua no son jamás otra cosa que símbolos sus-

79. El funcionamiento de las deixis temporal y espacial no es simétrico, ya que se oponen según, por lo menos, dos ejes:

— referencia móvil/fija: T_0 no deja de desplazarse en el transcurso de la diacronía enunciativa, en tanto que el lugar en el que se toma la palabra por lo general no cambia en el transcurso del mismo acto de enunciación;

— referencia obligatoria/facultativa (cf. Genette, 1972, p. 228; y el hecho de que en la comunicación telefónica, estando dada de entrada la referencia temporal, únicamente el deíctico personal tiene obligatoriamente necesidad —salvo si la voz es suficiente para dar la información— de ser especificado).

titutivos e interpretativos de las "cosas". Contrariamente a la ilusión "isomorfista" y "calcomaniaca" (antes del lenguaje existiría un mundo enteramente dividido en objetos distintos y la actividad denominativa consistiría simplemente en adherir etiquetas significantes sobre esos objetos preexistentes), la lingüística repite y demuestra que las producciones discursivas que autorizan las lenguas de ninguna manera podrían ser como un tipo de "análogo" de la realidad, puesto que recortan a su manera el universo referencial; imponen una "forma" particular a la "sustancia" del contenido; organizan el mundo, por "abstracción generalizante", en clases de denotados, sobre la base de ejes semánticos parcialmente arbitrarios, y "programan" así de manera *obligatoria* los comportamientos perceptivos y descriptivos de la comunidad lingüística:

"Recortamos la naturaleza según las líneas trazadas por nuestra lengua [. . .]: de hecho, nos es imposible hablar sin suscribirnos al modo de organización y de clasificación del dato que ha decretado ese acuerdo [. . .]. Ningún individuo tiene la libertad de describir a la naturaleza con una imparcialidad absoluta, sino que, por el contrario, se ve constreñido a ciertos modos de interpretación precisamente cuando se cree más libre" (B. L. Whorf⁸⁰).

En este sentido, todas las palabras de la lengua funcionan —para retomar la terminología de Robert Laffont (1976, pp. 98-99), como "praxemas", es decir que connotan, en diverso grado ("piedra", "buey", "alma", aun estando todas culturalizadas no lo están en el mismo grado), las diferentes "praxis" (tecnológica, sociocultural) características de la sociedad que las maneja, y que conlleven toda suerte de juicios interpretativos "subjettivos" inscritos en el inconsciente lingüístico de la comunidad.

— Pero no se trata aquí de las manifestaciones colectivas y, podría decirse, "catacrésicas" de la subjetividad lingüística (a propósito de la expresión "el sol poniente", C. Hagège, 1971, p. 225, dice con justicia que la lengua es "una especie de cambalache o de Museo Grévin⁸¹ del conocimiento"). Lo que nos interesa son los usos individuales del código común⁸² y nuestra problemática es la

80. Puesto que fueron Whorf y E. Sapir quienes denunciaron con vehemencia la ilusión isomorfista ("De hecho, el 'mundo real' está construido en gran medida de acuerdo con los hábitos lingüísticos de los distintos grupos culturales"), se llama algunas veces "hipótesis de Sapir-Whorf" al postulado inverso (que pasa actualmente por verdad establecida).

81. Famoso museo de figuras de cera de la ciudad de París.

82. Coseriu (1966, p. 188) distingue asimismo la subjetividad "constitutiva del lenguaje" de la "apreciación subjetiva individual".

En realidad, habría que distinguir tres, y no dos, niveles de subjetividad, según que se inscriban en el habla/la lengua/la facultad (universal) del lenguaje; cf. P. Henry, 1977, p. 38: Si es verdad, como lo sostiene Chomsky, que la competencia lingüística tiene bases universales innatas, ligadas a aptitudes comunes a todos los sujetos humanos, es posible "en este sentido", dice, "hablar de una forma de subjetividad universal" (de toda la humanidad).

siguiente: cuando el sujeto de una enunciación se ve confrontado con el problema de la verbalización de un objeto referencial, real o imaginario, y cuando para hacerlo debe seleccionar ciertas unidades tomándolas del repertorio léxico y sintáctico que le propone el código, se le presenta *grosso modo* la opción entre dos tipos de formulaciones:

- el discurso “objetivo”, que se esfuerza por borrar toda huella de la existencia de un enunciador individual;

- el discurso “subjetivo”, en el cual el enunciador se confiesa explícitamente (“lo encuentro feo”) o se reconoce implícitamente (“es feo”) como la fuente evaluativa de la afirmación.

Ejemplo: en un manual de geografía destinado a los alumnos del curso elemental,⁸³ el capítulo referido a “Francia” no se titula así sino “Nuestra dulce Francia”. Esta fórmula está doblemente marcada subjetivamente, si se la compara con “Francia”, más “normal” en este contexto enunciativo (discurso con pretensiones científicas):

- por el uso del déictico, que implica que es un enunciador francés quien se dirige a los francesitos (señalando el contexto que se trata de un “nuestra” inclusivo);

- por la utilización del adjetivo afectivo-axiológico “dulce”,⁸⁴ que enuncia un juicio de valor y un compromiso emocional del hablante respecto del objeto denotado.

— Para llevar a cabo la localización de las unidades que nos parece legítimo considerar como subjetivas, nos fiaremos ante todo —hay que confesarlo sin rodeos— de nuestra propia *intuición*, intuición que es posible eventualmente apoyar en comprobaciones (pues sería abusivo hablar aquí de “criterios”) tales como las siguientes:

- A diferencia de los términos objetivos, cuya clase denotativa tiene contornos relativamente estables, la de los términos subjetivos es un conjunto fluido: la pertenencia de *x* a la clase de los profesores, de los solteros, de los veteranos⁸⁵ o aun de los objetos amarillos es admitida o rechazada más unánimemente —y puede verificarse con mayor facilidad— que su atribución a la clase de los imbéciles o de los objetos de arte.

83. *Ma Géographie en couleurs* [“Mi geografía en colores”] de P. Valette, E. Personne y B. Le Chaussée, Nathan, 1968 (1ª ed. 1958).

84. Observemos que la predicación está “justificada” argumentativamente:

- por el hecho de que la expresión funciona desde hace tiempo como un “cliché” (los “epítetos de la naturaleza” no pueden ser sino “naturales” y justos);

- por una especie de audaz deslizamiento metonímico: Francia tiene un clima “dulce” (templado) → es un país “dulce”.

85. Estos términos, al emplearlos metafóricamente, se matizan subjetivamente.

● Observemos el siguiente enunciado, de posible producción por un extranjero que se ejercita en español;

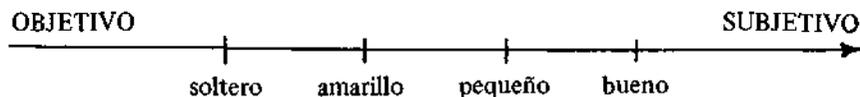
“Usted es muy bonita. Su vestido es colorado”.

De estas dos oraciones, la primera se percibe como mucho más “normal” que la segunda, que produce irremediamente el efecto de una de esas oraciones artificiales que uno machaca cuando aprende una lengua extranjera. Lo que ocurre es que cuando predicamos sobre objetos presentes en la situación de comunicación, las expresiones objetivas, a diferencia de las subjetivas, que no son necesariamente obvias, están desprovistas de todo valor informativo— excepto cuando están insertas en un contexto argumentativo específico que suspende la aplicación de la “ley de la informatividad”: de esta manera, el enunciado precedente puede, en rigor, justificarse interpretándolo como “usted es muy bonita, ya que su vestido es colorado y este color le sienta bien”.

● Ciertos términos, por último, parecen fuera de lugar en algunos tipos de discurso (científico, lexicográfico, etc.) que pretenden en principio la objetividad.⁸⁶ Es así que la presencia, en la definición de “alma” que propone Casares en su *Diccionario ideológico de la lengua española*, de una expresión tal como “sustancia espiritual que informe el cuerpo humano”, o la fórmula “religión falsa de la India”, empleada por le Bouilhet para caracterizar al budismo, o la presencia en las definiciones de “negro” que proponen los diccionarios del “Antiguo Régimen” de expresiones como “esos desdichados esclavos”, “esos seres viciosos”, chocan al lector moderno, acostumbrado a definiciones lexicográficas menos groseramente subjetivas. El sentimiento de esta incongruencia puede servir para postular la existencia de ciertas categorías de subjetivemas (a saber, los rasgos [afectivo], [axiológico] y [modalizador]).

—Estas observaciones permiten al mismo tiempo tomar conciencia de que *eí* *eje de oposición objetivo/subjetivo no es dicotómico sino gradual.*

● Las unidades léxicas están ellas mismas (en la lengua) cargadas con un peso más o menos grande de subjetividad. Por ejemplo:



y es evidentemente afirmativa la respuesta a la pregunta de Todorov (1970 a. p. 7): “¿‘bueno’ involucra al hablante más fuertemente que ‘amarillo’?”, como

86. Recordemos que, desde nuestra perspectiva, “pretender la objetividad” significa “tratar de borrar toda huella de la presencia en el enunciado del sujeto de la enunciación”. También pretende la objetividad, según F. Giroud (1979), el discurso periodístico (“Con estados de ánimo no se hace periodismo”), el cual, cuando se permite apreciaciones y comentarios subjetivos, debe “marcarlos” explícitamente como tales; y también el del “entrevistador”, según M. A. Macciocchi quien declara en ese mismo artículo: “He tratado, aquí, de ‘borrarme’ al máximo frente a mi tema”, expresión de la que es eco la del entrevistado Giroud: “A mis ojos, el buen periodismo no consiste en ponerse en primer plano, sino por el contrario en borrarse detrás del tema” (notemos que se puede elegir entre borrarse *frente* o *detrás* del tema. . .).

también lo atestigua el hecho de que, a diferencia de los axiológicos, los nombres de color (igual, por otra parte, que los dimensionales) son muy bien tolerados por el discurso científico (y en particular lexicográfico). Asimismo, es con todo derecho que Korzybski denuncia, en oraciones como

- (1) "La flor es colorada"
- (2) "Jorge Durán es un egoísta",

la impostura que constituye el verbo "ser", que hace como si la propiedad que tiene por función atribuir al objeto estuviese intrínsecamente ligada a éste, cuando la verdad es que sólo se constituye en la relación que existe entre el objeto percibido y el sujeto perceptor. Pero el "abuso de lenguaje" es, seguramente, más grave y el porcentaje de subjetividad seguramente más alto en la segunda oración que en la primera (para demostrar el carácter relativo de la validez de esta aserción, Korzybski está obligado, en efecto, a recurrir al ejemplo del sapo y, con más convicción, al del daltónico . . .) Por otra parte, ésa es la razón por la cual es mucho más efectivo en el segundo caso que en el primero el remedio que aconseja Korzybski contra ese falaz "efecto-de-objetización",⁸⁷ remedio que permite que el mapa explique mejor el territorio: en (1) Korzybski propone, simplemente, reemplazar "ser" por "parecer"; en (2), la explicitación del carácter subjetivo de la predicación debe desarrollarse más, ya que la fórmula "saludable y científica"⁸⁸ correspondiente es: "en tales circunstancias y con referencia a tal persona, Jorge Durán se ha comportado de una manera tal que, según mis propios standards, me parece egoísta" (si verdaderamente tenemos prisa: "Jorge Durán se comporta habitualmente como un egoísta" —pero la fórmula es todavía demasiado generalizadora y, a menos que se la fundamente estadísticamente, abusiva).

● Por otra parte, el porcentaje de subjetividad varía de un enunciado a otro en la medida en que las unidades pertinentes desde este punto de vista pueden estar presentes en mayor número o con mayor densidad— siendo el fin último (y en cierta medida utópico) de este inventario de las unidades enunciativas, tras haberlas provisto de un índice de subjetividad, la *elaboración de un método de cálculo del porcentaje de subjetividad presente en un enunciado dado*. Esto permitiría zanjar todos esos confusos debates sobre la objetividad de tal o

87. Ya que la "Semántica general" podría llamarse con más exactitud, como lo observa Lyons (1978, p. 84), "semántica terapéutica": se trata, en efecto, de una disciplina educativa, o más bien reeducativa.

Para una presentación, en francés, de los principios teóricos y aplicaciones prácticas de la semántica general, véase H. Bulla de Villaret, 1973.

88. La obra más importante de Korzybski (aparecida en 1933), en efecto, lleva por título *Science and Sanity. An introduction to Non-Aristotelian Systems and General Semantics* ["Ciencia y Sanidad. Introducción a los sistemas no aristotélicos y a la semántica general"]. La fórmula es más saludable porque es más justa; y más científica porque manifiesta esa toma de conciencia (de la distancia que separa lo construido de lo vivido) que caracteriza a la actitud científica y que conviene incorporar, según Korzybski, a todos sus comportamientos lingüísticos.

cual artículo u órgano de prensa (así, uno puede preguntarse qué significa exactamente la bonita fórmula —con su quiasmo semántico— de la que se vale *Le Nouvel Observateur* para definirse como “el más objetivo de los diarios de opinión y el más comprometido de los diarios de información”: más adelante procuraremos contestar a esta pregunta.)

Después de todas estas precauciones oratorias, ya es hora de proseguir con la exploración de las unidades significantes cuyo significado presenta el rasgo [subjetivo] y cuya definición semántica exige la mención de su usuario. La llevaremos a cabo distinguiendo, en un primer momento, por razones de comodidad descriptiva, las diferentes partes del discurso.

2.1. LOS SUSTANTIVOS

La mayor parte de los sustantivos afectivos y evaluativos son derivados de verbos o de adjetivos: aquí no nos ocuparemos de ellos sino que remitiremos el análisis de términos como “amor”, “pretexto”, “acusación”, “belleza”, “pequeñez”, etc. al de “amar”, “pretextar”, “acusar”, “bello”, “pequeño”, etc.

Queda un cierto número de unidades intrínsecamente sustantivas, las cuales nos van a permitir plantear el problema de esos términos peyorativos (desvalorizadores)/elogiosos (laudativos, valorizadores) que llamamos *axiológicos*.

2.1.1. El problema de la categoría axiológica

Para denominar a un individuo x , yo puedo decir (y en los dos casos hay denominación “absoluta”, en el sentido que la hemos definido):

(1) “es un profesor”: el término enuncia una propiedad objetiva del denotado, fácilmente verificable;

(2) “es un imbécil”/“es un genio”: estos sustantivos suman dos tipos de información, por lo demás indisociables:

- una descripción del denotado;

- un juicio evaluativo, de apreciación o de depreciación, aplicado a ese denotado por el sujeto de la enunciación.

Estos términos, en la medida en que hacen intervenir una evaluación de x , la cual es solidaria con los sistemas de apreciación del hablante; en la medida en que su uso, aunque x permanezca invariable, podrá variar de una enunciación a otra; en la medida, en fin, en que deben ser eliminados de un discurso con pretensiones de objetividad, en el que el hablante se rehuse a tomar posiciones respecto del denotado evocado, pueden considerarse como portadores de un rasgo semántico [subjetivo].

La descripción de los sustantivos axiológicos plantea un cierto número de problemas delicados:

(a) Puede ocurrir que el rasgo evaluativo reciba un soporte significativo específico: tal es el caso de los términos peyorativos sufijados con “-acho/a” (cf. “ricacho”, “poblacho”, “comunacho”, “vinacho”), con “-ete” (cf. “pobrete”, “vejete”), con “-ucho/a” (cf. “casucha”, “feúcho”) —ejemplo, este último, en el

que el sufijo no hace sino reforzar el valor peyorativo del tema) o con “astro” (cf. “poetastro”, “camastro”), entre otros.

(b) El rasgo axiológico se localiza en *el nivel del significado* de la unidad léxica, el cual se define por su relación triangular con el significante, por un lado, y con el denotado, por el otro.

— En principio, debe distinguirse cuidadosamente entre las connotaciones axiológicas y las estilísticas. Comparemos, en efecto, los tres términos

“cafetera/auto/tutú”:

- “cafetera” frente a “auto”: la diferencia es de orden *semántico*, ya que el primero le agrega al segundo término el rasgo de [viejo, mala calidad, mal funcionamiento, fealdad . . .] y connota de parte de L una actitud desfavorable;

- “auto” frente a “tutú”: la diferencia está únicamente en su *significante*: los dos términos son equivalentes en extensión y su contenido sémico es idéntico; se oponen únicamente por el tipo de discurso (lengua standard frente a lengua familiar, especialmente dirigida a los niños) susceptible de adoptar uno u otro.⁸⁹

Hay evidentes afinidades entre los dos tipos de valores, las que se manifiestan, por ejemplo, en el hecho de que

- se confunden, a veces, en la descripción metalingüística (es así que no es infrecuente oír que es más aconsejable decir “esposa” o “señora” en lugar de “mujer”, considerado “demasiado peyorativo”);

- se sustituye frecuentemente uno al otro en el curso de la evolución diacrónica (lat. “caballum” = “jamelgo” → “caballo”, ya en el latín vulgar);

- en una misma sincronía, numerosos morfemas presentan un hecho de polisemia tal que los dos sememas se oponen exclusivamente por el hecho de presentar, uno, el rasgo axiológico y, el otro, el rasgo estilístico.

Ejemplo: la palabra “bulín”, que se presta a dos utilizaciones:

bulín 1: [conjunto de semas que definen el contenido de “casa”]

+ [mala utilización] (desde el punto de vista de la moral común)

bulín 2: [conjunto de semas que definen el contenido de “casa”]

+ [lengua familiar]

(Cf. “¡Bienvenidos a nuestro bulín!”).

De modo similar, “hembra” se considera peyorativo y vulgar cuando se aplica a una mujer, y como dando un matiz peyorativo y vulgar al tema, se menciona al sufijo “-acho” en las gramáticas del español.

Parecería, pues, que la “barra” que, en principio, separa al significante del significado no es del todo impermeable: una palabra que tiene la connotación de “vulgar” manifiesta una tendencia a vulgarizar, por contagio, al significado, y por consiguiente al denotado al que remite: por el contrario, los términos es-

89. Notemos que el término “connotación” indica en “viola” frente a “guitarra”, y en “chafalonía” frente a “joya” dos fenómenos diferentes. Los mismos que hace notar Jodurov (1966, p. 9) respecto de las palabras francesas de *crinclin* frente a *violon* [“violín”] y *flingue* frente a *fusil* [“fusil”].

tilísticamente “normales” que designan realidades sexuales o escatológicas tienden a ser percibidos como “vulgares”, en la medida en que la desvalorización que se confiere al contenido acaba por extenderse al significante. No es casual que el argot adopte de buen grado los términos peyorativos del francés standard: expresa una visión profundamente desvalorizadora del mundo.⁹⁰ Este hecho no ha sido investigado respecto del lunfardo porteño, pero hay indicios de que en él ocurre algo semejante. A la inversa, cuando la lengua poética del siglo XVIII llama “ágape” a un vulgar picnic o “mansión” a una casa cualquiera, obedece ante todo a un imperativo retórico; pero a pesar de que hemos identificado la estratagema estilística, ese ennoblecimiento del significante repercute inevitablemente sobre la representación del denotado: las listas de equivalencias entre palabras comunes y expresiones nobles que proponen los diccionarios del siglo XVIII no son tan inocentemente artificiales como podría creerse.

— Diremos, pues, que *entre el Ste y el Sdo hay en principio independencia de los respectivos sistemas de (des)valorización, compensada por una tendencia parcial a la contaminación.*

Siendo, por el contrario, estrechamente solidarios uno de otro el significado y el denotado (puesto que el significado es la imagen lingüística abstracta del denotado, y los semas que lo componen, la imagen de las propiedades pertinentes del denotado), *entre el significado y el denotado hay solidaridad general de los respectivos sistemas de (des)valorización, compensada por una tendencia parcial a la autonomía.*

Existe una evidencia intuitiva, ampliamente confirmada por los análisis de las “mitologías de lo cotidiano” (el Georges Perec de las *Choses* [“Cosas”], el Barthes de las *Mythologies* [“Mitologías”], el Baudrillard del *Système des objets* [“Sistema de los objetos”]), de que los objetos referenciales son ellos mismos el centro de cristalizaciones axiológicas y el objeto de juicios evaluativos variables de una sociedad a otra (Hjelmslev, 1971, p. 119: “. . . el ‘ser despreciable’ puede ser el perro en una determinada sociedad; en otra, la prostituta; en una tercera, la bruja o el verdugo, y así sucesivamente. . .”). Así pues, conviene distinguir, en un primer momento teórico, los valores axiológicos que se localizan en el nivel de la representación referencial (y que pueden reflejarse en todo tipo de prácticas simbólicas) y los que se inscriben en los significados léxicos. Pero inmediatamente debemos añadir que a partir del referente y gracias a la acción mediatizadora de la competencia ideológica, las connotaciones axiológicas.

90. Según J. Pohl (1968, pp. 157-158), si en un diccionario del argot francés tomamos todas las palabras que comienzan con la letra C, constatamos que se reparten de la siguiente manera:

— palabras “desfavorables”: 284/“neutras”: 98/“favorables”: 5 o 6.

De lo que Pohl deduce amargamente: “La observación del lenguaje nos daría razones para ser misántropo” (al constatar la misantropía de que dan fe los usos lingüísticos).

Pero aun cuando en el léxico general lo peyorativo tenga prioridad sobre lo favorable, los resultados de la encuesta hubieran sido menos espectaculares si Pohl la hubiese llevado a cabo con referencia a otros niveles de lengua.

al cabo de cierto tiempo —pues los valores lingüísticos se caracterizan por una mayor *inercia* respecto de las representaciones referenciales—, terminan por “pasar” a la lengua. Cuando Cavanna declara (en la revista *Charlie-Hebdo* del 22 de julio de 1970) que “la naturaleza es como la justicia, la virtud, el honor, la belleza, el hombre, la infancia desdichada, la cultura clásica, el acorazado *Potemkin*, la cocina a la manteca y la música sinfónica: no podemos estar en contra”, el consenso que denuncia caracteriza en primer término la actitud de los franceses hacia el objeto-naturaleza, pero la santificación del objeto (es decir, por supuesto, de su representación culturalizada) lleva indirectamente, por metonimia, a la valorización de la palabra. Para el Black Power [el Poder Negro], el *color negro* es “hermoso”; lo que no impide que de su slogan salga embellecida también la palabra “negro”.

(c) El valor axiológico de un término —o, más precisamente, para no seguir complicando el problema sumándole el de la polisemia, el valor que se atribuye a uno de sus senemas— puede ser más o menos estable o inestable. Esto es: hay términos que están claramente marcados, en el interior del “diasistema” integrador de todos los “lectos”, con una connotación positiva o negativa; pero al lado de ellos hay otros que sólo reciben una connotación así en un dialecto, un sociolecto o un idiolecto en particular. Es por ello que podemos ver cómo se axiologiza un término generalmente neutro (Tony Duvert, *Le Bon Sexe illustré* [“El buen sexo ilustrado”], Minuit, 1974, p. 9: “He empleado a menudo, a lo largo de este libro, la palabra ‘médico’ en un sentido peyorativo, y aun injurioso; lo hice por pura comodidad de la escritura y de más está decir que de ninguna manera ubico en el mismo plano a los autores de la *Enciclopedia* y a los medios que no comparten las opiniones de aquéllos”: la lengua funcionaria, por cierto, mucho mejor, si, para cada clase de objetos, discriminase terminológicamente los buenos de los malos . . .) o cómo se invierte su connotación usual (Blaise Cendrars: “La publicidad es la más cálida manifestación de la vitalidad de los hombres de hoy, de su *puerilidad*, de su don de invención y de imaginación”). Así como cualquier palabra, no importa cuál, si se encuentra inserta en un co(n)texto apropiado o acompañada de determinados significantes entonacionales o gráficos específicos,⁹¹ puede resultar investida por una connotación (des)valorizadora inédita, así también, en el límite, es la clase de la totalidad de los sustantivos la que viene a instalarse en la clase de los axiológicos.

Però la inestabilidad de las investiduras axiológicas que se observa en las competencias léxicas se debe, sobre todo, a la diversidad de las competencias ideológicas que reflejan: a diferencia de “racismo”, “sexismo”, “maquiavelismo”, “extremismo”, etc., que funcionan normalmente como términos injurio-

91. Ej: la entonación enfática (que puede remitir, según el contexto, a una ideología humanista o machista) que es posible dar al enunciado de una oración como “¡Eso es un hombre!”, entonación con valor de excelencia cuyo exacto equivalente gráfico lo constituye, por ejemplo, la siguiente metagrafía de Balzac (señalada en *Rhetorique générale* [“Retórica general”], Larousse, 1970, p. 66): “*una femme, una femme, la PHAMME*” [“una mujer, una mujer, la MU-JER”].

son y, por lo tanto, pueden considerarse como marcados en la lengua, otras palabras, como "comunismo", "nacionalismo", "orden" o "disciplina", son enteramente solidarias, en lo que concierne a su connotación axiológica, con la especificidad del punto de vista ideológico desde el cual habla L —sea porque las "informaciones previas" que poseemos sobre él nos permiten interpretar axiológicamente un enunciado en sí mismo indeterminado, sea, por el contrario, porque las propiedades internas del enunciado permiten inferir ciertas características del "idiolecto" en que abreva su enunciador. En cuanto a los valores inscritos en el diasistema, nos permiten diagnosticar la actitud (de desprecio o de reverencia) que adopta en su conjunto la sociedad respecto de tales o cuales objetos referenciales y el lugar que ocupan en el interior del sistema, muy jerarquizado, de sus representaciones colectivas. Nuestra sociedad europea, por ejemplo, desvaloriza persistentemente la esfera de lo sexual⁹² y de lo escatológico, valoriza lo "alto" con respecto a lo "bajo", lo "grande" frente a lo "pequeño" y, lejos de aceptar que "el trabajo —cualquier trabajo— dignifica" (mas los proverbios enuncian, muy a menudo, como lo ha mostrado S. Meleuc, una "contra-doja"), impone a aquellos que tienen la desgracia de ejercer un oficio infamante⁹³ la obligación de valerse, prudentemente, de la hiperonimia o, astutamente, del eufemismo⁹⁴ (que consiste en reemplazar la expresión normal por otra mejor connotada).

92. Un solo ejemplo, pero espectacular: el de la palabra "boludo", en francés *con*. "la más bella palabra de la lengua francesa (junto con 'loisir' ['tiempo libre'])" para Steve Masson (alias André Harellet), quien se hace esta pregunta en *Lourdes, lentes...* ["Pesadas, lentas..."] (Pauvert, 1968, p. 19): "Quisiera que los tipos cráneos, los etnólogos, los lingüistas, me expliquen por qué esas tres letras se han convertido en el símbolo de la —de nuestra— estupidez" (reparemos en que, como bello ejemplo de tabú lexicográfico, la palabra recién hace su entrada en el *Petit Robert* en 1977; en español, todavía no aparecen —ni "boludo" ni "pelotudo"— en la última edición del Diccionario de la Academia).

93. Hiperónimos: "Cuando el padre es tornero, es mejor responder 'metalúrgico'; o 'funcionario', si el padre está empleado en el ferrocarril": éste es el consejo que un sindicato de padres de alumnos brinda a sus adherentes cuando deben llenar las fichas escolares de sus hijos —ya que la institución escolar, si bien no cree que haya oficios tontos, admite en cambio la validez del proverbio "De tal padre, tal hijo".

Eufemismos: cf. los *pehuqueros* que se convierten en "peinadores", los porteros en "encargados", los *pedicuros* en "podólogos".

94. Diversos ejemplos de eufemismos:

— en el discurso del ministro de economía, los aumentos de tarifas se convierten en "reajustes";

— en las traducciones españolas de Homero, los "ojos de vaca" de Hera se convierten en "los grandes ojos";

— entre los cosmetólogos y sus clientes, los pelos se metamorfosean en "duvet" y las arrugas en "pliegues de expresión";

— en el lenguaje de las inmobiliarias, la presencia de una ventana hace al ambiente "luminoso" y una cocina de cuatro metros cuadrados es "grande";

— para los talles y los pies femeninos, el deslizamiento se efectúa en el otro sentido: el valor axiológico de los adjetivos dimensionales varía según el objeto sobre el cual predicen.

(d) La variabilidad de los valores axiológicos susceptibles de llegar a investir una misma unidad léxica no contribuye en nada a facilitar su análisis. Cuando Michel Droit define a Cohn-Bendit como “un pequeño *boche*⁹⁵ mofletudo y barrigón”, el valor axiológico del enunciado —que se reparte por toda la secuencia pero se concentra sobre todo en *boche*— es más que evidente y se requería todo el aplomo de un Droit para atreverse a negarlo (lo que hizo, en efecto, en una emisión televisiva del 2 de mayo de 1978: cuando se le reprochó lo despectivo de la oración citada, encontró la siguiente réplica, soberbia en su mala fe y su humor involuntario: “¿y entonces?, es *peyorativo, acaso, ‘mofletudo’?*”). Pero hay axiológicos menos groseros, de los que hablaremos más abajo, como también de los casos en los que es dable dudar sobre el valor que se debe atribuir a tal o cual unidad significativa⁹⁶— tanto más cuanto que para hacerlo sólo podemos fiarnos de nuestra intuición semántica, apoyada eventualmente en ciertas consideraciones formales (funcionamiento de “pero” y de “hasta”). En ausencia de todo método que permita la localización automática de los axiológicos,⁹⁷ ésta es aún más incierta porque vienen fácilmente a perturbar la economía de los valores positivos y negativos ciertos hechos característicos de las lenguas naturales.

— Tenemos, por ejemplo, los dos fenómenos que Genette, 1976, pone en evidencia bajo los nombres de “contra-valorización compensatoria” (que consiste en valorizar a continuación el término de la oposición que se ha desvalorizado primeramente) y de “valorización por contraste” (lo que quiere decir que para un mismo sujeto el valor axiológico de un término variará según la relación opositiva dentro de la cual se lo considera: *x* puede muy bien estar marcado positivamente en relación con *y* y negativamente en relación con *z*).

— Nos encontramos también con el hecho de que, por sus propiedades semánticas, los axiológicos están predestinados a que se los utilice irónicamente —basándose la ironía en el hecho de expresar, bajo las apariencias de valorización, un juicio de desvalorización— y que los índices de la inversión semántica que la caracteriza no siempre se dejan localizar fácilmente:⁹⁸ no siempre es fácil desentrañar si el uso de una palabra como “negro” connota efectivamente

95. “Boche” es un término muy despectivo para designar, en francés, a los alemanes.

96. Cf. *Apostrophes* del 28 de octubre de 1978: Pivot enumera las cualidades (“hábil”, “inteligente”, “cortés”) y los defectos (“falta de autoridad”, “mal informado”, “ciclotímico”) que François Giroud atribuye a Giscard d’Estaing en *La Comédie du pouvoir* [“La comedia del poder”], contra lo que protesta Giroud: “Pero ‘ciclotímico’ no es un defecto, ni una cualidad, por otra parte; es neutro.”

97. Osgood (1964), no obstante, propone uno, que encontramos más tarde por más de una razón.

98. Con respecto a este asunto, véanse nuestros artículos sobre la ironía (1976 y 1980).

racismo o si, funcionando "en segundo grado", pretende ridiculizar a los que la emplean en el primero.⁹⁹

—Quedan, por último, los muchas veces curiosos efectos de la acción del contexto verbal: expresión del exceso,¹⁰⁰ efectos paradójales de la atenuación,¹⁰¹ fenómenos de contaminación cotextual (así, por ejemplo, el texto sobre "la dulce Francia" está hasta tal punto saturado de axiológicos que ese baño connotativo impregna y matiza halagadoramente todas las unidades del texto, hasta las más objetivamente geográficas en apariencia, viniendo a concentrarse esas connotaciones axiológico-euforizantes en el dulce nombre de Francia). Por lo demás, es verdad que no se puede esperar dar cuenta del funcionamiento de los axiológicos sin tomar en consideración los efectos, a veces indirectos, del cotexto más o menos amplio y de la dinámica argumentativa en la que están inmersos.

(e) Esta alusión al papel argumentativo de los axiológicos desemboca en el problema más general de la relación que existe entre su valor semántico y su función pragmática; relación que se manifiesta en el hecho de que la frecuencia de los axiológicos en general y de las dos categorías, positiva y negativa en particular, variará según la perspectiva ilocutoria global del discurso que los toma a su cargo:

— Los axiológicos serán naturalmente más numerosos en los enunciados de intención evaluativa que en los que tienen pretensiones descriptivas.

— Los discursos de función apologetica, como el discurso publicitario cuyo fin pragmático es el de hacer más atractivo al producto, para venderlo mejor, explotarán masivamente la existencia en la lengua de términos encomiásticos.

— Simétricamente, los discursos polémicos,¹⁰² por el hecho de que se proponen descalificar un "objetivo", se caracterizan por movilizar con ese propósito numerosos axiológicos negativos apropiados, o "desacreditantes". Tal será,

99. Obsérvese que los términos que designan a ciertos movimientos pictóricos o a pequeños grupos de izquierda —impresionismo, cubismo, rebeldes, anarquistas— proporcionan ejemplos de un mecanismo análogo: la recuperación revalorizadora, por parte de los mismos que se constituyeron originariamente en su blanco, de términos empleados al principio para desacreditar injuriosamente al adversario.

100. Ya que si la honestidad es siempre una cualidad y la deshonestidad siempre un defecto, ¿cómo puede decirse que alguien es "demasiado honesto" o "demasiado deshonesto"? (no siendo de ninguna naturaleza en ambos casos la paradoja y su resolución).

101. Comparemos, por ejemplo: "Es una posición fuerte" (→ buena) frente a "es un poco fuerte" (lo que sugiere una posición demasiado → mala).

102. Sobre este punto cf. el Nº 9 (1980) de nuestra revista *Linguistique et sémiologie*.

por ejemplo, en el discurso de los adversarios de la lingüística, el término "jerga"; en el de los generativistas, el atributo de "taxonomista"; en el de los políticos, "demagógico"¹⁰³ o "irresponsable" (que puede servir tanto a los partidos de centro para descalificar a los radicales como a una agrupación estudiantil para desacreditar al rector de la universidad) —y a este respecto podemos preguntarnos sobre las relaciones que se dan entre los conceptos de "axiológico" y de "injuria".

Veamos a continuación dos ejemplos de "interacciones":

"Me insultó de una manera terrible y nos trató a todos de salvajes, lo que enfureció a Monsieur Waloumba, [un africano] quien le hizo notar que era una injuria. El doctor Katz se disculpó diciendo que no era un término despectivo" (E. Ajar, *Le vie devant soi* ["La vida ante sí misma"], Mercure de France, 1975, p. 247).

"Cuando Jean-François Revel [director de *L'Express*] le hacía notar al secretario general del Partido Comunista Francés que sus palabras [¿Cuánto le paga a ministro Barre por hacer esas preguntas?] no eran otra cosa que difamación, obtuvo esta respuesta del señor Marchais: '¡Oh, Revel! Hace tiempo que sabemos que usted es un canalla'. Sacando la conclusión natural de semejante exceso de lenguaje, el director de *L'Express* se levantó y abandonó el estudio" (*Le Monde*, 16 de enero de 1979, p. 40).

Estos ejemplos ponen en evidencia dos cosas: que los términos peyorativos están siempre listos a funcionar como injurias y que las injurias tienen que ver con la pragmática del lenguaje: su propósito es poner al receptor, por un mecanismo de Estímulo → Respuesta, en una situación tal que está obligado a reaccionar frente a la agresión verbal (a "sacar la conclusión natural") por la furia o por la huida.

Diremos, pues, que el rasgo axiológico es una propiedad *semántica* de ciertas unidades léxicas que les permite, en ciertas circunstancias, funcionar *pragmáticamente* como injurias, siendo la marca ilocutoria de la injuria el resultado complejo de un conjunto de hechos de carácter

- léxico (los axiológicos negativos constituyen un depósito virtual del que se extraen los términos injuriosos);
- sintáctico (en la injuria propiamente dicha, el término peyorativo se emplea en función vocativa¹⁰⁴ y a menudo en el contexto ⟨pedazo de (x)⟩, ex-

103. Según *Le Monde* de los días 10-11 de diciembre de 1978, la Unión Soviética "protesta vigorosamente contra las campañas demagógicas en torno de los derechos del hombre que se llevan a cabo en Occidente": democracia de este lado, demagogia del otro. . .

104. Es sólo por extensión que puede admitirse la existencia de "injurias designativas" ("este salame me ha dicho. . .") (sobre este punto y otros que se refieren al problema de la injuria, véase Delphine Perret, 1968).

La injuria se opone de este modo a la maldición (analizada por Benveniste, 1974, cap. VIII) como una fórmula de tratamiento frente a una exclamación de uso personal (en

presión a la cual el receptor responde a veces, devolviéndole así a su interlocutor la pelota injuriosa, con "¡x vos!" o "¡más x serás vos!");

● entonacional: siempre es posible, según observa Delphine Perret, interpretar como hipocorístico un término habitualmente injurioso cuando la entonación pide esa interpretación antifrástica; y, a la inversa, la entonación puede transformar en injurioso un término habitualmente neutro (es decir que los tres factores que mencionamos aquí como marcas de la injuria no están necesariamente presentes los tres al mismo tiempo, pudiendo la fuerza de uno venir a compensar la ausencia de otro).

La injuria constituye, pues, un empleo discursivo particular de los axiológicos negativos. Pero observemos que se puede pasar insensiblemente del enunciado constatativo al enunciado injurioso:

(1) "lo que usted está diciendo es contrario a la verdad": constatación;
 (2) "al decir eso está mintiendo": desde que conlleva la idea de una disimulación deliberada, el enunciado se axiológica y la aserción gira hacia la acusación;

(3) "usted es un mentiroso": aquí no se trata ya de una caracterización puntual sino de una calificación injuriosa que pretende enunciar una propiedad intrínseca del denotado; correlativamente, la fuerza ilocutoria del enunciado se acentúa;

(4) "¡pedazo de mentiroso!": injuria propiamente dicha.

Es, pues, muy difícil decir dónde, hablando propiamente, comienza lo ilocutorio: sabemos que Ducrot llama así a aquello que en un enunciado "modifica la situación jurídica de los interlocutores". Pero si se toma el adjetivo en su sentido propio, el número de los enunciados ilocutoriamente marcados se reduce al caso de las injurias proferidas contra determinadas figuras socialmente santificadas (magistrados, agentes de policía), a los que no se tiene el derecho de "ofender" ni de "ultrajar"; y, en rigor, al caso de lo que Ducrot llama (1973a, p. 125) la "afrenta" (comportamiento discursivo que consiste en poner a la víctima en la alternativa "jurídica" siguiente: vengarse o quedar deshonrado, y que se opone a la "ofensa", la cual no constituye un acto ilocutorio porque sólo modifica el "estado psíquico" del receptor) —reducción que se puede considerar demasiado severa y arbitraria.¹⁰⁵ Si, por el contrario, empleamos de

el caso de la blasfemia propiamente dicha no hay alocutorio, sino un destinatario indirecto: Dios). Ej.: decir "mizerda" a un agente de policía es expresar la propia exasperación, pero no es insultarlo ("ultrajar"); por lo tanto, no es ilegal, si hemos de creer en el veredicto de un proceso incoado por un agente de policía contra un profesor de Lille que le había lanzado esa palabra "gruesa" durante una manifestación: el profesor fue juzgado inocente. Pero pudiera ser que otro tribunal hubiese sentenciado de otra manera: en realidad el término es polisémico y la maldición se hace injuria si se dirige manifiestamente a un tercero (en cambio, "andate a la mierda" siempre está dirigido y es, por consiguiente, injurioso).

105. El ritual de la afrenta no se encuentra ya en estado puro en las sociedades contemporáneas. Señalemos, sin embargo, como curiosidad los insultos proferidos por Cassius Clay: a ejemplo de las injurias homéricas, son una especie de guante arrojado al adversario.

manera figurada el término “jurídico”, entonces pertenecen a lo ilocutorio no solamente la afrenta sino también la injuria en general, e incluso todos los empleos de axiológicos, ya que siempre son susceptibles de influencias perlocutorias sobre el comportamiento del receptor (comportamiento de compra inducido por los mensajes publicitarios, respuesta a los sondeos de opinión inducida por la formulación de la pregunta,¹⁰⁶ etc.)

Con relación a la injuria, señalemos aún lo siguiente:

— En algunas sociedades y en ciertas circunstancias, el empleo de la injuria obedece a reglas tan estrictas que parecen provenir directamente de un manual de uso correcto: así ocurre entre los jóvenes negros norteamericanos cuya habla analiza Labov (1978), los que emplean un repertorio muy limitado de injurias, casi rituales, que provienen de un escaso número de temas productivos;¹⁰⁷ o en el universo carcelario chino, en el cual la práctica de la Prueba consiste en derramar colectivamente sobre la víctima, con el propósito de obtener su Confesión, un chorro de injurias codificadas con una increíble precisión, como lo atestigua el siguiente diálogo relatado por Pasqualini: “Así, en lugar de estar reconocido al partido comunista por haber mejorado la situación, usted está intentando sabotear su sistema. ¿Se da cuenta de hasta qué punto se ha portado como un canalla?” Loo lo interrumpió, con la voz vibrante de cólera. Tenía que recordar a Chou las reglas del juego. ‘¿No lo trate de canalla!’, dijo firmemente; ‘sabe bien que ese tipo de insulto está prohibido durante las sesiones de estudio. No podemos emplear ese lenguaje respecto de nuestros compañeros de célula’. Chou bajó un tono en el vocabulario peyorativo oficial. ‘De acuerdo. Huevo podrido, entonces’. ‘No’, replicó Loo sacudiendo la cabeza, ‘ni siquiera eso. Si quiere, puede tratarlo de mal elemento, o de reaccionario, o de propietario asqueroso. De propietario que no merece ni siquiera su nombre. Podemos tratarlo de rico propietario insignificante’ ”.¹⁰⁸

— En este ejemplo el grado de la calificación peyorativa tiene un papel determinante, en tanto que no importa el contenido denotativo: se asiste, pues, a una especie de *vaciamiento semántico de la expresión en provecho de la connotación axiológica sola*,¹⁰⁹ y “revisiónista”, “fascista”, “agente del imperialis-

106. La mayoría de los sujetos interrogados, sin siquiera percibir la contradicción, responden con entusiasmo “sí” a las dos preguntas siguientes, lo que entraña la connotación positiva de los dos sustantivos:

(1) “¿Está en favor de la *libertad* de trabajo?”

(2) “¿Está en favor de la *solidaridad* de todos los obreros en caso de huelga?”

107. David: “Tu madre es tan vieja que tiene telarañas abajo de los brazos”. –Boot: “Tu madre es tan vieja que puede estirar su cabeza y sacar el culo hacia afuera”.

108. *Prisonnier de Mao* [“Prisionero de Mao”], Gallimard (“folio”), 1976, I, p. 81. (El subrayado es nuestro).

109. El mismo fenómeno puede observarse también (aunque más raramente) con respecto a los axiológicos positivos: la palabra “naturaleza” (y sus derivados), por ejemplo, funcio-

mo”, “reaccionario”, “sucio burgués hediondo”, “elemento obstinado”, “bosta de perro”, “serpiente venenosa”, “representante típico de la burguesía”, etc., funcionan como sinónimos que solamente se oponen sobre el eje de la intensidad (en el caso de la “banda de los cuatro”, la adecuación denotativa de los archi-términos peyorativos “capitalista” y “revisionista” usados para descalificarlos era tan dudosa como evidente su eficacia connotativa); se puede hacer la misma observación respecto de la palabra “judío”, sinónima de “que no está bien” para algunos árabes,¹¹⁰ etc.

– Para que la injuria pueda funcionar adecuadamente (es decir, que el efecto perlocutorio que se obtiene concuerde con el valor ilocutorio que se propone el enunciado), hace falta también que A la perciba como tal, que participe, por consiguiente, del sistema axiológico de L. Supongamos, por ejemplo, que L trata a A de “anarquista” y que A le responde con soberbia (como Mastroiani en *Rêve de singe* [“Sueño de simio”] de Marco Ferreri) “¡Perfectamente!”: L queda pagando y el combate polémico termina por falta de combatientes.¹¹¹

– Recordemos, por último, la siguiente observación de Bally (1969, p. 199):

“Supongamos a un hombre de mundo cuyo lenguaje es habitualmente correcto y pulido, a quien se le pregunta su opinión sobre un financiero deshonesto; si responde ‘Es un atorrante’, se tendrá la impresión de un cuerpo extraño alojado en un sistema expresivo enteramente diferente: intuimos que el sujeto habría empleado normalmente otra palabra (canalla, miserable, etc.); si ha elegido una más vulgar, es para marcar mejor su desprecio”:

cuanto más “bajo” es un término, más tiende a degradar al objeto que denota; es decir que la connotación estilística puede, en algunos casos, reforzar los efectos pragmáticos de la connotación axiológica.

2.1.2. Conclusiones

Los axiológicos, elogiosos o injuriosos, tienen pues el papel de detonadores

na en el discurso publicitario como una “ganzúa” valorizadora (“Sedal da a tu pelo un brillo natural”).

110. Como ese Alí que evoca Robert Linhart en *L’Etabli* [“El tablero”], Minuit, 1978, pp. 149-150: “A cualquier cosa que le diga o le pregunte (que se trate de una comida, de algo para fumar, de cualquier cosa) responde vivamente:

– No, eso no lo hago nunca, es ‘judío’.

Yo. –¿Cómo, es ‘judío’?

El. –Eso quiere decir que no está bien, que no hay que hacerlo [...]. Escribir ‘judío’ es escribir el árabe al revés. Se escribe parecido, pero en el otro sentido.

Yo. –Díme. Alí, sé lo que digo; yo mismo soy judío.

Y él, imperturbable, asintiendo indulgentemente con la cabeza:

‘Pero no podés ser judío. Vos estás bien. Judío quiere decir cuando no está bien.’”

111. Ejemplo análogo escuchado hace unos años: L₁ le dice a L₂ (vendedor de *L’Humanité rouge*) que no le gusta ese diario y que lo encuentra “stalinista”; respuesta de L₂ –propia-mente *apaciguadora*–: “¡eso tiene interés!”.

ilocutorios con efectos inmediatos y a veces violentos. Se los maneja, por ello, con infinitas precauciones.¹¹² Y es por ello también que el lenguaje culto prefiere atenuarlos con una lítote o un eufemismo (sirviendo la lítote para los dos tipos de axiológicos, mientras que el eufemismo atenúa únicamente los peyorativos), cuyo elogio razonado pronuncia Pierre Larousse en los siguientes términos:

“Así pues, hemos dado a cada artículo una extensión proporcional al verdadero valor del personaje, pero manteniéndonos, respecto de los contemporáneos, en los límites de una apreciación cortés, que no llega nunca a una obscurencia calculada y a través de la cual, no obstante, asoma siempre fácilmente nuestra opinión. La verdad no gana nada porque se la formule brutalmente y hay susceptibilidades que sería injusto y a veces cruel herir invocando como pretexto la imparcialidad. ‘Debemos consideraciones a los vivos, ha dicho tan justamente Voltaire; a los muertos sólo les debemos la verdad’. Sobre este principio hemos regulado nuestros juicios” (Prefacio al *Grand Dictionnaire universel du XIX^e siècle* [“Gran diccionario universal del siglo XIX”]).

Encontramos axiológicos en todas las partes de la oración: dentro de poco tendremos, pues, la ocasión de encontrar otros ejemplos. Pero podemos desde ahora recapitular algunas de sus propiedades:

A diferencia de otros tipos de unidades subjetivas (deícticos, verbos modales) los axiológicos son *implícitamente* enunciativos:

“Cuando insulto a alguien, le aplico un término que debe calificarlo o designarlo, a él, pero permitirme a mí que me mantenga al margen, puesto que su fin es convencerlo más posible a mi interlocutor de que es su propio carácter el que es estigmatizado por el insulto y no por su posición con respecto a mí (sin lo cual la vivacidad del insulto se vería debilitada, presentándose como relativo) [. . .]. En el insulto, pues, y a pesar de su carácter explícito, hay un elemento disfrazado que se podría intentar formular como ‘soy yo quien lo digo’”.

Esta observación de Flahault (1978, pp. 41-42) es válida para todos los usos de axiológicos, ya que por tener que ver con la modalidad —de la que volveré-

112. Sobre todo cuando predicán con respecto al alocutario.

Imaginemos, por ejemplo, una situación en la que L está obligado (para verificar, por teléfono, que no se equivoca de interlocutor) a describirle A a A: podrá decir sin dificultad: “es rubia”; con más vacilación y mayores precauciones: “es (más bien) baja” —ya que el adjetivo se carga fácilmente con una connotación desfavorable; con mayor dificultad: “es bonita”; y jamás (si quiere mantenerse en terreno neutral): “es fea”: los axiológicos se manejan con pinzas.

En cuanto a los que predicán con respecto al locutor, una “ley del discurso” exige que el enunciador no “se tire flores” con demasiada ostentación.

De manera general, observemos que los axiológicos muy a menudo están acompañados de modalizadores que sirven para atenuar la brutalidad del juicio evaluativo: “Todo eso es muy bello, muy cuidado, un poco estetizante tal vez.”

mos a hablar— de la *subjetividad objetivizada*, permiten al enunciador tomar posición sin confesarse abiertamente como la fuente del juicio evaluativo.

Juicio que, sin embargo, no lo compromete más que a él y cuyo carácter eminentemente subjetivo no puede negar: hacer uso de los axiológicos es, en cierta medida, “hablar de sí mismo” (Béranger, en *Tueurs à gages* [“Matadores a sueldo”]* de Ionesco: “¡Qué hermoso es, qué césped magnífico, este cantero florecido! . . . ¡Qué olor suave! Sabe, señor arquitecto . . . *discúlpeme por hablarle de mí* . . . se le puede decir todo a un arquitecto . . .”). Y hasta se podría pensar que los axiológicos merecerían —en un modelo que pretendiese cuantificar el porcentaje de subjetividad obrante en un enunciado dado— que se les adhiriera un *índice variable* (ya que la carga axiológica varía de una unidad a otra y de una figuración a otra) pero *por lo general alto*: se trata de operadores de subjetividad particularmente perceptivos y eficaces, que permiten al hablante ubicarse claramente en relación con los contenidos afirmados¹¹³ y que por ello mismo conviene evitar escrupulosamente en ciertos tipos de discurso.

Pero fuera del caso de los discursos con pretensiones de objetividad, la mayoría de los enunciados que se producen en una lengua natural se caracterizan por la presencia más o menos masiva de los axiológicos, y los comportamientos lingüísticos, por la preocupación constante de erigir una barrera terminológica entre el bien y el mal (“Hay un momento en el cual el liberalismo se convierte en libertarismo”/“Pero hay una línea más allá de la cual la chiquillada se convierte en infantilismo” (Baroncelli)/“Hay una palabra que me gusta: promesa. La palabra vil es compromiso” (F. Nourissier)), por esa manía evaluativa que hace notar Genette al referirse al caso especial de los discursos “mimologistas”: esa “necesidad de valorización (rechazo de la neutralidad) que constantemente hace tomar partido, *preferir* esto o aquello, una lengua a otra, las vocales a las consonantes, las consonantes a las vocales, el ‘ordo rectus’ o el ‘rectus ordo’, el masculino o el femenino (1976, p. 425); necesidad en la codificación que repercute en la decodificación bajo la forma de ese reflejo interpretativo del que tenemos constante experiencia: ¿qué piensa el que habla del objeto del que habla?, está “a favor” o “en contra”? Es más fácil irritarse por esa necesidad re-

* Traducido en español como *El asesino sin gajes* (Buenos Aires, Losada, 1961).

113. Sean los dos textos siguientes:

— “Para defender esa *mala* causa, los partidarios de la eutanasia se apoyan en dos *sofismas* [. . .]: *felizmente*, la casi totalidad de los médicos rechaza la eutanasia” (Daniel Hervouet, N.A.F., N° 241, 3 de febrero de 1977, p. 3, *L'euthanasie en question* [“La eutanasia en discusión”]).

— “Grenoble. El monumento a los muertos del arco de Francia ha sido *profanado* por sujetos favorables a Baader. En efecto, las inscripciones han *mancillado* esos muros, así como los de diversos edificios de la ciudad. Se han fijado afiches que, *esta vez, provienen de personas que denuncian las actividades* de los terroristas alemanes” (*Le Progrès*, 23 de octubre de 1977, p. 4).

Problema: tratar de identificar, a partir de las expresiones subrayadas, la actitud (favorable o desfavorable) del sujeto de la enunciación frente al objeto de su discurso.

fleja que deshacerse de ella:¹¹⁴ sucede muy a menudo que el arsenal de argumentos desplegados en un determinado discurso tiene por objeto, más que hacer la luz sobre una "verdad" cualquiera, cubrir y legitimar *a posteriori* prejuicios que no se pueden desarraigar.

Estas investiduras axiológicas nos parecen hasta tal punto características del funcionamiento del discurso en una lengua natural, que hemos formulado en otro lugar¹¹⁵ la hipótesis de que su finalidad principal consistiría en hacer admitir que el objeto del discurso *a* está bien o mal (B/M); y que se procede a ello aproximando *a* a otro objeto *b*, que consideramos axiológicamente marcado, y cuya marca trasladamos indirectamente de *b* a *a*. Lo que da el esquema argumentativo siguiente (que tiene numerosas variantes):

a es *b* (simbolizando con "ser" una archi-relación que abarca la analogía, la inclusión, la atribución de una propiedad, etc.);

ahora bien,

b es B/M/,

luego

a es B/M —pudiendo tipologizarse los diferentes discursos sobre un mismo objeto (el aborto, la mujer, el socialismo, la "incorrección" lingüística, etc.) según que admitan o rechacen la validez de la relación de conjunción y los postulados axiológicos (lo que permite engendrar, según la índole particular de la relación, cuatro o seis actitudes discursivas teóricamente concebibles, pero no todas atestiguadas necesariamente).

Debemos mencionar que este "rebote axiológico" está, en principio, orientado, y lo está de la manera siguiente: argumentando "bien", parece más justo deducir, a partir de ciertas constataciones empíricas, consecuencias evaluativas que se refieren a entidades más abstractas; es decir que es más "natural" ir de lo más fácilmente (objetivamente) evaluable hacia lo más difícilmente (subjetivamente) observable que efectuar el proceso inverso. Pero ocurre con frecuencia que las constataciones empíricas están subordinadas a dogmas, a postulados teóricos indemostrables. Así, por ejemplo, si se admite (lo que no va de suyo) la validez de la proposición "el régimen soviético es un régimen socialista", es

114. Después de haber exhortado a sus lectores, a lo largo de todo un artículo, a "suprimir del vocabulario los adjetivos que juzgan", Cavanna (*Charlie-Hebdo*, N° 375, 19 de enero de 1978) la emprende contra los profetas del Progreso, del Sacrificio, de la Grandeza del Destino del Hombre, y se sorprende "juzgándolos": "¡Poetas mi culo!, ¡bostas palabra!" —comentando autocríticamente: "términos peyorativos: ¡metan violín en bolsa!"

Se sabe que también Barthes ha manifestado a menudo su negativa a dejarse agarrar en el lazo de las alternativas axiológicas —lo que exige infinitas precauciones metalingüísticas; cf. 1978 b, p. 39: "El semiólogo, en suma, sería un artista (esta palabra no es ni gloriosa ni desdeñosa: se refiere solamente a una tipología)." (Observemos al pasar que esta exigencia de "neutralidad" hace eco a Ernest Renan, cuando pone en guardia: "Esta no es una cátedra de polémica ni una cátedra de apologética; es una cátedra de filosofía." Muchas declaraciones de Barthes nos lo confirman: en realidad, el semiólogo sería el verdadero "nuevo filósofo").

115. Cf. 1978, pp. 80-82 (hipótesis que desarrollamos en un trabajo que está en curso).

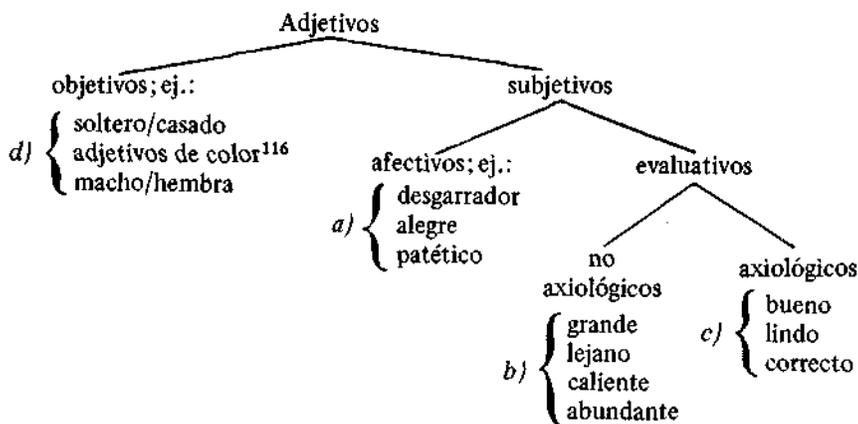
más legítimo evaluar lo segundo a partir de lo primero que a la inversa, no obstante lo cual algunos discursos toman, más o menos explícitamente, el camino argumentativo opuesto, paradójico y empecinado: el soviétismo está bien puesto que es socialismo y el socialismo, por definición, está bien —y si el “balance” no es totalmente “positivo”, es simplemente porque la U.R.S.S. todavía está en el estadio superior del estadio inferior del socialismo, o en el estadio inferior de su estadio superior . . .

2.2. LOS ADJETIVOS SUBJETIVOS

“Quien dijese que las cosas reales son grandes o pequeñas estaría en un error. En una proposición así no hay ni verdad ni falsedad. Tampoco la hay en la afirmación de que los objetos están próximos o alejados. Esta indeterminación hace que las mismas cosas puedan llamarse muy próximas o muy alejadas, muy grandes o muy pequeñas; que las más próximas puedan llamarse alejadas y las alejadas, próximas; que las más grandes puedan llamarse pequeñas y las pequeñas, grandes” (Galileo, citado por Cohen, 1972, p. 440).

En otros términos: “todo es relativo” en el uso de los adjetivos.

No intentaremos aquí un análisis detallado del sistema semántico de los adjetivos. Nuestro propósito es mostrar, simplemente, que conviene distinguir varias categorías de adjetivos subjetivos:



116. Los adjetivos de color son con seguridad menos “objetivos” que las otras dos series que citamos como ejemplo. Pero como el eje de la subjetividad es continuo, lo binarizamos arbitrariamente —tomando en cuenta, sin embargo, algunas constataciones como ésta: hasta el discurso científico, que pretende ser el más cercano al polo de la objetividad, se permite el uso de los términos que designan a los colores. Se permite también, por lo demás, el uso de ciertos evaluativos no axiológicos, del tipo de “pequeño”. No obstante, la diferencia es perceptible entre el funcionamiento de “rojo”, cuya adecuación denominati-

Aquí sólo nos interesan las categorías (a), (b) y (c), que son relevantes en el marco de una problemática de la enunciación y que pertenecen a lo que Hjelmslev llama "el nivel interpretativo del lenguaje".

2.2.1. Los adjetivos afectivos (a)¹¹⁷

– Definición: Los adjetivos afectivos enuncian, al mismo tiempo que una propiedad del objeto al que determinan, una reacción emocional del sujeto hablante frente a ese objeto. En la medida en que implican un compromiso afectivo del enunciador, en que manifiestan su presencia en el interior del enunciado, son enunciativos.

– En esa medida, están severamente proscritos de ciertos tipos de discurso que pretenden objetividad. Así, en un manual de estilística normativa para uso de los futuros oficiales de la policía judicial (Lambert, 1970) se lee lo siguiente:

"El estilo procesal excluye todo rasgo de sentimiento o de emoción. Expresiones como 'la pobre víctima', 'un espectáculo lamentable', 'el cruel asesino', 'el pequeño cadáver', 'una escena horripilante', deben, pues, desterrarse absolutamente por no tener nada en común con este estilo, el cual se caracteriza, por el contrario, por el carácter estrictamente intelectual de las constataciones y de las investigaciones y por una frialdad constante del tono."

Al estilo afectivo se opone el estilo "impasible" o "intelectual", el único "acorde". El discurso procesal debe esforzarse por eliminar del enunciado toda huella de la enunciación: representa el polo objetivo del lenguaje.

– Otro ejemplo de discurso objetivo: el enunciado lexicográfico. La definición de diccionario, tal como se la concibe actualmente, destierra los adjetivos afectivos. Esta regla estilística, como lo muestran S. Delesalle y L. Valensi en su estudio sobre el tratamiento lexicográfico de la palabra "negro", no es observada en los diccionarios franceses del antiguo régimen. En ellos encontramos, al lado de términos peyorativos (categoría (c)) como "ignorante", "cobarde", "haraganes", "viciosos", etc., expresiones como "los desdichados esclavos" que expresan una reacción de indignación y de piedad por parte del lexicógrafo, reacción que, por otra parte, el cotexto se encarga rápidamente de neutralizar. Y la incongruencia, para un lector moderno, de la presencia de tales adjetivos

va puede, en último término, verificarse científicamente dado que la "rojidad" ha recibido una definición "objetiva" en términos físicos, y el funcionamiento de "pequeño", ya que no existe ninguna norma explícita que establezca la dimensión más acá de la cual un objeto en particular puede clasificarse así.

117. F. Bahault denuncia con razón (1978, p. 38) las "alternativas usadas" tales como "cognitivo-expresivo", "racional-afectivo", etc.; pero mientras esperamos que se nos propongan otras nuevas, y sea cual fuere el carácter fluido y subjetivo de ese concepto, igualmente puede prestarnos algunos servicios descriptivos.

en un enunciado lexicográfico, revela *a contrario* las exigencias del discurso objetivo.

— El valor afectivo puede ser inherente al adjetivo o, por el contrario, derivar de un significante prosódico, tipográfico (los ; !) o sintáctico particular; así, por ejemplo, el anteponer el adjetivo lo carga muy a menudo de afectividad. Ejs.:

“el pobre hombre”, “la vieja casa”;

“la pobre casa de una mujer pobre”: el segundo adjetivo denota un status social y económico que neutraliza, gracias a los efectos poéticos de la repetición con quiasmo y variación semántica, el primer adjetivo, con su connotación de piedad por parte del hablante.

— Existen algunas afinidades entre las categorías (a) y (c), entre los valores afectivo y axiológico, entre los mecanismos psicológicos de participación emocional y de (des)valorización.

Es verdad que no se puede suponer:

“es bello” → “estoy emocionado, perturbado . . .”: la enunciación del adjetivo puede suponer una simple constatación, afectivamente neutra (cf. el encadenamiento posible: “es bello pero me deja frío”); a diferencia del rasgo axiológico, el valor afectivo no deberá integrarse al contenido intrínseco del adjetivo “bello”. Y, a la inversa, “eso me perturba” no implica “está bien, es bello”, ni la expresión “los desdichados esclavos” aplica a los seres así definidos juicios de valor.

Las dos clases (a) y (c), pues, no coinciden. Pero se intersectan, ya que algunos términos (“admirable”, “despreciable”, “excitante”, “irritante”,¹¹⁸ etc.) deberán admitirse simultáneamente en las dos (son los axiológico-afectivos), en tanto que otros, fundamentalmente afectivos o axiológicos, se cargarán fácilmente en el contexto con una connotación axiológica o afectiva.

2.2.2. Los evaluativos no axiológicos (b)

Para poner en evidencia la especificidad de esta clase de adjetivos se pueden invocar algunos criterios como, por ejemplo, su carácter gradual (“el camino es demasiado largo, bastante largo”, “es muy largo”, “es más largo que el otro” frente a “x es más soltero que y”¹¹⁹), su posibilidad de usarse en estructuras ex-

118. Cuando en el comentario de la película de Louis Malle sobre la India aparece la oración siguiente, referida a la secta de Euroville: “Son irritantes, con su seguridad imperturbable”, produce el efecto brutal de una *modulación enunciativa*: paso de la objetividad (del documental) a la subjetividad (afectiva y axiológica).

119. Excepto si se hace desviar metafóricamente el semantismo del adjetivo en el sentido “que está apegado a su soltería”. Sobre la posibilidad de graduar conceptos que fundamentalmente no son graduables, véase Lyons, 1970, pp. 225-226.

Notemos además que algunos adjetivos que hemos considerado objetivos —los adjetivos de color, por ejemplo— son igualmente pasibles de gradación.

clamativas, etc.¹²⁰. Pero preferimos circunscribirla con más precisión de la manera siguiente:

— Definición: Esta clase comprende a todos los adjetivos que, sin enunciar un juicio de valor ni un compromiso afectivo del locutor (al menos con respecto a su estricta definición léxica: en el contexto pueden naturalmente colorearse afectiva o axiológicamente), implican una evaluación cualitativa o cuantitativa del objeto denotado por el sustantivo al que determinan¹²¹ y cuyo uso se basa, por ello, en una doble norma:

(1) interna del objeto al que se atribuye la cualidad;

(2) específica del hablante —y es en razón de ello que pueden considerarse como “*subjetivos*”.¹²²

En otros términos: *el uso de un adjetivo evaluativo es relativo a la idea que el hablante se hace de la norma de evaluación para una categoría dada de objetos*. Vale decir que una frase como “esta casa es grande” debe parafrasearse como “esta casa es más grande que la norma de tamaño para una casa según la idea que tengo de ella (fundada a su vez sobre mi experiencia personal de distintas casas)”. Del mismo modo, el empleo de “un poco” en “tomé un poco de vino” (por oposición a la cuantificación objetiva de “tomé un jarro de vino”) es relativo:

(1) al objeto que cuantifica “un poco”;

(2) a la idea que se hace el sujeto de la enunciación de la norma cuantitativa: “La designación de una cantidad mediante el empleo de ‘un poco’ implica siempre, dada la imprecisión de esta expresión, una toma de posición en gran parte subjetiva: lo que uno llama ‘un poco de vino’ otro lo llamará ‘mucho vino’. De nadie puedo decir, pues, que ha bebido un poco de vino sin que ese juicio corra por cuenta mía”: no se podría explicitar mejor que lo que lo hace aquí Ducrot (1972a, p. 197) el valor “*subjetivo*” de estos evaluativos, que en cuanto a ello son más informativos¹²³ que sus equivalentes “*objetivos*”,

120. También podemos pensar (pero estos criterios funcionan más o menos bien según los casos) en la compatibilidad con “en qué/ en nada” (cf. Judith Milner, 1977) y en la posibilidad de aplicar a la oración la transformación impersonal (cf. Grize, 1977, p. 119).

121. No podemos dejar de reconocer que esta definición es un tanto circular: los evaluativos son términos que implican una evaluación. . . Pero lo mismo que Ducrot “no podemos [. . .] dar una definición positiva de esta noción” (1975, p. 71). Y, como él, pensamos que la “*evaluación*” no implica siempre un “*juicio de valor*” (en nuestra terminología: los axiológicos constituyen una subclase de los evaluativos).

122. Como lo atestiguaría, por ejemplo, una frase como ésta: “esas modas son tan jóvenes —o tan viejas, como se quiera— como el cine sonoro”.

123. Más exactamente:

- “cuesta cien francos”, “mide 1m. 80”, “tiene 35 años”, y
- “es caro”, “es alto”, “es viejo”,

no proporcionan el mismo *tipo* de información (aquí queremos sólo subrayar el hecho de que la informatividad de una secuencia no es necesariamente proporcional a su precisión objetiva).

como lo hace notar Tony Duvert al comentar en los siguientes términos el comportamiento del joven Diego:

“Diego tenía entonces la manía de preguntarme, respecto de todo lo que se utilizaba o consumía (un abrelatas, un encendedor, queso, pañuelos de papel, cerveza, una estilográfica, un tenedor, aspirinas, un plano de la ciudad, chocolate, una parrilla, crema de afeitar):

— ¿Cuánto cuesta?

[. . .] Por lo general, la cifra no le bastaba y en seguida hacía otra pregunta:

— ¿Es caro?

Como si el precio no indicara lo caro o barato de un objeto —o, más bien, como si Diego quisiera *conocer a la vez el precio de lo que hay en las casas de la gente que cree rica, y la opinión que de ese precio tienen los ricos.*

Como también yo podría, si oyese a un señor contar que ha perdido cien millones en una operación bursátil, preguntarle a mi vez:

— ¿Es mucho?, sabiendo perfectamente bien lo que tal suma representaría para mí si la poseyese. Lo insólito era que Diego tuviese esa actitud frente a los productos más comunes, y se empeñase en saber si era ‘caro’ o no que un diario costara un franco.¹²⁴”

— Conviene insistir sobre el hecho de que la norma de evaluación que presupone el empleo de estos términos es *doblemente* relativa. En efecto, los lingüistas tienen tendencia a señalar sólo uno de esos dos aspectos:

● Bally insiste sobre todo sobre la idea de que la norma es relativa al sujeto de la enunciación (sobre la norma de tipo (2); pues): “Todo adjetivo en el grado positivo está cuantificado con relación a una unidad de medida que cada sujeto lleva en sí mismo [. . .]. Una montaña es alta o baja según la idea que uno se hace de la altura de una montaña” (1969, p. 196).

● Lyons, por el contrario, enfatiza exclusivamente la relatividad de la norma respecto del objeto (norma de tipo (1)). Citando a Sapir: “Oposiciones como las que existen entre ‘pequeño’ y ‘grande’, ‘poco’ y ‘mucho’, etc. nos dan la impresión errónea de ser valores absolutos en el campo de la cantidad, a semejanza de distinciones cualitativas como ‘colorado’ y ‘verde’ en el dominio de la percepción del color. Es una impresión errónea. . .” Lyons comenta en sustancia: Efectivamente, cuando se pronuncia la oración: “Nuestra casa es grande”, se tiene la impresión de que al formular este juicio se afirma una cualidad absoluta, que se le atribuye a la casa un tamaño de la misma manera que se le predica un color. Pero esta impresión es ilusoria. Reposa sobre una triquiñuela lingüística: la elipsis. En realidad, “nuestra casa es grande” contiene una com-

124. *Journal d'un innocent* [“Diario de un inocente”], Minuit, 1976, pp. 164-165 (el subrayado es nuestro).

paración implícita: "nuestra casa es más grande que lo normal". Esto es lo que explica que, mientras

"este elefante" { macho
gris } es un animal { hembra"
verde" } son oraciones

contradictorias, por el contrario

"este pequeño elefante es un animal grande" no lo es, lo que justifica la paráfrasis

"este elefante, cuyo tamaño es inferior al de un elefante normal, tiene sin embargo, un tamaño superior al del término medio de los animales (1970, pp. 355-356).

— La noción de "objeto-soporte" con relación al cual se determina la norma de evaluación debe precisarse más, distinguiendo entre el caso en que el adjetivo se construye de manera absoluta y el caso en que ~~rige un complemento preposicional del tipo "para SN"~~¹²⁵.

(1) Cuando la clase en cuyo interior se determina la norma está explicitada contextualmente, el problema es relativamente simple. Sencillamente hace falta señalar, siguiendo a Chomsky, Ducrot y Zuber, que una oración como:

"Santiago es bajo para un francés"

transmite, además de la información

"Santiago es más bajo que el término medio de los franceses", el sobreentendido:

"Los franceses son más bien altos" (es decir que tienen, término medio, una talla superior a la del conjunto de los seres humanos)¹²⁶.

(2) Cuando el adjetivo no comporta una determinación de ese tipo, las cosas se complican un poco. Comparemos, en efecto,

{ el camino es ancho (para un camino)
ese perro es grande (para un perro)

y

{ un elefante es grande (para un animal)
los elefantes son grandes (para ser animales)
un Cadillac es grande (para un auto).

125. SN = sintagma nominal. Aquí consideramos únicamente el caso en que el adjetivo es atributo, pues el epíteto plantea menos problemas ("un gran perro", "los grandes perros" = con relación al término medio de los perros. Excepción: los casos, bastante raros, en los que el epíteto no tiene función determinativa, como en las expresiones semi-lexicalizadas del tipo "un pequeño burgués", "un alto porcentaje").

126. Ducrot (quien, además, muestra que en "Santiago es bajo hasta para un francés" el sobreentendido se invierte) explica su génesis por la "ley de la informatividad" (1972a, pp. 140-141), pero la explicación es satisfactoria sólo a medias (puesto que no es evidente que "Santiago es bajo" signifique necesariamente "para un francés"; y que aun si ello fuese así, no se ve por qué es precisamente el sobreentendido "los franceses son altos" el que viene a justificar informativamente el sintagma preposicional).

La regla parece ser la siguiente:

- Si el SN determinado por el adjetivo evaluativo no es genérico, es decir, si remite a uno o más objetos particulares (definidos o no), entonces la norma de evaluación es el promedio del conjunto de la clase de los denotados a los que remite el sustantivo.

- Si el SN es genérico, es decir, si representa a la clase en su totalidad, la norma que interviene es una norma desplazada, relativa a la clase de denotados correspondientes al hiperónimo del sustantivo.

Pero si se observa el funcionamiento real de los evaluativos, es forzoso admitir que la regla así formulada tiene un carácter muy aproximativo. En efecto:

- Puede ocurrir que una oración como “ese elefante es grande” no signifique que es especialmente grande para un elefante sino que es un animal grande (e incluso que es un objeto grande, con referencia a mí). Esta ambigüedad proviene de la complejidad profunda —a pesar de las apariencias superficiales— de la estructura del sintagma nominal (en esta acepción habría que postular, en la estructura profunda, algo así como: “ese animal, que es un elefante, y en la medida en que es un elefante,¹²⁷ es grande— para un animal, pues”; lo mismo vale para “este adolescente come mucho”, en que la voracidad se evalúa; según los casos, con relación al término medio de los adolescentes o con relación al de los seres humanos).¹²⁸

- Respecto del segundo caso, ya se sabe que un término no posee un sólo hiperónimo sino muchos, jerarquizados, y el que interviene en la evaluación puede estar en diferentes niveles. Ej.:

{ una vaca es grande (para un animal)
 { una rata es grande (para un roedor, especialmente con relación al ratón).

Para tratar este problema en forma más satisfactoria haría falta, sin duda, hacer intervenir otras consideraciones enunciativas del tipo siguiente: el objeto que define la norma de evaluación es, en general, más familiar para el enunciadador que el objeto por evaluar. Es decir, habría que tener en cuenta la competencia cultural del hablante y también el universo del discurso al que se refiere la secuencia evaluativa (si la interpretación más verosímil de “Juan es bajo”¹²⁹

127. Es decir que el sustantivo tiene en este caso una función “explicativa” (y no determinativa) con respecto a su actualizador.

128. Otro ejemplo de la complejidad de los mecanismos evaluativos:

L₁ (un niño). —“Mirá cómo es de flaco ese perro.

L₂ (un adulto). —Pero no, no es flaco, es un lebrel; son todos así.”

L₁ no conoce la raza de los lebrel; para él, ese animal es un perro, sin más, y es como tal que lo evalúa. Pero la competencia canina de L₂ le permite reemplazar implícitamente la palabra “perro” por el hipónimo “lebrel” (efectivamente, es con relación a una especie en particular como normalmente se evalúa la flacura) y rectificar: “este (lebrel) no es flaco (para un lebrel)”.

129. Es curioso que los nombres propios (que plantean el problema de saber en qué medida se puede hablar, respecto a ellos, de hiperónimos) se comporten desde este punto

es "para cualquiera de su sexo, su edad y su raza"; en algún universo del discurso en particular la norma comparativa, sin estar claramente explicitada, puede ser más específica: sus hermanos y hermanas, los miembros de su familia, sus discípulos, etc.).

— Observaciones sobre algunos adjetivos evaluativos:

(1) Los adjetivos de temperatura forman parte de la clase de los evaluativos. El uso de "caliente" en "el agua está caliente" está en función

- del objeto preciso al que se atribuye la propiedad ("caliente" no implica el mismo grado de temperatura cuando se trata del agua de un baño o de una tisanas),

- de la sensibilidad térmica particular del hablante.

Cuando estos términos se emplean en meteorología, implican además un tercer elemento. Ej.: "el tiempo está frío",

- con relación a mi sensibilidad;

- con relación al "tiempo" (es decir, a la temperatura medio de la atmósfera exterior) normal;

- pero, además, intervienen consideraciones espaciales y temporales (y, en este sentido, los adjetivos de temperatura son en este uso, parcialmente deícticos: "el tiempo está frío" = "la temperatura de la atmósfera exterior es inferior a la que se esperaría normalmente en este lugar y en esta época". (observemos que la expresión "el tiempo está frío/caluroso para esta época" supone un sobrentendido análogo al de "Juan es bajo para un francés", a saber: "en esta época hace generalmente calor/frío", sobrentendido que no está presente en la expresión elíptica "el tiempo está frío/caluroso").

(2) Además de las dos normas que hemos introducido en la definición de los términos evaluativos, porque caracterizan su funcionamiento común, también pueden intervenir otras normas que varían según el adjetivo empleado. Por ejemplo, la norma de los medios financieros de que dispone yo para el adjetivo "caro", lo que refuerza aún más su status enunciativo:

"efectivamente, 'caro' es siempre relativo. Incluso cuando se trata de señalar el precio hay que sobrentender, en el ejemplo dado, 'caro para un auto', 'caro para mi presupuesto', [...], etc. Por otra parte, es por esta razón que la expresión 'Es cara', aun cuando sirva para indicar una zona en la escala de los precios, puede señalar zonas bien diferentes, según quién sea la persona que la utiliza y cuál el objeto de que se habla" (O. Ducrot, 1975, p. 80).

de vista como los sintagmas genéricos: lo que ocurre es que no remiten a una clase de objetos de la que podamos establecer el término medio).

(3) El adjetivo "largo":¹³⁰

Bierwisch describe así, comparándolo con el de otros adjetivos dimensionales,¹³¹ el contenido sémico de este adjetivo:

(i) "largo"/"ancho" → [el adjetivo predica con respecto a la dimensión más grande del objeto]¹³²;

(ii) "largo"/"corto" → [esta dimensión es superior a la norma].

Pero estas dos características sémicas son, en realidad, insuficientes y es necesario agregarles

(iii) "largo"/"alto" → [el adjetivo predica respecto de un objeto considerado horizontalmente]; en efecto: un cigarrillo largo, una nariz larga, pestañas largas/una casa, un frente altos. Asimismo, a un árbol no se le puede decir "largo", pero un tronco de árbol acostado puede serlo.

Este rasgo (iii) parece servir para dar cuenta de la mayoría de los usos del adjetivo, pero hay excepciones. Ejs.: "tiene la cara larga, pelo largo, una pollera larga". Para dar cuenta de este valor quizás haría falta postular más bien:

(iii) "largo"/"alto" → [visión horizontal o vertical descendente] / [visión vertical ascendente] (una pollera larga es una pollera que cae cerca del suelo; tacos altos son tacos sobre los cuales nos encaramamos a mayor altura).

Lo que es seguro es que el análisis de estos adjetivos dimensionales no puede llevarse a cabo satisfactoriamente si no es acordando lugar preponderante a las consideraciones combinatorias.

(4) El funcionamiento del adjetivo "importante", que Jean-Paul Boons (1971) analiza en nueve sememas distintos (que, en realidad, corresponden más a efectos de sentido sucitados por la índole particular del referente que a unidades semánticas discretas), según que refleje una cuantificación directa o indirecta, métrica u ordinal, es interesante, pues este adjetivo es, a la vez, enfáticamente representativo del conjunto de los evaluativos (p. 206: "decir de un objeto que 'es importante', que 'tiene importancia', es lo mismo que suponer una o más escalas de tamaño implícitas" (que son generalmente "dejadas a un lado"), "en las cuales el valor acordado al objeto considerado 'importante' es superior al que se le reconoce a otro u otros objetos sobrentendidos o al valor medio.

130. Como muchos otros términos espaciales, este adjetivo tiene también un valor temporal que hace ambigua la oración "esta ruta es más larga que la otra". Ya que hay atajos que alargan (el tiempo en que se la recorre) y rodeos que acortan.

131. Tanto para el que habla como para el que describe, estos adjetivos plantean numerosos problemas que no podemos plantearnos aquí (sobre ellos, véanse entre otros Bierwisch (1967 y 1970) y Fillmore (1971, p. 384).

132. Puede ocurrir que este eje objetivo entre en conflicto con un principio deéctico; y que el ancho de un objeto se defina con relación a la posición del sujeto enunciante (dimensión que se extiende de su izquierda a su derecha), como sin duda lo sugiere (ya que es bien poco explícito y rayano en la perogrullada) el análisis de Greimas en términos de "lateralidad" y como lo prueba en todo caso la posibilidad de oraciones tales como "tiene la cara más ancha que larga".

real o imaginario”)¹³³ y dueño de un status de excepción, en la medida en que está a caballo de las categorías de evaluación cuantitativa y cualitativa (para Boons, “importante” denotaría la cantidad y connotaría la cualidad) y en la medida en que funciona como una especie de archilexema neutralizador del conjunto de los ejes de oposición que dividen el campo de los evaluativos; de ahí su utilidad y su ambigüedad: el archi-evaluativo positivo “importante” recibe por partes iguales todas las ventajas y todos los inconvenientes que caracterizan el funcionamiento de los archilexemas.

2.2.3. Los evaluativos axiológicos (c)

– Definición:

Igual que los adjetivos precedentes, su empleo implica una doble norma:

- referida a la clase del objeto al que se atribuye la propiedad: las modalidades de lo bello varían con la naturaleza del objeto en relación con el cual se predica esta propiedad, y esta variabilidad de la norma de referencia explica la gramaticalidad de oraciones como “esa excelente parodia resulta ser una película muy mala”, así como la agramaticalidad de comparaciones del tipo “esta historia es más bella que Susana” (solo se pueden comparar axiológicamente dos objetos pertenecientes “a la misma categoría”¹³⁴);

- referida al sujeto de la enunciación y relativa a sus sistemas de evaluación (estética, ética, etc.). El funcionamiento de los axiológicos es, pues, desde este punto de vista, análogo al de los otros evaluativos (“este árbol es bello” = “más bello que el término medio de los árboles —o que otros tipos de árboles que tomo implícitamente por modelo—, según la concepción que tengo de lo que es bello para un árbol”; “son bellos, los árboles” = “más bellos que otras categorías de objetos”), si bien bastante más fluido: si toda calificación axiológica presupone una cuantificación implícita, la escala de referencia, en general, se deja a un lado (es decir que las predicaciones del tipo de “bello”, más aún que las del tipo de “pequeño”, procuran pasar por absolutas y se formulan combates) y no encontramos que se le aplique la regla de la hiperonimia.

Pero, además, y también a diferencia de los adjetivos precedentes, los evaluativos axiológicos aplican al objeto denotado por el sustantivo que determinan

133. Lo que define la norma de evaluación puede ser, en efecto, el término medio de los objetos de la clase, pero puede serlo también un elemento privilegiado de esa clase —el locutor, por ejemplo: “Los jóvenes, para mí, decía un anciano lleno de sabiduría, son los que tienen diez años menos que yo y los viejos, los que tienen diez años más. Me he movido todo a lo largo de mi vida con este método de evaluación y siempre he estado bien ubicado” (citado por P. Viansson-Ponté en *Le Monde* de los días 18-19 de marzo de 1979, p. 9).

134. La observación es de Zuber (1972, p. 48). Pero todavía haría falta definir lo que hay que entender por “la misma categoría”.

un juicio de valor, positivo o negativo. Son, por consiguiente, doblemente subjetivos:

(1) en la medida en que su uso varía (y de manera mucho más perceptible que en el caso de los dimensionales, por ejemplo) según la naturaleza particular del sujeto de la enunciación, cuya competencia ideológica reflejan;

(2) en la medida en que manifiestan una toma de posición en favor o en contra, por parte de L, con relación al objeto denotado.

Es por ello que un modelo que pretenda cuantificar la subjetividad lingüística debería asignarles un índice alto, claramente más alto, en todo caso, que a los evaluativos no axiológicos, que sólo son subjetivos respecto de (1) —e incluso en un grado menor—, ya que es más fácil llegar a un consenso sobre la norma de tamaño, de precio, de temperatura, etc., válida para un objeto dado, que sobre la norma que permite calificar como “bello” o aun como “útil”. Es por ello también que los axiológicos se eliminarán cuidadosamente de los enunciados con pretensiones científicas, que permiten, en cambio, evaluativos como “grande” o “frío”: es que la subjetividad de estos últimos es mucho menos perceptible —si bien, no por ser discreta deja de existir, como lo nota muy bien Todorov (1968, p. 114): *“El que dice ‘este libro es bello’ expresa un juicio de valor y al hacerlo se introduce entre el enunciado y su referente; pero el que dice ‘ese árbol es grande’ enuncia un juicio del mismo género, aunque menos evidente, y nos informa, por ejemplo, sobre la flora de su país.”*

— En los sustantivos axiológicos fuimos llevados a distinguir los que están marcados en forma relativamente estable por un rasgo de (des)valorización agregado al semema de la unidad frente a los que —en tal o cual idiolecto o en tal o cual contexto particulares— sólo ocasionalmente pueden cargarse con una connotación axiológica.

La misma distinción es válida, naturalmente, para los adjetivos: “bueno” es intrínsecamente axiológico, e incluso cuando no podemos llegar a un acuerdo sobre la aplicación a un denotado en particular (es en tanto esto ocurre, precisamente, que el adjetivo es subjetivo) de una oración como “esta opción es buena para el país”,¹³⁵ no por ello podemos negar su valor *semántico* de evaluativo positivo; valor que se manifiesta claramente, fuera del caso de los evaluativos puros y exclusivos como “bueno”, en los términos que poseen un contenido denotativo más específico y que además se oponen, sobre el eje axiológico, a otros términos aproximadamente sinónimos (“delgado” frente a “esbelto”, “infantil” frente a “pueril”, “ambicioso” frente a “codicioso” o “pretencio-

135. “Finalmente, el 27 de enero, en Verdun-sur-le-Doubs, el señor Valéry Giscard d’Estaing, en un discurso de gran calidad y notable importancia, ha esclarecido a los franceses sobre la ‘buena opción’ que reclamaba el interés nacional. Un pueblo famoso por su inteligencia ¿tendrá en cuenta estos hechos, estas propuestas, estos reclamos? Hasta la fecha, todo pasa como si nada hubiese cambiado desde hace seis meses. ¿Cómo explicar esta paradoja?” (Jean Lecanuet, *Le Monde*, 7 de marzo de 1978). ¿Y cómo explicar una confusión tan estúpida entre aseveraciones subjetivas y verdades objetivas?

so",¹³⁶ etc.). Pero hasta los adjetivos no marcados en la lengua pueden axiologizarse en ciertas condiciones de uso y, en cambio, los adjetivos marcados pueden ver invertirse su connotación usual (ej.: "una película magníficamente in-moral").

— Es, pues, el contexto el que se encargará de especificar el valor axiológico del término, y en especial la presencia de un verbo introductorio como "tratar de" (del que se hablará más adelante) y la coordinación con "pero".

Este coordinador desempeña efectivamente diversos papeles.¹³⁷ El más importante de ellos consiste en expresar una '*denial of expectation*' ["negación de expectativa"] (Bendix, 1966; Lakoff, 1971), es decir, "la contradicción de una expectativa": la paráfrasis de la secuencia "P pero Q" sería, según Zuber (1972, p. 85), "dado P, es sorprendente que Q". Así, la gramaticalidad de una frase como "esta casa es vieja, pero pequeña" reposa sobre la existencia de una proposición implícita inscrita en nuestra competencia cultural: "Las casas viejas son grandes por lo general, es decir, más grandes que las casas modernas". Este valor general de "pero" hasta permite, en rigor, dar cuenta de una oración como "Es grande, pero inteligente", en la cual "*pero* [. . .] es correcta únicamente si a una gran talla se la considera generalmente como señal de estupidez más bien que de inteligencia" dado que -observa Flahault (1978, p. 132), "hay expresiones como 'gran imbécil', 'grandísimo bruto', que se oponen a la expresión 'pequeño demonio', y fácilmente encontramos la confirmación de esta oposición en el universo semiológico de los cuentos, las tiras o las películas cómicas". Pero este mismo valor no sirve para explicar un encadenamiento como "Juan es grande, pero rubio", ya que esta vez nadie estaría dispuesto a admitir la validez de la presuposición "los hombres grandes son generalmente morochos".

La extravagancia de una oración como esta última no se puede explicar si no se toman en cuenta ciertas investiduras axiológicas y se atribuye a "pero" el rol de un operador de inversión: cuando dos términos predicen respecto de un mismo objeto y están coordinados con "pero", si uno de ellos está marcado \pm sobre el eje axiológico, el otro recibe automáticamente la marca inversa (en otros términos: este empleo de "pero" presupone que los términos así coordinados están marcados por un rasgo axiológico opuesto).

Son tres los casos que hay que considerar:

(1) Los dos términos son intrínsecamente valorizadores o desvalorizadores.

136. "Koralnik y Tchérina ya habían asociado sus nombres a una obra barroca, *ambiciosa* -algunos dirán *pretenciosa*-, a una 'Salomé' adaptada de Oscar Wilde" (Martin Even, *Le Monde*, 14-15 de setiembre de 1975, p. 8) (los adjetivos, de los cuales el segundo es mencionado explícitamente como subjetivo, califican a la obra y también, de contragolpe metonímico, a sus autores).

137. Refutación de una presuposición, uso metalingüístico, etc.: sobre los diferentes valores de "pero" (*mais* en francés), véase Ducrot, 1972a (pp. 128-130) y S. Bruxelles, 1976.

Ej.: "Juana es bella pero estúpida".

+ -

En este caso, por estar el coordinador más o menos impuesto por el código lingüístico, no aporta ninguna información especial.

(2) Uno solo de los términos está marcado axiológicamente de manera estable: "Juan es alto, pero buen mozo"

↑

Este es el caso más interesante, ya que el coordinador suministra por sí mismo, indirectamente, determinada información sobre los sistemas de apreciación propios del hablante (los cuales pueden ser más o menos conformistas u originales: la declaración precedente es más imprevisible que su opuesto axiológico "Juan es bajo, pero buen mozo").

Ejemplos:

● "Los sonidos encantadores pero filiformes de la pequeña flauta de mi padre" (Marcel Pagnol). + —————> -

● "Filmando por primera vez fuera de Italia, Antonioni acabó por filmar una película muy brillante, pero en la ola de la liberación de las costumbres. . ." (comentario sobre *Blow-up*, en *Le Monde* del 8 de junio de 1978, p. 32): el "pero" sugiere que, para L, la liberación de las costumbres es algo más bien malo.

● "La Comedia Francesa consiguió triunfos con superproducciones del Châtelet muy inteligentes, realizadas por directores extranjeros pero mediocres" (*La Quinzaine Littéraire*, N° 254, 1° de julio de 1977, p. 27): así pues, Guilles Sandier, autor de estas líneas, los directores extranjeros son mejores, en general, que los franceses.

● "Lo que llamamos el "post-gaullismo" es también una oportunidad para la burguesía de desembarazarse de una cierta imagen heroica, nacionalista, pero también antipétainista, antifascista, imagen que todavía reflejaba si no, por cierto, Pompidou, al menos de Gaulle y el gaullismo" (*Cahiers du cinéma*, julio-agosto de 1974, p. 5): "heroico" es en general positivo y "nacionalista" se inclina hacia el polo negativo. Pero la connotación netamente valorizadora de los dos términos que constituyen el segundo miembro de la secuencia coordinada prueban retroactivamente que los de la primera están usados peyorativamente.

● "La decoración representa un lugar campestre y, sin embargo, agradable" (Molière, a propósito del *Enfermo imaginario*), fórmula que prueba que "sin embargo" funciona desde este punto de vista exactamente como "pero" y que Michel Cournot comenta en estos términos: "Curiosa expresión, que revela el poco entusiasmo que manifestaba Molière por la naturaleza a la que hace en su teatro una sola alusión —entre favorable y desfavorable—, en *Tartufo*: 'Actualmente el campo no está muy florido'" (*Le Monde*, 1° de junio de 1978, p. 15).

(3) Ninguno de los términos es intrínsecamente valorizador ni desvalorizador: en ausencia de toda información de índole entonacional, hay ambigüedad

desde el punto de vista de la connotación axiológica (la única información que se puede obtener del “pero” es que ambos términos están marcados como opuestos). Ej.:

“Juan es alto pero rubio”:

al enunciador, pues, le gustan los morochos altos o los rubios bajos.

Señalemos, por último, que “hasta” [*même*]¹³⁸ tiene un rol exactamente inverso al de “pero”: coordina dos secuencias “que van en el mismo sentido” (Ducrot, 1972 a, p. 196) —en particular, que tienen el mismo valor axiológico—, la segunda de las cuales “va más lejos en ese sentido” que la primera: por ello permite eventualmente dar información sobre el valor que L les atribuye (ej.: la siguiente oración, pronunciada por intrusos que acaban de descubrir el lugar que se suponía estaría solo: “Es lindo esto; hasta hay gente”¹³⁹ → es lindo que haya gente) y sobre su progresión axiológica (ej.: Louis Winitzer, *Le monde*, 13-14 de noviembre de 1977, p. 9: “La policía se ha incautado este año de 4.000 películas de 15 minutos cada una que mostraban a niños de ambos sexos entregándose a actos heterosexuales, homosexuales y hasta sodomitas”; Tony Duvert, *Quand mourut Jonathan* [“Cuando Jonathan murió”], Minuit, 1978, p. 95: “Sergio sabía desenvolverse; y sus maneras abiertas y sólidas, su risa, su atención a las personas, su impertinencia, su vitalidad, seducían hasta a los estúpidos, los contrariados, incluso a una parte de las mujeres”).

2.2.4. Observaciones finales sobre la categoría general de los evaluativos (clases (b) y (c)):

— A los fenómenos que acabamos de considerar (y en particular el funcionamiento de “pero” y “hasta”) los trata Ducrot en términos de “orientación argumentativa”: más adelante hablaremos de este concepto y de su tipo de enfoque.

— Todos los adjetivos evaluativos son subjetivos en la medida en que reflejan algunas particularidades de la competencia cultural e ideológica del sujeto hablante, pero lo son en grado variable: en primer lugar porque los axiológicos están, en conjunto, más marcados subjetivamente que los otros; luego, porque encontramos diferencias de funcionamiento en el interior mismo de las dos clases (b) y (c), por estar más o menos estabilizada en el seno de una comunidad dada la norma de evaluación en la que se basa el empleo de tal o cual término

138. U otras herramientas como:

— “no sólo... sino también” (“no sólo es estúpido, sino también derechista”);

— “directamente”, en “¡qué concepción vulgar, y directamente politiquera, de la política de los comunistas!” (Roland Ieroy, en *France nouvelle*, julio de 1973).

139. Observemos que la coordinación “es lindo esto; pero hay gente” indicaría la evaluación inversa del contenido de la segunda secuencia.

en tal o cual contexto.¹⁴⁰ Es posible, por ejemplo, admitir que la oración “este auto consume mucho” es más débilmente subjetiva que “Pedro trabaja mucho”, ya que la dosis de nafta que un auto consume “normalmente” está mejor definida por el consenso social que la dosis media de trabajo que un individuo debe rendir normalmente. Lo mismo ocurre con los axiológicos: siempre es posible discutir la afirmación “esta manzana es buena”, pero, en cambio, Searle hace notar que en ciertos tipos de discurso pautado (el del ministerio británico de Agricultura y Pesca) el enunciado evaluativo (2) “esta manzana es de calidad superior” puede derivarse lógicamente a partir de (1) “esta manzana posee las características objetivas A, B y C”¹⁴¹ y que se estará más fácilmente de acuerdo sobre la adecuación referencial de una expresión como “hace buen tiempo” (que generalmente implica que hay sol) que sobre la de una oración como “es un buen cuadro”, “es una buena película”.¹⁴² No importa que sólo sea en broma que Musil pueda escribir al principio de *L'Homme sans qualités* [“El hombre sin cualidades”] (“Folio”, 1973, I, p. 15):

“Aparecía una depresión encima del Atlántico; se desplazaba de oeste a este en dirección de un anticiclón ubicado encima de Rusia y no manifestaba todavía ninguna tendencia a evitarlo virando al norte. Las isotermas y las isóteras cumplían su obligación. La relación de la temperatura del aire y de la temperatura anual media, la del mes más frío y el mes más caliente, y sus variaciones mensuales aperiódicas, era normal [. . .]. La presión de vapor en el aire había alcanzado su máximo y la humedad relativa era baja. Dicho de otro modo, y sin temor de recurrir a una fórmula pasada de moda pero perfectamente sensata: era un hermoso día de agosto de 1973”:

pasar de la enumeración de las propiedades objetivas de un objeto a su evaluación axiológica significa siempre efectuar, tomando apoyo en sus competencias cultural e ideológica, un cierto “salto interpretativo” (más o menos audaz, más o menos discutible).

140. Así, están usados “objetivamente”;

– en el *Larousse Médical* [“Larousse médico”] (1952, p. 107, artículo “baño”), los adjetivos que dividen la escala de las temperaturas que van de 0° a 45°: helado - muy frío - frío - deshelado (sic) - fresco - ligeramente tibio - neutro - caliente - muy caliente - quemante;

– los adjetivos “suficiente” e “insuficiente” en el contexto < calificación - > y el sociolecto del ámbito universitario (“calificación suficiente” frente a “insuficiente” = que obtuvo una nota inferior/superior a 4).

141. Searle utiliza argumentativamente este ejemplo (1972, pp. 186-187) para oponer los contenidos proposicionales (*grosso modo* equivalentes) de (1) y (2) a su fuerza ilocutoria (muy diferente).

142. Nos ocurre a menudo que nos irritamos por la seguridad con que algunos críticos cinematográficos se atreven a insertar juicios de valor perentorios en sus análisis (pertinentes, por lo demás), como si fuesen una conclusión natural: tal película es abyecta porque explota sin avergonzarse los efectos realistas y/o los efectos de ficción; tal otra lo es porque lo exterior responde siempre, tautológicamente, a lo interior. . . Sea. Pero, en realidad, ¿qué tiene de malo?

— Los evaluativos reflejan la subjetividad de un enunciador, ¿pero cuál? En general es L_0 —enunciador en última instancia— quien toma a su cargo la totalidad de la secuencia enunciada. Pero daremos dos ejemplos que muestran que puede ser de otra forma y que el juicio evaluativo puede provenir, sin que necesite estar claramente explicitado, de una fuente que no es L_0 :

- “Desde entonces, no se lo ve discutir con los hombres importantes de su época (quiero decir: los hombres que son importantes a nuestros ojos)” (Hubert Juin hablando de Huysmans en *La Quinzaine littéraire*, No 221, 16-30 de noviembre de 1975, p. 6): la fuente del juicio de importancia es pues, sin duda, L_0 (que aquí se basa sobre un consenso contemporáneo). Pero el paréntesis sólo es informativo porque podría provenir también de L_1 : los contemporáneos de Huysmans.

- “Me gustan las películas malas”: en esta confesión de Jean-François Josselin (“Ces merveilleux navets” [“Esos nabos maravillosos”], en *Le Nouvel Observateur*, No 620, 27 de setiembre de 1976, p. 71) no hay nada que obligue a pensar en una contradicción interna, puesto que —ya lo hemos dicho— “me gusta” no implica necesariamente “es bueno” ni “es malo” implica “no me gusta”. A lo sumo, este enunciado es levemente paradójico, por el hecho de implicar una disociación del sujeto enunciante en un sujeto evaluador (a partir de ciertos criterios más o menos objetivizados) y un sujeto gustador (pero es precisamente sobre una disociación así que reposa, por ejemplo, la noción de “kitch”). Así pues, “malas” puede muy bien provenir de L_0 . Pero el texto prosigue así: “. . . o, más exactamente, me gustan las películas que se consideran malas pero que yo insisto en juzgar bellas, puesto que me gustan”. Es así como queda corregido, por *feed-back* [“retroalimentación”], el enunciado precedente: “me gustan las películas ‘malas’”, lo que significa que una secuencia referida se había deslizado sin previo aviso en la aserción:

— Los evaluativos en estructura comparada.¹⁴³

Sean las estructuras “x es tan/más/menos A como/que y”, en las que A representa un adjetivo evaluativo (ej.: “Mi casa es más grande que la tuya”).

Los transformacionalistas tienen por costumbre producir la comparación por derivación a partir de las oraciones básicas:

Mi casa es grande }
 Tu casa es grande }

Ahora bien, en tanto esta descripción es admisible en el caso de los adjetivos no evaluativos (“el vestido de María está más roto que el de Juana” y “Pedro está más enfermo que Juan” implican, en efecto, que los dos vestidos están rotos y los dos individuos, enfermos), plantea, en cambio, un problema cuando A es evaluativo y comporta, por ello, una idea de superioridad/inferioridad con relación a una norma de referencia. En la descripción transformacionalista, “Mi casa es más grande que la tuya” significaría “Mi casa es todavía más supe-

143. Sobre este problema, ver también Lyons, 1970, p. 353; Ducrot, 1972a, p. 213; Zuber, 1972, p. 60, y J. - Cl. Milner, 1973, p. 38.

rior a la norma que la tuya”, es decir, presupondría que las dos casas son grandes. Si esta descripción es correcta, no se ve bien cómo resolver la pseudo-paradoja de que habla Platón, quien se asombra de que se pueda decir: “Mi casa es más grande que la tuya pero más pequeña que la de Pedro”, atribuyendo así al mismo objeto, simultáneamente, dos cualidades contradictorias.

Puede, pues, pensarse que en las estructuras comparativas queda suspendida la idea de norma y hay una simple evaluación comparativa del grado en que A está representado en los dos objetos x e y . En este caso, “mi casa es más grande que la tuya” es sinónima de “tu casa es más pequeña que la mía”.

Precisándolo mejor, las posibilidades teóricas son tres:

$$(a) \begin{cases} x \text{ es } A \\ y \text{ es } A \end{cases}$$

La estructura comparativa presupone que los dos términos de la comparación poseen la propiedad.

$$(b) \begin{cases} x \text{ es } A \\ y \text{ no es (necesariamente) } A \end{cases}$$

La comparación neutraliza parcialmente la idea de norma.

$$(c) \begin{cases} x \text{ no es (necesariamente) } A \\ y \text{ no es (necesariamente) } A \end{cases}$$

(La cuarta posibilidad

$$\begin{cases} x \text{ no es } A \\ y \text{ es } A \end{cases}$$

no puede tomarse en consideración, pues es contradictoria: no es posible afirmar simultáneamente que x es más grande que y y presuponer que y es grande pero que x no lo es).

De estas tres posibilidades teóricas, ¿cuál es la que se realiza en la lengua?

Observemos, en primer lugar, que la inserción de “todavía” reúne a todas las oraciones en el caso (a): “ x es todavía más grande/pequeña que y ” presupone que x e y son, los dos, grandes o pequeños.¹⁴⁴

144. Los efectos semánticos de “todavía” son en realidad más complejos. Así, podemos oponer “esta solución es todavía mejor que la otra” (por lo tanto es muy buena) a “esta solución todavía no es la mejor” (por lo tanto no es lo suficientemente buena).

Pero, aparte de este caso particular, parece necesario tomar en cuenta el carácter “marcado” o “no marcado” de A (un cierto número de observaciones convergentes prueban que los adjetivos positivos funcionan como los elementos no marcados del sistema opositivo).¹⁴⁵

(1) A es un evaluativo negativo (así pues, marcado): “x es más pequeño que y”: esta estructura puede considerarse como perteneciente tanto a la categoría (a) como a la (b).

● Por lo menos es seguro que presupone que “x es A”: si el receptor del mensaje piensa, en efecto, que x es grande, responderá espontáneamente a la oración “este auto es más pequeño que el otro” con “¡pero no es para nada pequeño!” —utilizando ese “pero” que sirve a menudo, según dice Ducrot, para rechazar una presuposición. Por otra parte, “Pedro no es pequeño, pero es más pequeño que yo”, produce el extraño efecto de una oración contradictoria.

● En una estructura como ésta, ¿y está presentado como poseyendo la propiedad denotada por A?

Ejemplo (tomado del habla real): “Mis palabras serán más confusas —todavía más confusas— que la última vez”: la rectificación modesta parece indicar aquí que si faltase “todavía” (desprovisto, si no fuera por ello, de todo valor informativo) la oración no diría nada de una eventual confusión de las palabras dichas anteriormente. Puede ocurrir, sin embargo, que en algunos casos las estructuras de este tipo se inclinan sensiblemente hacia la interpretación: “y es más bien A”. En todo caso, esto es lo que admite Tony Duvert —si bien podemos preguntarnos nuevamente, ante ese polémico texto,¹⁴⁶ si lo hace de buena fe— cuando comenta la siguiente oración, tomada de la *Encyclopédie de la vie sexuelle* [“Enciclopedia de la vida sexual”] (Hachette, 1973): “Si un chico se aficiona a la masturbación, dice papá, le será más difícil, más tarde, amar a otra persona”, en estos términos: “Admiremos ese ‘más difícil’: se entiende que, para ese papá ‘amar a otra persona’ siempre es difícil” [¿realmente esto es seguro?]; “pero si uno se masturba, será ‘más difícil’ todavía”.

(2) A es un evaluativo positivo (no marcado): “x es más grande que y”: en este caso podemos vacilar entre una interpretación de tipo (b) (la de Ducrot, parece) y una de tipo (c) (la de Zuber).

● Es evidente, en efecto, que la oración no presupone en absoluto que y sea grande: aun cuando piense que Juan es más bien pequeño, si escucho la oración “Pedro es más grande que Juan” no sentirá para nada la necesidad de rectifi-

145. Es decir que en algunas circunstancias (ej.: “*How long is it?*” [“¿cómo es de largo?”], “*Quelle est la longueur/largeur de ce fleuve?*” [“¿Cuál es el largo/ancho de ese río?”], “*How old is he?*” [“¿Cómo es de viejo = qué edad tiene?”], “¿de qué alto?”, etc.) son susceptibles de ver desaparecer su valor polar (suspensión del rasgo [superior a la norma]) para funcionar como archilexemas que neutralizan la oposición entre los términos positivo y negativo; cf. además los ejemplos siguientes:

“Acabo de encontrarme con una enana; era así de alta” (gesto ilustrativo);

“El bife que le sirvieron no era más grueso que una hoja”.

146. *Le bon sexe illustré*, [“El buen sexo ilustrado”], Minuit, 1974, p. 86.

carla con un enérgico “Pero . . .” (a lo sumo puedo sentirme tentado a agregar algo como “eso no cuesta mucho”, “no es muy difícil”).

• ¿Presupone, en cambio, que “x es A”? No, para Zuber, ya que es muy posible decir “La más bella de las francesas no era bella en absoluto” o “La joven más inteligente que haya conocido jamás era, sin embargo, tonta” (en forma parecida Charles Nodier —citado por Genette, 1976, p. 156— puede escribir que “la ortografía más antigua es la mejor, lo que no le impide ser mala”). No obstante, oraciones como éstas están semánticamente marcadas como un tanto paradójicas. Parece, por otra parte, que si se piensa que Pedro es feo, ante el enunciado “Pedro es más lindo que Juan” se tendrá tendencia a replicar “menos feo, querrás decir”,¹⁴⁷ y que “Pedro es tan alto como Juan” constituye más bien una afirmación sobre la altura de Pedro, como lo prueba la frecuencia de encadenamientos del tipo “. . . así que podrá alcanzar la botella que está sobre el armario” (la observación es de Ducrot).

Conclusiones

— Entre el funcionamiento en comparativo de los adjetivos negativos y el de los positivos, verificamos una cierta asimetría: los primeros, al estar marcados, conservan más constantemente su valor polar; los segundos, que no están marcados —es decir, están provistos de una elasticidad semántica mayor—, pueden, en algunos casos, no expresar la idea de una superioridad con respecto a una norma media: ello ocurre cuando se trata simplemente de comparar entre ellos *x* e *y* sin confrontarlos con una norma exterior, en cuyo caso es el término no marcado el que se elige.

Esta asimetría ha sido puesta en evidencia a partir del ejemplo particular de los adjetivos dimensionales, pero también caracteriza al conjunto de los evaluativos. Así,

• Los adjetivos axiológicos como “útil/inútil”, respecto de los cuales afirma Ducrot (1972a, p. 214): “En algunos contextos el adjetivo ‘útil’ —por ejemplo, en la comparación— representa de manera general a la categoría, la escala de la utilidad, mientras que en otros contextos (por ejemplo, cuando está empleado sólo) remite a una zona polar de la categoría, en este caso la zona positiva. En cambio, el adjetivo marcado ‘inútil’, en todo contexto en que inter venga, remite únicamente al polo negativo de la categoría.”

Del mismo modo, “*x* es más inteligente que *y*” no dice nada de la inteligencia de *y* y es más o menos evasiva respecto de la *x*,¹⁴⁸ en tanto que “*x* es más

147. Cf. el rectificativo insertado en la siguiente oración: “Que Francia, entre las naciones industrializadas, sea la que consagra a la cooperación el porcentaje más alto —o menos bajo— de su P.N.B. le da al gobierno su buena conciencia. . .” (*Le Monde* del 1º de noviembre de 1975, editorial).

148. Parece, sin embargo, que el valor polar es más resistente en el caso de los axiológicos (incluso positivos) que en el de los otros evaluativos.

tonto que *y*” atribuye muy claramente a *x*, más disimuladamente a *y*, la propiedad de la tontería;¹⁴⁹

● los verbos evaluativos:

“amar/odiar”: “odio más a *x* que a *y*”: caso (a) (no amo ni a uno ni a otro; la oración es casi sinónima de “odio todavía más a *x* que a *y*”); “amo más a *x* que a *y*”: se puede dudar, como en el caso de los adjetivos, entre las interpretaciones (b) y (c); pero la oración no dice que ame especialmente a *y* (más bien sugeriría lo contrario).¹⁵⁰

— Hemos visto que cualquiera que sea la naturaleza, positiva o negativa, de *A*, puede haber equilibrio entre dos interpretaciones concurrentes de la estructura “*x* es más *A* que *y*”: es que de hecho las dos son, en cierta forma, correctas, en la medida en que “*x* es más grande que *y*” *sugiere*, sin presuponerlo verdaderamente, que *x* es más bien grande; éste es uno de esos valores semánticos fluidos, que el contexto puede neutralizar fácilmente (cf. los ejemplos de Zuber sobre la belleza de las francesas y la inteligencia de las jóvenes y la siguiente oración de Théophile Gautier: “De todos los amantes que no amé, es el que amo más¹⁵¹) y que nunca debe describirse con la ayuda del concepto, demasiado “directo”, de presuposición (Ducrot, 1973b, p. 248), sino más bien como una especie de “sobrentendido preferencial”.

Diremos, pues, que “*x* es más *A* que *y*”.

● si *A* es un término negativo,

enuncia que *x* es *A*

sugiere (débilmente) que *y* es más bien *A*;

● si *A* es un término positivo,

sugiere (menos débilmente) que *x* es más bien *A*

(*y*, a veces, que *y* es más bien no-*A*).

Se debe admitir la existencia de grados en la actualización de los valores semánticos: algunos se imponen con evidencia y constancia; otros, simplemente, orientan la interpretación en tal o cual sentido, sin que el hablante pueda ser acusado de mentiroso ni el receptor de contradictorio si interpretan en formas diferentes el enunciado. Se debe admitir la existencia en los espacios semánti-

149. Todavía otro ejemplo: si un alumno ve que el promedio de sus notas pasa de 3 (sobre 10) a 5, es posible decir, en rigor, que está “mejor”; en cambio, nunca se diría (si no es litóticamente) que es “menos malo” si de 4 sus notas saltaran a 8.

150. Zuber (1972, p. 6) introduce, por su parte, una distinción —que no nos parece evidente— entre “amar más”, que se atribuiría a (b), y “preferir”, que pertenecería a (c).

También aquí podemos constatar los efectos curiosos de la inserción de “todavía”: “Amo todavía más a *x* que a *y*” remite normalmente al caso (a); pero “todavía amo más a *x* que a *y*” (“todavía prefiero a *x* antes que a *y*”) a menudo sugiere que no amo ni a uno ni a otro.

151. *Mademoiselle de Maupin* [“La señorita de Maupin”], Gallimard (“folio”), 1973, p. 187 (el superlativo relativo puede asimilarse al comparativo en la medida en que “es *x* el que amo más” significa “amo más a *x* que a todos los otros”).

cos de zonas pantanosas en las que se chapalea con gracia o con torpeza, astucia o candor, delicia o aflicción, y con las cuales, de cualquier modo, hay que arreglárselas. Un ejemplo: Debo responderle a una persona que me anuncia su visita dejándome elegir entre diversas fechas de las cuales ninguna me conviene realmente. Si le respondo que tal o cual es "la solución que más me conviene", sugiero insinceramente que me conviene; pero si hablo de "la solución que me incomoda menos", entonces estoy confesando claramente que, en cualquiera de esas fechas, la visita me molesta . . . Prefiriendo (pero sin que me gusten ni una ni otra) la inexactitud de un sobreentendido a la falta de delicadeza de una presuposición, acabo por elegir la primera formulación.¹⁵²

En zonas como éstas es donde se mueven los evaluativos, cuyo uso autoriza todo tipo de deslizamientos (de la norma y de la fuente de evaluación) que les permiten escapar por un hilo de los juicios de verdad/falsedad. Cargado de sobreentendidos, pero prudentemente evasivos, los evaluativos molestan, es cierto, al discurso "honesto", pero hacen las delicias del discurso polémico, que colleva siempre una cierta dosis de mala fe. Más arriba ya dimos un ejemplo (T. Duvert). He aquí otro, que muestra cómo se puede explotar polémica y humorísticamente la ambigüedad de los evaluativos en comparativo¹⁵³ —se trata de una carta de Boris Vian, publicada en febrero de 1952 en la revista *Jaz Hot*:

"Volvamos a Francia con el Boletín del Hot Club, que Baudalet me trae justo ahora. ¡Ah!, esto sí que me molesta. Fíjense que ese gran estúpido de Hugues [Panassié] se ocupa de mí en la última página; se pone a citar una de mis ocurrencias llenas de espíritu de otra época para oponerla a una de ahora.

Parece que en abril de 1948 yo dije que 'Mezz [Mezzrow] toca mejor que antes de la guerra' y que 'se puede mejorar en cualquier edad', y que ahora afirmo que toca 'como un cerdo y que es un insulto al oído, etc.'

Es verdad, y no reniego de lo que he dicho. Pero decime, payaso, ¿qué tiene de contradictorio? Se trata de una opinión de inflexible constancia, expresada:

152. Es importante subrayar que las motivaciones de esta elección son tanto lingüísticas (una presuposición pesa más en la balanza semántica que un sobreentendido) como psicológicas.

153. Polémica también (pero nada de humor) en el siguiente "arreglo de cuentas":

L₁ — Finalmente, lo más interesante que tenés es tu historia.

L₂ (simulando creer que "x es más interesante que y" presupone que y no lo es, cuando el enunciado es, desde este punto de vista, indeterminado). — ¿Querés decir que yo no soy interesante?

L₁. — ¡Pero no! Nunca quise decir eso (pero quizá, efectivamente, lo he "insinuado").

L₂. — ¿Y qué dirías si te dijese la misma cosa?

L₁. — Diría que es falso, porque mi historia no tiene nada de interesante (es decir que para L₁, "x es más interesante que y" implica que x es interesante).

- a) en el primer caso, con gentileza;
- b) en el segundo, con franqueza.

Si nos atenemos al texto, tenemos lo siguiente:

- 1) Mezz toca mejor que antes de la guerra;
- 2) Mezz toca como un cerdo.

La lógica más absoluta nos enseña que hay una sola conclusión posible, y es la siguiente:

- 3) Antes de la guerra, Mezz tocaba peor que un cerdo.
¡Vamos, Hugues!, ¿no habla en serio? ¿No ha aprendido nada de lógica en tanto tiempo?"

Dejando a un lado lo chistoso, que consiste en tomar al pie de la letra una comparación petrificada, la argumentación de Boris Vian es inobjetable: "x toca mejor que antes" no implica realmente "x toca bien"¹⁵⁴ —aún si, como dijimos, se sobreentiende *más o menos*; y es sobre la providencial latitud de ese "más o menos" que se basa el chiste de Boris Vian.¹⁵⁵

2. 3. LOS VERBOS SUBJETIVOS

En primer lugar, conviene repetir una indispensable precaución oratoria: el empleo de cualquier unidad léxica —y los verbos no escapan a la regla— puede considerarse, en cierto sentido, como subjetivo, y hasta una aserción como "Pedro está corriendo" puede prestarse a discusión ("no, está caminando"). Admitiendo esto, lo cierto es que algunos verbos (como "gustar") están marcados subjetivamente en forma más clara que otros (como "comprar"): el carácter evaluativo del primero aparece, por ejemplo, en el hecho de "me gustan las amapolas" no implica de ninguna manera que "me gustan las flores", en tanto que si compro amapolas eso vale también para su hiperónimo.

Observemos, a continuación, que los verbos le presentan al análisis problemas más complicados que los sustantivos y los adjetivos, cuyo valor evaluativo eventual queda generalmente a cargo del sujeto hablante. Así lo muestran los ejemplos comparativos siguientes:

- (i) "x desea que P"; (ii) "x pretende que P":

Los dos verbos transmiten un juicio evaluativo, cuyo status es, sin embargo, diferente por partida doble:

154. Por el contrario, la oración "Antes de la guerra, Mezz tocaba peor que un cerdo" implicaría necesariamente que tocaba mal (y, también, que un cerdo toca mal, proposición implícita que hay que restablecer en todos los casos para que el razonamiento de Vian sea perfectamente satisfactorio).

155. A quien no se le escapa, por otra parte, la existencia de este sobreentendido, puesto que para justificar su discutible formulación se refugia detrás del eufemismo ("opinión. . . expresada. . . con gentileza"), lo que significa confesar que, literalmente, hay una cierta dosis de "tocar bien" bajo el "tocar mejor".

(i) presupone, en efecto, "P es bueno para x", mientras que

(ii) significa:

"x dice que P" ("decir": verbo "objetivo") + "P es falso para L₀".

La diferencia reside, a la vez,

- en la *naturaleza* del juicio evaluativo (del orden de lo bueno/malo, o de lo verdadero/falso);

- en la *f fuente* del juicio evaluativo, que puede ser el locutor o el agente (o actor) del proceso.

Una segunda comparación permite introducir un tercer eje de oposición:

(iii) "x chillar":

Aquí la evaluación, cuya fuente es el locutor, no se refiere ya, como en los dos ejemplos anteriores, a un objeto expresado en el contexto inmediato del verbo, sino al proceso mismo.

El estudio de los verbos "subjetivos" implica, pues, una triple distinción:

(1) *¿Quién hace el juicio evaluativo?* Puede ser:

- El locutor: es el caso de los verbos subjetivos propiamente dichos, del tipo "pretender" o "chillar".

- Un actante del proceso, en general el agente, que en algunos casos puede coincidir con el sujeto de la enunciación ("deseo que p"): en esta medida, los verbos del tipo "desear" deben incorporarse a la clase de los verbos subjetivos ("subjetivos ocasionales").

(2) *¿Qué es lo que se evalúa?*

- El proceso mismo (y de rebote el agente): "x chillar".

Los verbos de este tipo son todos intrínsecamente subjetivos

- El objeto del proceso, que puede ser:

una cosa o un individuo: "x odia y";

un hecho, expresado mediante una proposición subordinada: "x desea que P".

(3) *¿Cuál es la naturaleza del juicio evaluativo?*

Se formula esencialmente en términos de:

- bueno/malo: se está entonces en el dominio de lo axiológico;

- verdadero/falso/incierto: es el problema de la modalización.

De estos tres ejes, el primero es sin duda el más importante, desde la perspectiva enunciativa que adoptamos aquí. Por ello es que proponemos el siguiente principio de clasificación:

(a) Los verbos subjetivos ocasionales (que no implican un juicio evaluativo más que cuando están conjugados en primera persona):

(1) Evaluación del tipo bueno/malo:

verbos de sentimiento;

verbos que denotan un comportamiento verbal: verbos de pedir, de alabar y de denostar.

(2) Evaluación del tipo verdadero/falso/incierto:
verbos de percepción, verbos de opinión.

(b) Los verbos intrínsecamente subjetivos:

(1) Evaluación del tipo bueno/malo:

referida al proceso mismo y/o a uno de sus actantes.

(2) Evaluación del tipo verdadero/falso/incierto:

verbos de opinar y de juzgar, verbos de decir.

Observaciones

– Algunas clases semánticas generales (la de los verbos de decir, por ejemplo) se encuentran afectadas por varios de esos “subjetivemas” a la vez.

– Algunos verbos específicos ponen a la vez en acción la subjetividad del sujeto de la enunciación y la del agente del proceso: así, por ejemplo, el verbo “acusar”, que pertenece a la vez, como veremos, a (a) (1) y a (b) (2), y el verbo “subestimar”, cuyo funcionamiento semántico es más complejo que el de su antónimo (imperfecto) “estimar”:

“Pedro estima a su socio”: el verbo pertenece, evidentemente, a la clase (a), pero no da ninguna información respecto de la actitud de L_0 frente al objeto-socio;

“Pedro subestima a su socio” = no lo estima (actitud evaluativa negativa del agente) en su justo valor (justo para L_0): este verbo pone en acción a la vez y comparativamente los sistemas evaluativos de x y de L_0 y, por lo tanto, pertenece a la vez a las categorías (a) y (b).

2.3.1. Clase (a): Los verbos ocasionalmente subjetivos.

Definición de la clase: comprende los verbos que implican una evaluación

- del objeto del proceso
- por parte del agente del proceso (que puede coincidir con L_0 , y en la medida en que lo hace estos verbos se encuentran involucrados en la problemática de la enunciación tal como la hemos definido estrictamente)
- en términos de bueno/malo o de verdadero/falso.

Se los llama a veces

• “verbos de modalidad” o “verbos modificantes”: expresan, según Bally (1969, p. 197), “la actitud de un sujeto frente a una representación virtual”;

• “verbos evaluativos de actitud proposicional”: según Zuber (1972, p. 55), quien toma el término de Russel, estos verbos enuncian una cierta disposición de un agente frente a un objeto; por ejemplo:

“ x teme que venga y ” → la venida de y es “mala” para x ;

“ x desea que venga y ” → la venida de y es “buena” para x .

Pero la lista de estos verbos que propone Zuber (*ibid.*, p. 71), en la que aparecen en el mismo plano los verbos “creer”, “pensar”, “sospechar”, “dudar”, “temer”, es excesivamente heterogénea. Por nuestra parte, introduciremos las siguientes distinciones:

(1) La evaluación es del tipo bueno/malo.

– *Verbos de sentimiento:*

A la vez afectivos y axiológicos, expresan una disposición favorable o desfavorable del agente del proceso frente a su objeto y, correlativamente, una evaluación positiva o negativa de este objeto:

● disposición favorable de x frente a $y \rightarrow y$ es bueno para x .

Ejs.: gustar, apreciar, desear, querer, ansiar, amar . . . ;

● disposición desfavorable de x frente a $y \rightarrow y$ es malo para x .

Ejs.: odiar, detestar, subestimar, temer,¹⁵⁶ lamentar,¹⁵⁷ menospreciar, aborrecer . . .

Observaciones

● y representa, según los casos, un objeto concreto o un hecho expresado por una proposición objetiva o nominalizada. La mayor parte de estos verbos admiten los dos tipos de objeto, pero algunos se especializan en una u otra construcción (así, por ejemplo, los dos verbos “apreciar” y “despreciar”, el segundo de los cuales no admite, a diferencia del primero, la construcción (– que P)).

● Si bien el rasgo evaluativo es un verdadero sema, es decir, un rasgo distintivo intrínsecamente asociado al semema del verbo, se lo trata a veces (cf. Zuber) en términos de presuposición. Si se observa, sin embargo, el funcionamiento de la negación –criterio utilizado a menudo para identificar una presuposición, pero cuyos límites hasta el mismo Ducrot reconoce– comprobamos que por lo general (“a Pedro no le gusta el vino”) la negación se extiende al rasgo evaluativo; y que, en el mejor de los casos, afecta ambigüamente, ya sea al contenido no evaluativo (“no temo que venga –porque él no se atreve a venir”), ya sea al rasgo evaluativo (“no temo que venga –porque no considero que su

156. Que los verbos de temor aplican a su objeto un juicio de valor se ve claramente en los siguientes ejemplos:

● “¿Se habrían ya convertido los corsos en franceses como los otros? Cuesta creerlo. ¿Se convertirán? Podemos temerlo.” (J. De Barrin, *Le Monde*, 23-24 de mayo de 1976, p. 11).

● “Mi marido tomó la mano que se tendía hacia él y condujo al desconocido hasta el diván, en el que ambos se sentaron. –*Confiesa*, recomenzó la voz, que esperabas unas mujer. . . –Tu última carta me lo había hecho *temer*; estás misterioso, realmente. – *¿Temer! ¿no estás decepcionado, entonces?*” (relato hecho por su esposa del encuentro dramático-burlesco de Sacher-Masoch con Louis II de Baviera, en J. Deleuze, *Présentation de Sacher-Masoch*, 10/18, 1968, p. 306) (los subrayados son nuestros).

157. En francés, el verbo “regretter” es polisémico, y según que signifique “extrañar”, “tener nostalgia de” o “lamentar, arrepentirse de” alguna cosa, lo aplica a esa cosa un juicio de valor positivo o negativo; esta polisemia es la que permite enunciar, sin contradicción, oraciones como ésta (pronunciada por François Chatelet el 4 de diciembre de 1977, al evocar sus treinta años de enseñanza secundaria): “*Non seulement je ne regrette pas ce temps-là* [no sólo no lamenta esos años]: sentido (2), mais même je le regrette [sino que hasta los echo de menos]: sentido (1).”

venida sea mala para mí") constitutivo del significado léxico, y esta ambigüedad caracteriza esencialmente a las expresiones que denotan el temor ("temer", "recelar", "tener miedo de", etc.), como se ve en esta fórmula torpe de Berlinguer: "no hay que tener miedo de ver a los comunistas tomar el poder en Italia".¹⁵⁸

• Se entiende que los verbos que componen este campo semántico comportan otros semas, además del rasgo evaluativo, pero éste es el único que aquí nos interesa: no se trata, para nosotros, de proceder al análisis componencial detallado de todos los verbos que presentan un subjetivema, sino de procurar, simplemente, poner en claro sus diferentes manifestaciones semánticas.¹⁵⁹

— *Verbos de decir* (que denotan un comportamiento verbal):¹⁶⁰

Llamamos así al conjunto —más numeroso que el de los verbos llamados "declarativos", ya que incluye también a los del tipo "pedir" y "ordenar"— de los verbos que denotan un comportamiento verbal, al que domina el archilexema "decir". Aun cuando algunos de ellos presentan un componente de "sentimiento" ("quejarse" = "hacer saber que no se está contento"), los verbos de decir deben distinguirse de los de sentimiento¹⁶¹ en la medida en que significan, además, que el estado afectivo de *x* se explicita en un comportamiento verbal. Observemos que este eje permite oponer tres categorías de verbos: los que nunca son de decir ("caminar"), los que siempre lo son ("hablar", "decir", "preguntar", "criticar", "balbucir", etc.) y los que lo son únicamente en algunos contextos ("reafirmar", "repetir", y aun "agregar", "continuar", "terminar", etc.) En este último caso el problema consiste en que algunas veces los dos valores corresponden a un verdadero hecho de polisemia en tanto que otras veces el valor *dicendi* debe atribuirse con mayor precisión a un verbo "decir" elidido en la superficie: una oración como "Pedro lamenta el pasado" describe

158. Fórmula que Jean Baudrillard juzga "idealmente ambigua", ya que puede significar: "que no hay que temer, porque los comunistas, si llegan al poder, no cambiarán nada de su mecanismo capitalista fundamental,

que no hay ningún riesgo de que lleguen *nunca* al poder, en razón de que no lo desean . . ." (*Le P.C. ou les paradis artificiels du politique* ["El Partido Comunista o los paraísos artificiales del político"], *Cahier cinq d' Utopie*, París, 1978, p. 11).

Berlinguer, sin duda, entendía la oración en uno u otro de los dos sentidos. En tanto que son *los dos* valores de la negación los que justifican la respuesta negativa del trompetista así entrevistado:

"¿No tiene miedo de tener que tocar bajo la lluvia?

—No, ya veremos. Creo que no va a llover y, de todos modos, no es tan grave tocar la trompeta bajo la lluvia como tocar el violín, por ejemplo . . ."

159. Sobre los verbos franceses *souhaiter/redouter/apprécier* ["desear/temer/apreciar"] puede consultarse Ducrot, 1972c, p. 339 (si bien el análisis es muy sucinto, ya que su único objeto es ilustrar el principio componencial); y sobre la oposición entre los dos verbos franceses *attendre* ["esperar, aguardar"] /*espérer* ["tener esperanza"] podemos remitirnos a las finas observaciones de Marie-Jeanne Borel, 1975, pp. 144 s.

160. Para un juicioso análisis de este campo semántico, véase M. Charolles, 1976.

161. Bally (1969, p. 197) opone en forma análoga los verbos "*dicendi*" a los verbos "*sentendi*".

literalmente una actitud interior de Pedro, pero a veces disimula un "Pedro dice que lamenta el pasado": más tarde volveremos sobre este delicado problema.

En las diferentes subclases de verbos subjetivos aparece uno u otro de estos verbos de decir. En lo que concierne a la que aquí nos interesa —evaluación por parte de x del objeto y en términos de $B/M-$, podemos mencionar, entre otros:

- los verbos como "lamentarse", "deplorar", "quejarse de", cuyo empleo implica que y es considerado malo por x (y no por L_0 , como lo demuestra la posibilidad de que se diga "x se equivoca al lamentar que P");

- los verbos de pedir, que en algunas circunstancias (así en los *Cahiers de doléances* ["Libros de quejas"] analizados por Slakta, 1971) transmiten una presuposición de índole evaluativa (que Slakta expresa de la siguiente forma, p. 70):

"situación real: mala"/"situación que se pide: buena (legítima)",

- verbos de alabar y de censurar:

"x alabó a y (hizo el elogio de, felicitó, elogió, etc. a y)": por lo tanto, y está bien a los ojos de x;

"x censuró a y (criticó, condenó, acusó a y)": por lo tanto, y está mal a los ojos de x.

Algunos de estos verbos, que además pueden acarrear un tercer factor interviniente z ("x criticó a y por z ", "x acusó a y de z ") están analizados muy detalladamente por Fillmore (1970) y Mc Cawley (1973) bajo el rótulo de "verbos de juzgar". Dichos análisis ponen en evidencia el hecho de que, además de una evaluación axiológica por parte de x sobre y y z (cuya índole permite oponer "citar — disculpar — acusar" frente a "justificar — felicitar"), estos verbos transmiten una evaluación modalizante por parte de L_0 sobre la relación entre y y z (cuya índole permite entonces oponer "acusar" a todos los otros verbos de la serie: si se compara, en efecto, "Pedro acusó a María de haber escrito esa carta" con "Pedro censuró a María por haber escrito esa carta" constatamos que, al emplear "acusar", L_0 sugiere que la legitimidad de la imputación no está realmente probada a sus ojos, lo que puede parafrasearse en esta forma: [y responsable de z : incierto para L_0]).

(2) La evaluación (siempre por parte del agente del proceso) pertenece más bien al eje verdadero/falso/incierto.

Se trata aquí de los verbos que denotan la manera como un agente aprehende una realidad perceptiva o intelectual: a esta aprehensión puede presentársela como más o menos segura o, al contrario, como más o menos discutible (a los mismos ojos del agente cuya experiencia se narra).

— *Aprehensión perceptiva:*

"Iba caminando. El sol quemaba": ninguna distancia viene a interponerse entre el agente perceptor y la impresión percibida.

"Iba caminando. { A él, el sol le parecía. . .
Le parecía que . . .
Tenía la impresión de que . . .": Estas expresiones ver-

bales funcionan como índice de subjetividad e indican que la impresión perceptiva es específica del individuo que la recibe.

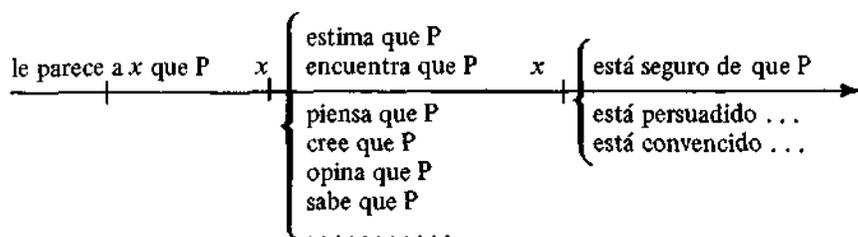
Sobre esta base (entre otras) podemos oponer "mirar", verbo siempre objetivo, y "ver", que cuando está seguido por un atributo objetivo introduce la idea de una subjetividad perceptiva:

(i) "Miraba el cielo negro": no ambigua; valor objetivo (en estructura profunda: "el cielo era negro").

(II) "Veía el cielo negro": ambigua. La interpretación con predicativo objetivo puede parafrasearse: "El cielo le parecía negro, pero le podía parecer de otro color a otro observador".

— *Aprehensión intelectual: los verbos de opinión.*

"Sirviéndole al locutor para informar al destinatario acerca de las opiniones de un tercero"¹⁶² (Ducrot, 1972a, p. 266), los verbos de opinión indican, al mismo tiempo, cuál es el grado de certeza con el que ese tercero se adhiere a su opinión:



No siendo nuestro propósito el de analizar detalladamente los diferentes microsistemas que componen el vasto conjunto de los términos enunciativos, sino el de descubrir los diferentes rostros que puede tomar la subjetividad lingüística, no es cuestión aquí de investigar cuáles semas son los que oponen entre sí a estos diferentes verbos ("encontrar" implica, por ejemplo, a diferencia de "creer", la evaluación de un hecho del que se tiene conocimiento: compárense "¿encuentras que viene mucha gente?" y "¿crees que viene mucha gente?"). No podemos sino remitir al análisis de Ducrot (1975), quien estructura mediante los cinco ejes semánticos siguientes el conjunto léxico:

{considerar, encontrar, estimar, juzgar, tener la impresión, estar seguro, pensar, creer} (p.83):

- el verbo implica o no un juicio personal basado en la experiencia,
- el verbo implica o no una experiencia de la cosa "en sí misma",
- el verbo implica o no una predicación original,
- el locutor se presenta o no como seguro de la opinión expresada en la objetiva,
- el locutor presenta su opinión como el producto de una reflexión

162. Está claro que este tercero puede coincidir con el locutor.

— con la condición, sin embargo, de aclarar que Ducrot considera a estos verbos sólo en la primera persona y que, en consecuencia, lo que llama el locutor corresponde en realidad al agente *x* depositario de la opinión (que no necesariamente se presenta como verbalizada). Esta precisión se impone con tanta mayor razón cuanto que un verbo como “saber”, que forma parte del conjunto de los verbos de opinión pero al que Ducrot aquí no considera, comporta además, como veremos en seguida, una evaluación modalizadora por parte, esta vez, de L_0 . Pero sólo la relación que estos verbos instituyen entre *x* y P es lo que ahora nos interesa y es justo que nos interroguemos sobre el lugar que conviene otorgar a “saber” sobre el eje que especifica el grado de adhesión de *x* a P: ¿hay que asimilarlo, como lo hemos admitido antes, a “creer” o, más bien, a “estar seguro (cierto, persuadido, convencido)”, que expresan de manera superlativa la adhesión de *x*, como se ve en la siguiente rectificación de Pierre Poujade (entrevistado por Jacques Chancel el 24 de marzo de 1974):

“— ¿Cree usted tener razón?

— No lo creo, ¡estoy seguro de que tengo razón!”?

El verbo “saber” no parece tener tal valor intensivo. Pero, al mismo tiempo, los tipos de argumentos sobre los que parece basarse la modalidad de “saber” y que permiten el empleo de este verbo (experimentación científica, pruebas objetivas, autoridad de una referencia infalible) le confieren una especie de seguridad impávida que puede permitirle, en ciertas condiciones, sobrepasar, incluso, a “estar seguro”:

“— ¿Algunos pájaros son más boludos que otros?

— No, todos son igualmente boludos.

— ¿Está seguro?

— Lo sé” (corto metraje de Chaval *Les Oiseaux sont des cons* [*Los pájaros son unos boludos*]).

De hecho, parece que no se pudiera determinar fuera de contexto, y en especial sin tener en cuenta la competencia ideológica de los enunciantes (valorización de la fe o de la racionalidad), cuál de los dos verbos “creer” (eventualmente superlativizado en “estar seguro”) y “saber” es el más “fuerte”: expresan dos modalidades, es decir, dos tipos de relaciones entre un sujeto y un contenido de pensamiento fundamentalmente diferente.¹⁶³

163. Observemos, además, en lo que concierne a las relaciones que existen entre estas dos modalidades:

- que, en principio, saber implica unilateralmente creer —excepto para el héroe de una linda “nouvelle” de Peter Bichsel (*Die Erde ist rund* [“La tierra es redonda”], en *Kindergeschichten* [“Historias para chicos”], Luchterland), quien decide pasar el resto de sus días caminando hacia adelante en línea recta hasta haber vuelto al punto de partida; su objeto es verificar que la tierra es del todo redonda: él lo *sabe* pero no lo *cree*,

- en general, pues, se cree lo que se sabe. Pero también se puede, como Don Juan, no creer más que lo que se sabe (racionalmente); cf. el célebre diálogo del acto III, escena I:

Sganarelle. — “Pero, sin embargo, hay que creer en algo en este mundo: ¿qué es, pues, lo que creéis?

Don Juan. — ¿Lo que yo creo?

Sganarelle. — Sí.

2.3.2. Clase (b): Los verbos intrínsecamente subjetivos

Implican una evaluación cuya fuente siempre es el sujeto de la enunciación.

(1) La evaluación es del tipo bueno/malo: *los verbos intrínsecamente axiológicos*.

— La evaluación se refiere en primer lugar al proceso denotado (y, de conatrolpe, a uno y/o otro de sus actantes):

Ej.: “los chicos chillan” = “gritan de una manera desagradable”.¹⁶⁴

En la medida en que un verbo de este tipo implica una evaluación

- hecha por el locutor.
 - sobre el proceso denotado (y de rebote sobre el agente que es responsable de él),
 - de naturaleza axiológica: la descripción del proceso se hace en términos desvalorizadores,
- podemos considerarlo como un elemento de la clase general de los términos peyorativos.

Como sus homólogos adjetivos y sustantivos, los verbos están marcados claramente como peyorativos sólo cuando la connotación axiológica se inscribe sobre un significante especializado —por ejemplo, un afijo— y/o cuando existe en el léxico una serie de parasinónimos que sólo se oponen sobre este eje (cf. la serie comerciar/negociar/traficar mencionada por S. Delesalle y L. Valensi, 1972, p. 85). Como con los adjetivos y sustantivos, hay que distinguir entre los casos en los que el valor axiológico figura de manera estable en el contenido del tema y aquellos en que no aparece sino como un efecto de sentido ligado a los caprichos del contexto,¹⁶⁵ pasando por los casos intermedios de los términos que, siendo por lo general peyorativos o valorizadores, le permiten al contexto suspender o aun invertir su valor usual.

Veamos a continuación algunos ejemplos de verbos que pertenecen a categorías semánticas heterogéneas, pero que implican todos una evaluación más o menos fuerte o diluida (generalmente negativa) del proceso:

- verbos que denotan un comportamiento verbal o paraverbal: “ulular”, “graznar”, “vociferar”,¹⁶⁶ “aullar”, “rebuznar”, “blablear”;
- “heder”, “apestar”: es “oler mal” e incluso “muy mal”;

Don Juan. — Creo que dos más dos son cuatro, Sgarbielle, y que cuatro más cuatro son ocho.”

164. El sustantivo derivado “chillido” es también manifiestamente peyorativo en la boca, por ejemplo, de un ministro de educación, al tratar de descalificar con ese término las protestas universitarias contra uno de sus decretos.

165. “En suma, parece hacerse el desentendido [respecto de la tarea que debe cumplir]. Eso es lo que se me dirá de él, pues: ‘Se está haciendo el desentendido’. Lo cual, en boca de obreros que hablan de un compositor, es, con seguridad, un elogio.” (R. Linhart, *L'Establi* [“El tablero”], Minuit, 1978, p. 32).

166. Cf. “Bajo la pluma [de esas antifeministas], Halimi no habla: ladra o vocifera” (*Charlie-Hebdo*, N° 392, 18 de mayo de 1978, p. 4).

● “perpetrar” (es cometer, *siempre*, una *mala* acción) y aun “cometer” en la mayoría de los contextos:

“el poema que Pedro acaba de cometer” (observemos que la connotación que golpea al verbo —cometer, aquí, es hacer algo mal— recae sobre su objeto: al poema en cuestión lo considera malo, no su autor —se trata de un verbo intrínsecamente subjetivo— sino el hablante.)

“Quiere cometer un acto de libertad —porque vivimos en una época en la que los actos de libertad hay que cometerlos, son casi un crimen” (Catherine Paysan hablando a *Apostrophe*, el 22 de setiembre de 1978, de su *Clown de la rue Montorgueil* [“El payaso de la calle Montorgueil”]:

la proposición causal, con función metalingüística, hace claramente explícito el valor axiológico que tiene para ella el verbo “cometer”);

● “reincidir”: es reiterar un acto que se considera malo (Casares: “Volver a incurrir en un error, falta o delito”);

● “infligir” en, por ejemplo, “le infligieron un cruel castigo”;

● “resentirse”: “el libro se resiente de ello” (siempre para mal);

● “fracasar/triunfar”:

“en los treinta primeros días de su septenio, podría decirse que el señor Giscard d’Estaing ha triunfado en los campos no económicos, donde se temía su inexperiencia, y que ha fracasado en el campo económico, en el que no se discutía su competencia [. . .]. Tal es la paradoja del Eliseo” (*Le Monde*, 1° de octubre de 1974, p. 10):

los verbos “fracasar” y “triunfar”, que acompañan a otros términos evaluativos (“temer”, “inexperiencia”, “competencia”), son, evidentemente, subjetivos, puesto que implican un juicio de valor que siempre puede estar sujeto a controversia, como lo reconoce el mismo Duverger: “Paralelamente se puede replicar que ha habido fracaso en el campo económico . . .”;

● “revolcarse en”: “En 1940 la burguesía en cuanto tal se revolcaba en el vichismo” (*Politique Hebdo*, Nº 162, 13 de febrero de 1975, p. 26): siempre está mal revolcarse (y la connotación del verbo viene a llenar de descrédito al vichismo, y también a la burguesía que sucumbió a él); por el contrario, un verbo como

● “dedicarse” es en principio axiológicamente neutro: uno puede *dedicarse* al trabajo tanto como dedicarse a la bebida; sin embargo, cuando escuchamos una oración como “se dedicaba a hacer política”, no se puede dejar de percibir en la expresión una especie de insinuación pérfida: “dedicarse” sería uno de esos verbos que, sin expresarlo en todos los casos, se inclina a la desvalorización.¹⁶⁷

● “degenerar”: “La lucha social degenera en un enfrentamiento confesio-

167. El verbo “recurrir”, con cierto parentesco con “dedicarse”, está marcado como peyorativo, puesto que suele denunciar como “expediente ilícito o despreciable” al objeto denotado por su complemento (ej.: “el 20 % de las mujeres recurren al adulterio”).

nal" (T. F. 1, 22 de setiembre de 1975) —y yo lo deploro;

● "retroceder": "No obstante, hay una concepción de la enunciación que se debe rechazar, a menos de retroceder teóricamente . . ." (D. Maingueneau, 1976, p. 100).¹⁶⁸

Todos estos verbos tienen en común el expresar una desvalorización del proceso que denotan, aun cuando ésta recaiga sobre su contexto actancial. Se oponen por ello a la categoría siguiente, en la que se incluyen los verbos que implican esencialmente una (des)valorización de sus actantes sujeto y/o objeto, basándose la diferencia entre las dos categorías simplemente en el modo como se reparte sobre sus diferentes segmentos la carga axiológica global del enunciado.

— La evaluación afecta a uno y/u otro de los actantes comprometidos en el proceso denotado (y con más frecuencia a su objeto):

● "merecer": "x merece y" → y pertenece (en general) a la categoría de lo bueno. Ej.: "Pedro no merece los padres que tiene; o, más bien, sus padres no se lo merecen", con la corrección indicando claramente en esta oración:

que "merecer" es axiológicamente ambiguo (se puede decir: "Yo no merecía ese castigo"),

pero que la estructura "x no merece y" se interpreta *preferentemente* "x merece algo menos bueno", es decir que el verbo implica una evaluación *más bien* positiva del objeto y (luego, una evaluación más bien negativa del sujeto x cuando el verbo está negado).

Esta jerarquía de interpretaciones¹⁶⁹ es lo único que justifica la corrección: teóricamente, ambas oraciones son igualmente ambiguas; en efecto, si llamo "interpretación prioritaria" de "merecer" a la que supone una valorización de y, tengo dos posibilidades de hacer coherente la secuencia oracional:

(1) Pedro no merece los padres que tiene (porque vale menos: interpretación prioritaria); o, más bien, sus padres no se lo merecen (porque valen más: interpretación secundaria).

(2) Pedro no merece los padres que tiene (porque él vale más: interpretación secundaria); o, más bien, sus padres no se lo merecen (porque ellos valen menos: interpretación prioritaria).

168. En lo que respecta a estos verbos "transformativos", comparemos:

● "Ravel no cambió de estilo en todo el transcurso de su carrera": lo que es más bien elogiable; pero

● "El estilo de Ravel no evolucionó", lo cual es más bien lamentable.

169. Jerarquía que también aparece en los hechos siguientes:

— "Me pusieron una nota que no merecía" puede significar que merecía más, pero por lo general quiere decir que merecía menos;

— La fórmula de los cicerones: "x merece que nos desviemos un trecho" significa que se trata de un lugar que ciertamente no "merece el viaje", pero que aun así presenta suficiente interés como para que se vaya allí si uno se encuentra en las inmediaciones. Pero también se la puede emplear en sentido inverso, como en la siguiente oración de Jacques Martin (aclarada con un gesto inequívoco): "Este restaurant merece que hagamos un largo desvío" (para evitarlo): esta interpretación, en efecto, es posible, pero improbable— y son precisamente estas zonas de improbabilidad semántica las que atraen el juego lingüístico.

Pero por el hecho de manifestar una preocupación escrupulosa por la exactitud denotativa, el hablante deja entender que la corrección reemplaza un empleo aproximado del verbo "merecer" por un uso más conforme a su valor fundamental; luego, la segunda interpretación es la correcta.

● A la inversa, los términos "riesgo de" y "correr peligro de" presuponen en general que el término del complemento pertenece a la categoría de lo malo (cf. Chirac: "No hay ningún riesgo serio de que sea elegido el señor Mitterand"). En "arriesgarse" aparece la connotación inversa ("Pedro estaba arriesgando su triunfo en el concurso"): "arriesgar" es aquí sinónimo de "poner en juego".

Para terminar, mencionemos todavía algunos ejemplos de verbos cuya connotación axiológica cotextual parece relativamente estable:

"beneficiarse con" y "servirse de": "x se sirve de y" → y pertenece en principio a la categoría de lo bueno;

"infligir": "x inflige y a z" → y pertenece a la categoría de lo malo;

"privar de" frente a "ahorrar": "No es que privé a mis alumnos de una hora de clase, sino que se las ahorré" (el ejemplo es de Flahault, 1978, p. 116, n. 1): uno se priva de algo agradable, pero se ahorra algo penoso;

"soportar": cf. Chateaubriand, reconociéndole a Madame Roland —no se podía ser más galante— "una fuerza de espíritu extraordinaria", acompañada de "encanto suficiente como para que se la pudiera soportar";

"confesar", "reconocer", "admitir": "x ha confesado que P" → P es malo ("inconfesable").

(2) La evaluación es del tipo verdadero/falso/incierto: *los verbos, intrínsecamente modalizantes.*

— El caso de los *verbos de juzgar* ya ha sido considerado antes: hemos visto que eran a la vez axiológicos (desde el punto de vista de y) y modalizantes (desde el punto de vista de L₀), en la medida en que al emplear la estructura "x critica a y por z" el locutor admite como verdadera la proposición "y es responsable de z", en tanto que no se pronuncia sobre la verdad de esta imputación cuando enuncia que "x acusa a y de z".

— *Los verbos de decir* (aparte de los precedentes).

Se reparten de la misma manera, según que el locutor no prejuzgue de la verdad/falsedad de los contenidos enunciados por x o que, por el contrario, tome implícitamente posición sobre este punto. Tenemos, pues, dos clases: en la primera, encontramos verbos como "decir", "afirmar", "declarar", "sostener" (puesto que la actitud evaluativa de L₀ es completamente independiente del grado de intensidad del comportamiento enunciativo de x); en la segunda, verbos como "pretender", "reconocer", "confesar", "admitir", "pretextar", "contradecirse", "jactarse", que por ello se pueden considerar como modalizantes intrínsecos.

● El verbo "pretender":
'x dice que P'/'x pretende que P':

de estos dos verbos, sólo el segundo es subjetivo,¹⁷⁰ en la medida en que presupone: "P, que x presenta como verdadero, es falso, dudoso o, al menos, discutible a los ojos de L₀".¹⁷¹

Observaciones sobre el funcionamiento de "pretender":

(1) A diferencia de "decir", "pretender" no tiene antónimo léxico con valor negativo:

<p>x dijo que y va a venir x niega que y vaya a venir</p>	}	x pretende que y (no) va a venir.
---	---	-----------------------------------

(2) Nosotros consideramos que es prioritariamente L₀ quien se encuentra en el origen del juicio modalizante, pero este análisis no está aceptado con unanimidad.¹⁷²

(3) La base de incidencia de este rasgo de modalización plantea algunos problemas de identificación:

Normalmente, la presuposición alcanza, descalificándolo, al contenido global de la oración objetiva que depende del verbo (la cual puede haber sufrido una transformación infinitiva:¹⁷³ "x pretende ser el padre de esos chicos").

Pero el sema enunciativo puede tener por base de incidencia una secuencia más reducida cuando el verbo "pretender" está intercalado como un inciso ("había roto la puerta de la habitación de x con el propósito, según pretende, de recuperar sus cosas": la modalización afecta exclusivamente al sintagma preposicional) o cuando esa secuencia está "enfaticada" por la unidad discontinua "es porque . . . por lo que" ("él pretende que es porque llovía por lo que no vino"): en especial, es frecuente que el verbo "pretender" tenga por *scope* ["al-

170. La siguiente definición del *Nuevo pequeño Larousse ilustrado*, 1964: "Taumaturgo: . . . Dícese del que hace o pretende hacer milagros" muestra que hasta la lexicografía contemporánea se permite algunas formulaciones subjetivas.

171. Sea la oración de Edgar Morin: "Es un cine con escaso presupuesto, que realiza películas de vocación o pretensión artística". Un ejercicio de contracción de texto la convierte en "Es un cine constituido por películas baratas y que poseen un interés artístico declarado, si bien no siempre alcanzado". La paráfrasis, que transforma en afirmación la presuposición, es con seguridad demasiado pesada. Pero no es realmente infiel.

172. M. Charolles, 1976 (pp. 92-93) considera que este verbo presupone que P es falsa para el "yo", pero también para el "tú"; ahora bien, el receptor no está obligado en absoluto a admitir esa presuposición.

En cuanto a Berrendonner (1977), formula la presuposición de pretender como "P es *on-faux*" ("P es falso para un sujeto indeterminado": se sabe que es falso): "pretender" sería "decir lo que es contrario a la *doxa*": ahora bien, nos parece que "Pedro pretende que P y yo estoy de acuerdo con él" es claramente más extraño que una oración como "todo el mundo pretende que P" (pero todo el mundo está equivocado): "Pedro pretende que P" significa, pues, "Pedro dice que P contrariamente a lo que afirman otros - principalmente yo", es decir que en ese "se" a que se opone Pedro hay una muy clara predominancia del "yo".

173. Cuando la completiva subyacente al infinito está en futuro, el verbo "pretender" recibe un valor cercano a "tener la intención de", pero arroja un cierto descrédito sobre la seriedad de esa intención y sus posibilidades reales de ejecución.

cance”] una relación causal establecida (y discutida por L_0) entre dos proposiciones.

Cuando no se utiliza ninguno de estos dos procedimientos para especificar su campo de acción, puede ocurrir que el enunciado sea ambiguo desde este punto de vista: “ x pretende que fue a la escuela porque no estaba lloviendo”: el sema enunciativo del verbo operador puede afectar tanto a la oración objetiva en su totalidad (x no fue a la escuela, pues, para L_0) como a la subordinada causal únicamente (x fue a la escuela, pero la falta de lluvia no era la verdadera causa de su asistencia).

(4) Es absolutamente evidente que el rasgo enunciativo tiene en “pretender” el status de una presuposición. Comparemos, en efecto:

- (α) “ x pretende que P” y
- (β) “ x miente al decir que P”.

Las dos oraciones se pueden describir mediante los enunciados básicos:

- (i) “ x dice que P
- (ii) “P es (más bien) falso para L_0 .”

Se oponen, sin duda, porque (α), a diferencia de (β), no excluye la sinceridad de x ¹⁷⁴ y porque L_0 toma posición más claramente en (β) que en (α) respecto de la falsedad de P. Pero es, sobre todo, la transformación negativa de esas dos oraciones lo que muestra que el rasgo evaluativo (ii) tiene en (α) un status de presuposición y en (β) un status de afirmación.

- (α) “ x no pretende que P”: la negación alcanza a (i) y mantiene (ii);
- (β) “ x no miente al decir que P”: la negación alcanza a (ii) y mantiene (i).

Cuando emplea “pretender” el hablante se contenta con sugerir cuál es su actitud frente al hecho problemático, insinuándola bajo forma de presuposición; cuando enuncia (β) se coloca explícitamente como fuente de evaluación de la no veracidad de P.

(5) El verbo “pretender” en primera persona.

De acuerdo con el análisis propuesto más arriba, “yo pretendo que P” significaría que al decirlo estoy pensando lo contrario y que afirmo algo que tengo por falso. Ahora bien, esta paráfrasis es manifiestamente inadecuada. Por lo tanto, es necesario admitir que “pretender” implica dos presuposiciones distintas según la naturaleza de su objeto:

“ x pretende que P”:

afirmación: “ x dice que P”

presuposición:

- (i) si $x =$ no yo: “P es falso (o por lo menos dudoso) a los ojos de ‘yo’”;
- (ii) si $x =$ yo: “P es falso (o dudoso) a los ojos de no-yo” (ya sea el conjun-

174. Es decir que:

“pretender” implica: P es verdadero para x pero falso para L_0 ;

“mentir” implica: P es falso para x y para L_0 .

Observemos que, en español lo mismo que en francés (¿por qué?), no existe ningún verbo que implique que P es falso para x y verdadero para L_0 (“admitir” y “reconocer” ejemplifican la cuarta posibilidad combinatoria).

to de los no-yos en su gran mayoría o algunos elementos muy específicos de ese conjunto, en los que estoy pensando).¹⁷⁵

Por lo demás, estas dos presuposiciones pueden reunirse en la fórmula conjuntiva "P es falso para no-x" ("pretender" = decir lo contrario que los demás, decir polémicamente) — pero a condición de añadir que si $x \neq L_0$, el conjunto de no-x implica un componente L_0 muy alto.

- "reconocer", "confesar", "admitir" son antonímicos de "pretender" a nivel de su presuposición modalizante: implican que "P es verdadero a los ojos de L_0 ". Pero, además, indican que se dan ciertas reticencias que postergan u obstaculizan el acto lingüístico de x. Por su parte, el verbo "confesar" evalúa axiológicamente su objeto: uno confiesa sus pecados, errores o faltas, cualquier cosa, en todo caso, que sería mejor poder mantener en secreto, porque su exposición contraviene las normas ("confesar su amor") o puede, al exponerse, perjudicar al sujeto que confiesa.¹⁷⁶

- El verbo "pretextar", como "pretender", comporta siempre un sema enunciativo, pero lo que impugna L_0 cuando emplea "pretextar" es la validez explicativa de una proposición P, que alega x para justificar P: "pretextar" es, en cierta forma, sinónimo de "pretender que es P porque P".

- Los términos "contradecirse", "contradictorio", "contradicción", tienen una ubicación original en el campo de los evaluativos de verdad: decir de una aserción que es contradictoria significa implicar que no puede ser totalmente verdadera ya que, si es verdadera en algunas de sus partes, es necesariamente falsa en otras y viceversa.

- El verbo "jactarse". Ej.: "Juan se jacta de haber atravesado el río a nado". El contenido semántico del verbo transmite la siguiente información:

- (i) "x dice que P"
- (ii) "el hecho enunciado en P es valorizador para x" (= valoriza x a los ojos de x)¹⁷⁷ (vale decir que L_0 utilizará este verbo para describir el comportamiento

175. En "yo pretendía que P" la presuposición parece ser, según los casos,

- al contrario de algunos (en la misma época);
- al contrario de mí mismo actualmente (pero después cambié de opinión), ejemplo que pone en evidencia las afinidades que hay entre la categoría del pretérito y la de la tercera persona.

176. La siguiente reflexión de Roger Dadoun sobre *Le Pull-over rouge* ["El pulóver colorado"] de Gilles Perrault (en *La Quinzaine littéraire*, N° 288, 16-31 de octubre de 1978, p. 18) tiende a sugerir que para la institución judicial, a despecho de la ley, todo sospechoso es un presunto culpable: "El vocabulario contemporáneo, que Perrault pasa por un cedazo, lleva el sello de esta metafísica de la confesión: un sospechoso que confiesa 'reconoce', pero si niega, 'pretende' ₁"; en otros términos: declararse culpable es, para los jueces, decir la verdad; declararse inocente es, *a priori*, decir una mentira.

177. Estos dos rasgos parecen tener el status de afirmaciones, ya que "x no se jacta de P" significa o bien que no habla de ello, o bien que no presenta a P como un título de gloria. En cambio, los dos rasgos alternativos que constituyen (iii) son presuposiciones.

to lingüístico de *x* sólo si este comportamiento lo induce a pensar que *P* es una gloria para *x*).

Pero parece, además, que el verbo "jactarse" comporta, en general, una u otra de las presuposiciones siguientes, que provienen en este caso de la fuente L_0 :

(iii) a) "P es falso" (encadenamiento: . . . "pero no hizo nada de eso");

b) "el hecho enunciado en *P* no es valorizador" (encadenamiento: . . . "pero no hay de qué jactarse").

A la evaluación que hace *x* de *P* se superpone la evaluación contraria de *P* que hace el sujeto de la enunciación: el verbo "jactarse" es, pues, intrínsecamente subjetivo (proviendo, según los casos, la evaluación de L_0 del eje de lo verdadero o del eje de lo bueno).

– *Los verbos de opinión*

"*x* se imagina que *p*"¹⁷⁸ / "*x* piensa que *P*" / "*x* sabe que *P*".

Los tres verbos enuncian una actitud intelectual de *x* frente a *P*. Considerados sólo desde este punto de vista, son sinónimos: en los tres casos *x* se adhiere a su opinión, la tiene por verdadera.

Pero si se quiere dar cuenta de la oposición que existe entre los tres, como nos dice claramente nuestra intuición, hay que hacer intervenir además el eje enunciativo:

"*P* es falso/indeterminado/verdadero para el locutor."

Reuniendo los dos ejes distintivos que intervienen en el funcionamiento de los verbos de opinión:

- el eje de la actitud de *x* frente a la opinión en cuestión (eje considerado en a) (2) y representado verticalmente en el cuadro que aparece más abajo) y
- el eje de la actitud del locutor frente a esa misma opinión (eje horizontal, que aquí nos interesa particularmente),

se obtiene el cuadro siguiente, tomado de Ducrot:

presuposición afirmación	opinión verdadera	opinión falsa	opinión ni verd. ni falsa
+	sabe	se imagina	está seguro piensa cree está convencido
–	ignora		
?	sospecha		

178. El verbo "figurarse" funciona como "imaginarse", hasta en la posibilidad que recibe en algunos contextos de suspender su presuposición modalizante; así

Observaciones

● El rasgo enunciativo es una presuposición:¹⁷⁹ no lo alcanzan ni la negación ni la interrogación:

<i>x</i> no sospecha	}	que P (y sin embargo P es verdadera)
<i>x</i> no sabe		
¿ <i>x</i> sospecha	}	que P?
¿ <i>x</i> sabe		

● Ducrot tiene razón al colocar en el mismo casillero, a partir del eje horizontal, “pensar” y “estar seguro”: la seguridad de *x* no prueba de ningún modo lo justo de su opinión a los ojos de L_0 . Pero el eje vertical merecería un mayor refinamiento: “pensar” y “estar seguro” no describen el mismo grado de adhesión de *x* a su opinión. En cuanto a “sospechar”, que tiende indiscutiblemente hacia el +, se puede pensar que no recibe en este cuadro el lugar que le corresponde. O sea que sería preferible admitir, sobre esta escala vertical, cuatro grados, ocupados respectivamente por: “está seguro – convencido”/“piensa – cree – sabe – se imagina”/“sospecha”/“ignora”.

● Por otra parte, ¿tienen exactamente el mismo valor enunciativo “creer” y “pensar”? Parecería que “creer” inclina, más que “pensar”, a suponer que

– en el imperativo (“*imagínate/figurate que me encontré con x*”),

– en las oraciones de tipo “¿no te figurabas que vendría, eh?”, analizadas por Flahault, 1978, pp. 128-131.

Para un análisis muy refinado de la polisemia de “*imaginarse*”, que presupone tanto “es falso que P” como “la opinión que se afirma que posee *x* es falsa (*x* se equivoca al pensar que P)”, véase también Ducrot, 1972a, pp. 273 ss.

179. Lo que no quiere decir que su decodificación sea más tímida, más riesgosa, más aleatoria. Las presuposiciones –a diferencia de los sobreentendidos– aportan informaciones tan claras como las aserciones. Sea el siguiente párrafo, extraído del informe Simon: “Un cuarto de los entrevistados piensa que esta enfermedad (venérea) no puede contraerse más que por contacto íntimo con una persona afectada . . .”. En este momento de la lectura uno tiene el derecho de preguntarse: ¿es verdad?, es falso?, están equivocados o tienen razón para pensar así? Pero el texto prosigue: “. . . mientras que un entrevistado de cada dos sabe que ésa no es una condición necesaria”. El verbo “saber” borra la ambigüedad: la opinión precedente es falsa para el locutor, luego es falsa directamente, porque ese locutor está investido de la credibilidad del hombre de ciencia, quien se levanta contra las supersticiones ingenuas y moralizantes.

Por otra parte, conviene señalar, siguiendo a Ducrot (1977a, p. 193) que, en algunos casos, las presuposiciones pueden servir de punto de partida al encadenamiento discursivo (ej.: “No te inquietes. Pedro sabe que María va a venir, podrás entonces verla pronto”).

P es más bien falso.¹⁸⁰ Aquí también habría que introducir un grado suplementario, esta vez sobre el eje horizontal:

opinión	—	ni verdadera	—	más bien	—	francamente
verdadera		ni falsa		falsa		falsa

- La descripción de Ducrot presenta las cosas en la siguiente forma: “imaginarse” afirma: “x tiene una cierta opinión”
presupone: “esa opinión es falsa”

La descripción de la presuposición es incompleta. Es importante formularla así: “la opinión es falsa para el locutor”, sin lo cual el metalenguaje cae en la trampa del lenguaje. En efecto, si digo “Juan sabe que las centrales nucleares no son peligrosas”, empleo una doble astucia que el código lingüístico permite: por una parte, presento mi opinión como objetivamente verdadera (es clara la diferencia entre esa oración y ésta: “Juan piensa que las centrales nucleares no son peligrosas y yo también”), y, por otra, la insinúo bajo forma de presuposición. Ahora bien, como lo ha demostrado elocuentemente Ducrot, las presuposiciones se presentan como indiscutibles, irrefutables (se pueden refutar las afirmaciones explícitas, pero en cuanto a las presuposiciones es, en principio, demasiado tarde): encierran al discurso en un “marco” que el destinatario sólo puede cuestionar con procedimientos polémicos que descalifiquen, no sólo la opinión de L₀, sino también, lo que es más grave, su comportamiento enunciativo global, por lo cual raramente recurre a ellos.

Estos verbos modalizantes, que tienen la propiedad de permitirle al hablante emitir un juicio de verdad/falsedad sobre algunos hechos, sobre algunos contenidos mentales o discursivos explicitados en el sintagma objeto que introducen, se llaman a veces “factivos”:

“Verbos como *lamentar, negar, saber*, pertenecen a la clase de los verbos factivos-positivos, cuya propiedad original consiste en que se supone verdadera la oración que los completa. Verbos como *mentir, aparentar*, pertenecen a la clase de los verbos factivos-negativos: tienen la propiedad de presuponer la falsedad de las oraciones que los completan.” (H. Brekle, 1974, p. 75)

Conviene distinguir, entre los verbos factivos,

- aquellos en los cuales el rasgo modalizante está presupuesto (y que por ello se convierten para el hablante en un medio —tanto más sutil por estar es-

180. Sobre todo cuando está seguido por un infinitivo: el verbo “creer” cae entonces en la misma clase que “imaginarse” y se comprende que el cura de *Le Femme du boulanger* [“La mujer del panadero”] no se dé por satisfecho con la fórmula “subjetiva” empleada por el maestro: “Juana de Arco creyó oír voces”, fórmula que connota, en efecto, la idea de que se trata de una alucinación acústica.

condido— de pronunciar juicios evaluativos sin que se lo noté, de imponer insidiosamente verdades más o menos improbables y que no han sido demostradas, de “decir sin decir”) frente a aquellos otros en los que presenta el status de elemento explicitado. Al contrario de lo que afirma Brekle, es evidente que “mentir”, y es muy posible que “aparentar”.¹⁸¹ pertenezca a la segunda categoría;

- aquellos que contienen un juicio que pertenece a la categoría de lo verdadero (factivos positivos: “saber”, “sospechar”, “confesar”, etc.) frente a los que pertenecen a la categoría de lo falso¹⁸² (factivos negativos: “pretender”, “imaginarse”, etc.);

- aquellos en los cuales el rasgo modalizante se manifiesta de manera clara y constante frente a aquellos en los cuales su presencia es más problemática: a pesar de lo que diga aún Brekle, es más que dudoso que “negar” presuponga siempre la verdad para L_0 de la proposición que introduce.

Observemos, de paso, la heterogeneidad de las listas de factivos que se han propuesto, de manera siempre reconocida como incompleta, por uno u otro autor (“descubrir”, “revelar”, “enseñar”, en Charolles, 1976, p. 93: “darse cuenta”, “saber”, “acordarse”, en Kiefer, 1974, p. 89). Es que en la ausencia de criterios decisivos es posible vacilar —a excepción de los casos mencionados más arriba— respecto del valor modalizante de la mayoría de estos verbos operadores que, si bien en principio son neutros factivamente, en ocasiones pueden cargarse con sobreentendidos solapados que orientan hacia tal o cual interpretación, la cual, por otra parte, varía según el contexto,¹⁸³ y cuyos mecanismos generadores no se dejan explicitar fácilmente. En algunos casos, cuando la presencia en inciso de un verbo “decir” no es necesaria para señalar una secuencia de discurso indirecto, y en virtud de la ley de la informatividad, ese verbo puede tomar un valor próximo al de “pretender”.¹⁸⁴ Lo mismo ocurre con los otros verbos de decir y con los verbos de opinión:¹⁸⁵ a veces permiten sobreent-

181. En efecto, la negación puede modificar a uno u otro de sus dos constituyentes semánticos: “Pedro no aparentaba dormir” —porque de veras dormía o porque no pretendía de ninguna manera simular el sueño. Observemos que el verbo “hacerse pasar por”, igualmente modalizante (Lucien Jeunesse, “juego de los mil francos”: . . . “el cartero [Cheval] que se hacía pasar por un arquitecto”), funciona de manera similar desde este punto de vista.

182. Estos dos archilexemas “cubren” en nuestro metalenguaje diversas modalidades: verosímil, posible, cierto/incierto, dudoso, improbable.

183. M. J. Borel, 1975 (p. 106) hace notar así que “creer” funciona como un factivo negativo cuando aparece en un contexto “refutativo”.

184. Expresiones como “dicen”, “según se dice”, “por más que se diga”, por lo general comportan igualmente una presuposición factiva negativa, lo mismo que el infinitivo nominalizado “el decir”. (Notemos que “pretensión” no nominaliza a “pretender” en la acepción de “tener la pretensión de”).

185. O también algunos usos de “considerar” (“esos desplazamientos pedestres, que se

tender una cierta reticencia de L_0 a admitir la verdad de P; así, si "un hablante, en lugar de garantizar *él mismo*, con una simple afirmación, la verdad de P, se contenta con transmitir las palabras afirmativas de un tercero, parece natural la conclusión de que ese hablante *no puede* el mismo suscribir a P; por lo tanto, de que no cree en su verdad" (A. Berrendonner, 1977, p. 136). Pero también puede extraerse otra conclusión: si L_0 se escuda así detrás de las palabras de un tercero, lo hace simplemente por honestidad intelectual (para dar a César lo que le pertenece) o porque para él esa es una manera hábil en tanto indirecta de sugerir su opinión sin tener que salir garante de ella. Por esta misma razón se da a menudo la situación opuesta: los verbos declarativos, desde el momento en que no expresan, como "pretender", una actitud de reserva o de rechazo por parte de L_0 , sobreentienden en mayor o menor grado la verdad- L_0 , de la proposición asertiva (así, la oración "El abogado Halimi, evocando las presiones ejercidas sobre la decisión de los jueces . . ." sobreentiende discretamente que esas presiones tuvieron lugar). En todo caso, esto es lo que constatamos en la enunciación periodística, la cual se caracteriza, entre otras cosas, por valerse de un cierto número de estrategias que permiten al locutor emitir juicios evaluativos sin salirse de un relativo anonimato; y una de esas estrategias consiste en citar a un tercero sin acompañar la cita con un comentario distanciadore: la ausencia de ese comentario funciona, en general (hay contraejemplos) como un índice de adhesión.

2.3.3. Conclusión sobre los verbos subjetivos.

– Hemos estructurado el conjunto de los verbos subjetivos valiéndonos de los dos ejes fundamentales siguientes:

(1) *la fuente de la evaluación: es el agente del proceso (verbos ocasionalmente subjetivos) o bien es el sujeto de la enunciación (verbos intrínsecamente subjetivos):*

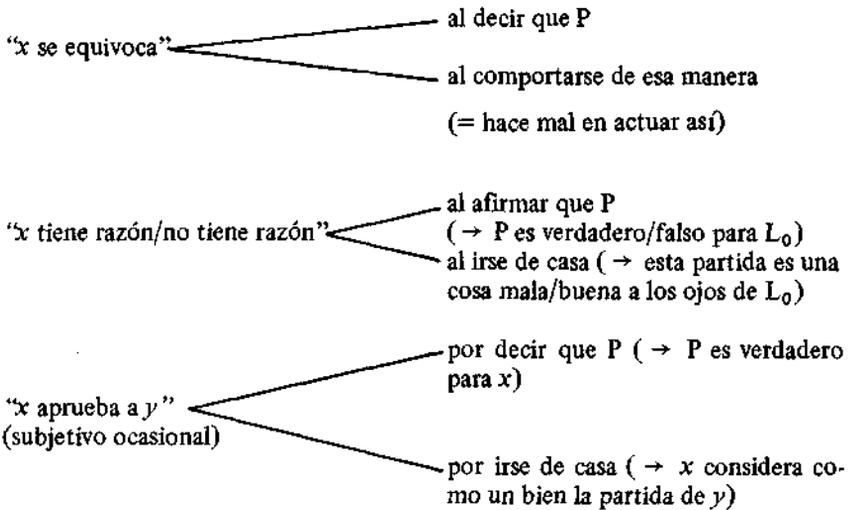
(2) *el juicio evaluativo proviene del eje bueno/malo o bien del eje verdadero/falso: estos términos funcionan como archilexemas que recubren en realidad un número considerable de variantes.*

No siempre es fácil determinar cuál rasgo de cada uno de esos dos ejes conviene atribuir a tal o cual elemento:

- Eje (2):

Algunos verbos deben considerarse como modalizantes o como axiológicos, según que aparezcan o no en un contexto de habla. Así:

considera que aseguran al presidente un contacto con la población", ¿pero lo logran?: parece dudoso para L_0) o el más discretamente modalizante "atribuir a" ("el informe atribuido a Krushchev" – quizá equivocadamente . . .)



Pero incluso fuera de estos casos de polisemia, hay evidentes afinidades entre lo verdadero y lo bueno, lo falso y lo malo, por lo cual toda unidad que denota a uno tiene tendencia a connotar al otro: si el budismo es una “religión falsa”, se deduce como consecuencia que es una cosa mala; si el lenguaje está constitutivamente destinado a la mentira, es, por ese hecho, una “herramienta mala”;¹⁸⁶ y los modalizantes negativos (“mistificación”, “adulación”, “calumnia”, “pretexto”, etc.) tienen fuerte tendencia a connotarse peyorativamente.

● Eje (1):

Más difícil todavía es, en algunos casos, saber si el juicio evaluativo debe atribuirse a x o a L_0 :

A veces, la duda que se experimenta al tratar de clasificar un elemento entre los subjetivos intrínsecos o entre los ocasionales proviene simplemente de su complejidad sintáctica: así, por ejemplo, “condenar” es, sin ninguna duda, un axiológico ocasional en relación con su objeto directo (me es posible decir “los puristas condenan este giro” sin que ello signifique que a mí me parezca malo); pero funciona como un axiológico intrínseco con relación al complemento del verbo introducido por “a”, como lo muestra esta sombría “bouta-

186. “Que el lenguaje en tanto que herramienta siempre es deficiente, creo que es obvio y que no hay nada que decir de ello, científicamente hablando. En tanto que instrumento de la comunicación y del intercambio, del pensamiento y de su expresión, termina siempre por *traicionar* al pensamiento, por originar malentendidos, ilusiones y errores. Hablar en estos casos de una deficiencia del lenguaje, presentarlo como una mala herramienta, según hacen Bentham o Frege, parece hasta un eufemismo que preserva el espejismo del lenguaje bien hecho, del instrumento perfeccionado o de un uso razonado de ese instrumento. No es así como podemos acercarnos a la lengua.” (P. Henry, 1977, p. 162).

de" de Pierre George (*Le Monde*, 19-20 de enero de 1977): "Una elección trágica: ¿condenar a muerte, condenar a vida?" (aun si se le permite la vida, la de Patrick Henri no puede ser, a los ojos de L_0 , más que un infierno).

Veamos ahora el ejemplo del verbo "confesar", que es a la vez modalizante intrínseco (verbo factivo-positivo) y axiológico, puesto que denuncia como una falta el contenido de la confesión; ¿pero una falta para quién? El diálogo siguiente, tomado de *Sexpol*, Nº 18-19 (diciembre de 1977), dedicado a W. Reich, tiende a probar que, al contrario de lo que podría pensarse, la fuente de la evaluación puede ser L_0 , quien sobre este punto se opone a x pero se identifica con el consenso:¹⁸⁷

— (Sexpol): Sin embargo, él mismo no era tan fiel como se lo exigía a sus compañeras.

— (Ilse Ollendor-Reich): ¿No, de ningún modo! Yo conocía muy bien a las mujeres con las que mantenía relación.

— ¿Y él no hablaba de ello?

— No, pero cuando se lo preguntaba, él confesaba.

— ¿Lo confesaba como una falta?

— No, no, *naturalmente*. Por otra parte, vivía abiertamente con otra mujer cuando todavía estábamos juntos."

Otro ejemplo de verbo de decir axiológico: "tratar de": en " x ha tratado a y de z ", el verbo indica que z contiene un rasgo axiológico negativo, que repercute sobre y .¹⁸⁸ Pero a ese rasgo ¿quién lo asume? Se podría pensar que al ejemplo de Zuber, "Arthur trató a María de virgen", puede parafraseárselo como "Arthur tuvo respecto de María un comportamiento verbal de tal naturaleza que L_0 pudo sacar en conclusión que, para Arthur, la virginidad es reprobable, sin que necesariamente lo sea también para L_0 ". No obstante, parece ser lo más frecuente que L_0 se encuentre también involucrado en el juicio evaluativo. Cuando Christian Bénézech, en el coloquio de A.L.E.P.S. (cf. *Le Monde* del 9 de diciembre de 1978, p. 26), se lamenta en estos términos: "Se nos trata de corporativistas, de retrógrados, de reaccionarios, porque creemos en ideas fuerzas ligadas a la dignidad del hombre", es evidente que x considera a esos térmi-

187. Lo que confirma esta oración de *Le Monde* (15 de setiembre de 1978): "son poco numerosas las mujeres violadas que 'confiesan'": las comillas rechazan la validez del juicio axiológico (la violación no es, para L_0 , "inconfesable") el cual, sin ellas, se remitiría directamente a L_0 .

188. El funcionamiento axiológico de este verbo es análogo al que hemos destacado hablando de "pero":

— cuando introduce un término axiológicamente marcado en el diasistema ("Arturo ha tratado a Pedro de negro sucio"), su tenor axiológico es redundante;

— pero cuando el status axiológico del complementeno varía según la competencia ideológica del sujeto hablante (ejemplo de Zuber), es el verbo "tratar" el que lleva todo el peso de la connotación desvalorizadora y el único responsable de la información enunciativa.

nos como injurias, pero también lo hace L_0 , que por esa razón no acepta su adecuación.

Cuando su uso reposa sobre un consenso ideológico, cuando los dos emisores (x y L_0) y los dos receptores participan, según se cree, del mismo sistema de valores, los verbos axiológicos no plantean ningún problema de uso ni de análisis. Pero en el caso contrario, tanto el analista como el hablante deben observar y manipular con extrema precaución el cotexto en que se inserta la unidad evaluativa.

En cuanto a los modalizantes, volvamos sobre el caso de las oraciones del tipo "A él el sol le parecía ardiente", "veía el cielo negro". Hemos admitido, respecto de ellas, sin discusión, que eran ocasionalmente subjetivas, pero en realidad son más embarazosas de lo que parece, ya que no indican claramente si el carácter subjetivo de la impresión perceptiva que denotan debe atribuirse al agente del proceso o al sujeto de la enunciación. Es decir, si "veía el cielo negro" significa "él mismo tiene conciencia de la subjetividad de su percepción" o "él no tiene conciencia de ello, sino que soy yo, el locutor, quien introduce esa distancia en el interior de la relación perceptiva". Lo que ocurre es que tales expresiones, que describen la experiencia íntima de un sujeto, constituyen, de hecho, una forma implícita de discurso indirecto:¹⁸⁹ para tener acceso a esa experiencia de otro, el sujeto de la enunciación dispone únicamente de lo que puede inferir a partir de su comportamiento verbal. Para localizar con seguridad la fuente de la información subjetiva, el único medio sería el de remitirse a la enunciación original y observar si se formula como "veía el cielo negro" (percepción concientemente subjetiva por parte del agente perceptivo mismo) o como "el cielo era/estaba negro" (y es entonces el sujeto de la enunciación, refiriendo la experiencia de un tercero, la fuente de la evaluación subjetiva: él veía el cielo negro, pero yo no . . .). Como en general es imposible reconstruir la naturaleza exacta del enunciado original, el problema es insoluble: no podemos saber si la expresión subjetiva debe atribuirse al actante comprometido en el proceso denotado o al sujeto de la enunciación que lo con-signa.

Recordemos, por último, que algunas unidades léxicas acumulan varios tipos de evaluación; por ejemplo:

- Los verbos de juzgar como "acusar" y "criticar" implican:
una evaluación del tipo B/M, vinculada a x
una evaluación del tipo V/F vinculada a L_0 ;
- algunos verbos de decir o de opinión implican:
una evaluación modalizante vinculada a x
una evaluación modalizante vinculada a L_0 ;

189. No hablamos aquí del discurso de ficción — en el cual, por otra parte, la oposición entre sujeto de la enunciación y sujeto del enunciado cesa, en cierta medida, de ser pertinente (o, al menos, debe reformularse de manera distinta).

- el verbo "jactarse" implica:

una evaluación axiológica positiva vinculada a x	}	vinculada a L ₀ .
una evaluación o bien axiológica negativa		
o bien modalizante negativa		

2.4. LOS ADVERBIOS SUBJETIVOS

El estudio de los verbos subjetivos nos ha enfrentado con el problema de la "modalización" y de la "modalidad", respecto de las cuales declara Todorov (1970, p. 7): "es, evidentemente, la categoría más compleja" y "su estudio plantea todavía múltiples problemas". "Evidentemente": no discutiremos este modalizador, plenamente justificado por la proliferación de formas significantes que pueden hacerse cargo de valores modales y por la extensibilidad casi infinita del campo de la modalización. Bally admite en la categoría a un adjetivo como "delicioso"; Culioli (1968), a los adjetivos "feliz", "agradable", "deseable", lo mismo que a sus antónimos; R. Scrick (1971), a los "apreciativos", que indican "la participación emotiva o afectiva del enunciante" (p. 125); Chabrol (1973) distingue, junto a los "modalizadores de la aserción", una clase de "modalizadores valorizantes" (bueno/malo, bello/feo), que traducen en la superficie un enunciado del tipo "apruebo" o "critico" (p. 25); Benveniste, aparentemente, integra en esta categoría la muy larga lista de verbos susceptibles de regir un infinitivo, y Scrick, hasta el verbo "dar"; no nos queda más que incorporar, siguiendo a Dubois (1969, p. 105), las "transformaciones modalizantes como ser el énfasis y el pasivo facultativo", "el uso de las relaciones de la lengua familiar, popular, literaria", "la oposición terminado/no terminado de las formas verbales" y el problema de "los enunciados referidos de distinto carácter, desde el "pienso que" hasta los realizativos —y los límites de la clase de los modalizadores viene a recubrir, incluso a desbordar, los de la clase de los hechos enunciativos.

En virtud de una decisión terminológica relativamente arbitraria, reservamos, por nuestra parte, el término de "modalizador" o "modalizante" sólo para los procedimientos significantes que indican el *grado de adhesión (fuerte o mitigada/incertidumbre/rechazo) a los contenidos enunciados por parte del sujeto de la enunciación*— vale decir, por ejemplo, para ciertos hechos entonacionales o tipográficos (como las comillas distanciadoras), para los giros atributivos del tipo "es verdad (cierto, probable, dudoso, indiscutible, etc.) que", para los verbos que hemos considerado como "evaluativos sobre el eje de la oposición verdadero/falso/incierto" y para los adverbios, muy numerosos, que se emparejan con ellos.

La clase de los adverbios ofrece ejemplos de todos los tipos de unidades subjetivas examinadas precedentemente (términos afectivos y evaluativos, axiológicos o no), pero los modalizadores se encuentran representados en ella de

modo especialmente masivo. Debemos limitarnos, desgraciadamente,¹⁹⁰ a enumerar aquí algunos de los principios que habría que hacer intervenir para constituir en base a ellos diferentes subclases:

— Modalidades de enunciado frente a modalidades de enunciación.

André Meunier (1974, p. 13) las opone en estos términos:

(M1): Modalidad de enunciación: remite al sujeto hablante (o escribiente)

(M2): Modalidad de enunciado: remite el sujeto del enunciado, eventualmente confundido con el sujeto de la enunciación

Esta oposición coincide con la que introdujimos para los verbos entre los subjetivos “intrínsecos” y los “ocasionales”, habiendo un único punto respecto del cual estamos en desacuerdo con Meunier: cuando el sujeto del enunciado resulta coincidente con el sujeto de la enunciación, los modalizadores que remiten a él deben considerarse como pertenecientes “ocasionalmente” a M1 (es molesto considerar, como lo hace Meunier, que “estoy seguro”, en “estoy seguro de que Oscar la esperó a María”, constituye una modalidad de enunciado . . .)

— Modalizadores que implican un “juicio de verdad” (“quizá”, “probablemente”, “sin duda”, “ciertamente”, “con seguridad”, etc.), frente a aquellos que implican un “juicio sobre la realidad” (“realmente”, “verdaderamente”, “efectivamente”, “de hecho”).¹⁹¹

— Aún podríamos enfrentar, sobre la base de un cierto número de criterios sintácticos y semánticos, los adverbios “francamente”, “sinceramente”, “confidencialmente”, “personalmente” —que pertenecen a la categoría M2; determinan en profundidad, cuando funcionan como modalizadores de enunciación, a un verbo “decir” elidido en la superficie; y especifican las condiciones y la naturaleza del hecho de habla—, y la serie “quizá”, “probablemente”, “sin duda”, “ciertamente”, “seguramente”, “por supuesto”, “evidentemente”, “obviamente”, “manifiestamente”, etc.: adverbios de tipo M1, que constituyen una serie mucho más abierta que la anterior, que determinan más bien en profundidad, bajo forma adjetival, a un verbo de opinión desaparecido de la superficie (“Pedro vendrá, probablemente” = “me parece probable la venida de Pedro”) y que precisan en qué grado el sujeto de la enunciación se adhiere al contenido de su enunciado (es decir, matizan a los modalizadores más neutros; sí/no, con los cuales, por otra parte, son compatibles).

Dejando a un lado este problema de la modalización, todavía quedaría mucho por decir, por ejemplo, de las expresiones restrictivas y “apreciativas” (Ducrot, 1972a, pp. 254 ss.) como “apenas”, “casi”, “no . . . más que”, “sólo”, etc.; de los adverbios (“ya”, “todavía”, “aún”) que no tienen sentido si no es con relación a ciertas expectativas de L_0 ; de los innumerables conectores pro-

190. “Desgraciadamente”: adverbio axiológico-afectivo.

191. Sobre esta oposición, aplicada a los adverbios modalizantes atestiguados en alemán, véase M. Perennec, 1974.

posicionales (“ahora bien”, “pues”, “puesto que”, “ya que”, “sin embargo”, “no obstante”, “por otra parte”, “empero”, “en efecto”, etc.), cuyo status sintáctico es tan problemático como evidente su rol enunciativo. Habría que considerar también otras partes de la oración (interjecciones,¹⁹² preposiciones,¹⁹³ conjunciones) además de las que favorece la tradición semántica con el pretexto de que están más claramente cargadas de contenido denotativo; la división de las partes de la oración que hemos llevado a cabo por razones de comodidad práctica se justifica apenas, por lo demás, en el plano teórico, ya que esta diferenciación se sitúa en un nivel relativamente superficial y puesto que a todas las atraviesan las mismas categorías enunciativas, categorías que es tiempo ya de recapitular.

Hemos admitido como subjetivos:

(1) *El rasgo semántico [afectivo]* (el que mantiene relaciones privilegiadas con el rasgo axiológico, sin que por ello deban confundirse ambos).¹⁹⁴

(2) *El rasgo [evaluativo]*. En el primer escalón de las unidades evaluativas figuran dos casos particulares cuyo rol enunciativo es preponderante:

– *los axiológicos, portadores de un rasgo evaluativo del tipo bueno/malo* (que afecta al objeto denotado por esa unidad y/o a un elemento cotextualmente asociado);

– *los modalizadores, portadores de un rasgo evaluativo del tipo verdadero/falso* (y que a menudo presentan una connotación axiológica, ya que lo verdadero presupone unilateralmente lo bueno).

3. LA GRILLA ENFRENTADA AL CORPUS: OTROS PUNTOS DE INSCRIPCION DE LA SUBJETIVIDAD LINGUISTICA

El inventario de las unidades subjetivas aquí propuesto ha sido elaborado “incivilizadamente”, fiándonos de lo que nos decía nuestra intuición sobre la especificidad semántica de algunos elementos léxicos. No sorprende, pues, que se revele como incompleta en el momento en que se intenta aplicar la grilla así elaborada al análisis de algún corpus en particular.

192. Cf. los afectivo-axiológicos “¡ay!”, “¡tanto peor!”, “¡tanto mejor!”, etc.

193. Cf., por ejemplo, la oposición “por culpa de” frente a “gracias a”.

194. Para un análisis de los “marcadores de satisfacción y de insatisfacción”, que constituyen “una de las intervenciones menos discretas de la afectividad en el discurso”, y a los que conviene distinguir de los modalizantes y de los axiológicos, véase N. Danjoux-Flaux, 1975.

Del conjunto muy diverso de textos que hemos sometido a ese trabajo de aplicación, seleccionamos dos: un corpus constituido por enunciados periodísticos que se refieren a un mismo asunto y un texto de Georges Perec, de pretensiones puramente descriptivas. Ellos nos permitirán ver en qué medida y de qué manera es conveniente ampliar los poderes de esta grilla de análisis: en efecto, aunque presta desde ya algunos servicios descriptivos, no alcanza a abarcar muchos hechos que tienen que ver, evidentemente, con la subjetividad del discurso.

3.1. CORPUS PERIODISTICO

Primer corpus: el conjunto de los informes aparecidos en los periódicos de París acerca de los dos procesos de Bobigny: el de Marie-Claire (octubre de 1972) y el de su madre y la "abortadora" (noviembre de 1972).¹⁹⁵

El fin que perseguíamos era ver en qué medida nuestra grilla de análisis era capaz de filtrar, en la masa de las informaciones de cada artículo, únicamente aquellas que mostraban rastros de la inscripción en el enunciado del sujeto de la enunciación; nuestra esperanza era la de llegar a evaluar, aun a grandes rasgos, el "porcentaje de subjetividad" que caracterizaba a cada uno de los artículos constitutivos del corpus.

Es el status enunciativo del periodista (L_0) lo que queríamos filtrar. Necesitábamos, pues, eliminar previamente —para acordarles un status diferente (que se tomaría en cuenta en una etapa ulterior del análisis)— todas las secuencias de discurso referido, tanto directo, como indirecto. Ya en esa etapa preliminar nos encontramos con serias dificultades, a las que nos referiremos más adelante. Por el momento, supongamos resuelto ese problema y que hemos conseguido aislar las secuencias que emanan, sin ninguna duda, de L_0 : ¿de qué manera y en cuáles puntos se inscribe éste en el enunciado?

Comenzamos, naturalmente, por descubrir e inventariar los términos afectivos, los axiológicos, modalizantes y otros evaluativos, puesto que desde el principio estábamos sensibilizados a su valor subjetivo. Pero la sola observación de los títulos de artículos nos hizo pronto tomar conciencia de que ese inventario dejaba escapar algunos hechos pertinentes.

Comparemos, en efecto, las siguientes fórmulas:

(1) "Una joven de 17 años, procesada por aborto, está en libertad" (*Le Monde*): es un enunciado factual, objetivo si los hay.

(2) "Aborto: "clemencia en el tribunal de Bobigny. Sobreseimiento para

195. Este estudio ha sido realizado en el marco de una Acción Temática Programada, patrocinada por el C.N.R.S. y dirigida por Maurice Mouillaud, sobre el tema: "Investigaciones sobre la información relativa a la limitación de los nacimientos y al aborto en la prensa durante el transcurso del último decenio" — habiéndose publicado algunos resultados de este trabajo con el título de *Stratégie de la presse et du droit. Le loi de 1920 y l'avortement au procès de Bobigny* ["Estrategia de la prensa y el derecho. La ley de 1920 y el aborto en el proceso de Bobigny"], P. U. L., Lyon, 1979.

Madame Chevalier" (*Le Figaro*): es un enunciado mixto, "Sobreseimiento" siendo objetivo y "clemencia", evaluativo.¹⁹⁶

(3) "El buen sentido y la equidad han prevalecido sobre la ley represiva del aborto" (*L'Humanité*): enunciado triplemente axiológico.

(4) "El caso 'Marie-Claire': los jueces de Bobigny: 'Desde su concepción el feto está protegido por la ley.'" Este título de *L'Aurore* no comporta ninguna evaluación, ninguna interpretación, no asume ninguna posición explícita por parte del redactor. Y sin embargo no se lo podría considerar objetivo.

Esta observación, y otras análogas, nos han llevado a ampliar el inventario de los tipos de intervenciones "subjetivas" de L_0 en la forma siguiente.

3.1.1. Intervención por selección

Lo que damos a entender con ello es que la totalidad de los hechos que constituyen el suceso, en el plano referencial, es prácticamente ilimitada; y que dar cuenta de ella verbalmente es ante todo decretar qué es lo que merece ser verbalizado dentro de esa enorme masa.

En este campo, el emisor que desea ser objetivo y el descriptor que intenta medir la subjetividad del emisor se enfrentan con la misma dificultad: no existe ninguna norma que defina al subconjunto que, si quiere ser honesto, debe explicitar un discurso a partir de un conjunto determinado de hechos. El descriptor se ve, pues, constreñido a admitir una norma meramente comparativa y a postular como "significable" (aun cuando estime que algunos elementos informativos por lo general se ocultan, pues si lo tuviera en cuenta ello equivaldría a otorgarle a su propia subjetividad una parte demasiado grande) a la suma de todas las informaciones que brinda el conjunto de los informes periodísticos, es decir, a la suma de todos los elementos referenciales que se encuentra verbalizados, una vez por lo menos.

La comparación, desde este punto de vista, de los distintos órganos de prensa permite entresacar de ese repertorio de informaciones el subconjunto seleccionado por cada órgano, en lo que concierne a:

— los hechos constitutivos del suceso mismo (ej.: en qué diarios están/no están consignados los aplausos, los gritos de alegría, los slogans reivindicativos que acogen el veredicto);

— los hechos anexos (ej.: la mención de los términos de la ley, el recuerdo de procesos análogos, etc.), respecto de los cuales es más difícil todavía determinar qué unidades de información son superfluas o extravagantes, son deficientes o están ocultas;

196. La "subjetividad" de este término se pone en evidencia en esta cita de *Le Monde* (24 de noviembre): "La mayor parte de los comentaristas han señalado el carácter moderado —si no la clemencia— de la sentencia": una misma realidad puede describirse mediante el empleo de dos términos que no son sinónimos, dependiendo la opción entre uno u otro de una opción evaluativa por parte de L_0 (la elección de "moderado" señala en este caso —como lo muestra el modalizante "si no" — una actitud más liberal que la de "clemente").

– las “informaciones útiles”: direcciones de organismos o de revistas,¹⁹⁷ fecha y lugar de manifestaciones previstas, etc.¹⁹⁸

– las citas, por último, en relación con las cuales conviene que se observe, no sólo la naturaleza del L₁ seleccionado, sino también la del segmento citado (así, por ejemplo, por la sola virtud de un hábil recorte, *La Nation*, no obstante citar a Gisèle Halimi y al profesor Milliez, consigue dar una visión eufórica del debate, una visión edulcorada y perfectamente despolitizada): la eficacia argumentativa de la “mutilación” de citas ya no necesita demostración.

Podemos volcar en un cuadro los resultados de esta primera investigación, representando en él a las unidades de información enunciadas/calladas por tal o cual órgano de prensa y a las personas a las que les presta/no les presta la palabra. Este cuadro pone de manifiesto la existencia de un núcleo informativo común a todos los artículos y de elementos periféricos que la mayoría de ellos no menciona (así, por ejemplo, algunas precisiones de orden económico aparecen exclusivamente en *L'Humanité*). Este cuadro permite, además, evaluar comparativamente la riqueza informativa de los diferentes órganos en relación con el corpus considerado: *Le Monde* ocupa desde este punto de vista el segundo lugar, superado sólo por *France-Soir*, que ofrece, para el segundo proceso, cuatro unidades inéditas de información.¹⁹⁹

Es difícil medir la importancia, en este tipo de discurso, de la forma de subjetividad que a continuación mencionamos, pero seguramente es considerable: se trata, ante todo, de la que menciona Viansson-Ponté,²⁰⁰ cuando denuncia como sigue el mito de la objetividad periodística:

197. Así, *Le Monde* precisa en nota la de Choisir [“Elegir”]; *La Croix*, la de la revista *Lumière et vie* [“luz y vida”].

198. A propósito de esto podemos observar que, curiosamente, todas las informaciones de esta naturaleza, sobre todo si figuran en un contexto valorizador, funcionan como una exhortación implícita a participar de la manifestación mencionada: el valor ilocutorio implícito del enunciado (conación) se encuentra adelantado respecto de su valor explícito (informativo).

199. Ellas son: la cita de un extracto de una declaración del doctor Palmer sobre “la cobardía de los médicos frente al aborto”; la mención de una toma de posición común a la F.E.N. y a la M.G.E.N. (sindicatos de docentes); la mención del hecho de que el gobierno danés contempla el aborto gratuito; y que una manifestación de apoyo a la señora Clevallier (la abortadora) ha tenido lugar en Nueva York frente al consulado general de Francia: las elecciones que hace *France-Soir*, en esta circunstancia y sobre este preciso problema, están muy “orientadas”.

200. Que no desmentiría, pues, esta observación de J. L. Pinard-Legry (*La Quinzaine littéraire*, Nº 197, 1º - 15 de marzo de 1979, pp. 25-26): “La manipulación ideológica o, si se prefiere, la utilización de la información –que no habría que considerar como un pecado– a veces, en *Le Monde*, se da más por omisión que por deformación. A menudo es el silencio de “*Le Monde*”, más que sus interpretaciones, el síntoma de su falta de objetividad.”

“La objetividad absoluta, la pureza del cristal, eso no existe. Todo es opción en este oficio —¿y quién puede pretender hacer sólo opciones objetivas e indiscutibles? Poner una noticia como encabezamiento de un informativo de televisión, de un boletín radial o a tres columnas en la primera página de un diario; comentar un asunto y no otro; renunciar a un determinado despacho —porque es imposible decir todo o imprimir todo—, para poder publicar otro [. . .]; mencionar tal o cual marca, producto o persona y no recordar otros nombres o indicaciones [. . .]. A cada instante, y cualquiera que sea el diario, su fórmula, su tendencia, si la tiene, o su objeto, es necesario elegir y, por lo tanto, faltar a la im- posible objetividad.”

Carencia que, por otra parte, golpea igualmente a todas las formas de discurso: el del diccionario (problema del “tabú lexicográfico”),²⁰¹ por ejemplo, o el de diversas ciencias, en especial el de la historiografía, del que afirma Michel de Certeau (1976, p. 56) que es esencialmente mistificador, en tanto se presenta como totalizador y, al hacerlo, “hace olvidar lo que elimina”.

Para concluir provisoriamente estas breves reflexiones sobre el problema de la exhaustividad discursiva, consideremos los tres puntos siguientes:

— Cuanto más se esfuerza un discurso por ser exhaustivo, tanto más tiende a la objetividad; cuanto más selecciona severamente las informaciones que se verbalizarán, tanto más corre el riesgo de pasar por subjetivo.

— La exhaustividad en cuestión es, por supuesto, relativa a un objeto temático y a un universo del discurso específico: ser exhaustivo no significa decir *todo* sobre *todo*, sino decir solamente todo lo que —en una situación dada y teniendo en cuenta los conocimientos previos de los enunciantes— es pertinente para un tema dado. Con relación a esta norma informativa es posible calcular las desviaciones, tanto positivas (informaciones redundantes, superfluas y “desplazadas”) como negativas (informaciones lagunosas). Ahora bien, a pesar de lo que afirma Louis Lambert, con su habitual seguridad (en la redacción de los procesos penales —declara en la p. 53— conviene ser a la vez “preciso” = “decir todo lo que es útil, sin omitir nada” y “conciso” = “no decir más que lo que es útil”: “Tengan presente que si se ponen a dejar constancia de todo en el procedimiento, a detallar cada uno de sus hechos y gestos, prohibiéndose hasta la menor elipsis, no habría más ningún límite lógico a esa necesidad de exhaustividad: haría falta entonces que verbalizaran el timbrazo dado en la puerta del domicilio que van a registrar, el asiento ofrecido al testigo que comparece, la comida que le han permitido hacer a la persona que custodian, el menú de esa comida . . .”), en general es imposible determinar cuáles serían idealmente esas informaciones necesarias y suficientes. En lo que respecta a las

201. Cf. S. Delesalle y L. Valensi haciendo notar la ausencia, en algunos diccionarios franceses del Antiguo Régimen, de una entrada “*nègre*” [“de raza negra”], a pesar de que la palabra figura en algunas definiciones que proponen esos mismos diccionarios; y el hecho de que “masturbarse” todavía no figura en el *Nuevo pequeño Larousse ilustrado* de 1964.

desviaciones negativas, el problema se plantea en la siguiente forma: en el vastísimo conjunto de las informaciones no verbalizadas, ¿dónde conviene que tracemos el límite entre lo que no había de decirse y lo que, deliberadamente o no, ha sido censurado? Porque no decir una cosa no significa “ocultarla” si no es con relación a un sistema pautado de expectativas. En el curso de una exposición que concierne al sujeto de la enunciación encuentro que me reprochan el ocultamiento del sujeto psicoanalítico: sea; ¿pero sería pertinente reprochar a un psicoanalista que expone su concepción del sujeto el hecho de que no hable del sujeto lingüístico? ¿Es legítimo reprochar a Ducrot que deje de lado el problema de la inserción institucional de los funcionamientos lingüísticos²⁰² o ciertos aspectos (el conjunto de las “creencias”, de los “conocimientos compartidos”, de las “evidencias” de una colectividad, sobreentendidos en los comportamientos lingüísticos) de lo que está implícito en el discurso (cf. “Prefacio” a Paul Henry, 1977, p. 175: “Se me puede reprochar, en virtud de un esquema argumentativo que está de moda, el querer ‘ocultar’ (o, peor, ocultar ‘objetivamente’) toda la parte de lo implícito de la que no me ocupó . . .”)? ¿Cuál es el grado de validez de este tipo de contra-argumento? ¿Qué es, en una situación dada, lo que es “normal” decir o no decir? Si el principio enunciado por D. Maingueneau (1976, p. 45) es irrefutable (“además de la negación pura y simple de los enunciados de otros, hay otro medio de negar, *mucho más difícil de descubrir*: es el silencio, la laguna [. . .]. *La ausencia hace sentido tanto como la presencia*, pero se necesita un cuadro comparativo para hacerla aparecer”), la lingüística es totalmente incapaz —a excepción, precisamente, del caso en que existe, como en los informes de la prensa, un “cuadro comparativo”— de responder a todas las preguntas que se originan en la “ley de la exhaustividad”, y la intuición que en este asunto se tiene respecto de la *norma* sigue siempre en alto grado subjetiva.²⁰³

— Aun restringiéndola así a un particular universo del discurso, la exhaustividad no deja de ser imposible: “Yo digo, lo que equivale siempre a: yo digo algo; luego: no digo el resto, que en principio no era menos decible. No habiendo dicho todo, no he dicho la verdad: ‘toda la verdad’. Toda primera enunciación es ya una mentira . . .” (Vincent Descombes.) “Así, la humanidad miente por omisión y el lenguaje se funda sobre esa mentira” (Georges Bataille.²⁰⁴) Mentir por omisión: es la suerte inevitable del sujeto que discurre.

202. Como lo hacen también M. Ebel y P. Fiala, pp. 131 ss.

203. A propósito de los acontecimientos del Zaire (intervención de la legión francesa que arrasa Kolwezi), *Le Monde* del 23 de mayo de 1978 reprocha a *Rouge* guardar silencio sobre la masacre de europeos cometida por los rebeldes, en tanto que *Le Journal* del 24 de mayo le reprocha a *L'Humanité* no mencionar ni esas masacres ni las otras intervenciones militares extranjeras, y sobre todo cubanas, en territorio africano. ¿Pero son igualmente “anormales” los dos silencios?

204. *L'Erotisme* [“El erotismo”], 10/18 (U.G.E.), 1965 (1ª ed. Minuit, 1957), p. 206.

3.1.2. La organización jerárquica de las informaciones

El periodista, pues, está obligado a elegir (subjctivamente) en el conjunto de las informaciones verbalizables las que va efectivamente a verbalizar y que por ese mismo hecho van a constituir el "suceso". Pero su actividad selectiva se ejerce asimismo, como lo ha señalado también Viansson-Ponté, en otro nivel: el de la *organización jerárquica* de las informaciones seleccionadas, la cual es el resultado de factores complejos como los siguientes:

- su presentación tipográfica; podemos comparar en esta forma los siguientes títulos de *Dernière Heure lyonnaise* y de *Libération* respectivamente: "Reconocido inocente del asesinato de la calle Richard-Lenoir, PIERRE GOLDMAN ES CONDENADO A DOCE AÑOS DE RECLUSION CRIMINAL"/"Condenado a doce años de reclusión criminal; SE RECONOCE INOCENTE A PIERRE GOLDMAN DEL ASESINATO DE LA CALLE RICHARD-LENOIR".

- su lugar relativo entre las noticias, "habladas" o escritas,
- la articulación sintáctica de las unidades oracionales y enuncivas que las toman a su cargo.

Sin entrar a detallar los diferentes procedimientos que le permiten al enunciado "focalizar" tal o cual unidad de contenido,²⁰⁵ consideremos un solo ejemplo, el de las dos secuencias que sirven para comentar la misma fotografía, perteneciente al proceso de Bobigny: "Marie-Claire y su abogado" y "Gisèle Halimi y su cliente" no jerarquizan de la misma manera a los dos actantes narrativos; para los jueces de la cámara de apelación, según palabras de uno de ellos, la principal dificultad que les presenta la redacción de los fallos proviene de que el orden en que se presentan los argumentos es inevitablemente interpretado, mal que le pese a su redactor, en términos de jerarquía.

3.1.3. La subjetividad "afectiva":

"Este penoso asunto", "esta triste realidad", "la desdichada señora B", "la pobre mujer": expresiones todas que deben considerarse subjetivas en la medida en que indican que el sujeto de la enunciación se encuentra implicado emocionalmente en el contenido de su enunciado. Tienen, al mismo tiempo, una función conativa, ya que, al afectivizar así al relato, el emisor espera que la repulsión, el entusiasmo o la piedad que él manifiesta alcanzarán de contragolpe al receptor y favorecerán su adhesión a la interpretación de los hechos que él propone.

Aunque no están totalmente ausentes de *Le Monde*, las expresiones de este tipo son particularmente numerosas (al menos en lo que concierne a nuestro corpus) en *France-Soir* y *L'Humanité*.

205. Sobre el problema del orden de palabras ("naturalis" o "rectus", "metafísico" o "moral", "intelectual" o "afectivo") y de la "mimesis oracional", véase Genette, 1976, capítulo "Blanco bonete frente a bonete blanco"; y sobre los "binomios irreversibles" que connotan "una jerarquía de preferencia semántica", véase Lyons, 1978, p. 223.

Observación:

Cuando considerábamos más arriba el problema de los términos afectivos, no llegamos a señalar respecto de ellos que era conveniente distinguir

- los que enuncian una reacción afectiva de L_0 : “esta triste realidad” = esta realidad que me entristece,
- de los que predicán respecto de un actante del enunciado: “Pedro estaba triste en esos días”.

Hasta ahora se trataba únicamente del primer tipo de utilización. Sin embargo, el segundo proviene también (como lo señala *a contrario* Peter Handke respecto de *La femme gauchère* [“La mujer zurda”]: “Es un relato descriptivo, en el que no se menciona ningún sentimiento, y esto me ha abierto un camino completamente nuevo. En mis libros anteriores [. . .], aparecen siempre “sentía”, “se alegraba”, “estaba asustado”. Esta vez, la mujer zurda mira por la ventana, toma una taza de té, enciende el gas. Esta descripción objetiva me ha salvado de la retórica del ‘yo’,”²⁰⁶ e, independientemente del proceso de identificación —que interviene necesariamente entre los actantes de la enunciación y del enunciado—, de una cierta forma, diferente y más sutil, de subjetividad lingüística, a la que a falta de un nombre mejor llamaremos:

3. 1. 4. La subjetividad de tipo “interpretativo”

- La denominación léxica o perifrástica.

“Dos gitanos violan y masacran salvajemente a una pareja de turistas ingleses”: Cavanna glosa este titular periodístico en los siguientes términos: “‘Dos auverneses violan y masacran salvajemente a una pareja de turistas ingleses. El tribunal los condena a muerte’. Si un diario desplegara este titular, ¿qué creen que ocurriría? Sucedería que un ejército de auverneses enfurecidos invadiría los locales del diario, rompería todo, le daría una paliza al director y provocaría un incendio. Y las buenas gentes dirían ¡Bravo! y los contestatarios que no son buena gente dirían ¡Bravo! y, en fin, sería la unanimidad nacional contra esa *designación tendenciosa* de los asesinos por su sola condición de auverneses. Y todo eso estaría bien y sería justo. ¿Por qué, entonces, les pregunto, ningún ciudadano apasionado por el bien y la justicia no ha dado un gran salto en el aire, saliéndose de sus pantalones hasta el límite de la elasticidad de sus tiradores, cuando leyó esto: ‘Dos gitanos violan y masacran salvajemente a una pareja de turistas ingleses’? ¿Por qué, eh, por qué? Todos los diarios han puesto ‘gitanos’ en los titulares. Hasta *Le Monde*, al que se supondría más atento a estas cosas. Hasta *Libération*, cuya epidermis es tan sensible para todo lo que huele a racismo. Hasta hoy, por lo que yo sé, ningún comando de gitanos ha ido a darle una paliza a ningún director de ningún diario. Es que los gitanos tienen el hábito. Los diarios también tienen el hábito. Lo tenemos todos, bien incrusta-

206. Cf. *Le Monde*, 18 de mayo de 1978, p. 17.

do bajo la piel. 'Dos gitanos matan. Un árabe viola' . . . He aquí unos hábitos que quizá valdría la pena tratar de perder, ¿no?'²⁰⁷

¿Qué hay más objetivo en apariencia, sin embargo, que la palabra "gitano"? Pero en apariencia solamente.

En efecto, denominar un objeto equivale a emplear una etiqueta significativa que permite su identificación. Hasta ahora hemos considerado como objetivas las etiquetas cuya validez de aplicación difícilmente podía ser puesta en duda (es decir, se la podía demostrar fácilmente). Pero si las examinamos más de cerca advertimos que aun esas denominaciones "objetivas" son "subjetivas", en la medida en que siempre hay varias unidades léxicas que, sin ser sinónimas, pueden desempeñar conjuntamente ese papel denominativo —dado que todo objeto está constituido por un conjunto casi ilimitado de propiedades, algunas de las cuales solamente se retendrán en forma de semas en la unidad significante adoptada. Denominar es elegir dentro de un determinado paradigma denominativo; es hacer "perceptible" el objeto referencial y orientarlo en una cierta dirección analítica: es abstraer y generalizar, es clasificar y seleccionar: la operación denominativa, sea que se la efectúe bajo la forma de una palabra o bajo la de una perífrasis (es decir, que predique implícita o explícitamente acerca del objeto denotado) no es nunca, pues, inocente, y toda designación es necesariamente "tendenciosa". Hasta una frase como "la marquesa salió a las cinco" es, en este sentido, "subjetiva", puesto que opta por designar al actante valiéndose de su título de nobleza, es decir, mediante su status social.²⁰⁸ Siempre en este mismo sentido, diremos que ningún elemento léxico es pasible de una utilización enteramente objetiva.

No obstante, distinguiremos una vez más grados diversos dentro de esta subjetividad "interpretativa" y admitiremos que términos como "auvernés" y "marquesa" (que interpretan al referente sólo en la medida en que enfatizan algunas de sus propiedades y, a la vez, dejan las otras a un lado —dependiendo, en cierta forma, su subjetividad del caso más general de la "subjetividad por selección"—) no se subjetivizan verdaderamente más que en algunos aprovechamientos argumentativos: puede advertirse que Cavanna se irrita por la mención de los 'gitanos', pero no por la de los "turistas ingleses", que corren un riesgo mucho menor de dar lugar a inferencias ideológicamente graves (del tipo:

207. *Charlie-Hebdo*, No 294, 1º de julio de 1976, pp. 3-4. Cavanna prosigue así su razonamiento por el absurdo: "Supongamos que los violadores asesinos hayan sido ambos rectificadores de metales brutos de desmolde: 'Dos rectificadores de metales brutos de desmolde violan, etc. . . .' No, no va. Eso no es un título, Coco. Y además, ¿querés echarnos a los sindicatos encima?"

208. Cuando nombra a los personajes de *Eugéne Grandet*, Balzac por lo general "toma partido" (cf. R. Le Huegen y P. Perron, 1974, p. 46). Pero al lado de los predicados afectivos y axiológicos ("el sublime viñador", "ese noble corazón", "la pobre heredera", "esa oveja", etc.) su parcialidad se manifiesta también en las apelaciones de tipo "predicativo social", que "hacen intervenir distinciones de orden familiar, de parentesco, de orden profesional, así como un sistema de clases propio de la burguesía que constituye el entorno (patrones frente a sirvientes)" (p. 43).

“(que hayan sido) gitanos, no sorprende”). En cambio, deben considerarse como francamente y constantemente interpretativos, en la medida en que implican una verdadera opción analítica por parte de L_0 , los siguientes términos:

- los evaluativos no axiológicos: la heroína del primer proceso de Bobigny es ya “la pequeña Marie-Claire”, ya “una jovencita alta”;

- los términos psicológicos y afectivos: aunque prediquen acerca de un actante del enunciado, estos términos implican una opción interpretativa cuyo valor subjetivo intenta a veces neutralizar L_0 valiéndose de un operador de objetividad: “visiblemente intimidadas por la idea de tomar la palabra . . .” (*Le Monde* del 24 de noviembre); “el azoramiento de los magistrados” (esos mismos magistrados que *L' Aurore* describe como hombres “circunspectos” que obran con toda serenidad) “se transparentaba en el juicio de Bobigny” (*L' Humanité* del 23 de noviembre);

- las denominaciones generalizadoras o, por el contrario, particularizadoras: así, en *L' Aurore* del 23 de noviembre, las manifestantes se convierten en “actrices”, y esta selección, dentro del conjunto denotativo, de una subclase con malas connotaciones (y que sólo comprende en realidad a Delphine Seyrig y a Françoise Fabian) permite descalificarlas globalmente y desarrollar el tema del “exhibicionismo”;

- las denominaciones “parciales” (que “toman partido”), como el término de “secuestrada”, que Gide prefiere deliberadamente (cf. *La Séquestrée de Poitiers*, [“La secuestrada de Poitiers”] Gallimard, 1930) al de “reclusa”: el secuestro se opone a la reclusión —y todo el problema jurídico efectivamente está allí— como un comportamiento forzado (“arbitrariamente”) frente a uno voluntario;

- las denominaciones eufemísticas (los fetos son para *L' Aurore* “pequeños seres”) o figuradas (que en cierta forma son subjetivas, pero que son más bien raras de encontrar en el discurso periodístico).²⁰⁹

-- El emisor es dueño y señor de esas opciones denominativas. Pero también interviene en la *aproximación de hechos* que no están dados inmediatamente como asociados a nivel referencial.

- Establecimientos de paralelismos. Ejs.:

La Croix del 12 de octubre de 1972:

(1) “Por el contrario, difícilmente se puede dejar de convenir en que es extraña la impunidad de 343 mujeres que firmaron oficialmente su declaración sobre el delito, cuando vemos que se juzga a una jovencita de 17 años

209. F. Giroud (1979) insiste sobre este tipo de subjetividad interpretativa, al ilustrar el hecho (p. 28) de que un mismo acontecimiento puntual (un hombre atropellado por un auto, una tarde, en los Campos Elíseos) puede ser aproximado en el cuadro general del problema del alcoholismo, de la polución, de los horarios de trabajo . . . en un informe de prensa, “puede meterse todo. Pero quedan los hechos.”

por el mismo delito”: esta aproximación le permite a Geneviève Lainé desarrollar el tema de la “injusticia”.

(2) “Sobre este punto es sintomático el hecho de que el enfrentamiento entre policía y manifestantes tenía lugar el lunes a dos pasos de un cine pornográfico que exaltaba ‘los juegos olímpicos del sexo’”: esta aproximación inédita de dos hechos especialmente contiguos le permite vincular el problema del aborto al de la “polución moral”.

● Establecimiento de relaciones lógicas entre los hechos, que se remontan en su mayoría a una archi-relación: la de la implicación, la cual se realiza en la superficie recurriendo a una subordinación causal, final o consecutiva, o a diversos procedimientos léxicos: “este resultado *se debe* en parte a la toma de conciencia de la opinión pública”: “el proceso a la mamá de Marie-Claire *debería significar* que la ley que reprime el aborto está caduca actualmente”: interpretación de *L’Humanité*, frente a la cual *L’Aurore* adopta exactamente la actitud opuesta, dirigiendo todos sus esfuerzos de argumentación a borrar la relación de implicación que podría establecerse entre el acontecimiento puntual (el proceso de Bobigny) y el principio general (caducidad de la legislación sobre el aborto): “De ello *no se debe deducir* ninguna toma de posición favorable a una generalización del aborto²¹⁰”.

● Establecimiento de sistemas de oposición. Ejs.:

France-Soir del 24 de noviembre:

(1) “Este problema lleva una larga incubación en nuestro país. Ha subsistido latente bajo la ceniza. Mientras maduraba clandestinamente en las conciencias femeninas, en la vida familiar la fachada moral, jurídica, religiosa, permanecía intacta [. . .]. Y después, de golpe, ha cambiado el decorado”:

Elementos en oposición:

las conciencias femeninas subterráneas / las “fachadas” familiar, moral, jurídica, religiosa.

Predicados en oposición:

está en movimiento / es inmutable
 es una realidad / no es más que una apariencia (cf. la connotación de “fachada” y “decorado”).

210. El hecho de que las interpretaciones causales de los acontecimientos siempre son subjetivas aparece claramente, por ejemplo, en la siguiente circular emanada del Consejo de la Universidad de París VIII (el 27 de enero de 1978), relativa a las “extorsiones” que habían tenido lugar en el seno de la universidad: “Es un flagelo que se ensaña a la puerta de algunos establecimientos escolares en numerosos distritos de la región parisense y cuyas causas profundas están vinculadas con nuestra sociedad actual y especialmente con la ‘miseria’ material y moral en la que está inmersa una parte de la juventud” --circular que comenta en los siguientes términos el Boletín de la Federación nacional de los sindicatos autónomos de la enseñanza superior (Nº 17, febrero-marzo de 1978, p. 13): “Dejamos a la administración del Consejo de la Universidad de Vincennes la responsabilidad de la explicación parcial contenida en el último párrafo citado. Tales excusas sólo pueden incitar a los culpables a continuar.”

(2) “El paso decisivo, es decir, la libertad completa del aborto, está inscrito en la lógica de la evolución actual. Seamos muy claros una vez más: el aborto libre plantearía en nuestra sociedad, hoy, más problemas que los que habría de resolver. El buen sentido sugiere una primera etapa. . .”

Elementos:

lógica → liberación total / buen sentido → liberación parcial (elementos que L₀ jerarquiza axiológicamente: el buen sentido es preferible a la lógica).

L' Aurore del 23 de noviembre:

(1) “Todo el mundo dice lo que se le ocurre y la victoria la consiguen siempre los más exhibicionistas; en este caso, esas actrices que, por así decirlo, han venido a Bobigny a desnudar su intimidad proclamando que se habían hecho abortar”:

problema privado	/	problema exhibido en la plaza pública
caso de conciencia individual		(→ clima pasional, incidentes)
(cf. “la convicción profunda de cada uno”)		(cf. “actrices”, “exhibicionistas”, “excitadas”, “publicidad extravagante”).

la expresión: “su intimidad / desnudada”,
 franquea en cierta forma una barrera natural: decir que se ha abortado es cometer un acto cabalmente profanador.

(2) Términos de la oposición:

la opinión pública	/	los hombres circunspectos y sabios:
los diputados		teólogos, médicos, educadores

Predicados:

versátiles, influenciables/	competentes, libres y obstinados
-----------------------------	----------------------------------

(cf. “la opinión arrojada al azar”, los diputados que parecen preguntarse en qué sentido les vale más pronunciarse” —entregados como están a su clientela electoral).

(3) “lo que es seguro es que, aunque se modificase la ley, no se modificaría la regla moral a la que estamos sometidos”:

Términos:

regla moral	/	ley (jurídica)
-------------	---	----------------

Predicados:

perdurable e inmovible	/	evolutiva, modificable
------------------------	---	------------------------

(4) “De ello no se debe inferir ninguna toma de posición favorable a una generalización del aborto”:

veredicto particular / problema general

(5) “¿Habría que (. . .) abrir desde hoy establecimientos que pudieran conjugarse, por ejemplo, con las maternidades y tener, por qué no, los mismos practicantes? Idea insensata” – porque asimila concretamente (y esta asimilación es monstruosa, contra natura) dos términos denotativa y connotativamente antonímicos:

parto → vida / aborto → muerte.

Muchos hechos podrían atribuirse todavía a la subjetividad interpretativa. Pero sigamos y lleguemos a los modalizadores y los axiológicos, con los que nos encontramos en terreno más conocido:

3.1.5. La subjetividad modalizante

Hemos examinado de cerca, en relación con los contenidos específicos que modalizan, el funcionamiento de las expresiones que especifican el modo de aserción (constativo, hipotético, obligatorio²¹¹, etc.) de las proposiciones enunciadas y el grado de adhesión (alto, reticente, con matices²¹²). del sujeto de la enunciación respecto del contenido afirmado, teniendo en cuenta para ello el uso de las comillas, fácilmente ironizantes; de las preguntas retóricas, tan frecuentes en los enunciados periodísticos (*Combat*, 24 de noviembre: “¿son todos convincentes, los argumentos que tenemos delante?”, y de las presuposiciones que se aplican a algunas unidades léxicas como “pretender” y también “creer” conjugado en el pasado (“creyó que tenía que justificarse” → no tenía que hacerlo, se equivocó al hacerlo: la modalización, como se ve, desemboca a menudo en lo axiológico).

3.1.6. La subjetividad axiológica

La identificación del valor axiológico de un término, cuando no proviene del sistema, no siempre es fácil: requiere que se tenga en cuenta el contexto

211 Estas expresiones son de carácter variado: el obligatorio utiliza, por ejemplo, el verbo “deber”, el impersonal “hay que”, y giros como “la liberalización judicial *hace* ahora *imperativa* una intervención legislativa”.

212. Cf. los circunloquios del *Figaro*: “*Si bien nadie puede, razonablemente, ser favorable al aborto libre considerado como medio contraceptivo, si la idea del aborto, en todos los casos, no puede ser sino rechazada, parecería que este método no debe ser rechazado sistemáticamente.*”

verbal (ej. “el *respeto* *histórico* por los fetos”) y lo que se cree saber de la ideología de L₀²¹³.

El estudio debe tener como resultado un inventario comparativo de las investiduras axiológicas que obran en los distintos artículos, teniendo en cuenta la fuente evaluativa del objeto que recibe la evaluación positiva o negativa y el grado de intensidad con que ésta se formula (así, el estilo de *L'Humanité* se caracteriza por la frecuencia con que aparecen los axiológicos superlativos; por ejemplo: “*profundamente* injusta”, “un *monumento* de hipocresía”, etc.).

Un único ejemplo: *L'Aurore* del 23 de noviembre, que toma posición

- contra el hecho mismo del proceso: *chocante* – llevado *brutalmente* a la *plaza pública* – clima *pasional* – ; qué de *incidentes!*

- en favor de los adversarios del aborto: *no* son unos *retrasados peligrosos*, de mentalidad meramente *represiva*”

- contra la actitud del Colegio de médicos respecto al asunto: *incidente desagradable* – idea *jesuítica* – actitud *hipócrita* .

- en favor del profesor Millier: *escripulo* – *integridad* – católico practicante..

- en contra de Foyer: *debería ser el último en ignorar* que un diputado goza de impunidad – *olvida* las reglas fundamentales del procedimiento;

- contra los diputados: *maquiavélicos* y *versátiles*;

- contra la ley actual, *injusta* en tanto penaliza a los más pobres;

- en favor de algunas formas de aborto, practicadas *apaciblemente por médicos competentes*, que *liberan* a las pacientes de su *carga* en el más grande *bienestar* físico y moral;

- en contra de la liberalización del aborto: idea *insensata* – sería *extraño* que en una época en que nos alzamos contra la pena de muerte se *condene a muerte a seres inocentes*;

- contra sus sostenedores, esas “*libertadoras*”, esas *exhibicionistas insensatas*²¹⁴.

213. Para determinarla pueden utilizarse algunos tests, como el de la inserción de “pero”. Por ejemplo, la extravagancia de la secuencia “una ley injusta, inmoral pero caduca” tiende a probar que, en este contexto, “caduca” se connota negativamente.

214. Aun cuando no lo está de manera tan vehemente como el de *L'Aurore*, el discurso de *Le Monde* está claramente axiológizado: ataca discretamente la actitud de la justicia e irónicamente la de la policía (“con las precauciones que todos sabemos”); hace indirectamente el elogio del juez Casanova, condena explícitamente la ley “hipócrita” sobre el aborto y habla en términos discretamente favorables del proyecto propuesto por Michel Rocard y la organización “Choisir”. Pero su actitud hacia el problema general del aborto tiene matices: con frecuencia es legítimo abortar, pero el aborto clandestino es peligroso y condenable, y la maternidad “puede brindar profundas alegrías”.

El objetivo de este inventario sería el de iluminar comparativamente la actitud (favorable o desfavorable) de los distintos emisores frente al problema del aborto.

Conclusiones

Lo que nos interesa aquí no son los resultados completos del análisis. Queríamos simplemente mostrar que para llegar a detectar en los distintos diarios diferencias relevantes respecto de su orientación ideológica, y respecto de la modalidad enunciativa elegida para expresarla, era necesario ampliar la grilla de análisis que habíamos elaborado abstractamente, dado que el emisor tiene a su disposición medios más discretos que los modalizadores y los axiológicos (“estimo que la liberalización del aborto es una cosa buena/mala”) para enunciarse en el enunciado, caracterizándose el discurso periodístico precisamente por el hecho de que aun sin recurrir a procedimientos tan llamativos igual presenta claramente la marca de la posición ideológica desde donde habla el emisor.

Al confrontarlo con este primer corpus, hemos debido agregarle a nuestra grilla inicial las modificaciones siguientes:

- adición de la subjetividad por selección y por jerarquización de las unidades informativas;
- ampliación de la categoría de los evaluativos, fundándola en la “subjetividad interpretativa”, cuyos puntos de inscripción son extremadamente diversos, y que poco a poco tiende a absorber la casi totalidad del material léxico y sintáctico.

Este inventario clasificatorio de los procedimientos de subjetivación de un enunciado ²¹⁵ nos lleva a las siguientes conclusiones provisorias:

- la imposibilidad de la objetividad discursiva;
- el hecho de que si bien todos los enunciados están marcados subjetivamente de una cierta manera, esta manera puede variar considerablemente de uno a otro (la afectivización del discurso caracteriza así a *France-Soir* y a *L'Humanité*, y a ambos, y también a *L'Aurore*, los caracteriza asimismo la abundancia de axiológicos);
- el hecho de que si nos conformamos con la simple localización de unidades aisladas y aisladamente subjetivas, corremos el riesgo de dejar escapar un cierto número de significantes cuya relevancia enunciativa proviene exclusivamente de que se encuentran envueltos en una cierta dinámica argumentativa, y de ese modo colaboraríamos en la construcción de una *versión* (o, como dicen algunos

215. Que sigue la misma dirección que otros análisis similares, como el realizado por A.M. Löffler Laurien sobre los titulares periodísticos referentes al “fusilamiento de Munich” (setiembre de 1972): en particular, identifica en ellos subjetividades de tipo afectivo e interpretativo (el conjunto *Le Figaro*, *L'Aurore*, *L'Humanité* se caracteriza por una visión a la vez apreciativa y puntual de los hechos, en tanto que *Le Monde* y *Combat* intentan interpretarlos histórica y políticamente, reubicándolos “en un encadenamiento cronológico en el que todo es explicable por una sucesión de causas y efectos”).

lógico-lingüistas, de una “modelización”, una “esquemización”) de los hechos verbalizados.

3.2. UN TEXTO DE GEORGES PEREC

Segundo corpus: George Perec. “Tentative D'épuisement d'un lieu parisien” [“Tentativa de agotamiento de un paraje parisiense”], publicado por el grupo “Cause commune” en *Le Pourrissement des sociétés*, 10/18 (U.G.E.) 1975, pp. 59-108.

El 18 de octubre de 1974, Perec se instala en un “bistrot” de la plaza San Sulpicio. Contempla, e intenta consignar por escrito, sin “tomar partido” (p. 88: “Sería verdaderamente, tomar partido, el decir, por ejemplo, que hay menos gente o menos autos que la víspera”), *todo* lo que ve (y ver *todo* lo que pasa). De la misma manera en que el observatorio de Perec constituye un lugar estratégico desde donde pretende “agotar” la plaza San Sulpicio, también su texto-límite constituye un lugar estratégico a partir del cual se puede tomar la medida de los límites que, inevitablemente, llégan a circunscribir el campo de la objetividad discursiva.

El texto comienza así:

“Hay muchas cosas en la plaza San Sulpicio, por ejemplo: un ayuntamiento, un palacio de las finanzas, una comisaría, tres cafés —de los que uno vende tabaco—, una iglesia en la que trabajaron Le Vau, Gittart, Oppenord, Servandoni y Chalgrin y que está dedicada a un capellán de Clotario II que fue obispo de Bourges de 624 a 644 y cuya fiesta es el 17 de enero; un editor, una empresa de viajes, una parada de ómnibus, un sastre, un hotel, una fuente decorada con las estatuas de cuatro grandes oradores cristianos (Bossuet, Fénelon, Fléchier y Massillon), un quiosco de periódicos, un vendedor de objetos piadosos, un estacionamiento, un instituto de belleza, y muchas otras más todavía.”

Esos son los elementos fijos de la decoración, aprehendidos en un golpe de vista panorámico: el escritor no se ha apostado todavía en el café San Sulpicio. Pero aparte de este prólogo, el texto entero estará ubicado en perspectiva, es decir que lo que anunciará respecto del paisaje urbano serán únicamente las cosas vistas por él desde un lugar preciso (sucesivamente, los tres cafés de la plaza) en un momento preciso. Esto habla de la importancia de los deicticos en su texto:

- p. 60: “la fecha: 18 de octubre de 1974
la hora: 10 h. 30
el lugar: Estanco San Sulpicio (café)”;
- p. 66: “la fecha 18 de octubre de 1974
la hora: 12 h. 40
el lugar: Café del Ayuntamiento”;

p. 77: "la fecha: 18 de octubre de 1974
la hora: 15 h. 20
el lugar: Fuente San Sulpicio (café)".

y Perec insiste constantemente sobre el hecho de que todo lo que describe es así "desde un cierto punto de vista" (ej. p. 63: "Sobre el terraplén hay bancos, bancos dobles con un solo respaldo. Desde mi lugar puedo contar hasta seis.")

— Primer problema: entre esas dos visiones, la panorámica y la perspectivizada, no es evidente que la primera sea más "objetiva" que la segunda, que corresponde en un cierto sentido a la situación "objetiva" del sujeto hablante. A esta ambigüedad del concepto de objetividad nos volveremos a referir en seguida. Habría que precisar, además, que el carácter relativo de la visión desde una perspectiva se relaciona con dos fenómenos —el lugar en que se origina la mirada, que delimita el campo visual; y la movilidad de esa mirada, que no se puede fijar al mismo tiempo sobre todos los puntos de ese campo visual—, de los cuales solamente el segundo debe considerarse como un factor de subjetividad perceptiva, si se admite la siguiente definición de objetividad: se considerará como objetiva a toda notación susceptible de formularse en los mismos términos, exactamente, por parte de un conjunto de emisores colocados, exactamente, en la misma situación espacio-temporal.

Así pues, empezaremos por eliminar, aun sabiendo que esta exclusión reposa sobre una restricción discutible del campo de la subjetividad, la subjetividad de orden deíctico (en virtud de la cual el escritor, utiliza, por ejemplo, las expresiones "A la derecha/ a la izquierda"), y consideraremos como objetivas oraciones como ésta: "Estoy tomando un Vittel, en tanto que ayer tomaba un café" (oración a propósito de la cual se pregunta Perec: "¿en qué transforma a la plaza esto?"), porque el sujeto de la enunciación recibe en una oración de este tipo el mismo status que cualquiera de los actantes del enunciado; en cambio, cuando Perec enuncia su hambre, su aburrimiento o su cansancio, estas informaciones introspectivas no podrían emanar de ningún otro observador: se las considerará, pues, como subjetivas.

Para terminar con este problema, observemos que la objetividad de un enunciado no puede evaluarse sino es con relación a la situación particular del enunciado, lo que excluye de entrada toda posibilidad de una localización automática (con la ayuda de un listado de las unidades pertinentes) de las marcas enunciativas. Podría pensarse, por ejemplo, que todas las indicaciones numéricas son, por definición, objetivas: no hay dudas de que cuando Perec nos dice que el cielo ocupa "la sexta parte de su campo visual", que pasa un ómnibus "vacío en sus tres cuartas partes" o que se encuentra sentado en ese mismo lugar desde "hace tres cuartos de hora", da pruebas de una objetividad más estricta que cuando nos habla de los ómnibus "más bien vacíos" y del tiempo que transcurre "lentamente". Pero si en lugar de: "Las palomas están casi inmóviles. Sin embargo, es difícil contarlas (200, tal vez)", nos hubiese

declarado sin precauciones que veía doscientas palomas, esta imprudente precisión en cifras habría estado marcada subjetivamente (en tanto que el modalizador de aproximación “tal vez” tiene en este caso una función objetivadora). Y cuando nos dice (p. 78): “Ha entrado una señora de 83 años, le ha presentado una alcancía al dueño del café, pero ha vuelto a salir sin extendérsela”, a menos que la dama en cuestión enarbolara una insignia con su edad en ella o que se tratara en realidad de un enunciado en estilo indirecto (¿pero que no nos aclara?), la oración proviene de la más gratuita de las hipótesis —mientras que en otros contextos será efectivamente más objetivo decir de una persona “tiene 83 años” que calificarla de “vieja”.

— Segundo problema: la exhaustividad de la descripción.

“Los especialistas en comunicaciones han estimado en diez mil por segundo el número de impresiones sensoriales (exteroceptivas y propioceptivas) que recibe un individuo. Es bien evidente que se impone una selección draconiana para que los centros superiores del cerebro no se vean sumergidos debajo de una información no pertinente. Pero la opción entre lo esencial y lo no pertinente varía manifiestamente de un individuo a otro y parece determinada por criterios que, en gran medida, escapan a la conciencia” (P. Watzlawick, J. Helmick-Beavin y D. Jackson, 1972, p. 93):

no se percibe, pues, la totalidad de lo perceptible.

Pero tampoco sería posible verbalizar la totalidad de lo percibido y aquí también se impone “una selección draconiana”. La oración inicial del texto de Perec comienza la enumeración con un “por ejemplo” y la cierra con un desenvuelto “y muchas otras más todavía”: es confesar desde el principio que es ilusoria la tarea de “agotar” el tema, en la que el sujeto se agota (p. 78: “Cansancio de los ojos. Cansancio de las palabras”) mucho antes de haber agotado su objeto. Es imposible *cubrir* el campo de la experiencia; ineludiblemente, hay que mentir por omisión —y, por otra parte, como hasta Perec lo observa en otro lugar, tanto es cierto que el laconismo descriptivo es lo que se considera “normal”, que cuando un texto intenta transgredir esa ley de la “selección draconiana” produce paradójicamente un “efecto-de-no-realidad”: “*Me inspiro en lo que se llama en pintura hiperrealismo. Es, en principio, una descripción neutra, objetiva, pero la acumulación de detalles la hace demencial y en esa forma se nos arroja fuera de la realidad*”²¹⁶.

No hay límites teóricos al relato descriptivo, siendo por definición ilimitado el inventario de los objetos cuya existencia, estable o efímera, convendría

216. Cf. *Le Monde* del 29 de setiembre de 1978 a propósito de *La Vie mode d'emploi* [“La vida, modo de empleo”], París, Hachette, 1978.

A propósito de esta misma obra, Hubert Juin observa, de manera similar (en *La Quinzaine littéraire*, Nº 288, 16-31 de octubre de 1978, p. 6): “. . . la embriaguez del catálogo desborda lo cotidiano y des-realiza lo real: la acumulación de detalles exactos (. . .) provoca un vértigo y en él aparece lo imaginario y se apodera de todo. Es el realismo irreal.”

mencionar, y, aún más, el de sus propiedades características –sobre todo si nos permitimos salirnos del marco temporal (mediante excursos históricos) o del espacial (por ejemplo, cuando Perec describe el trayecto ulterior del ómnibus que estaciona sobre la plaza) que encierra al referente por describir, y si a la lista de las informaciones positivas vienen a agregarse informaciones conjeturales (p. 78: “Un cana en moto estaciona su moto y entra en el estanco; sale casi en seguida, no sabemos qué ha comprado (¿cigarrillos, una birome, una estampilla, pastillas, un paquete de pañuelos de papel?)”). Pero si esa “ley de la exhaustividad” que menciona Ducrot es aceptable por sus principios, al pie de la letra es inaplicable, ya que es imposible precisar lo que significa –tratándose de un objeto particular, e independientemente de toda intención argumentativa en particular (pero el texto de Perec presenta justamente el interés de no proponerse ningún otro objetivo pragmático más que el testimonio descriptivo)– “decir lo más posible sobre ese objeto”. En lo que se refiere a las informaciones negativas, se ve claramente que el descriptor no siente la necesidad de verbalizarlas a menos que el hecho contradiga una expectativa, cuando esta expectativa está vinculada a la función usual de un objeto (la fuente) o al estado habitual del referente (p. 105: “Ningún auto”), o bien a un paralelismo coyuntural (p. 70: “Dos hombres con pipas y bolsos negros. Un hombre con bolso negro sin pipa”)²¹⁷. Pero no vemos cómo podría formalizarse esta expectativa que suscitan causas tan diversas²¹⁸.

En especial, esta ley de la exhaustividad es incapaz de dar una respuesta a las dos preguntas siguientes:

- ¿En qué caso tenemos el derecho de reducir toda una serie de objetos a un denominador (una denominación) comunes? El procedimiento es por completo análogo a lo que Genette llama, para los procesos verbales, el iterativo (que Perec emplea también, por ejemplo en esta oración autoironizante: “Los semáforos se ponen rojos (lo que les ocurre a menudo)”; he aquí el problema zanjado de una vez por todas), y es también constante, puesto que permite una economía considerable del material verbal:

p. 62: “Vehículos (queda por hacer el inventario). Seres humanos (de los que se podría decir lo mismo)”;

p. 73: “Gente, por tandas, todavía y siempre”;

p. 98: “Todo lleno de gente, todo lleno de coches”.

- Cuando se trata de un objeto individual, ¿en qué casos tenemos derecho a usar el hiperónimo antes que el hipónimo? De la ley de la informatividad se

217. Otros ejemplos: (p. 99): “Pasa un autocar repleto, pero no de japoneses”, oración que hace eco a (p. 97): “Japoneses en un autocar; no tienen auriculares”, que a su vez hace eco a (p. 96): “Cityrama: una japonesa absorbida en sus auriculares”.

218. La información negativa puede derivar, incluso, de un automatismo del lenguaje, como en esta oración (p. 78): “En la vereda hay un hombre atormentado –todavía no devastado– por los tics.”

desprende el corolario de que debemos utilizar el hipónimo, más informativo, cada vez que podemos hacerlo —y cada vez que suponemos que el receptor es capaz de interpretarlo (esto no le impide a Perec, cuyo vocabulario de la indumentaria parece notablemente extenso, hacer uso de términos tan especializados como “capelina” y “drapeado”). En general, Perec observa esta regla escrupulosamente: sólo acude al hiperónimo cuando ciertos obstáculos perceptivos (p. 103: “algunas verduras salen de un canasto”) o su incompetencia denominativa (p. 105: “Un taxi, dos motocicletas, un Fiat, un Peugeot, un Fiat \ un auto cuyo nombre no conozco”) le impiden recurrir a un término más preciso, lo que hace siempre que le es posible (p. 62: “Un pan (flauta)”, sin perjuicio de acompañar al hipónimo, en caso de duda, con un modalizador de aproximación (p. 62: “Un tipo de perdiguero. Una lechuga (¿Rizada?)”; p. 76: “¿Un español?”).

Todo esto muestra la acción insidiosa de un factor suplementario de subjetividad: la competencia léxica del hablante, que varía de un sujeto a otro pero que orienta, a pesar de ello y tanto como lo hacen las propiedades intrínsecas del denotado, las opciones denominativas.

— Tercer problema: el tiempo escriturario.

El sueño de Perec sería reconstruir la película íntegra de esas decenas, esas centenas “de acciones simultáneas, de micro-eventos, cada uno con sus posturas, sus actos motores, sus gastos de energía específicos” (p. 66) y llegar a hacer coincidir el tiempo de la narración con el de lo narrado. Pero esto es olvidar que, si bien es posible hablar de una “cámara-estilográfica”, es imposible concebir, en cambio, una “estilográfica-cámara”. Y solamente una cámara podría registrar y reconstruir la totalidad del paisaje urbano y de sus micro-metamorfosis incesantes; su subjetividad sería exclusivamente de índole “perspectivista”. Pero la verbalización es una operación de traducción de un sistema a otro sistema heteromorfo, operación que toma tiempo, y éste es un tiempo de límite infinito —con lo que estamos de vuelta en la aporía de Tristram: aun si admitimos (lo que no es el caso, ya lo dijimos) que es posible dar cuenta exhaustivamente de una unidad de acontecimiento, este trabajo consumiría un tiempo de lejos superior al que necesita el desarrollo del acontecimiento mismo²¹⁹.

Perec se ve llevado, pues a la selección, y es por ella que conviene empezar. Después de estas observaciones preliminares, el inventario de los pasajes en los que manifiesta a pesar suyo que se le han presentado opciones subjetivas.

219. Sin hablar del cansancio que inevitablemente se apodera del que escribe: p. 93, Perec confiesa: “Estoy sentado aquí, sin escribir, desde hace tres cuartos de hora”; y el texto termina así: “Son las dos menos cinco. Las palomas están sobre el terraplén. Levantan vuelo todas al mismo tiempo. Cuatro niños, Un perro. Un rayito de sol. El 96. Son las dos.”; esto es escribir bien poco en cinco minutos: el trabajo de escribir es un trabajo “con lagunas”.

3. 2. 1. Intervención por selección

“Mi propósito en las páginas que siguen ha sido más bien el de describir lo restante: lo que generalmente no se observa, lo que no se nota, lo que no tiene importancia: lo que pasa cuando no pasa nada, sino el tiempo, los autos y las nubes” (p. 60).

Pero a pesar de sus esfuerzos por consignar lo insignificante, Perec no escapa a ciertas formas de lo *observable*, de lo *notable*, que, por otra parte, se concilia muy bien con lo anodino. Vemos, ciertamente, desfilar a través de sus páginas a un cierto número de amas de casa, pero éstas tienen, proporcionalmente, una representación menor que otros personajes más episódicos pero también más “caracterizados” (el ciego, el cartero, algunos policías). Los objetos están seleccionados, pues, en razón de la clase, más o menos “interesante”, que representan, pero también en función de sus propiedades específicas: está la jovencita-de-la-gorrita-colorada-con-pompón, la anciana-dama-que-lee-*Le Monde*, las personas-que-leen-caminando, el árbol-con-el-tronco-rodeado-por-una-soga, el auto-grisáceo-cuya-puerta-trasera-es-azul: sin esta particularidad, este auto no aparecería sin duda en el panorama (ya que Perec se cansa bien pronto de la descripción cromática de todos los vehículos que desfilan bajo sus ojos); sin su gorra, su diario o su sogá, la jovencita, la anciana dama y el tronco del árbol habrían escapado, sin duda, a la atención del observador.

Podemos preguntarnos, como el mismo Perec lo hace, por qué algunos objetos, algunos hechos, aferran más que otros la mirada de un observador que es, no obstante, imparcial y que está atento: “¿Qué diferencia hay entre un chofer que estaciona al primer intento y otro (“90”) que sólo lo consigue después de varios minutos de trabajosos esfuerzos? Esto provoca el alerta, la ironía, la participación de los presentes . . . Asimismo: ¿por qué dos monjas son más interesantes que otros dos peatones?” (p. 98). La ley de la informatividad no es de gran ayuda para resolver este problema, pues si bien es cierto que un hablante elige como prioridad verbalizar lo que otro hablante —que no se encuentra en el mismo lugar en el mismo momento—, si intentase *in absentia* el mismo ejercicio, sería incapaz de adivinar con justeza (la sogá alrededor del árbol, por ejemplo), por otra parte es también evidente que las torpezas al volante son casi tan previsibles como las buenas maniobras y que no es necesario ser muy perspicaz para adivinar que en la plaza San Sulpicio se ven muy a menudo personas de la iglesia. Nos vemos obligados a admitir, pues, que algunos objetos y algunos hechos están “marcados” en el nivel referencial como siendo más dignos de interés que otros —y mereciendo más que otros, por lo tanto, que se los verbalice.

Por otra parte, este principio rivaliza con un factor muy diferente que determina también, en alguna medida, la actividad selectiva: la ley del número, que explica la notación obstinada de todos esos japoneses que ambulan por la plaza, la cámara en bandolera, o que desfilan detrás de las ventanillas de los autos “Cityrama” (es verdad que reúnen las dos propiedades que hemos considerado per-

tinente: son a la vez numerosos y excepcionales); o la constante mención de las apariciones de ómnibus, que Perec justifica así:

“¿Por qué contar los ómnibus? Sin duda porque son reconocibles y regulares: dividen el tiempo, le ponen ritmo al ruido de fondo; como mínimo, son previsibles. El resto parece aleatorio, improbable, anárquico; los ómnibus pasan porque deben pasar, pero nada impone que un auto haga marcha atrás o que un hombre tenga una bolsa marcada con la gran “M” de Monoprix o que un auto sea azul o verde manzana o que un parroquiano ordene café y no un vaso de cerveza . . .” (p. 82).

En todo caso, lo que es enteramente imprevisible es el carácter preciso de los hechos que un observador en particular decidirá seleccionar, ya que intervienen en esta selección factores tan contradictorios como el carácter

anecdótico	/	masivo
aleatorio	/	previsible

del hecho en cuestión –tanto más cuanto que al hablar de “decisión” el término, en realidad, es impropio; ya que interviene por último un tercer factor, esencialmente subjetivo: la disposición atenta o distraída, laxa o estimulada, del observador, quien se “engancha” al referente o se “desengancha” de él, sin ninguna participación del referente en ello; así como observa Perec (p. 88): “Arriba del hotel Recamier (¿muy atrás?) se destaca sobre el cielo una grúa (estaba allí ayer, pero no me acuerdo de haberlo anotado)” – y efectivamente no lo había hecho.

3. 2. 2. Jerarquización de las informaciones

Una vez seleccionado el material denotativo que se ha de verbalizar, se trata de dominarlo verbalmente, es decir, de *ordenarlo*; y se puede vacilar entre varios principios de ordenamiento, que Perec utiliza alternativamente. El primero es, con mucho, el más frecuente:

– La más simple es la presentación enumerativa, del tipo (p. 80):

“Un hombre con boina del género cura
Una mujer con chal
Una abuela en un carro
Un hombre con casco (es el mismo que vuelve)
Un telegrafista en motocicleta
Una pareja de ingleses”, etc.

Pero incluso en esta presentación, por corriente que sea, ya interviene la subjetividad del emisor, ya que si el orden elegido corresponde a la manera en que han sido percibidos sucesivamente los objetos denotados, con una mirada que no puede abarcar todo simultáneamente, ese orden está vinculado a la movilidad caprichosa de esa mirada perceptora. Entre los hechos así descritos

algunos, efectivamente, se han sucedido uno a otro, pero otros han coexistido en el espacio referencial; el escritor se ve pues ante un problema del que ya hemos hablado: siendo una de las propiedades del lenguaje la de desarrollarse linealmente, *convertir un objeto no verbal en objeto verbal es proyectar sobre un eje de sucesividades exclusivas una realidad que puede estar estructurada en sí misma según el principio de la sucesividad o, también, según el de la simultaneidad.*

— Algunas veces Perec adopta un principio de organización más abstracto, más elaborado, más analítico —pero también más arbitrario— del material verbal: la organización taxonómica, por rúbricas:

“medios de locomoción: marcha, vehículo de dos ruedas (sin motor, con motor), automóviles (privados, de empresas, de alquiler, autoescuelas), vehículos utilitarios, servicios públicos, transportes colectivos, ómnibus de turistas;

medios de portación (en la mano, bajo el brazo, sobre la espalda);

medios de tracción (changuitos);

grados de determinación o de motivación: esperar, vagar, errar, arrastrar, ir, correr, precipitarse (hacia un taxi libre, por ejemplo), buscar, andar distraídamente, vacilar, marchar con un paso decidido;

posiciones del cuerpo: estar sentado (en los ómnibus, en los autos, en los cafés, en los bancos); estar de pie (junto a las paradas de ómnibus, delante de una vidriera (Laffont, pompas fúnebres), al lado de un taxi (pagando))” (p. 67).

— Hay que señalar, por último, que la propia estructura de la oración que “focaliza”, al mismo tiempo que la mirada, uno en particular de entre sus elementos constitutivos introduce entre éstos disparidades jerárquicas, por ejemplo:

p.106 “Naranjas en una red”, fórmula a la que se le puede oponer “una red llena de naranjas”;

p. 64 con las manos en primer plano: “La mayoría de la gente tiene al menos una mano ocupada: una cartera, una valijita, un changuito, un bastón, una correa en cuyo otro extremo hay un perro, la mano de un chico.”

3. 2. 3. Intervención de tipo afectivo

p. 78 “Tengo frío (. . .) Son las cuatro y cinco. *Cansancio* de los ojos. *Cansancio* de las palabras”;

p. 81 “Son las cinco menos cuarto. *Tengo ganas* de cambiarme las ideas. Leer *Le Monde*. Cambiar de lechería”;

p. 84 “(fatiga)”;

p. 88 “Pasan ómnibus. *Me desintereso* de ello completamente.”

Va de suyo que, cuando se permite estos pocos flashes introspectivos (que bajo diversas formas enuncian un "archi-estado de ánimo": el aburrimiento), Perec se aparta de la actitud de observador objetivo que casi siempre se impone.

3. 2. 4. Intervención de tipo interpretativo

Diremos que Perec interpreta al referente desde el momento en que enuncia respecto de él algunas afirmaciones que desbordan el estricto dato perceptivo (y cuyo valor de verdad, en cierta forma, se mantiene como hipotético) o que implican una norma de evaluación subjetiva o que establecen entre los hechos algunas relaciones que no son obvias o, por último, que se refieren a un saber cultural que le es propio.

— Interpretación del referente percibido:

- la denominación "tendenciosa" de algunos objetos.

En general, Perec maneja con escrupulosa prudencia las etiquetas denominativas (aunque el lector no esté en condiciones de evaluar su adecuación denotativa) y toma muy en serio la "presuposición denominativa" según la cual el empleo de un término implica estar seguro de que el objeto denotado posee efectivamente las propiedades correspondientes a las unidades sémicas constitutivas de su semema: cuando éste no es el caso (por razones atinentes al objeto mismo o a la competencia analítica del sujeto hablante), Perec acompaña la mención denominativa con precauciones oratorias como las siguientes.

p. 104: . . . "los barotes de una especie de tragaluz (en realidad es demasiado grande para ser un tragaluz)";

p.86-87: "pasa un hombre que lleva una maqueta de arquitecto (¿se trata verdaderamente de una maqueta de arquitecto? Se parece a la idea que yo me hago de una maqueta de arquitecto; no veo qué otra cosa podría ser)"

Pero a veces olvida esta exigencia y llama imprudentemente "x" a objetos de los que no hay ninguna prueba de que efectivamente correspondan a la definición de x. Por ejemplo:

p. 80: "Un hombre con boina del género cura
Un cura con boina (otro)";

puede ser que el segundo cura lleve sotana o algún otro indicio seguro de su condición eclesiástica; pero el paréntesis "otro" presupone que Perec transforma *a posteriori*, arbitrariamente, al primer presunto cura en uno verdadero.

Esta imprudencia apelativa aparece sobre todo en el uso extremadamente frecuente del vocabulario de parentesco: "una abuela en un carro", "un papá empujando un cochecito", "una niña con su madre", "un joven papá llevando a la espalda su bebé dormido", etc. Ahora bien, si este reflejo interpretativo nos dice mucho sobre la imposición de la ideología pro-familia, en cambio nada

prueba —aunque, en efecto, es verosímil— que sean necesariamente sus padres quienes acompañan al niño. Y Perec toma repentinamente conciencia de esa denominación arbitraria por medio de un paréntesis humorístico: “Flanqueada por sus padres (o sus secuestradores), una niñita llora” (p. 97).²²⁰

- las expresiones figuradas.

Siempre son, ya lo hemos dicho, subjetivas. Perec utiliza muy pocas y sólo hemos podido localizar:

dos metáforas humanizantes: “los ómnibus *marcan el paso*” (99) y “dos taxis *con capuchón*” (p. 67);

una metáfora verbal animalizante: “al lado mío *cotorrean* una media docena de vendedores de *‘prêt-à-porter’*” (p. 93);

y esta metáfora desarrollada como comparación: “Un bebé en un carrito emite un breve *pío pío*. *Parece un pájaro*: ojos azules, fijos, prodigiosamente interesados por lo que descubren” (p. 79).²²¹

- los términos psicológicos.

Son todavía más raros: Perec se permite anotaciones conductuales o mimo-gestuales (“risueño”), pero evita en general interpretarlas en términos psicológicos (como “contento”); hace bien (dado su proyecto descriptivo), porque esas inferencias siempre son arriesgadas. En el límite del campo psicológico podemos ubicar quizá las expresiones: “el agente de policía, al principio *perplejo*” (p. 100); “todas las palomas se han *refugiado* en la canaleta del ayuntamiento” (p. 68); “vuelven a pasar las dos mujeres policía de la *víspera*; hoy parecen estar *preocupadas*” (p. 96), oración en la cual el valor interpretativo del adjetivo está un poco neutralizado por la acción del modalizador de incertidumbre.

- Los términos evaluativos.

- los dimensionales: “un *gran* cartapacio de dibujos” (p. 73); “. . . en forma

220. Tampoco es el paréntesis, por otra parte, ideológicamente neutro: es el llanto de la niñita lo que lleva a Perec a formular esa hipótesis —como si los niños no llorasen cuando están acompañados por sus padres.

Véase un último ejemplo de descripción interpretada: “Sostiene su cigarrillo de la misma manera que yo (entre el mayor y el anular): es la primera vez que encuentro este *hábito* en otra persona”: ¿y por qué no podría ser excepcional el comportamiento de ese individuo? (uso abusivo de la modalidad iterativa, que se explica por el valor acumulativo del demostrativo: “este hábito” = lo que en mí (afirmación objetiva) y también en él (suposición) es un hábito).

221. Se ha hecho notar algunas veces, desde el punto de vista genético (cf. lo que dice Genette, 1970, de las metáforas de Proust), que las metáforas derivan frecuentemente de un estímulo metonímico. Lo que explica aquí las dos imágenes ornitológicas es quizá la presencia invasora de las palomas en la plaza.

222. Esta psicologización del comportamiento de las palomas contradice, por lo demás, la siguiente descripción, p. 75: “Nuevamente las palomas dan la vuelta a la plaza. ¿Qué es lo que da origen a este movimiento de conjunto?; no me parece debido a un estímulo exterior (explosión, detonación, cambio de luz, lluvia, etc.) ni a una motivación particular; parece ser una cosa totalmente gratuita: las aves levantan vuelo de golpe, dan una vuelta a la plaza y vuelven a posarse sobre la canaleta del ayuntamiento.”

de *pequeña* pirámide” (p. 65); “un *alto* gorro colorado” (p. 90); “una joven con trenzas *cortas*” (p. 80), etc.

- la evaluación del transcurrir del tiempo: “Durante *largos* lapsos ningún ómnibus, ningún automóvil” (p. 101).

Es evidente que tales expresiones son subjetivas, puesto que no tienen contenido referencial fijo (cf. p. 105: “desde hace ya bastante tiempo (¿una media hora?) un policía permanece de pie, inmóvil”), ya que la norma que permite calificar a un mismo lapso objetivo como superior o inferior a ella varía con la situación de la que se trata (una media hora es larga para estar de pie inmóvil, pero es corta en relación con lo que dura una vida, que a su vez es corta en relación con la historia de la humanidad) y con el sujeto de la enunciación: lo que miden estas expresiones es el “tiempo psicológico”;

- la evaluación del número: las expresiones numéricas se localizan en distintos puntos del eje gradual de la objetividad/subjetividad; se opondrán, por ejemplo, las indicaciones en cifras (a veces imprudentes o falsas, pero siempre objetivas) a “varios”, “la mayoría” (expresiones imprecisas pero relativamente objetivas) y a “muchos” (claramente más subjetivas);

- la evaluación del grado de ocupación de un objeto: la frecuencia de los adjetivos “lleno” y “vacío”, correlativa con la de los ómnibus que desfilan por la plaza, permite observar el funcionamiento de estos términos evaluativos y de ello sacamos en conclusión:

que su uso varía según el objeto calificado (el porcentual de ocupación de los ómnibus y el de la plaza no están evaluados según la misma escala) y también depende de las comparaciones que sea posible efectuar entre el estado del objeto en un tiempo *t* que se describe y su estado en otro tiempo *t'*: “Tengo la impresión de que la plaza está casi vacía (pero hay por lo menos veinte seres humanos en mi campo visual)” (p. 75): la plaza está “casi vacía” en relación a cómo estaba anteriormente;

que su uso puede tender en cierta medida, según la naturaleza de los determinantes que eventualmente acompañan al adjetivo, a la objetividad: la oración precedente se reconoce como subjetiva; en cambio, la expresión “vacío en sus tres cuartas partes” (p. 98) frisa la objetividad, a la que llega en cambio “absolutamente vacío” (aunque hace falta precisar, tratándose de un ómnibus, si se incluye o excluye al chofer; pero tal precisión es superflua cuando el vehículo circula, de ahí el efecto vagamente divertido de esa oración: “Pasa un 86 está absolutamente vacío (sólo el chofer)” (p. 83)). Entre esos dos extremos, las otras expresiones ocupan una posición intermedia y se organizan en una escala de evaluación relativamente coherente, precisa y sistemática (en todos los casos se trata de los ómnibus):

absolutamente vacío

vacío (no se ve bien el lugar original que ocupa entre las dos expresiones que la encierran)

casi vacío

más bien vacío

moderadamente lleno

más bien lleno
casi lleno
atestado.

Siendo el texto puramente descriptivo, estas expresiones, en su mayor parte, están aligeradas de todo "valor argumentativo". Pero cuando Perec dice de un ómnibus que "no está nada lleno" pareciera que la expresión, que equivale poco más o menos, denotativamente, a "está casi vacío", hiciera mayor hincapié en su polaridad negativa (podríamos esperar que estuviese casi lleno, pero no lo está para nada).

— El establecimiento de algunas relaciones

● entre un personaje percibido en T_0 y otro personaje (¿el mismo?) percibido en un tiempo T anterior a T_0 : problema del "reconocimiento":

p. 96: "Vuelven a pasar las dos mujeres policía de la víspera";

p. 97: "Vuelven a pasar boy-scouts (son los mismos) delante de la iglesia";

p. 90: "Pasa una niñita con un alto gorro con pompón (ya la vi ayer, pero ayer eran dos)";

● entre un personaje presente y uno ausente pero conocido: problema de la "obsesión del sosías", incluso aproximativo:

p. 75: "Una especie de sosías de Peter Sellers . . .";

p. 91: "Un paseante que se parece bastante vagamente a Michel Mohrt . . .";

p. 96: "El agente de policía N° 5976 va y viene por la calle del Vieux-Colombier. Presenta un cierto parecido con Michael Lonsdale", aproximación que luego servirá de punto de partida para formar un apelativo idiolectal, cf. p. 100: "El agente de policía N° 5976 (Michael Lonsdale) . . .";

● entre un hecho x perceptible y un hecho y que se deduce a partir de x en función de índice de y :

p. 67: "Hay dos taxis, sus choferes no están (taxis con capuchón)";

p. 70: "6 cloaqueros (cascos y botas)";

p. 73: "Un cura que vuelve de un viaje (lleva una etiqueta de compañía aérea colgado de su bolso)": la inferencia (*vuelve* de un viaje) es aquí por lo menos arriesgada;

p. 76: "Una anciana hace visera con su mano para ver qué número tiene el ómnibus que viene (puedo deducir de su aire decepcionado que está esperando el 70)";

p. 80: "Una pareja de ingleses (entran en el café hablando su idioma)",²²³

● entre dos hechos x e y igualmente perceptibles, pero entre los cuales el hablante establece una relación causal:²²⁴

p. 74: "En mitad de la calle un hombre acecha los taxis (no hay más taxis en la parada de taxis)",

y p. 101 esta explicación, falsa y maliciosamente cándida: "Jornada Nacional de Ancianos: muchas personas llevan escuditos de papel en el cuello de los abrigos o impermeables: lo que prueba que ya han dado";

● entre un hecho observable y su interpretación hipotética:

p. 71: "La gente se agrupa delante de la iglesia (¿concentración del cortejo fúnebre?)";

p. 91: "Entre gente en la iglesia (¿para visitarla?, ¿es la hora de la misa?)";

p. 99: "Las campanas de San Sulpicio empiezan a sonar, quizá para la boda".

Finalmente, un último ejemplo para mostrar que a Perec le sucede algunas veces que se evade del marco perceptivo; p. 89: "Un autocar Cityrama (¿alemanes?, ¿japoneses?)" —el poco parecido que hay entre estos dos tipos étnicos basta para mostrar que la hipótesis alternativa no reposa para nada sobre una visión no bastante precisa, sino sobre un conocimiento que tiene otra procedencia.

A partir de estas observaciones podemos concluir que *ninguna descripción, ni siquiera la que se propone ser el registro pasivo de un dato perceptivo, puede escapar a algunas tendencias que podemos llamar "el pensamiento comparativo", "la búsqueda de lo conocido", "el reflejo analítico" y "la obsesión de la identidad"*— ¿identidad o diferencia?: ésta es la pregunta que molesta a Perec y

223. En general, pues, Perec explicita la naturaleza del x que le ha permitido inferir y . La oración siguiente es una excepción: "El viento parece soplar en ráfagas, pero son pocos los autos que hacen funcionar los limpiaparabrisas" (p. 85), y es insólita por la razón siguiente: si llamamos y al hecho de que el viento sopla, x a su índice —el movimiento de papeles y hojas, por ejemplo—, y' al hecho de que llueve (ligeramente), que indica x' —el hecho de que algunos limpiaparabrisas están funcionando— constatamos que esta oración coordina en la superficie y y x' (encontrándose implícitas x y y'), pero que en la estructura profunda el "pero" sólo puede justificarse si catalizamos a y' , ya que únicamente puede oponer la violencia del viento a la levedad de la lluvia. En realidad, pues, la oración significa: "El viento parece soplar violentamente (como podemos suponerlo a partir de tales o cuales índices) mientras que la lluvia (a la que inferimos a partir del hecho de que algunos limpiaparabrisas están funcionando) es, por su parte, ligera (ya que la mayoría de los limpiaparabrisas están detenidos)."

224. Cf. también la pequeña "agudeza" de p. 70: "(tacos altos: tobillo torcido)".

que se explicita en el párrafo justamente llamado "A la búsqueda de una diferencia":

"El Café del Ayuntamiento está cerrado (no lo estoy viendo; lo sé porque lo he visto al bajar del ómnibus).

Estoy tomando un Vittel, en tanto que ayer tomaba un café (¿en qué transforma a la plaza esto?).

¿Cambiaron el plato del día de Fuente San Sulpicio (ayer era bacalao fresco)? Sin duda, pero estoy demasiado lejos para descifrar lo que está escrito sobre la pizarra en que lo anuncian.

(2 autocars de turistas, el segundo se llama "Walz Reisen": los turistas de hoy pueden ser los mismos que los de ayer (una persona que hace el tour de Paris en autocar en viernes ¿tiene ganas de volver a hacerlo el sábado?)).

Ayer, justo delante de mi mesa, había sobre la vereda un ticket de subte; hoy lo que hay, no exactamente en el mismo lugar, es una envoltura de caramelo (celofán) y un pedazo de papel difícilmente identificable (grande más o menos como un paquete de 'Parisiennes', pero de un azul mucho más claro)" (pp. 89-90).

— Añadamos a estas diversas tendencias la que consiste en echar mano de un conocimiento no lingüístico semiológico (ej., p. 69: "una 'P' mayúscula que significa 'parking' ['estacionamiento]"), cultural (ej., p. 69: "Sobre el terraplén un chico hace correr a su perro (tipo *milú!*)") o referencial (Ej. p. 63: "Tres linyeras con los gestos clásicos (beber tinto de la botella)"), conocimientos que son más o menos específicos del sujeto emisor. Podemos ver en acción esta competencia cultural en el uso que hace Perec de los nombres propios, los que tienen desde el punto de vista que aquí nos incumbe un status ambiguo: a pesar de ser perfectamente "objetivos", son "enunciativos", pues reflejan directamente la competencia cultural del que escribe y, en principio, la que éste le atribuye a su "archi-lector". Esto es así porque según la ley de la informatividad si el emisor estima que el nombre propio no es suficientemente conocido por su eventual auditorio como para que éste sea capaz de asociarle al menos un esbozo de representación, debe entonces obligatoriamente acompañarlo con una perifrasis explicativa o definicional. Ahora bien, Perec no siempre observa escrupulosamente esta regla, ya que nos asesta en serie los siguientes nombres propios: Geneviève Serreau, Jean-Paul Aron, Peter Sellers, Duvignaud, Michel Mohrt, Michael Lonsdale, Michel Martens, Paul Virilio: si puede ser legítimo que Perec economice comentarios explicativos cuando se trata de sus compañeros de equipo en "Cause commune" (Virilio, Duvignaud), de actores conocidos (Peter Sellers, Michael Lonsdale) y, en rigor, de personalidades del mundo de las letras (Geneviève Serreau, Jean-Paul Aron) o de la crítica cinematográfica (Michel Mohrt) — puesto que tiene el derecho de suponer cuál será la competencia cultural de sus futuros lectores: Perec no se dirige abiertamente al "gran público"—, esta economía es abusiva para el archi-lector, con el cual con toda modestia nos identificamos aquí, en el caso de Michel Martens, cuyo nombre no nos dice nada.

3. 2. 5. Los modalizadores

Los únicos modalizadores que encontramos en este estilo descriptivo, enumerativo, constativo, son los de aproximación o incertidumbre: expresiones verbales (p. 65: "En un autocar de turistas una japonesa *parece* estarme fotografiando"; p. 75: "*Tengo la impresión* de que la plaza está casi vacía"), adverbios del tipo "quizá", estructuras interrogativas (p. 69: "Un hombre más bien joven dibuja con tiza sobre la vereda una especie de 'V' en cuyo interior se bosqueja algo así como un signo de interrogación (*¿land-arr?*)"), sustantivos que agregan matices a algunas opciones denominativas ("una *especie* de sosías de Peter Sellers", "un *tipo* de perdiguero"). Ahora bien, estos modalizadores, al mismo tiempo que citan el hecho de que el enunciado es asumido por un enunciante individual cuyas aserciones pueden ser discutidas, —al mismo tiempo, pues, que marcan al discurso como subjetivo— refuerzan la objetividad, a la cual, por otra parte, él puede aspirar. Pues confesar sus dudas, sus incertidumbres, las aproximaciones de su relato, es dar pruebas de tal honestidad intelectual que es el relato en su conjunto el que con ello queda singularmente autenticado.²²⁵

3. 2. 6. Lo axiológico

En cuanto a los axiológicos, son relativamente raros: en estas cincuenta páginas hemos contado cuatro: "En *magnífica* formación las palomas dan la vuelta a la plaza" (p. 22); "un *hermoso* perro blanco con manchas negras" (p. 83); "Pasa una señora que acaba de comprar un candelero *feo*" (p. 98); "Pasa una mujer *elegante*" (p. 101) —por lo menos en los pasajes que observan lo más escrupulosamente posible la consigna inicial, pues dos veces ocurre que Perec, cansado de esa tensión hacia la objetividad imposible, se libera de ese collar de hierro, y entonces vemos que inmediatamente reaparecen las "bellas ociosas" (p. 81), los "viejos boludos", los "jóvenes boludos", los "viejos pellejos", los "enjetados" y los "charlatanes" (p. 77).²²⁶

3. 2. 7. El "estilo"

Por último, nos queda el caso de una unidad como "pepiando" (p. 89: "Pasa una ambulancia pepiando"): dado que podemos admitir que las ambulancias hacen "pe-pi", este término es objetivo en la medida en que es puramente descriptivo; y, sin embargo, lleva el sello de su enunciador, quien "se distingue"

225. Es un artificio bien conocido del discurso de ficción el de emplear, para dar una apariencia de narración histórica, esos operadores de aproximación ("La zorra le habló más o menos así" . . .)

226. En la frase (p. 93): "Pasaje de Paul Virilio: va al cine Bonaparte a ver el asqueroso Gatsby", el adjetivo axiológico —del que no se sabe muy bien, por otra parte, si califica en "Gatsby" al personaje o al film— reemplaza por sustitución antonímica al término "magnífico".

por este neologismo. Este ejemplo muestra que es necesario agregar todavía a la lista de los “enunciemas” todos esos procedimientos significantes que pertenecen al estilo, a la escritura o, si se prefiere, a la “literariedad” —siendo todos, relativamente, apenas unos pocos, en este texto que se aparta bien escasamente del “grado cero” y cuyas excentricidades estilísticas son extremadamente discretas. Sólo hemos relevado:

tres neologismos (dos de ellos en la misma página 89: su repentina aparición corresponde sin duda a una fase de “cansancio”, de descuido, de abandono —al placer del “verbófilo”): “pepiando”, “fotófago” (“con sus cargamentos de japoneses fotófagos”), neologismos cuyo sentido es claro como su motivación morfológica; y la “*mot-valise*” “fantomatismos” (p. 84);

una aliteración (p. 83: *Passe un papa poussant poussette* [“Pasa un papá empujando cochecito”];

una especie de antanaclastis (p. 99: “cuarta pasada del lejano sosías de Michel Mohrt. Lejano vuelo de palomas);

un calambur gratuito (p. 80: “deux aubergines toniques”*);

algunas metonimias (p. 85: “Pasan los huevos extra frescos N B”; p. 102: “Los paraguas se precipitan en la iglesia”).

Señalemos todavía la aparición de algunos términos en estilo apenas familiar (*flic* “policía”, *bagnole* “coche”) y dos homenajes a Queneau²²⁷ implícitos en la súbita aparición de dos neologismos inspirados en él: *Autobi* (“automóvil”) y *ouatures* (“automotores” en general). Y, para terminar, algunos rasgos de humor²²⁸ que de tanto en tanto vienen a conjurar el aburrimiento: humor de las elipsis que producen el efecto estrafalario de una ruptura de la isotopía enunciativa,

pp. 62-63: “El 86 va a Saint-Germain des Prés
Exijan a la Sociedad Roquefort lo verdadero en su óvalo
de (. . .)
El 63 va a la Porte de la Muette
Limpiar está bien pero mejor es no ensuciar
Un autocar alemán . . .”,

humor del truismo en forma de litote: “Más bien las diferencias deberían imputarse a la lluvia, que no es necesariamente específica del domingo” (p. 103); humor también de esas frases desenvueltas (p. 97: “Los semáforos se ponen rojos (lo que les ocurre a menudo)”) que vienen a subrayar autoirónicamente la utopía de esta empresa de “agotamiento”.

* Literalmente, “Dos mujeres policía (= berenjenas) tónicas”, basándose el calambur en que “aubergines” se pronuncia igual que “eaux bergines” (“aguas carburadas”).

227. Sabemos que Perec fue miembro, junto con Queneau, del “Ouvroir de Littérature Potentielle” [“Obrador de literatura potencial”].

228. En realidad, el humor aflora por todas partes en este texto de Perec (cuyo proyecto es a la vez serio y humorístico); pero sería muy difícil dar cuenta con exactitud de las formas que adopta y de los efectos que produce . . .

Porque Perec no se hace ilusiones: el aparato registrador humano, lo sabe y lo confiesa, es falible (p. 74: "Límites evidentes de esta empresa: aun fijándome como única meta el mirar, no veo lo que ocurre a unos pocos metros de mí: no noto, por ejemplo, que algunos autos se estacionan"): a pesar de la vigilancia que heroicamente se impone a sí mismo, Perec no puede impedir que en su atención se produzcan eclipses y, por consiguiente, un registro "puntillista" de los hechos. Y este comentario lapidario: "*Hay calma (¿cansancio?)*" (P. 66) habla muy elocuentemente sobre su imposibilidad de desentrañar en las pausas narrativas la parte que se debe a las propiedades objetivas del referente descrito y la que proviene de la subjetividad de la mirada registradora.

Por lo demás, en la ausencia de ese referente, el lector es incapaz de evaluar con precisión la objetividad de la descripción: confía en el narrador, puesto que está enteramente obligado a soldar su mirada a la suya —salvo cuando la recurrencia un poco sospechosa de algunos denotados viene a sacudir esa confianza. Podemos muy bien admitir que los curas, los japoneses, los panes flauta y los paquetes de masas²²⁹ (p. 98: "es innecesario recordar lo famosas que son las confiterías de este barrio") desfilen a ritmo acelerado en la plaza San Sulpicio; pero, ¿y esos Citroën verde manzana con que nos encontramos casi a cada página? ¿Por qué no, más verosímilmente, 4 L blancos? La respuesta a esta insidiosa pregunta nos la da Perec con esta confesión (p. 93): "Cansancio de la vista: obsesión de los Citroën verde manzana", frase que todavía nos dice más: imposible impedir la irrupción de los fantasmas en el campo perceptivo,²³⁰ imposible impedir que el trabajo inflacionista de la imaginación venga a distorsionar la ascética objetividad de la mirada.²³¹

Ver todo lo que pasa, decir todo lo que se ve: la empresa es doblemente utópica, porque un doble filtro viene a interponerse necesariamente entre el referente extralingüístico y el significante verbal: el de la mirada, que selecciona e interpreta, y el del lenguaje, que clasifica, ordena, analiza, evalúa, presupone, infiere, explica —ineludiblemente.

No por ello la empresa deja de ser apasionante: en primer lugar, porque

229. Cuya frecuencia, como podíamos esperar, aumenta aún más los domingos: "Pasa una señora llevando un paquete de masas (imagen clásica de la salida de misa de los domingos, atestiguada aquí efectivamente)" (p. 101).

230. Igualmente, la aparición de Duvignaud (p. 89: "me parece haber visto pasar a Duvignaud") que precede por poco a la de Virilio (p. 93) —rara coincidencia, en verdad— ¿no habrá sido acaso puramente fantasmal y vinculada con la conciencia del marco teórico en el que Perec inscribe su empresa?

Observemos que Perec se permite solamente una oración de delirio surrealista, cuyo efecto (tanto más cuanto que está engarzada en el texto sin otra indicación que su propio contenido onírico), por ello, es más violento: "Precedido por 91 motociclistas, pasa el mikado en un rolls-royce verde manzana" (p. 96).

231. Como en la oración siguiente (p. 107): "No mirando más que un solo detalle, por ejemplo la calle Ferou, y durante suficiente tiempo (uno a dos minutos), puedo, sin ninguna dificultad, imaginarme que estoy en Estampes o en Bourges, o aun en alguna parte de Viena (Austria) donde, por otra parte, nunca estuve."

pone a prueba sus propios límites; y porque más allá de su fracaso relativo, el texto de Perec es ejemplar: hace desfilar ante nuestros ojos un cortejo nupcial, un cortejo fúnebre, autocars de policías y de turistas, Citroëns (no todos verde manzana) y autobuses, panes flauta, tickets de subte y envolturas de chicle, sotanas y damas ancianas, caniches, nubes: nos re-presenta esos objetos anodinos, efímeros, insignificantes — ¡pero qué significativos!— que componen la tela de nuestra cotidianeidad;²³² limpia nuestra mirada de esa herrumbre que termina por condenarla a la ceguera: el hábito, la costumbre, la rutina; intenta, en fin, el bosquejo de esa “antropología endótica” que Perec invoca en otro artículo de la misma recopilación, titulado “¿Aproximaciones a qué?”:

“Interrogar lo habitual. Pero, justamente, estamos habituados a él. No lo interrogamos, no nos interroga, no parece ser un problema, lo vivimos sin pensar en él, como si no fuera portador de preguntas ni de respuestas, como si no se transmitiera ninguna información. Ya no es ni siquiera condicionamiento, es anestesia. Dormimos nuestra vida en un dormir sin sueños. Pero ¿dónde está nuestra vida?, ¿dónde está nuestro cuerpo?, ¿dónde está nuestro espacio? ¿Cómo hablar de esas “cosas comunes”, cómo rastrearlas más bien, cómo acecharlas, arrancarlas a la gamba en la que están atrapadas, cómo darles un sentido, una lengua?: que hablen por fin de lo que es, de lo que somos.

Quizá se trata de fundar, al fin, nuestra propia antropología: la que hablará de nosotros, la que irá a buscar en nosotros lo que durante tanto tiempo hemos arrebatado a los demás. No más lo exótico, sino lo endótico [. . .]. Describan la calle. Describan otra. Comparen. Hagan el inventario de lo que tienen en sus bolsillos, en sus carteras. Pregúntense sobre la procedencia, el uso y el devenir de cada uno de los objetos que allí encuentren.

Cuestionen sus cucharitas.

¿Qué hay debajo del papel pintado?

Me importa poco que estas preguntas sean, aquí, fragmentarias, apenas indicativas de un método, todo lo más de un proyecto. Me importa mucho que parezcan triviales y fútiles: es ello precisamente lo que las hace tan —sino más— esenciales como tantas otras, mediante las cuales hemos intentado vanamente captar nuestra verdad” (pp. 253-255).

232. “Pero cómo ver la tela, si son sólo los desgarrones los que la hacen aparecer: nadie ve jamás pasar los ómnibus a menos que espere uno o si espera a alguien que viene en uno de ellos o si la R.A.T.P. lo ha designado para censarlos . . .” (p. 94).

III

ALUACION DEL ENFOQUE DESCRIPTIVO

¿Qué hemos hecho en las páginas precedentes? Simplemente intentar un inventario provisorio de las unidades lingüísticas que nos han parecido relevantes dentro de la perspectiva de una lingüística de la enunciación concebida restrictivamente como el estudio de todos los lugares lingüísticos en que se inscribe más o menos explícitamente el sujeto de la enunciación. Lo que hemos propuesto —a lo sumo una grilla de análisis de esos hechos “subjetivos”— está lejos, pues, de asemejarse a lo que se puede esperar de un “modelo” de los mecanismos enunciativos. No nos cuesta mucho reconocer esto, pues consideramos que el construir una “gramática de la enunciación” es una empresa prematura, y que las pocas propuestas que se han hecho en este sentido son muy insatisfactorias. Nuestra única ambición es desbrozar parcialmente ese terreno casi baldío. Queda por considerar en qué medida nuestra investigación lo ha logrado, y qué problemas teóricos dejó en la sombra.

1. LA OMNIPRESENCIA DE LA SUBJETIVIDAD LINGÜISTICA. LA TIPOLOGIA DE LOS DISCURSOS.

1.1. LA SUBJETIVIDAD LINGÜISTICA.

Si se pasara por el tamiz el conjunto del léxico, se estaría obligado a constatar que muy pocas palabras se escapan del naufragio de la objetividad. Hemos citado el ejemplo de “soltero”: pero este término no es objetivo más que si se extrae el concepto de la ganga de sus connotaciones, que evidentemente son subjetivas; hemos hablado de verbos de movimiento tales como “caminar” y “correr”: pero además de que su “discreción” semántica no refleja una igual discreción de sus correlatos referenciales, de hecho son raros los verbos de este tipo; Austin observa justamente que “casi siempre nos sucede que nombramos espontáneamente las acciones físicas, no en términos de un acto mínimo, sino en términos que incluyen un número más o menos grande, siempre extensible, de lo que puede llamarse las consecuencias naturales del acto” (1970, p. 121): imposible escapar a ese reflejo interpretativo que denuncia Roland Barthes.

Tomemos otra vez el ejemplo de un término como “envejecer”:¹ envejecer es aumentar de edad, lo que en principio puede medirse aritméticamente. Pero en su funcionamiento en el discurso, el término es completamente subjetivo, puesto que a la aserción “Pedro ha envejecido” puede responderse “¿te parece?”, con el modalizante “parecer” denunciando a la oración como evaluativa —pues en virtud de la ley de la informatividad (todos los seres humanos, en todo instante de su existencia, aumentan de edad), la oración “Pedro ha envejecido” significa en realidad: “la apariencia exterior de Pedro, tal como la percibo subjetivamente hoy, me parece diferente de la que yo había percibido subjetivamente la última vez que lo había visto, y ese cambio me parece revelador del hecho de que avanza en edad”.² Hemos dicho que incluso los nombres propios (cuyo uso refleja la competencia cultural de L así como la que él le concede a A), y las indicaciones numéricas (que, sin embargo, según Barthes 1973, “connotan enfáticamente la verdad del hecho”) pueden prestarse a un uso subjetivo— se puede así comparar:

“más de 1000 libelos” (donde hay sobreentendido un juicio de importancia) / “1100 libelos”:

“cerca de 2000 personas” (polaridad positiva) / “menos de 2000 personas” (polaridad negativa: no es enorme en relación a lo que se podría esperar);

“la región litoraleña es la primera en importancia si se exceptúa a Buenos Aires” / “la segunda—después de Buenos Aires”.

Existe, sin embargo, un solo tipo de comportamiento lingüístico que puede ser un cien por ciento objetivo: el discurso que reproduce íntegramente, en estilo directo, un enunciado anterior. Al preguntarse sobre la función mimética de los enunciados narrativos, Genette distingue así los “relatos de acontecimientos” (cuya mimesis no puede ser sino ilusoria), y los “relatos de palabra” (1972, p. 189): “Si la imitación verbal de acontecimientos no verbales no es más que utopía o ilusión, el relato de palabras puede, por el contrario, parecer *a priori* condenado a esa imitación absoluta sobre la cual Sócrates le demuestra a Cratilo que, si ella presidiera verdaderamente la creación de las palabras, haría inmediatamente del lenguaje una reduplicación del mundo.”). Pero de inmediato es necesario precisar que esa reproducción integral es excepcional, siendo por el contrario el status normal de un enunciado referido el de introducir en relación con el enunciado original un cierto número de distorsiones “subjetivas”; y que la objetividad de que aquí se trata vale para L₀ (el sujeto que refiere, pero no para L₁ (el sujeto responsable del enunciado origi-

1. O el de un adjetivo como “oscuro”, que a veces funciona como un evaluativo (“oscuro = más oscuro que lo normal”), como lo atestigua el siguiente diálogo:

L₁ — “Es gracioso, se diría que este vidrio es oscuro.

L₂ — No, es vidrio blanco, pero el vidrio nunca es claro; sólo el cristal es verdaderamente incoloro.”

2. Se puede, por la misma razón, enunciar lo opuesto: “Pedro no ha envejecido.”

nal)³, que en lo que a él respecta se ha visto confrontado (salvo, por supuesto, si L_1 cita él mismo un L_2) al problema de la producción de un "relato de acontecimientos", problema que se encuentra, pues, en el origen de todo acto discursivo. Ahora bien, en cuanto se trata de convertir en objeto verbal un objeto no verbal, la heteromorfía constitutiva de esos dos tipos de realidad⁴ funda indefectiblemente un vacío en el que se introduce, más o menos subrepticamente, la subjetividad lingüística⁵.

Se podría pensar que estas constataciones no desembocan más que en una resignada conclusión: en el lenguaje todo es subjetivo, y desde ese punto de vista todos los textos están en las mismas condiciones. Pero nos parece más interesante superar esta afirmación trasnochada tratando de clarificar el status (los diferentes status) de esa subjetividad invasora.

1.2. AMBIGUEDAD DE LOS TERMINOS "OBJETIVO" FRENTE A "SUBJETIVO"

Sin el aval ilustre de Benveniste, no habríamos ciertamente tenido la audacia de elegir, para designar el conjunto de hechos lingüísticos que intentamos elucidar, un término tan peligroso como el de "subjetividad".

1.2.1. Subjetividad deíctica frente a afectiva o evaluativa

Ante todo conviene precisar que *la subjetividad deíctica es de naturaleza enteramente diferente de la subjetividad afectiva o evaluativa*:

— El empleo de los deícticos, aún siendo solidario de la situación enunciativa, reposa, en efecto, en un consenso indiscutible: en una determinada situación todo el mundo estará de acuerdo de reconocer que el empleo de "aquí" o de "ahora" es apropiado o inadecuado.

— Por el contrario, el empleo de los evaluativos puede siempre discutirse, en una determinada situación enunciativa, pues depende de *la naturaleza indivi-*

3. Si nos colocamos desde el punto de vista de L_1 , y no de L_0 , es cierto, como lo observa Todorov (1967, p. 271), que el pasaje del estilo directo al estilo indirecto corresponde a una "objetivación" del enunciado de L_1 (supresión de los shifters, de las formas "emotivas", etc.). Pero esa supresión de la subjetividad de L_1 se hace en beneficio de la de L_0 , que interpreta el enunciado al mismo tiempo que lo inscribe en su propio objetivo enunciativo.

4. Recordemos que esa heteromorfía atañe en esencia a las propiedades (que no comparten los lenguajes icónicos, cuyas posibilidades miméticas son, pues, *relativamente* mayores que las del lenguaje verbal) de linealidad, de discreción y de arbitrariedad.

5. Dos de los *Exercices de style* "Ejercicios de estilo", de Queneau (Gallimard, 1966) se titulan "El lado subjetivo" y "Otra subjetividad". Pero con toda seguridad no son los únicos que han de estar marcados subjetivamente . . .

dual del sujeto de la enunciación. Si se decide, restrictivamente, no llamar “subjetivas” más que a las modalidades del discurso que implican una visión y una interpretación totalmente personales del referente,⁶ entonces los deícticos, aunque no dejan de ser enunciativos, deberán considerarse “objetivos”.

Habiendo dicho esto, observemos que los *shifters* comparten con las otras unidades subjetivas una propiedad que puede formularse de diversas maneras: “Las reglas semánticas”, que definen el contenido de los signos, “toman en consideración al mismo hablante que los utiliza” (H. Brekle, 1974, p. 33); todas esas expresiones “no designan a su referente más que con relación al momento del discurso en que aparecen, y sobre todo dentro de él” (O. Ducrot, 1972 a. pp. 70-11); finalmente, diremos con Jean-Claude Milner —de quien tomaremos el concepto sin aceptar los detalles de su análisis— que *las unidades subjetivas, comprendidos los shifters están desprovistas de “autonomía referencial”*: “Ciertos elementos, como los pronombres personales, tienen un referente definible en los enunciados particulares, pero que de hecho depende enteramente de éstos; en cuanto cambia el enunciado, cambian también las condiciones de definición de la referencia. . .” (1973, p. 131). En otras palabras: todas las unidades léxicas reciben, en el curso de su actualización discursiva, un correlato referencial determinado. Pero se dividen en dos clases según que en la lengua remitan o no a una clase denotativa (virtual) de contornos precisos.

Milner parece considerar que los términos evaluativos son referencialmente autónomos. ¿Se puede, sin embargo, definir “fuera del enunciado” a la clase de los objetos “hermosos” o incluso “grandes”? ¿y a la de los “imbéciles”?⁷ Lo que nos autoriza a reagrupar bajo el mismo rótulo de “subjetivo” a unidades por lo demás tan diferentes como los *shifters*, los afectivos o los axiológicos, es que siendo diversamente solidarios de la situación de enunciación, no poseen una clase denotativa autónoma (es decir, independiente de la situación, y/o del sujeto de la enunciación). Tal es, por otra parte, la actitud de Husserl, a quien Milner se refiere extensamente: después de haber opuesto las “expresiones objetivas” y las “expresiones subjetivas” (Decimos que una expresión es objetiva cuando [. . .] se la puede comprender sin que necesariamente haya que tomar en consideración la persona que la expresa ni las circunstancias en las

6. Cf. la definición que propone del término “subjetivo” el *Diccionario de la Real Academia Española* (1956): “Pertenciente o relativo al sujeto [. . .] 2. Relativo a nuestro modo de pensar o de sentir y no al objeto en sí mismo”, y el uso terminológico de B. Pottier (1967, p. 31) que, bajo el nombre de “unidades relativas”, extrae los deícticos del conjunto de expresiones “subjetivas”.

7. En lo que concierne a este sustantivo y a otros “sustantivos de cualidad”, es sabido que Milner considera que abarcan en realidad dos unidades distintas:

- un sustantivo referencialmente autónomo (“Pedro es un imbécil”) – autonomía que, por otra parte, nos parece discutible;
- un sustantivo cuyo valor referencial no puede determinarse más que en el interior de un acto de habla particular y cuyo contenido evaluativo es relativo a un acontecimiento especificado en el contexto (“Ese imbécil de Juan rompió la taza”).

cuales se expresa [. . .]. Por otra parte, llamamos esencialmente subjetiva y ocasional a [toda expresión] cuya significación actual [es necesario] orientar cada vez según la ocasión, según la persona que habla o su situación”), Husserl precisa, en efecto, que ese “carácter ocasional” se vincula no sólo con los pronombres personales y otros deícticos, sino también con las “expresiones de percepción, de convicción, de dudas, de deseo, de esperanzas, de temor, de orden, etc.” (es decir con las expresiones afectivas y evaluativas).

La primera ambigüedad del término “subjetivo” se debe, pues, al hecho de que recubre dos subclases de expresiones autónomas semántica pero no referencialmente:

- los deícticos, cuya aplicación referencial depende de determinados datos de la situación enunciativa;
- los otros, cuyo uso depende de la especificidad de las competencias cultural e ideológica de su usuario, y que la *Lógica* de Port Royal (1970, pp. 97-98) llama “equivocos por error”.

“Así, la expresión ‘verdadera religión’ no significa más que una sola y única religión, que en verdad es la católica, no habiendo otra verdadera. Pero puesto que cada pueblo y cada secta cree que su religión es la verdadera, esta expresión es muy equívoca en boca de los hombres, aun siéndolo por error. Y si uno lee en una historia que un príncipe ha sido celoso de la verdadera religión, no se podrá decir lo que se entiende por ello si no se sabe de qué religión era ese historiador”:

el contenido referencial de tales expresiones no puede determinarse sin acudir a determinadas informaciones sobre L_0 . Otro ejemplo (que concierne esta vez a los axiológicos): “Si yo digo, por ejemplo, que no había más que hombres de seis pies enrolados en el ejército de Mario, ese término de ‘hombres de seis pies’ no puede ser equívoco por error, puesto que es muy fácil medir a los hombres para juzgar si tienen seis pies” (la expresión, pues, es objetiva). “Pero si se hubiera dicho que no se debería enrolar más que a hombres valientes, el término de hombres valientes hubiera estado más sujeto a ser equívoco por error, es decir, hubiera podido atribuirse a hombres que uno creía valientes y que en realidad no lo eran.” Para Arnault y Nicole, que no tienen escrúpulos en erigir en objetividad su propia subjetividad y que consideran que tales expresiones hasta son susceptibles de un uso justo (existen “en verdad” una religión verdadera y hombres “en efecto” valientes), no es sino “por error” que ellas se prestan a equívoco: el espíritu humano es tan falible. . .

1.2.2. Subjetividad explícita frente a subjetividad implícita

Segunda distinción: *la subjetividad lingüística puede enunciarse de un modo*

8. Extractos de *Recherches linguistiques* [“Investigaciones lingüísticas”] citados por Milner 1973, pp. 47-50.

explicito (fórmulas subjetivas que se confiesan como tales) o de un modo implícito (fórmulas subjetivas que intentan hacerse pasar por objetivas).

Se trata aquí de evaluar la diferencia que existe, por ejemplo, entre

(i) "Lo encuentro lindo".

y

(ii) "Es lindo".

Las dos oraciones se oponen en forma manifiesta

- por su enfoque asertivo: en (i), informo a otro sobre lo que yo pienso del objeto en cuestión; en (ii), informo a otro sobre una de las propiedades (que me parece característica) del objeto;

- por su modalidad enunciativa: en (i), la evaluación está evidentemente vinculada a una fuente evaluativa individual; en (ii), la evaluación está separada de L_0 , lo que produce un "efecto de objetividad". La posibilidad de usar fórmulas del tipo (ii) se basa, según los casos, ya sea sobre una "presuposición de connivencia" ((i) no prejuzga para nada la opinión de otros en la materia / (ii) significa "lo encuentro lindo" + "tengo buenas razones para suponer que usted y la mayoría de la gente están de acuerdo con esta apreciación o lo estarían llegado el caso"), ya sea sobre una "presuposición de competencia de L_0 " ("lo encuentro lindo": "hago un juicio que endoso personalmente en la medida en que no estoy seguro, dado que no domino perfectamente la norma de evaluación en vigencia, de tener razón"/ "es lindo": "me permito objetivar mi juicio, pues en virtud de mi conocimiento del código estético me otorgo el derecho de erigir mi apreciación personal en un juicio de validez general")⁹

Sin embargo, entre las dos formulaciones no existe un verdadero hiato semántico. En cierta forma, ambas se vinculan con L_0 y ambas son subjetivas. Esta continuidad aparece, por ejemplo, en la frecuencia de los correctivos que explicitan *a posteriori* la naturaleza individual de la fuente de evaluación: "es lindo, me parece", "es un imbecil -según mi opinión"; y en el carácter natural, pasible de réplicas impugnadoras del tipo ("es lindo")- "no me parece"¹⁰, réplicas que se parecen mucho a las que suscita la formulación explícitamente subjetiva; esto tiende a probar que al enunciar la oración "es lindo", L_0 admite implícitamente que de hecho significan "lo encuentro lindo" y le reconoce a su interlocutor discursivo el derecho absoluto de impugnar su juicio evaluativo; y que el modalizante de subjetividad, aun cuando no esté explícito, aflora siempre a la superficie del enunciado.

Pero no queremos, sin embargo, justificar la actitud que consiste en conside-

9. Todo crítico cinematográfico debe, en principio, ser capaz de disociar las dos grillas evaluativas siguientes:

me gusta con locura/apasionadamente/mucho/un poco/nada

es una obra maestra/una película excelente/una buena película/una película cualquiera/un mamarracho.

10. Por cierto, a veces, la réplica es apasionada. Pero en ese caso eso concierne al contenido de la aserción más que a su formulación. Lo que queremos decir es que, desde ese punto de vista, casi no se constata diferencias entre (i) y (ii).

rar a (ii) como un derivado transformacional de (i). Pues además de forzar al que describe a elegir arbitrariamente, en el seno del paradigma de los modalizadores, el que le conviene catalizar, ese tratamiento borra de un plumazo la diferencia igualmente fundamental (y cuyas implicaciones pragmáticas son considerables) que existe entre las dos modalidades enunciativas; diferencia que sólo se encuentra en la primera persona, pues cuando corresponde al alocutario o a un no-interlocutor la fuente enunciativa debe obligatoriamente explicitarse. *Tal es el privilegio exorbitante del sujeto de la enunciación: tiene del derecho (que felizmente el alocutario puede impugnarle a cada instante), al borrar el lazo que vincula su propia subjetividad a la proposición afirmada, de "hacer como si" fuese la verdadera verdad la que habla por su boca.*

Conclusión:

— Los marcadores de subjetividad pueden más o menos¹¹ confesar o, por el contrario, disimular, su condición de unidades subjetivas. En lo que concierne a los juicios de verdad que L_0 es susceptible de aplicar a los contenidos afirmados, hemos mostrado en otro lugar (1978, p. 61) que podía intervenir según tres modalidades, de las cuales la primera y la tercera corresponden a lo implícito discursivo:

- implícitamente, evalúa como verdadero su enunciado global;
- puede presentarse como la fuente explícita de la aserción; como garante, por lo tanto, de su verdad/falsedad (“estimo que”, “dudo que”, “según mi opinión”...);
- por último, puede inscribir en el enunciado ciertos juicios de verdad/falsedad bajo la forma de presuposiciones (o bien de sobreentendidos) vehiculizados por ciertos ítems léxicos que figuran en ese enunciado (“saber”, “pretender”, etc.),

y que un cierto número de procedimientos (elipsis en la superficie de toda mención de la fuente, o formulación presuposicional de ciertos elementos de información) tenían como función común producir un “efecto de objetividad” (lo mismo que se habla de efecto de realidad).

— Nos parece igualmente injustificado tanto disociar radicalmente como asimilar totalmente los dos tipos de formulación (i) y (ii): una oración tal como “es lindo”, por más que se dé, por usurpación, apariencias objetivas y parezca emanar de un sujeto universal, está por completo marcada subjetivamente. Es enunciación subjetiva *objetivizada*, pero de todos modos es enunciación *subjetiva*.

La presencia del enunciador en el enunciado no se manifiesta, pues, necesariamente por la figuración de una “primera persona” lingüística: una descrip-

11. El eje de la implicación es, en efecto, gradual. Podemos comparar:

— “Sobre la autopista acaban de inaugurar un restaurant saboyano/ “saboyano”/ que pretende, que se hace llamar saboyano/que para mí no tiene nada de saboyano”

— “Lo encuentro interesante”, que ocupa un lugar intermedio entre “es interesante”; objetivización máxima y “me interesa”: subjetivización total.

ción "impersonal" puede ser eminentemente "subjetiva" y un relato endosado por la "primera persona" adoptar un punto de vista universalista, como los de Leiris, de quien Butor escribe que "aporta a la literatura un tipo de objetividad profundamente nueva (y tanto más interesante porque se manifiesta por el empleo de un 'yo'), una ubicación de la cultura occidental entre las otras" (*Le Monde* del 30 de enero de 1976, p. 18); se puede muy bien hablar de uno mismo ausentándose de la superficie del texto ("Madame Bovary soy yo") y hablar "de otro" diciendo "yo". Se lo ha observado a menudo a propósito del discurso literario; vale también para las producciones neuróticas: del obsesivo, cuyo discurso está explícitamente asumido por un "yo" omnipresente, y del histérico, que se apropia difícilmente de ese "yo"; el que se enuncia más en su enunciado no es quizá, según Luce Irigaray (1967), el que uno cree.

Todas esas ambigüedades confluyen en el concepto de "distancia":¹² por una parte, la distancia enunciativa, si bien su instauración corresponde por lo general a una tensión objetivizante, puede en ciertas condiciones servir para enfatizar un estado subjetivo, como observa Maurice Blanchot (1949, pp. 28-29):

"No basta escribir: Soy desgraciado; mientras que no escribo nada sobre otro, estoy demasiado cerca de mí, demasiado cerca de mi desgracia para que esa desgracia se haga verdaderamente mía en el lenguaje: no soy todavía verdaderamente desgraciado. No es sino a partir del momento en que llego a esta sustitución extraña: él es desgraciado, que el lenguaje comienza a constituirse en lenguaje desgraciado para mí, a bosquejar y a proyectar lentamente el mundo de la desgracia tal como se realiza en él";

e inversamente, la distancia objetivizante puede formularse con la ayuda de esos "digo, repito, creo, pienso, sé", de los que Lucile Courdresses observa (1971, p. 25) que corresponden a "una mirada reflexiva del sujeto hablante sobre su propio enunciado": le permiten, en efecto, al enunciante, desdoblándose, objetivarse. En cierta forma se puede entonces considerar que la oración "Lo encuentro lindo", paralela a "lo encuentra lindo" es más objetiva que "es lindo".

12. La "distancia" de la que aquí se trata se mide entre el sujeto de la enunciación y el contenido del enunciado (y, especialmente, uno u otro de los actantes que allí están inscriptos). Pero por "distancia" también se puede entender:

- la que a veces se instaura entre L_0 y la formulación del enunciado verbal (problema de todos esos procedimientos metalingüísticos que G. Celati, 1973, detecta, por ejemplo, en Beckett);

- la que juega entre los diferentes actantes del enunciado (por ejemplo, los personajes de *Eugenia Grandet*, acerca de los cuales R. Huenen y P. Perron, 1974, analizan cómo se denominan entre sí, lo que varía según diversos parámetros psicológicos y sociales);

- finalmente, la que se instaura entre los dos actantes, L y A, del proceso de alocución: es esta distancia la que está involucrada en el funcionamiento de los apelativos tal como los considera D. Perret y la que mide, en una perspectiva más literalmente especializada, la proxémica de E. T. Hall.

La subjetividad puede adoptar el camino de la tercera persona y la objetividad, el de la primera: es para dar cuenta de esta paradoja enunciativa que en lugar de atenernos al caso de los *shifters* y de los modalizadores explícitos, hemos preferido tratar de ampliar el inventario de las unidades subjetivas —aún cuando esta apertura se hizo en beneficio de una cierta vaguedad descriptiva y terminológica, puesto que puede al mismo tiempo llamarse subjetiva:

- (i) a la actitud que consiste en hablar abiertamente de uno mismo;
- (ii) a la que consiste en hablar de otra cosa, pero en términos mediatizados por una visión interpretativa personal.¹³

1. 2. 3. Otro aspecto de esta ambigüedad

La dupla “subjetivo”/“objetivo” se ha asimilado hasta ahora a los procedimientos de develamiento/enmascaramiento del sujeto de la enunciación. Pero esta concepción de la objetividad como un borrarse del sujeto hablante (llamémosla I) entra en conflicto con otra concepción (II) de la objetividad: un enunciado objetivo es también, a veces, un enunciado conforme a lo que se estima que es la realidad de las cosas; y se puede, en ese sentido, ser objetivo sin ser neutro y ser neutro sin ser objetivo. Siempre en este sentido, la oración “x pretende que P”, que implica un “tomar partido” de L₀, puede ser tan objetiva como “x dice que P”, si L₀ puede demostrar, a partir de pruebas irrefutables, la falsedad de lo alegado por x, y la fórmula del maestro de *La mujer del panadero*, “Juana de Arco creyó escuchar voces” (que presupone efectivamente que para L₀ esas voces no son sino alucinaciones acústicas), puede ser también tan objetiva como la del cura que le reprocha con vehemencia su parcialidad didáctica: “Juana de Arco escuchó voces”.

Es sobre esta polisemia de la palabra “objetivo” —que tan pronto denota una propiedad interna del enunciado (ausencia de marcas de la inscripción de L₀) como su adecuación referencial (evaluada por el receptor), o su neutralidad, o su exactitud— con lo que juega la fórmula del *Nouvel Observateur*, al definirse como “El más objetivo [en el sentido II] de los diarios de opinión [por lo tanto subjetivos I] y el más comprometido [subjetivo I] de los diarios de información [objetivos II]”; y es la existencia de una *objetividad evaluativa* lo que subraya, esta humorada de Etiemble: “Llamemos al gato, gato y a Stalin, tirano”. Esta reflexión sobre la subjetividad lingüística desemboca, entonces, en un problema conexo, que hemos abordado en otra parte (en nuestra “Déambulation en territoire aléthique” hemos, en efecto, tratado de demostrar que todos los enunciados no eran candidatos al mismo tipo de verdad y que su sta-

13. Tomamos conciencia de la ambigüedad de los términos objetivo/subjetivo al constatar que frente a un texto de Ponge (“*Le papillon* [“La mariposa”]) los estudiantes se repartían en dos grupos según privilegiaban una u otra acepción de esos términos: algunos, en efecto, afirmaban: “en ese poema todo es objetivo, nada es subjetivo” (“subjetividad” entendida, entonces, en el sentido (i): no se trata, en efecto, de una evocación de estados de ánimo), mientras que otros consideraban el texto enteramente subjetivo (en sentido (ii): la descripción pongiana no tiene nada que ver con una descripción entomológica).

tus dependía a la vez de la naturaleza del contenido proposicional y de su formulación verbal): el de los mecanismos que fundan, y tratan de imponer al receptor, la verdad de un enunciado.¹⁴

Ahora bien, esos dos tipos de objetividad no van siempre juntos. E incluso se puede considerar que siendo el status del sujeto hablante por esencia subjetivo (sujeto como está a las restricciones de su aparato perceptivo, a su localización espacio-temporal, a sus competencias lingüística, cultural e ideológica, etc.), el discurso "subjetivo" es de algún modo más "natural" que el discurso "objetivo", que no puede ser sino el producto "artificial" de una transformación operada a partir de datos subjetivos (no es necesario buscar muy lejos la respuesta a la pregunta que plantea Musil en *El hombre sin cualidades*: "¿Por qué cuando hablamos de una nariz colorada nos contentamos con la afirmación muy imprecisa de que es colorada, cuando sería posible precisar casi en un milésimo de milímetro mediante longitudes de onda?"¹⁵). Las "imposturas" del discurso con pretensiones objetivas han sido denunciadas varias veces y desde distintas perspectivas: por la semántica general, que muestra que multiplicando los deicticos y mencionando sistemáticamente la naturaleza de la fuente evaluativa (según los mandatos de Korzybski, "Pedro es un egoísta" debe reemplazarse siempre por "*Me parece que Pedro se comportó en esa circunstancia como un egoísta*" y "Pedro es pequeño", por "*Me parece que Pedro tiene una talla inferior a la norma que me construí a partir de tal experiencia . . .*"), se accede a una práctica lingüística más "sana" y más honesta que la que consiste en economizar abusivamente los operadores de la subjetividad: cuanto más subjetivo se es (en el sentido I), más objetivo se es (en el sentido II), aparente paradoja que Korzybski estaría seguramente dispuesto a admitir; por Prieto, al referirse al discurso científico, del que muestra que no se torna objetivo sino a partir del momento en que toma conciencia de su imposibilidad de serlo y que incorpora una reflexión sobre los límites de su propia validez (1975, p. 158: "Es, pues, precisamente cuando se reconoce que un conocimiento de la realidad material no es objetivo en el sentido tradicional del término, cuando éste se hace objetivo en el sentido que nos proponemos aquí"); y, por Roland Barthes, tratándose del discurso literario

"Reclamar agresivamente en favor del 'sólo los hechos', reclamar el triunfo del referente, es mutilar lo real de su suplemento simbólico, es cometer un acto de censura contra el significante que *desplaza* el hecho, es rehusar *la otra escena*, la del inconsciente. Al rechazar el suplemento

14. Por ejemplo, Gilles Perrault muestra bien, en *Le Pull-over rouge* ["El pulóver colorado"] (Ramsay, 1978) que la confesión, después la retractación, de Ranucci se deben a que se encuentra tironeado por dos "verdades", de las cuales una se le impone argumentativamente (por cierto que mató a esa niña, puesto que me han probado de manera irrefutable que no podía ser de otro modo) y la otra surge de la certidumbre de su memoria y de su convicción íntima.

15. Col. "folio", 1973, p. 16.

simbólico, el narrador (aún cuando nos lo parezca por una ficción narrativa), toma un *papel* imaginario, el de sabio; el significado de la lexía es, entonces, *el asimbolismo* del sujeto de la enunciación: *Yo* se toma por asimbólico; la negación de lo simbólico forma evidentemente parte del código simbólico mismo". . . (y la negación de la subjetividad forma parte del código subjetivo mismo). "Podríamos imaginarnos una historia de la literatura o, mejor dicho, de las producciones del lenguaje, que sería la historia de los *expedientes* verbales, a menudo muy locos, que los hombres han usado para reducir, domesticar, negar o, por el contrario, asumir lo que es siempre un delirio: la inadecuación fundamental del lenguaje y de lo real. Decía hace un instante, a propósito del saber, que la literatura es categóricamente realista porque jamás tiene otro objeto de deseo que lo real; y ahora diré, sin contradecirme porque aquí emplee la palabra en su acepción familiar, que es al mismo tiempo obstinadamente irrealista: cree sensato el deseo de lo imposible."¹⁶

"Realismo", "objetividad": no es muy difícil, con términos tan complacientemente polisémicos,¹⁷ construir enunciados paradójicos; paradojas con la que habíamos tropezado en el camino (constatando así con Perec que una cierta búsqueda de exhaustividad descriptiva reflejaba una tensión realista, pero producía un efecto irreal; notando que en los enunciados de ficción los operadores de aproximación —"dura quizás un minuto", "la zorra le habló más o menos así"— engendraban a menudo un efecto-de-real¹⁸) y cuyo fundamento vemos mejor ahora: creer en las posibilidades del realismo es ser muy irrealista; pretender la objetividad del tipo I (y hacer como si los hechos se relatasen a ellos mismos) es contravenir la objetividad del tipo II (es decir, traicionar el status efectivo de todo hecho de habla) y tener, pues, un comportamiento típicamente imaginario, proveniente de lo que puede llamarse el "fantasma de Sirio": no puede ser más que un señuelo ese efecto de transparencia que produce la supresión de las marcas enunciativas (a propósito de la obra de Steven Weinberg, *Les Trois Premières Minutes del l'univers* ["Los tres primeros minutos del universo"], Seuil, 1978, Maurice Arvenny se extasía: "Todo está contado de manera tan límpida, tan natural, que casi olvidamos que el libro tiene un autor,

16. 1973, p. 37 y 1978 b, pp. 22-23.

17. No hemos hablado de otra acepción de los términos objetivo/subjetivo, que no carece, sin embargo, de relación con las mencionadas aquí: es la que utilizan en el discurso marxista —una de las estrategias usadas frecuentemente por el P.C. para descalificar a x consiste en deducir de "x hace objetivamente el juego del adversario y", "x es subjetivamente cómplice de y".

18. Michel Arrivé, que está en condiciones de saberlo, se aprovecha de ello en *Les Remontrances du vieillard idiot* ["Las reprimendas del viejo idiota"] Flammarion, 1977, por ejemplo, p. 103: "Recuérdese que este texto se escribió *sin duda* en 1952, en una época en que la reflexión teórica sobre la legibilidad . . ."

uno de los mejores físicos actuales . . ."19); no puede ser más que un impostor el que Barthes llama "El hombre de los enunciados" (1974, p. 54:

"El Padre es el Hablador: el que tiene los discursos fuera del hacer, separados de toda producción; el Padre es el Hombre de los Enunciados por eso nada es más transgresivo que sorprender al Padre en estado de enunciación; es sorprenderlo en embriaguez, en goce, en erección: espectáculo intolerable (quizá *sagrado*, en el sentido que Bataille daba a esta palabra), que uno de los hijos se apresura a cubrir sin lo cual Noé perdería allí su paternidad. El que muestra, el que enuncia, el que muestra la enunciación, no es más el Padre"20

Efectivamente, es preferible "el hombre de las enunciaciones", cuya actitud escritural apunta a quebrantar las certezas del "realismo", a relativizar la verdad del decir, a reconocer —en lugar de enmascarar— la subjetividad y la arbitrariedad de las conductas discursivas; y los autores que en lugar de presumir de demiurgos omnipotentes anuncian los procedimientos por los que "se autorizan". Pero sería muy ingenuo creer en la honestidad sin tacha de esa "escritura realizativa" cuyas diferentes fases hemos descrito en otra parte (1977a), y muy imprudente preferir exclusivamente los textos que disfrazan, en nombre del principio del placer (el del lector), su trabajo de producción.21 Oponiendo así a las prácticas "ilusionistas" la honestidad escritural de un Diderot, S. Lecointre y J. Le Galliot declaran (1972, p. 230):

"Una de las especificidades del texto de Diderot consiste en no disimular ese conflicto mediante el ejercicio de algunas técnicas ilusionistas, sino, por el contrario, en hacerlo dialéctico mediante un desplazamiento constante de la enunciación del relato al discurso, que no trata de apropiárselo sino para restituirle en seguida una autoridad precaria y fugaz. Por el juego de esa dialéctica este texto sugiere una verdadera ética literaria, que vuelve a subrayar la irreductibilidad básica entre una pseudo-'realidad' y su representación en un espacio textual dado."

19. *Le Monde* del 31 de mayo de 1978, p. 18: (notemos que el efecto de verdad que fascina a M. Arvenny es aquí doble: por una parte, esta aventura cósmica parece narrarse a sí misma, pero, si se replica que esa desaparición de L no es más que un señuelo, entonces Arvenny saca de la manga un segundo argumento: el enunciante existe, sin duda, pero es una autoridad científica investida de una competencia infalible).

20. Quizá pueda verse aquí la explicación de esa aversión (ambigua y con algo de dilección) que Barthes en varias partes confiesa tener para con el habla oral: es que es eminentemente realizativa, por lo tanto exhibicionista; sacra quizá, pero sobre todo desacralizante.

21. Cf. *Louis-Ferdinand Céline vous parle* ["Les habla Louis-Ferdinand Céline"], discos Festival, FLD 149: "Se supone que el lector no ve el trabajo. . . él es un pasajero ¿no es cierto?, el lector. . . Ha pagado su lugar. . . Compró su libro. . . Pongamos que pagó su lugar. . . No se ocupa de lo que pasa debajo del puente y no se ocupa de cómo se conduce el navío. . . Quiere gozar. . . Hay un deleite. . . Bueno. . . tiene su libro y debe deleitarse. . . y mi deber es hacer que se deleite. . . y yo me ocupo de eso"

Aceptémoslo. Pero podemos preguntarnos si ese juego dialéctico no es al mismo tiempo la astucia suprema, que se vale del discurso para autenticarse y acrecentar su potencial de credibilidad, y si Diderot no es de hecho el más hábil de los ilusionistas . . .

1. 3. LA TIPOLOGIA DE LOS DISCURSOS

Después de este intento de clarificar los diferentes sentidos que puede tomar la palabra "subjetividad", volvamos a nuestra ambición inicial de localizar todos los refugios enuncivos del sujeto de enunciación. Nos hemos referido a su omnipresencia, y dijimos que la tensión objetivante de un enunciado no podía ser nunca más que asintótica. Pero, sin embargo, no podemos contentarnos con la comodidad de una fórmula como la siguiente: "en el lenguaje la subjetividad está en todas partes": eso sería renunciar a percibir las diferencias que existen, desde este punto de vista, entre tal o cual producción discursiva; sería negar que las posibilidades de desembrague, de distanciamiento, de objetivación, son tan características del funcionamiento del lenguaje como su asunción subjetiva y que ellas en cierta medida fundan la legibilidad de un texto: más allá de un cierto umbral de "opacidad"²² el texto corre el riesgo, en efecto, y Luce Irigaray lo nota a propósito de las producciones de los obsesivos, de caer en "lo incomunicable".²³

En cierto sentido todas las oraciones están marcadas subjetivamente. Pero no es verdad que

(1) "La tierra es redonda" y

(2) "La luna está en menguante" estén marcadas en la misma forma que

(3) "La luna es tan bella esta tarde como una hoz de oro en el campo de las estrellas":

considerar (1) como una oración subjetiva, con el pretexto de que la tierra, de hecho, está ligeramente achatada en sus dos polos, es confundir la redondez de las lenguas naturales con la esfericidad de las matemáticas: *lingüísticamente*, "la tierra es redonda" significa que la tierra es *grosso modo* esférica (aserción que se funda, es verdad, no sobre un dato perceptivo, sino sobre un saber-históricamente fechado); en cuanto a la oración (2), enuncia una verdad en cierta

22. Recordemos que este concepto, que se opone al de "transparencia", denota la abundancia (frente a la pobreza) de las marcas enunciativas (cf. Dubois, 1969, Todovoir, 1970 y F. Recanatí, 1979a —en donde la reflexión se sitúa, sin embargo, en una perspectiva teórica bastante diferente).

23. 1967, p. 108: "Si el histórico se considera como carente de una experiencia propia del mundo, el obsesivo vive la suya de un modo tan elaborado por sus propias imágenes que no puede ser directamente entendido [. . .]: el objeto de la comunicación se presenta de tal modo mediatizado por el "yo" que es relativamente incomunicable."

forma objetiva, según la percepción del conjunto de los terrestres y no de un habitante de Sirio, cuyo punto de vista por lo demás importa poco.²⁴

A la fórmula precedente preferimos, pues, ésta, más productiva: *toda secuencia discursiva lleva la marca de su enunciante, pero según modos y grados diversos*. La única actitud legítima es la de admitir que toda secuencia se localiza en algún punto del eje que une los dos polos, infinitamente alejados, de la objetividad y la subjetividad; la única empresa redituable es tratar de identificar, diferenciar y graduar sus diversos modos de manifestación. Es con ese fin que hemos opuesto las subjetividades deícticas/no deícticas, explícita/implícita; que hemos distinguido los "subjetivemas" afectivos, evaluativos, modalizadores y axiológicos; que hemos considerado además otros puntos, más discretos, de emergencia de esa subjetividad. De todo esto se deduce que los subjetivemas constituyen un conjunto de hechos demasiado heterogéneos (por su naturaleza, su status, su valor gradual) para que se pueda esperar elaborar tan pronto un procedimiento de cálculo del porcentaje de subjetividad que implica un texto cualquiera; pero también que su descripción permite ya, en cierta medida, evaluar comparativa, cualitativa y cuantitativamente, el funcionamiento enunciativo de dos ítems, secuencias, unidades o conjuntos textuales determinados.

En otros términos, *las consideraciones enunciativas pueden utilizarse como criterios*, junto con otros (esos criterios son, en efecto, numerosos, heterogéneos, y están en relación de "clasificación cruzada": pueden ser de naturaleza formal, temática, retórica, pragmática, etc.), *para fundar una tipología de los enunciados*; esa tipología reclamada de todas partes que debe venir a eliminar y reemplazar la antigua distinción retórica de los géneros.

1. 3. 1. Los hechos enunciativos pertinentes

Esos criterios enunciativos son en sí mismos heterogéneos; una tipología de esta naturaleza²⁵ deberá, en efecto, tomar en cuenta:

(a) El dispositivo enunciativo extra-verbal, es decir, el número y la naturaleza de los *actantes de la enunciación* involucrados en el intercambio verbal. Es sobre esta base, por ejemplo, que Freud opone (1973, pp. 1077, 110)* el chiste

24. En este "chiste" citado por Lubitsch en *Ninotchka*, L₁ finge tomar como una de sus propiedades constitutivas esa propiedad perceptiva del objeto-luna:

L₁: "¿Hay habitantes en la luna?"

L₂: Cincuenta millones.

L₁: "¿Y qué pasa con ellos cuando la luna está en menguante?"

25. Véase Jenny Simonin-Grumbach, 1975, para un intento de basar en criterios sólo enunciativos una tipología de los textos (que por ello permanece como algo un tanto rudimentario y frágil).

* Se cita por la traducción española; ver Bibliografía citada.

“inocente” y el chiste “tendencioso”: el primero se desarrolla entre dos actantes solamente (a los que pueden agregarse actantes-testigos, pero eso vale para todos los chistes, cuya eficacia lúdica se ve reforzada por la presencia de un público complaciente): el hablante y el (o los) receptor(es) de la ocurrencia; el segundo implica necesaria (y suficientemente) el trío enunciativo siguiente: “el que hace el chiste, el que inspira la burla hostil o sexual, finalmente, aquel a quien se quiere producir placer”, es decir que además de los sujetos emisor y receptor, hay lo que puede llamarse una actante-centro del-planteo. Igualmente se puede considerar que el discurso polémico²⁶ compromete tres actantes abstractos, a saber:

- un locutor polemista, que apunta a desacreditar
- un centro del blanco, a los ojos de un
- destinatario, al que L trata de hacer cómplice.

Observaciones

– A diferencia del centro del blanco, que no lo es en tanto no sea incorporado al circuito comunicacional, el emisor y el receptor constituyen los dos únicos verdaderos “enunciadores” del intercambio verbal.

– Esos diferentes actantes funcionales pueden ser, concretamente, plurales. Inversamente, en ciertos casos, pueden fusionarse substancialmente: sucede, a veces, en el discurso polémico, que el centro del blanco viene a coincidir con el destinatario, e incluso con el emisor (discurso autopolemico).

(b) El dispositivo intra-verbal, es decir, el número y la naturaleza de los diferentes *actantes del enunciado*, algunos de los cuales se considera que representan lingüísticamente a ciertos actantes de la enunciación.

El discurso polémico se caracteriza, pues, por el hecho de que:

- en el enunciado se menciona necesariamente el centro del blanco: incluso cuando no se lo designa clara y señaladamente, debe ser suficientemente identificable para que el discurso pueda percibirse como polémico;
- el enunciante-emisor, y en un grado menor el enunciante-receptor, están en general inscritos con una cierta insistencia en la superficie textual: a diferencia de los discursos científicos (cf. Dubois y Sumpf, 1968, pp. 152-153) y didácticos (cf. L. Courdresses, 1971, pp. 25 y 32), el discurso polémico está en principio muy marcado enunciativamente.

Todo análisis del discurso debe comenzar por definir lo que a veces se llama “el aparato formal de la enunciación”, es decir, el status intra-textual de los diferentes actantes de la enunciación:

(a) Status lingüístico del locutor (plantearemos más adelante el problema particular del discurso literario y de ficción): ¿cuáles son los grados y las modalidades de su presencia en el enunciado? A la luz de lo dicho precedentemente, se pueden, en efecto, establecer las siguientes distinciones:

26. Para este tipo de discurso, véase el N° 9 (1980) de nuestra revista *Linguistique et semiologie*.

- presencia explícita, intervención directa mediante el significante “yo” (o una de sus variantes) o “desinencia verbal de primera persona”;
- presencia indirecta, a través de expresiones afectivas, interpretativas, evaluativas, modalizadoras, axiológicas —en la medida en que el contexto demuestre que otro actante del enunciado no puede hacerse cargo de ellas, puesto que suponen necesariamente una instancia discursiva autónoma;
- por último, presencia que se manifiesta a través del conjunto de elecciones estilísticas y de la organización del material verbal: en cierta medida variable según los textos, la figura del hablante, ya lo hemos dicho y repetido, se inscribe siempre, en la superficie o en filigrana, en el enunciado.

(b) Status lingüístico del alocutario:

Hemos centrado, excesivamente sin duda, nuestra reflexión sólo sobre el enunciante-locutor. Ahora bien, si el papel enunciativo del alocutario es siempre menor, en cambio, tal como lo observa Genette, en ciertos tipos de textos la figura fantasmal de lo que él llama el “narratorio”, al determinar la actitud de la locución, de alguna manera aparece y puebla todos los repliegues del texto:

“A la orientación hacia el narratorio, al cuidado de establecer o de mantener un contacto con él, incluso un diálogo [. . .], corresponde una función que recuerda a la vez la función ‘fática’ (verificar el contacto) y la función ‘conativa’ (actuar sobre el destinatario) de Jakobson. A esos narradores, de tipo sandhiano, siempre vueltos hacia su público y a menudo más interesados en la relación que mantienen con él que en su relato mismo, Rodgers los llama *raconteurs* (los que cuentan historias). En otro tiempo se los habría llamado más bien *causeurs* “conversadores”, y quizá la función que tienden a privilegiar deba llamarse *función de comunicación*; se sabe cuál es la importancia que adquiere en la novela epistolar y, especialmente, tal vez en esas formas que Jean Rousset denomina “monodios epistolares, como son, evidentemente, las *Lettres portugaises* [“Cartas portuguesas”], en las que la presencia ausente del destinatario se convierte en el elemento dominante (obsesivo) del discurso” (1972).

Esta presencia fantasmal constituye igualmente en Beckett “la dinámica motora del relato”; Gianni Celati la descubre en la abundancia de expresiones fáticas (“Sígame bien . . .”), de interrogaciones que “remiten a un sujeto distinto del yo narrador, que participa del discurso y que podría plantear objeciones, preguntas embarazosas, acusar o negar”, pero también en esa gesticulación “de apelación, de llamamiento, de conjura, de revuelta y de exhibición”, ese “espectáculo histórico” que “supone la presencia del otro” (1973, pp. 226-227).

Todo esto es muy justo. Pero es necesario observar que esa presencia del otro, como la de L, se manifiesta con la ayuda de procedimientos diversos y en grados diversos. Distinguiremos arbitrariamente tres —pues nos atenemos una vez más a un eje continuo:

• La zona de los índices de alocución más explícitos está ocupada por esos “apelativos” (o “vocativos”²⁷) estudiados por Delphine Perret, cuya función primera consiste para ella en explicitar y hacer cómoda la relación social que existe entre los dos miembros del intercambio verbal (1968, p. 9):

“Cada hombre se propone como un término distinto y ligado a los otros términos por el tipo de relación que mantiene con ellos. X es ‘Pedro’ para A, ‘señor’ para B, ‘papá’ para C, ‘tío Pedro’ para D, ‘señor director’ para E, etc. Es así que se define socialmente y parece afirmarse en ello.

A los niños se les enseña a nombrar a la gente: ‘Gracias —¿Gracias qué? ¿Gracias perro? —Gracias, papá’. El hombre quiere que se lo llame en la forma adecuada a lo que él cree ser para el otro. El término de apelación afirma, entonces, esa relación”.

relación que depende de su status relativo intrínseco, pero también del contrato particular que los une en una situación particular de comunicación: desde el instante en que franquea la puerta de un taxi, una misma persona será gratificada con un “buenos días, señorita” por el mismo *chauffeur* que le espetó algunos segundos antes, cuando ella no tenía más que el status de peatona anónima, un desenfadado “Hola chiquita”.

En el discurso escrito, la alocución toma la forma retórica bien conocida de la “interpelación al lector”, que puede ser más o menos directa²⁸ y explícita: son numerosos los procedimientos que permiten al sujeto de la enunciación diseñar en el enunciado los contornos de la clase de destinatarios a los que se dirige en primer lugar (“aclaro, para los curiosos, que. . .”, “Los militantes sienten la necesidad de retroceder. Es a ellos a quienes yo quisiera hablarles. . .”) y limitarse sólo a ellos.

El imperativo puede asimilarse funcionalmente al vocativo, en la medida en que establece como él “una relación directa e inmediata entre el destinador y el destinatario”, lo que autoriza a Lecointre y Le Galliot (1972, p. 228) a colocarlos juntos en la categoría de los procedimientos de “intimación”.

• Pues el imperativo incluye siempre una segunda persona. Pero no ocurre lo mismo en la interrogación. En los ejemplos de *Jacques le fataliste* [“Santiago el fatalista”] (“¿Cómo se habían encontrado? . . . ¿Cómo se llamaban? . . . ¿Dónde estaban? “¿Se sabe a dónde se va?”), la interrogación permite, por cierto, “simular la curiosidad y la impaciencia del destinatario”, pero sin interpelarlo por su nombre. Es por eso que es necesario admitir que sólo las preguntas que se formulan en segunda persona marcan la alocución explícita y que las

27. Quizá sea preferible este último término, pues elimina claramente el uso designativo de las expresiones apelativas, que no concierne especialmente a la problemática de la alocución.

28. Pudiendo la segunda persona, como lo observan S. Lecointre y J. Le Galliot (1973, p. 66), “llegar a abolirse en la no-persona (tipo *se me dirá*, *algunos pensarán*)”.

otras, solicitando la atención del destinatario sin violentarlo directamente, tienen una función alocutoria más atenuada.

• Más sutilmente, la presencia del destinatario se inscribe, finalmente, en la totalidad del material lingüístico que constituye el enunciado, que el locutor elabora de manera que lo comprenda el alocutario y conforme a sus propios objetivos ilocutorios. Ya se considere en su función conativa o informativa (pues informar a otro es hacer de tal modo que comprenda y admita la información: los enunciados referenciales no son, por eso, pragmáticamente neutros), es, pues, la totalidad del enunciado la que refleja y construye, indirectamente, una cierta imagen que L se hace de A.

Pero, a semejanza de los del locutor, cuanto más implícitos se vuelven los rastros de su inscripción en el enunciado, y más se esfuman, tanto más difícil es limitar sus contornos. Sin embargo, se los ve aparecer entre otros lugares en:

— el grado de explicitación de las informaciones enunciadas. Todo uso denominativo presupone, en efecto, que L estima que A es capaz, gracias al significante propuesto, de identificar el denotado correspondiente; y todo discurso “honesto”²⁹ debe utilizar exclusivamente sustantivos comunes cuyo sentido se supone que A conoce y nombres propios que denotan individuos notorios o familiares a A. En caso contrario, el término denominativo se acompaña obligatoriamente de un predicado explicativo o de una perífrasis definicional (“x, ministro congolés de agricultura”, “uno de mis amigos, y”. . .): Cuando el destinatario no existe más que en estado virtual, el emisor se ve reducido a establecer un “archi-receptor”, en relación al cual evaluará el porcentaje de información que le parece necesario y suficiente explicitar, porcentaje que puede, por supuesto, parecer deficitario o excesivo³⁰ al receptor efectivo del mensaje —la competencia cultural de A (o más bien lo que L supone de ella) desempeña, pues, un papel determinante en la elección de tal o cual expresión denominativa, pero también en la de la formulación en términos de hechos frente a presuposiciones (las que a veces se definen como “aquello que se supone conocido por el destinatario”) de los elementos del contenido, y

29. En los enunciados publicitarios del tipo: “El señor Machin nos dice: El dentífrico x tonifica las encías . . .”, la mistificación es evidente: nadie conoce a ese señor Machin (que probablemente no existe). Pero no es necesario precisar su identidad; sin duda se trata de alguien importante y por lo tanto creíble.

30. Para nosotros es el caso, por ejemplo, de Pierre Goldman cuando explicita (en *Souvenir obscurs d' un juif polonais né en France* [“Recuerdos oscuros de un judío polaco nacido en Francia”], Seuil, 1975, p. 47, n. 7) el contenido de la sigla U.E.C. o el de Emile Ajar respecto de la palabra tam-tam (*La Vie devant soi* [“La vida ante sí mismo”], Mercure de France, 1975, p. 208): “El señor Walumba decía que lo más importante era hacer mucho tam-tam para alejar la muerte. Los tam-tams son pequeños tambores que se golpean con las manos, y eso ha durado toda la noche” —la precisión superflua connota aquí la “ingenuidad” del narrador (que se engaña sobre la competencia lingüístico-cultural de A).

hasta en el funcionamiento de las "alusiones" culturales³¹ o en los 'correctivos' gracias a los cuales L adapta su uso espontáneo a la norma o al idiolecto de A: "La señora Rosa estaba en su estado acostumbrado. Sí, apesadumbrado, gracias, lo recordaré la próxima vez"³²;

— la elección del mecanismo estratégico, afectivo o argumentativo montado por L para actuar, conforme a sus objetivos ilocutorios, sobre A³³;

— el contenido mismo del enunciado. Así, a propósito de *La Couleur orange* ["*El color naranja*"] de Alain Gerber (R. Laffont, París, 1975), Jacques Bens se pregunta: "Este relato se dirige a alguien muy boroso [. . .]. No es el lector, es una persona bien definida: quizá la mujer del narrador o su amiga. ¿Por qué se piensa en un interlocutor femenino? Sin duda a causa de la naturaleza de las confidencias o de su calidad. . ."³⁴

Como se ve, el destinatario es omnipresente en el enunciado: el escuchar es productor y el receptor no es el receptáculo pasivo de significaciones discursivas. Pero no llegaremos a decir, como algunos, que "es el lector el que escribe el texto", "es el alocutorio el que enuncia el discurso", fórmulas que no son interpretables más que metafóricamente³⁵. Cuando figura explícitamente en el enunciado, lo hace en lugares estrechamente circunscriptos; y si aparece más allá, es para diluirse en zonas donde su existencia se vuelve incierta. La inscripción del receptor en el enunciado es seguramente mucho más indirecta, tenue y aleatoria que la del emisor³⁶. El *enunciatario* (pues para marcar la disimetría

31. Ejemplo entre mil: el título de una obra de J. P. Verheggen, *Le Degré Zorro de l'écriture* ["El grado Zorro de la escritura"], (Bourgois, 1978).

Sobre las alusiones culturales, véase nuestra *Connotation*, [versión castellana *La Connotación* Hachette, Bs. As., 1983, pp. 137-141] y, en particular, aquellas que la publicidad explota, que no pueden más que alimentarse, en virtud de la naturaleza del destinatario, de un fondo cultural muy pobre, reducido a las páginas rosas del diccionario.

32. *La Vie devant soi* ["La vida delante de sí"] p. 264. La corrección presupone, de hecho, en este ejemplo, una intervención explícita de A.

33. Sobre este tema, véase el artículo de Brémond, 1970, que propone un inventario extremadamente minucioso de los diferentes tipos de "influencias" que L puede ejercer sobre A y de las diferentes figuras de retórica correspondientes (conminación, imprecación, depreciación, etc.), cuyo conjunto constituye "el tópico" de la influencia".

34. *La Quinzaine littéraire*, N° 218, 1° - 15 oct. 1975. En realidad, se piensa sobre todo en un interlocutor femenino a causa de la muy explícita dedicatoria: "A María José."

35. Estando la metáfora más o menos "próxima" o "alejada", según el tipo de texto de que se trate. Es así que se adapta particularmente al caso del folletín, si es verdad que "Jos folletines se acortan o alargan según la aceptación o no aceptación del público", como lo señala en *La Quinzaine littéraire* (N° 261, 1° - 31 agosto 1977, p. 8) Hubert Juin, quien concluye: "El lector colaboraba con el autor en forma más o menos precisa . . ."

36. Lo que de ningún modo implica que el papel desempeñado por el receptor en el circuito enunciativo sea secundario. Muy por el contrario, es el que permite que las significaciones latentes accedan a la existencia (pues el sentido no existe más que en la medida

que existe entre los dos roles enunciativos preferimos ese neologismo al uso culioliano del término único de “enunciador”) motiva el mensaje, pero es ciertamente el enunciador el que lo produce y el que mantiene, en primera y última instancia, la iniciativa discursiva —y hasta el derecho, si asume sus riesgos, de no preocuparse por la existencia del otro. Por otra parte, es lo que ocurre muy a menudo y lo que nos parece fascinante en el comportamiento de la mayoría de los sujetos entrevistados: colocados delante de un micrófono, no saben a quién, pero hablan— eso habla.

1.3.2 Su aprovechamiento para una tipología

Los criterios enunciativos pueden afinarse, según las posibilidades y necesidades descriptivas, hasta el infinito. Vayamos ahora a su aprovechamiento. Este es triple, es decir que con la ayuda de esos criterios se pueden oponer tres tipos de objetos textuales:

(a) Diferentes *secuencias textuales* en el interior de un mismo texto.

Un “texto”³⁷ no es una entidad enunciativa homogénea. Se presenta en general como una sucesión o un encaje, según los casos, de *isotopias enunciativas*, que se oponen unas a otras por la naturaleza y/o la modalidad de inscripción de L en el enunciado.

— Analizar en un texto “el aparato de su enunciación”, es, ante todo, identificar “*quién habla*” en ese texto: “¿Quién ‘habla’ en *El ciudadano?* [. . .]. Lejos de ser puramente formal, esta pregunta compromete una búsqueda de significación: *parece inconcebible decidir el sentido de lo que se dice sin haber primero establecido el origen del decir. . .*” (Marie-Claire Ropars-Wuillemier, 1972, p. 519). Ahora bien, la fuente de las diferentes aserciones que constituyen el texto puede variar en el camino y L₀³⁸ dejar más o menos subrepticamente la palabra— o inscribirse “en abismo” en su propio discurso— a los

en que el destinatario lo percibe, lo acoge, lo trabaja). Y nosotros pensamos que la vertiente de la lexología que se interesa por las condiciones de apropiación del enunciado por parte del oyente-lector es tan fundamental (y ardua) como la que se ocupa de sus condiciones de producción por parte del hablante-escritor. La disimetría de que hablamos aquí no concierne más que al problema de sus rastros respectivos en el enunciado.

37. Aquí damos por resuelto, lo que dista de ser verdad, el problema de la definición de la unidad “texto”.

38. L: archi-símbolo que representa un locutor cualquiera. Cuando un texto comprende varios, la mayúscula lleva un índice.

L₀: enunciador que toma a su cargo el enunciado global.

enunciantes $L_1, L_2 \dots L_n$ que se trata de identificar. Pero ese trabajo de identificación de las diferentes *capas enunciativas*, cuya sedimentación produce el texto, no es siempre fácil, por el hecho de que las fronteras que separan los territorios discursivos de L_1 y de L_0 pueden estar más o menos claramente marcadas o, por el contrario, obliteradas. En efecto, se podría estar tentado de admitir que se vincula con L_0 toda secuencia que no tenga una contraindicación tal como comillas y/o un operador del discurso indirecto ("x declara", "x estima que P", "según x", etc.). Pero en realidad las cosas son infinitamente más complejas.

● Aun en el caso más simple, el de referencia *explícita*, en estilo directo o indirecto, de los propósitos u opiniones de un tercero, la aplicación de ese principio general encuentra una cierta cantidad de dificultades.

Ante todo, puede suceder que el operador del discurso referido solo se mencione *a posteriori*, lo que obliga al decodificador a realizar por retroalimentación un reajuste de su primera interpretación: lo que al principio había atribuido a L_0 debe, en realidad, vincularse a una fuente $L_1 \neq L_0$ ³⁹.

Con más frecuencia aún, suele ocurrir que una secuencia se vincula explícitamente desde el principio con un L_1 , pero sin que se especifique su naturaleza particular. Es así que las fórmulas publicitarias que ponderan los méritos de tal o cual película tienen como origen, ya sea una crítica nominalmente mencionada ("‘Un monumento. . .’", Jacques Siclier, *Le Monde*"), ya sea un enunciante colectivo cuya unanimidad efectiva es, por lo menos, dudosa ("He ahí, con toda seguridad, la mejor película francesa de la temporada (el periodismo)"⁴⁰; ya sea un enunciante cuya naturaleza se mantiene púdicamente en silencio ("Robert Redford, magnífico, y Barbra Streisand, fantástica: *Nuestros años felices*. La película más hermosa de Sidney Pollack").

Otro factor de incertidumbre: cuando en el enunciado figura un operador de discurso referido —teniendo, pues, como sujeto una expresión que denota a L_1 —, podemos a veces preguntarnos cuál es exactamente su "scope" y su radio de acción⁴¹. En ciertos casos, la incidencia del verbo introductor franquea

39. Ejemplos:

"Me gustan las películas malas. O, más exactamente, me gustan las películas que son juzgadas como malas. . ." (J. F. Josselin, *Le Nouvel Observateur*, N° 620, 27 sep. 1976, p. 71).

"¿Cuáles son los orígenes inmediatos del cuadrado semiótico? El binarismo de Jakobson, no la historia de la lógica (vía Blanché). Tal podría ser la tesis de A. Utaker. . ." (A. de Libéra, en F. Nef ed., *Structures élémentaires de la signification* ["Estructuras elementales de la significación"], Complexe, Bruselas, 1976, p. 49).

"Los judíos votan tradicionalmente por el partido demócrata. Forman, después de los negros, el grupo étnico más fiel a ese partido [. . .]. En momentos decisivos de la historia de los Estados Unidos, hicieron inclinar la balanza del lado de las reformas [. . .]. Esas ideas recibidas, ¿corresponden todavía a la realidad?" (D. Dhombres, *Le Monde*, 20 oct. 1976, p. 7).

40. Publicidad para la película de Louis Malle, *Lacombe Lucien*.

41. Cf. la ambigüedad, glosada con frecuencia, (en particular por J. y J. Cl. Milner, 1975, p. 128) de la oración "Edipo decía que su madre era hermosa."

un límite de oración⁴². A la inversa, se constata a menudo en las proposiciones y los FN incluidos una tendencia pronunciada a salir de la órbita del verbo operador para ir a vincularse directamente con L_0 (en la oración "Me Halimi, evocando las presiones ejercidas sobre las decisiones de los jueces", se sobreentiende discretamente que es verdad que esas presiones tuvieron lugar), si bien es cierto que para luchar contra esa tendencia centrífuga L_0 debe puntuar su discurso con modalizadores ("las presiones hechas, según ella. . .") que tienen por función conjurar esa tendencia de las secuencias enuncivas a cargarse, aun cuando se vinculen explícitamente con un L_1 , de un juicio de L_0 verdad. Veámoslo, en forma más clara aún, mediante este ejemplo sacado de las memorias de Jacques Duclos: "Yo imaginaba que Daladier y Frot, que habían dado la orden de tirar sobre los manifestantes, debían estar desconcertados, y como por parte de hombres desconcertados siempre es de temer lo peor, yo quería colocarlos delante de sus responsabilidades." Correspondiendo L_1 al Duclos de entonces (6 de febrero de 1934), y L_0 al Duclos narrador, es evidente que la relativa apositiva se vincula directamente con L_0 , y que funciona en rueda libre en relación con el contexto de estilo indirecto: es en el momento mismo de la redacción de sus memorias que Duclos admite como verdadero el contenido de esta relativa, que debe avalarla o justificarse de tal "difamación"⁴³.

Finalmente, cuando llegamos a localizar una secuencia referida, podemos preguntarnos sobre la manera en que L_0 se sitúa en relación con su contenido: con mucha frecuencia, ciertos índices de adhesión/ rechazo⁴⁴ marcan como favorable o desfavorable la actitud de L_0 . En cuanto a la ausencia de tales índices explícitos, ésta funciona en general como un índice implícito de adhesión —pero encontramos con frecuencia numerosos contraejemplos. . .

- En el curso de la operación de reformulación por parte de L_0 de los propósitos de L_1 , éstos pueden sufrir toda clase de distorsiones más o menos graves o benignas. El trabajo de reescritura es necesariamente más visible en el caso del enunciado referido en estilo indirecto (así una oración tal como "él me ha tratado de europeo", que de hecho significa "él ha pronunciado refiriéndose a mí la palabra 'europeo' en un contexto verbal y de entonación tal

42. Ej.: "El alcalde Halimi cerró la reunión anunciando que 'Choisir' continuará combinando las acciones 'legales e ilegales'. La asociación continuará defendiendo gratuitamente a las mujeres" (siempre según el alcalde Halimi).

43. Pues esa desafortunada relativa le valió recientemente un proceso de difamación a su enunciadore, por más que declaró en su defensa que había querido "mostrar su estado de ánimo de ese momento": la verosimilitud lingüística no estaba de su lado.

44. D. Maingueneau (1976, p. 126) distingue cuatro grados en la distancia que puede tomar L_0 en relación con la secuencia relatada:
 máxima: "X llega a pretender que . . ."
 media: "X osa decir que . . ."
 débil: "Si se cree en eso a X . . ."
 nula: "según X . . ."

que me ha parecido que el término era peyorativo en su boca", resume de modo muy "subjetivo" el comportamiento discursivo de L_1 ; pero sería ingenuo creer "fiel" todo informe expresado "directamente": prueba lo contrario, el ejemplo del discurso periodístico, en el cual el comportamiento con respecto a las citas es increíblemente desenvuelto: sucede a menudo que largas secuencias están entre comillas, sin indicación de fuente enunciativa alguna (y sin que se pueda por ello verificar la autenticidad de la cita); que las comillas encierran sin vergüenza oraciones considerablemente dislocadas en relación con su formulación original⁴⁵; y que, por último, oraciones enteras, por una especie de "transformación de asunción de enunciados", se vinculan directamente a L_0 , cuando en realidad se trata de citas⁴⁶ —no apareciendo todos esos desfasajes sino al término de comparaciones y comprobaciones minuciosas: pues no podemos fiarnos de las comillas.

Esto nos lleva a considerar un segundo tipo de procedimiento para las citas: cualesquiera que sean sus modificaciones, incluso las falsificaciones que introducen los procedimientos examinados antes, tenían en común el mencionar explícitamente como piezas referidas ciertas secuencias discursivas. Pero puede ocurrir que ninguna marca formal señale en la superficie —y hablaremos entonces de cita implícita— el deslizamiento del enunciador, el cual no puede detectarse sino gracias a:

- informaciones extratextuales (cf. los ejemplos citados antes en nota);
- una contradicción interna del enunciado:

"El que murió en la cruz nunca existió": un mismo sujeto no puede admitir a la vez la existencia (presupuesta por la relativa) y la no existencia (afirmada por la principal) de un mismo individuo, lo que nos obliga a considerar que dos fuentes distintas se hacen cargo sucesivamente del enunciado y que éste significa: el que algunos (L_1) pretenden que está muerto, por lo tanto que ha existido, nunca ha existido (para L_0)."

"Cuando se tiene demasiado dinero de bolsillo, [se estima que] no se tiene jamás bastante."

"... lo que ocurre cuando no ocurre nada..." (Perec: los acontecimientos infinitesimales que se producen aun cuando se tenga la costumbre de pensar que no pasa nada.)"

"El señor Dupont se llama Martin —y su nombre es Jacques (el francés más

45. Un ejemplo particularmente divertido: el slogan M.L.F., que *Combat* retranscribe públicamente: "Los médicos C... , las mujeres abortan" se transforman en *L' Aurore* en "Los médicos se divierten las mujeres abortan", eufemismo que nada señala en la superficie.

46. Por ejemplo, esta oración que cierra un artículo de *L'Humanité*: "ningún abogado recuerda que jamás haya visto comparecer esposas de industriales o de personalidades de las clases dirigentes: ellas tienen los medios de hacerse 'operar' en los países en que la legislación es más liberal que la nuestra" transporta en realidad íntegramente una oración de Gisèle Halimi: "En mi vida de abogada, jamás he visto...".

representativo, por su nombre, el que todo el mundo cree que se llama “Du-pont”, se llama en realidad, las estadísticas dan fe de ello, “Martín”);

– ciertos efectos contextuales más alejados:

“Su jubilación lejos de *aquellos que sólo querían su bien* ofendía y chocabá.”⁴⁷

“El Partido [comunista vietnamita] no quiere saberlo. Avanza impertérrito con su pueblo de fantasmas agotados. Lleva casi alegremente la guerra y la fantasía a las fronteras. *Tiene razón. Siempre ha tenido razón*”⁴⁸: todo concurre a denunciar en esas dos oraciones como implícitamente citadas, e incluso como irónicas, las secuencias subrayadas por nosotros;

– un razonamiento que reposa, finalmente, sobre cierta verosimilitud referencial:

“A Pedro le duele la cabeza; no se siente bien; no quiere saberlo; ve el sol colorado”: los predicados verbales de este tipo, al denotar una experiencia introspectiva a la que sólo el agente puede tener acceso directo, no funcionan “normalmente” sino en primera persona; cuando se las utiliza en tercera persona⁴⁹, se las interpreta inmediatamente como provenientes del estilo indirecto implícito; cf. M. J. Borel, 1975, p. 166: “En el mundo de la experiencia cotidiana (ingenuo) hay cosas que se perciben, que se atestiguan de inmediato. Hay otras a las que no se tiene acceso bajo esta categoría, pero que pueden atestiguar mediatamente, en particular por el decir”.⁵⁰

• Distinguiremos las citas implícitas —cuya fuente enunciativa queda efectivamente implícita, no habiendo ninguna marca formal que señale la existencia de un $L_1 \neq L_0$, pero cuyo contenido se menciona explícitamente en el enunciado— de las citas *presupuestas*, cuyo status es diferente y aún más difícil de circunscribir: a propósito de un proverbio como “La pobreza no es vicio”,

47. Tony Duvert, *Quand mourut Jonathan* [“Cuando murió Jonathan”], Minuit, 1978, pp. 45 y 144.

48. Jean-François Held en *Le Nouvel Observateur*, N° 728, 23 oct. 1978, p. 58.

49. En segunda persona, esos predicados verbales se encuentran, sobre todo, en oraciones interrogativas, pues es poco natural repetir las declaraciones de una persona que participa de la relación de alocución.

50. Así, podemos oponer sobre esta base: “Allí lo veo sentado *esperando*” —lo sé porque lo veo— ya interpreto en términos psicológicos una conducta exterior observable/“Allí lo veo sentado lleno de esperanza”. El predicado tendría aquí un status completamente distinto —pero ¿por qué no habría inscritos en esa materia significante que forman la mímica, la fisonomía, la actitud postural algunos índices de la esperanza, simplemente menos codificados aún, menos unívocos que los de la simple espera?

Vale decir que esas dos clases (lo que los sentidos testimonian/no testimonian) constituyen en realidad conjuntos muy indefinidos. Por ejemplo, una oración como “Pedro está enamorado” ocupa desde ese punto de vista una posición intermedia: se trata, por cierto, de una experiencia íntima, pero al mismo tiempo, cuando se está enamorado, a veces se nota (“¡vos estás enamorado!”).

Serge Meleuc (1969) observa que su función esencial es tachar de falsa la afirmación inversa, a fin de cuentas más "endoxal", "la pobreza es un vicio". Generalizando esta observación a todas las máximas, formuladas o no en modo negativo en la superficie, Meleuc postula que todas se remiten a la estructura profunda: $NEG + A$ (A representará una aserción de la que se hace cargo un enunciador anónimo y colectivo). Serían una muestra más general de este tipo de cita todos los enunciados refutativos, que toman la posición contraria a la de un enunciado antonímico presupuesto sostenido en otro lugar y que proliferan esencialmente en los discursos con función polémica (los que también explotan los procedimientos de la cita explícita e implícita). Pero puesto que es evidente que todos los enunciados negativos no son del mismo modo refutativos y que, en cambio, pueden serlo incluso ciertos enunciados formulados afirmativamente, se deduce que la identificación de tales secuencias sigue siendo aleatoria y ligada a la observación del funcionamiento pragmático global del discurso que las manipula.

• Todos los casos considerados hasta aquí admiten la existencia de dos enunciadores substancialmente distintos, L_1 y L_0 . Para terminar, señalaremos aún otro caso de figura retórica: *la posibilidad, para un mismo sujeto, de desdoblarse lingüísticamente*, posibilidad que autorizan, por ejemplo, el funcionamiento de la presuposición y ciertos usos de las comillas.

Se admite corrientemente que en un enunciado los elementos presupuestos ("preconstruidos") no parecen tener por fuente a L_0 , sino a una instancia exterior: "nos contentamos con reproducir lo 'ya dicho' como si efectivamente hubiese sido dicho 'en otra parte' ". De ahí la solución descriptiva propuesta por M. J. Borel 1975, que consiste en vincular las presuposiciones con una fuente anónima y colectiva, un sujeto de tipo universal: su verdad sería del tipo "impersonal - verdadero". Sin embargo, si se reexamina la oración de Duclos antes citada ("Yo imaginaba que D. y F., que habían dado la orden de tirar sobre los manifestantes . . ."), se constata que el contenido de la relativa está presupuesto: efectivamente, está *presentado* como una verdad objetiva (escapando, a diferencia de las informaciones contenidas en la completiva, a la precariedad de una interpretación subjetiva). Eso no impide que, *en realidad* la aserción formulada en la relativa se vincule totalmente con L_0 , que es responsable de ella y que debe ser su garante —en el sentido fuerte y jurídico del término, tal como Duclos lo experimentó a sus expensas.⁵¹ Para dar cuenta correctamente de esos funcionamientos discursivos es necesario, pues, distinguir dos niveles de enun-

51. Notemos que siempre existe, incluso cuando L_0 cita explícitamente a L_1 sin manifestar ninguna adhesión a los contenidos relatados, una cierta solidaridad de hecho entre L_0 y L_1 , y una responsabilidad jurídica de L_0 hacia las palabras de L_1 . Es así que Jacques Fauvet y el director de *La Croix* fueron condenados, el 28 de diciembre de 1974, simplemente por haber reproducido el comunicado proveniente del "Comité de justicia para Pierre Goldman", y que la redacción de *Le Monde* reconoció el delito en estos términos: "Le Monde evidentemente no se ha hecho cargo del texto del comunicado de ese comité. Su publicación fue lamentable en la forma, en la medida en que ha sido redactado en términos excesivos, escritos bajo la emoción provocada por el veredicto."

ciación encarnados en un mismo enunciador: la fuente es ciertamente L_0 , pero un L_0 disimulado tras la máscara de un sujeto universal.

En cuanto a ese operador particular de citas que son las comillas, señalan en general una secuencia directamente referida. En todo caso, tal es el valor que se le atribuye sin vacilar cuando enmarca una secuencia relativamente larga, por ejemplo una oración: con la oración se entra, en efecto, en el dominio de la propiedad privada. Pero las palabras pertenecen a todo el mundo: no es necesario atribuirle una paternidad precisa. Entonces el valor de las comillas se vuelve más ambiguo. Ora señalan aún una especie de cita: "Los 'cómplices' de Marie-Claire, 'culpable' por haber abortado" —como dicen algunos, pero ciertamente no yo.⁵² Ora conviene más bien parafrasearlas en "como yo digo, pero con ciertas reservas" —pudiendo las reservas apuntar al significante, considerado mal motivado ("el acento 'grave' ", que no corresponde a un tono bajo de voz, ni siquiera a un cambio de tono) o mal connotado (heterogeneidad estilística de un neologismo, de un término demasiado familiar, técnico o rebuscado);⁵³ o apuntar al significado y a su relación con el denotado, considerado escueto, aproximativo, discutible: el hablante utiliza el término a falta de otro mejor, pero al mismo tiempo, gracias a las comillas (que eventualmente acompañan otras precauciones oratorias), señala que es bien conciente del hecho de que el término no se adecua perfectamente. Ejemplos:

Vladimir Nabokov, hablando en *Le Monde* del 22 de noviembre de 1967 de esos "ingredientes locales propios para sazonar con una pizca de 'realismo' (ésta es una de esas palabras que no tienen sentido más que entre comillas) la receta de la imaginación personal". El valor de las comillas: el significante "realismo" tiene en principio como significado: "que reproduce fielmente lo real". Ahora bien, el discurso literario no reproduce nunca lo real. Si se la toma al pie de la letra, la palabra "realismo" tiene una clase vacía de denotados. Sin embargo, por convención y aproximación del lenguaje, se la utiliza en realidad, para designar toda empresa que tiende a dar de lo real una representación tan fiel como sea posible. En este sentido, acepto usar el término, poniendo en guardia contra el error que consistiría en tomarlo como verdad matemática.

O. Ducrot (1972 a, p. 13): "Pero igualmente es posible una clasificación [de las presuposiciones] de un orden completamente diferente [. . .]. A falta de otro mejor, y solamente para disponer de un término, lo llamaremos 'psicológico' ". Por otro lado, cuando titula a uno de sus artículos: "Algunos 'ilogismos' del lenguaje", Ducrot sugiere mediante esas comillas que el término de 'ilogis-

52. Otros ejemplos: el "P.C.F." (Partido Comunista Francés) en ciertas publicaciones de extrema izquierda se convierte en el "P.'C.'F." y en la prensa de extrema derecha, en el "P.C.'F.'".

53. Como el discurso escolar está sumamente pautado desde este punto de vista, los estudiantes hacen un uso plerótico de ese tipo de comillas: todos los términos poco familiares o gráficos, las expresiones demasiado generales, son objeto de un tabú estilístico y se los contornea con la ayuda de ese procedimiento distanciador. Lo que no impide que el informante de un examen de ingreso a la Escuela de Comercio de Lyon deplora "la ausencia de comillas para disfrazar [sic] las familiaridades del lenguaje".

mo" es discutible aplicado a las lenguas naturales, puesto que éstas no obedecen a las reglas de la lógica formal.

Ch. Metz (1968, p. 84): "Las leyes propiamente lingüísticas se detienen ante la instancia en que ya nada es obligatorio, donde la disposición se hace 'libre'". Y ese pasaje se comenta en nota: "Las comillas entre las que hemos puesto la palabra 'libre' se deben a que esta libertad jamás es total, puesto que inmediatamente después hablamos de retóricas y de poéticas."

En todos estos ejemplos, las comillas obedecen a la misma exigencia de rigor que no puede expresarse más que pagando el precio de ciertas concesiones, con el cuidado, incluso, de no caer en las trampas del lenguaje, ese lenguaje que restringe la aproximación, pero con el cual es necesario arreglárselas.⁵⁴ Luego, no se podría hablar de cita propiamente dicha, sino más bien, una vez más, de una especie de desdoblamiento del sujeto de la enunciación, que asume y distancia a la vez su propio uso denominativo.

Las comillas constituyen en cierta forma el emblema de la flexibilidad y de la complejidad de los mecanismos de cita:⁵⁵ ora un deslizamiento del enunciador se efectúa subrepticamente en su ausencia, ora su presencia señala algo distinto que un verdadero cambio de locutor. La relación significante/significado no es biunívoca, y la densidad de las marcas de modulación enunciativa no es proporcional a la importancia del fenómeno que se considera que ellas señalan.

"No hacemos más que entreglosarnos": esta frase de Montaigne la transcribe Antoine Compagnon a la cabeza de su estudio sobre la cita. En efecto, es bien cierto que nada de lo que decimos es verdaderamente inédito; que hablar es

"desembarazarse de las malezas de lo *ya dicho*, es apropiarse de las palabras del otro (Bakhtine), desviarlas, trabajarlas, traficarlas; y que toda una vertiente de la lingüística de la enunciación debe fijarse como objetivo el estudio de las diversas operaciones subjetivas que realiza un enunciador sobre los enunciados de *otro* sujeto —y de las marcas que pueden quedar de ellas en su *propio* enunciado" (J. y J. Cl. Milner, 1975, p. 142).

54. No es asombroso que Korzybski preconice, por las mismas razones, el uso sistemático de las comillas.

55. Sin hablar de su ambigüedad, la que concierne al valor irónico o no de la secuencia entre comillas. Dado que las informaciones relacionadas con una secuencia "P" irónica son, en efecto,

(1) L₀ enuncia P

(2) Al hacerlo, cita en realidad a L₁

(3) L₀ no está de acuerdo con P y quiere incluso dar a entender no-P, y dado que el único valor explícito de las comillas es (1) + (2) y que la información irónica está constituida por (1) + (3), se ve que las comillas no están de por sí destinadas a la expresión exclusiva de la ironía.

De esas diversas operaciones sólo hemos dado un bosquejo muy sumario.⁵⁶ Nuestra meta era, sobre todo, poner en evidencia el hecho de que a menudo es muy necesario admitir *la existencia superpuesta y jerarquizada de los diferentes niveles de enunciación, que tienen status variables*; y señalar

que entre la distancia máxima y la apropiación total por parte de L_0 de los propósitos de L_1 , se pueden encontrar todos los grados intermedios;

que fuera del caso en que la secuencia se vincula manifiestamente con una fuente distinta de L_0 , este es siempre en cierto modo responsable de los propósitos que se apropia: para todos los segmentos enuncivos que se encuentran, explícita o implícitamente, en su zona enunciativa, L_0 está, en efecto, obligado a garantizar su verdad. Ciertamente, detrás de ese L_0 puede perfilarse otra instancia, instancia de contenido variable y de contornos infinitamente extensibles, puesto que puede tratarse de un sujeto individual (“A Pedro le duele la cabeza”: detrás de L_0 que enuncia se disimula un Pedro que dice “me duele la cabeza” y, eventualmente, entre esas dos instancias, toda una serie de eslabones intermedios), o de un sujeto totalmente universalizado (“La tierra gira”), pasando por diversos casos intermedios (un grupo social particular, una “formación discursiva”, el conjunto de la colectividad, etc.). Nada impide que cuando yo digo “A Pedro le duele la cabeza” o “la tierra gira”, incluso si al decir eso estoy citando, yo endose la aserción y me convierta en garante: la figura de L_0 se encuentra inscrita en el centro del enunciado cuya verdad la funda y la garantiza.

— No es sino después de haber procedido al desglosamiento del texto en secuencias homogéneas desde el punto de vista de su fuente enunciativa (identificación del/de los “¿quién habla?” en cada secuencia) que podemos efectuar el análisis de las modalidades de inscripción de esa fuente en el enunciado. Se trata, entonces, de ver cuáles son los diferentes tipos de subjetividad que se encuentran ahí vestidos y de descubrir las eventuales “modulaciones enunciativas” (pasaje del discurso “objetivo” al discurso “subjetivo” o viceversa, de una a otra forma de subjetividad discursiva), las que o bien pueden intervenir en el interior de una misma secuencia (definiéndose aquí la secuencia en relación con la *fuentes enunciativa* que la asume), o bien corresponder a un cambio de instancias emisora:

● Modulaciones internas en la producción de una misma fuente. Ej.: la alternancia de subsecuencias (definiéndose la subsecuencia en relación con la *modalidad enunciativa* que la caracteriza) objetivas y subjetivas en la siguiente descripción de una obra escultórica: *Le signal des temps* [“La señal de los tiempos”] de Lovato, en el C.E.S. Emile Malfroy de Grigny. De seis metros de altu-

56. Sobre el problema de la cita se puede consultar, además de M. Bakhtine, 1970 (1ª ed. 1929) y Compagnon, 1970, a B. Gelas, 1978; M. - Mayenowa, 1967; D. Maingueneau, 1976 (quien distingue diferentes funciones pragmáticas de las citas); F. Van Rossum, 1974 (la cita en M. Butor); A. Topia, 1976 (los procedimientos de cita en Joyce), y todo el número 27 (“Intertextualidades”) de la revista *Poétique*.

ra, parece proyectarse hacia el cielo como un cohete, simbolizando el ardor de los jóvenes que se preparan en ese C.E.S. por lanzarse a la vida con ardor. Es un ensamblaje de placas de acero inoxidable y de acero laqueado rojo (*Le Journal*, Nº 305, 24 de enero de 1978, p. 11).

En el corpus constituido por el conjunto de los discursos del Mariscal Pétain, Gérard Miller (1975) constata una alternancia semejante de subsecuencias "donde el locutor se expresa en primera persona y, con mayor amplitud, marca explícitamente su lugar" (subsecuencias cuyo conjunto constituye el subcorpus A, titulado *moi-je* ["mi-yo"]) y de oraciones (subcorpus B) en las que el locutor no se inscribe explícitamente. Constatando luego que "la característica evidente del subcorpus *mi-yo* en Pétain consiste en que recoge las oraciones que tratan los temas más valorizados" (confianza, esperanza, fe, valor, coraje . . .) y que la palabra "libertad" casi no aparece más que en el segundo subcorpus, Miller puede deducir de ello la "poca importancia que Pétain concedía a la libertad".

● Modulaciones correlativas a un cambio de fuente.

El funcionamiento enunciativo de un determinado número de discursos se reduce muy burdamente al siguiente principio:

secuencias que emanan de L_0 frente a las de diferentes $L =$

secuencias poco marcadas frente a secuencias muy marcadas subjetivamente.

Es, por ejemplo, el caso de ese "discurso a varias voces" que constituye el discurso lexicográfico: las definiciones son ahí, en principio, objetivas.⁵⁷ Pero desterrados los enunciados definicionales, la subjetividad refluye en los ejemplos (del tipo "La democracia está sujeta a grandes inconvenientes") que constituyen para el lexicógrafo un medio compensatorio cómodo de introducir indirectamente, valiéndose de la voz de algún autor complaciente, los juicios evaluativos e ideológicos que en principio le están prohibidos.⁵⁸

Lo que igualmente caracteriza la enunciación periodística en su conjunto es la utilización de un cierto número de estrategias que permiten al locutor hacer juicios evaluativos permaneciendo en un anonimato relativo. Estas son, en esencia:

el enmascaramiento del sujeto individual detrás de un sujeto colectivo;

la utilización de una muralla de citas cuyo status es ambiguo, pues son signos a la vez del discurso objetivo (L_0 se borra detrás de L_1) y subjetivo (aún

57. Esta exigencia es relativamente reciente y no concierne tampoco, como lo muestran S. Desalles y L. Valensi, 1971, a los diccionarios del Antiguo Régimen.

58. Sobre este problema véase A. Rey, 1977.

Marina Yaguello observa, en forma semejante, que en los diccionarios la ideología sexista recubre sobre todo los ejemplos propuestos, y que convendría, pues, purgarlos severamente, eliminando todos los que dan una representación degradante de la mujer. Declaración que nos deja perplejos: ¿debe el diccionario reflejar las producciones discursivas efectivas (las que se puede suponer son en su mayoría misóginas) o ser un instrumento educativo que selecciona y censura en virtud de ciertos requisitos morales?

si L_0 no acompaña la cita con índices contextuales de adhesión/rechazo, interviene en la selección misma de la persona y la secuencia citadas).

En el corpus con que hemos trabajado no aparece ningún "yo" que denote a L_0 ; y a la extrema abundancia de términos axiológicos en los enunciados referidos le corresponde una igual pobreza axiológica en las producciones de L_0 : para un periodista, la mejor manera de ser subjetivo sin tener el aire de serlo, es dejando hablar a la subjetividad de una instancia, individual o colectiva, a "otro".⁵⁹

(b) *Diferentes unidades textuales.*

Los análisis de D. Maldidier (1971) y de L. Courdresses (1971), por ejemplo, muestran cómo pueden utilizarse los criterios enunciativos para oponer textos cuyo contenido referencial es a grandes rasgos el mismo (interesándose Courdresses por los discursos pronunciados en el mismo Congreso de Tours por Blum y Thorez, y Maldidier por la paráfrasis que hacían diferentes diarios parisienses de un mismo discurso de De Gaulle).

Todos los estudios de ese tipo tendían a poner en evidencia la pertinencia de un mismo principio de oposición dicotómica, entre textos que manifiestan explícitamente la presencia en el enunciado del sujeto de la enunciación y los textos que borran y ocultan esa presencia, oposición que se denomina según las terminologías:

- discurso/historia (Benveniste)
- enunciativo/enuncivo (Greimas)
- enunciado subjetivo/objetivo.

El principio de esta oposición es, en efecto, fundamental. Pero importa recordar una vez más —lo hemos tratado de mostrar obstinadamente a lo largo de todo este estudio de la subjetividad lingüística— que esos conceptos deben manejarse con infinitas precauciones; que no basta con que se expulse del enunciado todo rastro explícito de la enunciación para que pueda declarárselo "objetivo", lo que el ejemplo del discurso aparentemente "anónimo" de Thorez muestra en forma elocuente; que también la enunciación histórica constituye un tipo particular de modalidad enunciativa, que la historia es, pues, una forma de "discurso"; que, siendo todos los textos en cierta medida subjetivos, "se hace imposible admitir la existencia de una historia en el sentido de Benveniste, a no ser como el horizonte mítico de ciertos discursos" (Ducrot, 1972a, p. 99); que sobre este eje enunciativo, los textos se oponen tanto cuantitativamente como cualitativamente: *toda tentativa de evaluación del porcentaje de subjetividad que revela un enunciado debe, pues, combinar necesariamente una caracterización cualitativa del tipo de subjetividad que se pretende medir*; que, de todas formas, no parece posible referir a una escala única de evaluación cuantitativa procedimientos tan heterogéneos cualitativamente; y que, por lo tanto,

59. Sería muy interesante analizar en *Libération* el funcionamiento de esa isotopía enunciativa muy particular que forman las N.D.C. (notas de la clavista).

queda *a fortiori* excluido que pueda jamás tratarse el conjunto de las producciones discursivas atestiguadas en dos subconjuntos disjuntos.⁶⁰

(c) *Diferentes conjuntos textuales*: el problema de los "géneros". El término "género" denota un "artificio", un objeto construido por abstracción generalizadora a partir de esos objetos empíricos que son los textos, que nunca son otra cosa más que representantes impuros de tal o cual género:⁶¹ un determinado texto se caracteriza por un cierto porcentaje de poeticidad, de polémicidad, etc. *Todo género se define como una constelación de propiedades específicas, que se pueden llamar "tipologemas", y que dependen de ejes distintivos heterogéneos (sintácticos, semánticos, retóricos, pragmáticos, extralingüísticos, etc.)*.

Aquí sólo nos interesan los tipologemas que dependen del eje de modalidades enunciativas.

No pasaremos revista a las diferentes propiedades enunciativas de los distintos géneros. Algunos ejemplos bastarán para mostrar que ese tipo de eje está destinado a desempeñar un papel importante en la construcción de una tipología consistente de los discursos:

— El discurso didáctico se caracteriza por la inscripción masiva del destinatario en el enunciado, al mismo tiempo que por la desaparición relativa del sujeto emisor, que se escuda detrás de un saber anónimo, o se encarna en algunas grandes figuras que tienen "autoridad" en la materia;

— El discurso polémico y el discurso científico tienen en común el ser de tipo argumentativo y, más precisamente, refutativo (R. Barthes, 1978 b, p. 37: "Dicho sea de paso, puede ser que lo propiamente científico consista en destruir la ciencia que precede"). Pero se oponen en el hecho de que los enunciados polémicos están enunciativamente muy marcados (el polemista combate a rostro descubierto), mientras que "el sujeto de la ciencia es ese sujeto que no se deja ver" (R. Barthes, *ibid.*, p. 36): la polémica es espectacular, la ciencia se caracteriza por un "ocultamiento del espectáculo"; el polemista es "el hombre de las enunciaciones"; el sabio, "el hombre de los enunciados" —lo que no quiere decir, por cierto, que el discurso científico sea por ello objetivo en todos los aspectos.

El principio que enunciamos antes: *la subjetividad del lenguaje está en todas partes, pero modulada diversamente según los enunciados*, vale tanto para los conjuntos textuales como para las unidades textuales: no hay "género" que escape a la acción de la subjetividad, ni el discurso de los historiadores, ni el de

60. Se han hecho algunas propuestas para afinar la oposición dicotómica de Benveniste (cf. J. Simonin-Grumbach, 1975 y J. Starobinski, 1970, p. 259, que admite la existencia de "una entidad mixta, que podríamos denominar 'discurso-historia'"). Pero son todavía insuficientes.

61. Para denotar un objeto similar, L. Jenny, 1976, utiliza el término "arquitecto" y G. Genette, 1979, el de "architexto".

los geógrafos, ni el de los lexicógrafos, ni el de los juristas,⁶² ni siquiera el de los matemáticos.⁶³ Pero no son los mismos "subjeticemas" los que utilizan los unos y los otros. Usar criterios enunciativos (entre otros criterios) para fundar una tipología de los textos es, pues, buscar los tipos de marcas enunciativas que cada tipo de discurso tolera/rechaza y *caracterizar cada género por una combinación inédita de enunciatemas.*

2. EL SUJETO DISCORRENTE

Nuestros análisis anteriores se fundan implícitamente en la siguiente hipótesis: toda producción discursiva presupone la existencia de un sujeto productor, que se inscribe directamente en el enunciado (con la ayuda de "yo" o de algún otro significante de primera persona, el que viene a anular lingüísticamente las diferencias sustanciales que existen entre los x y los y, fuentes emisoras de mensajes, para reducirlos al común denominador de el—que—habla, o indirectamente, en nuestra perspectiva enunciativa ampliada (en el uso, por ejemplo, de los afectivos y evaluativos). En otros términos: conviene a la vez *distinguir*, y considerar como *reflejo* el uno del otro, los sujetos *textual* (el que se construye en y por el enunciado) y *extratextual* (aquel a partir del cual se originan los significantes fónicos y gráficos).

Pero esta hipótesis, que permite a lo sumo dar cuenta del funcionamiento del intercambio cotidiano (P. Henry, 1977, p. 145: "en el discurso corriente, se identifica automáticamente, salvo estilo indirecto y cita explícita la primera persona como designando al que habla"), pierde evidentemente una gran parte de su relevancia cuando se trata del discurso literario.

2. 1. EL PROBLEMA DEL DISCURSO LITERARIO Y DE FICCIÓN⁶⁴

— Es muy evidente que en un texto literario, fuera incluso del caso en que le da explícitamente la palabra a los actantes del enunciado, no es al autor al que denota la primera persona: "No hay que confundir a Robinson con Defoe,

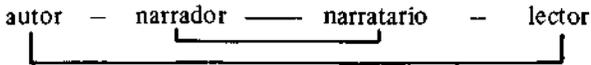
62. Sobre este tipo de discurso véase Greimas, 1971 y el N° 42 (junio de 1976) de *Langages*.

63. Cf. los tres "ego" que según Foucault (1969) figuran en todo tratado de matemáticas; y la frecuencia de esos modalizadores de distancia y de aproximación que son las comillas, frecuencia que llega al extremo de que, según Stella Baruk, "se podría hacer un análisis de los manuales de matemáticas actuales únicamente a partir del uso de las comillas".

64. No es aquí el lugar para intentar definir la "literariedad" y la "ficcionalidad". Por una simplificación abusiva identificamos aquí, por las necesidades de nuestra argumentación, los dos tipos de discurso.

a Marcel con Proust".⁶⁵ Es, más acertadamente, el "narrador", cuya existencia puede, por otra parte, estar explícita o implícita, por la misma razón que lo está la del locutor que toma a su cargo los enunciados "corrientes", y según que se apropie abiertamente de la primera persona o quede simplemente como testigo invisible de los hechos narrados, si bien presupuesto por la misma narración, ya que ésta nos impone su "punto de vista".

Es decir que el discurso literario se caracteriza por el siguiente *desdoblamiento de las instancias enunciativas*:



En efecto, así como en el polo de la emisión el enunciador se desdobla en sujeto extratextual (el autor) y sujeto intratextual (el narrador, que toma a su cargo los contenidos narrados), también el lector efectivo se duplica en un receptor ficticio que se inscribe explícita o implícitamente en el enunciado y al que Genette bautizó, ya lo sabemos, como "narratario".⁶⁶

"Como el narrador, el narratario es uno de los elementos de la situación narrativa y se coloca necesariamente en el mismo nivel diegético; es decir que ya no se confunde *a priori* con el lector (incluso virtual), como tampoco el narrador se confunde necesariamente con el autor" (1972, p. 265).

Para dar cuenta del dispositivo enunciativo en el que se inscribe el relato literario es, pues, necesario hacer intervenir dos niveles "diegéticos" imbricados:

- el de los actantes extradiegéticos (autor → lector), reales, pero lingüísticamente virtuales,
- el de los actantes intradiegéticos (narrador → narratario), ficticios, pero lingüísticamente reales.

La relación es la misma que existe entre el narratario y el lector y entre el narrador y el autor: los actantes intradiegéticos son "personae" (Butor), es decir, a la vez los representantes de los actantes extradiegéticos y su máscara; funcionan a la vez como operadores de identificación y como pantallas que vienen a interponerse entre el autor, el lector y el texto:

"Si la existencia de un narratario intradiegético tiene por efecto mantenernos a distancia interponiéndola siempre entre el narrador y nosotros [...], cuanto más transparente es la instancia receptora, más silenciosa

65. Michel Butor, 1964, p. 63. Y no hay que confundir tampoco a Butor, quien declara él mismo "no asemejarse", con el que denota el "yo" de los *Répertoires* ["Repertorios"].

66. Las palabras "narratario", "enunciatorio", "argumentario", etc., forjadas sobre sus homólogos que llevan sufijos en -or tienen por función común connotar (denotando al mismo tiempo su diferencia) la importancia, igual a la del emisor, del receptor en el proceso comunicativo.

es su evocación en el relato, más fácil, sin duda, o mejor dicho más irresistible se vuelve la identificación, o sustitución, de cada lector real en esa instancia virtual" (Genette, *ibid.*, p. 266).

Incluso esta descripción es, en muchos casos, excesivamente simplificadora. Así en las novelas "polifónicas", cuyo funcionamiento analiza Bakhtine a partir del ejemplo de Dostoyevski: no hay aquí ningún narrador identificable cuya voz domine el coro de personajes, ninguna instancia enunciativa suprema, sino una multiplicidad de puntos de vista que dialogan y se entrelazan y de los cuales ninguno prevalece sobre el otro, lo que para Bakhtine sólo viene a garantizar la "objetividad" realista del relato.

Desde el momento en que se trata de un texto literario, el problema del "¿quién habla?" se oscurece, pues, pavorosamente. ¿No declara acaso Barthes, a propósito de Flaubert,⁶⁷ cuya obra no es sin embargo especialmente "dialógica", que lo propio de la escritura "es impedir que se pueda contestar alguna vez a esta pregunta: ¿Quién habla?" (1970, p. 146)? El "yo" puede, en efecto, denotar aquí una cosa completamente distinta que el emisor efectivo, pero también, pues esto vale para todas las coordenadas deícticas, el "aquí" y el "ahora" pueden denotar algo completamente distinto que su situación espacio-temporal: la escritura, es el reino del "pseudo".⁶⁸

— El problema de la temporalidad narrativa obliga igualmente a distinguir los niveles intra y extra-diegético;

(a) *Cronología de la codificación*

(1) nivel textual: el tiempo de la escritura del narrador ficticio;

(2) nivel extratextual: cronología del trabajo escritural efectivo. Que (1) y (2) no coinciden necesariamente, lo muestra Genette claramente a partir del ejemplo de *la búsqueda del tiempo perdido*:

"Sabemos que Proust tardó más de diez años en escribir su novela, pero el acto de narración de Marcel no lleva ninguna marca de duración ni de división: es instantáneo. El presente del narrador que encontramos casi en cada página, mezclado con los diversos pasados del héroe, es un momento único y sin progresión" (1972, p. 234).

En la novela *Coco perdu* ["Coco perdido"] de Louis Guilloux (Gallimard, 1978) se pueden, en cambio, identificar diferentes señales temporales que se considera que corresponden al presente del narrador, pero sobre las que no hay ninguna razón para pensar que representen al mismo tiempo el presente del que escribe" (es decir que esos T_0 sucesivos provienen del nivel (1) y no del (2):

67. Más precisamente, de *Bouvard y Pécuchet*.

68. *Pseudo*: éste es, por otra parte, el título reconocido de una novela de Emile Ajar (*Mercure de France*, 1977).

p. 93: "Entré preguntándome qué haría con mi gran domingo de sol, esperando mañana lunes la venida del cartero":

T_0 = domingo;

p. 135: "Aquí el lunes por la mañana es tan muerto como el domingo. Todo está cerrado hasta el mediodía. Cuando me desperté, ya no sabía bien dónde estaba . . ." T_0 = lunes.

(b) *Cronología de la decodificación.*

(1) nivel textual: temporalidad del narratorio (cuando se inscribe en el enunciado); puede coincidir con el del narrador ("lector, charlemos juntos . . .") o presentarse como posterior ("cuando lea estas líneas . . .");

(2) nivel extratextual: cronología de la decodificación efectiva, que varía con cada lector y se despliega en un momento necesariamente posterior al de la codificación efectiva.⁶⁹

(c) *cronología de los significantes textuales*,⁷⁰ que se suceden linealmente en el enunciado; esta cronología, de naturaleza puramente verbal, es la única que escapa a la oposición textual/extratextual.

(d) *Cronología de los hechos narrados.*

Es evidente que (d) no coincide necesariamente con (c); esto aparece especialmente en el uso constante de la elipsis (en la película de Kubrik *L'Odyssee de l'espace* ["La Odisea del espacio"] se supone que los primeros minutos exploran una duración temporal que va desde "el alba de la humanidad" hasta el año 2001⁷¹) o en el de un procedimiento tal como el "flash-back": la sucesión de las dos secuencias x y en el nivel de (c) corresponde entonces al orden inverso $y-x$ desde el punto de vista de (d).⁷²

69. En esta oración de Perec en *Tentative d'épuisement*. - - ["Tentativa de agotamiento. . ."], p. 60: "Mi propósito en las páginas que siguen ha sido más bien describir el resto. . .", el pretérito perfecto puede explicarse

-ya sea por una identificación del escritor con el lector;

-ya sea porque la especie de prefacio en que figura esta oración fue redactada por Perec después del cuerpo del texto (pero incluso bajo esta hipótesis, la expresión "páginas que siguen" se sitúa en una perspectiva de lectura).

70. Evitamos deliberadamente la expresión, demasiado ambigua, de "cronología de la narración".

71. Las condiciones normales de la proyección imponen que (b) (2) se modele sobre (c) en el caso del discurso cinematográfico.

72. El procedimiento del flash-back funciona generalmente en el nivel de la secuencia global. Pero en el ejercicio de estilo titulado "Retrógrado", Queneau lo hace jugar al nivel de la oración, describiendo cada una de ellas un acontecimiento anterior a la precedente: queda así garantizado el efecto gracioso.

Pero (*d*) no coincide tampoco necesariamente con (*a*)⁷³ y se pueden distinguir, con Genette, cuatro tipos de narración: "*ulterior* (posición clásica del relato en pasado, sin duda de lejos la más frecuente), *anterior* (relato predictivo, generalmente en futuro, pero que nada impide llevar al presente, como el sueño de Jocabel en *Moyse sauvé* ["Moisés salvado"]), *simultáneo* (relato en presente contemporáneo de la acción) e *intercalado* (entre los momentos de la acción)" (1972, p. 229).

Para ser más precisos, es necesario recordar que estos conceptos sirven para describir la relación que se instaura entre la cronología de lo narrado y la del *narrador* (y no del autor): un relato de anticipación escrito en presente debe, pues, considerarse como perteneciente a la narración *simultánea*, incluso si la naturaleza del contenido denotado y/o ciertas indicaciones de fecha ("estamos en el año de gracia de 2045") permiten fácilmente percibir el desfase que existe, no entre (*a*) y (*d*), sino entre (*a*) (1) y (*a*) (2).

Como ejemplo de relato simultáneo, se puede citar otra vez *Jacques le fataliste*, en el cual, según S. Lecoindre y J. Le Galliot, Diderot instaura muy a menudo "un grado cero de desviación entre las progresiones durativas" de la instancia del discurso [*a*] (1)] y de la instancia del relato [*d*] (1972, p. 228).

Teniendo en cuenta las relaciones que el texto establece entre esas diferentes progresiones durativas, se puede intentar una tipología de los enunciados narrativos. Es así que Butor opone (1964, p. 64) las "memorias" (en las que se supone que el narrador "ha esperado que la crisis se resuelva, que los acontecimientos se arreglen en una versión definitiva [...]; es más tarde cuando envejecido, calmo, vuelto al redil, el navegante se inclinará hacia su pasado, pondrá en orden sus recuerdos. Ese relato se presentará bajo la forma de memorias") a la "crónica" (en la que "la distancia temporal entre lo narrado y la narración tenderá a disminuir") y al "diario". Pero, en realidad, si se recuerda que conviene distinguir no sólo la cronología de la narración y de lo narrado, sino también los niveles textual y extratextual, se puede oponer, a grandes rasgos —pues el uso de estos términos es bastante fluctuante:

las memorias: desfase entre las cronologías (*a*) (1) y (*d*) (narración "ulterior"); coincidencia entre (*a*) (1) y (*a*) (2);

las crónicas: coincidencia entre (*a*) (1) y (*d*) (narración "simultánea"); desfase entre (*a*) (1) y (*a*) (2);

el diario: coincidencia entre (*a*) (1) y (*d*); coincidencia entre (*a*) (1) y (*a*) (2)

— siendo el diario el informe de un narrador de hechos contemporáneos o, en todo caso, muy recientes que confunde su acto de escribir con el del autor

73. Se trata evidentemente de (*a*) (1). En cuanto a la relación que existe entre (*d*) y (*a*) (2), puede ejemplificarse con esta "aporía bufonesca de Tristram" que recuerda Genette (p. 233): "No habiendo logrado contar, en un año de estar escribiendo, más que el primer día de su vida, constata que lleva trescientos sesenta y cuatro días de retraso y que, por lo tanto, más bien ha retrocedido que avanzado y, viviendo trescientas sesenta y cuatro veces más rápido de lo que escribe, concluye que cuanto más escribe, más le falta por escribir y que, en suma, su empresa es desesperada."

(pues ciertamente el código lingüístico, a diferencia, por ejemplo, del lenguaje cinematográfico, impide toda narración en tiempo rigurosamente "real", y sólo la ficción del narrador permite una coincidencia ilusoria entre (*a*) y (*d*)); es decir que en rigor,

(*a*) (1) = (*a*) (2) implica que (*a*) (1) ≠ (*d*), y
 (*a*) (1) = (*d*) implica que (*a*) (1) ≠ (*a*) (2).

Queda por precisar que la instancia de lo narrado también se desdobra:

- (1) nivel textual: cronología "diegética" = cronología de los hechos tal como se la puede reconstruir a partir de lo que dice el texto (es decir, a partir de la cronología de los significantes textuales, corregida por ciertos índices de desfase entre (*c*) y (*d*), del tipo "dos años antes", "tres días más tarde");
- (2) nivel extratextual: cronología de los hechos tal como efectivamente se han desarrollado o, más bien, tal como se piensa con buenas razones que efectivamente, se desarrollaron o se desarrollarán.

Nos damos cuenta de lo que se nos puede objetar de inmediato: que el nivel (2) no tiene ninguna clase de relevancia y no existe más que como fantasma referencial.

No obstante, daremos un ejemplo de la necesidad de establecer esta distinción: el uso que hace Genette de los conceptos de "iterativo" y de "pseudo-iterativo": "Llamo *iterativo* al relato del tipo 'Durante largo tiempo me he acostado temprano', que sintetiza en un solo enunciado narrativo varias ocurrencias del mismo acontecimiento o varios acontecimientos considerados como idénticos". El empleo constante, e indispensable en el funcionamiento del lenguaje, de este iterativo instaura sin duda un desfase entre (*c*) (cronología de los significantes textuales) y (*d*) (cronología de lo narrado), pero no lo instaura entre (*d*) (1) y (*d*) (2), es decir, entre los niveles semántico y referencial, que se bastan perfectamente el uno al otro, puesto que el código lingüístico admite que los significantes iterativos ("durante mucho tiempo", "a menudo", el imperfecto⁷⁴) significan: eso ha ocurrido varias veces. Pero todo cambia con el "pseudoiterativo", que Genette identifica en ciertas "escenas presentadas (en particular por su redacción en imperfecto) como iterativas, pero cuya precisión y riqueza de detalles hacen que ningún lector pueda creer seriamente que hayan podido producirse así, sin ninguna variación, varias veces: así por ejemplo, ciertas conversaciones en Combray de muchas páginas, entre la tía Léonie y su mucama Francisca, o en París en el salón de la señora Verdurin o de la señora Swann. En todos los casos, una escena singular ha sido convertida arbitrariamente, y sin otra modificación que el empleo del tiempo, en escena iterativa, lo que manifiesta muy bien la tendencia propia del relato proustiano a una especie de *inflación de lo iterativo*" (tendencia que Genette vincula justamente al sentimiento proustiano "del hábito y de la repetición", en suma, de la *analogía* entre los diferentes momentos de la existencia) (1971, pp. 177 y 180).

Lo que autoriza a Genette a hablar aquí de "pseudo-iterativo" es, por su-

74. Sólo en determinados contextos.

puesto, el desfasaje que instaura, “arbitrariamente”, entre el nivel semántico (literal) y el nivel referencial (lo que efectivamente ha debido transcurrir), desfasaje que nos ha permitido hablar respecto a esto de “enálage aspectual” (la que se asemeja mucho a un tropo) y que se identifica gracias a un razonamiento lógico que se apoya en la experiencia que se tiene del referente: incluso si ciertos fragmentos del lenguaje pueden encontrarse en una y otra, es absolutamente inverosímil que dos conversaciones que se han desarrollado en dos tiempos diferentes sean de cabo a rabo idénticas.

Hay, pues, casos en los que el lector puede reconstruir no sólo (1), sino también (2), o al menos percibir una desviación entre (1) y (2), que denuncia:

sea la existencia de contradicciones internas en el texto. En el ejemplo del pseudo-iterativo: contradicción entre el contenido detallado de las palabras y su presentación repetitiva —y esto vale tanto para los relatos de ficción (poco importa en este caso que esas palabras hayan sido realmente sostenidas alguna vez) como para los relatos históricamente autenticados: que haya pasado o no, eso no ha podido pasar en esa forma;

sea la existencia en el receptor de un saber extralingüístico, que le permite medir, tratándose de todos los elementos constitutivos del dispositivo enunciativo (el sujeto de la enunciación⁷⁵, su localización espacio-temporal, el contenido narrado), la distancia que existe entre lo dicho y los hechos. Es ese saber el que nos permite, por ejemplo, identificar como “falseadas” ciertas memorias y percibir, entre el narrador y el autor (gracias a las informaciones biográficas que poseemos) y entre las cronologías de codificación real y ficticia (“sabemos que Proust tardó más de diez años en escribir su novela”) ciertas discordanancias.

Diremos, pues, que muy a menudo el nivel (2) coincide con (1): *el referente del texto no es, entonces, otra cosa que lo que se puede reconstruir de él, a partir de los índices significantes, como contenido semántico; en ausencia de toda contraindicación interna o externa al enunciado, se le otorga al narrador un crédito de autenticidad, y (1) se hace pasar sin dificultad por (2). Lo que no impide que sea teóricamente necesario disociar los niveles (1) y (2): porque espontáneamente se le acuerda a los contenidos semánticos un cierto status de exterioridad, de autonomía, si no de anterioridad, con lo que se convierten, siendo substancialmente idénticos, en contenidos denotados; porque sobre todo sucede que el trabajo de reconstitución del referente viene a invalidar el presupuesto de autenticidad y a llevar al lector a reconocer ciertas divergencias entre los contenidos significados y los contenidos denotados (reales o ficticios, eso no importa).*

— Esta digresión sobre la temporalidad nos ha permitido ver que las consideraciones extratextuales no eran totalmente irrelevantes⁷⁶ y cómo se articula la

75. Con toda seguridad la medición es aún más fácil de hacer tratándose del narratario lector. . .

76. Es, por ejemplo, sobre la base de esas consideraciones que a las memorias se les puede oponer las “pseudomemorias” como *Yo, Claudio* de Robert Graves, o *Le Cri de l'engouti-*

problemática del narrador (instancia presentada como dadora del relato) y la del autor (que ejecuta efectivamente el trabajo de escribir): cuando ningún índice en el texto, ninguna información exterior permiten percibir al autor debajo del narrador, se toma al texto como real, es decir que según los casos la imagen que hemos podido reconstruir del narrador viene, al menos parcialmente, a identificarse con lo que imaginamos que es la persona del autor o, poniéndonos de su parte en esta evasión, abandonamos el autor al anonimato que ha elegido —sabiendo bien que él está en alguna parte detrás de los bastidores del texto.

El autor y el narrador (y lo mismo sucede en el otro extremo de la cadena enunciativa, la del lector y el narratario) son, siempre, instancias distintas. Pero entre ellos se establecen relaciones cuya consistencia varía con la densidad de lo que puede considerarse en el texto como “autobiografemas”. Por cierto, “es tan absurdo decir que un hombre es borracho porque describa una orgía, un libertino porque cuente algún exceso, como pretender que un hombre sea virtuoso porque haya escrito un libro de moral; todos los días se ve lo contrario. Es el personaje el que habla y no el autor; su héroe es ateo, eso no quiere decir que él sea ateo; hace actuar y hablar a los bandoleros como bandoleros, pero no por eso él es un bandolero [. . .]. Una de las manías de esos pequeños escritorzuelos de cerebro estrecho es la de substituir siempre la obra por el autor y recurrir a la personalidad para dar algún pobre interés de escándalo a sus miserables rapsodias. . .” (Theophile Gautier)⁷⁷. Por cierto que Proust no es Marcel ni Charlus; pero, como lo muestra Flahault (1978, p. 49), con todo es Proust quien, a través de Charlus, se encarga de la diatriba antiburguesa. Guilloux no es el narrador de *Coco perdu* [“Coco perdido”], y es con razón que se lo vio en *Apostrophes* (del 2 de junio de 1978) protestar contra la asimilación imprudente de Pivot (“La política se ha terminado: ¿es eso en verdad lo que usted piensa?”)⁷⁸, pero en ese “ensayo de voces”, es también la de Guilloux la que se escucha. Tony Duvert no es más Jonathan que el narrador del *Diario de un inocente*; pero, ¿quién admitiría sin resistencia enterarse de que Duvert “en verdad” vivió como pequeño burgués rodeado de mujer y de niños?

Es sin duda ingenuo querer atribuir al autor el conjunto de las propiedades que caracterizan el (o a los) narrador (es), como si ésto(s) no fuese(n) más que su sombra proyectada sobre el texto. Pero igualmente es injustificado negar la existencia del autor (del cual Michel Foucault muestra, en un artículo de 1969 en forma de rehabilitación, que ella subyace a un cierto número de nociones —la noción de “obra” y la de “nombre del autor”: “la función de autor es ca-

Ivent dans Manhattan désert [“El grito de la chotacabras en el desierto de Manhattan”] de Kurt Vonnegut: se trata verdaderamente de un género literario específico.

77. “Prefacio” a *Mademoiselle de Maupin* [“La señorita de Maupin”], Gallimard, “folio”, 1973, p. 48.

78. ¿Por qué sería también Pasolini mismo, como se ha pretendido, quien enuncia en *Salo* esta oración: “Dios, ¿por qué nos has abandonado?”.

racterística del modo de existencia, de circulación y de funcionamiento de ciertos discursos en el interior de una sociedad”⁷⁹ y, particularmente, en el interior de la nuestra, del discurso literario—, nociones que la crítica contemporánea, al proclamar “la desaparición del autor”, se rehúsa sin embargo a echar por la borda, e identificarlo lisa y llanamente, en un proceso de fagocitosis inverso pero también dudoso, con el narrador, así como lo propicia a veces Barthes cuando declara (1970, p. 217) que el autor no es finalmente más que un “ser de papel”, su vida una “bio-grafía”, y el texto, una “escritura sin referente”.

Pues si es verdad que “*loquor ergo sum*”, es igualmente verdadero que yo existo también en otra parte, en una escena distinta de la de mi discurso; que el autor constituye una instancia innegable, ineludible, “incontornable”, que el texto presupone necesariamente y, sobre todo, que puede en cierta medida ser reconstruido por el lector, ayudándose para ello de índices textuales, de informaciones extratextuales y de recortes intertextuales⁸⁰. Esta búsqueda del autor, de la que Raymond Bellour recuerda justamente la tenacidad instintiva (“El autor: esa tarta con crema de la crítica biográfica [. . .]. Y, sin embargo, la palabra crítica no puede prescindir del autor, de su nombre, de su vida, hasta esa familiaridad de que se vale la vieja crítica con la natural grosería de lo que es su derecho”⁸¹), constituye, pues, tanto un comportamiento reflejo obscurantista como una actitud legítima por más de una razón.

2. 2. EL SUJETO DE LA ENUNCIACION EN EL DISCURSO “CORRIENTE”

Vayamos al caso aparentemente más simple del discurso “corriente”, para preguntarnos sobre lo que conviene entender por “sujeto” (extratextual) de la enunciación.

(a) Precisemos, ante todo, aquello que no es (y que sería ingenuo creer que es).

— No es una entidad psicológica homogénea y monolítica, sino un objeto *complejo*, autónomo y determinado a la vez, en el que se combinan caracterizaciones individuales, sociales y universales, en el que convergen discursos heterogéneos y difusos, que derivan de sus estructuras concientes e inconcientes, de su cultura intertextual, de su saber referencial, de su rol social. (Así L Gues-

79. Apenas se ve, en realidad, con qué otro criterio que no sea el de su *firma* pueda definirse “la obra de arte”.

80. De manera semejante, Ducrot observa que al menos dos razones traban el intento de liquidación del concepto de autor: “Ante todo porque la obra está causalmente determinada por el autor” (y, por otra parte, es sobre esta relación de contigüidad referencial que se basa el uso frecuente de la “metonimia del autor”); “luego, porque a veces el autor mismo es el tema de la obra y participa por ello de su sentido (en un autorretrato o en una autobiografía, por ejemplo)”.

81. *Le Magazine littéraire*, N° 97, febr. 1975, p. 16.

pin, 1976, p. 8, muestra a propósito de Blum que, según se encuentre en posición de simple adherente del partido, de líder de ese partido o de relator del grupo parlamentario, no se trata en realidad del mismo sujeto *discurrente*: “todo sucede como si los papeles diferentes de un mismo sujeto de enunciación entrañaran procesos discursivos distintos”). El sujeto, ¿“efecto del lenguaje”, “producto social”, “construcción de la ideología”? Incluso si es tal o cual aspecto el que enfatiza tal o cual problemática del sujeto, es bien evidente que es todo eso lo que denota a la vez el “yo” ilusoriamente unificador y que sería urgente, como lo preconiza Paul Henry, construir una “teoría del sujeto múltiple”⁸¹. “¿Quién habla en *Sarrasine*? ¿*Sarrasine*? ¿El narrador? ¿El autor? ¿Balzac-autor? ¿Balzac-hombre? ¿El romanticismo? ¿La burguesía? ¿La sabiduría universal?” Barthes tiene razón en decir (1970, p. 178) que no se puede responder de manera unívoca a esa pregunta, puesto que a la complejidad del dispositivo enunciativo (autor/ narrador/ héroe) corresponde una complejidad igual lindante con la estructura del autor mismo.

— No es un sujeto libre, fuente de significados y dueño de significantes, que dará libremente forma a un programa semántico libremente elegido; sino un sujeto sometido a restricciones de naturaleza variable (“psi”, ideológicos, sociales, culturales) que condicionan fuertemente sus reflejos discursivos; sometido también y sobre todo a las restricciones del sistema lingüístico, que pesan tanto sobre sus decisiones discursivas que Umberto Eco puede declarar (1972, p. 58) que la verdadera fuente de un mensaje es más el código que el emisor, el que muy a menudo se contenta con ser “hablado por el código”. La fórmula es sin duda provocativa. Pero tiene por función subrayar la importancia aún poco conocida, en el proceso generador de los mensajes verbales:

- de las asociaciones semánticas codificadas: *clichés*, estereotipos, orden obligado, automatismos asociativos, sobre los que, por otra parte, no siempre es fácil determinar si las incitaciones provienen de la estructura lingüística misma o del código ideológico (“Sí, dijo Zazie, quiero ser institutriz. —No es un oficio malo, dijo, dulcemente Marcelina. Y está la jubilación. Agregó eso automáticamente porque conocía bien su lengua”): el sujeto se surte así de un stock de significantes prefabricados cuya dimensión excede muy a menudo la del lexema;

- asociaciones fonéticas y/o gráficas: en el calambur, el paragrama, la paronomasia y en las prácticas que sistematizan su uso (Oulipo, William Burroughs, Raymond Roussel, “écritures en folie” [“escritos delirantes”])⁸², máquinas escriturales para descomponer sistemáticamente todos los sentidos), la dinámica de los significantes precede a la constitución del significado, que lo sigue, si puede; y el sujeto hablante no tiene otro papel que el de lanzar, tal vez controlar, esta maquinaria significativa, y el de dejar que las palabras tomen la iniciativa, y verlas jugar en flagrante delirio.

Aunque no tenga contenido denotativo muy preciso, el término “produc-

82. Expresión epónima de un artículo de Christian Delacampagne, 1974.

tividad"⁸³ presenta el interés de poner el acento sobre ese tipo de procesos discursivos. Al venir a suplantarse el término "creatividad", destrona al mismo tiempo la imagen de un sujeto pleno, conciente, inspirado, que orquesta con toda libertad la sinfonía de los sentidos y los sujeta a su intención significativa. El monopolio del "querer decir" se encuentra así transferido del sujeto pleno al texto mismo, concebido como un sistema que se autogenera: "Se puede pensar que en el lenguaje hay un poder de hablar. En el lenguaje mismo, no en aquel que se sirve de él" (Oulipo, 1973, p. 155).

Para concluir con este cuestionamiento del "sujeto libre", citemos un pasaje un tanto perentorio de D. Maingueneau (1976, p. 100): "Si el análisis del discurso ignora sobre qué teoría de la enunciación se basará, existe sin embargo una concepción de la enunciación que hay que rechazar, a menos de retroceder teóricamente: una concepción de la enunciación que permitiera reintroducir con un aparato conceptual nuevo, aquello contra lo cual se ha construido la lingüística del discurso, la autonomía del sujeto, del 'habla' libre. La enunciación no debe desembocar en una toma de posesión del mundo y de la lengua por parte de la subjetividad. Dicho de otra manera, la enunciación no debe llegar a plantear que el sujeto es 'la fuente del sentido' (M. Pêcheux), especie de punto original fijo que orientaría las significaciones y sería portador de 'intenciones', de elecciones explícitas. Es, pues, necesario rechazar la visión de enunciación como el acto individual que. . .", la abundancia de modalizadores deónticos negativos en este texto muestra suficientemente que la concepción de Pêcheux y Maingueneau, al levantarse polémicamente contra cierta concepción anterior del sujeto, desempeña al mismo tiempo el papel de nueva "doxa".

(b) Hechas estas reservas, digamos que no nos parece ni aberrante ni "teóricamente regresivo" el obstinarse en considerar como relevante determinado concepto del "sujeto" de la enunciación.

Lo que en todo caso es seguro es que el discurso es una actividad cuya existencia está asegurada, a falta de ser plenamente asumida, por alguien al que podemos preferir llamar agente si entendemos restrictivamente por "sujeto" a un individuo perfectamente autónomo, conciente y responsable de sus palabras (cf. Y. Oппel, 1974, p. 39: "no hay sujeto del discurso (lo que destruye la ilusión del individuo como fuente). Lo que hay son 'agentes' que revisten la forma del sujeto"): el problema, finalmente, no es más que terminológico. Explicando la polisemia del término, Ducrot (1977, p. 200) propone distinguir dos definiciones del sujeto (en sentido fuerte = verdadera instancia productora en la que se origina el sentido/ en sentido débil = individuo susceptible de representarse la significación e incluso el sentido de sus palabras) y declara que, según su definición débil al menos, puede considerarse al locutor como suje-

83. Para una crítica del "produccionismo literario" y de esa "imitación galopante que 'genera', 'engendra', 'ocasiona' y 'hace brotar' cualquier cosa a partir de cualquier cosa", véase Nicole Gueunier, 1974; lo que sucede es que el término "producción" funciona a menudo como una especie de contraseña, que sirve para volver a dorar el blasón desteñido de viejos conceptos.

to. Pero sobre su naturaleza de sujeto en sentido fuerte, Ducrot no se pronuncia. Yendo imprudentemente un poco más lejos que él en este punto, diremos que las nociones de "proyecto" y de "intención" significante no son quizá tan fácilmente solucionables como algunos lo pretenden.

Observemos ante todo que si bien los discursos contemporáneos⁸⁴ niegan toda relevancia a la idea de cualquier anterioridad cronológica de un proyecto significante sobre su formulación verbal, incluso acosado y perseguido por todas partes, el concepto de intención regresa a todo vapor bajo nuevos hábitos: Greimas habla (1970, p. 16) del "proyecto virtual del hacer"⁸⁵; A. Borrel y J. L. Nespoulous (1975, p. 95), de "apetencia semiótica"; J. Domerc (1969, p. 104), de "pretexto" (el que, entre otros componentes, incluye "un proyecto de realización, una intención, un querer decir") y Benveniste (1973, p. 97 y 1974, p. 225), con más claridad aún, de lo "intentado" (lo intentado es "lo que el hablante quiere decir", el contenido de su "pensamiento", que se actualiza en discurso bajo forma de significado). Incluso si admitimos como algunos que en ciertos tipos de textos todo se juega en ese "incipi" que constituye la frase de apertura (para Doubrovsky, 1971, la oración inaugural de *A la búsqueda del tiempo perdido*, ese sésamo que permite franquear el umbral del universo textual, funciona de algún modo como la matriz generadora de toda la obra) o en la selección de una palabra-tema que el resto del texto se contentará con paragramatizar, incluso en tales perspectivas límites, aunque después lo abandone al enunciado mismo que se autogenera, el autor tiene al menos la iniciativa de la elección decisiva de ese "germen vital de la obra". En otros autores, es al componente pragmático que le corresponde recuperar el concepto de intencionalidad: siguiendo a Searle, S. Lecointre y J. Le Galliot definen el "valor ilocutorio" como "la intencionalidad que preexiste a la enunciación" (1975, p. 67, N° 8), y S. Schmidt considera que para todo texto su estructura profunda generadora no es otra que "el esquema abstracto, temático, de la intención de comunicación", es decir de la intención de "producir un efecto"

84. No todos, sin embargo; cf. (pero observemos en ambos casos las precauciones oratorias):

Grize, 1974, p. 186: "... una actividad no se distingue de la simple agitación, no tiene coherencia más que por la intención que la dirige y que la orienta. También diré que la naturaleza de un texto resulta y designa el proyecto del sujeto discurrente. Reconozco que el uso del término 'intención' puede traer problemas. ...";

J. -F. Le Ny, 1975, p. 9: "... es necesario aceptar la idea de que preexiste, no sólo al mensaje, sino incluso a la actividad de elaboración que lo engendra, cierta clase de realidad cognitiva que, en la situación de enunciación, deberá analizarse y poner en marcha los programas semánticos y sintácticos adecuados. ..."

85. En el pasaje, en el que compara la producción de los mensajes verbales a la de los objetos materiales y establece las equivalencias y oposiciones siguientes: lenguaje conciente = trabajo artesanal/lenguaje automático = trabajo en cadena, desesemantizado, en el cual "el sentido parece evacuado, en el cual no queda más que un significante empobrecido, hecho de automatismos de gesticulación" y resulta evidente que, para Greimas, lo que define un objeto verbal auténtico (semantizado) es que consiste en la actualización conciente de un modelo preconcebido por un sujeto individual.

cualquiera: expulsada del discurso de los semánticos, la intencionalidad hace una reaparición muy poco discreta en la de los pragmáticos⁸⁶.

En cuanto a nosotros, nos parece que si se persiste en considerar este problema de la intención significante en una estricta perspectiva de codificación, lo único que se logra es atascarse en cálculos introspectivos muy inciertos; pero que de cualquier modo *ese problema no puede dejarse de lado en la medida en que repercute de manera a menudo determinante sobre los comportamientos de la decodificación*. Es decir que nuestra posición en esto tomará la forma de las dos proposiciones siguientes:

(1) La intención significante del emisor no existe, o más bien no es lingüísticamente pertinente, sino cuando el receptor⁸⁷ la identifica como tal.

(2) Los mecanismos interpretativos integran generalmente una hipótesis, formulada implícitamente por el receptor, concerniente al proyecto semántico-pragmático del emisor.

Es así que un cierto número de fenómenos que acostumbramos a admitir como lingüísticamente pertinentes no pueden interpretarse adecuadamente y describirse independientemente de tal hipótesis (cuyo contenido particular puede ser correcto o erróneo, aunque esto no es sino un problema secundario —aunque no despreciable— en cuanto al funcionamiento de la intercomunicación). Para no citar más que un ejemplo (sobre esta base se podría todavía oponer la *silepsis* a la ambigüedad, el juego de palabras⁸⁸ al “camelo”, la *glosolalia*⁸⁹ a otros tipos de “ingeniosidades”, el “bufido” a la ausencia pura y

86. La actitud de Ducrot es más sutil, pues toma como objeto de descripción, no la intención del enunciador, sino la “pretensión” pragmática del enunciado.

87. Es decir que, para retomar la terminología de F. Recanati, se trata aquí de una intención “compleja”: “. . . la intención de H (el hablante) no es una simple intención de comunicar a O (el oyente) un contenido P, sino una intención compleja y reflexiva de comunicar P a O por medio del reconocimiento por parte de O de esa intención” (1979 b, p. 95).

Observemos que algunas prácticas artísticas (p. ej.: ese cuadrado uniformemente blanco que en 1968 M. Ramsden titula *Secret painting*) reivindican el derecho de dejar totalmente sin formular su intención semántica (para Ramsden los contenidos están, en verdad, “secretamente” encerrados en la obra, sin que ningún significante los realice, sin embargo, en la superficie): se les puede considerar como aberraciones semiológicas deliberadas.

88. En el caso de un doble sentido, éste puede ser (percibido como) voluntario, involuntario o falsamente involuntario: en boca de Francis Blanche, la oración “¡Ah, esta época de violencia! ¡Hasta el papa que canoniza!” extrae su efecto cómico (falsamente “ingenioso”) de lo que L finge creer, y A finge creer que L cree, que “canonizar [*canoniser* en francés] significa “tirar con cañón” [*canon*, en francés] —por lo tanto, de un desfase entre una simetría interpretativa real y una disimetría disimulada.

89. En uno de sus sentidos, la *glosolalia* se define, en efecto, como la producción de secuencias que L considera como pertenecientes a una lengua conocida, mientras que por lo general “esas pretendidas lenguas no tienen nada que ver con los idiomas que reclaman, sino que son, por el contrario, el producto ‘deformado’ de lenguas conocidas por la misma persona en su estado normal” (T. Todorov, 1977, p. 323).

simple de respuesta⁹⁰, etc.), la contra-verdad no puede distinguirse de la mentira y de la ironía más que sobre la base de lo que el alocutario A supone que el locutor L piensa efectivamente, y quiere dar a entender, al enunciar p:

- contra-verdad: A, que supone sincero a L, estima falso a p;
 mentira: A supone que L, que enuncia y quiere dar a entender p, piensa en realidad no-p;
 ironía: A supone que L, enunciando p, piensa y quiere dar a entender no-p⁹¹.

Admitiremos, pues, que interpretar un texto es intentar reconstruir por conjetura la intención semántico-pragmática que presidió la codificación; y que *el sentido de una secuencia puede definirse como lo que A (o más bien: los diferentes A, cuyo trabajo interpretativo puede llegar a resultados divergentes) llega hipotéticamente a reconstruir de la intención significante de L*, y ello con la ayuda de un cierto número de datos intra-y extra-textuales. Y a partir de sus propias competencias y de aquellas que por buenas (o malas) razones atribuye a L y estima que L le atribuye⁹². En otros términos, un texto quiere decir lo que A supone que L ha querido decir en (por) ese texto.

Sin duda que esta afirmación es demasiado generalizadora. Siguiendo a Grice, F. Recanati admite, con razón, al lado del caso más frecuente en que el buen funcionamiento del mensaje implica que la intención sea “necesariamente [mantenida] no secreta” (1979 a, p. 178: “Significar algo, dice Grice, es significarlo por medio del reconocimiento (por parte del receptor) de la intención que se tiene de significarlo; y tener la intención de significarlo es tener la intención de significarlo por medio del reconocimiento de esa intención”), aquellos en que la intención tiene por status ser “no necesariamente no secreta”, e incluso “necesariamente secreta” (así en el caso del bluff, en que “el reconocimiento (por parte del receptor) de la intención (del emisor) es incompatible con su realización”). Importa, por otra parte, señalar que la lectura es un comportamiento cultural cuyas modalidades varían con las épocas y las sociedades —siendo la nuestra justamente el escenario de un enfrentamiento

90. El “bufido” es, en efecto, según A. Blum, D. Foss, etc. (1973, p. 229) una ausencia de respuesta percibida como significativa, es decir, “motivada”.

91. Sucede a menudo (G. Almansi, 1978, pp. 421-423, da algunos ejemplos de ello) que A es incapaz de asegurarse nunca de lo que L quiere en verdad dar a entender y de si su conducta discursiva debe interpretarse como irónica o no: el texto queda definitivamente ambiguo. Pero esta incertidumbre interpretativa no invalida en nada lo que se acaba de decir: no pudiendo aclarar la intención significante de L, A se las arregla por lo general atribuyendo a L una *duplicidad* perversa y deliberada.

92. Esta observación se corresponde con otra de F. Flahault (1979, p. 77): “hablar, es anticipar el cálculo interpretativo del interlocutor” —es decir que en la codificación, L hace ciertas hipótesis por anticipado sobre el trabajo de decodificación de A, el que a su vez hace en la decodificación ciertas hipótesis concernientes al trabajo de codificación de L...

entre diversas concepciones de la actividad interpretativa⁹³, que se pueden muy burdamente reducir a la oposición binaria entre una actitud "tradicional" (la de la tradición filológica: leer es entonces tratar de calcar sobre la gramática de producción supuesta la propia gramática de reconocimiento, reconstruir lo más fielmente posible el proyecto semántico de codificación y purificar el texto de todos los accidentes que hayan podido sobrevenir en el curso de su itinerario diacrónico para disfrazar la significación original⁹⁴), y una actitud "modernista" (leer es más bien "estar atento al orden clandestino del trabajo textual" y "rechazar la ortodoxia de un sentido estable"⁹⁵; es favorecer el trabajo de la "significancia", tratar de "cebar el texto" y osar aplicarle los propios sistemas interpretativos). Pero aun si el sometimiento a los códigos supuestos del emisor no se considera ya como un imperativo categórico⁹⁶ y como criterio exclusivo de la "buena" lectura y del "buen" sentido (estando el buen sentido tautológicamente definido como lo contrario del "contra-sentido"); aun si le acuerdo un cierto derecho de ciudadanía a significaciones que sé bien que no han sido queridas ni previstas por su emisor, no por ello les doy *el mismo status*: es otra localización isotópica la que le será generalmente atribuida a los valores así "agregados"⁹⁷. Sin hablar de ese problema que atormenta e irrita secretamente a los sostenedores más seguros de la "lectura plural", aceptemos que la conformidad con la intención significante del escritor no es garantía absoluta de la buena lectura.

Pero seguramente existen "malas lecturas": aquella, por ejemplo, que consiste en infligir a un texto cualquiera un tratamiento paragramático arbitrario y que, no pudiendo encauzar los desbordes del sentido, llega por caminos opues-

93. Se podrían multiplicar los ejemplos de los malentendidos a que dan lugar, por ejemplo en los exámenes y concursos universitarios, las divergencias ideológicas frente al problema de la "buena" lectura de un texto.

94. La expresión que utiliza Eco, 1972, de "decodificación *aberrante*" (la que se produce cuando A "se refiere a códigos privados, a campos semánticos de otro tipo" que aquellos a los que se refiere L, p. 166) parece igualmente sugerir que las interpretaciones desviantes, en relación con el proyecto semántico original, tienen algo de monstruoso y que no tienen nada que ver con la significación "real" del texto.

95. Estas citas son de Ricardou, 1968, pp. 377 y 379.

96. Ya Valery declara que "no hay sentido verdadero en un texto. Ni autoridad del autor. Sea lo que fuera lo que haya querido decir, ha escrito lo que ha escrito. Una vez publicado, un texto es como un aparato que cada uno puede usar a su manera — y según sus medios; no es seguro que el que lo construyó lo use mejor que otro".

97. Si, por ejemplo, tropezáramos en un texto de los años treinta con una oración como la siguiente: "Con la nueva moda las calles de la ciudad aparecieron llenas de boinas verdes", esto no podría dejar de despertar en nosotros el sentido contemporáneo de la palabra "boinas verdes", pero éste queda en posición totalmente excéntrica: no podría "seriamente" integrarlo a los contenidos denotados, ni siquiera connotados (admitido esto, ocurre a menudo que los valores manifiestamente agregados pueden integrarse más fácilmente a una de las isotopías textuales).

tos al mismo resultado que la lectura monológica: la negación del texto. Pues si se puede leer *cualquier cosa* debajo de cualquier texto (y sería fácil demostrar que todo texto, sometido a una lectura pragmática incontrolada, se vuelve infinitamente polisémico), entonces todos los textos se convierten en sinónimos y su material significante en indiferente; último resultado de la lectura plural, e inaceptable, tal como lo reconoce Barthes mismo cuando a la "significancia" ("el sentido subsiste pero pluralizado") opone su perversión y su necrosis: la "significosis" ("el desorden del significante se torna divagar histórico: al liberar la lectura de todo sentido, impongo finalmente *mi* lectura"⁹⁸, y el texto tutor se degrada entonces en simple pretexto). Leer no es someterse en cuerpo y alma a la tiranía de los códigos emisores, pero tampoco es dar libre curso a los caprichos del propio deseo/ delirio interpretativo —tesis que finalmente no hace sino desplazar, de la fase de emisión a la de recepción, la ilusión de libertad del sujeto. Nos gustaría poder identificar en el texto puntos de anclaje innegables del sentido, elaborar los principios de una especie de deontología interpretativa, extraer reglas de lectura que contengan la proliferación anárquica del sentido y cuya infracción autorice a hablar de "contra-sentido". Pero, ¿cómo? ¿Dónde se detiene la acción vivificante de la significancia, dónde comienzan los efectos necrosantes de la significosis?

2. 3. LA PROBLEMATICA DE LA FORMACION DISCURSIVA

En lo que precede hemos, pues, intentado demostrar que había más de una razón para que fuera legítimo mantener el concepto de un "sujeto de la enunciación" dotado de cierta individualidad, incluso de intencionalidad significativa; pero en lugar de considerarlo en lo que tiene de individual y en la relativa libertad que le queda de tomar decisiones lingüísticas, se puede igualmente considerarlo como un producto colectivo y determinado: todo depende del punto de vista que se adopte y del nivel de análisis en que uno se sitúe. Un cierto número de problemáticas lexológicas, complementarias de la nuestra, y entre ellas la problemática de las "*formaciones discursivas*", se esfuerza con razón en subrayar y circunscribir este segundo aspecto del sujeto de la enunciación.

Si bien es verdad que un hablante individual es el que se encarga en general de un enunciado, es igualmente verdad que, en otro nivel de análisis, puede considerarse al enunciador (con mayor o menor relevancia según el tipo de enunciado de que se trate) como el representante y el portavoz de un grupo social, de una instancia ideológica-institucional (sobre el modelo del "idiolecto", del "dialecto" y del "sociolecto", se podría proponer el neologismo de "*ideolecto*" para designar la competencia propia de un conjunto de individuos pertenecientes a una misma comunidad ideológica). Esta idea ya subyace en el

98. Cf. 1971, p. 8.

“estructuralismo genético” de Lucien Goldmann, cuando considera como autor verdadero de las tragedias racinianas, de las *Provinciales* o de los *Pensamientos*, no a los individuos Racine o Pascal, sino a “sujetos transindividuales” (la nobleza de toga, los jansenistas, etc.)⁹⁹; idea que sistematiza, con la ayuda de los conceptos inspirados en Althusser de “formación ideológica” y de “formación discursiva”, Michel Pécheux:

“Una ‘formación ideológica’ es un conjunto de actitudes, representaciones, etc., referidas a posiciones de clase, que es susceptible de intervenir como fuerza confrontada a otras en la conjunción ideológica que caracteriza una formación social en un momento dado [. . .]. Dada una coyuntura determinada por un estado de la lucha de clases, y una ‘posición’ (ideológica y política) en esa coyuntura, una ‘formación discursiva’ determina lo que puede y debe decirse a partir de esa posición. La formación discursiva constituye a los individuos en sujetos de su discurso, y el sujeto se cree fuente del sentido precisamente porque es llevado, sin darse cuenta, a identificarse con la formación discursiva. Si las palabras no tienen un sentido fijo, es porque cambian de sentido al pasar de una formación discursiva a otra.”¹⁰⁰

Esta idea la ilustra B. Gardin (1976) cuando, al analizar contrastivamente los discursos de F. Ceyrac y G. Séguy, propone considerar como su verdadero emisor una instancia colectiva: la C.N.P.F. [Confederación Nacional Patronal Francesa] y la C.G.T. [Confederación General del Trabajo] respectivamente. En esa perspectiva, las unidades pertinentes que se tratará de delimitar no se considerarán más como índices de un sujeto individual, sino como “especificadores de formación discursiva” (L. Guespin, 1976). Pues incluso si el hablante alimenta constantemente la ilusión de ser la fuente del sentido, el que hace la descripción debe desenmascarar la existencia “de un discurso socialmente preformado detrás de la ‘libre’ enunciación de un individuo” (F. Flahault, 1978, p. 81)¹⁰¹.

99. “Racine no es el único y verdadero autor de las tragedias racinianas, sino que [. . .] éstas nacieron dentro del desarrollo de un conjunto estructurado de categorías mentales que era obra colectiva, lo que me llevó a encontrar como “autor” de esas tragedias, en última instancia, a la nobleza de toga, al grupo jansenista y, dentro de éste, a Racine en tanto individuo particularmente importante.” En cuanto a las *Provinciales* y los *Pensamientos*, fueron producidos por “dos autores diferentes que tienen un sector parcial común: el individuo Pascal y quizá algunos otros jansenistas que han seguido la misma evolución” (intervención en el coloquio dirigido por M. Foucault, 1969).

100. Estas formulaciones son de D. Maingueneau, 1976, pp. 83 y 84.

101. Se puede también pensar en las problemáticas emparentadas de M. Foucault y M. de Certeau (cuyo trabajo sobre el discurso historiográfico consiste esencialmente en tratarlo como una práctica discursiva que surge de un lugar institucional determinado y responde a una función ideológica precisa).

2. 4. LA ACTIVIDAD DIALOGICA

Individual, el sujeto de la enunciación tal como lo hemos considerado, lo es aun en la medida en que, hasta cuando inscribe en su propio discurso la presencia del otro, éste queda dentro del marco de una comunicación de tipo monólogo —debiéndose esta limitación, en lo esencial, al hecho de que trabajamos sobre textos escritos, acerca de los cuales Barthes declara que representan “el grado cero de la alocución” (o, al menos, un tipo de discurso que tiende hacia ese grado cero).

Pero desde el momento en que nos interesamos por el discurso oral, es necesario considerarlo como un proceso *interactivo* e intentar ver cómo funciona la dinámica del intercambio dialógico, el que evidentemente obedece a determinadas reglas específicas, cuyo conjunto constituye una “competencia” relativamente automática (puesto que, según Jakobson, “al menos para un cierto tipo de esquizofrenia se da la siguiente situación: el enfermo pierde la competencia para el diálogo, pero preserva la competencia para el monólogo”¹⁰²).

Son numerosos los estudios que en estos últimos años se han dedicado a este problema de la “lógica conversacional”. Ora intentan extraer las reglas más generales que definen un buen uso del intercambio verbal, una especie de código deontológico al que hay que conformarse si se quiere jugar honestamente el juego dialógico (“máximas conversacionales” de Grice —principio “metateórico” de “cooperación”, especificado en máximas sobre la cantidad, la cualidad, la relación y la manera¹⁰³—, reformuladas por Ducrot en términos de “leyes del discurso” —sinceridad, informatividad, exhaustividad—, reformuladas por Gordon y Lakoff en términos de “postulados de la conversación” —sinceridad, razonabilidad, cooperación), ora se esfuerzan por formular, incluso por formalizar, las reglas que determinan más precisamente la coherencia del diálogo. Ora no exceden los límites de la dupla pregunta-respuesta¹⁰⁴, ora pretenden expli-

102. Conversación con Emmanuel Jacquart, *Critique*, mayo 1976, N° 348, p. 466.

103. Para la exposición de las máximas de Grice (traducción francesa de *Logic and conversation*) y su comentario (por Flahault, Recanati y Wilson y Sperber), véase *Communications*, N° 30 (“La conversación”, 1979).

104. Cf. J. y J. Cl. Milner, quienes emprenden una defensa y ejemplificación del estudio de la enunciación concebida como un proceso interactivo, sin condenar, sin embargo (las dos perspectivas son, en efecto, complementarias), al que se interesa ante todo por las relaciones que mantiene con su enunciado: “Se han estudiado mucho hasta el presente las relaciones de un sujeto enunciadador con sus propios enunciados y sobre esa base se han definido, por cierto, conceptos útiles [. . .]. Pero éste es otro camino de estudio igualmente importante y fecundo, que concierne a las diversas operaciones subjetivas de un enunciadador sobre los enunciados de otro sujeto— y a las marcas que pueden subsistir en su propio enunciado” (1975, p. 142); Todorov (1967), quien observa que en el discurso oral la inmensa mayoría de las afirmaciones son, en realidad, asimilables a preguntas, puesto que contienen un “no es cierto” implícito; y C. Heddesheimer (1974), que se atiene más precisamente a “la expresión verbal en inglés del asentimiento y de la confirmación”.

car el montaje de la secuencia de la totalidad de una conversación¹⁰⁵. Ora proceden a un análisis puramente interno de la secuencia dialogada, integrando eventualmente los hechos paraverbales (contacto ocular, gestos de asentimiento o de oposición, etc) que en esta materia desempeñan un papel fundamental; ora se interesan igualmente por las relaciones que existen entre determinadas propiedades de esa secuencia y la organización proxémica del espacio comunicacional y, más generalmente, el tipo de situación que le sirve de marco: se sabe que la almohada es propicia a la confidencia^{106/107}.

Por último, el análisis puede funcionar sucesivamente en dos niveles. Así, en *La parole intermédiaire* ["La palabra intermediaria"], donde François Flahault muestra, por una parte, con la ayuda de numerosos ejemplos, que en un nivel relativamente superficial una conversación funciona como un todo coherente (cada uno "aportando su contribución", tratando de "decir su palabra". . .), y que podemos hacer una especie de tipología de las réplicas (conformidad, oposición, evasividad, maniobra despreciativa. . .); pero que también podemos preguntarnos, en un nivel completamente distinto —y no se trata ya del funcionamiento del diálogo, sino de su función— ¿qué es finalmente lo que está en juego en el intercambio verbal? ¿La búsqueda de un consenso?, ¿La demanda de reconocimiento?, ¿el deseo de tener razón o de dar razón del otro? Para Flahault lo esencial se juega en la "relación de ubicaciones" que se constituye en y por el diálogo¹⁰⁸: el análisis desemboca entonces en una psicología de la comunicación, que no deja de recordar los modelos de interacción de Watzlawick y de la escuela de Palo Alto¹⁰⁹.

105. Sobre este problema del intercambio conversacional la bibliografía (esencialmente norteamericana) es abundante. Citemos desordenadamente: Hildum y Brown, 1956; Harris, 1967 (y su "análisis transaccional"); Fillmore, 1973 ("Deixis II"); Lábov, 1972; Duncan, 1973; Schegloff, 1968; Schegloff y Sachs, 1973; Schenkein, 1978; Schlesinger, 1974; Siegman y Pope, 1972; el N° 17 ("L' Oral ["Lo oral"], octubre 1977) de la revista *Pratiques*; y el N° 30, antes mencionado, de *Communications*.

106. Cf. Daniëlle Sallenave, a propósito de su *Voyage à Amsterdam ou les règles de la conversation* ["Viaje a Amsterdam o las reglas de la conversación"]: "Tales son, en efecto, las reglas de la conversación: la proximidad del cuerpo sobre el acceso a una palabra más próxima, más íntima, más libre."

107. Cf. también los trabajos que lleva a cabo Bielefeld W. Kallmeyer, especialmente sobre "las conversaciones de sobremesa" que, según él, se organizan en un cierto número de esquemas de interacción relativamente constantes (exaltación de la comida, mención de la receta, relato de "la primera vez" que se consumió ese plato, etc.).

108. Véase, por ejemplo, cómo extrae la estructura profunda del diálogo "Un homme, une femme" ["Un hombre, una mujer"] (pp. 188-196): "Dígame que soy una mujer, pero no aproveches para decirme que sos un hombre."

109. Pero Flahault evita felizmente las formulaciones ingenuas y un tanto discutibles ideológicamente, que se encuentran a veces en Watzlawick: es a la vez más sutil y menos sistemáticamente "pragmatista".

3. LA PRAGMATICA DEL LENGUAJE

El conjunto muy heterogéneo¹¹⁰ de las investigaciones que actualmente se consideran significativas en "pragmática" comprende dos vertientes, por otra parte contiguas¹¹¹:

(1) La pragmática es ante todo, en la línea de Charles Morris y de un cierto número de lógicos, *el estudio de las relaciones que existen entre los signos y sus usuarios*.

No es necesario insistir más sobre los objetivos descriptivos de la pragmática así concebida: podrían, en efecto, trasladarse aquí¹¹², todas nuestras consideraciones precedentes, cuya función era precisamente extraer los procedimientos que permiten que el enunciado se inserte en su "marco enunciativo", constituido triplemente por el emisor, el receptor y la situación de comunicación— dentro de poco tendremos ocasión de decir algunas palabras acerca del último elemento de este triplete, que hasta acá ha sido un poco descuidado, pues constituye una de las bisagras en las que quizá se articulen las dos problemáticas pragmáticas, que en forma aproximada pueden llamarse "enunciativa" e "ilocutoria".

(2) Pues la pragmática es también, esta vez en la línea de los "filósofos de Oxford", el estudio de los *actos de lenguaje*¹¹³.

La mayor parte de las obras que aparecen hoy referidas a temas de pragmáticas adoptan esta segunda perspectiva¹¹⁴, es por esta razón entre otras que personalmente hemos privilegiado la primera. Como la bibliografía sobre estas

110. Para darse cuenta de la dimensión de esta heterogeneidad, basta con recorrer el Nº 42 (mayo de 1979) de *Langue française*, que se titula precisamente "*La pragmatique*" ["La pragmática"]— número por lo demás muy interesante.

111. Más adelante trataremos de precisar la naturaleza de esa contigüidad. Digamos, por ahora, que esa polisemia del término "pragmático" es muy molesta y que a veces llega a designaciones opuestas: así los valores temporales de "ahora" son de naturaleza pragmática (en el sentido (1)) para H. Brekle, pero no pragmática ("semántica") para F. Nef, quien utilizando el término en el sentido (2) lo reserva para los valores argumentativos de ese adverbio.

112. Para Brekle (1974, p. 33), el conjunto de los deícticos (cf. también la "pragmática indexical" de Bar-Hillel) y los "adverbios modales" del tipo "desgraciada— felizmente", "evidentemente", etc. han de integrarse al componente pragmático.

Para esa acepción del término "pragmática", véase también Chabrol, p. 23 y Van Dijk, p. 181, en Chabrol, 1973.

113. ¿"Actos de lenguaje", "de habla" o "de lengua"? Sobre los problemas que plantea la traducción de la expresión searleana "*speech act*", véase Ducrot, 1972 b, p. 7.

114. Cf. la muy reciente obra de F. Recanati *La transparencia y la enunciación. Introducción a la pragmática*, Hachette, Bs. As., 1981.

cuestiones de pragmática ilocutoria es muy abundante¹¹⁵, nuestra intención no es de ningún modo dar cuenta aquí del conjunto de los trabajos. Estos retoman y profundizan las ideas desarrolladas por Austin y Searle (pero también se han inspirado subterráneamente en las reflexiones de Peirce, de Jakobson y de los conductistas norteamericanos) y su hipótesis básica es la siguiente: hablar es sin duda intercambiar informaciones; pero es también efectuar un acto, regido por reglas precisas (de las cuales algunas serían, para Habermas, universales), que pretenden transformar la situación del receptor y modificar su sistema de creencias y/o su actitud conductual; correlativamente, comprender un enunciado es identificar, además de su contenido informacional, su intención pragmática, es decir, su valor y su fuerza ilocutorias.

No se trata aquí de recordar la movida historia del concepto de "realizativo" —¿conviene mantener, a pesar de su relativa rareza en el habla cotidiana,¹¹⁶ la existencia de una clase de unidades propiamente, es decir, explícitamente, realizativas o habrá que aceptar que se absorba, después de haberla engendrado, en el concepto más abarcativo de "ilocutorio" o "ilocucionario", sabiendo que cuanto más se extiende el dominio de aplicación de tal concepto, tanto más imprecisos se tornan peligrosamente sus contornos? No se trata de considerar las diversas interpretaciones propuestas para la espinosa distinción introducida por Austin entre lo "locutorio", lo "ilocutorio" y lo "perlocutorio"; y no se trata tampoco de pasar revista a los diferentes tipos de actos de lenguaje que han sido hasta ahora objeto de descripciones más o menos elaboradas: ya sea que nos sujetemos a tal o cual acto específico para buscar en él las realizaciones significantes¹¹⁷ o que proponamos, siguiendo a Austin, nuestra propia lista de valores pragmáticos, nos guardaremos bien de pretender que al hacer eso fundamos una tipología aunque sea provisoria de los actos de lenguaje. Esto se debe a que los ejes implicados en ello son numerosos, heterogéneos, y están como lo nota justamente Sarle¹¹⁸, en relación de clasificación cruzada, y que tampoco se ve ni dónde podemos "naturalmente" detener

115. En el área del francés conviene, por supuesto, señalar en primer lugar los trabajos de Oswald Ducrot, que al final del N° 33 de *Poétique* (febr. de 1978) propone una bibliografía atinadamente selectiva.

116. Cf. Ducrot, 1972 b, p. 13: "En efecto, tal como los hemos definido, los realizativos no constituyen, después de todo, más que una clase bastante restringida, netamente delimitada y con una situación marginal en la lengua. Por otra parte, las expresiones 'Te prometo', 'Te ordeno' son casi fórmulas estereotipadas, que hacen pensar en una especie de ritual desacralizado. Nadie negará que muchas religiones atribuyen una eficacia particular a la enunciación de ciertas palabras [. . .]. Quizá los realizativos no constituyan más que un caso particular de ese fenómeno, incluso una supervivencia."

117. El "bufido", por ejemplo (A. Blum, 1973) o el asentimiento/confirmación (C. Hedgesheimer, 1974).

118. Cf. 1972, pp. 112-113 (p. 113: "Es necesario, pues, guardarse de suponer [. . .] que los diferentes verbos ilocucionarios determinan puntos que pertenecen a un solo continuum").

la proliferación de esos actos (se pueden distinguir tantos como los verbos susceptibles de recibir rótulos que la lengua ofrece al metalenguaje: ordenar, exhortar, incitar, prohibir, desaconsejar, disuadir, alabar, insultar, humillar, insinuar, objetar, conceder, conjeturar, prometer, etc.) ni sobre qué bases reagrupar en clases relativamente generales, por lo tanto manipulables, esos hechos amenazados por una excesiva atomización descriptiva. Puesto que todos estos problemas se discuten abundantemente en Austin (1970), Searle (1972), Benveniste (1966, cap. XXII), Ducrot (1972 a y b, 1977 b), Vendler (1970), Gazdar (1976), Lakoff (1976), Recanati (1979a)¹¹⁹, etc., nos contentaremos con subrayar los siguientes puntos:

3. 1. ESPECIFICIDAD DE LOS VALORES ILOCUTORIOS

La especificidad de los valores ilocutorios en relación con los contenidos informacionales que vehiculiza un enunciado parece a primera vista indudable: se la puede poner en evidencia a través de esos tres fenómenos semióticos que son la sinonimia, la ambigüedad y la gramaticalidad:

— que la sinonimia ilocutoria es relativamente independiente de la sinonimia propiamente semántica, lo demuestra Ducrot cuando se trata del “valor argumentativo” de una oración: dos enunciados pueden muy bien tener el mismo valor de verdad sin tener la misma orientación argumentativa (p. ej.: “la mitad de la botella está llena/ la mitad de la botella está vacía”), e, inversamente, dos enunciados pueden tener la misma orientación argumentativa sin tener el mismo contenido informacional (p. ej. “ha bebido poco”/ “No ha bebido”). Más adelante daremos otros ejemplos del hecho de que enunciados dotados de contenidos de información sensiblemente diferentes pueden, no obstante, funcionar como pragmáticamente equivalentes;

— que la ambigüedad ilocutoria es independiente de la ambigüedad semántica es un hecho que se puede ver en ese “chiste” citado por Freud (1973, t. I, p. 1057)*: “Un chalán pondera las excelencias de un caballo a su presunto comprador: ‘Se monta usted en este caballo a las cuatro de la mañana, y a las seis y media está usted en Presburgo.’ ‘¿Y qué hago yo en Presburgo a las seis y media de la mañana?’ ”: es bien evidente que el tratante de caballos y el cliente están de acuerdo sobre el “sentido” que hay que darle a la proposición “estar en Presburgo a las seis y media de la mañana”, pero el tratante de caballos la utiliza como prueba de la velocidad del caballo, mientras que su interlocutor finge interpretarla como si el valor ilocutorio fuera: “usted tiene algún interés en estar en Presburgo a las seis y media de la mañana”, y es eso lo que finge discutir, para escapar a la argumentación de su interlocutor: el *quid*

119. Véase igualmente el Nº 4 (“*L’ilocutoire*” [“Lo ilocutorio”, 1977]) de *Linguistique et sémiologie*.

* Citado según la traducción española; cf. Bibliografía citada.

pro quo se localiza, pues, en el enunciado sólo en su nivel pragmático;

— finalmente, que no coinciden las condiciones de gramaticalidad¹²⁰ semántica y pragmática, se puede ver, por ejemplo, en la oración “May we come in?” [“¿Podemos entrar?”], acerca de la cual Fillmore demuestra que, a pesar de estar bien formada sintáctica y semánticamente, estaría completamente fuera de lugar en boca de un guardiacárcel L que se dirigiese a un detenido A, pues el status de L excluye que se ponga en la posición de solicitar y el de A que tenga que acceder a solicitudes provenientes de L. Cuando el contenido intrínseco del enunciado se encuentra de ese modo inadaptado a sus condiciones situacionales de uso o contradicho por lo que implica su enunciación (hemos dado algunos ejemplos de ello a propósito de los deícticos: el “¡es papá!” de Toto, el “no estoy en casa” de Guignol, y F. Recanati cita también “no sé escribir” enunciado por escrito o “el navío en que me he embarcado se hundió con todos sus pasajeros”), en ese caso se habla de “contradicción” o de “paradoja pragmática”¹²¹.

No debe, pues, confundirse el valor pragmático de un enunciado —aun cuando deriva de ella de una manera que será necesario precisar— con su significación intrínseca: los axiológicos negativos no deben identificarse con las injurias, incluso cuando son virtualmente susceptibles de funcionar como tales, y el contenido semántico de “eso es bueno” no es asimilable a su frecuente valor ilocutorio “te recomiendo eso”: como observa polémicamente Searle (1972, pp. 190-197), la descripción semántica de P es independiente de la especificación de A tal que “se emplea la palabra P para efectuar el acto A”.

Los valores pragmáticos constituyen un objeto teórico específico, puesto que dependen de una competencia del lenguaje específica.

3. 2. TODO ENUNCIADO ESTA ILOCUTORIAMENTE MARCADO

Ducrot demuestra la validez de la hipótesis pragmática tomando primero el doble ejemplo del interrogativo y del imperativo, cuya enunciación “transforma *ipso facto* la situación del destinatario, poniéndolo delante de una alternativa jurídica antes inexistente”: responder/no responder, obedecer/desobedecer (1973 a, pp. 125-126).

Pero no hay que creer que solamente los enunciados de ese tipo, que exigen de su destinatario una respuesta verbal o conductual, están ilocutoriamente cargados: puede considerarse que cualquier enunciado contiene, además de su contenido proposicional (correspondiente a *lo que se dice*), un marcador ilo-

120. Este término está tomado en su acepción más amplia. Pero se puede preferir oponer terminológicamente a la “gramaticalidad” (sintáctica) y la “aceptabilidad” (semántica), la “adecuación” (pragmática).

121. Sobre este concepto, véase Recanati, 1981, pp. 163-167, así como los trabajos de Watzlawick.

utorio, que puede ser complejo y que debe especificar el status pragmático del enunciado (*aquello a lo que apunta el decir*: obtener tal tipo de comportamiento-respuesta, pero también, por ejemplo, la adhesión del destinatario a los contenidos afirmados). F. Recanati, equiparando las dos ficciones simétricas de la realizatividad y de la constatividad puras (habría enunciados que serían puros actos y otros que no tendrían ningún valor de acto), muestra claramente que las secuencias explícitamente realizativas integran un componente descriptivo y las secuencias descriptivas un componente ilocutorio: incluso si se jerarquizan en forma diversa, *todo enunciado comporta las dos dimensiones descriptiva y realizativa*, dimensiones que se encuentran estrechamente imbricadas, pero que se puede intentar disociar por abstracción¹²².

Se puede hablar legítimamente, pues, de "acto(s) de aserción" e intentar (como Attal, 1976) caracterizarlo(s)¹²³. Más específicamente, se debe a Ducrot el haber demostrado con elocuencia y minucia que hechos tales como la presuposición y la "orientación argumentativa" de un enunciado¹²⁴ no podían describirse adecuadamente más que en el marco de esa problemática de los actos de lenguaje.¹²⁵

"Partiremos de la observación, muy trivial, de que muchos actos de enunciación tienen una función argumentativa, de que apuntan a llevar al destinatario a una determinada conclusión o a desviarlo de ella. Menos trivial, quizás, es la idea de que esta función tiene marcas incluso en la estructura del enunciado: el valor argumentativo de una oración no es sólo una consecuencia de las informaciones que aporta, sino que la oración puede incluir diversos morfemas, expresiones o giros que, además de su contenido informativo, sirven para dar una orientación argumentativa al enunciado, para arrastrarlo hacia tal o cual dirección" (1973 b, pp. 225-226).

Esta idea permite, entre otras cosas explicar ciertos disfuncionamientos del

122. Cf. pp. 98 a 103 (observemos que Recanati usa "realizativo" en su sentido amplio).

123. Esta idea de que la aserción no es más que un caso particular de acto ilocutorio se encuentra ya formulada por Austin (onceava conferencia) y Searle. Pero Attal va más lejos que Searle sobre este punto, mostrando que una aserción no tiene sólo por meta "hacer saber al oyente que [el hablante] cree que p es verdad", sino que al hacerlo quiere "influir sobre su modo de ver" y "obligarlo a tener en cuenta" los contenidos aseverados.

124. Para una presentación de ese concepto y un estudio del funcionamiento de algunos indicadores argumentativos (tales como *mais* "pero", *même* "hasta", *aussi* "también", *presque* "casi", *à peine* "apenas"), véase Ducrot (1973c y 1978), Anscombe (1975), Anscombe y Ducrot (1976) y Fauconnier (1976).

125. Dicho esto, cuanto más se amplía el campo de lo ilocutorio, tanto más el término "jurídico" que usa Ducrot para definir la especificidad de los valores pragmáticos (éstos pretenderían modificar la "situación jurídica" del receptor) se vuelve metafórico (lo cual, por otra parte, fuera de ciertos casos límites y limitados, nunca dejó de ser).

intercambio verbal en que se basan algunos “chistes” mencionados por Freud en *El chiste*.

Así:

- las “metidas de pata de los casamenteros” obtienen su eficacia cómica de una contradicción entre la intención ilocutoria del enunciado global (ponderar los méritos del producto) y el valor argumentativo efectivo de su segmento final¹²⁶;

- historia judía, p. 1068: “Dos judíos hablan de baños (termales). ‘Yo —dice uno de ellos—, lo necesite o no, tomo un baño todos los años’”: la intención argumentativa del enunciado (“soy extremadamente limpio”) entra aquí en conflicto con el valor que le atribuye el consenso ideológico (Lo tiene una concepción bastante extraña de la limpieza puesto que cree que a veces puede ser inútil lavarse una vez por año): entre la codificación y la decodificación se interpone así lo que podemos llamar un operador de inversión de la polaridad argumentativa del enunciado (que se inscribe en su contexto extralingüístico).

— En cuanto al funcionamiento pragmático de la presuposición, lo ilustraremos con la ayuda de las dos historias siguientes, cuya “gracia” reposa en la existencia de un presupuesto ideológico “paradojal” [*para-doxal*]:¹²⁷

- p. 1062: “Nuestro conocido intermediario judío defiende a su elegida contra los reproches que, fundándose en la marcada cojera que la misma padece, le hace el presunto novio: “No tiene usted razón —le dice—. Supongamos que se casa usted con una mujer que tenga todos sus miembros bien sanos y derechos. ¿Qué sale usted ganando con ello? Cualquiera día se cae, se rompe una pierna y queda coja para toda su vida. Entonces tiene usted que soportar el disgusto, la enfermedad, la cojera y, para acabarlo de arreglar, ¡la cuenta del médico! En cambio, casándose con la muchacha que le propongo se librará usted de todo eso, pues se encuentra usted ya ante un hecho consumado’ ” (presupuesto paradojal en que se basa esta réplica: “una desgracia consumada es preferible a una desgracia (muy poco) posible”);

126. P. ej., p. 1063: “El novio hace su primer visita a casa de la elegida, y mientras espera en la sala le llama el intermediario la atención sobre una vitrina llena de espléndidos objetos de plata. ‘Ya ve usted como es gente de dinero’, le dice. ‘Pero ¿no pudiera ser —pregunta el desconfiado joven— que todas estas cosas las hubiesen pedido prestadas para hacerme creer que son ricos?’ ‘¡Ca! —deniega el agente—, ¡Cualquiera les presta a éstos nada!’”.

127. La “presuposición ideológica” no constituye más que un caso particular de presuposición o, al menos, de implícito discursivo; y la “presuposición ideológica paradójica”, más que un caso particular y desviante de “presuposición ideológica”: un enunciado presupone generalmente, en efecto, que su basamento ideológico es más o menos objeto de un consenso entre los miembros de la comunidad lingüística o al menos entre los participantes del intercambio verbal, es decir, que se inscribe en una determinada “doxa”. En otros términos (los de Perelman), todo enunciado tiene sus raíces en un cierto número de “lugares”— siendo el aquí involucrado cf. *Traité de l’argumentation* [“Tratado de la argumentación”], 1976, p. 126) el “lugar de lo existente”.

- p. 1054: "Un individuo arruinado había conseguido que un amigo suyo, persona acomodada, le prestara 25 florines, compadecido por la pintura que de su situación le había hecho, recargándola con los más negros tonos. En el mismo día le encuentra su favorecedor sentado en un restaurante ante un apetitoso plato de salmón con mayonesa, y le reprocha, sorprendido, su prodigalidad: '¿Cómo? ¿Me pide usted un préstamo para aliviar su angustiada situación, y le veo ahora comiendo salmón con mayonesa? ¿Para eso necesitaba mi dinero?' 'No acierto a comprenderle —responde el inculcado—. Cuando no tengo dinero no puedo comer salmón con mayonesa; ahora que tengo dinero, resulta que no *debo* comer salmón con mayonesa. Entonces, ¿cuándo diablos voy a comer salmón con mayonesa?'"

En este ejemplo se ve cuál es el interés estratégico de la presuposición: es una astucia lingüística que pone doblemente al receptor en situación embarazosa: por una parte, su decodificación exige un determinado lapso, pues es necesario extraerla, exhumarla de las estructuras profundas del enunciado, y reconstituirla con la ayuda de un razonamiento más o menos trabajoso, lo que priva al oyente del placer de una respuesta inmediata, paraliza su réplica y no le deja otra salida que la de la aceptación. Por otra parte, Ducrot muestra iluminadoramente (pp. 95-96 del *Dire . . .*, donde se encuentran diseminadas expresiones tales como "maniobras estilísticas", "recurso", "habilidad", "picardía", "táctica", hilando la isotopía de la astucia discursiva) que las presuposiciones tienen por función pragmática la de encerrar al adversario en un marco argumentativo que no puede más que aceptar, o de lo contrario rechazar por medios polémicos tan vehementes (es la enunciación misma, y no ya solamente los contenidos enuncivos, la que se ve aquejada de nulidad) que a menudo se duda recurrir a ellos. Si el "sablista" explicitase su presuposición ideológica, el prestamista podría contestarle también explícitamente y se asistiría entonces a un debate ideológico franco. Pero manteniéndolo en las zonas confusas de lo implícito discursivo, el hablante mata tres pájaros de un tiro: impone a su oyente un esfuerzo suplementario de codificación, le quita toda posibilidad de contestación franca y serena y recoge, por añadidura "ganándose a los que rien", los frutos de la gratificación lúdica.

3. 3. LOS "SIGNOS" ILOCUTORIOS

Cae de su peso (pues no vemos cómo podría decodificarse un valor desprovisto de todo soporte identificable¹²⁸) que la intención ilocutoria de un enunciado se inscribe necesariamente en algún lugar de su estructura significante. Pero esta petición de principio debe acompañarse de las siguientes observaciones:

(a) Tratándose de valores pragmáticos, los hechos de sinonimia y de polise-

128. Los psiquiatras soviéticos no dudan, sin embargo, en admitir la existencia de una "esquizofrenia tórpida" que existiría en ausencia de todo síntoma observable . . . ¿Existirán, pues, igualmente, valores pragmáticos tórpidos?

mia son infinitamente más numerosos aún que cuando se trata de los contenidos semánticos propiamente dichos:

– *Sinonimia*:

Según Clark y Lucy (1973), en inglés se puede formular un mismo pedido mediante cualquiera de las oraciones siguientes:

"Please colour the circle blue" ("Por favor, pinte azul el círculo")

"Can you make the circle blue?" ("¿Puede hacer azul al círculo?")

"I would like to see the circle coloured blue" ("Me gustaría ver el círculo pintado de azul")

"Why not colour the circle blue?" ("¿Por qué no pintar de azul el círculo?")

"You should colour the circle blue" ("Debería pintar el círculo de azul")

"Shouldn't you colour the circle blue?" ("¿No debería pintar el círculo de azul?")

"Doesn't the circle really need to be painted blue?" ("¿No necesita realmente el círculo que se lo pinte de azul?")

"I'll be very happy if you make the circle be painted blue" ("Sería muy feliz si hiciera que al círculo lo pintaran de azul").

"I'll be very sad unless you make the circle blue", etc.

("Me dará mucha tristeza si no pinta el círculo de azul").

y H. Brekle observa igualmente que "en ciertas condiciones" oraciones tales como

"Cerrá la ventana"

"Hay corriente de aire"

"Hace frío",

pueden ser pragmáticamente equivalentes —agregando que "actualmente no se dispone de un marco teórico que permita [. . .] describir sistemáticamente" ese fenómeno de la "paráfrasis pragmática" (1974, p. 72).

– *Polisemia*:

"Supongamos que les diga 'Pedro partirá mañana' [. . .]. Según que quiera agradecerles o desagradarles, inquietarlos o ponerlos en guardia [. . .], se tratará de un acto de amistad o de hostilidad, de una amenaza o de una advertencia" (Ducrot, 1972 b, p. 9).

Para Todorov (1967, pp. 277-278), la mayor parte de las afirmaciones son en realidad preguntas desviadas y para Anna Wierzbicka (1973, pp. 148-149), toda aserción es de naturaleza implícitamente volitiva. . . : no es asombroso que a la extrema complejidad de los hechos empíricos corresponda una igual confusión de las proposiciones descriptivas y que hasta ahora no se haya propuesto ningún inventario exhaustivo de los diversos valores ilocutorios y de sus diversos soportes significantes.

(b) Los ejemplos precedentes muestran claramente que muy a menudo puede ocurrir que un mismo enunciado se encuentre doblemente, incluso n-veces, cargado ilocutoriamente —superponiéndose uno o varios valores derivados a su valor pragmático literal.

He aquí algunos ejemplos de ese fenómeno que el juego discursivo explota en abundancia:

– valor patente = constatativo/latente = yusivo:

“acá no se fuma” = “no fume”

“la lámpara de la cocina está rota” = “repárela”

“hacer calor en esta habitación” = “abra la ventana”;

– valor patente = constatativo/latente = interrogativo: cf. Todorov antes mencionado y C. Heddesheimer, que muestra que la mayor parte de las aserciones piden una manifestación de asentimiento o de confirmación;

– valor patente = constatativo o predictivo/latente = desiderativo: es así, por ejemplo, que el discurso de la utopía política, para hacerse más persuasivo, emprende a menudo el camino de la modalidad asertiva (“Eva Forest vivirá”: nada es sin embargo menos seguro); o también, que el discurso onírico formula a menudo, según Freud, en términos constatativos los contenidos latentes de naturaleza optativa: “Así, pues, la elaboración del sueño [. . .] somete el material ideológico, que le es dado en optativo, a un singularísimo proceso. En primer lugar, le hace pasar del optativo al indicativo presente, sustituyendo el ‘¡Ojalá fuera!’ por un ‘es’” (1973, p. 1121);

– valor patente = desiderativo/latente = yusivo

es bien sabido que ciertos deseos son en realidad órdenes;

– valor patente = interrogativo/latente = yusivo¹²⁹:

“¿tenés un cigarrillo?” = “si es así, dame uno”

“¿tiene hora?” = “dígame, si puede hacerlo, qué hora es” (es decir que esas oraciones, al mismo tiempo que preguntan sobre la posibilidad de ejecutar un determinado acto, formulan implícitamente la orden de ejecutarlo);

– valor patente = interrogativo/latente = asertivo:

problema de la interrogación oratoria (“¿quién puede creer que la negociación de Ginebra desemboque en una paz duradera?”) y de los sobreentendidos asertivos que muy a menudo se esconden detrás de una fórmula aparentemente interrogativa¹³⁰;

– valor patente = constatativo/latente = ilocutoriamente plural: por ejemplo, optativo-imperativo-interrogativo tratándose de la fórmula “te amo”, que Alain Finkelkraut analiza en estos términos:

‘Yo te amo’ es, ante todo, por su evidencia gramatical, una fórmula asertiva: proclama un éxtasis, afirma un paroxismo, nombra una felici-

129. Sin hablar del hecho de que toda pregunta implica una respuesta, por lo tanto una orden de darla.

130. No siempre es cómodo explicar la aparición de esa presuposición. La oración “¿No es que Pedro fue al África?” (frente a “¿Pedro se fue al África?”) sugiere, por su misma estructura, una respuesta afirmativa. Pero es más difícil explicar por qué la oración “¿Las preguntas del señor Jourdain son absurdas las dos?” (*El burgués gentilhomme*) pide una respuesta negativa: sin duda debe ser por la presencia de la aclaración “las dos”, que toma a su cargo la ley de la informatividad.

dad. Es también un optativo: digo 'yo te amo' para volver a ser el 'yo' que, desde que amo, ya no soy más; para recobrar el reino de interioridad y de sustancia del que fui despojado. [. . .]. En 'Te amo' hay también la vehemencia del imperativo: ¡amame!, ¡te ordeno amarme! ¡es necesario que pagues tu deuda! ¡mi amor, lo quieras o no, hacé de mí tu deudor: es un mal, una herida la que produjiste y la que no podrás expiar más que aceptando la reciprocidad [. . .]. Finalmente, es necesario entender 'te amo' como interrogativo: ¿me amás vos? puesto que lo que está subordinado a la respuesta es mi entrada al paraíso" (pp. 523-524)¹³¹.

En todos los casos que acabamos de citar, se constata la actualización simultánea de dos valores pragmáticos jerarquizados, que pueden llamarse sentido "literal" frente a sentido "secundario", "directo" frente a "indirecto", "primitivo" frente a "derivado", "aparente" frente a "intencionado" o "trasmitido" (Clark y Lucy, 1973).

Observaciones

(1) La palabra cotidiana recorre masivamente esos procedimientos de formulación indirecta de actos pragmáticos que pretende efectuar: puede así afirmarse, sin grandes riesgos de caer en el engaño, en ausencia de toda confirmación de orden estadístico, que la gran mayoría de los requerimientos se expresan de manera desviada¹³².

(2) Esa "desviación" de las estructuras asertivas en beneficio de la expresión de órdenes o pedidos se explica, según Lakoff, en virtud del cuidado por atenuar eufemísticamente la brutalidad de su formulación directa: "En numerosas culturas, incluyendo numerosas subculturas británicas y norteamericanas, la urbanidad y la cortesía exigen que las personas que tienen el poder de dar órdenes las 'endulcen' cada vez que sea posible. Cuando un profesor dice [. . .] 'Sería lindo abrir la ventana', da una orden 'suavizada' y no hace una simple declaración sobre algo que sería lindo. Pero eso no significa que la forma lógica '*It would be nice if S*' sea '*ORDER (I, you, S)*' ['Sería lindo si P' sea 'Orden (yo, usted, P)']. Esto significa, simplemente, que determinadas culturas tienen leyes de conversación tales que el acuerdo de un permiso en ciertas circunstancias debe interpretarse como una orden. Cuando un amo dice a su servidor '*you may go*' ['puede irse'], da una orden sin darla literalmente,

131. "Sur la formule 'Je f'aime'" ["Sobre la fórmula 'te amo'"], en *Critique*, N° 348, mayo de 1976.

132. Así, el otro día, observamos en vivo, en el transcurso de unos minutos, las siguientes "interacciones":

A: "¿Quién no terminó su té?" (B toma su tazón y cumple la orden).

A: "¿No está un poco oscuro?" (ninguna reacción de B). A se obstina y precisa:

"¿Podrían tal vez abrirse las cortinas?" (B cumple la orden).

A: "¿No está un poco fuerte la música?" (B cumple la orden).

y esta 'reserva' se siente como una marca de buena educación y de consideración para con el servidor" (1976, p. 105). De manera semejante, Barthes observa en una de sus "crónicas"¹³³:

"El imperativo.

El azar quiso que yo haya recibido uno tras otro a título de broma afectuosa (y bien intencionada) tres o cuatro conminaciones: 'No fume', 'No esté triste', 'No se olvide los anteojos', etc. Entonces pienso: ¿y si se suprimiera el imperativo: ¿Si los hombres se dieran el poder de radiar de la lengua todos sus morfemas represivos? [. . .].

— Si algún decreto del gobierno de Barre suprimiese el imperativo, primero: ¡qué clamor! Y después, sobre todo, ese modo se reemplazaría inmediatamente en el uso por otras mil formas de conminación. Por otra parte, es lo que ocurre por lo menos en dos de nuestros discursos: el de la Ley ('Está prohibido. . .'), 'Nadie podrá. . .') y el de la Urbanidad, que utiliza circunlocuciones ('Tenga la bondad de. . .'). En suma, somos formalistas. Es la forma imperativa lo que nos molesta.

— La forma es una señal. Hay en el imperativo una violencia que es aún más manifiesta cuando se nos la dirige 'por nuestro bien'. Por más que se piense, el imperativo es señal de un dominio, es un deseo de poder": en otros términos, las expresiones directa e indirecta, si bien pueden tener los mismos efectos perlocutorios, no son absolutamente equivalentes en cuanto a su fuerza ilocutoria.

(3) La relación formal que existe entre los valores literal y derivado puede variar considerablemente de una formulación a la otra: en "cuando se come no se habla", los valores pragmáticos literal (constatativo) y derivado (prohibitivo) se incorporan sobre un contenido proposicional que no varía (a excepción sin embargo del pronombre sujeto); en enunciados tales como "la lámpara de la cocina está rota", o "aquí hace calor", el valor yusivo derivado viene por el contrario a investir un contenido proposicional ("reparar la lámpara", "abrir la ventana") sensiblemente diferente del contenido literal.

(4) Igualmente varía de un enunciado a otro el estatus del sentido derivado, es decir su "claridad"¹³⁴ y su fuerza de actualización. Comparemos en efecto,

133. *Le Nouvel Observateur*, No 741, 22 de enero de 1979, p. 70.

134. Cuando André Mandouze comenta en esos términos (en *Le Monde* del 7 de nov. de 1978, p. 2) la conducta de Alice Saunier-Séité (secretaria de Estado en el área Universitaria durante el gobierno de Giscard): "manifiesta hacia todos sus (antiguos y futuros) colegas [. . .] un desprecio tal que imagina poder salir del paso con una carta que claramente significa 'Divido para reinar'", el adverbio utilizado, "claramente", no es más que una "manera de hablar": si es verdad que puede inferirse esa proposición de las palabras de A. Saunier-Séité, ella se encuentra muy discretamente disimulada entre líneas.

(i) L₁ - ¿Qué hora es?

L₂ - No lo sé

L₁ - ¿No tenés reloj?

L₂ - Sí, tengo tres, pero es necesario que por lo menos mire uno.

R. Zuber considera, con razón, que la actitud de L₂ en el curso de este intercambio dialogado es anormal y provocativa; es decir que en este caso particular se supone que el receptor no sólo decodifica el nivel - 2 ("decime la hora, si tenés la posibilidad de hacerlo") al mismo tiempo que el nivel 1 ("¿sabés en este momento qué hora es?"), sino también que responde a ellos, y ejecuta, pues, la orden. Del mismo modo, la oración "¿tenés un cigarrillo?" pide "normalmente" (es decir, cuando lo ilocutorio juega honestamente el juego del intercambio verbal) una doble respuesta:

- en sentido literal: sí/no (y/o la señal equivalente hecha con la cabeza);
- en sentido derivado (en el caso solamente en que la respuesta es afirmativa: de esos dos niveles, el segundo presupone unilateralmente al primero): "Toma" (y el gesto correlativo).

(ii) Roland Barthes observa en cambio:

"Preguntar es desear saber algo. Sin embargo, en muchos debates intelectuales, las preguntas que siguen a la exposición del conferenciante no son de ninguna manera la expresión de una falta, sino la aserción de una plenitud. Con el pretexto de preguntar, monto una agresión contra el orador; 'interrogar' toma entonces su sentido policial: 'interrogar' es interpelar. Sin embargo, aquel que es interpelado debe fingir responder literalmente a la pregunta, y no a la interpelación. Entonces se establece un juego: si bien cada uno sabe a qué atenerse en cuanto a las intenciones del otro, el juego consiste en responder al contenido y no a la intención. Si se me pregunta, con un determinado tono '¿Para qué sirve la lingüística?', queriéndome decir que no sirve para nada, debo fingir que respondo ingenuamente: 'Sirve para esto, para lo otro', y no, conforme a la verdad del diálogo: '¿Por qué me agrade?' Lo que yo recibo es la connotación; lo que debo devolver es la denotación" (1971, p. 10).

En realidad, en este ejemplo que señala Barthes, la posibilidad para el receptor de responder también al valor implícito de la pregunta sin arriesgarse al hacerlo a que parezca inconveniente, o simplemente incongruente, no está verdaderamente prescrito, pues las reglas de ese código dialógico 'funcionan' con la mayor flexibilidad¹³⁵. Esto no impide que en (ii) la respuesta a los contenidos

135. Es así que en el siguiente diálogo (escuchado durante una conferencia sobre gramática transformacional):

L₁ "—El elemento borrado por transformación debe ser recuperable.

L₂ Usted puede dar un ejemplo?

L₁ Por supuesto . . ."

L₁ se comporta en una situación análoga a la inversa de Barthes: el "por supuesto" responde a una negación implícita que se supone connota la intervención interrogativa (sobre todo por el uso del "usted").

latentes del enunciado esté bien lejos de presentar el carácter de obligación que se le ha reconocido en (i); y que el status del sentido derivado (que puede efectivamente llamarse “connotado”: los valores ilocutorios indirectos, que vienen a superponerse a los contenidos literales que presuponen unilateralmente —y cuyo rumbo cambian, con más o menos autoridad según el grado de codificación de la regla convencional implicada, en su propio beneficio— son en general asimilables a los contenidos connotados¹³⁶), varía, pues, con el tipo de enunciado que lo sostiene: o bien las reglas que provocan su emergencia están suficientemente institucionalizadas como para otorgarle una fuerza de afirmación igual a la del sentido literal; o bien su actualización, más fluida, más insegura, lo emparenta con un sobrentendido discursivo, cuya pertenencia o no a la estructura semántica del enunciado es imposible determinar con seguridad.

El eje de oposición que tratamos de poner de relieve acá es por supuesto gradual. Quizá sea sin embargo posible, con el objeto de afinar la distinción binaria que acaba de reconocerse en una primera aproximación, admitir en una segunda aproximación tres posiciones relativamente distintas, correspondientes a tres grados de afirmación del sentido ilocutorio segundo:

(i) El valor derivado está a veces tan fuertemente convencionalizado que decididamente *substituye* al sentido literal: podemos entonces hablar de “tropo ilocutorio” en la medida en que vemos invertir la jerarquía normal de los niveles de contenido, ya que el sentido pragmático derivado le birla al sentido literal su papel denotativo —El efecto cómico del célebre sketch de Pierre Da y Francis Blancé *Le fakir* [“El faquir”], prueba evidentemente que en determinados casos es “anormal” tomar al pie de la letra el valor ilocutorio aparente de una secuencia:

F. B. —¿Puede decirme el número de seguridad social del señor?

P. D. —¿Puedo decirlo!

F. B. —(sobree excitado): ¿Puede decirlo?

P. D. —(perentorio): ¿Puedo decirlo!

F. B. —(triumfante): ¿Puede decirlo! (Fin del sketch. Ricas del público.)

(ii) Sucede también que los dos valores, literal y derivado (que están, pues, en cierta manera, en lo que se refiere a la cronología de las operaciones de decodificación, siempre jerarquizados), *se suman* sin que ninguno predomine sobre el otro (es decir, sin que estén de ningún modo jerarquizados, esta vez desde el punto de vista de su importancia relativa). Es así que una oración como “¿No encontrás que Pedro está un poco raro últimamente?” permite tanto una respuesta positiva del tipo “tienes razón” (respuesta, pues, a la aserción que se esconde detrás de la pregunta) como del tipo “sí” (respuesta ortodoxa a la estructura interrogativa-negativa interpretada literalmente)*.

136. Salvo en el caso del “tropo ilocutorio”, considerado en las líneas que siguen.

* En francés *oui*, en el primer caso y *si* en el segundo (respuesta afirmativa a una interrogativa negativa).

(iii) Finalmente, el valor derivado puede agregarse al contenido literal, pero de manera tímida y aleatoria (A. M. Dillier, 1977, habla entonces de “*derivación alusiva*”), y de tal forma que el enunciador no puede ser pescado en flagrante delito de haberlo verdaderamente enunciado; así en el diálogo siguiente:

L₁ – (pasando delante de la vidriera de una pastelería) Mirá, me encantan esas tortas.

L₂ . – ¡De todos modos no vas a comer una torta ahora!

L₁ – Pero jamás quise decir eso, de todos modos te puedo mostrar las tortas que me gustan, pero evidentemente si eso no te interesa. . .

Se observa que incluso cuando manifiestamente no es más que “alusivo” o connotado, el valor derivado puede servir de base al encadenamiento discursivo. Así en este ejemplo de intercambio dialogado:

L₁ . – Acabo de hacer café.

L₂ . – ¡Qué bien me viene!

o también éste señalado por Ducrot (1979, p. 22):

L₁ . – Parece que esa película es interesante.

L₂ . – Ya fui a verla.

Como no podemos fiarnos del tipo de encadenamiento que pide una secuencia, resulta a menudo difícil determinar cómo se jerarquizan en ella sus niveles ilocutorios —no haciendo este problema descriptivo más que reflejar por otra parte lo que plantea su manejo a los usuarios: “decodificación aberrante”,¹³⁷ embrollos jurídicos,¹³⁸ controversias interpretativas¹³⁹ son las manifestaciones usuales y las consecuencias inevitables de la extrema flexibilidad y complejidad de esos mecanismos pragmáticos.

137. Durante una conferencia sobre pintura, que parafraseaba ampliamente la fórmula del *Programa común* . . . : “La cultura no es ni una mercadería ni un lujo” (p. 92), fórmula en la que la modalidad constatativa recubre, en realidad, en forma muy evidente; (una modalidad optativa, el orador, atrapado en la trampa de su tropo, ve que una valiente dama le objeta que la pintura es enteramente una mercadería e incluso un producto de lujo; bastaba con ver lo que costaban los cuadros, una fortuna . . .

138. Así, por ejemplo, un estudiante se vio condenado por incitación al robo por haber declarado durante un júbilo colectivo: “Hay bebidas en ese lugar”, declaración interpretada en seguida por sus compañeros como una invitación, efectivamente seguida, al pillaje. Y su abogado alegó: “porque diga que hay plata en los bancos no estoy incitando a robarla”: todo el problema reside efectivamente allí.

139. Todo el mundo está de acuerdo, por ejemplo, en reconocer en el discurso sobre el sexo que desde hace dos o tres siglos mantiene la burguesía y sus representantes (jueces, médicos, educadores), una doble función: normativa y represiva/inquisidora (el “deseo de saber”) e incitadora (tentación del fruto prohibido). Pero Aron y Kempf (en *Pénis et la démoralisation de l'Occident*, Grasset, 1978), se oponen a Foucault (para quien ese discurso constituye una especie de tropo ilocutorio generalizado) en lo que se refiere a la manera de jerarquizar ambas funciones pragmáticas.

(5) Complejidad tanto mayor por el elevado número de niveles ilocutorios que se encuentran implicados en el enunciado —pues ese número puede exceder el de dos; es así que una oración tal como “Hay una mosca en la sopa” enunciada en un bar dirigiéndose al mozo, implicará verosímelmente

un valor literal de constatación

un valor derivado de reproche más o menos escandalizado, que está estrechamente ligado al contenido literal

un valor derivado *yusivo* (que se incorpora sobre un contenido proposicional también derivado: “cambiar el vaso y su contenido”).

Toda una vertiente de la pragmática ilocutoria se encuentra así ocupada en el estudio de los valores “indirectos” o “derivados” (frente a “directos”, “primitivos” o “literales”), de su carácter más o menos “convencional” y de los procedimientos que permiten su decodificación (existencia de un marcador de derivación, de un saber previo o de una información situacional; intervención de tal o cual máxima conversacional . . .);¹⁴⁰ Más adelante trataremos rápidamente los problemas que plantea por lo general el “cálculo interpretativo” de un enunciado.

3. 4. ALGUNOS PROBLEMAS TEORICOS

Admitamos por el momento

—que el “sentido global” de todo enunciado se compone de valores a la vez semánticos y pragmáticos:

“mientras no se sepa si tal enunciado es, por ejemplo, un consejo o una amenaza, mientras no se sepa como hay que tomarlo, es evidente que no accedemos a su sentido global, que una parte de su significación se nos escapa, incluso si comprendemos perfectamente la significación de la *oración* enunciada” (Recanati, 1981, p. 133);

—que los valores tanto semánticos como pragmáticos susceptibles de investir un enunciado están a menudo pluralizados y repartidos en varios niveles (denotado/connotado, literal/derivado, explícito/implícito, inmanente/actualizado . . .) generalmente jerarquizados.

Surge entonces un cierto número de problemas que nos limitaremos a recordar, dada la confusión en que se mueve actualmente la reflexión pragmática.

(a) *Problema de las relaciones existentes entre los componentes semántico y pragmático* (este problema refleja, en el nivel “meta—” del modelo, el de la articulación, en la lengua objeto, de los valores semánticos y pragmáticos).

Podemos considerar *in abstracto* cuatro actitudes teóricas frente a este problema:

140. Cf., por ejemplo, Gordon y Lakoff, 1973; Clark y Luey, 1973; Anscombe, 1977.

(1) La oposición semántica/pragmática no es pertinente —ya sea que se niegue la existencia de uno de esos dos niveles de análisis, el segundo en este caso (tal era de cierta manera la actitud inconsciente de la semántica “pre-pragmática”), ya sea que se las declare totalmente indisolubles.

(2) Los valores pragmáticos deben introducirse en la descripción, pero a título de rasgos semánticos a los que se otorga un estatus específico, encontrándose así el componente pragmático “integrado” al componente semántico.

(3) La actitud inversa, más raramente representada, consistiría en integrar los valores semánticos en el componente pragmático. Es en cierta medida la de J. Petöfi, que a veces parece decir (cf. p. ej., 1974) que las descripciones semánticas (tanto intensionales como extensionales) deben finalmente fundirse en el componente pragmático de su modelo textual.

(4) Se puede finalmente considerar que los dos componentes deben mantenerse autónomos, porque ninguno de ellos sería deducible a partir del otro.

No es siempre posible especificar claramente la categoría de la que pertenece tal o cual discurso atestiguado y sería (un tanto) fácil poner en evidencia mediante un *collage* de citas apropiadas las tergiversaciones de un Searle (1973, p. 187: . . . “la distinción que es necesario establecer entre la significación de una oración y la fuerza ilocutoria característica de su enunciación . . .”, y p. 54: . . . “y es en esto que un estudio de la significación de las oraciones no se distingue en principio de un estudio de los actos de lenguaje”) y de un Ducrot (1977 a. p. 80: “es necesario pues que el valor ilocutorio de la expresión [. . .] no pueda derivarse de una ‘significación’ del enunciado”, y 1977 a, p. 181: “me niego a distinguir el nivel semántico y el nivel pragmático”). Estas reflejan menos las contradicciones internas de investigaciones notables, por el contrario, por el cuidado terco en conciliar las exigencias de la progresión heurística (y las necesarias reformulaciones que ella supone) con las de la coherencia descriptiva y argumentativa, que la tremenda complejidad del problema, de donde nos parece, sin embargo, que sobreviven los siguientes elementos:

— La mayor parte de los teóricos están de acuerdo en admitir que los valores pragmáticos, oponiéndose a los valores semánticos (en sentido estricto), constituyen un subconjunto de los valores semánticos (en sentido amplio)¹⁴¹ —es decir en adoptar lo que nosotros hemos llamado la posición (2). Pero divergen en cuanto a la manera de considerar dentro de ese vasto conjunto la relación existente entre los valores pragmáticos y semánticos (en sentido estricto, por cierto):

• Para los teóricos que Anscombe y Ducrot (1976, p. 6) llaman los “neopositivistas”, el componente pragmático, que interviene *después* del componente semántico, se contentaría con recuperar los resultados descriptivos y con

141. Ese adjetivo, que designa a la vez la clase englobante y una de las subclases englobadas, se domina de alguna forma a sí mismo (uno de sus sememas es el hiperónimo del otro); situación por lo demás corriente, pero que refleja la complejidad de los objetos denotados, al mismo tiempo que disminuye seriamente las posibilidades del análisis.

transformar en informaciones pragmáticas las informaciones semánticas así recogidas.

• Para Anscombe y Ducrot, por el contrario, “hay, en la mayor parte de los enunciados, ciertos rasgos que determinan su valor pragmático independiente de su contenido informativo” (p. 7), lo que demuestran a partir del ejemplo de las comparativas del tipo “Pedro no es tan alto como María”, cuyo valor argumentativo no es para nada deducible de su contenido estrictamente semántico. De manera más evidente aún, parece que el valor interrogativo o yusivo de una oración se apoya sobre los significantes sintácticos y/o prosódicos específicos, sin ser directamente tributario del contenido informacional de esa oración. Los dos componentes deben, pues, operar lógicamente en un mismo tiempo y lugar: desde la estructura profunda, los marcadores ilocutorios deben introducirse al lado de los marcadores semánticos. Se puede entonces hablar no de una pragmática “agregada” al componente semántico del que sería simple corolario, sino de una pragmática verdaderamente “integrada”.

(Volviendo sobre este problema en su artículo de 1979, Ducrot opone una vez más esas dos actitudes que consisten o en sobreagregar *a posteriori* lo esencial de las indicaciones pragmáticas a un sentido profundo concebido como tan “contemplativo” como sea posible, o en integrarlas a la descripción semántica del contenido proposicional. Tomando resueltamente partido a favor de la segunda actitud descriptiva, declara (p. 31):

“Si se trabaja en la perspectiva de una pragmática integrada, es por que se está decidido a tomar en serio los aspectos ‘no lógicos de las lenguas’ y el hecho de que la función primera de un enunciado no es transmitir informaciones, sino ofrecer a los interlocutores un conjunto de modos de acción estereotipados, permitiéndoles desempeñar e imponerse mutuamente los roles”:

es cierto, en efecto, que las diferencias que se observan en el tratamiento formal de los enunciados reflejan diferencias en cuanto a la concepción del lenguaje que ese tratamiento necesariamente presupone).

— La solución descriptiva más comunmente adoptada consiste en todo caso en considerar que en la estructura profunda el contenido global de todo enunciado se escinde en dos subconjuntos de valores que el modelo debe especificar separadamente, a saber:

• su “contenido proposicional”, o “informacional”, que será, por ejemplo común a

- (i) “Viene Pedro”, y a
- (ii) “¿Viene Pedro?”

y para esto importa precisar que (i) no debe considerarse como realizando el contenido proposicional de (ii): el “dictum” es una estructura abstracta común a (i) y (ii), pero que no se realiza tal cual ni en (i) ni en (ii), pues todos los enunciados, incluidas las aserciones, están “ilocutoriadas”;

- su valor ilocutorio, especificable bajo la forma de un marcador apropiado (de aserción en (i), de interrogación en (ii)).

Tales son, con algunas variantes no desdeñables en el instrumental terminológico y formalizador utilizado, las actitudes descriptivas de Bally, quien para toda oración distingue el "dictum" del "modus";¹⁴² de Searle, quien opone su "contenido proposicional" a su "fuerza ilocucionaria"; y de los semánticos generativistas (McCawley, Lakoff, etc.),¹⁴³ para quienes toda oración toma en la estructura profunda la forma de una completiva insertada en una "hiperoración" que tiene en su centro un verbo "realizativo", generalmente borrado en la superficie, que explicita el valor pragmático del enunciado realizado.

— Sin embargo, parece difícilmente discutible que, en ciertos casos al menos, los valores pragmáticos se articulan de una cierta manera sobre los contenidos semánticos. En todo caso, Searle lo enuncia claramente (p. 54): "El acto de lenguaje, o los actos de lenguaje realizados en la enunciación de una oración, son función de la significación de la oración en cuestión." Habría pues, entre los valores pragmáticos y semánticos, una relación de interdependencia en la dependencia. Pero cuando se intenta, tratándose de ciertos hechos particulares, precisar la naturaleza de esta relación, o bien se tropieza con la dificultad de articularlos, o bien con la dificultad de distinguirlos.

- El fenómeno de la ironía se caracteriza así por dos propiedades, de las cuales una puede considerarse como siendo de naturaleza pragmática (ironizar es burlarse de un "blanco") y la otra de naturaleza semántica (ironizar es decir lo contrario de lo que se quiere dar a entender): la ironía es una burla por antífrasis, o una antífrasis con función de burla.¹⁴⁴ Pero todas las burlas no aprovechan el procedimiento semántico de la antífrasis, y todas las antífrasis no funcionan pragmáticamente como burlas —sin que sea posible elucidar cuál es la relación precisa que mantienen los dos aspectos semántico y pragmático del fenómeno irónico.¹⁴⁵

- En el caso de los axiológicos, por el contrario, es la distinción de esos dos aspectos lo que se vuelve problemático. Si en ciertas circunstancias pueden funcionar como injurias, es, lo hemos visto, porque ciertos significantes sintácticos y/o prosódicos llegan a constituir con el significante léxico, para "pragmatizarlo", un significante ilocutorio complejo que toma globalmente a su cargo el

142. En Bally, cuya problemática es más "enunciativa" que "ilocutoria", el "modus" explicita la actitud proposicional del enunciador, más que el valor ilocutorio del enunciado.

143. Quienes se oponen sobre este punto a los sostenedores del "modelo estándar", los que por el tratamiento transformacional de las oraciones yusivas e interrogativas se emparentan más bien con los "neopositivistas".

144. Esos dos componentes pueden estar, según los usos del término y las concepciones del fenómeno, diversamente jerarquizados (cf. C. Kerbrat-Orecchioni, 1976 y 1980).

145. Existe un problema análogo cuando se intenta explicar cómo puede ser que exactamente los mismos procedimientos lingüísticos puedan usarse con fines lúdicos y poéticos.

significado injurioso. Pero, fuera de este caso límite, los axiológicos negativos tienen siempre por función/efecto descalificar el objeto sobre el cual predicán. ¿Es necesario concluir que el rasgo de desvalorización del que son portadores pertenece al componente pragmático? Pero ese rasgo evaluativo es en realidad indisociable de los otros elementos (descriptivos) del semema. ¿Deberá admitirse la posibilidad, para una *misma* unidad de contenido, de jugar a la vez en los dos cuadros semántico y pragmático?

• Sea, finalmente, el caso de las “presuposiciones”. Se sabe que entre 1969 y 1977, Ducrot modificó bastante su concepción acerca de ellos y que propuso sucesivamente dos (al menos) definiciones no equivalentes (es decir que no permiten construir exactamente el mismo objeto —pero éste no es nuestro problema, ni tampoco el de evaluarlos comparativamente¹⁴⁶).

Primera concepción (1969): lo presupuesto es aquello que en un enunciado queda intacto en las transformaciones negativa e interrogativa. En “Pedro ha dejado de fumar”, la información presupuesta (según este criterio): “Pedro fumaba antes” es, de igual modo que las informaciones expuestas, de naturaleza semántica; ahora bien, Ducrot demuestra al mismo tiempo (cf. 1972 a, cap. 3), que incluso así definida la presuposición constituye “un acto de habla particular [. . .], acto de valor jurídico, y por lo tanto ilocutorio, en el sentido que le hemos dado a ese término: al realizarlo, se transforman al mismo tiempo las posibilidades de habla del interlocutor”. ¿Es decir, una vez más, que un mismo elemento de contenido puede ser ubicado a la vez en los dos componentes, semántico y pragmático?¹⁴⁷

Segunda concepción (1977 a): en una perspectiva más claramente argumentativa, conviene oponer lo expuesto a lo presupuesto como “lo que autoriza” frente a “lo que no autoriza un encadenamiento”.¹⁴⁸ Y Ducrot explicita a partir de esto su concepción “pragmática” del lenguaje: hablar no es fundamentalmente informar, sino argumentar; no es decir cosas “nuevas”, sino cosas que “traen consecuencias”: un enunciado se justifica por su pertinencia argumentativa, es decir por sus virtualidades de encadenamiento; correlativamente, tener una concepción pragmática de la actividad lingüística, es considerar como prevalente su finalidad argumentativa. Cualquiera que sea la exactitud evidente de

146. Sobre este punto, cf. Ducrot, 1977: intenta mostrar allí en qué aspecto su segunda concepción es “más poderosa” que la primera.

Observemos que en ese mismo artículo Ducrot menciona también una tercera definición de la presuposición (como lo que el hablante supone conocido por su destinatario); y que de ningún modo se trata aquí de lo que a veces se denomina “presuposiciones pragmáticas” (es decir, las condiciones situacionales que implica el buen funcionamiento pragmático de un enunciado).

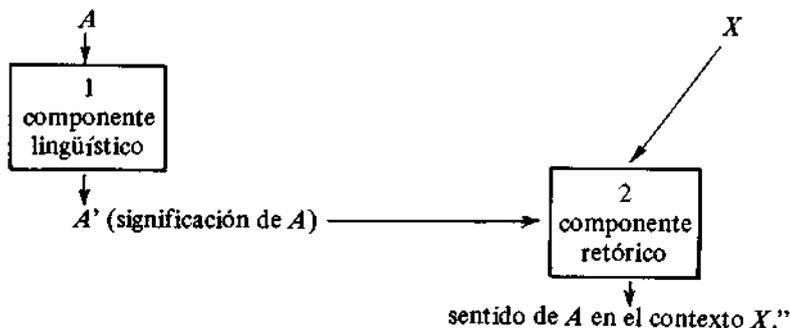
147. Por otra parte, Ducrot reconoce (p. 99) que “es imposible aislar ese acto, a diferencia de otros, del enunciado, pues se incorpora a su estructura interna . . .”.

148. Afirmación matizada más adelante (pp. 183-184): de hecho se constatan numerosos casos de encadenamiento sobre las presuposiciones, pero en discursos que pueden considerarse “anormales.”.

este análisis, nos plantea un problema teórico muy delicado: argumentar sería, pues, actuar; pero informar, ¿no es ya pretender modificar el stock del saber de que dispone el receptor? Esto replantea entonces nuestro problema inicial de la *especificidad* de los valores pragmáticos en relación con los valores propiamente semánticos. Se llamarán pragmáticos aquellos que permiten al enunciado “realizar un tipo particular de acto” admitámoslo. Pero ¿qué es un acto? ¿aquello que modifica la “situación jurídica” del receptor? Pero este criterio, demasiado restrictivo si se lo aplica con rigor, se hace infinitamente laxo si se acepta, así como lo hace, cada vez más ostensiblemente, Ducrot, utilizar la expresión metafóricamente: poco a poco la totalidad de los contenidos semánticos se vuelven pragmáticamente pertinentes,¹⁴⁹ y la oposición semántica/pragmática deja, en forma progresiva, de ser “decidible”;

(b) Cualesquiera que sean las dificultades, admitamos, pues, que el valor ilocutorio “primitivo” de un enunciado debe inscribirse en su estructura profunda. ¿Qué hacer ahora con sus eventuales valores “secundarios”? ¿Cómo describir las relaciones que existen entre los valores literal y derivado(s) de un enunciado?

— Si bien Ducrot se niega a admitir cualquier relación cronológica entre los componentes semántico y pragmático, propone en cambio que el modelo encargado de describir el sentido de un enunciado *A* haga intervenir sucesivamente los dos componentes “lingüístico” y “retórico”, que dan cuenta a la vez de ciertos aspectos semánticos y pragmáticos de *A*, pero que se oponen según el siguiente principio: “Un primer componente, es decir un primer conjunto de conocimientos (lo llamaremos *componente lingüístico*), asignará a cada enunciado, independientemente de todo contexto, una determinada descripción, que llamamos *significación*, y, por ejemplo, a *A*, la significación *A'*. Y un segundo componente (el *componente retórico*) tendría por tarea, estando dada la significación *A'* vinculada a *A* y las circunstancias *X* en que se pronuncia *A* prever el sentido efectivo de *A* en la situación *X*.”



149. Habíamos dicho que los axiológicos podían pertenecer al componente pragmático en la medida en que permiten descalificar un objeto. Pero, después de todo, ¿por qué el simple hecho de “describir” no constituiría ya un “acto”?

Esta proposición descriptiva de 1969 (pp. 31-32) y 1972 a (p. 111), Ducrot después la afinó un poco, incluso la rehizo:

- Primera revisión de ese “modelo standard” (en Anscombe y Ducrot, 1976): el término “retórico” cambia sensiblemente el sentido, puesto que viene a designar el estudio de los aspectos argumentativos del enunciado, los que pueden ser tributarios de las circunstancias (se trata entonces de una retórica “no integrada”, que Ducrot deja provisoriamente de lado) o vincularse con la estructura interna del enunciado (y pertenecer por ese hecho a la retórica “integrada”).

Por otra parte, el “componente lingüístico” de la primera versión se subdivide: es substituido por CL₁, CL₂ y CL₃, los que permiten convertir en “orientaciones argumentativas” algunos actos primitivos de presuposición: en esta nueva versión el componente lingüístico mismo acoge ciertos valores pragmáticos derivados.

- En 1977 a, Ducrot se interesa de nuevo por los efectos de la situación y por el componente retórico, cuyas tareas y ambiciones precisa: son cada vez más claramente las de un “modelo de actualización”.

- En 1979 parece volver sin duda a la concepción de una *retórica* que tenga por tarea dar cuenta de todos los aspectos del sentido del enunciado que son tributarios del Marco Enunciativo, mientras que la *pragmática* cubre lo que en el enunciado pertenece a lo ilocutorio —escindiéndose entonces el componente pragmático en dos subcomponentes, puesto que sus valores ilocutorios se localizan a la vez en la significación de la oración abstracta, y en el sentido del enunciado actualizado en situación¹⁵⁰.

Es muy difícil, pues, evaluar un modelo en un estado tan manifiesto de gestación. Contentémonos con mencionar algunos de los problemas que se encuentran implicados en esas diversas consideraciones:

— En ese mismo artículo de 1979, Ducrot muestra que la situación puede intervenir de diversas maneras para transformar la significación en sentido, que el papel del componente retórico es en consecuencia variable y que no parece siempre posible describir los mecanismos de intervención de la situación en términos de elección en el seno de un paradigma de valores inscritos ya en la significación de la oración.

150. Es decir que Ducrot (1979) y Sperber (1979) no conciben de la misma manera la oposición.

pragmática

Ducrot: valores ilocutorios

Sperber: valores “implícitos”, de los cuales las “máximas conversacionales” permiten dar cuenta

retórica

- valores ligados a la situación particular de enunciación y generados por las “leyes del discurso”.
- valores “evocados”, “sugeridos” (nosotros diríamos “connotados”) en los enunciados figurativos (tropos)

El problema es delicado y es con delicadeza que lo trata Ducrot. Pero formuladas más brutalmente, ciertas consideraciones similares parecen muy difíciles de admitir. Así por ejemplo cuando se declara que prescindiendo de todo anclaje significativo en el enunciado, algunos valores emanarían completamente de su enunciación¹⁵¹; o cuando se transpone en el dominio de los valores pragmáticos la oposición a menudo formulada en semántica entre

sentido	/	efecto de sentido
= valores predecibles en la lengua		= valores imprevisibles, anárquicos, que surgirían descontroladamente en el transcurso de la actualización discursiva y escaparían a todo intento de codificación.

Ahora bien, tenderíamos más bien a pensar que cualesquiera fueran las dificultades (puesto que una oración tal como "Hace calor" puede efectivamente servir para afirmar, recordar, dirigir un reproche o un cumplido, hacer un pedido o una súplica. . .) para explicitar las reglas de emergencia de esos diferentes valores ilocutorios, *la enunciación no puede crear nada* que no esté ya previsto en la lengua.

Sea así por ejemplo la oración "Este verano iré a la montaña", a propósito de la cual Ducrot afirma que "según las circunstancias en que se la utilice, su valor será el de una información o de una promesa", y que estando esta variación ligada a las "circunstancias de la enunciación", no se puede esperar explicarla lingüísticamente. Sin embargo agrega: "El primer caso se da si el enunciado responde a la pregunta '¿qué hará usted este verano?', y el segundo si está destinado a satisfacer a un interlocutor deseoso de verlo ir al campo" (1972 b, p. 26) interlocutor que hará bien en verbalizar su deseo para que el hablante pueda tener conocimiento de él. Por lo tanto Ducrot admite implícitamente que la polisemia ilocutoria de este enunciado obedece a determinadas reglas co(n)textuales, y que esos dos valores (así como la elección entre ellos) no son completamente imprevisibles: en el habla nada se crea *ex nihilo*. Nada autoriza, pues, a excluir este tipo de hechos semánticos de la descripción lingüística, excepto una concepción excesivamente extensiva de la enunciación (se le puede así reprochar a Ducrot incluir en ella el contexto verbal transaccional y los significantes de tipo prosódico que son, sin embargo, ciertamente propiedades del enunciado); una cierta sospecha con respecto a los datos situacionales, cuyo pleno derecho a ser admitidos en las descripciones lingüísticas no está todavía verdaderamente reconocido; y la dificultad que efectivamente existe para explicitar las reglas (pues los parámetros aquí implicados son numerosos y heterogéneos) que permitan dar cuenta de la emergen-

151. Por otra parte, Ducrot mismo declara (1977a, pp. 191 y 192): "el valor ilocutorio parece surgir aquí de la enunciación sin estar marcado en el enunciado"; "todo esto se vuelve inútil si se admite que la enunciación puede crear presuposiciones".

cia de esos valores. Pero no hay que tomar esta dificultad, o incluso imposibilidad, como una inexistencia de las reglas mismas: aspectos enteros de competencia lingüística escapan (¿todavía?) a la explicitación, los lingüistas lo saben demasiado bien.

En lugar de oponer lo ilocutorio a lo perlocutorio como lo que está codificado a lo que no lo está nosotros lo opondremos como *lo que es, en el estado actual de la investigación lingüística, codificable, a lo que todavía no lo es*. Pues creemos que *no existe frontera natural, postulable a priori, entre sentido y efecto de sentido, ilocutorio y perlocutorio, lengua y habla*: el habla no es más que¹⁵² el conjunto de hechos discursivos que parecen, en un estado dado de la investigación, reacios a la codificación, irreducibles a reglas generales, es decir, nada más que *un residuo provisoriamente no codificable*, cuyo dominio no cesa de estrecharse como una piel de zapa a medida que progresa la actividad modeladora. Pero cae de su peso que si los receptores llegan a decodificar esos hechos aparentemente anárquicos, es porque tienen la competencia para ello y si la tienen, es porque esos hechos obedecen a determinadas reglas que han interiorizado. Ahora bien, el objetivo de un modelo lingüístico es en principio imitar lo mejor posible la competencia intuitiva de los sujetos hablantes, es intentar dar cuenta de todos los aspectos de esa competencia —y en particular de su competencia pragmática.

— Por otra parte, podemos preguntarnos cómo conviene responder a esta pregunta: ¿qué es lo que debe generar, pues, el modelo, en un segundo tiempo? ¿los valores ilocutorios y/o los valores derivados y/o los valores ligados a la situación?

Pregunta correlativa: cómo se articulan las tres problemáticas siguientes que recientemente irrumpieron en el centro del escenario lingüístico:

(1) Problemática del sentido derivado, de la significación indirecta, de la polisemia textual,

(2) Problemática de la enunciación y de las relaciones existentes entre el enunciado y su marco enunciativo.

(3) Problemática de los actos de lenguaje.

El que esas diferentes problemáticas se asocien regularmente en el discurso lingüístico contemporáneo, se manifiesta en la polisemia, que ya señalamos, de términos tales como “pragmática” que remite a la vez a (2) y a (3) o “retórica” (que tradicionalmente se aplica más bien a (1), pero en Ducrot a (2) sobre todo. Existen, en efecto, relaciones entre ellas. Entre otros, enumeremos algunos puntos de unión:

• (1) y (3):

La retórica es ante todo la teoría de las “figuras” de todas las maneras “des-

152. Es también, con toda seguridad, la actualización particular (en un acto de habla particular) de algunas de las virtualidades del código; del mismo modo que se puede llamar “perlocutorio” el efecto realmente obtenido (en un acto de habla particular) por las pretensiones ilocutorias del enunciado. Pero de lo que se trata aquí no es de esas acepciones.

viadas" de hablar: pero es también, en la línea de Aristóteles¹⁵³, el estudio del arte de persuadir y de los medios de expresarse en forma eficaz: las figuras se justifican pragmáticamente. Y como la eficacia de un discurso depende de su adecuación a las circunstancias¹⁵⁴, es al mismo tiempo en (2) que se correlaciona la problemática (1).

Por otra parte, un cierto número de tropos se sitúan en la unión de la semántica y de la pragmática (así la ironía y la litote, que Ducrot menciona varias veces¹⁵⁵), a pesar de que otros pueden calificarse justamente como "tropos pragmáticos".

- (1) y (2):

Las informaciones situacionales desempeñan un papel decisivo en la génesis y desciframiento de los valores derivados, sean de naturaleza semántica o pragmática: volveremos sobre ello.

- (2) y (3)

"Finalmente, en el último nivel, pragmático, se toma en consideración el hecho de que el empleo de una oración es un fenómeno interindividual, un suceso en la historia de las relaciones entre varios individuos: el hablante la emplea porque la situación en que se encuentra frente a otras personas que lo rodean (destinatarios y oyentes) lo lleva, o al menos lo autoriza, a hacerlo; y si lo emplea es, por otra parte, porque busca, gracias a ella, producir un determinado efecto sobre aquellos a quienes y para quienes habla. Por lo tanto, las preguntas que hay que plantearse en pragmática podrían ser: ¿Tal enunciado es apropiado a tal situación? ¿estaría, por el contrario, fuera de lugar? ¿Qué actos de habla permite realizar (aserción, interrogación, orden. . . etc.)?" (Anscombe y Ducrot, 1976, p. 5):

el valor de acto de un enunciado funda y se funda sobre la relación interpersonal existente entre los actantes de la enunciación. En el marco de nuestra problemática se trataba de estudiar las relaciones existentes entre el enunciado y tal constituyente del marco enunciativo; en la problemática de los actos de lenguaje, se trata más bien de analizar las relaciones que se establecen, a través del enunciado entre los miembros del intercambio verbal; las dos perspectivas

153. Representado sobre todo actualmente por Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca; cf. el título de su obra aparecida en 1970; *Traité de l'argumentation. La nouvelle rhétorique* ["Tratado de la argumentación. La nueva retórica"].

154. El hombre elocuente debe sobre todo dar pruebas de la sagacidad que le permitirá adaptarse a las circunstancias y a las personas. Pienso, en efecto, que no hay que hablar siempre, ni delante de todos, ni contra todos, ni para todos ni a todos, de la misma manera. Será pues, elocuente aquel que sea capaz de adaptar su lenguaje a lo que en cada caso conviene" (Cicerón, *El orador*, citado por Todorov, 1977, p. 60).

155. Cf. 1972a, pp. 137 y 199-205; y Anscombe y Ducrot, 1976, pp. 11-12.

son, por cierto, complementarias y sin duda las hemos disociado demasiado radicalmente en nuestra presentación. Para subrayar un poco tardíamente la estrechez del lazo existente entre ambas¹⁵⁶, digamos todavía esto: del mismo modo que el decirle a alguien “¡Váyase!”, no es informarlo de la necesidad de partir, sino obligarlo por el efecto de mi palabra misma, así en el caso de los pronombres deícticos la función que tienen de denotar algunos objetos de la realidad es menor que su poder de “designar a los seres *en tanto* personajes del diálogo, en su papel de locutor y de destinatario, es decir, en esa actividad pragmática que constituye la enunciación” (Anscombe y Ducrot, p. 6): cualquiera sea la manera en la que se la aborde y se la trate, la pragmática marca las propiedades no solamente descriptivas, sino también *constituyentes* del acto de habla.

— Frente a la comprobación de que esas tres problemáticas no son independientes, sino que están estrechamente imbricadas una en otra, se puede estar tentado de asimilarlas. Y ese es efectivamente el sueño no formulado que subyace a un cierto número de análisis pragmático-retóricos: que coincidan en toda la línea los tres ejes opositivos:

- (1) contenidos literales *frente a* derivados
- (2) contenidos independientes *frente a* tributarios de la enunciación
- (3) contenidos informativos *frente a* ilocutorios.

Es así por ejemplo que Flahault y Recanati consideran, identificando en esa forma a los ejes (2) y (3), que los contenidos informacionales de una oración se le vinculan intrínsecamente, fuera de la actualización, mientras que sus valores ilocutorios, al no ser identificables independientemente de las informaciones concernientes a su marco enunciativo, pertenecen a la *phrase token*. . . [“ejemplar de oración”]¹⁵⁷

Por todos lados parece que esos ejes no son superponibles, lo cual sería demasiado simple:

- La decodificación de un tropo (por lo tanto de un valor derivado) se basa *a veces* en informaciones situacionales (es porque tengo el referente ante mis ojos que puedo percibir como metafóricas o irónicas las secuencias “esta hoz de oro” o “¡qué lindo tiempo!”), pero el caso general no es demasiado distinto: ciertos índices de naturaleza entonacional o contextual pueden muy bien desempeñar un papel equivalente y no se ve en nombre de qué habría

156. Cf. también el hecho de que explicitar por un realizativo el valor ilocutorio de un enunciado, es poner de manifiesto su dispositivo (es decir, especificar los actantes y el tiempo de la enunciación).

157. Cf. también Ducrot, 1979, p. 21, y la definición de Barthes y Berthet, 1979, p. 4: “. . . esa parte de la semiología (. . .) que se denomina pragmática, o estudio del lenguaje en el acto observado y no en la inmanencia de un mensaje verbal, sino en el juego de sus participantes” —definición que amalgama, en favor de la polisemia de la palabra “acto”, las pragmáticas enunciativa e ilocutoria, y que anexa además, alegremente, dos líneas más abajo, la problemática de lo implícito discursivo . . .

que vincular esos índices con la enunciación: están verdaderamente inscritos en la substancia significante del enunciado verbal.¹⁵⁸

Si no es, por lo tanto, siempre necesario disponer de informaciones situacionales para decodificar correctamente un tropo, inversamente es a veces necesario disponer de ellas para identificar el sentido literal de un enunciado: así, por ejemplo, tratándose de los deícticos, ciertos casos de anáfora y el establecimiento de la coherencia transoracional. Sea, por ejemplo, este intercambio dialógico:

“Brassaï, ¿para qué el paraguas si está tan lindo?”

— Es desde que no fumo más.”

La relevancia de la segunda réplica (en la que sin embargo no hay implicado ningún sentido derivado) no puede reconocerse sino a condición de saber que antes Brassai trabajaba de noche sin flash, midiendo el tiempo de descanso por la duración del cigarrillo que fumaba: desde que no fuma más, necesita trabajar con flash, de ahí ese paraguas que usan corrientemente los fotógrafos para difractar la luz. . .

Por lo tanto, las dos problemáticas del sentido derivado y del papel de las informaciones situacionales no coinciden.

- No coinciden tampoco las dos problemáticas del sentido derivado y de lo ilocutorio puesto que, lo hemos visto, tanto los contenidos informativos como los ilocutorios pueden pertenecer al nivel literal o al derivado.

- Los ejes (2) y (3), en fin, deben igualmente distinguirse porque determinados contenidos informativos son tributarios de la enunciación y determinados contenidos ilocutorios se vinculan intrínsecamente con la secuencia significante.

Se pueden tener contenidos informativos primarios o derivados, inmanentes o tributarios de la enunciación; contenidos informativos derivados independientes de la enunciación, y contenidos informativos literales dependientes de la enunciación. . . Lo mismo para los contenidos ilocutorios: pueden ser primarios e independientes de la situación, primarios y dependientes de la situación, secundarios e independientes de la situación, secundarios y dependientes de la situación: entre las seis categorías que sostienen esos tres ejes binarios son posibles todas las combinaciones y (con mayor o menor frecuencia, es verdad que: entre tal y cual existen evidentes afinidades) están atestiguadas. En particular, no se pueden establecer relaciones homológicas constantes entre el *status* de las informaciones semánticas y los mecanismos de su *génesis*. Es por eso que un modelo que pretenda dar cuenta adecuadamente de ellos no puede ser sino infinitamente más complejo que esos primeros esbozos que funcionan sólo en dos tiempos sucesivos.

158. Es por eso que no estamos de acuerdo con Anscombe cuando declara (1976, p. 19) que el valor irónico de una oración como “Pedro es inteligente” se basa sobre la situación de enunciación, estando, “en efecto”, la intención irónica “marcada por el contexto [¿verbal o extraverbal?], la entonación, etc.”.

3. 5. LA DETERMINACION DEL SENTIDO GLOBAL DE UN ENUNCIADO

Entran, en efecto, en juego en la determinación del “sentido global” de un enunciado:

(a) En lo que concierne a la *naturaleza de los significantes pertinentes*:

(1) La totalidad del material *verbal* y “*paraverbal*” constitutivo de la secuencia enunciativa: significantes léxicos, sintácticos, prosódicos y mímico-gestuales (en lo oral), tipográficos (en lo escrito), que si bien no son todos igualmente pertinentes respecto de los contenidos denotativos, todos se recuperan por los diversos mecanismos connotativos.

Para toda secuencia cuyo contenido se trata de determinar, cualquiera sea su naturaleza y dimensiones, habrá que tener en cuenta, además de los significantes que la constituyen propiamente, ciertos elementos del *contexto verbal*, restringido o amplio. Así, en la descripción de un tropo, conviene distinguir el “*focus*” (lugar enuncivo donde se actualiza ese fenómeno verbal que constituye el tropo) del “*frame*” (marco contextual que favorece o autoriza su emergencia).

(2) Ciertos elementos pertinentes de la *situación de enunciación* (contexto extraverbal).

La situación de comunicación es un conjunto muy complejo y heterogéneo, de contornos vagos y extensibles, que comprende:¹⁵⁹

- el entorno físico en el cual se desarrolla el intercambio verbal: circunstancias espacio-temporales del discurso, características “proxémicas” del espacio comunicacional, y ese fragmento de referencia que aparece como inmediatamente perceptible a los interlocutores;¹⁶⁰

- más ampliamente, el conjunto de condiciones materiales, económicas, socio-políticas que determinan la producción/recepción del mensaje verbal.

Es muy evidente que no se puede esperar jamás formalizar la totalidad de esos parámetros situacionales, que afectan sin embargo en diversos grados las propiedades lingüísticas del enunciado.

— En la codificación, la situación desempeña un papel determinante en la elección de los deícticos, de los apelativos, del nivel de lengua apropiado, etc.; permite igualmente elipsis tales como “Dame el lápiz negro” → “Dame el negro” → “Dámelo” (acompañado de un índice de ostensión): para el codificador, la situación funciona entonces como un factor de economía puesto que le

159. Pero que en todo caso excluye, a pesar de lo que parece decir Ducrot, los hechos entonacionales y el contexto transaccional.

160. En el caso de “situación no compartida” conviene, por supuesto, distinguir la del emisor de la del receptor (hemos visto que en el caso de los deícticos es en general, la situación de codificación la que ordena su uso).

ahorra la verbalización de ciertos elementos que vienen a integrarse ellos mismos a la isotopía discursiva.

— La situación permite simétricamente al decodificador suplir las informaciones faltantes y, más generalmente, le provee de informaciones a veces necesarias para la identificación de los contenidos semánticos o pragmáticos, literales o derivados:

- Contenidos literales

semánticos: problema de los deícticos, de la polisemia, etc.;

pragmáticos: problema de las “condiciones de felicidad” de los actos ilocutorios (de los que volveremos a hablar dentro de poco).

- Valores derivados

semánticos: las informaciones situacionales son a veces necesarias, lo hemos dicho antes respecto de la ironía y la metáfora, para la identificación y la interpretación de un tropo;

pragmáticos: sean los siguientes ejemplos:

“Les recordamos que no se trata de un entreacto, sino de una breve pausa”, enunciado por micrófono en un cierto teatro: sólo el conocimiento de la situación particular de ese teatro y de los comportamientos usuales de los que lo frecuentan, permiten derivar del valor literal (informativo) del enunciado, esta advertencia: “No vayan, pues a beber una copa al bar de la esquina, como suelen hacer cuando se trata de un verdadero entreacto.”

“Estoy apestado”, declaración hecha entre los bastidores por L₁ al percibir a un grupo de amigos a la entrada de ese mismo teatro: es acá la situación de saludo la que permite interpretar este enunciado no tanto como una información sobre el estado de salud de L₁ sino más como una excusa y una justificación: “Tampoco les daré un beso, como acostumbro, pues temo pasarles mi peste.”

“Los ayudantes de letras y ciencias humanas son a menudo “agregés”* (58%). Por el contrario, en ciencias exactas son en su mayor parte titulares de. . . NADA!”. En otro contexto (en boca de un funcionario como Alice Saunier-Seïte, por ejemplo), esta declaración podría interpretarse argumentativamente como: “Mirá que en las universidades se contrata a cualquiera, *que no sirve para nada*.” Pero en realidad ocurre en un libelo de la *Ecole Emancipée*, lo que *prohíbe* toda interpretación de ese tipo. El escándalo se desplaza entonces sensiblemente: ¡cómo se va a licenciar a gente que corre el riesgo de encontrarse *sin nada*! Pero en este ejemplo se ve que sería inexacto decir que el contexto normativo, cualquiera sea su relevancia, *crea* ese sobreentendido: no es más que la resultante de los efectos conjugados del contenido informativo, de la connotación escandalizada (la que tiene como soporte diversos significantes tipográficos), del contexto verbal y del contexto situacional.¹⁶¹

* Grado docente universitario sin equivalente exacto en español.

161. También se podría mostrar cómo el valor espiritual o cómico de un enunciado depende a menudo de su situación de enunciación. Por ej.:

Entre el texto, el cotexto y el contexto,¹⁶² las relaciones son estrechas y diversas: relación de va y viene entre el texto y el contexto (hemos visto a propósito de los axiológicos y del funcionamiento del "pero" que se podía, a partir de nuestro conocimiento del contenido inherente de tal unidad léxica inferir de ahí informaciones concernientes a la competencia ideológica del sujeto hablante, que luego son vueltas a utilizar en la interpretación de otras unidades léxicas y esto al infinito: el texto y el contexto se construyen simultáneamente, a partir de saberes previos sobre uno y otro), relación de complementariedad o de equivalencia funcional: sería, en efecto, fácil mostrar que los contextos verbal y situacional, permitiendo el primero al verbalizarlo reconstruir el segundo, desempeñan muy a menudo papeles análogos. Pero sobre todo no habría que asimilarlos por ello en el modelo descriptivo:¹⁶³ está lejos de ser indiferente, desde el punto de vista del funcionamiento de la comunicación, que las informaciones situacionales sean o no explicitadas verbalmente: todavía es necesario en el segundo caso que el receptor tenga acceso directo a los elementos relevantes de la situación.

(b) En lo que concierne a la *naturaleza de las competencias* que permiten asociar a esos significantes determinados valores semántico-pragmáticos, intervienen conjuntamente:

(1) Las *competencias lingüísticas y paralingüísticas* del emisor y del (de los) receptor(es).

(2) Sus *competencias culturales e ideológicas*, que incluyen el conjunto de conocimientos, creencias, sistemas de representación y de evaluación del universo referencial del que disponen los enunciadores en el momento del acto de habla (y en particular los conocimientos que poseen L y A sobre la situación de comunicación y sobre su interlocutor, es decir las imágenes que L se hizo de A

• Este anuncio publicitario que sólo se encuentra, y no sin razón, en los vagones de los ferrocarriles:

"Serie Negra

El libro que se lee en un tren diabólico."

• Esta réplica deliberadamente cómica de L₂ (la escena transcurre en Ardèche):

L₁ (volviendo del campo, con una gavilla de hinojos debajo del brazo). "¡Podría hacer 'pescado al hinojo'!

L₂. - ¿Por qué? ¿Encontraste peces?"

El valor cómico de este enunciado está totalmente ligado a la previsibilidad de la respuesta, la que depende enteramente de las propiedades del universo del discurso.

(Para un tratamiento en términos pragmáticos del problema de lo cómico, véase S. Schmidt, 1978, y L. Olbrechts-Tyteca, 1974.)

162. Recordemos que "cotexto" frente a "contexto" = "contexto verbal" frente a "contexto situacional".

163. Es por eso que la solución que consiste en explicitar, bajo la forma de proposiciones formalmente análogas a las que se considera que representan los contenidos enunciativos, las informaciones situacionales nos parece —a menos de marcar claramente la especificidad de su estatus— peligrosa y muy poco cuidadosa del funcionamiento real de la comunicación.

y la que imagina que A se hizo de él, la que A se hizo de L y la que imagina que L se hizo de él), de las cuales ya una parte está movilizada y en uso en las operaciones de decodificación.

Ese conjunto que, según el caso, se llama "informaciones previas", "conocimiento previo", "postulado silencioso", "informaciones entre bastidores", "proposiciones implícitas", "complejo de presupuestos", etc., puede ser más o menos común a los miembros de la comunicación: sus competencias culturales e ideológicas se intersectan en mayor o menor grado y, según el tipo de discurso se subrayará su disimilitud (como en esa "guerra verbal" que es el discurso polémico) o por el contrario su semejanza (en los intercambios cómplices, que sirven sobre todo para confirmar un consenso previo). Pero, de todas maneras, el intercambio verbal no puede efectuarse más que en la dialéctica de la identidad y de la diferencia: se constituye siempre, e incluso el discurso polémico no escapa a la regla, a partir de lo que Labov denomina un "conocimiento compartido" ("shared knowledge"), y Perelman una "base" (conjunto de hechos, verdades, presunciones, valores que el hablante supone que conoce su audiencia), al mismo tiempo que modifica de cierta manera los conocimientos y posiciones discursivas de los individuos presentes. Labov distingue, según sean conocidos por el emisor A y/o por el receptor B, los "acontecimientos-A", "acontecimientos-B", y "acontecimientos-A B", y considera que a medida que se desarrolla el discurso, se acrecienta correlativamente el número de acontecimientos A B: incluso si se considera como demasiado optimista esta profesión de fe unanimista que toma poco en cuenta la evidente inercia de las competencias cultural, y más aún ideológica, no se podría negar el carácter dinámico y transformador de la práctica discursiva.

El papel de esas competencias está lejos de reducirse al desciframiento de las "alusiones" culturales que pueden considerarse con razón como epifenómenos: intervienen en forma fundamental en todos los niveles en que se encuentran implicados los funcionamientos semánticos. Daremos sólo una idea general:

- A pesar de lo que pretenden Katz y Fodor y tal como terminó por reconocer Chomsky mismo —pues es una verdad de evidencia empírica para todos los lexicólogos y lexicógrafos que han luchado con los problemas concretos que plantea la descripción de los contenidos léxicos—, es absolutamente imposible separar las propiedades verdaderamente semánticas de un ítem y los valores "enciclopédicos" o ideológicos que le otorgan sus usuarios: no siendo los semas más que las imágenes abstractas de las propiedades que atribuyen a lo denotado los sujetos hablantes, lo que se cristaliza en el semema es finalmente el conjunto de sus conocimientos y creencias sobre ese denotado.

- Correlativamente, también es muy permeable y fluctuante el límite entre los hechos de naturaleza semántica y los hechos de naturaleza enciclopédica cuando se trata del problema de la gramaticalidad (o aceptabilidad) semántica de una secuencia, de la cual P. Henry dice que es una noción "sujeta" a la subjetividad individual, que depende de las creencias, las opiniones, las convicciones, los conocimientos, etc., que cada uno comparte o no comparte" (1977, p. 39).

• Sean los siguientes ejemplos de encadenamientos oracionales:

(i) "Fuimos al restaurant. El mozo nos trajo la lista . . ."

(ii) "El pintor Marcel Duchamp murió en París a la edad de 81 años. Este invierno tendrá lugar en ARC una importante muestra retrospectiva del autor de 'La mujer de cien cabezas'."

Como observa Van Dijk, sólo el conocimiento cultural del ritual particular que constituye ese acto "macro-estructural": "ir al restaurant", permite establecer en (i) una relación anafórica entre "el mozo" y la oración precedente (el mozo de ese restaurant, pues todos sabemos que en los restaurants los que sirven son los "mozos"). En cuanto a (ii), la oración se presta a dos interpretaciones: si se ignora que Duchamp no es el autor de "La mujer de cien cabezas", se tendería a establecer entre los dos sintagmas designativos una relación de co-referencia; si se lo sabe, el mecanismo anafórico se encuentra bloqueado y la coherencia transoracional toma otro aspecto: el texto aparece entonces como una sucesión de flashes concernientes al mundo de la pintura. Se ve, pues, que la competencia cultural está directamente implicada en la decodificación de las relaciones interoracionales.¹⁶⁴

Comparemos ahora (ii) con

(iii) "M. Giscard d'Estaing intervino en la televisión.

El presidente de la República declaró que . . ."

El caso es ligeramente diferente del anterior pues la naturaleza de los predicados verbales (el segundo especificando al primero) implica que ellos determinan el mismo objeto referencial. Pero aún pueden presentarse dos casos: o bien poseo la información previa de que Giscard d'Estaing es el presidente francés y de esta información se desprenderá para mí la coherencia transoracional; o bien lo ignoro y justamente ese encadenamiento me lo enseñará: las proposiciones implícitas pueden, pues, o bien convocarse desde el exterior para permitir la interpretación del texto, o bien extraerse del enunciado para enriquecer la com-

164. E incluso intraoracionales: en esta oración de G. Perec (*Le Pourrissement des sociétés* ["La corrupción de las sociedades"], 10/18, U.G.E., 1975, p. 56): ". . . una iglesia [. . .] que está dedicada a un capellán de Clotario II que fue obispo de Burgos desde 624 a 644 . . .", sólo una información histórica (Clotario es el nombre de un rey y no de un obispo) nos permite, en ausencia de toda puntuación, determinar el verdadero antecedente del relativo.

165. Esto es, sin embargo, lo que un día intenta el héroe de Peter Bichsel:

"Después reúne todo lo que sabía, y sabía las mismas cosas que nosotros.

Sabía que hay que lavarse los dientes.

Sabía que los toros se precipitan sobre los trapos rojos y que en España hay toreros.

Sabía que la luna da vueltas alrededor de la tierra y que la luna no tiene rostro, que ésos no son ojos y nariz, sino cráteres y montañas [. . .].

Sabía que su sombrero tenía pelos aglutinados y que los pelos provenían de camellos, y que hay algunos que tienen una joroba y otros que tienen dos; que a los que tienen una joroba se los llama dromedarios, que hay camellos en el sahara y en el Sahara, arena.

Eso lo sabía . . ." ("*Die Erde ist rund*", en *Kindergeschichten*, Luchterhand, 1969, pp. 5-6).

potencia cultural: según un mecanismo de va y viene, que ya mencionamos, entre las informaciones textuales y extratextuales, el discurso es una práctica que *aprovecha* los conocimientos previos al mismo tiempo que con *ellos constituye* sin cesar otros nuevos.

Por supuesto que está fuera de cuestión el hacer de una vez por todas y para todos los enunciadores una lista exhaustiva de esas informaciones culturales. Ese problema no puede tratarse más que progresivamente y de acuerdo con las necesidades inmediatas.

(3) Intervienen, finalmente un determinado número de “principios” que, sin ser verdaderamente imperativos en el mismo sentido que las reglas de buena formación sintáctico-semántica, corresponden a una especie de código deontológico que registra el intercambio verbal “honesto”. El conjunto de esos principios discursivos, cuyo estatus es tan poco claro como evidente su existencia, constituye una competencia particular, que parece corresponder a la vez a la lingüística, la ética, la sociología y la antropología.

Habría mucho que decir sobre cada una de esas reglas (“máximas conversacionales” de Grice, “postulados de la conversación” de Gordon y Lakoff, “leyes del discurso” de Ducrot), pues todas plantean delicados problemas. Nos contentaremos con enumerar las más evidentes de ellas:

– *La ley de la informatividad*

“En una situación de conversación en que no se charlatanea, es decir en situaciones en que lo que se diga debe aportar información, normalmente no se enuncia nada que sepa o haya adquirido ya la persona a la que se habla. Eso es en general lo que se entiende por tener la intención de aportar información” (Gordon y Lakoff, 1973, p. 41).

No se podría negar que tal “ley”¹⁶⁶ refleja ciertos aspectos de la competencia de los hablantes, puesto que permite explicar el efecto extraño o escandaloso que produce a veces su transgresión:

- verbalización de hechos que “caen de su peso”, lo que a menudo suscita una réplica socarrona o irritada del tipo “¿no me digas!”, “ya lo sé muy bien!”, “¿estoy al corriente!”¹⁶⁷;

- truisms, perogrulladas, tautologías (“Pasadas las fronteras, no hay más límites”; “Más vale ser rico y tener buena salud que pobre y enfermo”; “Sólo el agua de Evian tiene las virtudes del agua de Evian”);

166. Que cuando se aplica a actos que no son la aserción (interrogación, promesa) debe formularse de manera ligeramente diferente: cf. Attal, 1976, p. 3.

167. Cf. también este intercambio escuchado en una emisión de radio *France-Culture* “Por el momento son las diez en *France-Culture*,

– Ah, bueno ¿porque eso no va a durar?” (es igualmente concebible otra réplica irónica, del tipo:

– ¿Y en *France-Inter*?)

- consejos superfluos: "No comas al chico cuya madre amas"¹⁶⁸; correctivos superfluos (este ejemplo es de Louis Pradel, ex alcalde de Lyon): "No quiero decir que es el prefecto el que puso la bomba";

- respuestas ambiguas: "Puede que sí, puede que no"; "¿En qué pensás? —En alguien".

Pero esto debe manejarse con infinitas precauciones:

Ante todo, la informatividad de un enunciado varía según el sujeto de la enunciación, y el repertorio de cosas que tiene por evidentes: una oración tal como la siguiente (atestiguada) estaría totalmente fuera de lugar en boca de una persona que se declarase "de izquierda": "Si la izquierda tomase el poder, en cuanto a mí, no partiría al extranjero." Ciertas secuencias que se podrían estimar, en virtud de sus propios standards, de no informativas podrían así ser reveladoras de las competencias culturales e ideológicas del emisor del mensaje o de sus destinatarios usuales (p. ej.: "Respete la franja blanca", en las rutas italianas; "Se habla español", en ciertas tiendas de Barcelona "Venta de boletos a tarifa oficial", en el puerto de Tánger).

Luego, sucede muy frecuentemente que se verbalizan contenidos que es evidente que el destinatario conoce, sin que esto produzca el menor efecto extraño, lo que se explica de distintas formas según los casos:

- Cuando el destinatario está igualmente presente en la situación de comunicación, una oración tal como: "Qué hermoso día" no le aporta ninguna información original; y en "mirá esa margarita blanca", el epíteto compete a un funcionamiento "analítico" que la lógica formal condena como "anormal". Pero la primer oración sirve en realidad para expresarle a mi interlocutor el hecho de que yo sea personalmente sensible a ese estado de cosas, y "esa margarita blanca" significa muy "normalmente" "esa margarita cuya blancura me impresiona muy particularmente".

O, también, son las inferencias que se pueden sacar de un enunciado de por sí no informativo las que llegan a justificar su enunciación;¹⁶⁹ "lleve", o lo ves bien y yo sé que lo ves bien, pero si te lo digo es para que saques de ello las consecuencias que se imponen en esta circunstancia.¹⁷⁰

- Una aserción "que cae de su peso" puede también tener por función la de servir de base a un encadenamiento argumentativo explícito: "Cuando se le expone una argumentación a alguien, comúnmente se declaran las premisas que se saben conocidas de antemano. Por ejemplo: 'El Papa es católico, ¿no es cierto?

168. Moraleja que cierra el poema de Hugo: "Buen consejo a los amantes".

169. Cf. el truismo al que a veces se tiene derecho cuando se está probando un par de zapatos: "después de todo, es usted el que está adentro" (→ que es el único que está en condiciones de evaluar si le van bien o no).

170. Cf. Lyons, 1978, p. 35: "No es paradójico sugerir que un enunciado no informativo puede producirse para que el receptor deduzca de él algo que no se ha dicho y que, en el contexto, no tiene necesidad de ser dicho."

entonces, ¿por qué debería celebrar la Pascua judía?' ” (Gordon y Lakoff, 1973, p. 41).

Lo que prueba que la ley de la informatividad debe ponerse en relación con otra regla que a veces entra en conflicto con ella:

– *La regla de pertinencia* (argumentativa o situacional)

Una oración no informativa de por sí puede ser argumentativamente pertinente, como acabamos de ver; pero también la inversa es posible, tal como aparece en este diálogo en el que la última réplica de L₂ señala sarcásticamente la no pertinencia del enunciado de L₁, que sin embargo es informativo:

L₁. – ¿Sabés que hay una tenista que asiste al colegio?

L₂. – ¿Por qué? ¿Sabés jugar al tenis?

L₁. – No.

L₂. – Entonces eso es en verdad hablar para no decir nada.

(Es decir, para decir alguna cosa de la que no “se extraen consecuencias”.)

De manera semejante, una oración como “¡vete, hay niebla!” no tendrá el mismo efecto,¹⁷¹ incluso si en ambos casos se dirige a alguien que efectivamente no la ha visto, sobre el que se apresta a tomar un avión que sobre el que no está sometido a ningún imperativo de ese tipo.

● La pertinencia y la informatividad de un enunciado no son, pues, proporcionales¹⁷² y, si creemos a Ducrot (1977, p. 186) la “normalidad” de un contenido depende más de su pertinencia argumentativa que de su carácter “nuevo”.

En cuanto a la pertinencia situacional de una secuencia, o también lo que se puede llamar su “adaptación al tema discursivo” (son múltiples las facetas de este fenómeno que Grice trata de explicar con la ayuda de la “máxima de la relación”), es lo que, por ejemplo explica que cuando se encuentra inserto en un conjunto discursivo (y ése es siempre el caso: las oraciones aisladas no tienen ninguna existencia empírica) un enunciado como “no hay oficio malo”, al mismo tiempo que se lo interpreta como una afirmación de validez general, se lo vincula inmediatamente al contexto y se lo *aplica* (en el modo de la negación) al oficio particular del que necesariamente se trata, sin lo cual el enunciado pasaría por totalmente incongruente y conversacionalmente agramatical.¹⁷³

171. Eco diría que la “cuota de información” de la oración no es en ambos casos la misma.

172. Serían, pues, en cierta forma, según Wilson y Sperber, 1979 (quienes, pp. 88 sig., proponen una definición del concepto de “pertinencia” susceptible de rendir los mismos servicios por sí sólo), inversamente proporcionales.

173. Ejemplo de aplicación de la regla de pertinencia argumentativa y situacional a un enunciado totalmente no informativo: durante un curso en que presentó el tan célebre análisis, efectuado por Pottier, del campo semántico de los “asientos”, de repente me enganché los pies en los de mi silla; y para justificar mi tropiezo, enuncié: “Las sillas tienen pies”.

– *La ley de la exhaustividad*

Es en estos términos que Ducrot reformula la “máxima de la cantidad” de Grice (mientras, en efecto, la ley de la informatividad plantea el problema de la existencia o no de un determinado valor informativo en un enunciado dado, la ley de la exhaustividad suscita el del porcentaje de información que se considera que debe aportar): “Esta ley exige que el hablante dé, sobre el tema del que habla, la mayor cantidad de datos que posea y que sean susceptibles de interesar al destinatario” (1972 a. p. 134).

Esta ley tiene innegables aplicaciones empíricas: permite por ejemplo dar cuenta del hecho de que “algunos capítulos de ese libro son interesantes” da a entender habitualmente: “Algunos capítulos no lo son”,¹⁷⁴ y “María tiene lindos ojos”, a veces, “el resto no es extraordinario”; del hecho de que “un automovilista viendo en un punto A de la calle el cartel ‘Prohibido estacionar’, tienda a concluir que el estacionamiento está prohibido sólo a partir de A”;¹⁷⁵ y que “trece millones de franceses vieron una película en el transcurso del año pasado” siempre significa “solamente trece millones”, –pero a través de este ejemplo se ven también los límites de aplicación de esta ley: esos franceses ¿vieron sólo una película o al menos una película? En todo caso es de ella que provienen figuras como la lítote, el eufemismo y la sinécdoque del género (“El cuadrúpedo echa espuma por la boca”). Es ella también la que explica que a los ojos de un lingüista y de la “lógica conversaciona”, la modalidad de lo necesario no implica la de lo posible,¹⁷⁶ y que la condición suficiente (“si”) se interprete a menudo como siendo al mismo tiempo una condición necesaria (“si y sólo si”: “Si lavás mi auto te daré diez mil pesos → , pero si no lo hacés no tendrás nada): entre otras cosas es la existencia de reglas discursivas de este tipo lo que impide a la lógica formal dar adecuadamente cuenta del funcionamiento de la comunicación en lengua natural.

Pero esta ley rinde servicios descriptivos limitados por la imposibilidad que tiene de explicitar el porcentaje mínimo de información que hay derecho a exigir de un enunciado en una situación determinada, así como el grado de intensidad “normal” de una predicación cualitativa. Sin duda es efectivamente poco “cooperativo” declarar que “alguien intentó matar a Harry” si se ha sido testigo del asesinato de Harry;¹⁷⁷ sin duda es jugar más honestamente el juego del intercambio verbal el responder “exhaustivamente”: “Sí, Fulano” y no simplemente “Sí” a una pregunta como “¿Sabés quién vive al lado?” Pero es muy

174. Ducrot, *ibid.*, p. 134.

175. Por el contrario, es la ley de informatividad la que permite explicar que, queriendo doblar, renuncio a usar mi luz intermitente cuando constato que es la única posibilidad circulatoria.

176. Cf. Herman Parret, 1975, pp. 11 sig.

177. Para retomar el ejemplo dado por Gordon y Lakoff, p. 40.

difícil explicitar las reglas que subyacen a ese tipo de intuición. Y, una vez más, el porcentaje de información legítimamente exigible es totalmente relativo a las propiedades del universo del discurso, así como al proyecto argumentativo del enunciador (del que no se piensa que dice *todo* sobre el objeto del que habla más que en situaciones discursivas muy excepcionales).

— *La ley de la sinceridad*, que está emparentada con lo que Grice denomina la “máxima de la cualidad”, y que vale para las aserciones, pero también para las interrogaciones (L desea sinceramente conocer la respuesta), los requerimientos (L desea sinceramente que A lo satisfaga) o las promesas (L tiene sinceramente la intención de mantenerlas).

Puede parecer un tanto paradójico admitir la existencia de esa ley, cuando a menudo se ha reconocido en el lenguaje verbal, como una de sus propiedades más específicas, la “posibilidad de utilizar [ese] sistema semiótico para engañar a otro o transmitir informaciones falsas”, es decir, la posibilidad de lo que Lyons (1978, p. 73) llama la “prevaricación”.¹⁷⁸ A esta objeción responde Recanati citando a Moore, diciendo que “la mentira, aunque muy común, es muy excepcional”; que cuando se afirma p, se deja al mismo tiempo entender que se cree en la verdad de p; y que lo absurdo de “fui al cine el último martes, pero no lo creo” muestra claramente que “el discurso es un juego regido por reglas y, entre esas reglas, hay una según la cual el que hace una afirmación debe afirmar lo que él cree que es la verdad” (pp. 183-184).¹⁷⁹

La ley de la sinceridad no dice que se crea necesariamente en la verdad de lo que se afirma, o que se tenga siempre la intención de mantener las promesas. Enuncia simplemente que hablar es *pretenderse* sincero: todo enunciado presupone, fuera de contraindicaciones del tipo “es para reír”, “digo pavadas”, etc., que L se adhiere a los contenidos afirmados; y el receptor acuerda correlativamente a L fuera siempre de toda contraindicación, un crédito de sinceridad.

Como todas las leyes del discurso, la ley de sinceridad es por supuesto transgredible, y transgredida en el caso de la antífrasis irónica y de la mentira por comisión¹⁸⁰ (la mentira por omisión transgrede la ley de exhaustividad), con-

178. Cf. Guido Almansi, 1978, p. 418: “El hombre es ante todo un *animal mendax*.”

179. En numerosas circunstancias está suspendida la aplicación de esa regla: así en el transcurso del aprendizaje de una lengua extranjera donde se trata de manipular las estructuras sin cuidarse de que sean apropiadas. Ahora bien, a menudo se constata allí una *resistencia* manifiesta a la mentira: a los alumnos les cuesta enunciar lo que consideran contra-verdades, incluso las anodinas.

180. La adulación puede considerarse como un caso particular de mentira, que intenta valorizar en forma no sincera al alocutario. Cf. este diálogo de *La Folie des grandeurs* (*La manía de grandezas*) de Gérard Oury, entre el cortesano (Yves Montand) y su señor (Louis de Funès):

L₁. — ¡Adúlame!
L₂. — Usted reina sobre el estado más grande del mundo. . .
L₁. — ¡Pero eso no es adulación, eso es verdad!

sistiendo la diferencia en que en el segundo caso trata de pasar (en vano si es desenmascarado) por sincero, mientras que en el caso de la ironía señala su insinceridad más o menos discretamente gracias a diferentes índices prosódicos, mímico-gestuales, cotextuales o situacionales.

Las "leyes del discurso" precedentemente mencionadas son las más reconocidas hasta el presente. Pero la lista dista de estar cerrada. Quizá la ley de la sinceridad podría fusionarse en una "ley del intercambio verbal franco y leal", que explicaría por ejemplo la casi-agramaticalidad de "te ofendo", "te injurio", "te agredo", que casi no se encuentran en primera persona más que en la negación: hay actos de lenguaje por cierto inconfesables. Quizá se podría considerar igualmente:

– Una ley que impide a L "tirarse flores", salvo en el anonimato o en broma:¹⁸¹ ley que hace pasar por loco (Cheval, sobre su Palacio Ideal: "Esta maravilla, de la que el autor puede enorgullecerse . . ."), o simplemente ridículo (Jacques Brenner dejando escapar atolondradamente sobre el escenario de "Apóstrophes": "Mi libro tuvo éxito justamente a causa de esto . . ." —haciendo reír al público, denunciando a menudo la risa una infracción a las leyes del discurso) a quienes la transgreden.

– Ley de la "codificación/decodificación del sentido más verosímil", cuya existencia también puede descubrirse a través de sus transgresiones:

"El alcohol mata lentamente";

respuesta normal (que toma por "foco" el predicado verbal):

"eso no importa, no le tengo miedo a la muerte";

respuesta chistosa (que finge considerar que la oración se focaliza en "lentamente"):

"no importa, no estoy apurado".

– Ley que a falta de otra denominación mejor llamaremos la "ley de la expresión más directa y más económica": es ella la responsable del efecto extraño —o más que extraño— que producen estas oraciones de Lewis Carroll y de Musil:

"Soy loco por los niños, exceptuando los varoncitos."

"Dos semanas más tarde, Bonadea era desde hacía quince días su amante."

Observaciones

– Incluso si esas leyes se presentan en general como consignas de codificación, repercuten simétricamente sobre las estrategias de decodificación: es porque tiendo a creer que el emisor, en virtud de la ley de exhaustividad, me ha

L₂. . . —Usted es hermosísimo.

L₁. . . (mirándose en el espejo) —¿Estás seguro?

L₂. . . —Señor, ¡yo adulo!"

181. Cf. Vitorio Gassman repitiendo a porfía (en "*Les grands portraits*" ["Los grandes retratos"], T.F.I, lunes 5 de marzo de 1979): "Usted sabe que yo soy muy inteligente, tengo una cultura muy amplia . . ." —pero cada vez con una sonrisa cómplice: tomar la delantera riendo, es desarmar la risa del otro.

comunicado la información máxima, que interpreto, a veces mal, un "si" como un "si y sólo si";¹⁸² o que puedo deducir del silencio de mi interlocutor sobre mi nuevo peinado, haciendo jugar a la vez la ley de exhaustividad (normalmente habría debido hablarme) y de conveniencia (en general se evitan, salvo si se desea deliberadamente agredir, las declaraciones desatentas para con el interlocutor), una inferencia tal como "Por lo tanto le parece feo".

— Esas reglas son indispensables para explicar la génesis de los valores derivados, de determinados tropos, de sobreentendidos pragmáticos (Ducrot) y de los "conveyed meanings" ["significados transportados"] (Clark y Lucy): pueden:

- substituir una información cultural faltante; p. ej.: "He tratado de indicar el montaje teórico de ese juego en ese texto enorme, fragmentado, genial y murmurante que es *Moisés y el monoteísmo*" (M. de Certeau, 1976, p. 62): si previamente no se sabe que esa obra es de Freud, se puede en todo caso adivinar, gracias a la ley que pretende que un ser razonable no se eche tan ostensiblemente flores, que no es de Certeau: esa ley del discurso viene así a quitar la ambigüedad estructural de la oración, ligada al problema de la base de incidencia del sintagma introducido por "en";

- desempeñar un papel complementario respecto de la competencia cultural, pudiendo así figurar en la fachada de un restaurant una de las dos indicaciones siguientes: "cerrado los domingos"/"abierto los domingos": nuestro saber cultural (ningún restaurant abre sólo los domingos) nos impide hacer funcionar la ley de exhaustividad en el segundo enunciado, es entonces la ley de informatividad que lo toma a su cargo ("abierto incluso los domingos"), mientras que el primero se explica sin dificultad con la ayuda de la ley de exhaustividad ("cerrado sólo los domingos").

La competencia cultural y el conocimiento de esas leyes del discurso, si bien de naturaleza diferente, son, pues, a menudo funcionalmente (desde el punto de vista de los mecanismos interpretativos) asimilables.

Por otra parte se puede observar que las leyes del discurso ambicionan (lo que es particularmente claro en la forma en que Ducrot aborda el problema de la lítote), explicar a la vez:

- en qué se "desvía" tal o cual funcionamiento discursivo en relación con la norma: todo hecho "retórico" implica una transgresión del código "retórico" (transgresión de la ley de sinceridad en la ironía, de la ley de exhaustividad en la lítote, etc.), y

- cómo se engendra el valor derivado: se invocarán entonces otras leyes (la ley de conveniencia, por ejemplo) para reabsorber la anomalía planteada primeramente.

Esta ley de conveniencia, que habría que agregar a nuestra lista de leyes del discurso y que consiste en suavizar en determinadas circunstancias, por razones

182. La publicidad explota masivamente ese reflejo interpretativo: presentando sus mensajes bajo la forma "si compra el producto p, obtendrá el resultado r", espera que serán interpretados como "si quiere obtener el resultado r, es necesario que compre el producto p".

de urbanidad y cortesía al menos aparentes, la brutalidad de las intenciones, puede, pues, entrar en conflicto con las leyes de exhaustividad y de sinceridad; posibilidad de conflicto también entre los principios de economía y de exhaustividad: vemos así que el mecanismo de esas reglas es sumamente complejo.

- Es por eso que su explicitación es muy delicada y por ahora se contenta con formulaciones burdas, aproximativas y balbuceantes. Su existencia es sin embargo innegable, así como su especificidad en relación con las reglas propiamente lingüísticas. Más directamente sometidas a determinaciones de orden social, moral y psicológico (pues se puede ser natural o culturalmente más o menos cortés, más o menos sincero, más o menos lacónico), son también mucho más susceptibles de ser transgredidas y su transgresión no produce los mismos efectos¹⁸³: puede ser realizada con fines provocativos (infringirlos es a menudo desafiar la honestidad y el código de conveniencias) o polémicos (pues su codificación es tan vaga¹⁸⁴ que el que los transgrede difícilmente puede convencerse de su error o mala fe, lo que condena la réplica de su interlocutor a una impotencia irritante). Por las mismas razones se ponen fácilmente al servicio de la enunciación lúdica, permitiéndole jugar sobre los márgenes indecisos del código lingüístico. Responder "no estoy apurado" a "el alcohol mata lentamente", es quizá tratar con desenvoltura una ley retórica, pero es jugar escrupulosamente el juego del código lingüístico; interpretar así la oración es tal vez violentarla, pero es una violencia permitida: es *trampear legalmente*. Los chistes transgreden las reglas del juego dialógico, aprovechando fielmente, hasta sus últimas consecuencias, las posibilidades del código lingüístico; corresponden pues, muy precisamente a lo que Gilles Deleuze llama "el humor".¹⁸⁵

Pero la mejor manera de señalar lo que separa esos dos tipos de reglas es considerar las formas que toma su transgresión más radical, la que no es ni oca-

183. Compárense por ejemplo estos dos "errores de lengua":

"Yo y tú partiremos mañana" (inconveniencia retórica)

"tú y yo partirán mañana" (error sintáctico).

184. Como lo prueban los siguientes ejemplos:

• Debate en *France-Musique* (3 de oct. 1979) sobre una interpretación de la primera sinfonía de Brahms:

L₁. "El respeta la letra.

L₂. - ¡Cómo! ¿Quiere decir que no respeta el espíritu?

L₁. - ¡Pero no, eso puede querer decir: además del espíritu!

Por L₁, ¿es de buena fe?

• Por el contrario, seguro que lo es, a pesar de la ley de exhaustividad, ese personaje de una película de Christian-Jacque (*Monieur Lampion*) cuando con ardor declara a la que ama: "¡Cómo estás de linda hoy!". Pero se le replica maliciosamente: "¡Gracias por los otros días!".

185. Que, en efecto, consiste, no como la ironía, en invertir la ley, sino en cambiarla "por una profundización de sus consecuencias" (*Présentation de Sacher Masoch* ("Presentación de Sacher Masoch"), U.G.E., 10/18, 1969, p. 86) -siendo el exceso de celo y el razonamiento por el absurdo dos ejemplos característicos de la conducta humorística.

sional ni deliberada: al que no llega a dominar las reglas del código lingüístico se lo llama afásico; pero el que no domina las reglas del código retórico es un "inadaptado", incluso un loco —no siendo a veces la locura más que la incapacidad de interiorizar, o el rechazo a observar, esas reglas muy sutiles que gobiernan el funcionamiento de los rituales conversacionales.

Recapitemos: en la determinación del sentido de un enunciado entran en juego dos tipos de significantes de por sí muy complejos —verbales y extraverbales—, y tres tipos de competencias imbricadas, lingüística, "retórica" y cultural. El sentido global resulta de la aplicación de esas competencias a esos significantes. Se dimensiona así la tremenda complejidad de los mecanismos interpretativos, complejidad que entraña una doble consecuencia.

— En el nivel de los funcionamientos lingüísticos: la operación de decodificación es un proceso siempre *aleatorio*, variable de un sujeto a otro (tal sobreentendido ¿está verdaderamente inscripto en el enunciado? tal texto, ¿debe leerse metafóricamente, irónicamente, o tomarse "al pie de la letra"? A menudo es imposible responder a estas preguntas de manera unívoca, y se podrían multiplicar los ejemplos de los debates a veces vehementes que han podido ocasionar), y más o menos completa:¹⁸⁶ en el sentido de un enunciado, se puede, en efecto, incluir (o excluir) los rasgos enunciativos y los valores referenciales, los contenidos ilocutorios primarios y derivados, y hasta los sobreentendidos más improbables.

El papel del receptor no se reduce, pues, al de simple receptáculo de valores que se entregan fácilmente: decodificar un enunciado es abocarse a un cálculo interpretativo más o menos complejo y exitoso (pero, ¿cuáles son en esta materia los criterios de éxito?), y que consiste entre otras cosas en inferir los móviles que el hablante pueda tener para producir tal enunciado.¹⁸⁷

— En esas condiciones no es asombroso que todos los modelos propuestos hasta hoy, incluso si pretenden ser "globales" o "integrados", estén muy lejos de serlo para copiar aunque sea aproximadamente la capacidad interpretativa de los hablantes y para dar cuenta exhaustivamente de un sentido tan laboriosamente construido. Para lograrlo tendrían, en efecto, que:

- efectuar la codificación de todas las informaciones pertinentes, y en particular el "recuento total de los conocimientos que los hablantes tienen del mundo, y [. . .] de todas las situaciones posibles en las que podrían encontrarse" (Eco, 1972, p. 116), lo que es por supuesto imposible;

- elaborar reglas que tuviesen la forma "si . . . (si el receptor posee tal in-

186. Para una distinción de los diferentes tipos y niveles de significación, véase Strawson, 1970.

187. Para un ejemplo del funcionamiento de estos cálculos, véase Ducrot, 1978, p. 121.

formación sobre el referente, si se encuentra en tal o cual situación¹⁸⁸), entonces (interpretará el enunciado de la manera siguiente”;

- construir el mecanismo general incluyendo todos los parámetros pertinentes, y describiendo los procedimientos sucesivos que permitan generar el sentido global de un enunciado —la propuesta más detallada y más interesante en esta materia nos parece ser la de Sperber (1975), que llega, con un determinado número de conceptos de base (conocimiento compartido movilizado, pertinencia amplia y restringida, informatividad) y de reglas interpretativas que se aplican por etapas y de manera cíclica (el procedimiento es, pues, más complejo y sutil, por lo tanto más adecuado, que el que proponen los “modelos de dos tiempos”), a dar cuenta de la manera en que se efectúa ese cálculo interpretativo, en el que se engendran los sobreentendidos y las interpretaciones figuradas, y con el que se llega mediante una “representación conceptual” más o menos coherente y satisfactoria a la elucidación progresiva de la estructura significativa.

Conclusión

Ya no es más necesario demostrar la importancia de la dimensión pragmática. E incluso si se puede experimentar cierta resistencia frente a los resabios conductistas de determinadas profesiones de fe pragmática, y de su obstinación en no ver en la práctica lingüística más que un acto utilitario, interesado, acabado, lo que de rebote minimiza excesivamente la función informativa del lenguaje —hablar es sin duda actuar, pero es también decir (lo que se cree que es) lo verdadero; es tratar de poder más que el otro, pero también de tener razón—, y la total gratuidad de algunos de sus usos —pues si se puede hablar para no decir nada, se puede también *hablar para no hacer nada*—, no se podría negar que este enfoque del hecho lingüístico señala algo cuya importancia es fehaciente en el intercambio cotidiano: la frecuencia de las réplicas del tipo “¿y entonces?”, “¿adónde exactamente quieres llegar?”, “de acuerdo, pero ¿qué quieres concluir de eso?”, de los comentarios que explicitan *a posteriori* la intención ilocutoria de su enunciado (“es una orden”, “no es más que una sugerencia”, “eso era justamente para prevenirte”), o de precauciones oratorias como “esto no es un reproche”, “no digo eso para molestarte” (tomando lo ilocutorio a menudo el camino de la negación), muestra suficientemente que el universo del intercambio verbal se estructura como un campo conflictivo¹⁸⁹

188. Eco, 1972, pp. 116-117: “Se debe suponer que pertenecen al código, como competencia del hablante, ciertas reglas circunstanciales de este tipo: ‘Cuando el significantes S_1 se encuentra en la circunstancia Y , es necesario leerlo según el trayecto $\alpha_1, \beta_2, \gamma_3, \delta_4$, y no según los trayectos $\alpha_2, \beta_1, \gamma_4, \delta_3$.’ Así, “si alguien en su lecho de muerte pronuncia /‘Me voy’/ [. . .], el destinatario puede estar en posesión de ciertas reglas que le permitirán saber que *en esa circunstancia*, la expresión toma ese sentido”.

189. Para Barthes (1971, p. 17) toda habla es violencia; y se pone a soñar con un lenguaje pasible de un intercambio pacífico, de un habla “despolemizada”—, es decir, despragmatizada.

donde se despliegan dispositivos estratégicos en que lo que está en juego, está lejos de ser "puramente" informativo.

La pragmática, la más reciente de las disciplinas lingüísticas, experimenta una expansión en todas direcciones: se la pone al servicio de la descripción de los hechos de coherencia textual (véase sobre este punto el muy interesante artículo de D. Paris y C. Castelfranchi (1977) quienes consideran el discurso como una jerarquía de "goals" —de metas ilocutorias—, y basan su homogeneidad en la existencia de un valor pragmático global que subsume los valores primarios y derivados que se vinculan con las diversas oraciones que lo constituyen), se integra más o menos precipitadamente un componente pragmático al modelo de análisis textual que se predica¹⁹⁰ (H. Parret, 1976, llega incluso a declarar, p. 91: "Es casi seguro que la macrosemántica que es la 'gramática textual' será pragmática o no será nada"), y sin duda dentro de poco vendrá a investir los otros dominios semiológicos: se puede ver un signo precursor de ello en el hecho de que después de Christian Metz, la semiología del cine se interesa ahora menos por el análisis imanente de los contenidos fílmicos que por los dispositivos que el enunciado pone en movimiento para asegurar el "poner en posición" al espectador.

Esa brecha espectacular abierta por las consideraciones pragmáticas en el campo lingüístico tiene por efecto una apertura a las problemáticas conexas de la psicología y de la sociología¹⁹¹, apertura que se efectúa por el doble cauce

— de las leyes del discurso que se considera que rigen los comportamientos verbales, pero cuyos fundamentos son de naturaleza psico-sociológica;

— de las "condiciones de éxito" de los actos del lenguaje que todo análisis pragmático debe comenzar por explicitar. Ahora bien, la gramaticalidad ilocutoria de un enunciado (su "calidad de apropiado") depende a la vez de las propiedades objetivas del espacio comunicacional¹⁹² y de la naturaleza de la relación social existente entre los interlocutores: no basta estar en posición de "agradecer", "ordenar", "perdonar", "responder", e incluso de "asentir"¹⁹³;

190. Para modelos textuales (por lo demás, muy diferentes los unos de los otros) que le acuerdan un gran espacio a las consideraciones pragmáticas, véase por ejemplo los de Schmidt, Van Dijk, Petöfi, Halliday, etc.

191. Según Van Dijk (1973b, p. 90), la teoría pragmática "constituye por decirlo así, un puente hacia las teorías psicológicas y sociológicas de la *performance*".

192. Y en particular, de la presencia/ausencia de tal o cual objeto del que se habla:

"¿Un poco de vino? preguntó la liebre de Marzo en tono amable.

Alicia examinó lo que había sobre la mesa, pero no vio más que té:

— No veo vino, hizo notar.

— No lo hay, dijo la liebre de Marzo.

— Entonces no es muy gentil ofrecérmelo, dijo Alicia con indignación.

— Tampoco es muy gentil que te sientes a nuestra mesa sin haber sido invitada, dijo la liebre de Marzo" (*Alicia en el País de las Maravillas*).

193. En la película burlesca *Monty Python*, se ve de repente aparecer entre las nubes la figura divina, que revela a Arturo los proyectos que le conciernen; el rey comenta: "Es una idea" —y la oración produce, por su incongruencia ilocutoria, un irresistible efecto cómico.

además es necesario que el "ilocutor" disponga, en el momento de su eventual toma de la palabra, del "derecho de respuesta", que ocupe un lugar jerárquico que le permita la "condescendencia" del perdón o el imperio del orden, etc. La formulación de esas condiciones de "éxito/fracaso", "felicidad/desgracia", de esas reglas "preliminares" o "esenciales", que ocupa toda una vertiente de la reflexión pragmática¹⁹⁴, desemboca, pues, en una teoría de las relaciones sociales.

Dicho esto, esta apertura puede ser más o menos audaz o tímida: se pueden extender más o menos los límites de la lingüística, y aceptar en grados diversos la psico-sociologización de su discurso pragmático. El proyecto de Flahault (1978) es deliberadamente psicologizante: para él se trata de "operar una unión" entre el dominio lingüístico y el dominio "psi" (p. 11), y alcanzar el nivel ilocutorio "profundo" en donde se constituye en y por el diálogo una determinada "relación de lugares" entre ilocutor e ilocutario. El de M. Ebel y P. Fiala (1974) es explícitamente sociologizante: su objetivo es describir en términos "materialistas" las relaciones de fuerza socio-políticas que autorizan tal o cual conducta discursiva. Mientras que Ducrot concentra por el contrario su reflexión sobre los valores ilocutorios que "idealmente" se inscriben en un enunciado dado, es decir que su proyecto descriptivo reposa sobre la hipótesis, difícilmente discutible, de que ciertos enunciados *se presentan* intrínsecamente, por la existencia de determinadas reglas que rigen el "discurso ideal", como órdenes, promesas, aserciones argumentativamente orientadas, y que esas *pretensiones* ilocutorias del enunciado crean necesariamente para el destinatario derechos y deberes virtuales —deberes a los cuales por otra parte puede abstraerse, y derechos de los que realmente no se considera deba sacar partido.

Esta prudencia inmanentista, o simplemente, esta toma de posición descriptiva, le ha valido a Ducrot algunas críticas, que provienen en particular de M. Ebel y P. Fiala, que le reprochan así el uso de esas dos metáforas "no neutras" (¡por cierto!) del acto "jurídico" y del "juego" lingüístico (enmascarando para ellos esta última metáfora la gravedad de las posturas implicadas en la práctica discursiva); su concepción de las leyes del discurso, que vendría a hacer más cómoda la existencia de esos preceptos "imaginarios" forjados por la clase dominante para "sujetar a cada individuo en el papel que le está reservado" (pero, describir reglas existentes, por arbitrarias y criticables que sean, ¿es al mismo tiempo preconizarlas?¹⁹⁵); finalmente su "idealismo" general (esta crítica es sin embargo anterior a los textos de 1976, 1977 y 1978, en los que Ducrot introduce explícitamente, no quizá sin una cierta malicia provocativa,

194. Austin le consagra en *Cuando decir es hacer* sus cuatro primeras conferencias, y Searle (1972) las páginas 98 a 114.

195. Nos parece que es con razón que Anscombe y Ducrot (1976, p. 14) protestan contra la acusación de "normativismo" — en el sentido de que, describiendo las reglas de la argumentación ideal, tuviesen al mismo tiempo como proyecto, "enseñar no solamente cómo se debe hablar, sino cómo se debe concluir y responder".

el concepto de "discurso ideal"), puesto que "oculta" (pero el no interesarse de por sí en determinado aspecto de un problema, ¿significa ocultarlo?) la inserción institucional de los funcionamientos pragmáticos, y "evita preguntarse sobre lo que realmente funda el poder de tal o cual forma", es decir, sobre el hecho de que todos los sujetos hablantes no tienen iguales derechos tratándose de la manipulación de esas formas ilocutorias. Pero con toda seguridad, Ducrot no disientiría sobre esto. Y creemos que tiene todo el derecho de no franquear el umbral que lleva a la descripción de las relaciones socio-políticas que determinan el uso y la eficacia de esas formas lingüísticas.

Sea lo que fuere, este debate destapa dos ollas teóricas que permanecen escondidas en el corazón de la reflexión lingüística:

(a) *El problema de la "inmanencia"*

— Desde Saussure, la lingüística tiene explícitamente por meta describir la lengua "en sí misma y por ella misma", es decir, que se deben eliminar de su campo teórico todas las consideraciones que excedan la estricta observación de los significantes verbales: tal es el principio sobre el cual se basa lo que se puede llamar "el inmanentismo radical", y que todavía preconiza, por ejemplo, Jean-Claude Milner¹⁹⁶:

"Si se admite, como yo lo hago, que para las oraciones existe un conjunto coherente de propiedades independientes de sus condiciones de enunciación, es legítimo tomar como objeto ese conjunto. Nadie niega que de esa forma se descuidan propiedades importantes del lenguaje. Pero ¿quién demostró que sea posible otra cosa?"

Tal actitud no es por cierto indefendible: el pasado reciente de la lingüística ha demostrado suficientemente que era posible decir muchas cosas de los funcionamientos lingüísticos a partir de la observación de secuencias radicalmente separadas del marco enunciativo en que están arraigadas. Sin llegar al punto de considerar, con Roland Barthes, como un "inmenso señuelo" a ese artificio que es la lengua¹⁹⁷, nos parece, sin embargo, que un inmanentismo así concebido corre el riesgo, en el estado actual de la investigación lingüística, de ser más paralizante que productivo, y que todas las investigaciones que hemos mencionado antes intentan justamente mostrar, y en cierta medida lo logran, que "es posible otra cosa". Es evidente que se da cuenta de un mayor número de efectos semánticos, y que se da cuenta más adecuadamente (sobre todo si se trabaja sobre la unidad-texto: la apertura a la enunciación es correlativa a la apertura del texto, pues la posición inmanentista es tanto más difícilmente sostenible cuando la unidad considerada es mayor) si se incorporan al modelo

196. Citado por B. Cerquiglini en *La Quinzaine littéraire*, Nº 279, 15-31, mayo de 1978, p. 17.

197. 1978b, p. 31: "La lingüística me ha parecido, entonces, que trabaja sobre un inmenso señuelo, sobre un objeto que ella convierte abusivamente en propio y puro, secándose los dedos en la madeja del discurso, como Trimalción en los cabellos de sus esclavos."

descriptivo ciertos parámetros que la teoría lingüística, al relegarlos a lo extralingüístico, consideraba hasta entonces como no pertinentes —como los criterios de pertinencia son evidentemente relativos al grado de elaboración de los instrumentos analíticos, la definición del dominio no puede hacerse, *a priori*, independientemente de la construcción de procedimientos descriptivos. Y entre estas dos proposiciones:

(i) la lingüística debe darse los instrumentos que le permitan describir todo lo que pertenece a su dominio,

y

(ii) la lingüística debe considerar como perteneciente a su dominio todo aquello de lo que es capaz de dar cuenta,

la relación es dialéctica¹⁹⁸.

— “El inmanentismo abierto” consiste en admitir que es por el contrario legítimo, incluso necesario, acordar un lugar, en el seno de la teoría lingüística, a ciertas consideraciones juzgadas antes como “extravagantes”, concernientes a las condiciones de producción/recepción del mensaje, así como a la naturaleza y el status particulares del enunciador, del enunciatario y de la situación de enunciación; y que la lingüística puede hacerlo sin faltar al principio de inmanencia, con la doble condición

- de que los diferentes parámetros así integrados vengán a inscribirse en algún lugar de la trama enunciativa

- y que se describan no los actos de enunciación individuales, sino las reglas generales que subyacen a los funcionamientos enunciativos.

— Volviendo al problema particular de las relaciones existentes entre las instancias social y lingüística, éstas pueden abordarse desde dos puntos de vista:

- Se puede partir de la descripción de las propiedades intrínsecas del enunciado, y constatar secundariamente que reflejan al mismo tiempo que las constituyen¹⁹⁹ ciertas relaciones sociales y ciertas relaciones intersubjetivas.

- Se puede por el contrario partir de la descripción del cuadro institucional en el que se desarrollan, entre otras cosas, los intercambios verbales, y deducir secundariamente algunas de sus propiedades lingüísticas.

De esas dos “entradas” a un mismo problema²⁰⁰, sólo la primera nos parece que caracteriza la marcha lingüística, cuya meta es dar cuenta de los funcionamientos del lenguaje, y no de los funcionamientos sociales. En otros términos: hacer lingüística es *por definición* ser inmanentista; es rechazar ese enfoque *transitivo* del objeto verbal que, según Todorov, caracteriza los estudios

198. Barthes dice sobre eso (1964, p. 133) cosas muy atinadas.

199. El ejemplo de los pronombres personales “Tu(vos)/usted” —ilustra claramente esa doble función (reflejar/instituir una cierta intimidad/distancia) de las elecciones paradigmáticas.

200. Que a veces se denomina, contrastivamente, “sociolingüística” frente a “sociología del lenguaje”.

literarios tradicionales (“cualquiera sea la notoriedad de ciertas ideas, la expresión de un autor o el reflejo de una sociedad, siempre se va más allá de la literatura porque el objeto de la investigación no es su propio conocimiento sino el de las ideas, de los hombres o de las sociedades. El gesto constitutivo de la poética es rechazar la transitividad de la literatura y fundarla como objeto de conocimiento autónomo.”) —no es que esta marcha “transitiva” sea ilegítima: se tiene perfectamente el derecho de usar un mensaje como documento, y hacerlo servir a otros fines que al de su propia descripción; se tiene el derecho de ir más allá de ella para aprehender una realidad de otro orden (histórico, sociológico, psicológico); simplemente, desde el momento en que no se *focaliza* más sobre el enunciado en tanto tal, se cambia de campo y se deja de hacer lingüística (para hacer historia, sociología o psicología). Todo está, pues, elegido en la *perspectiva descriptiva*: obrar como lingüista es poner las consideraciones extralingüísticas al servicio de la descripción de los objetos verbales, y no a la inversa; practicar la lingüística de la enunciación es describir el funcionamiento de los enunciados a la luz de ciertos factores enunciativos, y no describir la situación y los actantes de la enunciación a la luz del enunciado.

“Se puede decir que la tesis clásica del cierre del universo semántico no es más el *a priori* de la cientificidad de la semántica”: esta declaración de H. Parret (1976, p. 101) no es más que parcialmente justa. Pues si no hay ciencia más que de lo general, tampoco la hay si no es de lo circunscripto²⁰¹; y el problema mayor al que se ven confrontados la pragmática y la lexología está precisamente ahí: para la lingüística se trata de extender sus poderes descriptivos conservando la exigencia del control riguroso de sus operaciones; es decir, de *construirse un nuevo objeto, más integrador por cierto, pero al mismo tiempo provisoriamente cerrado*.

(b) El problema del “modelo neutro”

Es necesario tener mala fe, o bien ignorar los usos lingüísticos, para pretender que el mundo y el discurso “ideales” de Ducrot sean los que él cree conformes a su “ideal”: el término remite muy evidentemente, sin implicar ninguna evaluación axiológica, al concepto chomskyano de “sujeto ideal”, es decir, a la noción de norma.

Personalmente estamos persuadidos de que ninguna descripción lingüística, a pesar de que las haya, es concebible sin la postulación de la existencia de una norma: sin normas no hay reglas, por lo tanto no hay competencia; y más específicamente, no hay tropos ni usos “desviantes”²⁰²: he ahí reducidas a la impotencia las descripciones lingüísticas así como también las retóricas.

Pero la noción de “sujeto ideal” va más lejos que esa simple postulación:

201. La lingüística textual lo sabe bien, puesto que para describirlo está obligada a postular la circunscripción (empíricamente discutible) de su objeto.

202. Es a propósito de los encadenamientos “anormales” (aunque frecuentemente comprobados) sobre los presupuestos que Ducrot, 1977, vuelve (p. 184) sobre esa noción de “discurso ideal”.

admite que el modelo lingüístico puede ser “neutro”, es decir indiferente a la naturaleza particular del codificador y del decodificador; que la competencia que ha de imitar es la de un “hablante-oyente ideal” en el que se encuentran confundidos los dos roles enunciativos²⁰³, y más aún, neutralizadas todas las propiedades específicas de los diferentes miembros de la “comunidad lingüística” —aunque así concebidos los términos de “competencia” y de “sujeto hablante”, que parecen rehabilitar al enunciador, llevan de hecho a su exclusión. Y sin duda es la misma preocupación por la “neutralidad” descriptiva que subyace en Ducrot a los conceptos de “discurso ideal” y de “pretensión ilocutoria” del enunciado, esa pretensión que neutralizando la oposición entre los conceptos de intención (de codificación) y de efecto (de decodificación), viene a inscribirse intrínsecamente en el enunciado independientemente de toda consideración enunciativa.

Frente a tal “idealización teórica”, que Lyons considera perfectamente legítima, siempre que, sin embargo “sea reconocida como tal” (1978, p. 71), nos parece necesario subrayar una vez más:

— que un *enunciado no tiene sentido en sí*: el sentido no existe más que en relación con un sujeto que dispone, para extraerlo del significante, de tal o cual conjunto de competencias;

— que si se quiere a todo precio mantener la hipótesis del “modelo neutro”, ello no puede hacerse sino a condición de admitir que esa expresión significa, elípticamente, “*modelo de la competencia de un sujeto artificialmente (pero, ¿según qué criterios?) neutralizado*”;

— que tal hipótesis es evidentemente reductora: si ciertos valores semánticos o pragmáticos parecen efectivamente corresponder al diasistema, otros por el contrario varían en gran parte con la competencia del sujeto que los interpreta, y la frecuencia de los malentendidos y las divergencias interpretativas es suficiente testimonio de ello;

— que no parece, por fin, que sea exageradamente optimista pretender dar cuenta de algunas de esas variaciones y por lo tanto de algunas de esas divergencias (y no podemos sino aprobar la introducción reciente, en algunas teorías generativistas —cf. Weinreich, Labov, Hymes— de los conceptos de “competencia heterogéna” o “comunicacional”), con la ayuda, por ejemplo, de reglas alternativas del tipo: “si S dispone en su competencia de la información i y de la regla r, entonces interpretará el enunciado de la siguiente manera [. . .]; si en cambio. . .”.

Describir una secuencia verbal es hacer *la anatomía de una relación*, es dar cuenta de la manera en que “los sentidos se aparean con los sonidos” (Chomsky); ahora bien, esto ocurre en virtud de reglas internalizadas por sujetos cuyas competencias (lingüísticas, pero sobre todo culturales e ideológicas) varían sensiblemente: quizá sea por fin el momento de reintroducir al sujeto hablante en la formulación de esas reglas de correspondencia.

203. El “*colage verbal*” que constituye la expresión de “hablante-oyente” explícita claramente el prejuicio teórico.

CONCLUSIÓN GENERAL

“Es, observa Maingueneau (1970, p. 201), como si se tratase de relacionar el sistema de la lengua, la actividad de los hablantes, la sociedad, sin poderlos realmente articular.” Si ello no es posible, por lo menos se puede intentar descubrir las huellas, en los objetos verbales de los funcionamientos sociales y de la actividad enunciativa.

Ese ha sido nuestro objetivo: describir algunos “puntos perceptibles” en la trama enunciativa del proceso de enunciación. Sin romper con la problemática tradicional, la “lexología” concebida así desplaza de la siguiente manera el lugar de la investigación lingüística:

– en la perspectiva clásica, describir una secuencia Σ es tomar en cuenta a R_1 tal que:

Ste R_1 Sdo;

– en la perspectiva enunciativa, se trata más bien de dar cuenta de R_2 tal que:

ME R_2 Σ

Hemos privilegiado uno de los constituyentes de ese Marco Enunciativo, que seguimos estimando lógica y jerárquicamente primero: el emisor, del que ya vimos que todas sus elecciones discursivas estaban en cierto modo marcadas subjetivamente; sobre este punto coincidimos con algunas de las reflexiones más recientes en materia de lógica formal, de las que se hizo eco Hourya Sinacoeur en un artículo titulado *Lógica et mathématique du flou* [“Lógica y matemática de lo impreciso”]¹.

Después de mostrar que, para dar cuenta de las operaciones lógicas efectuadas en una lengua natural, es necesario elaborar una “matemática de las estimaciones subjetivas” y una “lógica del razonamiento aproximativo” (las que manejarían conceptos como “conjunción imprecisa”, “regla de deducción de validez aproximativa”), Sinacoeur concluye en efecto: “Ya no se trata de hablar una lengua formularia que someta el pensamiento a la exactitud de las ecuacio-

1. Aparecido en *Critique*, N° 372, mayo de 1978, pp. 512-525.

nes; más bien nos preguntamos qué posibilidades tenemos, al hablar nuestra lengua usual, equívoca y llena de oscilaciones, de no engañarnos, es decir, de enunciar proposiciones y sacar de ellas conclusiones casi compatibles con los hechos verificables y susceptibles de crear un consenso *bastante* general, si no universal. No emigrar más a un lenguaje formal, sino explorar formalmente las posibilidades deductivas del lenguaje usual." Al mismo tiempo que la lingüística, preocupada por formalizar sus procedimientos, llama en su auxilio a la lógica formal, ésta recuerda que tiene ciertas obligaciones que cumplir para con las lenguas naturales. Y comprueba entonces, para su gran sorpresa, que lo que las caracteriza es "la presencia de un *sujeto enunciador*"².

Esa focalización sobre el emisor constituye, como dijimos, una elección metodológica provisoria y relativamente arbitraria. Por el contrario, para un lingüista que trabaja sobre objetos verbales,³ nos parece inevitable la de la problemática de las huellas. Sin duda traicionamos la "verdadera naturaleza" de la enunciación considerándola como huella, y no como acto; sin duda Barthes tiene razón cuando declara: "La enunciación no es el enunciado (con toda seguridad), y tampoco es (proposición más sutil y revolucionaria) la simple presencia de la subjetividad en el discurso; es el acto renovado, por medio del cual el hablante toma posesión de la lengua (se la apropia, dice justamente Benveniste)". Lo único que podríamos alegar en nuestra defensa, es que no es posible, siempre para un lingüista, actuar de otro modo.

"sólo a través de las huellas inscriptas en el enunciado puede intentarse representar el acto mismo. Y esta representación será siempre *decepcionante*, pues el estudio de esas huellas no podrá alcanzar más que a la reglamentación/codificación de la enunciación enunciada o de la producción producida". (C. Chabrol, 1973, p. 22).

lo esencial entonces es no duplicar esta decepción con un señuelo, es decir no tomar las huellas enunciativas por la enunciación misma, el sujeto textual (que se construye en y por el enunciado) por el sujeto que prudentemente llamamos "extra-textual", ni "la parte visible del iceberg por el iceberg entero" (Todorov, 1970, p. 34).

El sujeto que enuncia, es (lingüísticamente) el sujeto que se enuncia (lingüísticamente), pero desde el momento en que se enuncia como sujeto enunciante, deja de ser sujeto de la enunciación para convertirse en sujeto del enunciado: si digo

"yo estoy triste",

2. La fórmula es de J. B. Grize, 1973, p. 95.

3. Lo que quiere decir que en otros campos disciplinarios (por ejemplo el de la psicofisiología de la comunicación), puede ser que estemos en condiciones de abordar la descripción del *acto* enunciativo mismo.

4. *La Quinzaine littéraire*, 13 de abril de 1974, p. 3.

ese enunciado presupone un yo_2 , que toma a su cargo el yo_1 y significa:

“(yo₂ digo que) yo estoy triste”;

pero si quiero dar existencia lingüística a ese yo_2 , que se me escapa, por más que enuncie

“yo digo que yo estoy triste”,

esta oración significará igual

“(yo₃ digo que) yo₂ dice que yo₁ estoy triste”.

y así hasta el infinito: cualquiera sea el número n de los “yo” que verbalizara, el número de niveles enunciativos será siempre $n + 1$, y siempre existirá un “yo” extratextual, inasible, irreductible, para hacerme burla (como esa frase de Beckett en *L'Innommable* (“El innominable”): “por más x que hubiese tendría siempre necesidad de un x -y-esismo”): no existe ningún límite asignable a la “bathmología”⁵ enunciativa.

Apenas creemos haber asido al sujeto éste se esquivo dando un paso atrás. Lo mismo ocurre con la ideología, pues sería ingenuo creer que llega a recubrir el núcleo cristalino de un verdadero sentido, como una cizaña que bastaría arrancar para ver resplandecer la planta auténtica: la ideología está hecha de un material estratificado, en el que una capa siempre puede esconder otra. Intentar delimitar en un texto las instancias ideológica y enunciativa, es aventurarse en una búsqueda que sabemos no habrá de acabar nunca, es comprometerse en una empresa inevitablemente decepcionante, que puede compararse al develamiento de un velo, o también a la deshojadura infinita de un alcauil que en su centro no tuviese más que una ausencia de corazón.

Por otra parte, esa operación de descifraje no puede hacerse más que mediante enunciados metalingüísticos formulados en lengua natural, los que por ello están inevitablemente marcados enunciativa e ideológicamente, si apelamos a su vez a un meta-metadiscurso de tercer grado, que también se formula en lengua natural, éste exige pues, a su vez, un análisis de cuarto grado— y he ahí una vez más al lingüista prisionero del movimiento infernal de la bathmología.

Desde el punto de vista de su funcionamiento enunciativo e ideológico, los enunciados son muñecas rusas cuya exploración jamás se acaba, y que por ello ejercen sobre la lingüística contemporánea una especie de fascinación perversa: la fascinación del abismo.

5. Barthes (1975, p. 71): “Todo discurso queda atrapado en el juego de lo dual. Ese juego puede llamarse bathmología. No está de más un neologismo si nos lleva a la idea de una ciencia nueva: la de las gradaciones del lenguaje”. Esta declaración puede interpretarse de muchos modos: nosotros lo hacemos al nuestro.

BIBLIOGRAFIA (OBRAS CITADAS)

Almansi, Guido.

- 1978: "L'affaire mystérieuse de l'abominable 'tongue-in-cheek' ". *Poétique* 36, nov. 1978, pp. 413-426.

Anscombre (Jean-Claude)

- 1975 y 1976: "Il était une fois une princesse aussi belle que bonne", *Semantikos* vol 1, n° 1, 1975, pp. 1-28, y n° 2, 1976, pp. 1-26.
- 1977: "La problématique de l'illocutoire dérivé", *Langage et Société* 2, 1977, pp. 17-41.

Anscombre, Jean-Claude y Ducrot, Oswald.

- 1976: "L'argumentation dans la langue", *Langages* 42, junio 1976, pp. 5-27.

Arnauld, Antoine y Nicole, Pierre.

- 1970: *La Logique ou l'art de penser*, Flammarion, París, 1970 (1ª ed. 1662).

Attal, Pierre.

- 1976: "L'acte d'assertion", *Semantikos*, vol. 1, n° 3, 1976, pp. 1-12.

Austin, J. L.

- 1970: *Quand dire, c'est faire*, Seuil, París, 1970 (1ª ed. *How to do things with words*, Oxford, 1962; ed. en español *Palabras y acciones*, Paidós, Buenos Aires, 1971).

Baggioni, Daniel.

- 1977: "Contribution à l'histoire de l'influence de la 'Nouvelle Théorie du langage' en France", *Langages*, 46, junio de 1977, pp. 90-117.

Bakhtine, Mikhaïl.

- 1970: *Problèmes de la poétique de Dostoïevski*, L'Age d'homme ("Slavica"), París, 1970 (1ª ed. 1929).

Bally, Charles.

- 1969: "Les notions grammaticales d'absolu et de relatif", en *Essais sur le langage*, Minuit ("Le sens commun"), París, 1969 (1ª ed. Ginebra 1932), pp. 189-204.

Barthes, Roland.

- 1964: "Eléments de sémiologie", *Communications* 4, nov. 1964, pp. 91-135.
- 1970: *S/Z*, Seuil, París, 1970.
- 1971: "Ecrivains, Intellectuels, Professeurs", *Tel Quel* 47, otoño 1971, pp. 3-18.
- 1973: "Analyse textuelle d'un conte d'Edgar Poe" en Chabrol, Claude, ed., *Sémiotique narrative et textuelle*, Larousse, París, 1973, pp. 29-54.
- 1974: "Au séminaire", *L'Arc* 56, 1974, pp. 48-56.
- 1975: *Roland Barthes par Roland Barthes*, Seuil ("Ecrivains de toujours"), París, 1973.

- 1978a: "Préface" a Flahault, François, *La Parole intermédiaire*, Seuil, Paris, 1978, pp. 7-10.
- 1978b: *Leçon*, Seuil, Paris, 1978.
- Barthes, Roland y Berthet, Frédéric.
- 1979: "Présentation" de *Communications* 30 ("La conversation"), mayo 1979, pp. 3-5.
- Bendix, Edward Herman.
- 1966: *Componential Analysis of General Vocabulary*, Mouton & Co, La Haya, 1966.
- Benveniste, Emile.
- 1966a: "Le langage et l'expérience humaine" en *Problèmes de langage*, Gallimard, Paris, 1966, pp. 3-13.
- 1966b: *Problèmes de linguistique générale*, t. I, Gallimard, Paris, 1966. Ed. en español *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI, 1971.
- 1970: "L'appareil formel de l'énonciation", *Langages* 17, marzo 1970, pp. 12-18.
- 1973: "La forme et le sens dans La langue", en Rey-Debove (Josette), *Recherches sur les systèmes signifiants* Mouton, La Haya, Paris, 1973, pp. 89-101.
- 1974: *Problèmes de linguistique générale*, t. II, Gallimard, Paris, 1974.
- Berrendonner, Alain.
- 1977: "Le fantôme de la vérité. Questions sur l'assertion", *Linguistique et sémiologie* 4, Lyon, 1977, pp. 127-160.
- Bierwich, Manfred.
- 1967: "Some semantic universals of German adjectivals" *Foundations of Language* 3, 1967, pp. 1-36.
- 1970: "Semantica", en Lyons, John, ed., *New Horizons in Linguistics*, Penguin Books, Baltimore, Victoria, 1970, pp. 166-184.
- Blanchot, Maurice.
- 1949: *La Part du feu*, Gallimard, Paris, 1949.
- Blum, A, Foss, D., Mc Hugh, P y Raffel, S.
- 1973: "La rebuffade", *Communications* 20, mayo 1973, pp. 255-245.
- Boons, Jean-Paul.
- 1971: "L'importance du jugement d'importance dans les sciences sociales", en Kristeva, J, Rey-Debove, J y Umiker, D. J., *Essais de sémiotique*, Mouton, La Haya, Paris, 1971, pp. 204-215.
- Borel, Marie-Jeanne.
- 1975: "Schématisation discursive et énonciation", *Travaux du Centre de Recherches sémiologiques* de Neuchâtel, lad 1, n° 23, oct. 1975.
- Borrel, A y Nespoulous, J. L.
- 1975: "La linguistique à la croisée des chemins: de la neurolinguistique à la psycholinguistique. Une application: le circuit de la communication", *Grammatica* IV, Toulouse-Le Mirail, 1975, pp. 91-114.
- Bourdieu, Pierre, con Boltanski, Luc.
- 1975: "Le fétichisme de la langue et l'illusion du communisme linguistique", *Actes de la recherche en sciences sociales* 4, Julio 1975, pp. 2-32.
- Brekke, Herbert E.
- 1974: *Sémantique*, A. Colin, Paris, 1974 (1ª ed. *Semantik*, Wilhelm Fint Verlag, Munich, 1972).
- Bremond, Claude.

- 1970: “Le rôle d’influenceur”, *Communications* 16, 1970, pp. 60-69.
Bruxelles, Sylvie et al.
- 1976: “Mais occupe-toi d’Amélie”, *Actes de la Recherche en Sciences sociales* 6, dic. 1976, pp. 47-62.
- Bulla de Villaret, H.
- 1973: *Introduction a la Sémantique générale de Korzybski*, Le Courier du livre, Paris, 1973.
- Butor, Michel.
- 1964: *Répertoire II. Etudes et conférences 1959-1963*, Minuit, Paris, 1964.

- Celati, Gianni.
- 1973: “Beckett, l’interpolation et le gag”, *Poétique* 14, 1973, pp. 225-234.
- Certeau, Michel de.
- 1976: “Debat” con Régine Robin, *Dialectiques* 14, verano 1976, pp. 42-62.
- Chabrol, Claude.
- 1971: *Le Récit féminin*, Mouton, La Haya, Paris, 1971.
- 1973: “De quelques problèmes de grammaire narrative et textuelle”, en Chabrol, C; ed. *Sémiotique narrative et textuelle*, Paris, 1973, pp. 7-27.
- Charolles, Michel.
- 1976: “Exercices sur les verbes de communication”, *Pratiques* 9, marzo 1976, pp. 83-107.
- Chomsky, Noam.
- 1971: *Aspects de la théorie syntaxique*, Seuil, Paris, 1971 (1ª ed. Cambridge, M.I.T., 1965; ed. en español *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Madrid, Aguilar, 1970).
- Clark (Herbert H.) y Lucy, Peter.
- 1973: “Understanding what the speaker intended the listener to understand: A study in conversationally conveyed request”, trabajo mimeografiado, Stanford Univ., 1973.
- Cohen, Jean.
- 1972: “Poésie et motivation”, *Poétique* 11, 1972, pp. 432-445.
- Compagnon, Antoine.
- 1979: *Le Seconde Main ou le travail de la citation*, Seuil, Paris, 1979.
- Coseriu, Eugenio.
- 1966: “Les théories linguistiques et leurs possibilités d’application: Structures lexicales et enseignement du vocabulaire”, en *Actes du premier colloque international de linguistique appliqués*, Nancy, 1966, pp. 175-217.
- Courdesses, Lucile
- 1971: “Blum et Thorez en mai 1936: analyses d’énoncés”, *Langue française* 9, febrero 1971, pp. 22-33.
- Culioli, Antoine.
- 1968: “La formalisation en linguistique”, *Cahiers pour l’analyse* 9, 1968, pp. 106-117.
- 1973: “Sur quelques contradictions en linguistique”, *Communications* 20, mayo 1973, pp. 83-91.

- Danjoux-Flaux, N.
- 1975: “Les marqueurs de satisfaction et d’insatisfaction”, *Le Français moderne*, 43º año, oct. 1975, nº 4, pp. 289-307.
- Delacampagne, Christian.

- 1974: "L'écriture en folie", *Poétique* 18, 1974, pp. 160-175.
- Delesalle, Simone y Valensi, Lucette.
- 1972: "Le mot 'nègre' dans les dictionnaires d'Ancien Régime, histoire et lexicographie", *Langue française* 15, set. 1972, pp. 79-104.
- Dillier, Anne-Marie.
- 1977: "Le conditionnel, marqueur de dérivation illocutoire", *Semantikos*, vol. 2, n° 1, 1977, pp. 1-17.
- Dixon, R. M. W.
- 1971: "A method of semantic description" en Steinberg, D. D. y Jakobovits, L. A. eds.; *Semantics*, Cambridge Univ. Press, 1971, pp. 436-471.
- Domerc, Jean.
- 1969: "La glossématique et l'esthétique", *Langue française* 3, set. 1969, pp. 102-105.
- Doubrovsky, Serge.
- 1971: "Littérature: générativité de la phrase", en León, P et al., *Problèmes de l'analyse textuelle*, Didier, Montreal-Paris-Bruselas, 1971, pp. 155-164.
- Dubois, Jean.
- 1969: "Enoncé et énonciation", *Langages*, 13, marzo 1969, pp. 100-110.
- Dubois, Jean y Sumpf, J.
- 1968: "Linguistique et révolution", *Communications* 12, 1968, pp. 148-158.
- 1969: "Problèmes de l'analyse du discours", *Langages* 13, marzo 1969, pp. 3-7.
- Ducrot, Oswald.
- 1969: "Pré-supposés et sous-entendus", *Langue française* 4, dic. 1969, pp. 30-43 (versión castellana en Ducrot, 1984).
- 1972a: *Dire et ne pas dire. Principes de sémantique linguistique*, Hermann ("Savoir"), París, 1972.
- 1972b: "De Saussure a la philosophie du langage", en la introducción a Searle, John R., *Les actes de langage*, Hermann ("Savoir"), París, 1972, pp. 7-34.
- 1972c: varios artículos en Ducrot, D. y Todorov, T., *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, Seuil, París, 1972 (reed. "Points", 1979; ed. en español *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, México, Siglo XXI, 1974; 5ª ed. 1979).
- 1973a: "La description sémantique en linguistique", *Journal de psychologie normale et pathologique*, en. jun. 1973, n° 1-2, pp. 115-134 (versión castellana en Ducrot, 1984).
- 1973b: "Les pré-supposés, conditions d'emploi ou éléments de contenu?", en Rey-Debove, J., *Recherches sur les systèmes signifiants*, Mouton, La Haya, París, 1973, pp. 243-258.
- 1973c: *La Preuve et le dire*, Mame, "Repères", París, 1973.
- 1975: "Je trouve que", *Semantikos*, vol. 1, n° 7, 1975, pp. 63-88.
- 1976: ver Anscombe y Ducrot, 1976; y Bruxelles, S., 1976.
- 1977a: "Note sur la présupposition et le sens littéral", epílogo a Henry, Paul, *Le Mauvais Outil*, Klincksieck, 1977, pp. 171-203.
- 1977b: "Illocutoire et performatif", *Linguistique et sémiologie* 4, Lyon, 1977, pp. 17-54.

- 1978: "Structuralisme, énonciation et sémantique", *Poétique* 33, febr. 1978, pp. 107-128.
 - 1979: "Les lois de discours", *Langue français* 42, mayo 1979, pp. 21-33.
 - 1984: *El decir y lo dicho*, Hachette Universidad, Bs. As.
- Duncan, S.
- 1973: "Toward a grammar for dyadic conversation", *Semiotica* 9, 1, 1973, pp. 29-46.
- Ebel, Marianne y Fiala, Pierre.
- 1974: "Présupposition et théorie du discours", en *Recherches sur le discours et l'argumentation*, Centre de Recherches Sémiologiques de l'Université de Neuchâtel, separata especial del n° 32 de la *Revue européenne des Sciences sociales/ Cahiers Vilfredo Pareto*, Droz, Ginebra, 1974, pp. 115-136.
- Eco, Umberto.
- 1972: *La structure absente. Introduction à la recherche sémiotique*, Mercure de France, París, 1972 (1ª ed. Milán, 1968).
- Fauconnier, G.
- 1976: "Remarques sur la théorie des phénomènes scalaires", *Semantikos*, vol. 1, n° 3, pp. 13-36.
- Fillmore, Charles J.
- 1966: "Deictic categories in the semantics of 'come'", *Foundations of Language* 2, 1966, pp. 219-227.
 - 1970: "Verbes de jugement", *Langages* 17, marzo 1970, pp. 56-72.
 - 1971: "Types of lexical information" en Steinberg, D. D. y Jakobovits, L. A., eds., *Semantics*, Cambridge Univ. Press, 1971, pp. 370-392.
 - 1973: "Deixis I", "Deixis II", "Time", "Space", "Coming and going", "May we come in?", trabajos mimeografiados, Berkeley, 1973.
- Fisher, Sophie y Verón, Eliseo.
- 1973: "Baranne est une crème", *Communications* 20, 1973, pp. 160-181.
- Flahault, François.
- 1978: *La Parole intermédiaire*, Seuil, París, 1973.
 - 1979: "Le fonctionnement de la parole", *Communications* 30, 1979, pp. 73-79.
- Foucault, Michel.
- 1964: "Débat sur le roman", *Tel Quel* 17, primavera 1964, pp. 12-54.
 - 1969: "Qu'est-ce qu'un auteur?", *Bulletin de la Société française de philosophie*, 63º año, n° 3, jul. - set. 1969, pp. 77-100.
- Fuchs, Catherine y Le Goffic, Pierre.
- 1979: *Introducción a la problemática de las corrientes lingüísticas contemporáneas*, Hachette Universidad, Buenos Aires, 1979 (1ª ed.: *Initiation aux problèmes des linguistiques contemporaines*, Hachette Université, París, 1975).
- Freud, Sigmund.
- 1971: *Le Mot d'esprit et ses rapports avec l'inconscient*, Gallimard, "Idées", París, 1971 (1ª ed. Leipzig - Viena, 1905; ed. en español *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Madrid ["Obras completas", t. I., p. p. 1029 - 1167], 1973.)

Gardin, Bernard.

- 1976: "Discours patronal et discours syndical", *Langages* 41, marzo 1976, pp. 13 - 46.

Gazal, Suzette.

- 1975: *Compétence linguistique et problèmes d'énonciation* Dunod ("Documents de linguistique quantitative"), París, 1975.

Gazdar, G erald.

- 1976: "On performative sentences", *Semantikos*, vol. 1. n  3, 1976, pp. 37-62.

Gelas, Bruno.

- 1978: "Eléments pour une étude de la citation", *Linguistique et sémiologie* 6, Lyon, 1978.

Genette, Gérard.

- 1970: "Métonymie chez Proust our la naissance du Récit", *Poétique* 2, 1970, pp. 156-173.

- 1971: "Essai d'analyse narrative: Proust et le récit itératif", en Léon, P., et al., *Problèmes de l'analyse textuelle*, Didier, Montreal, París, Bruselas, 1971, pp. 177-188.

- 1972: *Figures III*, Seuil, París, 1972. (Hay ed. en espa ol de *Figuras* (I), Córdoba, Nagelkop, 1970).

- 1976: *Mimologiques, Voyage en Cratylie*, Seuil, París, 1976.

- 1979: *Introduction à l'architexte*, París, 1979.

Giroud, Françoise

- 1979: "L' écriture du journalisme", entrevista de M. A. Macciochi, *Tel Quel* 81, oto o 1979, pp. 26-36.

Gordon, David y Lakoff, George

- 1973: "Postulats de conversation", *Langages* 30, jun. 1973, pp. 32-55.

Greimas, A. J. et al.

- 1971: "Analyse sémiotique d'un discours juridique", *Documents de travail 7/C* del Centro Internacional de Semiótica y Ling stica de la Universidad de Urbino, 1971.

Grice, H. Paul

- 1979: "Logique et conversation", *Communications* 30, 1979, pp. 57-72 (1  ed. Nueva York, 1975).

Grize, Jean-Blaise

- 1973: "Logique et discours pratique", *Communications* 20, 1973, pp. 92-100.

- 1974: "Argumentation, schématisation et logique naturelle" en *Recherches sur le discours et l'argumentation*. Centro de Investigaciones Semiol gicas de la Universidad de Neuchâtel, separata especial del N  32 de la *Revue européenne des Sciences sociales/Cahiers Vilfredo Pareto*, Droz, Ginebra, 1974, pp. 183-200.

- 1978: "Schématisation, réprésentation et images", en *Stratégies discursives* P.U.L., Lyon, 1977, pp. 45-52.

Groussier, M. L.

- 1978: "Sur les verbes 'come' et 'go' en anglais contemporaine", *T. A. Informations*, 1978, N  1, pp. 22-41; N  2, pp. 33-56.

Guespin, Louis.

- 1971: "Problématique des travaux sur le discours politique", *Langages* 23, set. 1972, pp. 3-24.
- 1976: "Introduction" y "Les embrayeurs en discours", *Langages* 41, marzo 1976, pp. 3-12 y 47-78.

Gueunier, Nicole.

- 1974: "La production littéraire: métaphore, concept ou champ problématique?", *Littérature* 14, mayo 1974, pp. 3-18.

Hagege, Claude.

- 1976: *Le grammaire générative, Réflexions critiques*, P.U.F., Paris, 1976.

Hall, Edward T.

- 1971: *La Dimension cachée*, Seuil, París, 1971. (1ª ed., Nueva York, 1966; reed. "Points", 1978).

Hamon, Philippe.

- 1971: "Note sur les notions de norme et de lisibilité en stylistique", *Littérature* 14, mayo 1974, pp. 114-122.

Haroche, Claude y Pécheux, Michel.

- 1972: "Manuel pour l'utilisation de la méthode d'analyse automatique du discours (AAD)", *T.A. Informations*, 1972-1, pp. 13-55.

Harris, Zellig S.

- 1967: *I'm O.K. - You're O.K.*, Harper & Row, Nueva York, 1967.
- 1969: "Analyse du discours", *Langages* 13, marzo 1969, pp. 8-45 (1ª ed., *Language*, 1952).

Heddesheimer, C.

- 1974: "Notes sur l'expression verbale de l'assentiment et de la confirmation en anglais", *Mélanges pédagogiques* del C.R.A.P.E.L., Univ. de Nancy II, 1974, pp. 29-40.

Henry, Paul.

- 1977: *Le Mauvais Outil, Langue, sujet et discours*, Klincksieck, París, 1977.

Hildum, D. C. y Brown, R. W.

- 1956: "Verbal reinforcement and interviewer bias", *Journal of abnormal and social psychology*, 53, 1956, pp. 108-111.

Hjelmslev, Louis.

- 1971: "Pour une sémantique structurale", en *Essais linguistiques*, Minuit, París, 1971, pp. 105-121 (1ª ed., 1957. Ed. en español de *Ensayos lingüísticos*: Madrid, Gredos, 1972).

Irigaray, Luce.

- 1967: "Approche d'une grammaire d'énonciation de l'hystérique et de l'obsessionnel", *Langages* 5, marzo 1967, pp. 99-109.

Jakobson, Roman.

- 1963: *Essais de linguistique générale*, Minuit, París, 1963; reed. "Points", 1968.
- 1973: *Question de poétique*, Seuil, París, 1973.

Jenny, Laurent.

- 1976: "La stratégie de la forme", *Poétique* 27, 1976, pp. 257-281.

Jost, François.

- 1975: "Le Je à la recherche de son identité", *Poétique* 24, pp. 479-487.

Kayser, Wolfgang.

– 1970: “Qui raconte le roman?”, *Poétique* 4, 1970, pp. 498-510.

Kerbrat-Orecchioni, Catherine.

– 1976: “Problèmes de l’ironie”, *Linguistique et sémiologie* 2, 1976, pp. 10-46 (reed. P.U.L., 1978).

– 1977a: “Note sur les concepts d’‘illocutoire’ et de ‘performatif’”, *Linguistique et sémiologie* 4, 1977, pp. 55-98.

– 1977b: *Le Connotation*, P.U.L., Lyon, 1977. (ed. en español *La Connotación*, Hachette, Buenos Aires, 1983).

– 1978: “Déambulation en territoire aléthique”, en *Stratégies discursives*, P.U.L., Lyon, 1978, pp. 53-102.

– 1980a: “L’ironie comme trope”, *Poétique* 41, febr. 1980, pp. 108-127.

– 1980b: “La polémique et ses définitions”, *Linguistique et sémiologie* 7, abril 1980, pp. 3-40.

– 1980c: “Sémantique”, *Encyclopedia universalis*, Suplemento 1980.

Kiefer, Ferenc.

– 1974: *Essais de sémantique générale*, Mame, “Repères”, París, 1974.

Klum, Arne.

– 1961: *Verbe et adverbe*, Almqvist & Wiksell, Estocolmo, 1961.

Kress-Rosen, Nicole.

– 1973: “Réalité du souvenir et vérité du discours. Etude de l’énonciation dans un texte des *Confessions*”, *Littérature* 10, mayo 1973, pp. 20-30.

Kuentz, Pierre.

– 1969: “Tendances actuelles de la stylistique anglo-américaine”, *Langue française* 3, set. 1969, pp. 85-89.

– 1970: “Remarques liminaires”, *Langue française* 7, set. 1970, pp. 3-13.

– 1972: “Parole/discours”, *Langue française* 15, set. 1972, pp. 18-28.

Labov, William.

– 1972: “Rule for ritual insults”, en D. Sudnow (ed.), *Studies in social interaction*, The Free Press, Nueva York, 1972.

– 1978: *Le Parler ordinaire: la langue dans les ghettos noirs des Etats-Unis*, Minuit, París, 1978.

Lafont, Robert y Gardes-Madray, Françoise.

– 1976: *Introduction à l’analyse textuelle*, Larousse, París, 1976.

Lakoff, George.

– 1971: “If’s, and’s and but’s about conjunction”, en Fillmore (C.J.) y Langendoen (D.T.), *Studies in Linguistic Semantics*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1971, pp. 63-72.

– 1976: *Linguistique et logique naturelle* Klincksieck, París, 1976 (1ª ed. 1970).

Lambert, Louis.

– 1970: *Formulaire des officiers de police judiciaire*, éditions police-revue, París, 1970.

Lavorel, Pierre-Marie.

– 1973: *Pour un calcul du sens*, tesis del 3er ciclo, Univ. Lyon II, 1973 (reed. *Eléments pour un calcul du sens*, Dunod, Documents de Linguistique quantitative, N° 27, París, 1975).

Lecocq, Pierre y Maryniak, Louis.

- 1975: "Opérations mentales, structures linguistiques et analyse chronométrique: une approche expérimentale de la compréhension", *Langages* 40, dic. 1975, pp. 74-97.

Lecointre, Simone y Le Galliot, Jean.

- 1972: "L'appareil de l'énonciation dans *Jacques le Fataliste*", *Le Français moderne*, jul. 1972, pp. 221-232.
- 1973: "Le je(u) de l'énonciation", *Langages* 31, set. 1973, pp. 64-79.

Le Huenen, Roland y Perron, Paul.

- 1974: "Le signifiant du personnage dans *Eugénie Grandet*", *Littérature* 14, mayo 1974, pp. 36-48.

Le Ny, Jean-François.

- 1975: "Sémiotique et psychologie", *Langages* 40, dic. 1975, pp. 3-29.

Levi-Strauss, Claude.

- 1958: *Anthropologie structurale*, Plon, París, 1958 (ed. en español, *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1968).

Loffler-Laurian, Anne-Marie.

- 1975: "Essai d'analyse sémantique du vocabulaire des titres de presse", *Le Français moderne*, 43er año, jul. 1975, N° 3, pp. 256-269.

Lyons, John.

- 1970: *Linguistique générale*, Larousse, París, 1970 (1ª ed., Cambridge, 1968).
- 1978: *Éléments de sémantique*, Larousse, París, 1978.

Maillard, Michel.

- 1974: "Essai de typologie des substituts diaphoriques", *Langue Française* 21, febr. 1974, pp. 55-71.

Maigneueau, D.

- 1980: *Introducción a los métodos de análisis del discurso*, Hachette, Buenos Aires, 1980: (1ª edición: *Initiation aux méthodes de l'analyse du discours*, Hachette, París, 1976).

Malidier, Denise.

- 1971: "Lecture des discours de De Gaulle par six quotidiens parisiens: 13 mai 1958", *Langue française* 9, febr. 1971, pp. 34-46.

Malidier, Denise, Normand, Claudine y Robin, Régine.

- 1972: "Discours et idéologie: quelques bases pour une recherche", *Langue française* 15, set. 1972, pp. 116-142.

Marcellesi, Jean-Baptiste.

- 1969: "Socialisme: monosémie et polysémie", *Langue française* 4, dic. 1969, pp. 108-119.
- 1971: "Éléments pour une analyse contrastive du discours politique", *Langages* 23, set. 1971, pp. 25-56.

Mayenowa, Marie Renata.

- 1967: "Expressions guillemetées: Contribution à la sémantique du texte poétique", en *To honor Roman Jakobson*, vol. II, Mouton, La Haya-París, 1967, pp. 1315, 1327.

Mc Cawley, James D.

- 1973: "Le télescopage", *Communications* 20, 1973, pp. 3-18.

Meleuc, Serge.

– 1969: "Structure de la maxime", *Langages* 13, marzo 1969, pp. 69-99.

Metz, Christian.

– 1968 y 1973: *Essais sur la signification au cinéma*, t. I y II, Klincksieck, París.

Meunier, André.

– 1974: "Modalités et communication", *Langue française* 21, febr. 1974, pp. 8-25.

Miller, Gérard.

– 1975: *Les Pousse-au-jour du maréchal Pétain*, Seuil, París, 1975.

Milner, Jean-Claude.

– 1973: *Arguments linguistiques*, Mame, "Repères", París, 1973.

Milner, Judith.

– 1973: "Eléments pour une théorie de l'interrogation", *Communications* 20, 1973, pp. 19-39.

– 1977: "Négation métalinguistique et négation métalinguistique", *Semantikos*, vol. 2, N° 1, 1979, pp. 47-62.

Milner, Judith y Jean-Claude.

– 1975: "Interrogation, reprises, dialogue", en Kristeva (Julia) et al., *Langue, discours, société*, Seuil, París, 1975, pp. 122-148.

Oppel, Yanouchka.

– 1974: "'Je pouvais voir maintenant'. Quelques aspects d'une problématique de l'énonciation", en *Recherches sur le discours et l'argumentation*, Centro de Investigaciones Semiológicas de la Univ. de Neuchâtel, separata especial del N° 32 de la *Revue européenne de Sciences sociales/Cahiers Vilfredo Pareto*, Droz, Ginebra, 1974, pp. 27-40.

Osgood, Charles E.

– 1964: "The representational model and relevant research method", en Sola Pool, I. ed., *Trends in Content Analysis*, Univ. of Illinois Press, Urbana, 1964 1ª ed. 1959), pp. 33-88.

Oulipo

– 1973: *La littérature potentielle*; Gallimard, "Idées", 1973.

Paris, Domenico y Castelfranchi, Cristiano.

– 1977: "The discourse as a hierarchy of goals", *Signs of Change* 2, 1977, pp. 31-67.

Parret, Herman.

– 1975: "La pragmatique des modalités", *Documents de Travail* 49/a del Centro Internacional de Semiótica y Lingüística de la Universidad de Urbino, dic. 1975.

– 1976: "Sémantique structurale et sémantique générative", en Pottier, Bernard, *Sémantique et logique*, Jean-Pierre Delarge/Mame, "Univers sémiotiques", París, 1976, pp. 85-108.

Pêcheux, Michel.

– 1969: *Analyse automatique du discours*, Dunod, París, 1969.

Perelman, Charles y Olbrechts-Tyteca, Lucie.

– 1976: *Traité de l'argumentation. La nouvelle rhétorique*, Editions de l'Univ. de Bruxelles, Bruselas, 1976 (1ª ed. 1970).

- Perennec, Marcel.
 – 1974: “Modalisateurs et appréciatifs en allemand”, *Linguistica palatina* 11, 1974.
- Perret, Delphine.
 – 1968: “Termes d’adresse et injures”, *Cahiers de lexicologie* 12, 1968-1, pp. 3-14.
 – 1970: “Les appellatifs”, *Langages* 17, marzo 1970, pp. 112-118.
- Petöfi, Janos S.
 – 1974: “Semantics-Pragmatics-Text Theory”, *Documents de Travail 36/A* del Centro Intern. de Semiótica y Lingüística de la Univ. de Urbino, set. 1974.
- Pohl, Jacques.
 – 1968: *Symboles et langages*, t. I y II, Sodi, París, Bruselas, 1968.
- Pottier, Bernard.
 – 1967: *Présentation de la linguistique, Fondements d’une théorie*, Klincksieck, París, 1967.
 – 1974: *Linguistique générale. Théorie et description*, Klincksieck, París, 1974.
- Prieto, Luis J.
 – 1964: *Principes de noologie, fondements de la théorie fonctionnelle du signifié*, Mouton, Londres, La Haya, París, 1964.
 – 1975: *Pertinence et pratique. Essai de sémiologie*, Minuit, París, 1975. (Una versión simplificada de las teorías de Prieto en español: *Mensajes y señales*, Barcelona, Seix Barral, 1966).
- Provost-Chauveau, Geneviève.
 – 1971: “Problèmes théoriques et méthodologiques en analyse du discours”, *Langue française* 9, febr. 1971, pp. 6-21.
- Queneau, Raymond.
 – 1966: *Exercices de style*, Gallimard, París, 1966.
- Recanati, François.
 – 1979: “Insinuation et sous-entendu”, *Communications* 30, pp. 95-106.
 – 1981: *La transparencia y la enunciación*, Hachette, Buenos Aires, 1981 (1ª edición: *La Transparence et l’énontiation*, Seuil, París, 1979).
- Revsin, I. I.
 – 1969: “Les principes de la théorie des modèles en linguistique”, *Langages* 15, set. 1969, pp. 21-31.
- Rey, Alain.
 – 1970: *La Lexicologie, Lectures*, Klincksieck, París, 1970.
 – 1977: *Le Lexique: images et modèles. Du dictionnaire à la lexicologie*, A. Colin, París, 1977.
- Ricardou, Jean.
 – 1968: “L’or du scarabée”, *Tel Quel*, No 34, verano 1968, pp. 42-57 (artículo reimpresso en *Théorie d’ensemble*, Seuil, París, 1968, pp. 365-383).
 – 1970: “Nouveau roman, Tel Quel” *Poétique* 4, 1970, pp. 365-383.
- Ricoeur, Paul.
 – 1975: *La Métaphore vive*, Seuil, París, 1975.
- Ruwet, Nicolas.
 – 1967: *Introduction à la grammaire générative*, Plon, París, 1967.

- Sachs, Harvey.
 - 1973: "Tout le monde doit mentir", *Communications* 20, 1973, pp. 182-203.
- Schegloff, E.
 - 1968: "Sequencing in conversational opening", *American Anthropologist* 70, 6, pp. 1075-1095.
- Schegloff, E. y Sachs, H.
 - 1973: "Opening up closings", *Semiotica* 8, 4, pp. 289-327.
- Schenkein, N.
 - 1978: *Studies in the Organization of Conversational Interaction*, Dpto. de Sociología, Queens College, Flushing, Nueva York, 1968.
- Schlesinger, I. M.
 - 1974: "Towards a structural analysis of discussions", *Semiotica* 11, 2, pp. 109-122.
- Schmidt, Siegfried J.
 - 1978: "Le comique dans le modèle descriptif des J.A.C.", *Linguistique et sémiologie* 5, Lyon, 1978, pp. 58-100.
- Sctrick, Robert.
 - 1971: "Quelques problèmes posés par une description de surface des modalités en français", *Langue française* 12, dic. 1971, pp. 112-125.
- Searle, John R.
 - 1972: *Les actes de langage*, Hermann, París, 1972 (1ª ed. *Speech Acts*, Cambridge, 1969).
- Siegmán, A. W. y Pope, B. eds.
 - 1972: *Studies in dyadic conversation*, Pergamon, Nueva York, 1972.
- Simonin-Grumbach, Jenny.
 - 1975: "Pour une typologie des discours", en Kristeva (Julia) et al., *Langue, discours, société. Pour Emile Benveniste*, Seuil, París, 1975, pp. 85-121.
- Sinacoeur, Hourya.
 - 1978: "Logique et mathématique du flou", *Critique* 371, mayo 1978, pp. 512-525.
- Slakta, Denis.
 - 1971: "L'acte de 'demander' dans les 'Cahiers de doléance'", *Langue française* 9, febr. 1971, pp. 58-73.
- Sperber, Dan.
 - 1975: "Rudiments de rhétorique cognitive", *Poétique* 23, 1975, pp. 389-415.
- Starobinski, Jean.
 - 1970: "Le style de l'autobiographie", *Poétique* 3, pp. 257-265.
- Strawson, P. F.
 - 1970: "Phrase et acte de parole"; *Langages* 17, marzo 1970, pp. 19-33.
- Todorov, Tzvetan.
 - 1966: "Recherches sémantiques" y "Anomalies sémantiques", *Langages* 1, marzo 1966, pp. 5-43 y 100-123.
 - 1967: "Les registres de la parole", *Journal de psychologie normale et pathologique*, vol. 64, 1967, pp. 265-278.
 - 1968: "Poétique", en Ducrot (Oswald) et al., *Qu'est-ce que le structuralisme?*, Seuil, París, 1968, pp. 97-166, reed. "Points", 1973. ("Poética" en la

- ed. española, *¿Qué es el estructuralismo?*, Buenos Aires, Losada, 1971).
- 1970: "Problèmes de l'énonciation"; *Langages* 17, marzo 1970, pp. 3-11.
 - 1972: (con Oswald Ducrot) *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, Seuil, París, 1972; reed. "Points", 1979. (Ed. en español *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, México, Siglo XXI, 1974; 5ª ed. 1979).
 - 1973: "Analyse du discours: l'exemple des devinettes", *Journal de psychologie normale et pathologique*, vol. 70, 1973, pp. 135-156.
 - 1977: "Théories du symbole", Seuil, París, 1977.
- Tomatis, Alfred.
- 1978: *L'Oreille et le langage*, Seuil, "Points", París, 1978.
- Topia, André.
- 1976: "Contrepoints joyciens", *Poétique* 27, 1976, pp. 351-371.
- Van Dijk, Teun A.
- 1973a: "Grammaires textuelles et structures narratives", en Chabrol (Claude) *Sémiotique narrative et textuelle*, Larousse, París, 1973, pp. 177-207.
 - 1973b: "Modèles génératifs en théorie littéraire", en Bouazis (Charles) et al., *Essais de la théorie du texte*, Galilée, 1973, pp. 79-99.
- Van Rossum, Françoise.
- 1970: "Point de vue ou perspective narrative", *Poétique* 4, 1970, pp. 476-497.
 - 1974: "Aventures de la citation chez Butor", *Colloque Butor*, 10/18, U.G.E., París, 1974.
- Vendler, Zeno.
- 1970: "Les performatifs en perspective", *Langages* 17, marzo 1970, pp. 73-90.
- Watzlawick, P., Helmick-Beavin, J. y Jakson, D.
- 1972: *Une Logique de la communication*, Seuil, París, 1972 (1ª ed. Nueva York, 1967; reed. "Points", 1979).
- Weinrich, Harold.
- 1973: *Le Temps*, Seuil, París, 1973 (1ª ed. Stuttgart, 1964).
- Whorf, Benjamin Lee.
- 1969: *Linguistique et anthropologie*, Denoël, París, 1969 (1ª ed. Cambridge, 1956).
- Wierzbicka, Anna.
- 1973: "Problems of Expression: Their Place in the Semantic Theory", en Rey-Debove (Josette), *Recherches sur les systèmes signifiants*, Mouton, La Haya, París, 1973, pp. 145-164.
- Wilson, Deirdre y Sperber, Dan.
- 1979: "L'interprétation des énoncés", *Communications* 30, 1979, pp. 80-94.
- Wunderlich, Dieter.
- 1972: "Pragmatique, situation d'énonciation et deixis", *Langages* 26, jun. 1972, pp. 34-58.
 - 1978: "Les présupposés en linguistique", *Linguistique et sémiologie* 5, Lyon, 1978, pp. 33-56.
- Zuber, Ryszard.
- 1972: *Structure présuppositionnelle du langage*, Dunod, "Documents de linguistique quantitative", No 17, París, 1972.

INDICE

PROLOGO	9
I. LA PROBLEMÁTICA DE LA ENUNCIACIÓN	17
1. LA COMUNICACIÓN LINGÜÍSTICA	17
1.1. El esquema de Jakobson	17
1.2. Crítica de este esquema	20
1.2.1. El código	20
1.2.2. El universo del discurso	25
1.2.3. Las competencias no lingüísticas	25
1.2.4. Los modelos de producción y de interpretación	26
1.3. Reformulación del esquema de la comunicación	27
1.4. (Auto) críticas	29
1.4.1. Las propiedades de la comunicación verbal	29
1.4.2. La complejidad de las instancias emisora y receptora	31
1.4.3. Las interacciones que se dan entre estos diversos componentes	36
2. LA ENUNCIACIÓN	38
2.1. Consideraciones semánticas sobre la palabra "enunciación"	39
2.1.1. Sentido original	39
2.1.2. Primer deslizamiento semántico	39
2.1.3. Segundo deslizamiento semántico	41
2.2. La enunciación "restringida" frente a la enunciación "ampliada"	41
2.3. Recapitulación	43
II. LA SUBJETIVIDAD EN EL LENGUAJE: LUGARES EN QUE SE INSCRIBE	45
1. LOS DEICTICOS	45
1.1. Problemas de definición	45
1.1.1. Planteo del problema: los tipos de mecanismos referenciales	45

	1.1.2.	Definición	48
	1.1.3.	Observación sobre las expresiones cotextuales	49
	1.1.4.	Precisiones terminológicas	50
1.2.		Algunos deícticos	52
	1.2.1.	Los pronombres personales	52
	1.2.2.	Los demostrativos	58
	1.2.3.	La localización temporal	59
	1.2.4.	La localización espacial	63
	1.2.5.	Los términos de parentesco	70
1.3.		Conclusiones	72
	1.3.1.	Importancia de los deícticos	72
	1.3.2.	Dificultades de uso y de análisis	74
	1.3.3.	Consideraciones psicolingüísticas	86
	1.3.4.	La categoría deíctica: problemas de extensión	89
2.		LOS SUBJETIVEMAS "AFECTIVO" Y "EVALUATIVO"; AXIOLOGIZACION Y MODALIZACION	91
	2.1.	Los sustantivos	96
	2.1.1.	El problema de la categoría axiológica	96
	2.1.2.	Conclusiones	106
	2.2.	Los adjetivos subjetivos	110
	2.2.1.	Los adjetivos afectivos (a)	111
	2.2.2.	Los evaluativos no axiológicos (b)	112
	2.2.3.	Los evaluativos axiológicos (c)	119
	2.2.4.	Observaciones finales sobre la categoría general de los evaluativos (clases (b) y (c))	123
	2.3.	Los verbos subjetivos	131
	2.3.1.	Clase (a): Los verbos ocasionalmente sub- jetivos	133
	2.3.2.	Clase (b): Los verbos intrínsecamente subje- tivos	139
	2.3.3.	Conclusión sobre los verbos subjetivos	150
	2.4.	Los adverbios subjetivos	154
3.		LA GRILLA ENFRENTADA AL CORPUS: OTROS PUNTOS DE INSCRIPCION DE LA SUBJETIVIDAD LINGUISTICA	156
	3.1.	Corpus periodístico	157
	3.1.1.	Intervención por selección	158
	3.1.2.	La organización jerárquica de las informaciones	162
	3.1.3.	La subjetividad "afectiva"	162
	3.1.4.	La subjetividad de tipo "interpretativo"	163
	3.1.5.	La subjetividad modalizante	168
	3.1.6.	La subjetividad axiológica	168
	3.2.	Un texto de Georges Pérec	171
	3.2.1.	Intervención por selección	176
	3.2.2.	Jerarquización de las informaciones	177
	3.2.3.	Intervención de tipo afectivo	178

3.2.4.	Intervención de tipo interpretativo	179
3.2.5.	Los modalizadores	185
3.2.6.	Lo axiológico	185
3.2.7.	El "estilo"	185
III.	EVALUACION DEL ENFOQUE DESCRIPTIVO	189
1.	LA OMNIPRESENCIA DE LA SUBJETIVIDAD LINGUISTICA. LA TIPOLOGIA DE LOS DISCURSOS	189
1.1.	La subjetividad lingüística	189
1.2.	Ambigüedad de los términos "objetivo" frente a "subjetivo"	191
1.2.1.	Subjetividad deíctica frente a afectiva o evaluativa	191
1.2.2.	Subjetividad explícita frente a subjetividad implícita	193
1.2.3.	Otro aspecto de esta ambigüedad	197
1.3.	La tipología de los discursos	201
1.3.1.	Los hechos enunciativos pertinentes	202
1.3.2.	Su aprovechamiento para una tipología	208
2.	EL SUJETO DISCURRENTE	220
2.1.	El problema del discurso literario y de ficción	220
2.2.	El sujeto de la enunciación en el discurso "corriente"	228
2.3.	La problemática de la formación discursiva	235
2.4.	La actividad dialógica	237
3.	LA PRAGMATICA DEL LENGUAJE	239
3.1.	Especificidad de los valores ilocutorios	241
3.2.	Todo el enunciado está ilocutoriamente marcado	242
3.3.	Los "signos" ilocutorios	245
3.4.	Algunos problemas teóricos	253
3.5.	La determinación del sentido global de un enunciado	265
	CONCLUSION GENERAL	287
	Bibliografía (obras citadas)	291

Impreso y encuadernado en GRAFICA GUADALUPE
Av. San Martín 3773 (1847) Rafael Calzada
en el mes de abril de 1997

La enunciación

De la subjetividad
en el lenguaje

Catherine Kerbrat - Orecchioni



EDICIAL

Los trabajos programáticos de Benveniste y Jakobson han posibilitado la constitución de una lingüística de la enunciación cuyo dominio se ha ampliado considerablemente en los últimos años. Catherine Kerbrat-Orecchioni analiza los factores que han impulsado su desarrollo, los ejes que lo estructuran y sus interrelaciones con otras áreas. En la parte central de su obra analiza las distintas unidades lingüísticas (embragues, modalidades, términos evaluativos,...) a través de las cuales el hablante imprime su huella en el enunciado y se inscribe, implícita o explícitamente en él. A partir del estudio de un texto de Georges Perec y de un corpus de discurso periodístico evalúa la delimitación efectuada de los puntos de anclaje más manifiestos de la subjetividad lingüística. Amplia luego el enfoque descriptivo al integrar otros parámetros enunciativos: el alocutario, la situación de comunicación y las condiciones generales de producción y recepción del mensaje. Finalmente analiza los temas fundamentales de las investigaciones pragmáticas actuales.

Catherine Kerbrat-Orecchioni, profesora de Lingüística en la Universidad de Lyon, es autora de una importante tesis —*De la semántica léxica a la semántica de la enunciación*— y de numerosos artículos sobre temas de semántica y pragmática. Su obra *La Connotación* ha sido publicada en la colección Hachette Universidad.

ISBN 950-506-009-2



7 995050 600924

Código de Venta 2375